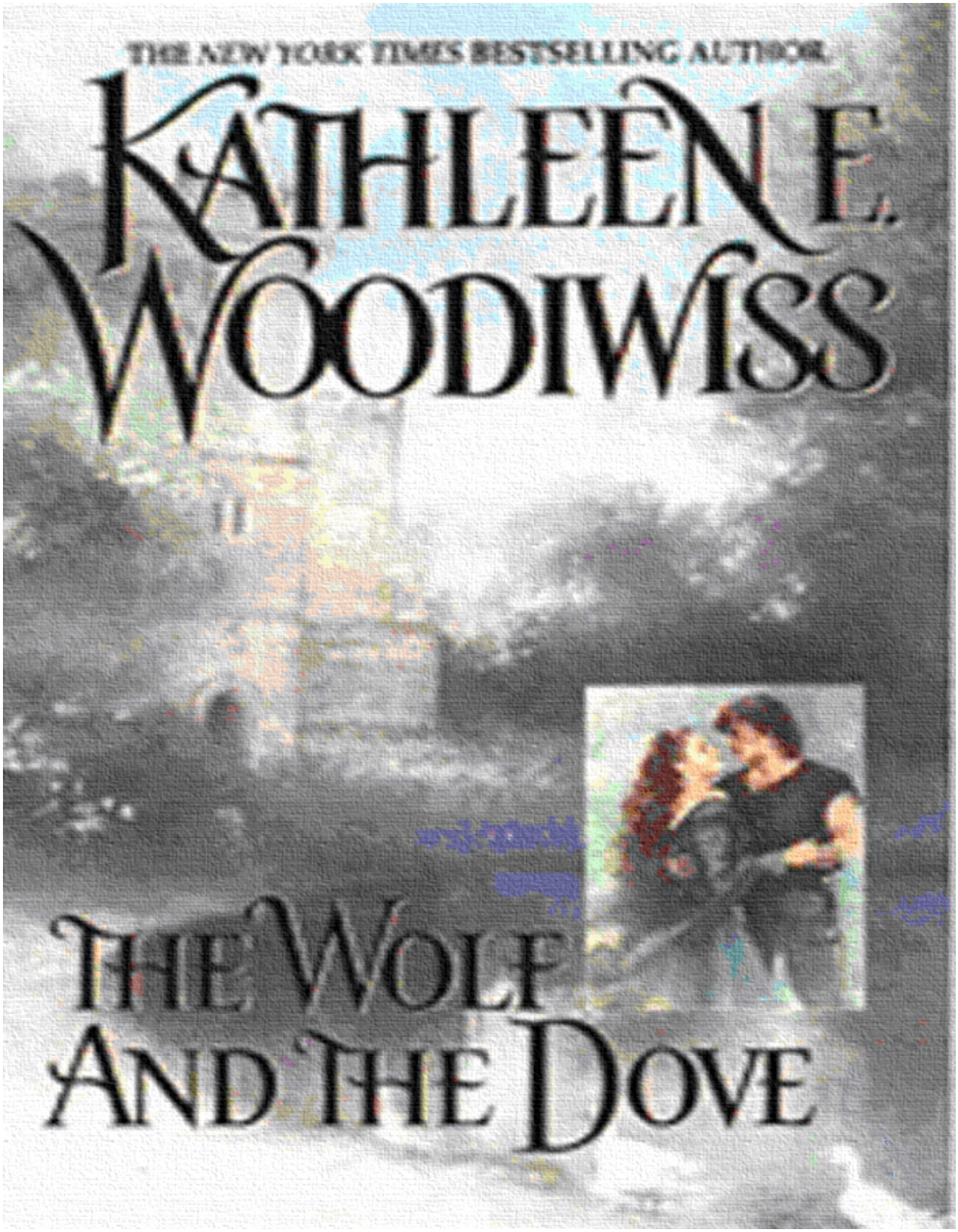
EL LOBO Y LA PALOMRA
KATLHEEN WOODIWISS



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Una leyenda

En tiempos remotos, cuando los druidas pululaban en los bosques del norte de Inglaterra y celebraban sus ritos a la luz de la luna, un joven se enamoró de la batalla y la violencia y estudió las artes de la guerra, hasta que nadie pudo vencerlo. El joven hacíase llamar "El lobo", y oprimía y robaba a las gentes para satisfacer sus necesidades. Con el tiempo, sus fechorías llegaron a los oídos de los dioses de la alta montaña entre la tierra y el Walhalla. Woden, rey de los dioses, envió un mensajero para destruir al advenedizo que cobraba tributos al pueblo y desafiaba a los hados. Los dos se enfrentaron y cruzaron sus aceros, y el combate se prolongó quince lunas nuevas, entre los blancos acantilados del sur y las desoladas costas rocosas del norte. El guerrero era realmente excepcional, porque ni siquiera el mensajero de Woden pudo destruirlo y tuvo que regresar a la montaña para admitir su fracaso. Woden pensó mucho y profundamente, porque estaba escrito que aquel que pudiera vencer a un mensajero de los dioses tendría vida eterna sobre la tierra. Woden rió, y los cielos temblaron sobre el Lobo. El aire fue atravesado por truenos y relámpagos, y el joven se mantuvo erguido, desafiante, con la espada apuntando hacia lo alto.

-De modo que has ganado la vida eterna -rugió Woden, regocijado-. Y te yergues frente a mí con tu espada lista para la batalla, pero la insensatez nunca fue parte del valor y yo no puedo dejar tus crímenes sin castigo. Tendrás tu inmortalidad, pero deberás aguardar la voluntad de Woden para practicar tus artes de guerrero.

Con una explosión de carcajadas, el dios se irguió y un rayo cayó sobre la insolente espada. Una nube de humo se disolvió lentamente. En el lugar donde antes estaba el joven, ahora, despidiendo rojo resplandor y enfriándose lentamente, había un gran lobo de hierro, agazapado, los labios inmovilizados en un aullido silencioso.

Se rumorea que en un profundo valle, cercano a la frontera con Escocia, hay un umbrío claro donde se yergue la estatua de hierro de un lobo, colorada de herrumbre, con enredaderas enroscadas entre sus patas verdeantes de musgo. Se dice que solamente cuando la guerra se abate sobre el país, el lobo cobra vida y se convierte en un guerrero... audaz, fuerte, invencible y salvaje.

Y ahora, las hordas de Guillermo cruzaban el canal y Haroldo venía desde el norte, y la guerra estaba cercana.

1

Octubre 28 de 1066

Había cesado el fragor de la batalla. Uno por uno fueron apagándose los gritos y lamentos de los heridos. La noche estaba silenciosa y el tiempo parecía suspendido. La luna de otoño, tinta en sangre, brillaba cansada sobre el horizonte esfumado. De tanto en tanto, el aullido distante de un lobo rompía la quietud y hacía que el silencio que oprimía a la tierra pareciera más pesado, más fantasmal. Jirones de niebla flotaban sobre el páramo, entre los cuerpos destrozados y mutilados de los muertos. La baja muralla de tierra, precariamente reforzada con piedras, se encontraba cubierta con la heroica mortaja de los hombres masacrados de la aldea. Un muchacho, de no más de doce veranos, yacía al lado de su padre. Al fondo, elevábase la masa oscura del castillo de Darkenwald, con la aguja de su única atalaya apuntando al cielo.

Dentro del castillo, Aislinn estaba sentada en el suelo cubierto de tallos de junco, frente al trono desde el cual su padre, el ahora difunto señor de Darkenwald, gobernara a su feudo. Tenía atada al esbelto cuello una áspera cuerda, cuyo otro extremo estaba enroscado en la muñeca de un normando, alto y moreno, que descansaba su cuerpo encerrado en una cota de mallas en el símbolo, toscamente tallado, de la posición de lord Darkenwald. Ragnor de Marte observaba cómo sus hombres destrozaban el interior del castillo en una búsqueda furiosa de hasta el más insignificante objeto de valor. Los saqueadores subían y bajaban las escaleras que conducían a los dormitorios, derribaban pesadas puertas a puntapiés, vaciaban cofres y arrojaban los trofeos más valiosos sobre una gran pieza de tela, tendida ante el jefe. Aislinn reconoció, entre los otros tesoros que habían embellecido su hogar, su daga enjoyada y un ceñidor de filigrana de oro que hacía un momento le había sido arrancado de las caderas.

Entre los hombres estallaban discusiones por la posesión de alguna pieza codiciada, pero eran rápidamente silenciadas por una enérgica orden del jefe. Habitualmente, el objeto motivo de la disputa era añadido, a regañadientes, al montón que crecía continuamente ante él.

El ale corría libremente y era bebido en abundancia por los invasores. Carnes, panes y cualquier cosa comestible que cayera en sus manos, eran devoradas al instante. El caballero de las hordas de Guillermo que tenía a Aislinn sujeta con la cuerda, bebía del vino que llenaba su cuerno de toro ahuecado, indiferente a la sangre del lord de Darkenwald, que todavía oscurecía la cota de mallas de su pecho y sus brazos. Cuando ninguna otra cosa requería su atención, el normando tiraba de la cuerda y hacía que las ásperas fibras lastimaran brutalmente la piel blanca y suave del cuello de la joven. Cada vez que las facciones de ella se crispaban en una mueca de dolor, él reía cruelmente por haber provocado una reacción en su cautiva y su pequeña victoria parecía aliviar su malhumor. Sin embargo, le hubiera gustado mucho más verla rebajarse y prosternarse implorando misericordia. En cambio, ella mantenía una actitud alerta y vigilante, y cuando lo miraba a la cara lo hacía con una calma desafiante que lo enfurecía. Otras se habrían arrastrado a sus pies y le hubieran rogado que tuviera piedad. Pero esta muchacha... había en ella algo que parecía sacar una ligera ventaja cada vez que él tiraba de la cuerda. El no podía llegar a las profundidades de la reserva de ella, pero decidió que la sometería a una dura prueba antes de que terminara la noche.

Cuando él y sus hombres irrumpieron en el castillo después de derribar la sólida puerta, las encontró, a ella y lady Maida, su madre, enhiestas y serenas, como si las dos solas quisieran hacer frente a todo el ejército normando invasor. Con su espada ensangrentada en alto, él se detuvo apenas transpuesta la puerta, mientras a su lado sus hombres pasaban corriendo, en busca de otros que estuvieran deseosos de luchar por lo suyo. Pero al no encontrar a nadie más que estas dos mujeres y varios perros que los recibieron con ladridos y gruñidos, bajaron sus armas. Con unos cuantos golpes y puntapiés bien aplicados, sometieron a los perros y los encadenaron en un rincón. Entonces se volvieron a las mujeres, quienes no lo pasaron mejor.

Su primo, Vachel de Comte, avanzó hacia la muchacha con la intención de apoderársela. Pero en cambio se encontró con Maida, quien se arrojó en su camino con el propósito de no permitirle que se acercara a su hija. Él trató de empujar hacia un lado a la mujer y ella, con dedos como garras, trató de quitarle el puñal que él llevaba en su cinturón, y lo hubiera conseguido, pero él lo advirtió a tiempo y derribo a la mujer de un golpe aplicado con su puño cubierto con el guantelete de hierro Aislinn soltó un grito y cayó al lado de su madre. Antes que Vachel pudiera reclamarla para él, Ragnor se interpuso, arranco la redecilla

de la cabeza de la joven y dejó en libertad una reluciente masa de cabellos cobrizos. El caballero normando envolvió su mano en esa sedosa melena y obligó a la muchacha a ponerse de pie. Después la arrastró hasta una silla, la hizo sentarse con un brutal empellón, y le ató las muñecas y tobillos a la gruesa armazón de madera para que no pudiera seguir interfiriendo. Maida, todavía atontada, fue arrastrada y atada a los pies de su hija. Después los dos caballeros se unieron a sus hombres en el saqueo de la aldea.

Ahora la muchacha estaba a los pies de él, vencida y cercana a, vencida y cercana a las grises regiones de la muerte. Empero, de sus labios no salían ruegos ni pedidos de clemencia. Ragnor pasó por un momento de incertidumbre cuando tuvo que reconocer que ella era dueña de una fuerza de voluntad que pocos hombres tenían.

Pero Ragnor no sospechaba la batalla que se libraba en el interior de Aislinn en los momentos que ella se esforzaba por suprimir su temblor y presentar un continente orgulloso cuando observaba a su madre. Maida era obligada a servir a los invasores con los pies atados con una cuerda corta, de manera que le era imposible dar un paso completo. De las ataduras de sus pies, arrastraba un trozo de cuerda que los hombres pisaban para divertirse. Fuertes risotadas sonaban cada vez que Maida caía al suelo, y con cada caída Aislinn se ponía más pálida. Le hubiera sido más fácil soportar ella misma las humillaciones y burlas que ver sufrir a su madre. Si Maida traía una bandeja de comida y bebidas y caía con su carga, la hilaridad aumentaba y antes que la infeliz pudiera levantarse, recibía varios puntapiés por su torpeza.

Aislinn sintió que sus temores aumentaban y que se le cortaba la respiración cuando Maida tropezó con un soldado de hosca expresión y le derramó encima un pichel de ale. El hombre aferró a Maida de un brazo, la obligó a ponerse de rodillas y le dio un fuerte puntapié. Cuando ella cayó, se desprendió de su cinturón un saquito, pero Maida se levantó rápidamente en medio de las maldiciones del normando y lo recogió, lo hubiera puesto nuevamente en su cinturón pero el soldado le agarró la mano y se lo quitó, con un grito de beodo. Maida intentó recuperarlo y su atrevimiento enfureció al hombre, quien le propinó en la cabeza un puñetazo que la hizo girar varias veces antes de caer. Aislinn contempló la escena con una mueca en sus hermosos labios y un fulgor salvaje en sus ojos. Pero el golpe pareció divertir al hombre. Olvidado por el momento el tesoro, siguió a la mujer que tambaleaba, la tomó de un hombro y empezó a golpearla con ferocidad.

Aislinn dio un grito de ira y se puso de pie, pero Ragnor tiró de la cuerda y ella cayó cuan larga era sobre el suelo cubierto de juncos y polvo. Cuando nuevamente pudo respirar a través de su garganta magullada, vio a su madre tendida en el suelo, inmóvil, sin sentido, y a su atacante, de pie sobre ella, con las piernas abiertas, y sosteniendo en alto, con una mueca de triunfo y regocijo, el pequeño saco. El hombre lo abrió con impaciencia para ver el contenido y cuando descubrió que no había en el pequeño envoltorio más que unas cuantas hojas secas, lo vació en el suelo, entre groseros insultos. Arrojó lejos el saquito vacío y aplicó un violento puntapié a la forma inmóvil que yacía a sus pies. Con un grito de angustia, Aislinn se llevó las manos a los oídos y cerró- fuertemente los ojos, incapaz de soportar el espectáculo de su madre tan maltratada.

-¡Basta! -rugió Ragnor, satisfecho por fin al ver claudicar a Aislinn-. Si la vieja vive, nos servirá todavía.

Aislinn se apoyó con las manos en el suelo y miró a su captor con unos ojos violetas cargados de odio. Su largo pelo cobrizo caía en salvaje desorden alrededor de sus hombros y sobre su pecho palpitante, y toda ella tenía el aspecto de una loba frente a su enemigo. Sin embargo, recordó la espada de Ragnor que goteaba sangre cuando el normando entró en el castillo y vio con los ojos de su mente la sangre fresca de su padre manchando el reluciente camisote. Luchó contra el pánico que amenazaba privarla de sus últimas fuerzas y contra el dolo y la autocompasión que la hubieran impulsado a la sumisión. Se tragó las lágrimas que hubiera querido derramar por emociones experimentadas por primera vez en su vida y por el recuerdo atormentador de su padre, quien yacía muerto, sobre la tierra fría, sin bendición ni confesión, mientras ella nada podía hacer por remediarlo. ¿Tan despiadados eran estos hombres de Normandía, que ni siquiera ahora, ganada por ellos la batalla, podían buscar un sacerdote y ocuparse de sepultar debidamente a los vencidos?

Ragnor bajó su mirada hasta la muchacha, quien permanecía sentada, con los ojos cerrados y los labios temblorosos y entreabiertos. No veía él la batalla que amenazaba con acabar con la resistencia de ella. Si entonces se hubiera puesto de pie, él habría podido vencer su deseo de verla aplastada ante él por, el miedo,

pero su mente voló hacia el caballero bastardo, quien pronto reclamaría como suyo todo lo que ahora les rodeaba.

Antes del crepúsculo habían llegado, galopando con audacia como correspondía a conquistadores, para exigir la rendición de la aldea. Darkenwald no estaba preparada para este enemigo. Después de la sangrienta victoria de Guillermo sobre el rey Harold, en Senlac, hacía hacia una quincena, se corrió la voz de que el duque normando avanzaba hacia Canterbury con su ejército, después de perder la paciencia con los ingleses, quienes, aunque derrotados, le negaban la corona. Las gentes de Darkewald se sintieron aliviadas pues el camino que llevaban los invasores pasaba lejos de ellos. Pero no contaron con las pequeñas fuerzas que se separaron para conquistar o arrasar las poblaciones a lo largo de los flancos de Guillermo. Así fue como el grito del vigía anunciando la proximidad de los normandos paralizó los corazones de muchos Erland, aunque sumamente leal al difunto rey, conocía la vulnerabilidad de su posición y se hubiera rendido si su cólera no hubiese sido provocada más allá de lo que él podía soportar.

Entre los normandos, fue solamente Ragnor de Marte quien se sintió inquieto con lo que lo rodeaba mientras cabalgaban a través del campo y pasaban las cabañas campesinas hacia la gran mansión de piedra gris donde moraba el señor feudal. Cuando se detuvieron ante el castillo miró a su alrededor. Ni afuera ni adentro de las dependencia exteriores se advertía actividad, y según todas las apariencias, el lugar parecía abandonado. La entrada principal, una puerta de duro roble forrada de hierro, estaba cerrada. Ni una luz desde el interior iluminaba las pieles raspadas y aceitadas que cerraban las ventanas inferiores del castillo y las antorchas montadas en soportes de hierro a cada lado de la puerta no habían sido encendidas para disipar la oscuridad de la noche cercana. Todo estaba silencioso en el interior, aunque cuando el joven heraldo gritó, la pesada puerta se abrió lentamente. Un anciano, de barba y cabellos blancos, alto y robusto, apareció sosteniendo en la mano una espada de batalla desenvainada. El hombre cerro la puerta tras de sí, y Ragnor oyó el ruido de un cerrojo que era corrido nuevamente a su lugar. Entonces el sajón se volvió para mirar a los recién llegados. Permaneció silencioso, alerta, mientras el heraldo se le acerco desenrollando un pergamino. Seguro de su misión, el joven se detuvo frente al anciano y empezó a leer.

- Escucha, Erland, señor de Darkenwald. Guillermo, duque de Normandía, reclama a Inglaterra como suya por derecho soberano...

El heraldo leía en inglés las palabras que Ragnor había preparado en francés. El taciturno caballero había dejado a un lado el pergamino que le fuera entregado por sir Wulfgar, un bastardo de sangre de sangre normanda, porque para la mente de Ragnor era más un ruego rebajante que una autoritaria exigencia de rendición. ¿Quiénes eran estos sajones, sino ignominiosos paganos, cuya arrogante resistencia solo merecía ser aplastada sin misericordia? Sin embargo, Wulfgar quería tratarlos como a hombres honorables. Habían sido vencidos, pensaba Ragnor, y ahora había que mostrarles quiénes eran los amos.

Pero Ragnor empezó a inquietarse aún más cuando vio el rostro del anciano que enrojecía mientras del anciano que enrojecía mientras las palabras seguían cayendo, exigiendo que todos los hombres, mujeres y niños fueran traídos a la plaza y marcados en sus frentes con el sello de esclavos, y que el señor se entregara con su familia como rehenes, para garantizar la buena conducta del pueblo.

Ragnor se movió en su silla y miró nerviosamente a su alrededor. Se oyó el cloqueo de una gallina que debía de estar empollando y el zureo de una paloma en el corral. Un leve movimiento atrajo su atención hacia un ala superior de la mansión, donde el postigo exterior de una ventana se había abierto apenas. No pudo penetrar la oscuridad que había detrás de esas toscas tablas de madera pero sintió que alguien lo observaba desde allí. Sintió recelos, echó hacia atrás sobre un hombro su capa de roja lana y dejó libre su brazo derecho y el pomo de su espada.

Nuevamente dirigió la mirada al orgulloso anciano y algo en la actitud del hombre le recordó a su propio padre: duro, arrogante, no dispuesto a ceder ni una vara a menos que hubiese sido ganada una milla. Un sentimiento de odio creció dentro del pecho de Ragnor y sus ojos oscuros se entrecerraron y miraron al hombre llenos de un rencor nacido de la comparación. El rostro del viejo sajón se ensombrecía cada vez más mientras el heraldo seguía leyendo las ultrajantes exigencias.

Súbitamente, una brisa helada rozó la mejilla de Ragnor e hizo restallar el gonfalón sobre sus cabezas con un ruido que sonó como un aviso de muerte. Su primo Vachel, a su lado, murmuró entre dientes y empezó a sentir la tensión que hacía sudar a Ragnor debajo de la túnica de cuero que llevaba entre su cuerpo

y la reluciente armadura. Sintió las palmas húmedas debajo del guantelete cuando apoyó la mano en el puño de la espada.

De pronto, el anciano lord soltó un grito de cólera y blandió su espada con demoníaca furia. La cabeza del heraldo cayó al suelo antes de que su cuerpo se desplomara lentamente. La confusión demoró las represalias por un instante mientras siervos armados con horquillas de heno, guadañas y otras armas improvisadas brotaron de sus escondrijos. Sir Ragnor gritó una orden a sus hombres y se maldijo así mismo por haberse dejado tomar por sorpresa. Espoleó a su caballo y los campesinos saltaron hacia él con las manos hacia arriba, con el propósito de arrancarlo de su silla. Él golpeó a izquierda y derecha con su espada, partió cráneos, seccionó manos de brazos extendidos. Vio a lord Erland que luchaba delante de él y enfrentaba a tres soldados normandos a la vez y tuvo la impresión de que Harold aún hubiera podido ser rey si tuviese a este anciano a su lado. Ragnor azuzó a su cabalgadura entre la masa de hombres, con el lord de Darkenwald como blanco, porque ahora lo veía envuelto en una bruma rojiza que solo se disiparía cuando él sintiera que ese cuerpo anciano se derrumbaba bajo su espada. Los campesinos trataron de arrastrarlo lejos de allí cuando advirtieron su intención, pero con sus esfuerzos solo consiguieron ensangrentar la tierra. Lucharon gallardamente para salvar a su señor, pero sólo lograron perder sus vidas. No eran rivales para hombres entrenados en la guerra. El vigoroso caballo pasó sobre los cuerpos caídos hasta que por fin dejaron de espolearlo. Lord Erland miró la espada levantada contra él y su muerte llegó rápidamente cuando de Marte se la clavó profundamente en el cráneo. Al ver caído a su señor, los siervos se dispersaron y huyeron y el estrépito de la lucha dejó lugar a los gemidos de las mujeres, los llantos de los niños y los fuertes golpes de un tronco de árbol que servía de ariete contra la puerta de Darkenwald, en un esfuerzo por dejar expedita la entrada.

Desde donde estaba, a los pies de Ragnor, Aislinn miró ansiosamente a su madre, a la espera de una señal de vida, y sintió cierto alivio cuando Maida por fin se movió. Se oyó un leve quejido y la mujer logró incorporarse apoyándose en un codo. Miró aturdida a su alrededor, todavía atontada por los golpes. El mismo que la había castigado se le acerco nuevamente.

-¡Tráeme ale, esclava! -rugió. La levantó tomándola del cuello de sus vestidos y la arrojó hacia el barril de la potente cerveza, pero los pies atados de la desdichada la hicieron caer otra vez.

- ¡Ale! -grito el hombre y le arrojó su cuerno.

Maida lo miró sin entender, hasta que él la tomó de las muñecas y la empujó una vez más hacia el barril. Ella trató de ponerse de pie, Pero el soldado pisó la cuerda que arrastraba de sus tobillos y la hizo caer sobre manos y rodillas. Esto pareció causarle intenso regocijo.

-¡Arrástrate! ¡Arrástrate, como una perra!-ordeno el hombre entre roncas carcajadas.

La obligaron a servirlo de rodillas, y cuando le hubo entregado el cuerno lleno, otros hombres exigieron sus servicio y pronto estuvo nuevamente moviéndose de un lado a otro, llevándoles ale y vino con ayuda de Hlynn y Ham, dos sirvientes capturadas cuando huían de la casa.

Maida servía a los normandos, pero sus labios empezaron a moverse y ella a cantar en voz baja y monótona. Las palabras sajonas penetraron en la conciencia de Aislinn, y con un espanto que trató de ocultar, la joven se percató de que su madre lanzaba terribles amenazas a los hombres que no comprendían su idioma y conjuraba sobre las maldiciones de todos los demonios del pantano. Si sólo uno hubiera entendido las palabras de Maida, ella habría sido atravesada, sin mucha hesitación, como un cerdo destinado al asador. Aislinn sabía que la supervivencia de ellas pendía del más pequeño capricho de sus captores. Hasta su prometido se hallaba en peligro. Ella había oído hablar a estos normandos de otro bastardo quien, bajo las órdenes de Guillermo, había ido a Cregan para obtener la rendición de ese pueblo. ¿Kerwick también estaba muerto, después de luchar tan gallardamente junto al rey Haroldo, en Hastings?

Ragnor miró a Maida y pensó en la actitud majestuosa y la rara belleza que ella exhibía, antes que su soldado la golpeara y le estropeara la cara. No encontraba huellas de la mujer de antes en esta criatura sucia, que se arrastraba penosamente para hacer sus tareas, con el rostro crispado y el cabello rojizo con hebras grises sucio de sangre y de polvo. Quizá, la doncella que tenía a sus pies se veía a sí misma cuando miraba tan intensamente a su madre.

Un grito distrajo la atención de Aislinn, y cuando se volvió y miró a su alrededor, vio a la sirvienta Hlynn que era empujada de un lado a otro entre dos soldados que se la disputaban ruidosamente. La tímida

criada, que apenas acababa de cumplir quince años, nunca había conocido- a un hombre y ahora enfrentaba la pesadilla de ser violada por estos rufianes.

Aislinn sintió como suyo el terror de la niña y se mordió los nudillos para no hacer eco a los gritos aterrorizados de Hlynn. Ella sabía muy bien que pronto sería la víctima de las pasiones de un hombre. Se oyó ruido a tela desgarrada cuando el vestido de Hlynn le fue brutal- mente arrancado de los pechos. En ese momento, una mano pesada se apoyó rudamente en un hombro de Aislinn.

Manos callosas, crueles, caían como zarpas sobre el cuerpo de la joven criada y lastimaban su tierna carne. Aislinn se estremeció de repulsión, incapaz de apartar la mirada. Finalmente uno de los hombres dejó atontado a su rival con un golpe en la cabeza, se levantó, tomó en sus brazos a la desesperada Hlynn, quien se debatía gritando, y salió con ella por la puerta. Aislinn se preguntó angustiada, si la muchacha sobreviviría a esa noche y pensó que las probabilidades eran muy pocas.

El peso sobre el hombro de Aislinn se volvió súbitamente insoportable. Sus ojos violetas relampaguearon de odio cuando se volvió una vez más para mirar a su captor. Los ojos del normando le devolvieron el desafío y una sonrisa lenta, lujuriosa, bailó burlona en esos labios gruesos. Pero cuando la mirada de ella se volvió aún más despectiva y firme, la sonrisa del normando desapareció. Aislinn sintió que los dedos del hombre empezaban a apretar hasta lastimarle el hombro. Incapaz de seguir conteniéndose, Aislinn gritó enfurecida y levantó una mano para golpearlo en la mejilla, pero él le aferró el brazo y se lo dobló detrás de la espalda, hasta que ella quedó aplastada contra la ensangrentada cota de mallas. Él le acercó su rostro y su cálido aliento le tocó la mejilla. El hombre rió por lo bajo ante el desamparo de la joven.

Ella luchó por liberarse mientras la mano libre de él se movía con deliberada lentitud sobre el cuerpo joven y palpaba con grosero deleite las curvas suaves, maduras, debajo de las vestiduras. Aislinn tembló bajo ese contacto y odió al hombre con todo su ser.

-¡Puerco sucio! -siseó en la cara de él, y obtuvo un pequeño placer al ver la expresión de sorpresa provocada por sus palabras en francés.

-¡Eh! -Vachel de Comte se levantó de un salto cuando sus oídos captaron una voz femenina que pronunciaba palabras que él podía entender. No las oía, de labios de mujer, desde que habían zarpado de Saint-Valery.- Maldición, primo, la hembra no sólo es hermosa sino, también, educada. —Pateó con fingido disgusto la silla del difunto lord.- ¡Bah! Tienes suerte al haber conseguido la única hembra en este país de paganos que podrá entenderte cuando le des órdenes en la cama. —Sonrió y volvió a sentarse.— Por supuesto, hay que tener en cuenta que la violación tiene sus desventajas. Pero puesto que la doncella puede entenderte, quizá puedas persuadirla a que se muestre más amistosa. ¿Qué importa que tú hayas matado a su padre?

Ragnor miró ceñudo a Vachel y dejó nuevamente que Aislinn cayera a sus pies. Una vez más, la superioridad que tenía sobre ella había disminuido un poco, porque la hembra sabía francés mientras que él ignoraba completamente el idioma de ella.

—Cállate, cachorro —le dijo secamente al hombre más joven—. Tu charla me causa fastidio.

Vachel consideró el humor de Ragnor y sonrió.

—Querido primo —dijo— veo que te afliges demasiado, pues de otro modo aceptarías que te haga una broma. ¿Qué puede decir Wulfgar cuando tú le cuentes que fuimos atacados por esos paganos miserables? El anciano era un zorro astuto. El duque Guillermo no te culpará. ¿Pero a cuál de los bastardos temes más? ¿Al duque, o a Wulfgar?

Ahora Aislinn escuchó con más atención, mientras las facciones de Ragnor se ensombrecían con una mal disimulada furia y sus cejas se unían como nubes de tormenta.

—No temo a ningún hombre —gruñó el normando.

-¡Oh... oh! -replicó Vachel, en tono burlón—. Eso lo dices con mucha valentía, ¿pero de veras lo sientes? ¿Qué hombre, de los que estamos aquí esta noche, no siente cierta inquietud interior por la fechoría cometida "en este lugar? Wulfgar dio órdenes de no arrastrar a los aldeanos a la batalla; sin embargo, hemos matado a muchos de los que iban a ser sus siervos.

Aislinn escuchaba atentamente las palabras que intercambiaban los hombres. Algunas sonaban extrañas a sus oídos, pero lograba en- tender la mayoría. ¿Ese hombre, Wulfgar, de quien ellos hablaban con tanto recelo, sería más de temer que estos terribles invasores? ¿Y sería ese hombre el nuevo señor de Darkenwald?

-El duque le ha prometido estos pueblos a Wulfgar –reflexionó Vachel-. Pero son de poco valor sin campesinos para trabajar en los cultivos y cuidar de los cerdos. Sí, Wulfgar tendrá palabras que decir, y según su manera habitual, no las dirá en tono trivial.

-¡Perro sin nombre! -estalló Ragnor- ¿Qué derechos tiene él de poseer estas tierras?

-Sí, primo. Tienes razón en sentirte resentido. La situación también me afecta. El duque ha prometido a Wulfgar hacerlo señor de este lugar mientras nosotros, de noble casa, nada hemos recibido. Tu padre quedará sumamente decepcionado.

El labio superior de Ragnor se arrugó en una mueca de desprecio.

-La lealtad de un bastardo a otro de su clase —dijo— no siempre es justa para quienes merecen más. -Tomó un reluciente rizo de cabello dorado rojizo de Aislinn y lo frotó distraídamente entre sus dedos, gozando de la sedosa textura.- Guillermo, si pudiera, haría papa a Wulfgar.

Vachel se rascó pensativo el mentor arrugó la frente.

-En verdad —dijo- no podemos decir que Wulfgar no se lo merece, primo. ¿Qué hombre lo ha derrotado jamás en una justa o en un combate? En Hastings peleó con la furia de diez, con ese vikingo cerca para cubrirle la espalda. Defendió su terreno cuando todos creímos muerto a Guillermo. Sin embargo, hacer de Wulfgar un lord... ¡aaaj! –Levantó las manos en auténtico disgusto.- Sin duda, eso le hará creerse igual a nosotros.

-¿Y cuándo ha creído él otra cosa? —dijo Ragnor.

La mirada de Vachel se posó en Aislinn, mientras ella dirigía al otro una mirada de desprecio. Era una muchacha joven. Vachel le calculó menos de veinte años. Dieciocho, quizá. Ya había advertido su fiero carácter. No se sometería fácilmente a la obediencia. Pero un hombre que supiera apreciar la belleza podía pasar por alto este defecto, porque él estaba seguro de que era el único que ella tenía. El nuevo lord, Wulfgar, sin duda quedaría complacido. Esa cabellera cobriza parecía rodearla de llamas y reflejar la luz del fuego del hogar en cada uno de esos rizos densos. Un color poco común para una sajona. Sin embargo, eran los ojos lo que lo tomaban completamente desprevenido. Ahora ardían llenos de rencor, oscuros, púrpuras, relampagueantes, como si ella adivinara los pensamientos de él. Pero cuando ella se calmaba, sus ojos adquirían un suave color violeta, claro y brillante como el brezo que crecía en las colinas. Las largas, renegridas pestañas ahora estaban bajas y aleteaban contra la piel de marfil. Sus pómulos eran delicados y altos, y el mismo suave color rosado que brillaba en ellos agraciaba la boca suavemente curvada. La visión de ella riendo o sonriendo excitaba su imaginación, porque ella tenía dientes sanos y blancos, sin las manchas negruzcas de la podredumbre que arrumaba a tantas otras beldades. La nariz, pequeña, ligeramente respingada, se elevaba orgullosa, desafiante y la empecinada tensión de la mandíbula no alcanzaba a ocultar la delicadeza de sus líneas. Sí, sería difícil de domar, pero la perspectiva se presentaba sumamente interesante, tentadora, pues aunque ella era más alta y esbelta que la mayoría de sus congéneres, no le faltaban las curvas llenas de una mujer.

-Ah, primo –concluyó Vachel-. Será mejor que te diviertas con esta damisela esta noche, porque mañana Wulfgar podría reclamarla para él.

-¿Ese patán? –replicó Ragnor con una mueca de rencoroso desprecio-. ¿Cuándo se ha interesado en una mujer? Las detesta, lo juro. Quizá, si encontramos un bello mancebo para él...

Vachel sonrió torcidamente.

-Si eso fuera verdad, primo, podríamos tenerlo a nuestra merced. Pero me temo que él no tiene esas inclinaciones. Sí, en público evita a las mujeres como a la plaga, aunque creo que, en privado, tiene tantas como nosotros. Lo he visto observar detenidamente a dos o tres damiselas, como si considerara los méritos que poseían. Ningún hombre mira en esa forma a una mujer cuando lo tienta más cualquier lacayo. El hecho de que consiga mantener en secreto sus asuntos amorosos es una cosa más que parece fascinar a sus mujeres. Pero me intriga que las hermosas damiselas de la corte de Guillermo dejen caer sus pañuelos y adopten posturas de idiotas enamoradas cuando él esta cerca. Deben de sentirse tentadas por su maldita lejanía.

-Yo no he visto muchas hembras que suspiraran por él –replico Ragnor

Vachel rió con regocijo.

-No primo, y no las verás, porque habitualmente te encuentras más que apropiadamente entretenido tú mismo. Estás demasiado ocupado descarriando hermosas doncellas para molestarte con las que suspiran por Wulfgar.

-Sin duda eres más observador que yo, Vachel, porque todavía me resulta difícil creer que una doncella pueda suspirar por él, abominable como es y con esa cicatriz.

Vachel se encogió de hombros.

-¿Qué es -dijo- una pequeña marca aquí o allí? Eso prueba que a un hombre es audaz y valiente. Gracias a Dios, Wulfgar no se jacta de esos pequeños recuerdos de batallas como tantos de nuestros nobles amigos. Yo casi puedo soportar más su maldita reserva que esos cuentos aburridos que son repetidos continuamente.

Vachel hizo señas para que volvieran a llenarle su cuerno de beber y Maida se acercó, trémula, a complacerlo. La mujer intercambió con su hija una mirada fugaz, antes de alejarse con sus incomprensibles murmullos.

—No temas, primo —sonrió Vachel—. Aún no hemos perdido esta partida. ¿Qué nos importa que Guillermo favorezca a Wulfgar por un tiempo? Nuestras familias son importantes. Ellas no tolerarán mucho tiempo esta usurpación, después que nosotros hagamos conocer este ultraje.

Ragnor gruñó. —Mi padre no quedará muy contento cuando se entere de que aquí no he ganado tierras para la familia.

—No te aflijas, Ragnor. Guy es un viejo y tiene ideas viejas. Como él ha ganado su fortuna, naturalmente supone que para nosotros es fácil hacer lo mismo.

La mano de Ragnor apretó el cuerno 'hasta que los nudillos se le pusieron blancos.

—Hay momentos, Vachel, en que creo que lo odio.

Su primo se encogió de hombros. —Yo también estoy impaciente con mi padre. ¿Sabes que me ha amenazado con que si tengo otro bastardo más con alguna moza, me arrojará de su lado y me privará de mi herencia?

Por primera vez desde que abrieran a golpes las puertas de Darkenwald, Ragnor echó la cabeza atrás y rió a carcajadas.

—Tienes que admitir, Vachel, que en ese sentido ya has hecho bastante.

Vachel rió con él. -Y tú, primo, tampoco puedes hablar mucho.

—Es verdad, pero un hombre debe tener sus placeres.

Ragnor sonrió, y sus ojos oscuros cayeron sobre la joven de cabellos rojizos que tenía a sus pies. Le acarició la mejilla y su mente se embriagó con la visión de ese cuerpo esbelto apretado contra el suyo. Empezó a sentirse impaciente por poseerla. Metió los dedos dentro del escote del vestido y con un fuerte tirón desgarró la tela, dejándole los hombros al descubierto. Ella trató de liberarse. Los ojos ardientes, voraces de los invasores se volvieron rápidamente para regalarse con el festín de esos pechos que asomaban a medias sobre la prenda rota. Como sucediera antes con Hlynn, todos empezaron a gritar expresiones de aliento y bromas obscenas; pero Aislinn no se dejó dominar por la histeria. Mantuvo unidas las partes desgarradas del vestido y solamente sus ojos expresaron el odio y desprecio que le inspiraban sus captores. Uno por uno, los hombres fueron obligados a callar por esa mirada y se apartaron para tragar su incomodidad con grandes tragos de ale, mientras murmuraban entre ellos que esta moza, seguramente, era una bruja.

Lady Maida apretaba frenéticamente un pellejo de vino contra su pecho y sus dedos estaban blancos por la presión. Miró angustiada cómo Ragnor acariciaba groseramente a su hija. Las manos de él se movían lentamente sobre la carne sedosa, debajo de las ropas, llegando hasta donde ningún otro hombre se había atrevido antes. Aislinn temblaba de repulsión y Maida sintióse ahogada por el miedo y el odio que parecían crecer dentro de su pecho hasta impedirle la respiración.

Los ojos de Maida se elevaron hacia la oscura escalera que llevaba a los dormitorios. En su imaginación, vio a su hija ya luchando con Ragnor sobre la cama del lord, la misma que ella había compartido con su marido y donde diera a luz a Aislinn. Ahora, Maida casi pudo sentir los gritos de dolor arrancados a su hija por ese temible caballero. El normando no tendría piedad ni Aislinn la pediría. Su hija poseía el orgullo y la terquedad de lord Erland. Nunca imploraría nada para ella. Para otro, tal vez, pero no para ella.

Maida se alejó hacia las profundas sombras del salón. No habría justicia hasta que el asesino de su marido hubiera sentido la venganza de ella.

Ragnor se puso de pie, levantó a Aislinn y estrechó el cuerpo joven con sus fuertes brazos. Rió por lo bajo cuando ella se retorció para liberarse y obtuvo un placer brutal de la mueca de dolor que crispó la cara de la muchacha cuando le apretó el brazo con sus dedos de hierro.

-¿Cómo es que hablas la lengua de Francia? -preguntó en tono autoritario.

Aislinn levantó la cabeza, lo miró a la cara y guardó silencio. Sus ojos tenían un fulgor helado de intenso odio. Ragnor consideró la altanera actitud de la muchacha y la soltó. Pensó que ninguna tortura podría arrancarle la respuesta de los labios si ella se negaba a hablar. Antes, cuando él le había preguntado su nombre, ella se mantuvo muda. Fue la madre quien se precipitó para decírselo cuando él amenazó con violencia a la joven. Pero él sabía cómo humillar a las damiselas arrogantes.

-Te ordeno que hables, Aislinn, o te arrancaré toda la ropa y permitiré que cada uno de los hombres que están aquí te posea por turno. Juro que después de eso no te mostrarás tan orgullosa.

De mala gana, Aislinn respondió, sin modificar su actitud majestuosa.

-Un trovador viajero —dijo— pasó mucho tiempo en este castillo durante mis años de infancia. Antes de venir aquí, él anduvo vagando de país en país. Conocía cuatro idiomas. Me enseñó el vuestro por diversión.

-¿Un trovador viajero que se divierte enseñando nuestra lengua? ¿Dónde está la gracia? Yo no le veo ninguna.

—Se decía que ese duque vuestro soñaba desde niño con Inglaterra. Mi alegre trovador lo sabía porque a menudo cantaba para los nobles normandos. Dos o tres veces, en su juventud, llegó a cantar para entretener a ese duque, hasta que el duque le cortó el dedo meñique por cantar en su presencia la historia de un caballero bastardo. A mi trovador le divertía enseñarme el francés, a fin de que si un día se realizaban las ambiciones del duque, yo pudiera llamarlos a vosotros la hez del pueblo y vosotros me entendierais.

Las facciones de Ragnor se ensombrecieron pero Vachel rió detrás de su copa.

—¿Dónde está tu galante trovador, damisela? -preguntó el joven normando-. Al duque, que lo llamen bastardo, hoy no le gusta más que cuando era jovencito. Quizá tu hombre termine perdiendo la cabeza, además del meñique.

Aislinn habló en tono cargado de sarcasmo. —Él está donde ningún mortal puede alcanzarlo, a salvo de vuestro duque. Ragnor miró ceñudo a su primo. —Me recuerdas cosas muy desagradables.

Vachel sonrió. —Perdóname, primo.

La visión de los hombros apenas cubiertos de Aislinn, que brillaban suavemente sobre el vestido desgarrado, desvió los pensamientos de Ragnor en otra dirección. Se inclinó y la levantó en brazos, en medio de una lluvia de furiosas protestas y una sorprendente variedad de insultos. Él rió de los esfuerzos de ella por escapar hasta que Aislinn casi consiguió zafarse. Entonces la aplastó contra él y la sujetó con unos brazos como tenazas de hierro. Sonrió, bajó la cabeza y la besó en los labios. Súbitamente retrocedió, con expresión de dolor. Un hilillo de sangre corría hacia abajo desde su labio inferior.

— ¡Viborita perversa! —dijo, semiahogado de rabia.

Con un fuerte gruñido, Ragnor se echó a Aislinn sobre el hombro. La joven quedó sin aliento cuando su vientre golpeó contra la dura cota de mallas, y estuvo a punto de perder el sentido. El normando tomó una vela para iluminar su camino en las oscuras escaleras, cruzó el salón y empezó a subir. Cuando entró en el dormitorio del lord, atrás quedaron los ruidos que hacían los turbulentos invasores. Cerró la puerta de un puntapié, dejó la vela a un lado, fue hasta la cama y arrojó a Aislinn sobre el colchón, sin ninguna ceremonia. Tuvo una visión fugaz de unas piernas largas y esbeltas antes que ella se incorporara y tratara de saltar del lecho. La gruesa cuerda que la joven todavía tenía atada al cuello frustró sus esfuerzos. Con una sonrisa cruel, Ragnor empezó nuevamente a enroscarse la cuerda alrededor de su muñeca hasta que ella quedó de rodillas ante él, mirándolo como un perro asustado mira a su torturador. Él rió ante la mirada firme de ella, desenrollo desenrolló la cuerda de su muñeca y la ató a uno de los sólidos postes de los pies de la cama.

Ragnor empezó a desvestirse con despreocupada lentitud, dejó su espada, se quitó la cota de mallas y arrojó al suelo la túnica de cuero. Se acercó al hogar, vestido ahora solamente con la camisa de lino y las ceñidas calzas. Aislinn, llena de temor, tiró frenéticamente de la cuerda que le rodeaba el cuello pero sus dedos nada pudieron contra el apretado nudo. Él avivó el fuego y añadió más leña menuda. Después se quitó la camisa de lino y las calzas de lana. Aislinn tragó con dificultad cuando el cuerpo de él emergió, esbelto y musculoso, y comprendió que le sería imposible mantenerlo lejos de ella contando solamente con sus fuerzas. Él sonrió casi amablemente, se le acercó y le rozó suavemente la mejilla con los nudillos.

-La flor de un arbusto espinoso -murmuró él-. Sí, es verdad, tú eres mía. Wulfgar me dio permiso para apoderarme de una adecuada recompensa después de cumplidas sus órdenes. -Rió por lo bajo, como si

estuviera muy divertido.- No puedo pensar en una recompensa más apropiada que quedarme con la posesión más preciada de estos pueblos. Lo que queda, apenas es digno de atención.

-¿Esperáis una recompensa por la masacre? -siseó Aislinn.

El se encogió de hombros. -Esos tontos hubieran debido saber que es imprudente atacar a caballeros armados, y el viejo se perdió a sí mismo cuando asesinó al mensajero del duque. Hemos hecho un buen día de trabajo para Guillermo. Merezco una recompensa.

Aislinn se encogió de hombros ante esta fría desconsideración por las vidas tronchadas. Se apartó de él todo lo que se lo permitió la longitud de la cuerda.

Ragnor echó la cabeza atrás y estalló en carcajadas.

-¿Mi palomita quiere huir de mí? -Retorció la cuerda en su mano y empezó a atraer a la joven hacia él-. Ven, paloma –dijo suavemente-. Ven, paloma, y comparte mi nido. Ragnor será amable contigo.

Aislinn luchó salvajemente por tirar de la cuerda mientras entre sus labios apretados escapaban sollozos de angustia. Finalmente, quedó de rodillas frente a él. Ragnor aferró el nudo que ella tenía debajo del mentón y la obligó a levantar la cabeza. Ella lo miró con los ojos dilatados, esforzándose por respirar. Él estiró un brazo y tomó un pellejo de vino que estaba sobre un cofre.

-Prueba un poco de vino, paloma mía -dijo él con la cara sobre la de ella.

A la fuerza, le echó vino entre los labios. Aislinn se ahogó y después tragó el ardiente líquido. Él sostuvo el pellejo apretado contra la boca de ella hasta que Aislinn nuevamente debió luchar para poder respirar. Él la soltó, se sentó sobre la cama y se llevó el pellejo a los labios. Al beber, parte del vino se derramó sobre su cuerpo. Ragnor dejó el pellejo, se limpió el vino de la cara y el pecho y la miró con ojos ardientes. Hizo el pellejo a un lado y estiró la mano para aferrar la cuerda. Aislinn ahora tenía menos fuerzas para luchar y él la atrajo hasta que sus caras quedaron separadas por el ancho de una mano. Su aliento, cargado de ale y vino, casi la hizo vomitar, pero súbitamente él llevó una mano al cuello del vestido de ella y con un rápido tirón hacia abajo, le desgarró las ropas y las arrojó a un lado. La soltó de repente y ella, sorprendida, cayó hacia atrás. Él sonrió, se tendió de espaldas y bebió una buena cantidad de vino sin sacar los ojos de la muchacha, quien, con miedo y vergüenza, trataba desesperadamente de cubrir su desnudez.

—Ahora ven a mí, palomita. No luches —dijo él, en tono zalamero—. Después de todo, yo no carezco de influencias en la corte de Guillermo y a ti te podría pasar algo mucho peor. -La miró con expresión de ebrio y sus ojos recorrieron cada una de las tentadoras curvas del cuerpo femenino.— Podrías ser arrojada a esos groseros patanes que están en el salón.

Aislinn lo miró con ojos dilatados y nuevamente trató de deshacer el nudo de su cuello.

—No, no, mi paloma. —Ragnor sonrió, estiró la mano y dio un tirón a la cuerda, que la hizo caer sobre manos y rodillas.

Ella quedó allí, jadeando de dolor y frustración, pero levantó la cabeza para mirarlo con ojos llenos de odio. Con la cara crispada en una mueca y sus largos cabellos en desorden, que brillaban con reflejos rojos y dorados, parecía nuevamente una bestia salvaje, agazapada y lista para presentar batalla. Él sintió que la sangre se aceleraba en su entrepierna y que su deseo aumentaba a cada momento. Sus ojos se ensombrecieron

-Ah, no eres una paloma –murmuró roncamente el normando-. Eres una zorra. Si no quieres venir a mí, yo tendré que ir hasta ti.

Se levantó de la cama y Aislinn ahogó una exclamación, porque él se irguió ante ella, atrevido como puede serlo un hombre. El dio un paso adelante, los ojos ardientes de deseo y una semisonrisa jugando en sus labios. Aislinn se enderezó y retrocedió cautelosamente. Un helado hilillo de miedo corrió a lo largo de su columna vertebral y su cuerpo se cubrió de gotas de sudor frío. Empezó a respirar agitada- mente, entrecortadamente, casi entre sollozos. Hubiera querido gritar, gritar de terror como había hecho Hlynn. Sintió que un alarido se le formaba en la garganta y luchó contra el miedo que amenazaba con sofocarla en medio de su total desamparo. Él siguió acercándosele, con la misma mueca perversa en los labios, la misma mirada de halcón, fija, fija, atrevida, que parecía devorarla mientras ella seguía alejándose hasta que la cuerda la hizo retroceder en círculo contra los pies de la cama y ya no pudo seguir escapando. Aislinn sintió que sus miembros pesaban como plomo y no le obedecían. Las sombras envolvieron a Ragnor y ese rostro, cruel pero hermoso, ocupó todo el campo visual de ella. A la luz vacilante del fuego, el cuerpo largo, esbelto de él, pareció esfumarse.

El pánico le subió a la garganta hasta que apenas le permitió respirar. Él estiró una mano y se la puso sobre un pecho. Con un grito, Aislinn se retorció, pero él la sostuvo por la cuerda y avanzó hasta que los dos cayeron sobre las pieles tendidas sobre la cama. Ella quedó atrapada, inmovilizada debajo de él. La habitación giró a su alrededor. La voz de él sonó extrañamente apagada en sus oídos.

-Eres mía, palomita. -Sus palabras salieron confusas y casi ininteligibles.

Él pasó su cara contra la esbelta columna del cuello de ella, y su aliento, caliente y denso contra la suave carne, pareció quemarla hasta los huesos.

-Eres mía. Yo soy tu amo. -La boca empezó a acariciarle los pechos.

Aislinn no podía moverse. Se hallaba en su poder y eso dejó de importarle. La cara de él se inclinaba sobre ella, oscureciéndole la visión de lo que la rodeaba. El peso del cuerpo desnudo de Ragnor la empujó mas profundamente sobre las pieles. Pronto habría terminado...

Maida miró a la pareja entrelazada, ahora inmóvil y silenciosa. Echó la cabeza atrás y dejó que su risa se impusiera a las oleadas de carcajadas que llegaban desde el salón. El aullido de un lobo hambriento desgarró la noche y los dos sonidos se mezclaron. Abajo, en el gran salón, los rudos invasores callaron mientras un helado estremecimiento rozaba con sus dedos sus musculosas espaldas. Algunos se persignaron ante algo que nunca antes habían escuchado y otros, pensando en la cólera de Wulfgar, creyeron que él ya había llegado.

2

Aislinn despertó lentamente cuando oyó, desde lo que le pareció una gran distancia, que la llamaban por su nombre. Luchó para despabilarse y quitarse de encima el gran peso que le oprimía el pecho. El normando se agitó levemente y rodó hacia un lado, librándola de la repugnante carga de su brazo. En el profundo sopor, la cara de Ragnor casi se veía inocente, con toda la violencia y el odio ocultos detrás de la máscara del sueño. Pero cuando lo miró, Aislinn hizo una mueca de desprecio y lo odió por lo que le había hecho. Demasiado bien recordó esas manos sobre su cuerpo, ese cuerpo duro presionándola contra las pieles. Sacudió la cabeza y pensó, horrorizada, que ahora debería preocuparse por la posibilidad de que él la hubiera dejado encinta. ¡Oh, que Dios no lo permitiera!

-Aislinn —repitió la voz.

Aislinn se volvió y vio a su madre de pie junto a la cama, retorciéndose sus manos delgadas con una expresión de miedo y aflicción.

-Debemos darnos prisa -dijo Maida y entregó a su hija un vestido de lana-. No tenemos mucho tiempo. Debemos marchamos ahora, mientras el centinela todavía duerme. Date prisa, hija, te lo ruego.

Aislinn percibió el gemido de terror en la voz de su madre, pero ninguna emoción se agitó dentro de su pecho. Estaba atontada, incapaz de ningún sentimiento.

-Si queremos huir, debemos damos prisa —imploró Maida con desesperación-. Ven, antes que todos despierten. Por una vez, piensa en tu salvación.

Aislinn se- levantó de la cama, cansada y dolorida, y se puso el vestido pasándolo sobre su cabeza, indiferente a la áspera textura de la tela sin la familiar camisa debajo. Temerosa de despertar al normando, miró con inquietud por encima de su hombro. Pero él dormía profundamente. Oh, pensó ella, qué placenteros deben ser sus sueños para poder descansar tan serenamente. Sin duda, su victoria sobre ella los había endulzado considerablemente.

Aislinn dio media vuelta, fue hasta la ventana y abrió los postigos con un movimiento de impaciencia. A la luz cruda y blanca del amanecer, se la vio pálida, demacrada, aparentemente tan frágil y delicada como la bruma de la mañana que se elevaba de los pantanos que veía más allá. Empezó a recogerse el cabello y a desenredárselo con los dedos. Pero el recuerdo de los dedos largos, morenos de Ragnor enredándose en sus rizos, obligándola a doblegarse a su voluntad, la hizo detenerse abruptamente. Echó hacia atrás la sedosa melena y dejó que cayera, suelta, sobre sus pechos y hasta las caderas. Cruzó la habitación.

-No, madre -dijo con firme determinación-. No huiremos hoy. No mientras nuestros muertos queridos yazcan insepultos, para alimentar a los cuervos y los lobos.

Con paso decidido, Aislinn salió de la habitación, dejando que su madre la siguiera con impotente frustración. Abajo pasaron con cautela entre los normandos borrachos, que roncaban despatarrados en el suelo.

Como un espectro silencioso y ondulante, Aislinn avanzó precediendo a su madre. Con un empujón de su cuerpo esbelto, abrió completamente la puerta llena de heridas de Darkenwald y se detuvo tambaleante, casi sofocada por el hedor nauseabundo de los muertos. Sintió que la garganta se le contraía y a fuerza de voluntad consiguió contener el vómito. Avanzó tropezando entre las formas grotescas hasta que llegó junto al cadáver de su padre. Ahora él yacía rígido, los hombros apretados contra el suelo fiel, los brazos abiertos, la espada aferrada en el puño crispado y una mueca de desafío en los labios entreabiertos.

Una lágrima solitaria rodó por la mejilla de Aislinn mientras ella lo lloraba en silencio. Él había muerto como había vivido, con honor y con su propia sangre vital apagando la sed del suelo que amaba. Ella echaría de menos hasta sus accesos de cólera. ¡Qué miserable situación! ¡Qué desesperación! ¡Qué soledad, la de la muerte!

La dama llegó a su lado, se apoyó en ella y respiró agitadamente en el aire denso, pesado. Miró a su esposo asesinado y se estremeció. Su voz empezó como un suave gemido y terminó en un alarido penetrante.

-¡Oh, Erland, no es justo que nos dejes así, con la casa llena de ladrones y nuestra hija violada por un asno afeitado!

La mujer cayó de rodillas y aferró la cota de mallas del lord muerto, como si quisiera atraerlo hacia ella. La fuerza le falló y se prosternó y gimió con desesperación.

-¿Qué voy a hacer? ¿Qué voy a hacer?

Aislinn pasó sobre el cadáver y liberó la espada que el muerto tenía aferrada. Después agarró el cuerpo de un brazo y trató de arrastrarlo hasta un lugar más blando. Su madre aferró la otra mano, pero sólo para quitar el gran anillo de sello del dedo crispado. Cuando Aislinn la miró, Maida levantó la vista y gimió:

-¡Es mío! ¡Parte de mi dote! Mira, las armas de mi padre. –Agitó el anillo ante la cara de Aislinn-. Me lo quedo.

Sonó una voz que las hizo sobresaltarse. La mujer saltó, con el rostro crispado por el miedo. Dejó caer la mano del muerto y corrió con sorprendente agilidad a través del campo de batalla, para ocultarse entre los arbustos del borde del pantano. Aislinn dejó el brazo de su padre en el suelo y se volvió, con una lentitud serena que a ella misma la sorprendió, para enfrentar esta amenaza desconocida. Sus ojos se dilataron a la vista de un alto guerrero montado en un gran semental como ella nunca antes había visto, y que soportaba el peso del hombre tan fácilmente como si fuera un muchachito. El enorme animal parecía escoger su camino casi con delicadeza entre los muertos, y se dirigía hacia ella. Aislinn no se movió, aunque sintió que las cuerdas del terror tiraban de ella a medida que se aproximaba esta gigantesca aparición, haciéndola más consciente de su propia vulnerabilidad y de la fragilidad de su cuerpo de mujer. El hombre tenía la frente cubierta por el yelmo, pero detrás del guarda nariz brillaban unos ojos grises acerados que parecían taladrarla. El coraje de Aislinn se derritió bajo esa mirada y ella tragó convulsivamente mientras la helada mano del miedo se apoderaba de ella

El escudo del jinete, un lobo negro rampante sobre gules y oro, con un siniestro un siniestro torcido, colgaba de la silla. Aislinn supo por ese escudo que él era un bastardo. Si no hubiera sido por el miedo y respeto que inspiraban la altura del hombre y el tamaño de su montura, ella le hubiese arrojado el insulto a la cara. Pero se limitó a levantar el mentón en gesto de impotente desafío y a mirarlo a los ojos, con los suyos echando chispas de odio. Él curvó los labios en un gesto de desprecio. Las palabras francesas sonaron claramente, y en el tono de voz se percibió nítidamente un profundo desdén.

-¡Sucia sajona! ¿Nada está a salvo de tus raterías?

La voz de Aislinn sonó más aguda, pero con el mismo desdén cuando replicó prestamente: -¿Qué habéis dicho, señor caballero? ¿Es que nuestros bravos invasores normandos no pueden dejar que sepultemos a nuestros muertos en paz?

Aislinn señaló burlonamente el campo de la masacre.

Él replicó, desdeñosamente: -Por el hedor, se diría que han demorado demasiado tiempo.

-No demasiado, dirá uno de vuestros compañeros cuando despierte y compruebe que me he marchado -respondió ella, escupiendo las palabras. A pesar suyo, los ojos se le llenaron de lágrimas cuando devolvió desafiante la fija mirada de él.

El hombre no se movió, la estudió con más atención y pareció relajarse un poco sobre su silla. Ella sintió la mirada de él que la examinaba morosamente, una brisa súbita hizo que su vestido de lana se adhiriera a las curvas de su cuerpo y regalara a quien la mirara con un espectáculo muy detallado. La mirada del caballero subió y se detuvo atrevidamente en los pechos llenos, redondeados, que subían y bajaban agitadamente por la ira que ella sentía. Las mejillas de Aislinn ardieron y enrojecieron bajo la lenta y cuidadosa inspección del hombre. De pronto, se exasperó porque él podía hacerla sentir como cualquier nerviosa vaquerilla bajo la mirada apreciativa de su señor.

-Agradeced haber tenido para ofrecer a sir Ragnor algo más que esto -dijo él, señalando los muertos.

Aislinn se estremeció de furia, pero él se apeó de su semental y se le acercó. Ella guardó silencio mientras la dura mirada de él la atravesaba. El hombre se quitó el yelmo que sostuvo descuidadamente debajo de un brazo. Sonrió lentamente, otra vez pareció medirla de pies a cabeza y estiró la mano para acariciar uno de los suaves rizos que caían sobre el pecho de la muchacha.

-Sí -dijo-, alegraos de haber tenido algo más que ofrecer, señorita.

-Ellos dieron lo mejor que tenían. Si yo hubiera tenido una espada, habría hecho lo mismo.

Él gruñó, se volvió y miró la carnicería, con evidente desagrado. Pese a sus palabras, Aislinn lo estudió con lejano interés. Él era alto, por lo menos dos manos más alto que ella, aunque ella no era de estatura baja. Sus cabellos leonados estaban revueltos y descoloridos por el sol, y aunque la cota de mallas era pesada, se movía con una desenvoltura graciosa y confiada. Ella pensó que en ropas de corte, él arrancaría más de un suspiro de los pechos de las doncellas. Tenía ojos algo separados, y arriba de los mismos unas cejas bien

arqueadas, aunque, cuando como ahora, estaba encolerizado, las cejas bajaban y se unían sobre su nariz larga y fina y daban a su rostro la intensa expresión de una bestia de caza. Su boca era ancha, los labios delgados y bellamente curvados. Una larga cicatriz iba desde el pómulo hasta la línea de la mandíbula. Ahora la cicatriz estaba pálida y los músculos debajo de la misma contraídos, pues él apretaba los dientes con furia. Con un rápido movimiento, se volvió hacia ella y Aislinn quedó casi sin aliento al mirar esos fríos ojos grises. El hombre contrajo los labios y mostró unos dientes fuertes y blancos, y de su garganta salió un ronco gruñido

Aislinn quedó intimidada por el aspecto salvaje de él; era como si fuera un sabueso que estuviera sobre una pista. No, más que eso. Un lobo dispuesto a vengarse de un enemigo ancestral. El hombre dio media vuelta, y a largas zancadas, casi corrió hacia la puerta principal de Darkenwald y desapareció en el interior.

No bien él entró, fue como si un trueno sacudiera la casa. Aislinn lo oyó gritar, y las gruesas paredes devolvieron el eco del ruido que hacían los invasores al levantarse precipitadamente. Olvidada su ira, ella escuchó y aguardó. Su madre se asomó por un ángulo del edificio y con gestos imperiosos le pidió que viniera. De mala gana, Aislinn volvió su atención a la tarea que tenía por delante y se inclinó para tomar el brazo del cuerpo de su padre, a fin de arrastrarlo a otro lugar. Pero se sobresaltó cuando un gran alarido hizo estremecer el aire y levantó la vista, alarmada, a tiempo para ver que Ragnor era arrojado por la puerta, desnudo. Siguieron sus ropas y su espada, que fueron a caer junto a él, sobre el polvo.

—¡Imbécil! —gritó quien lo expulsaba, y se detuvo en los escalones, encima de él.— ¡Los muertos no me sirven!

Con los ojos brillantes de satisfacción, Aislinn observó complacida el espectáculo de Ragnor, quien se ponía dificultosamente de pie, sufriendo intensamente la humillación. El normando empuñó su espada e hizo una mueca de desprecio, pero los ojos grises que lo miraban con fijeza relampaguearon con una advertencia.

—Ten cuidado, Ragnor. Tu hedor podría mezclarse con el de tus víctimas.

—¡Wulfgar, hijo de Satanás! —dijo Ragnor, ahogándose de rabia. Temerariamente, hizo señas al otro para que se acercara—. Ven aquí, para que yo pueda ensartarte como te lo mereces.

—No me interesa, por el momento, batirme con un chacal desnudo y rebuznador.— Al notar el interés de Aislinn, levantó una mano hacia ella.— Aunque la dama te querría ver muerto, lamentablemente tengo necesidad de ti.

Ragnor se volvió, sorprendido, y vio que Aislinn lo contemplaba con expresión divertida. Su rostro se ensombreció de ira y humillación. Murmuró una maldición, precipitadamente se puso sus calzas y fue hacia ella.

—¿Qué haces aquí? —preguntó—. ¿Por qué has abandonado la casa?

Aislinn rió por lo bajo y lo miró con ojos cargados de odio y desdén. —Porque se me dio la gana.

Ragnor la miró fijamente, pensando cómo podría domar efectivamente ese carácter rebelde sin estropear la belleza de su rostro o del cuerpo suave y adorable que recordaba muy bien, apretado contra él en la cama Sería difícil desembarazarse de ese delicioso recuerdo. Nunca había visto a una mujer con un coraje que igualara al de un hombre.

Estiró una mano y la tomó de la muñeca.

-Entra en la casa -dijo- y espérame. Pronto aprenderás que eres mía y que debes obedecerme.

Aislinn retiró su brazo con asco.

-¿Creéis que porque una vez os acostasteis conmigo yo os pertenezco? -siseó-. Oh, tenéis mucho que aprender, porque yo nunca seré vuestra. El odio que me inspiráis me acompañará todos los años de mi vida La sangre de mi padre clama desde la tierra y me recuerda vuestro crimen Ahora, el cuerpo de él me ruega que le dé sepultura y yo voy a hacerlo os guste o no. Sólo podréis detenerme derramando también mi sangre.

Ragnor la tomó nuevamente del brazo y sus dedos apretaron cruelmente la tierna carne de ella. Él era consciente de que Wulfgar los observaba con gran interés, y su frustración aumentó cuando vio que no podía intimidar a esta muchacha terca ni hacer que se le sometiera.

-Hay otros más capaces de sepultarlo -gruñó Ragnor con los dientes apretados-. Haz lo que te ordeno.

Las líneas de la mandíbula de Aislinn se pusieron rígidas cuando ella miró directamente los relampagueantes ojos negros de él.

-No -dijo ella suavemente-. Prefiero que la tarea la hagan manos amorosas.

Entre los dos se libraba una batalla silenciosa. Ragnor apretó su mano, como si fuera a golpear a Aislinn. Después, sin advertencia, la soltó y la hizo caer sobre el polvo, se irguió con las piernas abiertas

sobre ella y recorrió con ojos hambrientos las curvas del cuerpo apetitoso. Aislinn bajó rápidamente su vestido para cubrirse los muslos y lo miró con ojos helados.

-Te concedo esto, damisela. Pero no vuelvas a ponerme a prueba-advirtió él

-Un caballero verdaderamente amable -replico ella en tono de provocación, y se puso de pie.

Aislinn se frotó la muñeca magullada, lo miró un momento con ojos cargados de desprecio y después pasó junto a él, en dirección al alto guerrero que seguía de pie en la escalinata de la casa. Este normando le devolvió la mirada y sonrió, con un asomo de burla en sus hermosos labios

Aislinn se volvió de repente y no alcanzo a ver la forma apreciativa en que la miró el alto normando. Se inclinó, tomó una vez más el brazo de su padre y empezó a tirar de él. Los dos hombres se quedaron observando y por fin Ragnor se acercó para ayudarla, pero ella lo aparto con violencia.

-¡Idos! -gritó- ¿No podéis dejarnos tranquilas por un momento? ¡Él era mi padre! Dejadme que lo sepulte.

Ragnor dejó caer sus manos a los costados y desistió de tratar de ayudarla. Después fue a recoger sus ropas, pues en su cuerpo escasamente cubierto empezaba a sentir un poco de frío.

Con gran determinación, Aislinn arrastró a su padre desde el patio hasta un punto debajo de un árbol, a corta distancia de la casa. Un pájaro levantó vuelo de las ramas del árbol y ella lo observó y envidio su libertad. Continuó mirando al pájaro que se alejaba y no advirtió que Wulfgar se acercó hasta detenerse detrás de ella. Pero cuando un objeto pesado fue arrojado a sus pies, se sobresaltó y se volvió. Él señaló la pala.

-Hasta unas manos amorosas necesitan herramientas, señorita.

-Sois tan amable como vuestro hermano normando, señor caballero. -Enarcó una ceja, y preguntó, con ironía: - ¿O ahora debo llamaros "milord"?

Él hizo una breve reverencia. -Lo que deseéis, damisela.

Aislinn levantó el mentón. -Mi padre era lord aquí. No me parece bien llamaros lord de Darkenwald.

El caballero normando se encogió de hombros, sin alterarse.

-Soy conocido como Wulfgar —dijo.

Aislinn, que había esperado fastidiarlo, ahora se sintió descontenta. El nombre, sin embargo, no le era desconocido, porque recordaba claramente a sir Ragnor y su primo hablando de él con odio la noche anterior. Quizá ahora arriesgaba su vida provocando la cólera de este hombre.

-Quizá su duque le dé estas tierras a otro después que vos las ganasteis para él —dijo ella con petulancia—. Todavía no sois lord de ellas y podríais no serlo nunca.

Wulfgar sonrió lentamente. -Aprenderéis que Guillermo es un hombre de palabra. Estas tierras ahora son mías, porque pronto Inglaterra será de él. No pongáis esperanzas sobre falsos deseos, damisela, porque eso no os llevará a ninguna parte.

-¿Qué esperanzas me habéis dejado vosotros? –preguntó Aislinn amargamente-. ¿Qué esperanzas habéis dejado a Inglaterra?

Él la miró con expresión burlona. -¿Os entregáis tan fácilmente, querida mía? Me pareció detectar un poco de fuego del infierno y de una firme determinación en el ondear de vuestras faldas. ¿Me equivoqué?

Aislinn enfureció ante esta provocación. —Os reís de mí, normando.

Él rió por lo bajo. -Veo que ningún enamorado atrevido os ha hecho erizar vuestras hermosas plumas, hasta ahora. Seguramente estaban demasiado embobados con vos para poneros en vuestro lugar

-¿Creéis que sería capaz de hacerlo? -dijo ella, con expresión burlona Señaló con la cabeza a Ragnor, quien los observaba desde lejos- ¿Cómo lo lograría? Él ha usado la violencia y ha violado mi cuerpo. ¿Vos haríais lo mismo?.

Lo miró con ojos llenos de lágrimas, pero Wulfgar negó con la cabeza, estiró una mano y le acarició el mentón.

-No, tengo métodos más efectivos para domar a una muchacha como vos. Cuando la violencia no logra nada, el placer puede ser un arma eficaz.

Aislinn hizo a un lado la mano de él.

-Os tenéis demasiada confianza, sir Wulfgar, si creéis que podréis dominarme con amabilidad.

-Nunca he sido amable con las mujeres -replico él, despreocupadamente e hizo que ella se estremeciera con un escalofrío.

Aislinn lo miró un momento a los ojos pero nada encontró allí que aclarara el significado de las palabras de Wulfgar. Sin una palabra tomó la pala y empezó a cavar. Wulfgar observó sus torpes movimientos y sonrió.

-Hubierais tenido que obedecer a Ragnor -dijo-. Dudo que por haber estado en la cama de él tengáis que tomaros esta molestia.

Aislinn lo miró con ojos fríos, cargados de odio.

-¿Creéis que todas somos prostitutas para buscar el camino más fácil? -preguntó- Os sorprendería saber que esto me resulta infinitamente placentero que tener que someterme a 1as sabandijas. -Lo miró fijamente a sus ojos grises. –Normandos... sabandijas. No hay ninguna diferencia... creo.

Wulfgar habló lentamente, como para permitir que sus palabras hicieran todo su efecto. -Hasta que me haya acostado con vos, damisela reservaos vuestro juicio sobre los normandos. Quizás os gustaría más ser montada por un hombre, en vez de un fanfarrón borracho.

Aislinn lo miró pasmada, incapaz de replicar. Él pareció expresar un hecho innegable más que hacer una amenaza, y ella supo con certeza sería solamente una cuestión de tiempo antes de que tuviera que compartir una cama con este normando. Consideró su estatura sus hombros anchos y musculosos, y se preguntó frenéticamente si sería aplastada por su peso cuando él decidiera poseerla. Pese a sus palabras, él probablemente la maltrataría de la misma forma que Ragnor y obtendría placer del dolor que le causara.

Pensó en los muchos hombres cuyas ofertas de –matrimonio había rechazado hasta que su padre, perdida la paciencia, eligió a Kerwick para ella Ahora no era una joven orgullosa, pensó, sino una doncella desamparada, para ser usada y enseguida arrojada en brazos del siguiente en la fila de pretendientes. Se estremeció interiormente ante la idea.

-Podéis haber conquistado Inglaterra, normando, pero os advierto que no os será tan fácil conquistarme a mí -siseó.

-Creo que, para mí, será una conquista más agradable. Los frutos de mi victoria, no lo dudo, serán mucho más deliciosos.

Aislinn lo miró desdeñosa. -¡Patán presumido y vanidoso! Cree que yo soy una de sus complacientes prostitutas normandas, impaciente por satisfacer sus deseos. Pronto se desengañará.

Él rió. -Alguien tendrá que aprender una lección, pero quién de los dos, todavía está por verse. Sin embargo, me inclino a pensar que el ganador seré yo.

Sin decir más, dio media vuelta y se alejó. Ella quedó mirándolo fijamente. Pero, por primera vez, Aislinn notó que él cojeaba. ¿Se debería a una herida sufrida en combate o a un defecto de nacimiento? Esperó con vehemencia que, en cualquiera de los dos casos, fuera algo muy doloroso.

Al percatarse de que Ragnor la observaba, Aislinn se volvió y clavó la pala en la tierra, maldiciendo a los dos hombres. Furiosamente, golpeó el suelo como si estuviera golpeando a uno de ellos. Continuó con su tarea y notó que los dos hombres habían empezado a hablar acaloradamente. El tono de Wulfgar era bajo, pero la cólera resonaba en sus palabras. Ragnor, tratando de salvar algo de su orgullo, hablaba con ira contenida.

-Me dijeron que asegurara este lugar para ti. Los consejeros ingleses del duque dijeron que aquí sólo hombres viejos o torpes podrían levantar sus espadas contra nosotros. ¿Cómo íbamos a saber que el viejo lord nos atacaría y que sus siervos tratarían de matamos? ¿Qué hubieras querido que hiciésemos, Wulfgar? ¿Quedarnos quietos y morir, por no levantar nuestras armas para defendernos?

-¿No leíste los ofrecimientos de paz que yo te envié? –preguntó Wulfgar-. El anciano era orgulloso y hubieras tenido que tratarlo con mucho tacto para evitar derramamientos de sangre. ¿Por qué no pusieron más cuidado, en vez de llegar aquí como conquistadores y despojarlo de su hogar? Dios mío, ¿eres tan inepto que debo estar contigo en todo momento para enseñarte cómo hay que tratar a hombres de ese carácter? ¿Qué le dijiste?

Ragnor hizo una mueca de desprecio. -¿Por qué estás tan seguro de que no fueron tus palabras las que lo encolerizaron? El anciano nos atacó pese a la magnanimidad de tu mensaje. Yo nada hice, salvo dejar que el heraldo leyera el pergamino que me entregaste.

-Mientes -rugió Wulfgar-. Yo les ofrecí, a él y a los suyos, un tratado justo para que depusieran sus armas. El no era ningún tonto. Hubiera aceptado rendirse para salvar a su familia.

-Evidentemente, te equivocaste, Wulfgar -dijo Ragnor en tono burlón-. ¿Pero quién hay que pueda probar lo que dices? Mis hombres no conocen esta lengua pagana, con excepción del heraldo. Sólo yo y el heraldo vimos el documento. ¿Cómo vas a probar las acusaciones contra mí?

-No hace falta probarlas —dijo Wulfgar—. Yo sé que ustedes asesinaron a esos hombres.

Ragnor rió despectivamente. -¿Cuál es el precio por quitar la vida a unos cuantos sajones? Tú has matado, en Hastings, muchos más que estos pocos patanes.

La cara de Wulfgar parecía de piedra. —Fue porque se rumoreaba que las fuerzas de Cregan eran muy numerosas que fui yo para tomar ese lugar, creyendo que tú tendrías el buen sentido de persuadir a un anciano a que evitara una lucha estéril. En eso veo que me equivoqué y lamento mi decisión de haberte enviado aquí. La muerte del anciano nada significa. Pero los campesinos serán difíciles de reemplazar.

Estas palabras penetraron profundamente en Aislinn, quien erró el golpe que daba en ese momento con la pala. Cayó con fuerza al suelo y el golpe casi la dejó sin aliento. Jadeando de dolor, permaneció inmóvil, con deseos de llorar de rabia e indignación. Para estos hombres una vida carecía de importancia, pero para una muchacha que había amado y respetado a su padre, la pérdida era intolerable.

La acalorada conversación cesó y los hombres dirigieron nuevamente su atención hacia ella. Wulfgar ordenó a gritos que saliera uno de los siervos de la casa. Vino Ham, un robusto muchacho de trece años, quien salió tropezando.

-Entierra a tu señor -ordenó Wulfgar, pero el muchacho lo miró sin entender. El normando indicó a Aislinn que tradujera sus palabras, y ella, resignada, entregó la pala al muchacho y observó solemnemente cómo cavaba la tumba. Oyó que, mientras tanto, el normando ordenaba a los invasores que estaban en la casa que se llevaran los muertos de allí.

Aislinn y Ham envolvieron al lord en pieles de lobo, lo metieron en la fosa y depositaron sobre su pecho la pesada espada. Cuando hubo sido arrojada la última palada de tierra, Maida se acercó tímidamente, se arrojó sobre el montículo y empezó a sollozar.

-¡Un sacerdote! -imploró-. La tumba tiene que ser bendecida.

-Sí, madre —murmuró Aislinn—. Encontraremos uno.

Aislinn se atrevió a asegurarle esto a su madre, aunque no tenía idea de cómo podría hacer venir un sacerdote. La capilla de Darkenwald, abandonada después de la muerte de su sacerdote hacía varios meses, había sido reducida a escombros por un incendio que se produjo poco después. El fraile de Cregan había atendido a la gente de Darkenwald en ausencia de otro clérigo. Pero ir a buscarlo sería arriesgar su vida, aun si podía partir sin que la vieran, lo cual era altamente improbable. Su caballo estaba atado en el establo, donde algunos de los normandos habían hecho sus jergones. Era consciente de la magnitud de su impotencia y de la imposibilidad de dar mucho consuelo a Maida. Sin embargo, su madre estaba acercándose peligrosamente a la demencia y Aislinn temía que esa decepción la hiciera cruzar el límite.

Aislinn levantó la vista hacia donde estaba Wulfgar. Él estaba quitando la armadura de su caballo, y por esta acción ella supo que él tenía intención de quedarse en Darkenwald en vez de en Cregan. Darkenwald era la elección probable, porque aunque el pueblo tenía menos habitantes, la casa señorial era más grande y más adecuada a las necesidades de un ejército. Erland la había proyectado con visión de futuro. Construida mayormente de piedra, era menos vulnerable a los incendios y a los ataques que la casa señorial de Cregan, la cual era de madera. Sí, Wulfgar se quedaría, y por sus palabras, Aislinn sabía que ella tendría que servirlo para sus placeres. Con su propio miedo de ser reclamada por este temible invasor, le resultaba difícil ofrecer aliento a otras personas.

-¿Lady? -empezó Ham.

Se volvió y vio que el muchacho estaba mirándola. Él, también, se había percatado del estado de la madre y ahora miraba a Aislinn en busca de autoridad. Sus ojos la interrogaron. Buscaba que lo guiaran en el trato con estos hombres cuya lengua lo confundía. Cansada, Aislinn se encogió de hombros, incapaz de darle una respuesta, dio media vuelta y caminó lentamente hacia Wulfgar. El normando miró a su alrededor cuando ella se aproximó e interrumpió su tarea. Con gran vacilación, Aislinn se acercó más al hombre y a la bestia, y miró al enorme caballo con temor y respeto. Sentíase más que recelosa al acercarse a ese animal.

Wulfgar acarició las sedosas crines, sostuvo el freno en su mano y la miró. Aislinn aspiró profundamente.

-Milord –dijo tiesamente. El título le salió con dificultad, pero por la cordura de su madre y para que estos hombres de Darkenwald pudieran tener cristiana sepultura, ella estaba dispuesta a tragarse su orgullo por un tiempo. Su voz se hizo más fuerte con su determinación-. Quiero hacer un pequeño pedido...

Él asintió con la cabeza y no dijo nada, pero ella fue consciente de esos ojos grises, penetrantes pero desapasionados, que la miraban fijamente. Sintió la desconfianza de él y hubiera querido maldecidlo, insultarlo por extranjero y por irrumpir en sus vidas. Nunca le había sido fácil mostrarse dócil. Hasta en las oportunidades en que su padre la regañaba por algún punto en discusión, como la renuencia para elegir un pretendiente, ella se mantenía inconmovible, terca, voluntariosa, sin temer la cólera tronante de él, mientras que otros hubieran corrido a refugiarse espantados, temerosos por sus vidas. Empero, Aislinn sabía que cuando ella quería salirse con la suya, la gentileza y la docilidad lograban ablandar el corazón de él y hacer que se mostrara complaciente. Ahora aplicaría la misma treta con este normando. Habló en tono mesurado:

-Milord, sólo pido un sacerdote. Es un pedido pequeño... pero por estos hombres que han muerto...

Wulfgar asintió. -Se hará -dijo.

Aislinn cayó de rodillas ante él, humillándose por este breve momento. Era lo menos que podía hacer para asegurarse de que los muertos serían sepultados cristianamente.

Con un gruñido, Wulfgar se inclinó y la obligó a ponerse de pie. Aislinn lo miró sorprendida a los ojos.

-Levántate, muchacha. Respeto más tu odio —dijo él, y se volvió y entró en la casa, sin agregar nada más.

Siervos de Cregan, bien custodiados por un puñado de hombres de Wulfgar, vinieron para sepultar a los hombres de Darkenwald. Con sorpresa, Aislinn reconoció entre ellos a Kerwick cuando estuvieron más cerca, siguiendo a un vikingo enorme que venía a caballo. Aislinn sintió un alivio enorme al verlo con vida y hubiera corrido hacia él, pero Maida la tomó del vestido y se lo impidió.

-Lo matarían... —dijo— esos dos que pelean por tí.

Aislinn comprendió la prudencia de esto y sintióse agradecida a su madre por esta pequeña muestra de buen sentido. Se relajó y observó furtivamente mientras él se acercaba. Hubo cierta dificultad con el idioma cuando los guardias trataron de indicar a los siervos lo que tenían que hacer. Aislinn, confundida, se preguntó cuál sería el juego de Kerwick, porque ella misma le había enseñado la lengua francesa y él había sido un estudiante aprovechado. Por fin los campesinos entendieron y empezaron a reunir y preparar los cuerpos para sepultarlos, todos excepto Kerwick, quien estaba como atontado, horrorizado ante el terrible espectáculo de los hombres masacrados. Súbitamente, él se volvió y vomitó. Los hombres de Wulfgar rieron y Aislinn los maldijo en silencio. Su corazón fue hacia Kerwick; últimamente él había visto demasiado de la guerra. Sin embargo, hubiera preferido que él se sobrepusiera y mostrara dignidad y fortaleza ante estos normandos. En cambio, estaba permitiendo que lo hicieran objeto del ridículo. Las risas fueron para ella como una mordedura, de modo que dio media vuelta y corrió hacia la casa. Sintió vergüenza de él y de quienes se degradaban así delante del enemigo. Con la cabeza baja, sin prestar atención a los hombres que, de soslayo, la miraron con lascivia, siguió caminando hasta caer prácticamente en brazos de Wulfgar. El se había quitado su cota de malla, dejándose su túnica de cuero, y ahora estaba con Ragnor, Vachel y el vikingo que había llegado con Kerwick. Wulfgar la abrazó suavemente y le acarició la espalda.

—Bella damisela, ¿acaso puedo pensar que estás impaciente por mi cama? —dijo él burlonamente, levantando una ceja.

Solo el vikingo rió con ganas, porque el rostro de Ragnor se ensombreció y miró a Wulfgar con odio y desprecio. Pero ello fue suficiente para hacer estallar el mal carácter de Aislinn, quien empezaba a perder la prudencia. Su humillación ya le resultaba insoportable. Su orgullo ardía como una hoguera que la rodeara, y la impulsaba a actos irrazonables. Con una llama de cólera ardiendo en su interior, levantó un brazo y aplicó una fuerte bofetada en la mejilla de Wulfgar, la misma donde él tenía la cicatriz.

Los hombres que estaban en el salón contuvieron el aliento, paralizados por la sorpresa. Esperaron que Wulfgar derribara de un puñetazo a esta jovencita descarada e insolente. Todos conocían la forma en que él trataba a las mujeres. Generalmente, él les prestaba poca atención, y en ocasiones les demostraba su

desprecio dando media vuelta y alejándose cuando alguna trataba de entablar conversación con él. Ninguna mujer, hasta ahora, se había atrevido a golpearlo. Las damas temían a su mal humor. Cuando él posaba en ellas su mirada fría, cruel, ellas se apartaban inmediatamente de su camino y huían para ponerse a salvo. Sin embargo, esta damisela, con mucho que perder, se había atrevido a llegar más lejos que cualquier otra.

En el breve momento en que Wulfgar la miró fijamente, Aislinn recobró el buen sentido y sintió un súbito estremecimiento de miedo. Los ojos de color violeta se encontraron con los grises. Ella quedó horrorizada por su acción, él quedó atónito. Ragnor pareció complacido, pues no conocía al hombre. Sin ninguna palabra de advertencia, las manos de Wulfgar se cerraron alrededor de los brazos de ella como anillos de acero y la atrajeron y aplastaron contra él en un fuerte abrazo. Ragnor le había parecido a ella fuerte y musculoso, pero esto era como ser aplastada contra una estatua de hierro. Los labios de Aislinn se entreabrieron por la sorpresa y su exclamación de asombro fue abruptamente silenciada cuando la boca de él descendió sobre la de ella, como se lanza un ave de rapiña sobre su presa. Los hombres aullaron y dieron gritos de aliento, y Ragnor fue el único que encontró motivos de insatisfacción. Con el rostro encendido y contorsionado por una cólera violenta, observó la escena, y apretó los puños contra sus costados, para no lanzarse y separar a la pareja.

El vikingo gritó: -¡Jo! ¡La hembra ha encontrado a su macho!

La mano de Wulfgar se movió detrás de la cabeza de Aislinn, forzándola hacia la de él, y sus labios se retorcieron sobre la boca de ella, lastimándola, explorando, exigiendo. Aislinn sintió contra su pecho, como martillazos, los fuertes latidos del corazón de él, y tuvo conciencia de ese cuerpo, duro, amenazador, apretado con fuerza contra su esbelta silueta. El brazo de él le rodeó la cintura como una garra inmisericorde, y detrás de su cabeza sintió esa mano, grande y capaz de aplastarle sin esfuerzo el cráneo. Pero en algún lugar, en alguna parte de lo más recóndito, lo más oscuro, lo más desconocido y profundo de su ser, una pequeña chispa se encendió y subió, despertando a su cuerpo, arrancándolo de su reserva fríamente mantenida, abrasándolos, incendiándolos, fundiéndolos a los dos en una vertiginosa masa de sensaciones. Toda su conciencia fue estimulada por la sensación, el sabor, el olor de él, todo placentero y agudamente excitante. Sus nervios se inundaron con una cálida excitación y ella cesó de luchar. Como si tuvieran una voluntad propia, independiente de ella, sus brazos subieron por la espalda de él y el hielo fundióse en un fiero ardor a la altura del de él. Poco importó que él fuera un enemigo o que sus hombres observaran y expresaran groseramente su aprobación. Parecía que solo existían ellos dos. Kerwick nunca había tenido ese poder de arrancarla de sí misma, sus besos no habían despertado pasión dentro de su pecho, ningún deseo, ninguna impaciencia por ser suya. Ahora, estrechada entre los brazos de este normando, ella se rendía, indefensa, a una voluntad más grande que la suya y devolvía el beso con una pasión que nunca creyó poseer.

Wulfgar la soltó abruptamente, y para gran desconcierto de Aislinn, no pareció para nada perturbado por lo que para ella había sido una experiencia arrasadora. Ninguna otra fuerza hubiera podido hacerla llegar tan bajo. Sintió vergüenza y comprendió que su debilidad ante este normando no se basaba en el temor sino en el deseo. Pasmada por su propia respuesta al beso de él, lo fustigó con la última arma que le quedaba: su lengua.

-¡Perro bastardo de Normandía! ¿En qué albañal encontró tu padre a tu madre?

Hubo exclamaciones ahogadas en el salón, pero en la frente de Wulfgar, la reacción al insulto aleteó sólo momentáneamente. ¿Fue cólera lo que vio Aislinn? ¿Fue dolor? Oh, eso era dudoso. Ella no podía esperar herir a este caballero de corazón de hierro.

Wulfgar levantó una ceja y la miró fijamente.

-Es muy extraña tu demostración de gratitud, damisela -dijo- ¿Has olvidado tu pedido de un sacerdote?.

Aislinn, agotada su violencia, se quedó apabullada por su propia estupidez. Había jurado que las tumbas serían bendecidas, pero, por idiotez suya, los muertos de Darkenwald ahora serían sepultados sin la bendición de un sacerdote. Miró al normando con la boca abierta, incapaz de formular un ruego o una disculpa.

Wulfgar rió brevemente. -No temas, damisela. Mi palabra es sagrada. Tendrás a tu anhelado sacerdote tan seguramente como que compartirás mi cama.

Ante estas palabras, sonaron risas en el salón, pero Aislinn sintió que el corazón se le sacudía dolorosamente.

— ¡No, Wulfgar! -gritó Ragnor en una explosión de cólera-, Por todo lo que es sagrado, aquí no te saldrás con la tuya. ¿Has olvidado la promesa que me hiciste de dejarme escoger como recompensa cualquier cosa que me gustara? Ten cuidado, porque elijo a esta doncella como pago por haber capturado esta casa señorial.

Wulfgar se volvió lenta y deliberadamente y miró frente a frente al furioso caballero. Habló con la ira resonando profundamente en su voz.

—Busca tu recompensa en los campos donde está sepultada, porque ese será tu pago. Si yo hubiera sabido el precio que tendría que pagar, habría enviado a un caballero menos atolondrado.

Ragnor se abalanzó hacia el cuello de Wulfgar pero Vachel se adelantó, lo tomó de los brazos y lo hizo retroceder. Ragnor trató de liberarse, pero su primo no lo soltó.

—No seas loco, primo —susurró Vachel en el oído de Ragnor—. Luchar contra el lobo cuando estamos en su guarida y él está ansioso de probar nuestra sangre, sería suicida. Piensa, hombre. ¿Acaso ya no has dejado tu marca sobre la muchacha? Ahora, él se preguntará de quién es el bastardo que ella parirá.

Ragnor se relajó y pensó. La expresión de Wulfgar no cambió, aunque la cicatriz de su mejilla se puso blanca contra el bronce de su piel. El nórdico miró con desprecio a los primos bien nacidos y su voz resonó, ronca y peligrosa.

—Yo no veo ningún conflicto —dijo—. La simiente de un debilucho no germina tan fácilmente, pero la de un fuerte siempre encuentra terreno fértil.

Aislinn sonrió con secreto contento, regodeándose con la discusión. Estos conquistadores enemigos luchaban entre ellos. Sería fácil alimentar su cólera y observar cómo se destruían unos a otros. Nuevamente levantó, orgullosa, la cabeza, su espíritu pareció sacar fuerzas de las acaloradas palabras de los hombres, y se encontró con que Wulfgar la observaba atentamente. Los ojos grises parecían penetrarla hasta las profundidades del alma y descubrir los secretos allí escondidos. Un ángulo de la boca del guerrero se elevó en una sonrisa, como si lo que él viera lo divirtiese.

—La doncella no ha dado su opinión —comentó, dirigiéndose a

Ragnor- Que la muchacha elija entre nosotros dos. Si te elige a ti de Marte te la cederé sin disputar. Tendrás mi permiso para tomarla.

Las esperanzas de Aislinn se derrumbaron, dejándola sumida en- la confusión. No habría ninguna batalla aquí, porque Wulfgar estaba dispuesto a cederla sin discutir. Su plan había fracasado.

Vio que Ragnor la miraba con evidente deseo y que sus ojos oscuros prometían una tierna recompensa. Wulfgar, por su parte parecía burlarse de ella. No se pelearía por ella. El herido orgullo de Aislinn pedía a gritos que ella eligiera a Ragnor, a fin de insultar al bastardo. Ella gozaría hiriendo el ego de ese hombre. Pero sabía que no podía entregarse a Ragnor. Lo odiaba como a cualquier criatura vil, reptante, de los pantanos. Y si con esto podía vengarse de él, aun en escala muy pequeña, no desaprovecharía la oportunidad.

Su respuesta se le hizo doblemente difícil cuando los guardias normandos trajeron a Kerwick al salón. De pie entre estos dos hombres tan altos, que atraían la atención por su mera presencia, ella no podía esperar que pasaría inadvertida. Su prometido la vio inmediatamente. Sintiendo sobre ella la mirada torturada de él, Aislinn levanto lentamente los ojos hacia ese rostro turbado y encontró allí miseria y desesperación. Él pareció lanzarle un pedido silencioso, pero ella no estuvo segura de qué era lo que le pedía Kerwick, ni tampoco de su posibilidad de satisfacerlo. El no tenía heridas visibles, pero su túnica estaba sucia de polvo y sus dorados rizos se veían enredados y descuidados. El siempre había sido un estudioso, más inclinado a los libros que a la guerra. Ahora parecía fuera de lugar, un hombre apacible entre feroces invasores. Aislinn sólo pudo compadecerlo, pero nada podía hacer ella, y menos con el enemigo aguardando su respuesta.

-Damisela -insistió Wulfgar-. Aguardamos tu contestación. -Sonrió burlonamente.- ¿A cuál de nosotros elegirás como amante?

Ella vio que los ojos de Kerwick se dilataban y sintió en la boca del estómago un nudo helado. Se sintió enferma, sofocada por las miradas lascivas de los hombres que estaban en la habitación y que observaban con gran atención. Pero a ella, ellos nada le importaban. Que los idiotas se quedaran resollando con ansias. Y Kerwick tendría que soportar él solo ese dolor que se le reflejaba en la cara. Si ella pronunciaba una sola palabra, dejaría el orgullo de él expuesto al desprecio y las mofas de los normandos

Dio un suspiro de resignación. Tenía que terminar de una buena vez con la situación.

-Como debo elegir entre el lobo y el halcón, y sé que el halcón y sus gritos se parecen más a un cuervo atrapado en una trampa... -Apoyó una mano pequeña en el pecho de Wulfgar.- A vos os elijo. De modo, amante, que a vos os tocará domar a la arpía. -Rió tristemente

-Ahora, ¿qué habéis ganado con este juego de suertes?

-Una hermosa damisela para calentar mi cama —replicó Wulfgar, y añadió, con un asomo de burla: -¿He ganado más?

-Nunca -siseó Aislinn, y lo fulminó con una mirada.

Ragnor hervía de furia, en silencio, y sus puños apretados eran la única señal visible de su irritación. Por encima de la reluciente cabellera de Aislinn, Wulfgar lo miró a la cara y habló lentamente.

-En mis órdenes, quedó bien claro que cada hombre tendría su justa participación en el botín. Antes de que os marchéis a cumplir con vuestras obligaciones, Ragnor, tú y tus hombres dejaréis eso que habéis reunido para vosotros. -Señaló la pila del botín tomado la noche anterior.- El duque Guillermo querrá primero su parte, después, y sólo entonces, vendrá el pago por tu trabajo.

Ragnor pareció al borde de la violencia. Apretó su mandíbula, mientras su mano se cerró y abrió convulsivamente alrededor del pomo de su espada. Finalmente, sacó de su justillo una pequeña bolsa, fue hasta la pila del botín, y allí vació su contenido. Aislinn reconoció el gran anillo de su madre y varias piezas de oro pertenecientes a su padre. Uno a uno, Ragnor miró a sus hombres, quienes desfilaron para dejar sus tesoros en el montón, hasta que la pila aumentó de tamaño casi en la mitad. Cuando terminaron, Ragnor giró sobre sus talones y se marchó, furioso, haciendo a Kerwick a un lado, y salió del salón seguido de cerca por Vachel. Cuando la enorme puerta se cerró tras ellos, Ragnor se golpeó una mano con el puño.

-Lo mataré -dijo-. Con mis manos desnudas, lo destrozaré lentamente. ¿Qué ve en él la muchacha? ¿Acaso yo no soy un hombre apuesto?

-Modera tu cólera -dijo Vachel-. Ya le llegará su hora. La muchacha trata solamente de sembrar discordia entre nosotros. Lo vi en sus ojos cuando discutíamos. Ella odia a todos los normandos. Cuídate de ella como de una serpiente, pero ten en cuenta que ella puede sernos muy útil, porque no ama a Wulfgar más que nosotros.

Ragnor se detuvo y se irguió. -Sí, ¿cómo podía ser de otro modo? Un bastardo, y con esa cicatriz... ninguna mujer podría sentirse atraída por él.

Los ojos de Vachel brillaron. -Le daremos tiempo para que envenene al lobo con su belleza, y entonces, cuando él esté debilitado, nosotros montaremos la trampa.

-Sí -dijo Ragnor, y asintió lentamente con la cabeza-. Y la muchacha puede hacerlo. Juro que ella me ha hechizado, Vachel. Todavía mi sangre se acelera de deseo por esa arpía. Con todo mi ser la recuerdo junto a mí como Dios la trajo al mundo, y ansió poder acostarme nuevamente con ella en la primera oportunidad.

-Pronto, primo, te acostaras nuevamente con ella y el lobo habrá muerto.

-Es una promesa que te hago, Vachel -dijo Ragnor-. Porque estoy decidido a poseerla, de una u otra manera.

3

Los pocos hombres de Darkenwald que habían sido tomados prisioneros, fueron liberados después de pasar la noche, atados, en el frío aire de octubre. Ahora se los veía confundidos, atontados por la derrota del día anterior. Las mujeres fueron a la plaza con agua y alimentos, y las que encontraron a sus hombres los alimentaron y se los llevaron a sus hogares. Otras esposas lloraron a los muertos y observaron, abrumadas de dolor, cómo sus esposos e hijos eran puestos en las fosas. Y otras más, que buscaron entre los rostros de los vivos y los muertos sin resultado, se marcharon, preguntándose si alguna vez volverían a ver a sus seres queridos.

Aislinn contempló todo, apesadumbrada, desde la puerta de la casa señorial. Los muertos fueron sepultados por los siervos llegados desde Cregan, quienes trabajaron a las órdenes de dos caballeros de la confianza de Wulfgar. Aislinn los oyó hablar de otro más, quien se había quedado en Cregan, con unos pocos hombres de armas, para mantener la paz allí. Su madre, con el rostro magullado e hinchado, fue hasta la tumba debajo del roble y dejó caer sobre ella una lluvia de florecillas. Después se arrodilló, y como si le hablara a Erland, hizo ademanes y lloró con el rostro entre las manos;

El padre de Aislinn tenía alrededor de sesenta y cinco años cuando lo mataron y su esposa tenía solamente unos cincuenta. Aunque él ya era anciano y canoso cuando ella aún estaba en la flor de su edad, había existido entre ellos un amor que hacía que todos los días fueran alegres y luminosos. Aislinn había conocido en su niñez a un hermano mayor, pero se lo llevó una plaga que se abatió sobre las aldeas. Así, ella había recibido todo el cariño y la dedicación de sus padres desde entonces, y la casa señorial había sido un lugar de afecto y bondad, lejos de la ruta de los conquistadores que inundaban a Inglaterra como las mareas. Erland fue prudente y sobrevivió a una multitud de reyes. Ahora, parecía que la destrucción de la guerra había descendido aquí, como vengándose de su larga ausencia.

Maida se incorporó, cansada, con aspecto perdido y desamparado, frotándose las manos, y miró a su alrededor, angustiada, desesperada. Empezó a caminar hacia la casa señorial, arrastrando los pies, como si no quisiera encontrarse con las caras desconocidas que ahora parecían llenar todos los rincones del lugar. Varias mujeres se le acercaron con sus lamentos, como habían hecho durante años, y le pidieron ayuda, sin pensar en el trauma que había sufrido la misma Maida. Ella las escuchó unos momentos y las miró, a través de sus párpados hinchados, boquiabierta, como sumida en un hondo estupor. Aislinn se estremeció y un sollozo le subió a la garganta cuando vio a su madre, su una vez hermosa madre, que ahora parecía más una idiota retardada que una majestuosa dama.

Maida levantó las manos, como si no pudiera seguir soportando los lamentos de las mujeres, y dio un alarido.

-¡Idos! -gritó-. Yo tengo mis propios problemas. Mi Erland murió por vosotras y ahora vosotras recibís a los asesinos con poco más que algunos ceños fruncidos. ¡Sí! Los dejasteis entrar en la casa, violar a mi hija, robarme mis tesoros... ¡Aahh!

Se mesó los cabellos y las mujeres retrocedieron asustadas y sorprendidas. Con paso lento, penoso, Maida fue hasta la puerta y se detuvo al ver a Aislinn.

-Que se busquen sus hierbas y curen sus heridas -murmuró a través de sus labios hinchados-. Ya estoy harta de sus dolores, sus heridas y sus achaques.

Aislinn la vio alejarse y se sintió invadida por una profunda pena. Esta no era la madre que ella había conocido, tan llena de amor y de compasión por los campesinos y aldeanos. Maida había pasado una vida yendo al pantano y a los bosques para buscar raíces y hojas a las que después secaba, mezclando pociones, bálsamos y tisanas para curar las heridas y enfermedades de todos los que acudían a su puerta. Había enseñado cuidadosamente a Aislinn el arte de curar y le había hecho conocer y distinguir las hierbas y saber dónde buscarlas. Ahora Maida despedía a las mujeres que acudían a ella, sin escuchar sus ruegos, de modo que Aislinn tendría que asumir esa responsabilidad. La aceptó como una bendición, agradecida porque esa tarea serviría para distraerla.

Aislinn se frotó pensativamente las manos en el vestido de lana que llevaba. Primero tenía que vestirse para impedir las miradas lascivas de los normandos, después se pondría a trabajar.

Subió la escalera y entró en su dormitorio, donde se lavó y peinó. Después se puso una suave camisa y sobre ella un vestido limpio de fina lana color malva. Sonrió tristemente mientras alisaba su falda. Ni ceñidor, ni siquiera un collar para adornar su atuendo. En codicia, era imposible superar a los normandos.

Aislinn dio a su falda una última palmada y decidió no pensar más en eso. Después salió de su habitación y fue a buscar las pociones en el cuarto de su madre, el mismo que compartiera con Ragnor apenas la noche anterior. Empujó la pesada puerta y se detuvo sorprendida. Wulfgar, aparentemente desnudo, estaba sentado ante el hogar, en la silla de su padre. A sus pies arrodillábase el vikingo, quien estaba entregado a alguna tarea sobre el muslo del guerrero. Ambos se sorprendieron cuando ella entró. Wulfgar medio se levantó de su silla para buscar su espada, y Aislinn vio que no estaba enteramente desnudo sino que llevaba un breve paño alrededor de los riñones, común en su profesión. También notó que un trapo sucio, ennegrecido, estaba adherido a su muslo, sostenido por los dedos enormes y gruesos de Sweyn. Wulfgar se tranquilizó, dejó su espada y volvió a sentarse, pues no consideraba una amenaza la presencia de Aislinn.

-Os pido disculpas, lord -dijo Aislinn fríamente-. Vine por la bandeja de hierbas de mi madre y no pensé que estaríais aquí.

-Entonces llévate lo que has venido a buscar —ordenó Wulfgar. La miró de pies a cabeza y notó el cambio de ropa.

Aislinn fue hasta la mesilla donde se guardaban las hierbas y volvió con la bandeja en las manos. Los hombres estaban otra vez ocupados con el vendaje y Aislinn, al acercarse más, vio la sangre seca que manchaba el trapo y la hinchazón rojiza que había empezado a ascender desde la venda.

-Saca tus torpes manos, vikingo -ordenó ella-, a menos que quieras hacer de niñera de un mendigo con una sola pierna. Hazte a un lado.

El nórdico levantó hacia ella unos ojos interrogadores, pero se levantó y se apartó. Aislinn dejó su bandeja a un lado, se arrodilló entre las rodillas separadas de Wulfgar, levantó cuidadosamente los bordes del vendaje y observó y tocó suavemente la herida. Se trataba de un largo corte en la pierna, que rezumaba un fluido amarillento.

-Supura -dijo ella-. Hay que cuidar esto debidamente.

Aislinn se levantó y fue hasta el hogar, donde hundió un paño de lino en la humeante olla con agua que colgaba sobre los carbones ardientes, después lo retiró con un palito. Con una sonrisa perversa, dejó caer el paño húmedo caliente sobre el vendaje, haciendo que Wulfgar medio se levantara de la silla. Él apretó la mandíbula y se obligó a relajarse. Prefería condenarse antes que permitir que esta muchacha sajona lo viera ceder ante el dolor. La miró y ella le devolvió la mirada, con los brazos en jarras. En los ojos de él se traslució algo de duda sobre la capacidad de ella, pero ella señaló la pierna herida.

-Esto ablandará la costra y ablandará la herida. -Aislinn rió brevemente, burlonamente.- A vuestro caballo lo tratáis mejor que a vos mismo.

Aislinn dio media vuelta y fue hasta donde estaba el cinturón y la espada y sacó la daga de su vaina. Sweyn la observó atentamente y se puso más cerca de su enorme hacha de guerra, pero ella sólo fue a poner la daga entre las brasas del hogar. Cuando se incorporó, vio que los dos hombres la miraban no del todo confiados.

-¿El gallardo caballero normando y el feroz vikingo temen a una simple doncella sajona? -preguntó ella.

-No es temor lo que siento -replicó Wulfgar-. ¿Pero por qué te ocupas de mí, siendo yo un normando?

Aislinn se volvió la espalda, trajo la bandeja de pociones de su madre y empezó a aplastar una hoja seca, uniéndola con grasa de ganso. Mientras revolvía la mixtura, que iba convirtiéndose en un ungüento amarillento, respondió:

-Durante mucho tiempo, mi madre y yo hemos sido las curanderas de este lugar. De modo que no temáis que os deje lisiado por falta de experiencia. Si os traicionara, Ragnor ocuparía vuestro lugar, y muchos sufrirían bajo su gobierno, yo más que nadie. Así, aguardaré un tiempo hasta poder vengarme.

-Una buena cosa -dijo Wulfgar asintiendo lentamente con la cabeza y mirándola a los ojos-. Pero si quisieras vengarte, me temo que Sweyn no lo tomará muy bien. Él ha pasado gran parte de su vida tratando de enseñarme las artimañas de las mujeres.

- ¡Ese viejo gordinflón! -dijo ella en tono burlón-. ¿Qué podía hacer él que no me hayan hecho otros, fuera de poner término a mi esclavitud?

Wulfgar se inclinó y habló con suavidad.

-Su pueblo ha estudiado hace tiempo formas de matar, y lo que no saben, son muy inteligentes para adivinarlo.

-¿Estáis amenazándome? -preguntó Aislinn, interrumpiendo su tarea y mirándolo fijamente.

-No. Nunca te amenazaré. Yo prometo y cumplo, pero no hago amenazas. -Le dirigió una larga mirada y se recostó en su silla.- Si ahora me mataras, moriría sin saber tu nombre.

-Me llamo Aislinn; Aislinn de Darkenwald.

-Bien Aislinn, haz lo que debas mientras me tienes a tu merced. -Sonrió.- Pronto llegará mi oportunidad.

Aislinn se enderezó, muy enfadada porque él le recordaba lo que iba a suceder. Dejó el tazón de ungüento junto a la silla, se arrodilló y apoyó su costado contra la rodilla de él para mantenerla firme, y sintió contra su pecho la dureza de esa pierna de hierro. Levantó el paño húmedo, retiró fácilmente el vendaje y descubrió un corte largo, rojo, supurante, que corría desde arriba de la rodilla casi hasta la ingle.

-¿Una espada inglesa? —preguntó ella.

-Un recuerdo de Senlac -dijo él y se encogió de hombros.

-El hombre tuvo mala puntería -replicó ella secamente mientras examinaba la herida—. Me hubiera salvado de mucho si hubiese golpeado un palmo más arriba.

Wulfgar soltó un resoplido.

-Hazlo de una buena vez —dijo—. Tengo muchas cosas que requieren mi atención.

Ella asintió, buscó un tazón de agua caliente, volvió a sentarse y empezó a lavar la carne abierta. Cuando todos los tejidos ennegrecidos y los coágulos de sangre fueron retirados, sacó el cuchillo del fuego y notó que Sweyn tomaba su hacha y se ponía cerca de donde ella estaba. Dirigió al nórdico una mirada calma, deliberada.

Wulfgar sonrió sardónicamente.

-Para que no te sientas tentada de remediar la mala puntería del sajón y ahorrarte así mi compañía en la cama. —Se encogió de hombros.- La virilidad de Sweyn es tan a menudo y tan fuertemente puesta a prueba, que él quiere que la mía sea conservada también.

Aislinn lo miró con helados ojos de color violeta.

-¿Y vos, milord? -preguntó burlona-. ¿No deseáis tener hijos?

Wulfgar desechó la pregunta con un gesto cansado.

-Estaría más tranquilo si no existiera esa posibilidad. Ya hay demasiados bastardos en el mundo.

Ella sonrió torvamente.

-Eso pienso yo también —dijo.

Apoyó la hoja al rojo contra la herida y la pasó rápidamente todo a lo largo del corte, sellando la carne y quemando y cauterizando la parte emponzoñada. Wulfgar no emitió ningún sonido mientras el olor nauseabundo de la carne quemada invadía la habitación, pero su cuerpo se crispó y su mandíbula se cerró con fuerza. Hecho esto, Aislinn aplicó el ungüento dentro y alrededor del corte. De una bandeja que estaba junto al hogar, tomó puñados de pan enmohecido al que mojó y convirtió en una pasta densa que aplicó sobre la herida, y después cubrió y vendó todo con tiras limpias de lino.

Aislinn dio un paso atrás y examinó su trabajo.

-Esto tendrá que quedar tres días sin que lo toquen, después yo lo quitaré. Sugeriría, hasta entonces, que descanséis bien por las noches.

—Ya duele menos —murmuró Wulfgar, un poco pálido—. Pero debo moverme, o quedaré baldado.

Aislinn se encogió de hombros, reunió sus pociones sobre la bandeja y se dispuso a retirarse, pero cuando pasó detrás de él para buscar más paños de lino, notó en el hombro de Wulfgar un punto inflamado, con signos del color rojizo que indica envenenamiento. Estiró una mano para tocar el lugar y Wulfgar se retorció y se volvió para mirarla sobresaltado, lo cual la hizo reír.

—No hará falta cauterizar, milord. Sólo un leve pinchazo con el cuchillo y un poco de ungüento balsámico para curarlo —dijo, y empezó a atender la lesión.

—Mis oídos me traicionan. —Dijo él y se puso ceñudo.— Juro que prometiste que tu venganza esperaría.

Los interrumpió un golpe en la puerta. Sweyn abrió y dejó entrar a Kerwick, quien venía cargado con varias pertenencias de Wulfgar. Aislinn alzó la vista cuando entró su prometido, pero rápidamente volvió sus ojos a su tarea y los mantuvo cuidadosamente allí a fin de no delatarse ante Wulfgar, quien observaba al joven que ponía las ropas y el cofre cerca de la cama. Kerwick se detuvo, vio la mirada desviada de Aislinn y se marchó sin decir palabra.

—¡Mi brida! —exclamó Wulfgar—. Sweyn, llévala de vuelta y ve que no traigan al caballo a mis habitaciones.

Cuando el nórdico cerró la puerta tras de sí, Aislinn tomó nuevamente la bandeja para marcharse.

—Un momento, damisela —la detuvo Wulfgar.

Aislinn se volvió y observó sin mucho interés mientras él se levantaba de su sillón y probaba cuidadosamente su pierna. Cuando estuvo seguro de su fortaleza, se pasó una camisa sobre la cabeza y fue a abrir los postigos. Después se volvió y miró la habitación bajo la nueva luz.

—Esta será mi cámara. —Su tono de voz fue distante.— Ocúpate de que sean retiradas las cosas de tu madre y de que limpien bien la habitación.

—Por favor, milord -preguntó Aislinn, en tono burlón-, ¿dónde pondré las cosas de mi madre? ¿En la pocilga, junto con los otros puercos ingleses?

—¿Dónde duermes tú? —preguntó él, sin hacer caso de las palabras despectivas de ella.

—En mi propia habitación, a menos que la encuentre ocupada.

—Entonces ponlas allí, Aislinn. —La miró directamente a los ojos.- Desde ahora, no tendrás mucha necesidad de tu antiguo cuarto.

Aislinn enrojeció intensamente y dio media vuelta, odiándolo por lo que acababa de recordarle. Aguardó a que él la despidiera y la habitación quedó en silencio. Lo oyó moverse de un lado a otro, avivando el fuego y cerrando con fuerza la tapa de un cofre. Súbitamente, él habló con voz fuerte y dura.

-¿Qué es ese hombre para ti?

Aislinn dio media vuelta y lo miró, momentáneamente confusa.

-Kerwick -dijo él-. ¿Qué es él para ti?

-Nada —consiguió decir ella.

-¡Pero tú lo conoces y él te conoce!

Aislinn recobró algo de su compostura.

-Por supuesto. Él es el lord de Cregan y nosotros comerciamos mucho con su familia.

-Ahora no le queda nada para comerciar. El ya no es lord. -Wulfgar la miró atentamente.- Él llegó tarde, después que la aldea se rindió. Cuando lo llamé, dejó su espada y se declaró mi esclavo.

Sus palabras sonaron burlonas, como si estuviera rebajando a Kerwick.

Aislinn replicó en tono más suave, ahora más segura de sí misma.

-Kerwick es más un estudioso que un guerrero. Su padre lo entrenó como caballero y él luchó valientemente al lado de Haroldo.

-Vomitó sus entrañas cuando vio a unos pocos muertos. Ningún normando lo respeta.

Aislinn bajó los ojos y ocultó la piedad que sentía por Kerwick.

-Es una persona sensible y esos muertos eran sus amigos. Él hablaba con ellos y hacía versos sobre sus labores. Ha visto demasiada muerte desde que los normandos vinieron a nuestra tierra.

Wulfgar se tomó las manos a la espalda y se plantó ante ella, enorme, imponente. Su rostro quedaba en la sombra, pues no recibía directamente la luz que entraba por la ventana, y Aislinn sólo pudo verle esos ojos grises que la miraban calmosamente.

-¿Y qué se ha hecho de aquellos que no murieron? -preguntó-. ¿Cuántos han huido a ocultarse en los bosques?

-Yo no sé de ninguno -replicó ella, y fue sólo una mentira a medias. Ella había visto a algunos alcanzar el borde del pantano cuando su padre caía, pero no podía dar sus nombres ni decir si seguían en libertad.

Wulfgar estiró una mano, levantó unos rizos del cabello de ella y sintió su sedosa, rica textura. Esos ojos grises la miraron con intensidad. Aislinn sintió que su voluntad se debilitaba, y la lenta sonrisa que se dibujó en la cara de él le indicó que no había conseguido engañarlo. Él asintió.

-¿No conoces a ninguno? -Su voz sonó cargada de sátira.- No importa. Pronto vendrán para servir a sus amos, como tú.

Wulfgar le puso una mano en el hombro y la obligó a acercársele. La bandeja tembló en las manos de Aislinn.

-Por favor -Aislinn susurró roncamente, temerosa de esos labios que tanto la excitaban-. Por favor. -La palabra salió en medio de un sollozo.

Él deslizó su mano por el brazo de ella en suave caricia y después la retiró.

-Ocúpate de las habitaciones -ordenó él suavemente, reteniéndola todavía con la mirada-. Y si la gente acude a ti, trátalos tan bien como a mí. Ellos también son míos, y pocos y preciosos.

Fuera de la habitación, Aislinn casi chocó con Kerwick en su prisa por marcharse. Él traía en sus brazos más equipaje del lord, y ella pasó rápidamente frente a él, sabiendo que su rostro encendido la traicionaría. Huyó a su propia habitación y mientras reunía sus pertenencias luchó para controlar el temblor que se había apoderado de sus dedos. Estaba furiosa porque un normando podía alterarla tanto. ¿Qué extraño poder ardía en sus helados ojos grises que la miraban con expresión de burla?

Aislinn salió de la casa señorial y vio desalentada que alrededor de una docena de siervos eran llevados al patio. Con los tobillos atados sólo podían avanzar saltando junto a los soldados montados. Sobre el lomo de su enorme caballo de guerra, Wulfgar tenía un aspecto temible que hacía a estas gentes sencillas temblar por sus vidas. Aislinn se mordió el labio cuando un muchachito, tratando de escapar, se separó del resto y empezó a alejarse saltando tan deprisa como se lo permitían sus ligaduras, pero el semental de Wulfgar le dio alcance inmediatamente Wulfgar detuvo su caballo delante del muchacho, se inclinó, tomo al jovencito por el borde de la camisa, lo levantó y lo puso delante de él, en la silla. El muchacho empezó a gritar con toda la fuerza de sus pulmones pero fue silenciado con un fuerte golpe en las nalgas, y regreso haciendo muecas de dolor, pero callado. Wulfgar depositó su carga en medio de los campesinos, quienes se movieron frenéticamente para dejar paso a su cabalgadura.

Fueron sacados a la plaza como si fueran una piara de cerdos, y Aislinn soltó un suspiro de alivio cuando vio que ninguno estaba herido. Retrocedió cuando Wulfgar llegó frente a ella y se apeó.

-¿No mataron a nadie en el bosque? -preguntó ansiosamente.

-No, huyeron como huiría cualquier sajón -replicó él.

Aislinn lo fulminó con la mirada cuando él posó en ella sus ojos burlones, y giró sobre sus talones y entró en la casa.

Una apariencia de orden reinaba ahora en Darkenwald, y en comparación con la noche anterior, ahora cenaron en lo que era casi una atmósfera tranquila. Los normandos estaban instalados y no había discusiones, porque todos sabían que Wulfgar era el lord y señor aquí. Quienes le tenían envidia no se atrevían a desafiarlo. Quienes lo respetaban lo apreciaban mucho y lo consideraban digno de ser el lord.

Aislinn se encontró ocupando el lugar correspondiente a su madre como señora de la casa, y era consciente de la presencia dominante de Wulfgar a su lado. Él conversaba con Sweyn, quien estaba sentado del otro lado, y generalmente parecía ignorarla, lo cual a ella le resultaba de lo más desconcertante, puesto que él había insistido en que ella comiera con él y le había indicado que ocupara especialmente ese lugar, a su lado. Ella lo había hecho con renuencia. Su madre había sido obligada a comer los restos, con los demás siervos, y a Aislinn le parecía que ella debía compartir el mismo destino de Maida.

-Una sierva no debe comer al lado de su señor -le recordó cáusticamente a Wulfgar cuando él le indicó que se sentara.

La mirada fría, penetrante de Wulfgar la perforó.

-Debe hacerlo, cuando el señor lo ordena.

Durante el festín, Kerwick permaneció cerca de la mesa de Wulfgar, ofreciéndoles comida y vino como un sirviente común. Aislinn se sorprendió a sí misma deseando que él estuviera en otra parte. Detestaba el aire miserable de sometida resignación que él exhibía. También Ragnor los observaba con atención y sus ojos oscuros vigilaban todos sus movimientos. Aislinn sintió su odio hacia Ragnor como si fuera una sustancia sólida y le hizo gracia que él se sintiera tan fastidiado porque el bastardo se había apropiado de ella.

Con un ojo amoratado y una mandíbula hinchada, Hlynn servía tímidamente ale a los normandos y daba un respingo cuando ellos le ladraban órdenes o estiraban una mano para acariciarle groseramente un pecho o

las nalgas. Había reparado su ropa por medio de un trozo de cordel, y los hombres se divertían apostando entre ellos quién sería el primero en romperlo. La temerosa muchacha, que no entendía el idioma de los invasores, y, por lo tanto, no estaba enterada de la apuesta, cayó inadvertidamente en más de una trampa que le tendieron los normandos entre fuertes risotadas.

Maida parecía despreocuparse de las penurias de la muchacha y se interesaba más en los restos de comida que les eran arrojados a los perros debajo de las mesas. A veces Aislinn la sorprendía llevándose a la boca un bocado robado, y su propio apetito mejoraba muy poco al saber que su madre estaba pasando hambre.

El vestido reparado de Hlynn resistió hasta que la comida estuvo casi terminada, pero Ragnor, presa de amargada frustración, descargó su ira sobre la infortunada muchacha. La aferró brutalmente, cortó el cordel con su daga, levantó los tiernos pechos y apretó su cruel boca contra la carne joven, ignorando la resistencia aterrorizada y las lágrimas de la desdichada.

A Aislinn se le revolvió el estómago y tuvo que apartar la vista, recordando a esos mismos labios ardientes contra sus propios pechos. No levantó la mirada cuando él traspuso la puerta cargando a la muchacha, y se estremeció involuntariamente. Después de un momento, alzó la cabeza, recobrada parte de su compostura, y se encontró con los ojos de Wulfgar. Débilmente, tomó su copa de vino y bebió, semiaturdida.

-El tiempo tiene alas veloces, Aislinn -comentó él, sin dejar de observarla-, ¿Es tu enemigo?

Ella no quiso encontrarse con su mirada. Comprendió la alusión de él. Como Ragnor, estaba empezando a aburrirse con el festín y ahora pensaba en otro entretenimiento.

-Repito, damisela, ¿el tiempo es tu enemigo?

Aislinn se volvió y vio sorprendida que él estaba inclinado hacia ella, tan cerca que sintió su cálido aliento en la mejilla. Sus ojos, ahora casi azules, parecían hundirse profundamente en los de ella.

-No -respondió, respirando entrecortadamente-. No lo creo.

-¿No me temes?-preguntó Wulfgar.

Aislinn meneó valientemente la cabeza y agitó los rizos brillantes.

-No temo a ningún hombre. Sólo temo a Dios.

-¿Y Él es tu enemigo? —insistió el normando.

Ella tragó y miró hacia otro lado. ¿Qué clase de Dios permitía que estos hombres de Normandía invadieran sus hogares? Pero a ella no le correspondía cuestionar un razonamiento tan grande como el Suyo.

-Ruego que no -replicó Aislinn-. Porque Él es mi única esperanza. Todas las otras me fallaron. -Levantó altanera el mentón.- Se dice que vuestro duque es un hombre devoto. Teniendo el mismo Dios que nosotros, ¿por qué ha matado él a tantos de nosotros para conseguir el trono?

-Eduardo y Haroldo le prometieron que sería suyo, que le pertenecería. Fue solamente cuando Haroldo se encerró con el rey moribundo que vio una posibilidad para él y proclamó que las últimas palabras de Eduardo fueron que él debía recibir la corona. No hubo pruebas de que mentía, pero... -Wulfgar se encogió de hombros.- Por derecho de nacimiento, es la corona de Guillermo.

Aislinn se volvió y lo miró fijamente.

-¿El nieto de un vulgar curtidor? Un...

Se detuvo espantada, comprendiendo que casi lo había dicho.

-¿Un bastardo, damisela? -completó Wulfgar por ella y la miró con expresión de interrogación. Sonrió torvamente-. Una desgracia que cae sobre muchos de nosotros, lamento decir

Con las mejillas encendidas, Aislinn bajó prudentemente la mirada para eludir a esos ojos demasiado perspicaces. El se irguió en su silla. -Hasta los bastardos son humanos, Aislinn. Sus deseos y sus necesidades son como los de los otros hombres. Un trono es tan atrayente para un hijo ilegítimo que para uno bien nacido, quizá todavía más.

Se puso de pie, la tomó de un brazo y la hizo levantarse. Enarcó una ceja y en sus ojos hubo un brillo divertido cuando sus manos rodearon la estrecha cintura de ella y apretaron ese cuerpo turgente y suave contra el cuerpo duro y más grande de él.

-Hasta ansiamos ser consolados y reconfortados. Ven, amor, tengo necesidad de domar a una fierecilla. Estoy cansado de hombres y de pelear. Esta noche quiero entretenimientos más galantes.

Ella respondió a la broma de él con una mirada cargada de veneno, y antes que sus labios pudieran abrirse para replicar, un grito fuerte y furioso resonó en el salón.

Aislinn se volvió y vio que Kerwick cargaba hacia ellos con una daga en la mano. Su corazón dio un salto y sólo pudo permanecer paralizada, aguardando el ataque. No podía saber si Kerwick trataba de matarla a ella o a Wulfgar. Ella gritó y Wulfgar la empujó detrás de él y se dispuso a resistir el ataque de Kerwick con las manos desnudas. Pero Sweyn, que no confiaba demasiado en nadie, había estado vigilando estrechamente al joven sajón y ahora actuó velozmente. Levantó un brazo y golpeó a Kerwick con tanta fuerza que lo arrojó cuan largo era al suelo. Con una pesada bota, el vikingo apretó la cara del joven contra los juncos que cubrían las losas y le quitó fácilmente la daga, que arrojó contra la pared. El nórdico levantó su hacha de batalla para cortarle la cabeza y Aislinn gritó horrorizada.

-¡No, por Dios, no!

Sweyn la miró y todos los ojos del salón se volvieron hacia ellos. Aislinn se tomó de Wulfgar, estremecida por sollozos histéricos, y aferró su chaqueta de cuero.

-¡No, no! ¡No deben hacerle daño! ¡Perdonadlo, os lo ruego!.

Maida se adelantó y acarició la espalda de su hija, lloriqueando de miedo.

-Primero mataron a tu padre, ahora matarán a tu prometido. No te dejarán a ninguno.

Wulfgar dio media vuelta para enfrentar a la mujer y Maida gritó y retrocedió asustada, bajo esa mirada feroz.

-¿Qué dices, vieja? ¿Él es su prometido? -preguntó.

Maida asintió, aterrorizada.

-Sí. Pronto iban a casarse.

La mirada de Wulfgar fue de Aislinn al joven sajón y después se detuvo, acusadora, sobre la muchacha. Finalmente, se volvió hacia Sweyn, que aguardaba.

-Llévalo con los perros y encadénalo allí -ladró-. Mañana me ocuparé de él.

El vikingo asintió, obligó a Kerwick a ponerse de pie tomándolo de la espalda de la túnica y por un momento lo levantó completamente del suelo.

-Ten la seguridad, pequeño sajón -rió por lo bajo el nórdico-, que esta noche te ha salvado una muchacha. Tienes una buena estrella que te protege.

Aislinn, presa de incontrolable pavor, temblaba violentamente, pero observó solemnemente mientras Kerwick era arrastrado hasta el fondo del salón, donde estaban los podencos. Allí fue arrojado entre los canes, que empezaron a ladrar y a tirarse dentelladas unos a otros. En la confusión, nadie vio que Maida ocultaba apresuradamente su daga entre sus vestiduras.

Aislinn se volvió a Wulfgar.

-Estoy en deuda con vos -dijo suavemente, con voz trémula pero más fuerte por el alivio que sentía.

Él gruñó.

-¿De veras? Bueno, en un momento veremos cómo eres de agradecida, realmente. Me insultaste y te volviste furiosa contra mí cuando concedí tu pedido de un sacerdote. Me mientes y declaras que ese mequetrefe no es nada importante para ti. -Rió despectivamente.- Hubiera sido mejor que tú me dijeras que era tu prometido en vez de dejar que la vieja bruja me diera la noticia.

La cólera de Aislinn se encendió nuevamente.

-Mentí para que no lo matarais -replicó acaloradamente-. Es vuestra costumbre, ¿verdad?

Los ojos grises de Wulfgar se pusieron oscuros y tormentosos.

-¿Me crees tonto, damisela, para matar tan fácilmente a esclavos valiosos? Pero seguramente, él habría encontrado la muerte si la vieja no me hubiese dicho que era tu prometido. Por lo menos, sabiendo eso, puedo comprender el motivo de su tonta acción.

-Ahora lo habéis perdonado, ¿pero qué sucederá mañana? -preguntó ella, angustiada.

El se encogió de hombros.

-¿Mañana? Veremos lo que me sugiere mi fantasía. Quizá una danza colgado de una horca, o algún otro entretenimiento.

A Aislinn se le contrajo el corazón. ¿Habría salvado a Kerwick de una muerte rápida para verlo colgado o torturado para diversión de los normandos?

-¿Qué estarías dispuesta a dar por su vida? ¿A ti misma? Pero esto no es justo. Yo no sé lo que estaría recibiendo en cambio. —Wulfgar la tomó de la muñeca. —Ven, lo veremos.

Aislinn trató de zafarse pero los dedos de él se apretaron alrededor de su brazo y aunque ella no sintió dolor bajo el contacto, le fue imposible liberarse.

-¿Temes no valer lo suficiente para salvar una vida? —preguntó él, burlón. Aislinn se resistió sólo levemente cuando él la arrastró subiendo las escaleras de piedra. Wulfgar despidió al guardia que permanecía junto a la puerta de la habitación, abrió y la empujó adentro. Cerró y atrancó la puerta tras de ellos, cruzó sus brazos sobre el pecho y se apoyó en la pared. Una sonrisa bailoteó en sus labios.

-Espero, damisela. —Su mirada midió cada una de las curvas redondeadas del cuerpo de ella. —Ansiosamente. Aislinn se sostuvo con dignidad.

-Tendréis que esperar mucho tiempo, señor mío -dijo ella desdeñosamente-. Yo no hago la meretriz.

Wulfgar sonrió lentamente.

-¿Ni siquiera por el pobre Kerwick? Lástima. Por la mañana, él seguramente deseará que tú lo hubieses hecho.

Aislinn lo fulminó con la mirada y lo odió con todo su ser.

-¿Qué deseáis de mí?

El se encogió lentamente de hombros.

-Sería un comienzo adecuado ver el valor de lo que recibo a cambio. -Sonrió.- Estamos completamente solos. No seas tímida.

Los ojos de Aislinn relampaguearon.

-¡Sois detestable!

La sonrisa de él se acentuó.

-Pocas mujeres han dicho tanto, pero tú no eres la primera.

Aislinn miró desesperada a su alrededor, buscando algún objeto para arrojarle.

-Vamos, Aislinn —dijo él, amenazante—. Estoy poniéndome impaciente. Veamos cuánto vales.

Ella golpeó el suelo con su pequeño pie.

-¡No! ¡No! ¡No! ¡Yo no haré la prostituta!

-Pobre Kerwick -suspiró él.

-Os odio —gritó ella.

El no pareció preocuparse.

-Tampoco yo tengo mucho amor por ti. Detesto a las mujeres mentirosas.

-Entonces, si me detestáis, ¿por qué esto? -preguntó ella.

Wulfgar rió por lo bajo.

-No tengo que amarte para acostarme contigo. Te deseo. Eso basta.

- ¡No para mí! -gritó ella, sacudiendo furiosamente la cabeza.

Los hombros de Wulfgar se estremecieron de risa.

-No eres virgen. ¿Qué diferencia hace un hombre más?

Aislinn tartamudeó de furia.

-He sido tomada una vez en contra de mi voluntad -estalló-. Eso no significa que sea una ramera.

Él la miró debajo de sus cejas unidas.

-¿No siquiera por Kerwick? -preguntó, en tono provocativo.

Aislinn ahogó un sollozo y se volvió, presa de impotente frustración. Permaneció temblando de ira y de odio, atemorizada, pero enfurecida por el tono burlón de él. Lentamente desabrochó su vestido y lo dejó caer al suelo. Una lágrima se deslizó por su mejilla. La enagua siguió al vestido y quedó formando un montoncito alrededor de sus tobillos esbeltos.

Oyó acercarse a Wulfgar, quien se detuvo ante ella. Sus ojos la quemaron y parecieron marcarla a fuego donde se posaban, mientras su mirada viajaba lentamente hacia abajo y enseguida ascendía morosamente por su cuerpo, midiendo cada suave, espléndida curva, con una intensidad que parecía dejarla sin aliento. Aislinn se sostuvo, orgullosa, enhiesta, odiándolo, aunque sintiendo que una extraña excitación se encendía en el interior de su cuerpo joven cuando este hombre la mirada con fijeza.

-Sí, eres hermosa -dijo Wulfgar, y estiró una mano para tocar un pecho bien redondeado. Aislinn endureció su cuerpo, pero con vergüenza y sorpresa sintió una oleada de placer que se extendía debajo de la mano cálida.

Él pasó un dedo hacia abajo, entre los pechos, en dirección a la esbelta cintura. Ciertamente, ella era hermosa, de miembros largos, cuerpo delgado aunque con pechos maduros y llenos, y delicadamente coloreados. Se erguían ansiosos de las caricias de un hombre.

-¿Os parece que valgo lo que la vida de un hombre? –preguntó ella sarcásticamente.

-Sin duda -replicó él-. Pero ese nunca ha sido el caso.

Aislinn lo miró desconcertada y él sonrió lentamente con los ojos.

-La deuda de Kerwick no es tuya. La vida le pertenece a él. Yo se la he dado. Sí, sufrirá un castigo por haberse atrevido a tanto. Pero nada que tú hagas podrá cambiar lo que he reservado para él.

Aislinn se puso lívida de furia y trató de golpearlo, pero Wulfgar la tomó de la muñeca y la apretó con fuerza contra él. Rió perversamente de ella y ella siguió tratando de liberarse. Aislinn sintió las manos en contacto con su cuerpo, tocándola momentáneamente aquí y allá, en un intento de someterla, y él pareció disfrutar intensamente con la resistencia. La miró a los ojos y sonrió.

-Mi arpía feroz, vales muy bien la vida de un hombre, aun si estuvieran en juego todos los reinos de la tierra.

-¡Bribón! -gritó ella- ¡Miserable patán! Vos... vos... ¡bastardo! Su mano la apretó como una tenaza de hierro y su sonrisa se borro. La estrechó con tanta fuerza que sus cuerpos parecieron fundirse en uno solo Aislinn jadeó y abrió la boca de dolor, y debió morderse los labios para no gritar. Sus muslos estaban atrapados entre los de Wulfgar, y ella sintió el deseo encendido de él. La cabeza parecía darle vueltas y solo pudo gemir de dolor en ese abrazo cruel.

-Recuerda una cosa, damisela -dijo fríamente Wulfgar-. No tengo mucha necesidad de mujeres, y menos de una mentirosa. La próxima vez que me mientas, sufrirás una vergüenza tan grande como no has sufrido jamás.

Con eso, la aparcó de un empujón y ella cayo al suelo, a los pies de la cama, y quedó temblando, con el cuerpo dolorido y sumamente avergonzada. Aislinn lo oyó moverse, levantó la vista y vio que él levantaba un trozo de cadena que su padre había usado para atar a los perros. Cuando él se le acercó con la cadena, ella se encogió de terror, ¿Tal vez sus palabras lo habían ofendido y ahora él la golpearía como venganza? ¿Qué había buscado ella al tratar de huir de las garras de Ragnor? Él la mataría, estaba segura de eso. Su corazón le palpitaba en los oídos, y cuando él se inclinó sobre ella, soltó una exclamación y salto pateándolo para tratar de huir de las manos tendidas de él. Pero el dejo la cadena y salió tras ella.

-No -gritó ella y lo eludió pasando debajo del brazo de él.

Pasó junto a él como una flecha y corrió hacia la puerta. Sus dedos trataron de levantar la tranca, pero aún cojeando por su pierna herida, Wulfgar era rápido y enseguida la alcanzó y quedo detrás de ella amenazador. Aislinn casi pudo sentir el aliento de él en su cuello. Con un grito, se apartó de la puerta y fue hasta el hogar, mientras su mente funcionaba frenéticamente, tratando de encontrar la forma de engañarlo Pero, horrorizada, notó que su pie se enganchaba en el borde de la piel de lobo tendida ante el fuego. Tropezó. Antes que pudiera recuperar el equilibrio, él la atrapó y la rodeó con sus brazos. Cuando caían él retorció su cuerpo de modo que ella quedó encima de él. El impacto de la caída le produjo un fuerte dolor en la pierna herida. Aislinn no tuvo tiempo de preguntarse si él se había puesto debajo de ella deliberadamente para impedir que ella se golpeara contra el suelo, porque estaba demasiado ocupada tratando de escapar. Agito los miembros tratando de liberarse y después giró entre los brazos de él, para presentar un ataque frontal. Vio la inutilidad de sus esfuerzos cuando él rió y la inmovilizó contra el suelo, debajo de él.

-¡Dejadme! -exclamó ella, meneando la cabeza de un lado a otro. Temblaba descontroladamente, haciendo entrechocar sus dientes, pero no era de frío porque el calor del fuego casi le abrasaba la piel. Aunque sintió la mirada de él fija en su cara se resistió a mirarlo y mantuvo los ojos cerrados.

-¡Dejadme ir, por favor!

Con sorpresa para ella, él se levantó y la hizo ponerse de pie. Miró su cara llorosa con una sonrisa torcida, estiró una mano para acariciar un rizo rebelde que caía sobre la mejilla de ella. Aislinn cruzó los brazos delante de ella para ocultar su desnudez y le devolvió la mirada en silencio, sintiéndose dolorida y golpeada.

Wulfgar rió, le tomó una mano entre las suyas y la llevó nuevamente a uno de los extremos de la cama. Levantó la cadena. Aislinn trató de alejarse y soltó un sollozo sin lágrimas, pero él la empujó al suelo. Allí, con gran sorpresa de parte de ella, él aseguró un extremo de la cadena a la cama y el otro alrededor del

tobillo de Aislinn. Ahora ella lo miró, completamente desconcertada. Al mirarla a la cara, él notó la confusión y las aprensiones de ella y sonrió.

-No tengo deseos de perderte cómo te perdió Ragnor -dijo en tono burlón-. Ya no hay valientes y tontos sajones para que sepultes, por lo tanto dudo que permanezcas en Darkenwald si te dejo en libertad mientras yo descanso. La cadena es larga y te permite bastante libertad de movimientos.

-Sois sumamente magnánimo, milord -dijo ella, con la cólera imponiéndose nuevamente a sus temores-. No tenía idea de que vuestras fuerzas fueran tan escasas que debíais encadenarme para poder someterme y vejarme.

-Así se ahorran energías -dijo él, riendo-. Y veo que necesitaré todas las energías que pueda reunir para domar a la fierecilla.

Se incorporó y volvió junto al hogar, donde empezó a desvestirse, dejando prolijamente sobre una silla las prendas que se quitaba. Aislinn lo observó pensativa, acurrucada desnuda sobre el frío piso de piedra. Vestido solamente con sus calzas, él miró fijamente las llamas, con expresión pensativa, ausente, y rascándose suavemente el muslo, como si quisiera calmar el dolor. Ella notó que, una vez en la habitación, él cuidaba casi imperceptiblemente su miembro herido.

Aislinn suspiró, apoyó el mentón en las rodillas y se preguntó distraídamente por todas las batallas en las que él debía de haber tomado parte. Una larga cicatriz cruzaba el bronceado pecho, como si alguien lo hubiera golpeado con el canto de una espada. Varias cicatrices más pequeñas marcaban su cuerpo, y los músculos, debajo de la piel tostada por el sol, hablaban de una vida dura y rigurosa y de mucho tiempo pasado blandiendo una espada y montado en un caballo. Era fácil advertir que él no era un hombre ocioso y aún menos difícil adivinar la razón por la cual ella no lo había eludido. Su cintura era fina y su vientre duro y plano, las caderas estrechas y las piernas largas y bien formadas debajo de las calzas de punto.

Ahora, en esa luz vacilante, él pareció súbitamente cansado y demacrado y Aislinn casi pudo sentir el agotamiento que se abatía sobre ese cuerpo musculoso. Experimentó un fugaz asomo de compasión por este enemigo normando al comprender que él se mantenía todavía en pie solamente por pura fuerza de voluntad.

Wulfgar suspiró y estiró sus músculos cansados. Después se sentó, se quitó las calzas y las dejó junto con las otras prendas. Cuando se volvió para mirar a Aislinn, ella sintió que se le cerraba la garganta, porque el espectáculo de la desnuda virilidad de él hacía que, una vez más, sus temores subieran a la superficie. Se encogió y trató de retirarse y de cubrir su desnudez. Al ver los movimientos de ella, Wulfgar se detuvo como si recordara su presencia y leyera el temor reflejado en esos ojos color violeta elevados hacia él. Arrugo su frente bronceada y sus labios se curvaron burlones cuando se acercó a la cama, de donde tomó varias pieles de lobo. Se las arrojó a ella.

-Buenas noches, amante —dijo simplemente él.

Hubo un tremendo desconcierto y además un intenso alivio en la expresión de ella, cuando lo observó durante un momento. Después, rápidamente, se cubrió para protegerse del frío y se acomodó, agradecida, sobre el duro piso de piedra.

Wulfgar sopló las velas y se tendió en el medio del lecho de los padres de ella. Pronto su respiración regular y tranquila llenó la habitación. Aislinn se acurrucó entre las pieles y sonrió, contenta

4

A la mañana siguiente. Aislinn fue rudamente despertada por una fuerte palmada en las nalgas, que le arrancó un alarido de dolor. Sobresaltada, levanto la vista y se encontró cara a cara con Wulfgar, quien estaba sentado en el borde de la cama y la observaba, aparentemente muy divertido. Sonriendo, él le tendió las ropas y miró muy atentamente mientras ella se vestía, deteniendo sus ojos en los pechos tentadores y en los muslos suaves y marfileños antes que ella se pasara la enagua por encima de la cabeza.

-Eres una moza perezosa -bromeó él-. Vamos, tráeme agua y ayúdame a vestirme. Mi vida no es tan regalada y ociosa como la tuya.

Aislinn lo miro con furia y se frotó su maltratado trasero.

-Duermes profundamente -dijo él.

-Espero que tú también hayas dormido bien, milord -dijo ella, echando la cabeza atrás y mirándolo con insolencia- Por lo menos, se te ve descansado.

Wulfgar le dirigió una lenta mirada que pareció traspasar las sencillas vestiduras y le sonrió, con ojos cálidos y brillantes.

-Bastante bien, damisela.

Aislinn enrojeció intensamente y corrió hacia la puerta.

-Traeré el agua -dijo, y se alejó rápidamente

Maida se le acercó cuando ella llenaba un cubo con agua caliente de la olla que colgaba sobre el fuego del salón

-Él atranca la puerta o pone un guardia a vigilar -se lamentó la mujer-. ¿Qué se puede hacer para salvarte de él? Esa bestia no es un hombre fácil para ti. Oí tus gritos, anoche.

—El no me tocó —dijo Aislinn, un poco asombrada—. Toda la noche dormí a los pies de la cama y él ni siquiera me tocó.

—¿Qué clase de hombre podría hacer eso? -preguntó Maida-. Juraría que esto no fue por misericordia. Aguarda hasta la caída de la tarde y él te tomará. Esta vez, no te demores. Huye. Huye.

—No puedo —respondió Aislinn—. Él me encadena a la cama.

Maida gimió de desaliento.

—Te trata como a un animal.

Aislinn se encogió de hombros.

—Por lo menos, no me golpea. -Pero recordó, se frotó las posaderas, y añadió: —Sólo un poquito.

—Hum. Te matará si lo contrarías.

Aislinn meneó la cabeza, recordando el momento en que él la estrechó con fuerza contra su pecho. Ni siquiera encolerizado, él había abusado de ella.

—No, él es diferente.

—¿Cómo lo sabes? Sus propios hombres le temen.

—Yo no le temo —replicó orgullosamente Aislinn.

—¡Tu temeridad será tu perdición! —gimió Maida—. De nada te servirá ser terca y orgullosa como tu padre.

—Debo irme ahora —murmuró Aislinn—. Él está esperando para lavarse.

—Encontraré una forma de ayudarte.

— ¡Madre, deja todo como está! Temo por ti. Ese a quien llaman Sweyn cuida como un halcón la espalda de su amo. Te matará si te atreves a intentar cualquier cosa. Y Wulfgar me resulta más aceptable que esos otros chacales.

—¿Pero qué hay de Kerwick? -siseó Maida, mirando hacia donde el joven yacía dormido, acurrucado entre los perros.

Aislinn se encogió de hombros.

—Ragnor puso fin a eso.

—Kerwick no piensa de ese modo. Todavía te quiere.

—Entonces, debe comprender que ahora es un mundo diferente de hace una semana. No somos libres. Ahora, yo pertenezco a Wulfgar, como él. No somos más que esclavos. No tenemos más derechos que los que nos permiten tener.

Maida hizo un gesto de desprecio

—Es extraño oírte decir eso hija, tú siempre eras la más altanera,

—¿Qué nos queda ahora para ser arrogantes, madre? —preguntó Aislinn en tono cansado—. No tenemos nada. Debemos pensar en seguir con vida y en ayudarnos unos a otros.

—Tu sangre es de las mejores estirpes sajonas. Tu padre, un gran señor. No aceptaré que tengas un hijo de un bastardo.

Aislinn miró a Maida y sus ojos relampaguearon de ira.

-¿Preferirías que sea madre de un hijo de Ragnor, el asesino de mi padre?

Maida se retorció las manos, consternada.

-No me regañes, Aislinn. Yo sólo pienso por tu bien.

-Lo sé, madre -suspiró Aislinn, y se ablandó un poco-. Por favor, por lo menos espera un tiempo y veamos qué clase de hombre resulta Wulfgar. Él estaba furioso por la matanza. Quizá sea un hombre justo y magnánimo.

- ¡Un normando! -exclamó Maida.

-Sí, madre, un normando. Ahora tengo que irme.

Cuando Aislinn abrió la puerta de la habitación, Wulfgar la miró ceñudo. Estaba a medio vestir.

-Te llevó mucho tiempo, muchacha -gruñó él.

-Perdóname, milord -murmuró ella. Dejó su carga y levantó los ojos hacia él-. Mi madre temía por lo que hubiera podido sucederme anoche, y yo me detuve sólo lo suficiente para tranquilizarla y decirle que no había sufrido ningún daño.

-¿Tu madre? ¿Cuál es ella? No he visto a la dama de la casa señorial, aunque Ragnor dijo que todavía está aquí.

-La que tú llamas vieja y bruja -dijo Aislinn suavemente-, esa es mi madre.

-Esa -gruñó él-. Juraría que ha sido maltratada, que ha sido golpeada con un puño.

Aislinn asintió.

-Soy la única persona que le queda. Se aflige por mí. –Tragó con dificultad.- Ella habla de venganza.

Wulfgar la miró atentamente, ahora muy alerta.

-¿Estás tratando de advertirme? ¿Ella trataría de matarme?

Aislinn bajó nerviosamente la vista.

-Quizás. No estoy segura, milord.

-¿Me dices esto porque no quieres verla muerta?

- ¡Oh, Dios no lo permita! -exclamó Aislinn, empezando a temblar-, Nunca me perdonaría a mí misma si sucediera eso. Ella ha sufrido demasiado bajo los normandos. Además, tu duque nos mataría a todos si tú fueras muerto.

Wulfgar sonrió.

-Tendré en cuenta tu advertencia. Yo me ocuparé de ella y le diré a Sweyn que tenga cuidado.

Aislinn soltó un suspiro de agradecimiento y levantó la mirada hacia los ojos de él.

Gracias, mi señor.

-Vamos, muchacha -dijo él, suspirando profundamente-. Ayúdame a terminar de vestirme. Me has dado demasiada charla y ya no tengo tiempo de aprovechar el agua que has traído. Sin embargo, esta noche querré tomar un baño y me enfadaré si entonces me haces demorarme.

La gran sala estaba vacía, con excepción de Kerwick, cuando Aislinn siguió a Wulfgar desde el dormitorio. Su prometido aún estaba encadenado con los perros pero ahora se encontraba despierto. Cuando ella cruzó la estancia detrás de Wulfgar, él la miró intensamente, sin desviar ni un instante sus ojos ansiosos.

Maida vino a servirles y se apresuró a ofrecerles pan caliente, carne y tiernos panales de miel. Wulfgar se sentó a la mesa e indicó a Aislinn que se sentara a su lado. La mirada de Kerwick había permanecido clavada en su ex prometida hasta que Maida trajo la comida. Ahora, su hambre pareció aún más importante. Maida aguardó hasta que Wulfgar se sirvió y le sirvió a Aislinn, y después tomó los restos de pan y se los llevó a Kerwick, guardándose para ella sólo un pedazo pequeño. Cuando se agachó cerca del joven e

intercambió con él unos comentarios susurrados, fue evidente que los dos habían encontrado algo en común y que ahora compartían confidencias en su dolor. Wulfgar los estudió mientras comía, y entonces, súbitamente, su cuchillo sonó con fuerza al golpear sobre la mesa, llamando la atención de todos. Aislinn vio un rápido relámpago de cólera que pasaba por las facciones de él y que, enseguida, el rostro de Wulfgar adquiría una expresión pensativa. Sintióse intrigada por lo que pudiera haberlo perturbado, pero la voz de él interrumpió sus pensamientos.

-Vieja bruja, ven aquí.

Maida pareció agacharse todavía más cuando se acercó a la mesa, como si esperara que cayeran más golpes sobre ella.

-Enderézate, mujer -ordenó Wulfgar-. Endereza tu espalda, porque yo sé que puedes hacerlo.

Lentamente, Maida se irguió en toda su altura, que no era mucha. Cuando estuvo enhiesta frente a él, Wulfgar se inclinó hacia delante en su silla.

-¿Tú eras la conocida como lady Maida antes de que tu señor fuera muerto?

-Sí, lord —dijo Maida, moviendo la cabeza como un pájaro. Miró nerviosamente a su hija, quien aguardaba llena de tensión.

-¿Y eras tú -siguió interrogando Wulfgar- la señora de esta casa?

Maida tragó convulsivamente y asintió una vez más.

-Sí, lord.

-Entonces, mujer, no me prestas ningún servicio haciendo la tonta. Te vistes con harapos, disputas tu comida con los perros y te lamentas de tu posición inferior, cuando si exhibieras el coraje de tu marido y defendieras tu jerarquía, ahora podrías vivir como te gustara. Me haces quedar mal ante tu gente- por lo tanto, ahora te ordeno que busques tus ropas y te vistas debidamente, y que laves tu cuerpo y no hagas con este juego más allá de mi tolerancia. Las habitaciones de tu hija serán las tuyas. Ahora, vete.

Cuando ella se marchó, Wulfgar volvió su atención a la comida Pero al levantar la vista, vio que Aislinn lo observaba con una expresión casi tierna en la cara.

-¿Percibo un ablandamiento de tu corazón hacia mí, damisela? -Rió ante la expresión ceñuda de ella- Ten cuidado, muchacha. Te diré la verdad. Después de ti, vendrá otra y luego otra. No hay lazos que puedan atarme a ninguna mujer. De modo que cuida tu corazón.

-Milord, exageras demasiado tus atractivos -replicó ella indignada-. Si algo siento por ti, es odio. Tú eres el enemigo y como tal eres digno de desprecio.

-¿De veras? -Sonrió lentamente.- Entonces dime, damisela, ¿siempre besas tan ardorosamente al enemigo?

Las mejillas de Aislinn se pusieron de color escarlata.

-Estás equivocado, milord- No fue ardor, fue solamente resistencia pasiva.

La sonrisa de Wulfgar se acentuó.

-¿Tendré que besarte otra vez, damisela, para probar que tengo razón?.

Aislinn le devolvió la mirada con desdén.

-Una sierva no puede discutir con su señor. Si tú imaginaste una respuesta, ¿quién soy yo para decir otra cosa?

-Me decepcionas, Aislinn -bromeó él-. Te rindes con demasiada facilidad.

-Se trata de eso, milord, o de sufrir otro beso. 6 algún trato peor, como sufrí la noche pasada. Temo que mis huesos no resistirían ser aplastados otra vez, como parece que te gusta hacerlo. A eso prefiero ceder.

-En otra ocasión, damisela.

Kerwick se retiró a las sombras cuando la gran puerta se abrió y Ragnor entro en la casa, con el aliento enroscándose alrededor de su cabeza como jirones de niebla-se detuvo frente a Aislinn y se inclinó levemente.

-Buenos días paloma mía. Parece que la noche te ha sentado muy bien.

La boca de Aislinn se curvó hacia arriba en una sonrisa burlona. Si él quería hacer este juego de tonterías corteses, ella lo seguiría.

-Si, señor caballero, me ha sentado bien.

Ella sintió la sorpresa de él y se percató de que Wulfgar la miraba divertido. En ese momento pensó que odiaba a los dos hombres por igual.

—Fue una noche fría, para pasarla junto al calor de una muchacha —comentó Ragnor despreocupadamente, mirando a Wulfgar—. Tendrías que probar a esa moza, Hlynn, cuando te canses de dormir con espinas y aguijones en tu cama. —Sonrió y se pasó el pulgar por su labio desgarrado.— Ella hará cualquier cosa que le ordenes sin luchar, y apostaría que sus dientes no son tan agudos.

Wulfgar gruñó.

—Prefiero un juego más movido —dijo.

Ragnor se encogió de hombros, tomó un cuerno y se sirvió una generosa dosis de ale de la jarra mientras Wulfgar seguía en silencio, aguardando que el otro hablara.

—Aaajjj. —Ragnor se aclaró la garganta y dejó ruidosamente el cuerno sobre la mesa.— Los campesinos están dedicados a sus labores, como ordenaste, Wulfgar, y los hombres montan guardia contra ladrones y bandas de saqueadores, y vigilan a los villanos.

Wulfgar asintió indicando su aprobación.

—Pon patrullas para que recorran los perímetros de las tierras. -Pensativo, haciendo marcas con la punta del cuchillo en las toscas tablas de la mesa, continuó: — Que cada grupo tenga cinco hombres que deberán regresar dentro de tres días; y cada mañana, excepto los domingos, envía un nuevo grupo. Que cada grupo tome un camino diferente, uno al este, uno al oeste, uno al norte, uno al sur. Que a cada milla avisen con un toque de trompeta, y con una fogata cada cinco millas. Así sabremos que cada patrulla completa su recorrido, y si no lo hicieran, estaríamos advertidos. Ragnor gruñó.

—Planificas muy bien, Wulfgar, como si siempre hubieras sabido que te harían señor de tierras.

Wulfgar enarcó una ceja, lo miró y nada dijo. El tema de conversación cambió. Aislinn observaba a los dos hombres mientras hablaban, notando las diferencias entre ellos, porque mientras Ragnor era arrogante, se ponía en actitud superior y exigía la adhesión de sus hombres, Wulfgar mostrábase calmo y reservado. Conducía dando el ejemplo más que por órdenes y daba simplemente por descontado que sus hombres lo seguirían. No cuestionaba la lealtad de ellos sino que parecía convencido de que darían sus vidas con tal de no decepcionarlo.

Aislinn estaba todavía pensando en estas cosas cuando levantó la vista y, con una exclamación, se levantó casi por reflejo, porque allí, en la cima de la escalera, estaba su madre, como ella la había conocido durante muchos años, de estatura pequeña, pero llena de majestuoso orgullo. Maida se presentaba ahora ataviada con sus propias limpia con un velo cubriéndole el cabello y ocultando gran parte de su cara hinchada. Bajó hacia ellos con la gracia y desenvoltura que en ella parecían naturales, y el corazón de Aislinn se hinchó de alegría y alivio. Ciertamente, aquí estaba su madre.

Con su silencio, Wulfgar dio su aprobación, pero Ragnor se puso de pie con un rugido y antes que nadie pudiera detenerlo, saltó y aferró el cabello de Maida. El velo quedo en sus manos y Maida, con un alarido, cayo al suelo, nuevamente con esa sonrisa idiota crispándole el rostro. Para Aislinn fue doblemente cruel ver desaparecer a su amada madre y regresar a ese espantajo, porque ahora, con los hombros inclinados y gimiendo misericordia a los pies de Ragnor, ella parecía nada más que una miserable vagabunda vestida con ropas robadas. Aislinn contuvo un sollozo y se desplomó otra vez en su silla mientras su madre lloraba más fuerte.

Ragnor levantó furioso su puño y amenazo a la mujer.

-Te atreves a engalanarte con ricas vestiduras y a pavonearte delante de tus señores como una dama de la corte. Puerca sajona. ¡De nada te valdrá, porque haré que los lobos trituren tus huesos miserables!

Se inclino para apoderare de ella, pero el puno de Wulfgar golpeo con fuerza sobre la mesa.

-¡Alto! –ordenó él-. No hagas daño a esa mujer, porque ella está aquí y se ha vestido así a mi pedido.

Ragnor retrocedió y enfrentó al otro.

-¡Wulfgar, estás sobrepasándote! ¡Pones a esta vieja bruja por encima nosotros! ¿Esta es la forma que tiene Guillermo de distinguir a los lores que se nos resisten y a todos sus parientes, poniéndolos por encima de nuestros héroes que tomaron el campo y se ganaron el día?. Me privas de mi recompensa, me humillas delante de los patanes sajones y...

-No dejes que la cólera enturbie tu visión, Ragnor -replicó Wulfgar-. Porque seguramente puedes darte cuenta de que esos pobres desdichados ya no toleran ver a su antigua señora reducida a tener que comer como los perros. Por ella, podrían tomar las armas y levantarse contra nosotros. No quedaría más remedio que matarlos, hasta que solamente quedaran ancianos y criaturas de pecho para servirnos. ¿Acaso piensas

que nosotros, soldados del duque, deberíamos cultivar los campos y ordeñar las cabras? ¿O es mejor dejar a estos sajones un poco de orgullo, para calmar sus temores y hacer que cumplan nuestras ordenes, hasta que seamos efectivamente dueños de la tierra y para ellos sea demasiado tarde para levantarse en contra de nosotros? Yo no les entrego nada, pero al final ellos pagaran mis impuestos y yo seré quien saldrá ganando. Ningún mártir sufrió jamás en comodidad. Ningún santo murió jamás entre oro y sedas. Esto no es más que un gesto mío hacia ellos. Ella todavía es la señora para ellos. Y ellos no sabrán que ella sólo sirve a mi voluntad.

Ragnor meneó la cabeza.

-Wulfgar, no tengo dudas de que, si Guillermo llegara a morir, tú acabarías demostrando que eres su hermano perdido hace tanto tiempo y que tratarías de abrirte camino hasta la corona. Pero óyeme bien. -Sonrió con expresión venenosa.- Si llegaras a equivocarte, en realidad ruego que así suceda, yo seré quien levantará el hacha que separará tu bastardo corazón de esos labios elocuentes que hablan de virtud y que atraen a los hombres de valía hacia un cruel final.

Con una burlona reverencia, abandonó la estancia. Cuando la puerta se cerró violentamente detrás del caballero moreno, Aislinn corrió al lado de su madre. Trató de calmarla, porque la mujer todavía se agitaba en el suelo y gemía confundida, sin saber que su atormentador se había marchado. Aislinn le rodeó los hombros con su brazo, le sostuvo la cabeza contra su pecho y la acarició mientras le susurraba suavemente al oído.

Con un sobresalto, Aislinn notó que Wulfgar había ido hacia ellas. Levantó la mirada y vio que él observaba a Maida con algo que parecía compasión.

-Llévala a su habitación y cuida de ella.

Aislinn se irguió irritada ante esta orden no pedida, pero él ya le había vuelto la espalda y caminaba a grandes trancos hacia la puerta. Se quedó mirándolo un momento, furiosa porque él podía usar tan fácilmente el orgullo de ellas para sus propios fines, pero volvió enseguida su atención a su madre y la ayudó a ponerse de pie.

Lentamente, llevó a Maida escaleras arriba y a la que hasta hacía poco fuera su propia habitación. Allí, con ternura nacida del amor, calmó lo mejor que pudo los temores de su madre, la metió en la cama y empezó a acariciarle el cabello con hebras de plata, mientras los gemidos de la mujer iban convirtiéndose en sollozos y los sollozos en respiración entrecortada y en un sueño inquieto. La habitación quedó en silencio cuando Maida se tranquilizó, y Aislinn, sin hacer ruido, puso un poco de orden en el lugar, porque la búsqueda de botín por parte de los saqueadores había dejado todo revuelto.

Aislinn fue hasta la ventana y entreabrió los postigos para dejar entrar la tibia brisa de la mañana. Al hacerlo, oyó una voz monocorde y reconoció las palabras que pedían veinte latigazos. Se asomó a la ventana y ahogó una exclamación al ver el panorama que tenía ante sus ojos.

Kerwick, desnudo hasta la cintura, estaba atado al armazón de madera levantado en la plaza del pueblo, y Wulfgar se encontraba de pie a su lado, sin el yelmo, los guantes y la cota de mallas que colgaban de su espada, la cual estaba clavada en el suelo para sostener esas prendas. Así desarmado, pero como un lord, se disponía a administrar el castigo. Tenía un trozo de cuerda del largo de un brazo, que había sido destejido en los dos tercios de su longitud, y con pequeños nudos en los extremos de cada cabo destejido. Cuando terminaron las palabras, la brisa murió y la escena pareció quedar congelada un momento. Después, el brazo de Wulfgar se elevó y cayó con un sonido sibilante, y Kerwick saltó contra sus ligaduras. Un gemido bajo se elevó fugazmente de los aldeanos reunidos, y nuevamente el brazo de Wulfgar subió y cayó. Esta vez el gemido salió de los labios de Kerwick. En el tercer golpe nuevamente él guardó' silencio, pero con el cuarto, un breve grito fue arrancado de sus labios cuando su espalda se volvió de fuego bajo los azotes. Para el décimo latigazo, sus gritos se convirtieron en un estertor y al decimoquinto el desdichado sólo se sacudió convulsivamente contra las ataduras cuando cayó el látigo. Cuando fue aplicado el golpe número veinte, los aldeanos suspiraron aliviados y Aislinn se apartó de la ventana, sollozando, sin aliento, congestionada y mareada, como si hubiera estado conteniendo la respiración durante todo el castigo.

Salió corriendo de la habitación y sus sollozos se convirtieron en maldiciones ahogadas. Con el rostro bañado en lágrimas, bajó corriendo y luchó contra el peso de la gran puerta. Sintiéndose una parte del dolor del joven, corrió al lado de Kerwick. Pero él colgaba sin sentido de la armazón de madera y ella giró y enfrentó a Wulfgar con una furia nacida de la frustración.

-¡De modo que tienes que apoderarte de este pobre hombre y sacarlo de entre los perros, para desahogar tus caprichos sobre su espalda indefensa! -gritó-. ¿No basta con haberle robado sus tierras y haberlo convertido en un esclavo?

Wulfgar había dejado caer el látigo con el último golpe, se había vuelto y estaba limpiando la sangre de Kerwick que le manchaba las manos. Ahora habló, con rígido autocontrol.

-Mujer, este tonto trató de matarme en medio de mis propios hombres. Te dije entonces que su destino estaba sellado y que no te entrometieras.

-¿Eres tan encumbrado, milord -dijo ella en tono despectivo- que te vengas con tus propias manos de este hombre que vio maltratar a su prometida ante sus ojos?

Wulfgar no se sentía a gusto y su ceño se ensombreció. Se acercó un paso y habló en tono más duro.

-Fue mi corazón el que quiso él atravesar. Así, es mi brazo el que debe desollarle la espalda y aplicar el justo castigo.

Aislinn levantó el mentón y abrió la boca para hablar, pero Wulfgar continuó.

— ¡Míralos! —Señaló con el brazo, abarcando al grupo de aldeanos—. Ahora, ellos saben que cualquier temeridad será castigada y que el látigo puede arrancarles el pellejo como hizo con él. De modo que no me regañes con tus protestas de inocencia, Aislinn de Darkenwald, porque también fue tu juego. Y tú, que ocultaste la verdad, debes sufrir también algo del dolor de él. -Sus ojos grises la atravesaron.- Agradece que tu tierna espalda no sufrirá un castigo similar. Pero de esto puedes aprender que mi mano no se detendrá siempre.

Sin decir más, Wulfgar se volvió a sus hombres.

—Ahora rapad a este tonto —ordenó—. Después dejad que sus compañeros salen sus heridas y lo consuelen. ¡Sí, rapadlos a todos! Que por esta temporada, sigan la moda normanda.

Aislinn lo miró con cierta confusión y sólo entendió el significado de sus palabras cuando el cabello de Kerwick fue cortado y su barba afeitada con una hoja bien asentada.

Un nuevo murmullo se elevó del grupo de aldeanos y los hombres dieron media vuelta para escapar, pero encontraron el camino bloqueado por los normandos y fueron atrapados uno por uno y arrastrados de vuelta a la plaza, donde sufrieron una parte del destino de Kerwick. Algunos se incorporaron abochornados, frotándose los mentones afeitados y los rizos cortados, y huyeron a ocultarse de los ojos de los demás, mortalmente avergonzados porque ahora llevaban la marca de los normandos y habían perdido su gloria sajona.

La furia de Aislinn recobró su tono y ella dejó la plaza para regresar, con paso decidido, a la habitación del lord.

Allí encontró las tijeras de su madre. Había desatado su cabello, y con ira irracional estaba llevando la herramienta a sus brillantes guedejas, cuando la puerta se abrió de repente. Un golpe le adormeció la muñeca, y las tijeras cayeron de sus dedos entumecidos. Lanzó una exclamación de sobresalto cuando una gran mano la aferró del hombro y la hizo volverse. Unos helados ojos de acero la miraron llenos de cólera.

—Me provocas demasiado, muchacha —gruñó Wulfgar—. Y te lo advierto ahora. ¡Por cada rizo que te cortes, el látigo caerá una vez sobre tu espalda!

Las rodillas de Aislinn temblaron y ella se estremeció de miedo, porque no sabía hasta qué tormentosas alturas podía llegar la cólera de él. Era una furia tan violenta que hacía que la de ella pareciera insignificante, y bajo esa garra de hierro, sintió la idiotez de sus actos y sólo pudo susurrar, roncamente:

—Sí, milord. Me rindo. Por favor, me haces daño.

La mirada de Wulfgar se suavizó y sus manos se deslizaron alrededor de ella y la atrajeron con fuerza. Su voz sonó ronca cuando susurró:

-Entonces, ríndete completamente a mí. Ríndete y entrégame todo.

Por un largo momento, sus labios parecieron fundirse bajo el beso apasionado de él, pero aun en este rudo abrazo ella sintió que se ablandaba interiormente y que de esa boca exigente empezaba a difundirse un calor que la invadía rápidamente y la privaba de su voluntad.

Él apartó los labios y la miró intensamente, con ojos brumosos e inescrutables. Entonces ella fue arrojada de espaldas sobre la cama. A largas zancadas, él fue hasta la puerta, se volvió y la miró, esta vez con desaprobación.

-¡Mujeres! -exclamó con un bufido, y cerró violentamente la puerta tras de sí.

Aislinn quedó mirando fijamente la puerta y se sintió más confundida de lo que había parecido estar él. Estaba pasmada por su propia reacción. Su mente giraba sobre sí misma en total desconcierto. ¿Qué clase de hombre era él, que ella podía odiarlo tan intensamente y encontrar, al mismo tiempo, placer en sus abrazos? Sus labios respondían a los de él en contra de su voluntad, y su cuerpo se rendía casi gozosamente a la fuerza más grande de él.

Wulfgar salió de la casa y ladró una orden a sus hombres mientras Sweyn se le acercaba con la cota de mallas y el yelmo.

-La muchacha es briosa —comentó el vikingo.

-Sí, pero aprenderá —dijo Wulfgar en tono cortante.

-Los hombres hacen apuestas sobre quién será el domado —dijo lentamente Sweyn-. Algunos dicen que será el lobo a quien le arranquen los colmillos.

Wulfgar lo miró ceñudo.

-¿Qué saben ellos?

Sweyn asintió y lo ayudó a ajustar la cota de mallas.

-Ellos no entienden como yo tu odio hacia las mujeres.

Wulfgar rió y estiró una mano para apoyarla en el robusto hombro de su amigo.

-Que hagan apuestas, si eso les divierte. Tú y yo sabemos que una doncella puede ser a menudo devorada de un solo bocado antes que pueda meter su mano en la boca del lobo.

Wulfgar levantó la cabeza y estudió el horizonte, más allá del pueblo.

-Ahora vámonos. Tengo deseos de ver esta mi tierra prometida.

La casa señorial quedó silenciosa, con sólo un grupo reducido de hombres de Wulfgar para custodiarla. Aislinn se sintió un poco más cómoda con menos miradas dirigidas hacia ella. Silenciosamente, se dedicó a curar heridas. Wulfgar había dicho a sus hombres que acudieran a ella para atenderse sus lesiones, y Aislinn pasó la mayor parte del día en esa tarea. Hacia el atardecer, ya había limpiado y cauterizado con alivio la última herida, porque el desagradable olor a piel chamuscada y la vista de carnes abiertas habían terminado por afectarle el estómago. Sin embargo, pese a todo eso, pensaba en alguien que necesitaba su atención y se preguntaba dónde lo habrían llevado. Poco tiempo después, lo averiguó. Dos siervos trajeron a Kerwick a la gran sala y lo depositaron suavemente entre los perros. Los podencos se agruparon a su alrededor, ladrando y tirando de sus cadenas, y Aislinn los apartó frenéticamente.

-¿Por qué lo dejáis aquí? -preguntó a los campesinos, girando para enfrentarlos.

Apenas reconoció, con el pelo cortado y las caras afeitadas, a dos hombres nacidos en la aldea y que le llevaban a ella unos veinte años.

-Fueron órdenes de lord Wulfgar, milady. No bien fueran saladas sus heridas y él volviera en sí, teníamos que traerlo aquí, con los perros.

-Vuestros ojos os engañan, por lo que veo -dijo ella con un poco de cólera, señalando a Kerwick, quien todavía yacía inconsciente.

-Milady, se desmayó cuando veníamos con él hacia aquí.

Aislinn los despidió con un ademán de impaciencia, se arrodilló junto a su prometido y empezó a derramar abundantes lágrimas.

-Oh, Kerwick, que tengas que sufrir a causa mía...

Recordando con miedo la clara advertencia de Wulfgar sobre la capacidad del látigo para desgarrarle su propia carne, Aislinn examinó la obra del normando y sintió un nuevo pavor que crecía en su interior y le conmovía los sentidos.

Ham vino con hierbas y agua, y con el rostro bañado en lágrimas. Con el pelo bien corto, su juventud era todavía más evidente. Cayó de rodillas junto a ella y le entregó lo que traía, sin apartar la vista de la espalda lacerada de Kerwick. Cuando estaba preparando la mixtura y convirtiéndola en un oloroso ungüento, Aislinn se detuvo para apartar de sus ojos un mechón de cabellos y vio la expresión dolorida de Ham. El muchacho sintió la mirada de ella y bajó la cabeza.

-Lord Kerwick siempre fue bueno conmigo, milady –murmuró el muchacho-. Y ellos me hicieron presenciar esto. Nada pude hacer para socorrerlo.

Aislinn se inclinó y empezó a extender el denso ungüento sobre la carne herida de Kerwick.

-Ningún hombre de sangre inglesa hubiera podido hacer nada. Esto fue una advertencia de ellos para todos nosotros. Su justicia caerá rápidamente y con dureza. Seguramente, matarán a la próxima persona que los ataque.

La cara del joven se crispó en un momento de odio.

-Entonces, dos pagarán con sus vidas. El que asesinó a vuestro padre, y este Wulfgar, que os ha deshonrado y que ha hecho esto a lord Kerwick.

-No te dejes dominar por la locura -advirtió Aislinn.

-La venganza será dulce, milady.

-¡No! ¡No debes buscar semejante cosa! -gritó Aislinn, preocupada- Mi padre murió como un héroe,' en combate, y con su espada en la mano. A no pocos de ellos se los llevó consigo. Sí, sus canciones serán cantadas hasta mucho después que este invasor se aleje de nuestra tierra. Y en cuanto a estos azotes, fue la cosa más benigna, porque Kerwick, seguramente, con su acción temeraria se jugó la cabeza. Wulfgar no me deshonró, fue el otro, Ragnor. Aquí hay un motivo para vengarse, si lo hubo alguna vez. Pero óyeme bien, Ham. La venganza me corresponde a mí y yo la buscaré, y por todo lo que es sagrado, derramaré la sangre de ese normando. -Se encogió de hombros, y nuevamente habló con lógica- Pero hemos sido derrotados, y por un tiempo debemos resignarnos. No hay que lamentar las perdidas de ayer, sino buscar las ganancias de mañana. Ahora vete, Ham, y no hagas que tu espalda sufra por tu estupidez.

El muchacho hizo ademán de hablar, pero después se rindió ante la sabiduría de ella y se retiró de la habitación. Aislinn volvió nuevamente a su tarea y se encontró con los ojos azules de Kerwick, que la miraban fijamente.

-¡Locura! ¡Temeridad! ¡Tontería! Fue tu honor lo que yo traté de salvar -dijo él.

Trató de moverse, pero se retorció de dolor y renuncio.

Aislinn quedó conmovida por el amargo rencor de él y no trató de defenderse.

-Buscas tu venganza de una manera extraña. Entras casi gozosamente en la habitación de él y sin duda que tratas de matarlo tendiéndote debajo de su cuerpo. ¡Maldición! ¡Maldición! -gimió roncamente-. ¿Tu promesa nada significa? ¡Tú eres mía! ¡Eres mi prometida!

Otra vez trató de moverse pero volvió a desplomarse en el suelo.

-Oh, Kerwick -dijo Aislinn suavemente-. Escúchame. Quédate quieto, por favor. -Lo empujó con fuerza.- La poción pronto calmará el dolor y empezará a sanar tus heridas, pero me temo que ninguna medicina podrá calmar la herida que me causa tu lengua. Fui tomada contra mi voluntad. Escucha mis palabras y no te enfades tanto. Estos son caballeros bien armados, y tú ahora no eres más que un sirviente, sin una espada para hacer valer tu voluntad. A fin de que tu cabeza no caiga sobre el polvo de la plaza, te ruego que no busques lo que ahora debe ser hecho por la herramienta de un cobarde. Sabes que los castigos de ellos serán severos, y yo no quiero verte sufrir por la poca honra que me queda. Nuestro pueblo necesita una voz que obtenga algo de justicia y yo no los dejaré sin nadie que interceda por ellos. Ahora hazme caso. No me hagas cavar otra tumba al lado de la de mi padre. No puedo cumplir promesas rotas contra mi voluntad ni voy a obligarte a tomar una novia deshonrada. Yo cumplo mi deber cuando veo que es necesario. Se lo debo a estos pobres infelices que aceptaron a mi padre como señor y cumplieron hasta el final las órdenes de él. Si puedo aliviar sus sufrimientos en pequeño grado, aunque sea, lo haré de buena gana. De modo que no me juzgues con demasiada dureza, Kerwick, te lo ruego.

Kerwick sollozó lastimosamente.

-¡Yo te amaba! ¿Cómo puedes dejar que otro hombre te abrace? Sabes que yo te deseaba como cualquier hombre desea a la mujer que ama, sin embargo, sólo se me permitía soñar que te tenía en mis brazos. Tú me rogaste que no te deshonrara antes de nuestra boda y yo, como un tonto, accedí. Ahora has elegido a ese como amante, tan fácilmente como si él fuera un enamorado al que conoces desde hace tiempo. Cómo me hubiera gustado tomarte como era mi deseo. Quizá, entonces, habiéndote poseído, podría expulsarte de mi mente. Pero ahora, sólo puedo atormentarme pensando en el placer que das a mi enemigo.

-Te ruego que me perdones —murmuró Aislinn suavemente—. No sabía que te lastimaría tan dolorosamente.

El no pudo soportar la amabilidad de ella y sepultó el rostro entre la paja y sollozó roncamente. Aislinn, muy apesadumbrada, se levantó y se alejó, pues comprendió que no podía calmar más el dolor de él, ni el de su espalda ni el de su alma. Dios mediante, quizá el tiempo hiciera lo que ella no podía hacer.

Llegó un leve sonido desde la puerta y Aislinn levantó la vista y vio a Wulfgar de pie, con las piernas separadas, los guanteletes en la mano, mirándola con sus ojos grises. Bajo esa mirada, ella se ruborizó y se preguntó, inquieta, qué podía haber alcanzado a oír él, pero se tranquilizó enseguida al recordar que el normando no entendía la lengua sajona.

Dio media vuelta y subió corriendo la escalera, sintiendo que los ojos de él la seguían, y sólo se sintió más tranquila cuando estuvo a salvo detrás de la puerta de la habitación.

Con un sollozo, se arrojó sobre la cama para dar rienda suelta a su dolor, y sintió como si todas las penas del corazón del mundo fueran ahora de ella. Kerwick no podía comprender su elección, por qué había tomado al lord normando. Él la consideraba una perra que se arrastraba a los pies del bastardo y se entregaba, para escapar a unos pocos sufrimientos. Lloró más fuerte cuando pensó en ese normando y, sus desprecios, y golpeó la almohada con las manos, llena de rencor odiándolo con todo su ser.

Él cree que me tiene aquí para satisfacer sus caprichos, protestó en silencio. Pero el lobo tiene mucho que aprender, porque aún no me ha tenido y jamás me tendrá mientras yo pueda burlar su simple lógica normanda. Y antes, será domado.

Tan absorbida estaba Aislinn en sus pensamientos, que no oyó que se abría y cerraba la puerta de la habitación y se sobresaltó violentamente cuando Wulfgar habló.

-Pareces decidida a hacer desbordar el canal con tus lágrimas.

Ella se volvió, y de un salto salió de la cama y lo miró con furia Cesó de sollozar cuando se volvió hacia él y alisó su cabellera en desorden Sus ojos todavía estaban enrojecidos por el llanto, pero esto fue parcialmente disimulado por los relámpagos de ira que brotaron de sus pupilas.

-Mis problemas son muchos, lord Wulfgar, pero en su mayoría parecen originarse en ti -dijo despectivamente-. Mi padre asesinado mi madre maltratada como una esclava, mi hogar saqueado y mi honra brutalmente destruida. ¿Acaso no tengo motivos para llorar?

Wulfgar la había seguido con la mirada y ahora una sonrisa hizo desaparecer la dureza de su rostro. Puso una silla frente a ella y se sentó. Mientras la observaba, empezó a golpearse los muslos con los guanteletes.

-Acepto que hay motivos para las lágrimas, de modo que llora y no temas ningún mal de mí. Ciertamente, veo que en estos momentos tienes mas fortaleza que la mayoría de las mujeres. Soportas bien tu carga. -Rió con ligereza.- En realidad, la desdicha parece llevarse de acuerdo contigo. -Se levantó y se le acercó, hasta que ella tuvo que levantar el mentón para mirarlo a los ojos-Porque, en verdad, arpía mía, te pones más hermosa a cada momento. -Su rostro se endureció -Pero hasta una joven hermosa debe conocer a su amo. –Levantó sus guanteletes y los dejó caer a los pies de ella- Recógelos, y sabe que, al hacerlo, eres mía. Como estos guantes, eres propiedad mía y de nadie más.

Los ojos de Aislinn relampaguearon rebeldes.

-No soy una esclava -afirmó con altanería- ni un guante que puede ser usado y después arrojado a un lado sin pensarlo dos veces.

Él enarco las cejas y sus labios se curvaron en una sonrisa lenta sardónica. Sus ojos eran como acero frío, como arietes contra la fortaleza de la voluntad de ella.

-¿No eres mía, damisela? Yo podría hacerlo. Sí, podría. Podría montarte en este momento y cabalgar entre tus muslos, y después partir a mis tareas sin pensar en ti. Te colocas demasiado alto, porque ciertamente, eres una esclava.

-No, lord —dijo Aislinn quedamente, pero con una suave determinación que hizo vacilar la resolución de él—. Una esclava está más allá de la muerte y no ve otro camino fuera de la miserable obediencia. Si se llega a eso y no me queda otro camino, no vacilaré en elegir esa liberación.

Wulfgar puso su ancha mano debajo del mentón de ella, la atrajo hacia sí y la sostuvo inmóvil frente a él. Sus ojos se suavizaron y adquirieron un tono gris tormentoso, y su frente se arrugó un momento cuando pudo sentir la resistencia pasiva de ella.

-Sí -murmuró suavemente él—. No eres esclava de ningún hombre, creo. —Retiró la mano y se volvió, con movimientos súbitamente bruscos.- Pero no te extralimites, damisela. -La miró por encima de su hombro.— A fin de que yo no lo piense dos veces y resuelva hacerte una demostración en sentido contrario.

Ella enrojeció bajo la mirada fija de él.

-¿Y en ese momento, lord, qué sucederá? —replicó ella—. ¿Seré solamente una hembra más para tu placer, por un tiempo, y después me olvidarás, como a sus guantes? ¿Ninguna mujer ha perdurado en tus pensamientos?

Wulfgar rió suavemente.

-Oh, ellas han jugado y levantado sus faldas. Pero yo me he solazado con ellas y ninguna sobrevivió mucho en mi recuerdo.

Aislinn vio cercana su victoria y curvó suavemente sus cejas, imitando la actitud despreocupada de él.

-¿Ni siquiera tu madre? —preguntó burlonamente, y creyó haber , ganado la discusión.

Inmediatamente se sintió transida de miedo. El rostro de él se ensombreció, sus ojos relampaguearon. Y mientras él temblaba de ira, ella creyó que un golpe tremendo caería en cualquier momento sobre ella.

Aislinn quedó confundida. La transformación de él h-No -dijo él, con los dientes apretados—, ¡Menos que todas, esa noble dama!

Giró sobre sus talones y abandonó la habitación con pasos largos y furiosos.

Aislinn quedo confundida. La transformación de él había sido tan repentina que ella supo, sin lugar a dudas, que esa madre no encontraría amor en su hijo bastardo.

5

Wulfgar salió furioso de la casa señorial y cruzó el patio, con el rostro dirigido al sol poniente, con intención de aguardar a que su cólera se apaciguara.

Súbitamente hubo un grito en el patio y un brazo señaló. Wulfgar miró en la dirección indicada y vio una nube de humo negro que ascendía desde atrás de la cresta de una colina. Rugió una orden, y varios hombres saltaron a sus caballos y Sweyn y él se acomodaron en sus sillas de montar. Los grandes cascos de los animales arrancaron la hierba pardusca del otoño cuando se alejaron velozmente de la casa señorial.

Momentos después habían pasado la cresta de la colina y descendían a la carrera hacia la granja que estaba abajo, donde una gran parva de paja y un pequeño cobertizo ardían furiosamente, despidiendo el humo denso que habían visto. La escena que se desarrollaba antes los ojos de Wulfgar hizo que los pelos de su cuello se erizaran de cólera. Siete u ocho cuerpos estaban tendidos en el lugar, entre ellos los de los dos alabarderos que había enviado como guardias. Los otros eran unos hombres andrajosos, que tenían clavadas las flechas disparadas por los arcos de los guardias normandos. Cuando se acercaron a la cabaña, una mancha informe de color se convirtió en una muchachita, brutalmente maltratada y muerta entre los jirones de sus vestidos. Una anciana, golpeada y aturdida, salió arrastrándose de una zanja y cayó sollozando al lado de la niña. Tal vez una docena de hombres huía a pie a campo traviesa, pero lo que llamó la atención de Wulfgar fueron seis jinetes que desaparecían en un bosquecillo apartado.

Gritó a sus hombres que rodearan a los que huían por el campo y enseguida hizo una señal a Sweyn y los dos emprendieron la persecución de los que escapaban a caballo. Los vigorosos animales normandos conocían su trabajo, y sus músculos se contrajeron y estiraron en un veloz galope devorador de distancias, que rápidamente los hizo alcanzar a los fugitivos. Cuando acortaron la distancia que los separaba, Wulfgar desenvainó su espada y elevó la voz en un iracundo grito de guerra. Dos hombres redujeron la marcha y se volvieron para enfrentar a sus perseguidores. Wulfgar siguió de largo unos pocos metros, pero Sweyn los embistió de lleno con su gran cabalgadura y derribó a uno de ellos mientras su hacha se hundía profundamente en el pecho del otro. Una mirada hacia atrás indicó a Wulfgar que Sweyn no estaba en peligro mientras presentaba batalla al superviviente. Wulfgar dirigió su atención a los cuatro que iban delante de él. Estos merodeadores, creyendo que se encontraban en situación ventajosa, también redujeron la marcha y se dispusieron a presentar batalla. Nuevamente, el escalofriante grito de Wulfgar resonó en los bosques y su gran cabalgadura no se detuvo; si no que se lanzó de lleno contra los caballos más pequeños. La espada y el escudo de Wulfgar sonaron con sus golpes, después la larga espada | silbó y partió a uno desde la coronilla a los hombros, dejándolo muerto en la silla, mientras el caballo se alejaba tambaleándose. La furia de la carga llevó a hombre y jinete a través de los otros. Guiado por la rodilla de Wulfgar, el caballo se detuvo de pronto y giró a la izquierda, de modo que la gran espada trazó un amplio círculo, recibió impulso adicional y atravesó el escudo de otro para hundirse profundamente en su cuello. El hombre soltó un grito estertoroso y Wulfgar levantó el pie y de una patada separó al cuerpo de su espada. El tercer hombre levantó su acero para golpear y enseguida quedó mirando fijamente, aturdido por el horror, su hombro sin brazo. La espada volvió para poner fin a su dolor en una corta embestida, y el hombre cayó debajo de los cascos de su montura. El último, al ver caídos a sus compañeros bajo el relampagueante acero de Wulfgar, se volvió para huir y recibió la espada de lleno en la espalda. La fuerza del golpe lo envió rodando de cabeza al suelo.

Sweyn llegó para unirse a la lucha pero encontró a Wulfgar observando la escena y limpiando cuidadosamente la sangre de su larga espada. El nórdico se rascó la cabeza y miró los hombres andrajosos, desaseados, que estaban en el suelo, los cuales, pese a su aspecto miserable, llevaban armas y escudos de caballeros.

- ¿Ladrones?—preguntó.

Wulfgar asintió y envainó nuevamente su espada.

-Ajá, y por el aspecto que tienen, han merodeado por el ensangrentado campo de batalla de Hastings para conseguir sus armas.

Con la punta del pie, volteó un escudo que estaba en el suelo y mostró su frente, que exhibía un blasón inglés.

-Estos buitres no consideraban sagrados ni a los suyos.

Los dos guerreros reunieron los caballos y ataron los cuerpos a ellos Condujeron la lúgubre caravana de regreso a la granja, mientras el sol terminaba de hundirse detrás del horizonte del poniente Allí en la creciente oscuridad, sepultaron a los muertos y marcaron sus tumbas con cruces. Once de los hombres en campo abierto se habían rendido sin luchar. Dos levantaron sus espadas y se ganaron una muy pequeña parcela de tierra donde quedaron definitivamente.

Wulfgar dio un caballo a la anciana, pequeño pago por la pérdida de su hija, pero ella, con un sentimiento de sorpresa ante la generosidad de él, lo aceptó, asombrada ante este nuevo lord de Darkenwald.

Frente a la casa señorial, Wulfgar se apeó y ordenó a sus hombres que ataran a los ladrones y pusieran una guardia para vigilarlos Despidió al resto y se dirigió a la casa.

Cuando cruzó la puerta, se detuvo y miró hacia donde Kerwick yacía dormido, entre los perros. Su frente se arrugó en expresión pensativa. Con la sed producida por el combate, cruzó el salón y se sirvió una buena cantidad del fuerte ale de octubre.

Mientras bebía, se acercó al sajón derrotado. La potente cerveza le templo la barriga y empezó a aflojarle los músculos tensos. Wulfgar poso los ojos en el joven y sonrió, apesadumbrado.

-Creo yo, mi amigo inglés, que estimas demasiado las virtudes de la moza -murmuró-. ¿De qué te ha valido eso, fuera de una espalda desollada?

Sus palabras cayeron en el vacío y él se volvió, flexionando el brazo con que había empuñado la espada. Se sirvió otro gran cuerno de ale para ayudarse en el camino hacia el dormitorio y subió ágilmente la escalera.

Abrió la puerta de la cámara. La luz era débil en el cuarto, porque solamente había el suave resplandor del fuego y ardía una única vela Wulfgar sonrió para sí mismo al ver la gran tina de madera, a medias llena de agua caliente, y un gran caldero humeante que colgaba de un gancho en el hogar. Una bandeja con carne, queso y pan se calentaba frente al fuego. Por fin su muchacha, Aislinn, le proporcionaba unas pocas comodidades. Evidentemente, la esclava podría aprender a obedecer.

Sus ojos se demoraron en la forma esbelta de ella, acurrucada en el gran sillón frente al hogar, y en el rostro dormido que se veía perfecto, sin fallas. Wulfgar se detuvo unos momentos para contemplar a su placer la dormida beldad. Ella respiraba suavemente con los labios entreabiertos y sus mejillas estaban ligeramente sonrosadas por el calor del fuego. Sus pechos subían y bajaban con regularidad cubiertos por la tela del vestido, y por un instante, el pensamiento en todas las otras mujeres se borró en la mente de Wulfgar. Se inclinó, y levantó cuidadosamente con los dedos un rizo suelto que caía sobre la mejilla de ella, lo acercó a sus labios y aspiró el aroma fresco que de él se desprendía.

Se irguió de repente, porque no había adivinado el efecto excitante que tendría en él la suave fragancia. Al hacerlo, la vaina de su espada golpeó contra el sillón. Aislinn despertó sobresaltada y temerosa, pero cuando sus ojos cayeron sobre él, sonrió con expresión soñadora, se estiró y suspiró.

-Milord.

A la vista del cuerpo esbelto de ella, Wulfgar sintió que empezaban a palpitarle las sienes. Se apartó a una distancia segura, levantó el cuerno de ale y bebió un largo sorbo en un esfuerzo por suprimir el temblor de sus manos. Empezó a quitarse los avíos de su profesión y dejarlos a un lado. Sweyn enviaría a un muchachito por la mañana para que los limpiara y aceitara, y para que frotara el cuero y el metal hasta dejarlos brillantes.

Vestido con una liviana camisa de lino y las calzas, Wulfgar tomó nuevamente el cuerno de ale y se volvió a Aislinn. Ella se había acurrucado otra vez en el sillón, desde donde observaba los movimientos del cuerpo largo y musculoso de él, con algo parecido a admiración. Cuando la mirada de él volvió a posarse en ella, Aislinn se levantó y fue a poner un nuevo leño en el fuego.

—¿Qué demora tu descanso, damisela? —preguntó él en tono cortante-. Es tarde. ¿Deseabas algo de mí?

—Milord pidió que a su regreso hubiera un baño aguardándolo y yo he mantenido calientes el agua y la cena. No importa cuál venga primero. Las dos cosas están esperándote.

Él la miró fijamente.

-¿No sentiste ansiedad por mi seguridad mientras estuve ausente? ¿Confías tanto en los normandos?

Aislinn lo miró de frente y cruzó sus manos a la espalda.

-Supe que enviaste a Ragnor con una misión, lejos de aquí, y puesto que yo soy tuya, tus hombres guardan la distancia. Ellos deben temerte mucho.

Wulfgar gruñó, ignorando la ironía.

—Mi hambre no se calmaría con todo un jabalí asado. Dame de comer para poder bañarme después.

Cuando ella se volvió para obedecer, la mirada de él fue atraída por su espalda esbelta. Observó el gracioso movimiento de las caderas y recordó demasiado bien el aspecto de ella sin sus ropas.

Aislinn pasó junto a él cuanto puso la comida sobre la mesa y él notó nuevamente el delicado perfume, como lavanda en el mes de mayo. La victoria del día le había levantado el ánimo, el fuerte ale lo templaba y ahora la proximidad de ella, y ese perfume tentador, hacían que su sangre circulara por su cuerpo con un ardor desconocido. Ella se volvió y se encontró con la mirada de él, intensa, si bien un poco pensativa.

Aun en la luz vacilante del fuego, él pudo distinguir los colores acentuados de la muchacha. Aislinn pareció vacilar cuando él se le acercó, y se alejó un paso. El se detuvo a su lado y la miró en los ojos de color violeta. Estiró una mano, la apoyó sobre el pecho de ella y sintió contra su palma el corazón que latía y saltaba.

-Puedo ser tan gentil como Ragnor -murmuró roncamente.

-Milord, él no fue nada gentil -susurró ella, incómoda bajo el contacto de él, sin saber si huir o luchar.

La mano de él no la acariciaba sino que descansaba en ella, como si él estuviera cansado y el menor movimiento pudiera dejarlo sin fuerzas. Le rozó un pezón con el pulgar.

-¿Qué tienes aquí, muchacha? -preguntó él en tono de chanza-. Me interesa.

Aislinn levantó ligeramente el mentón.

-Tú ya has practicado antes este juego, milord, y ahora quieres tomarme por tonta. No puedo enseñarte nada que ya no sea conocido, pues me has visto desnuda y sabes muy bien lo que hay debajo de mi vestido.

-Aahh, hablas con frialdad, mujer. Tu sangre necesita ser calentada por el fuego.

-Preferiría, milord, que tú enfriaras la tuya.

Wulfgar echó la cabeza atrás y sus carcajadas resonaron en la habitación.

-Oh, creo que aquí encontraré placer, en la cama y fuera de la cama.

Aislinn apartó la mano de él.

-Ven a comer, milord. Tu comida se enfriará si no lo haces.

-Hablas como una esposa y yo todavía tengo que hacerte mi querida -dijo él.

-Fui educada cuidadosamente en los deberes de una esposa -replicó Aislinn-. No en los de una querida. En mí, ello surge naturalmente.

Wulfgar se encogió de hombros.

-Entonces, considérate mi esposa si eso te place, mi pequeña Aislinn.

-No puedo hacerlo sin la bendición de un sacerdote –repuso ella fríamente.

Wulfgar la miró con expresión divertida.

-¿Y podrías hacerlo, después de formulados los votos matrimoniales?

—Podría, milord —dijo ella serenamente—. A las jóvenes, no se les permite muy a menudo elegir a sus maridos. Tú eres como cualquier otro hombre, excepto que eres normando.

—Pero tú dijiste que me odiabas —señaló él en tono burlón.

Aislinn se encogió de hombros.

—He conocido a muchas jóvenes que odiaban al hombre con quien se casaron.

Wulfgar se le acercó más e inclinó la cabeza pira mirar mejor el hermoso perfil de ella. Su aliento cálido la tocó en la mejilla, pero Aislinn siguió mirando directamente hacia adelante, aparentemente sin prestarle atención.

—¿Hombres ancianos que tenían que ser puestos sobre sus novias con ayuda de manos serviciales? -preguntó él—. Dime la verdad. ¿No eran hombres viejos y decrépitos los que odiaban esas doncellas?

—No puedo recordarlo, milord -replicó ella con petulancia.

Wulfgar rió por lo bajo mientras estiraba una mano para levantar un rizo que caía sobre el pecho de ella. Sus dedos rozaron atrevidamente esas curvas suaves.

—Creo que sí recuerdas, damisela. Una moza no suele lamentarse por tener un novio fuerte y viril con quien compartir el lecho y pasarlas frías noches del invierno —murmuró él—. En mi cama, ten la seguridad de que no te aburrirías.

Aislinn lo miró con ojos burlones.

—Milord, ¿estás pidiendo mi mano?

Wulfgar se irguió y la miró desde toda su estatura, con las cejas levantadas.

—¿Qué? ¿Y tener una cadena alrededor de mi cuello? ¡Jamás!

Se alejó un paso, pero ella lo miró fijamente a los ojos.

—¿Y qué sería de tus hijos bastardos? -preguntó ella-. ¿Cómo los tratarías?

Él gruñó.

—Hasta ahora no ha habido ninguno. —La miró lentamente mientras una sonrisa provocativa se dibujaba en los ángulos de su boca.

-Pero contigo, podría ser diferente.

Las mejillas de Aislinn enrojecieron y ardieron de cólera.

—Gracias por tu advertencia —replicó con sarcasmo, perdida ya su frialdad y compostura, y con expresión ofendida. Lo odió porque él parecía disfrutar con la cólera de ella y podía hacerla enojar a voluntad.

El se encogió de hombros.

—Quizás seas estéril.

—¡Oh! -exclamó Aislinn, ahogada de furia-. Eso te complacería mucho, sin duda. Entonces no tendrías el problema de los bastardos Pero ello no quitaría que esté mal tomarme sin que hayamos pronunciado los votos matrimoniales.

Él rió y se sentó a la mesa.

-Y tú, doncella con vocación de esposa, tienes la determinación de un buey. Si te hago mi esposa, probablemente piensas que podrías ablandar mi mano y salvar a tu gente. Sacrificarte por los campesinos y la familia, un gran gesto. -Unió las cejas y la miró, ceñudo. –Pero yo no aprecio tu noble renunciamiento.

-El sacerdote no vino hoy —dijo ella, cambiando abruptamente de tema cuando él dirigió su atención a la comida—. ¿Has olvidado tu promesa de hacer bendecir las tumbas?

-No -repuso Wulfgar, sin dejar de masticar-. Él está de viaje, en alguna parte, pero cuando regrese a Cregan, mis hombres se apresurarán a traerlo aquí. Quizá en unos pocos días. Ten paciencia.

-Algunos aldeanos vieron fuego en la granja de Hilda. Ladrones, probablemente. ¿Los atraparon?

-Sí -dijo él y la miró fijamente-. ¿Acaso lo dudabas?

Ella le devolvió la mirada sin pestañear.

-No, lord. Ya he comprobado que eres un hombre que consigue lo que se propone. -Volvió el rostro a un lado.- ¿Qué harás con ellos?

-Ellos mataron a la hija de la mujer y yo maté a cuatro de ellos -dijo él-. A mis hombres les gustan los números. Los ladrones restantes juran que no tomaron parte en el asesinato, aunque la mayoría abusaron de la niña, sin duda. Por la mañana, sentirán el látigo por haber estado allí y tendrán que trabajar, como castigo, para indemnizar a la vieja por la pérdida de su hija. Después de eso, quedarán en mi poder como esclavos.

El corazón de Aislinn tembló, no por los hombres sino por el recuerdo del látigo en la mano de este normando.

-Tu trabajo se volverá aburrido —murmuró ella.

-No seré yo quien lo haga. Los hombres de tu aldea aplicarán los castigos en nombre de la anciana.

-Tienes métodos extraños —dijo ella, intrigada.

Él masticó un bocado de comida y sostuvo la mirada de ella. Aislinn se sintió inquieta y buscó una tarea sencilla para ocupar sus manos.

-¿Los ladrones se volvieron y presentaron batalla? —preguntó suavemente-. Generalmente son unos cobardes. Han venido antes a molestar a mi padre.

-No, salvo aquellos a quienes seguimos Sweyn y yo.

Ella pasó rápidamente la mirada por el largo cuerpo de él

-¿Y no fueron heridos?

Wulfgar se echó atrás en su asiento y la miró a los ojos.

-No. Nada más que esto. -Él volvió sus palmas hacia arriba y mostró sus manos. Aislinn ahogó una exclamación al ver las grandes ampollas.- Los guanteletes son muy útiles, damisela. Fui un tonto al dejarlos olvidados.

-Debiste luchar fieramente con tu espada.

-Lo hice. Mi vida dependía de ello.

Cuando él se puso de pie y empezó a desnudarse para el baño, Aislinn se volvió delicadamente y se dedicó a otra tarea. Aunque siempre había sido la costumbre de las mujeres de la casa ayudar a bañarse a los visitantes, su padre se había negado a permitir que ella lo hiciera y ella sabía que la razón era que él desconfiaba de los hombres y sus carnales apetitos.

"Eres una muchacha bonita" le había dicho Erland una vez. "Y despertarías las pasiones de un santo. No hay por qué buscar problemas cuando pueden ser evitados".

De modo que ella había permanecido en la ignorancia del cuerpo de los hombres. Hasta que llegó Ragnor.

Wulfgar se quitó el paño que le ceñía los riñones y después la llamó. Aislinn miró por encima de su hombro y vio que él le señalaba la pierna y el vendaje que allí había. Ella buscó las tijeras que él le había arrancado horas antes de la mano, se le acercó, se arrodilló, cortó el vendaje y retiró el apósito. La herida estaba empezando a sanar notablemente bien y ella le pidió que tuviera cuidado para que no volviera a abrirse. Recogió los vendajes y mantuvo los ojos apartados hasta que lo oyó meterse en el agua.

- ¿Quieres acompañarme, damisela?

Aislinn giró sobresaltada, con los ojos dilatados, y lo miró con incredulidad.

- ¡Milord!

Él rió con ganas y ella supo que él nuevamente estaba bromeando, pero esos ojos grises la recorrieron de pies a cabeza y brillaron con una luz cálida y decidida.

-En otra ocasión, Aislinn... quizá cuando nos conozcamos mejor dijo él, sonriendo.

Aislinn se ruborizó intensamente y se retiró a las sombras. Desde allí pudo observarlo sin ser a su vez observada, aunque varias veces él miró en su dirección, tratando de ver en la oscuridad que la envolvía.

Por fin él se levantó terminado su baño y salió de la tina. Ella permaneció quieta y en silencio en su rincón, sin atreverse a acercarse, por temor a que las pasiones de él volvieran a despertar y ahora, estando él desnudo, el destino de ella fuera rápido y seguro. Era más prudente permanecer fuera de su alcance.

Cuando Wulfgar habló, Aislinn se sobresaltó.

-Ven aquí, Aislinn.

La aprensión pasó sus dedos helados a lo largo de la columna vertebral de ella. Aislinn vaciló, preguntándose qué haría él si ella le huía como hiciera la noche anterior. Vio que él había olvidado poner cerrojo a la puerta. Quizá pudiera llegar a tiempo hasta allí Pero la idea rápidamente se desvaneció. Se levantó con las piernas trémulas y camino hacia él, demorando cada paso como si fuera al encuentro de su verdugo. De pie frente a él, se sintió pequeña y desamparada su cabeza apenas llegaba al mentón del hombre, aunque, pese a todo el miedo que sentía, lo miró atrevidamente a los ojos. Vio que él le sonreía, burlón.

¿Creíste que olvidé la cadena, milady? No me atrevo a confiar tanto en ti.

Aislinn respiró aliviada y permaneció muy dócil mientras él se inclinaba y aseguraba la anilla de hierro alrededor de su tobillo Después, sin decir nada, él atrancó la puerta, sopló la vela y subió a la cama, dejándola en agradecida confusión. Finalmente, Aislinn se volvió y fue al extremo de la cama donde todavía estaban en el suelo las pieles de lobo.

Sintiendo sobre su cuerpo los ojos de él, se quitó el vestido se dejo la camisa por recato y empezó a soltarse el cabello, que cayó libremente en reluciente cascada.

Estaba peinando sus sedosos rizos al resplandor del cálido fuego intrigada por este hombre que la tenía al alcance de su mano y nada hacia, cuando levantó la vista y vio que él, apoyado en un codo se había incorporado y la observaba intensamente. Quedó paralizada incapaz de ningún movimiento.

A menos que estés dispuesta a ser mi compañera de cama esta noche muchacha -dijo él roncamente- sugiero que demores tu arreglo hasta la mañana. Mi mente no está tan cansada que no pueda recordar los encantos que se ocultan debajo de esas ropas, y a mí poco me importaría que tú no estuvieses dispuesta.

Aislinn asintió en silencio, rápidamente se tendió en su cama de pieles y se cubrió hasta el mentón.

Pasaron varios días sin acontecimientos desastrosos. Aislinn no olvido la advertencia de Wulfgar, aunque veía que la trataba más como una sierva que como una querida. Ella le remendaba las ropas le traía las comidas y lo ayudaba a vestirse. Durante el día él parecía olvidarse de ella. Lo pasaba ocupado con sus hombres y construyendo defensas por si llegaban a ser atacados por ladrones merodeadores o sajones leales

De Guillermo llegó la noticia de que el ejército estaba detenido por enfermedad y que Wulfgar debía sostenerse donde estaba hasta que ellos estuvieran nuevamente en condiciones de marchar. Wulfgar aceptó el mensaje sin comentarios, aunque Aislinn, al mirarlo pensó que él parecía agradecido por el respiro que se le ofrecía. A veces, lo observaba desde lejos. Él parecía dominar completamente cualquier situación que se presentara. Un siervo valiente pero estúpido que atrancó la puerta de su modesta morada para evitar que la registraran en busca de cimientos a su alrededor o dejar entrar a los soldados. El pobre individuo comprendió rápidamente el ultimátum cuando Wulfgar ordenó que encendieran una tea. Se mostró todavía más diligente para someter su cabaña al registro, del que surgieron unas cuantas armas variadas y primitivas. Ante el insistente interrogatorio, finalmente confesó que las armas estaban allí desde antes de la llegada de los normandos y que él no estaba enterado de ninguna conspiración de los siervos para derrocar al nuevo lord.

Cuando la puerta de la cámara quedaba cerrada contra la entrada de entrometidos y ellos quedaban solos, la mirada de; Wulfgar se posaba en ella y Aislinn nuevamente se percataba de que estaba caminando sobre hielo delgado. Los ojos grises y pensativos la seguían por toda la habitación y la observaban con una intensidad que la hacia temblar. En su cama separada, ella era consciente de hecho de que él permanecía despierto largos periodos de tiempo

Una noche despertó helada y temblando en el suelo y se levantó con intención de llegar al hogar y atizar el fuego, pero la cadena asegurada a su tobillo no era lo suficientemente larga, y le impidió cumplir su propósito. Permaneció indecisa temblando de frío, tratando de envolverse con sus propios brazos, preguntándose cómo haría para calentarse. Un movimiento a sus espaldas la hizo volverse cuando Wulfgar pasaba sus largas piernas sobre el borde de la cama y se sentaba. Apenas una sombra de su cuerpo desnudo era visible en la oscuridad

-¿Tienes frío?-pregunto él.

Un castañar de dientes le contestó cuando ella asintió con la cabeza. Él tomó una piel de la cama, se acercó y con ella envolvió los hombros. Después fue hasta el hogar, donde arroyó astillas y leños sobre las ascuas. Se agachó hasta que las llamas se enroscaron alrededor de la madera y después se acercó nuevamente a Aislinn. Le liberó el tobillo, arrojo la cadena a un lado, se incorporó y la miró a los ojos. La luz del fuego recortaba nítidamente su perfil.

-Aceptaré tu palabra de que no te marcharás. ¿Me lo prometes?.

Aislinn asintió.

-¿Adónde podría ir?

-Entonces, eres libre.

Ella sonrió agradecida.

-No me gustaba estar encadenada.

-Tampoco a mí- replicó él bruscamente, y volvió a su cama.

Después de eso, Aislinn tuvo más libertad de ir donde quisiera. Podía caminar por la aldea sin tener a alguien que la siguiera a corta distancia. Parecía que nadie había estado tan bien custodiada como ella, en el pasado. Sin embargo, el día que Ragnor regresó y se le acercó en el patio, Aislinn comprobó que ni siquiera ahora estaba libre de ser observada. Dos de los hombres de Wulfgar se hicieron ver inmediatamente.

-Él te cuida bien y a mí me da tareas en otra parte –murmuró Ragnor, mirando a su alrededor-. Debe de tener miedo de perderte.

La boca de ella se curvó hacia arriba.

-Quizás, sir Ragnor, él conoce demasiado bien tus costumbres.

Él la miró ceñudo.

-Pareces satisfecha de ti misma. ¿Entonces tu amo es un amante tan grande? Yo no lo creería. Parece que él prefiere los jóvenes carilindos a las mujeres hermosas.

Los ojos de Aislinn se agrandaron inocentes mientras los iluminaba una chispa de malicia.

-¡Pero señor, sin duda bromeáis! Yo nunca había visto a un hombre tan grande y tan fuerte.- Vio que la boca de él se ponía tensa y le gustó aún más su propio juego. Su voz se hizo más suave.- ¿Tengo que admitir que me provoca desmayos?

El rostro de Ragnor parecía de piedra.

-El no es guapo -dijo él.

-¿Oh, no? -dijo ella. Yo pienso que sí lo es. Pero, de todos modos, esto tiene poco que ver con ello, ¿no estáis de acuerdo?

-Tú estás jugando conmigo -repuso Ragnor.

Ella fingió una expresión de simpatía.

-¡Oh, señor! Os aseguro que no es así. ¿Decís que mis anhelos y suspiros son fingidos? ¿Pensáis que no puedo amar a quien es nada mas que amable conmigo, que se muestra sumamente gentil y que pone fuego en todos mis miembros con sus palabras llenas de ternura?

-¿Qué es lo que ves en él? -Preguntó Ragnor-. Quiero saberlo.

Aislinn se encogió de hombros.

-Mi buen señor, yo sé que vuestro tiempo es precioso y no fastidiaré vuestros oídos durante las muchas horas que me llevaría explicar por qué una mujer encuentra en un hombre su verdadero señor, y las muchas cosas, profundas y muy privadas, compartidas por ambos, que sellan los lazos entre los dos. Vaya no puedo empezar a explicar...

Un tronar de cascos turbó la paz de la aldea y los dos se volvieron:

Wulfgar y sus hombres se aproximaban, a caballo. Wulfgar se puso ceñudo y detuvo su cabalgadura junto a ellos. Se apeó y entregó las riendas a su caballero, Gowain, y se volvió mientras sus hombres se dirigían a los establos.

-Has regresado muy pronto.

-Sí -replicó Ragnor con rencor-. Patrullé hacia el norte, como me ordenaste, pero sin objeto. Los ingleses se han encerrado en sus hogares y atrancaron sus puertas para evitar que los espiemos. No puedo saber qué hacen dentro de sus paredes. Quizá se divierten y se revuelcan sobre sus hembras tan libremente como tú pareces hacer con esta muchacha.

Wulfgar miró a Aislinn y vio que ella enrojecía y se movía con evidente embarazo.

-La moza dice que tú juegas muy bien -dijo Ragnor, y levantó una ceja mientras no dejaba de mirar al bastardo.

Una lenta sonrisa se extendió por los labios de Wulfgar.

-¿Eso dice ella? -Apoyó distraídamente una mano en un hombro de Aislinn y le acarició la nuca. Sintió que ella se ponía rígida bajo su contacto. Su sonrisa se acentuó.- Ella también me complace.

-Yo digo que ella miente -estalló Ragnor.

Wulfgar rió por lo bajo.

-¿Por qué? ¿Porque luchó contigo? Como cualquier damisela, ella responde de más buena gana cuando se la trata con gentileza.

Ragnor hizo una mueca de desprecio.

-Ella no se parece mucho a un muchacho, Wulfgar. Me pregunto cómo es posible que la hayas confundido con uno.

Aislinn sintió la creciente cólera de Wulfgar en la presión de los dedos sobre su hombro, pero él habló con tranquilidad, ocultando cuidadosamente su malhumor.

-Hablas con atolondramiento, amigo mío. No sabía que deseabas a tu damisela hasta el punto de arriesgar tu vida. Pero te perdono, porque comprendo que la moza es capaz de volver temerario a cualquiera. Yo también lo sería, si estuviera en tu lugar. —Su mano se deslizó hasta la cintura de Aislinn y la apretó ligeramente mientras la atraía hacia sí.- Te conviene ir a buscar a Hlynn. Por la mañana, tendrás que unirte con el duque y ponerte a sus órdenes. Tendrás muy poco tiempo para refocilarte con mujeres.

Se apartó de Ragnor, llevándose a Aislinn, y subió con ella la escalera de la casa señorial.

Cuando entraron, Kerwick los miró desde donde estaba, encadenado con los perros, y su rostro se ensombreció de cólera y de celos cuando vio que el normando acariciaba suavemente las nalgas de Aislinn antes de soltarla. Con tanta furiosa atención siguió Kerwick los movimientos de la mano de Wulfgar que no vio la mirada de cólera y que ella respondió a la sonrisa burlona del normando.

Aislinn dio media vuelta y corrió escaleras arriba, 1lamando a Hlynn para que le llevara agua. Wulfgar la observó a su placer hasta que ella cerró con fuerza tras de sí la puerta del dormitorio, y entonces se volvió lentamente hacia Kerwick.

-Pequeño sajón -dijo-, si puedes hablar mi lengua, te felicitaré por tu buen gusto. Pero tú y de Marte sois imprudentes al desear a la doncella como la desean. Ella ha rebanado los corazones de vosotros dos

sobre su plato y los ha arrojado lejos. Pronto aprenderéis, como yo, a no confiar en las mujeres. –Llenó un cuerno de ale y lo levantó, como si brindara por el hombre encadenado.- Mujeres. Usarlas. Acariciarlas. Abandonarlas. Pero jamás amarlas, amigo mío. Desde la infancia, me han enseñado muy bien esta lección.

Wulfgar se acercó al hogar y miró pensativo el fuego mientras terminaba su ale. Por fin se volvió y subió la escalera.

Entró en el dormitorio, pero, con sorpresa, encontró vacía la habitación. Con ira creciente, se volvió, preguntándose que juego estaba jugando ahora la arpía. Podía admitir que ella sintiera necesidad de vengarse de Ragnor, pero que lo condenaran si permitía que ella lo convirtiera a él mismo en objeto de su espíritu vengativo. Airadamente fue hasta la puerta de la habitación que había destinado a la madre de ella y sin detenerse, la abrió de repente.

Aislinn se sobresaltó cuando la puerta se abrió y golpeo contra la pared, y rápidamente se cubrió con los brazos los pechos desnudos Hlynn dio un salto y casi dejó caer el cubo de agua que estaba vertiendo sobre, la espalda de su señora. La criada retrocedió asustada cuando Wulfgar se acercó y se detuvo junto a la tina para mirar a Aislinn, quien parecía querer fulminarlo con la mirada y se encontraba a punto de ahogarse en furia.

-¿Tienes algún inconveniente, milord? -dijo ella, indignada, y haciendo rechinar los dientes.

Él le sonrió y la piel de ella ardió lo mismo que las mejillas bajo la mirada lenta, deliberada del normando.

-No, damisela, no tengo ningún inconveniente.

Aislinn se sentó de repente, salpicando agua por encima del borde de la tina y sobre Wulfgar. Lo miró con desagrado y odio la actitud familiar de él, la cual, estaba segura, haría que la muchacha que la servia creyera que eran amantes.

Wulfgar señaló a Hlynn.

-Creo que Ragnor está buscándola -dijo.

-Yo la necesito -respondió Aislinn secamente, señalando su baño-, como tú mismo puedes ver.

-Es curioso —dijo Wulfgar en tono burlón, mientras sus ojos se regalaban con el festín de los redondos pechos de ella—. Creí que te bañabas por las mañanas, durante mi ausencia.

-Habitualmente lo hago -replicó Aislinn-. Pero con tanto manoseo, siento necesidad de lavarme más.

Wulfgar rió por lo bajo y se rascó la nuca.

-Dime, damisela, ¿es porque no puedes soportar la idea de Ragnor de Marte montando a otra muchacha que retienes a la moza contigo?

Aislinn le dirigió una mirada asesina.

-De Marte puede gozar con cualquier perra sucia normanda de su elección, pero Hlynn no está acostumbrada a los modales groseros con que ustedes, los extranjeros, tratan a las mujeres. Él le hace daño a la muchacha, y si tú tuvieras en tu alma un poco de compasión, no la darías tan libremente a él.

-Yo nada tengo que ver en las discusiones de las mujeres -dijo Wulfgar y se encogió de hombros.

Estiró una mano para tomar un mechón suelto de cabellos cobrizos que caía de la pesada masa de rizos atados hacia arriba.

-Lo sé —replicó Aislinn—. Tratas de desacreditarme delante de mi prometido con tus caricias. Si él estuviera en libertad, tú no me tocarías con tanta familiaridad.

Él rió con ligereza y se sentó en el borde de la tina de madera.

-¿Deberé dejarlo en libertad, damisela? Pero me parece que el pequeño sajón está mucho más enamorado de ti que tú de él.

Miró a Hlynn, quien estaba acurrucada en un rincón y se mantenía lo más alejada posible de él. Su voz sonó cargada de impaciencia cuando se dirigió a Aislinn.

- ¿Tiene ella que parecer tan asustada? Dile que es a su ama a quien quiero tener en mi cama, no a ella.

Aislinn miró a la temblorosa muchacha.

-Milord no quiere hacerte daño, Hlynn -dijo en inglés-. Quizá, si pudiera ser persuadido, hasta te daría su protección. Calma tus temores.

La muchachita de claros cabellos se sentó en el suelo, todavía asustada del alto normando, pero ahora llena de cierta confianza en que su ama la salvaría, si es que alguien podía salvarla.

-¿Qué le has dicho? -preguntó Wulfgar.

Aislinn se levantó dentro de la tina, tomó un paño de lino y se envolvió el cuerpo, mientras sentía que Wulfgar la devoraba con la mirada. Rápidamente se cubrió y salió de la tina.

-Le dije que no le harías daño -respondió Aislinn-. Es lo que me ordenaste que le dijera.

-Si conociera tu idioma, podría estar seguro de que no me tomas por un tonto.

-Un hombre se toma por tonto él mismo. Es difícil que otro lo haga, a menos que él lo permita primero.

-Eres inteligente además de hermosa -murmuro Wulfgar.

Deslizó un dedo por el brazo de ella en una caricia lenta, sin prisa, y Aislinn se volvió y lo miró con expresión implorante. Ella estaba tan cerca que el costado de su pierna rozó la cara interior del muslo de él que estaba apoyado sobre el borde de la tina. Fue como si una carga del luminoso fuego de una tormenta saltara en arco entre los dos y el contacto los sacudiera a ambos con un abrupto choque de pasión. Aislinn se sintió débil e insegura en proximidad de él. La reacción de Wulfgar fue más física y su respiración salió ásperamente entre sus dientes apretados como si acabara de sufrir un fuerte golpe. Apretó los puños en un esfuerzo por soportar la cercanía de ella sin tomarla en brazos y aquietar allí mismo el latido de sus ingles. Sabía que Hlynn los observaba y se sorprendió de poder responder tan rápidamente a una mujer en presencia de ojos extraños. Sintióse agradecido por tener puesta su cota de mallas, pero su capacidad de controlarse se veía muy debilitada por el paño morado que Aislinn había envuelto alrededor de su cuerpo. Aunque le había costado un esfuerzo tremendo, había logrado controlarse y dominar sus rugientes deseos mientras la miraba bañarse. Pero con la proximidad del cuerpo turgente de ella envuelto solamente en esa fina tela, el solo pensar con lógica le resultaba una ardua tarea. Sus pasiones lo dominaban y lo sacudían casi más allá de los límites de su voluntad de hierro.

-Milord -murmuró Aislinn suavemente-. Tú has dicho que no somos más que esclavas. Seguramente, es tu derecho entregar a Hlynn a cualquiera que elijas, pero te ruego que seas misericordioso con ella. Siempre ha servido bien y está deseosa de seguir haciéndolo, pero no como ramera para tus hombres. Sus sentimientos son tiernos. No los pisotees y no te hagas odiar por ella como los hombres que la maltrataron. Por favor, sé compasivo. Ella nada hizo para merecer tanta crueldad.

Wulfgar la miró ceñudo.

-¿Estás regateando por otra vida, Aislinn? ¿Estás dispuesta a compartir mi cama para que esta muchacha no tenga que entregarse a Ragnor?

Aislinn aspiró profundamente.

-No, Wulfgar. Estoy implorando, nada más.

Wulfgar la miró fijamente.

-Pides mucho pero no estás dispuesta a dar nada a cambio. Has venido a mí pidiendo por tu Kerwick, ahora por esta muchacha. ¿Cuándo vendrás por ti misma?

-¿Está en juego mi vida, milord? -pregunto ella, mirándolo a los ojos

-¿Y si lo estuviera?-replicó él.

-Creo que ni siquiera así sería capaz de hacer la prostituta —respondió ella lentamente.

-¿Vendrías libremente si me amaras? -preguntó él, y sus ojos grises parecieron hundirse en las suaves profundidades de los ojos de ella.

-¿Si te amara? -preguntó ella-. Mi amor es todo lo que tengo para dar por mi propia voluntad, libremente. El hombre a quien yo amase, no tendría que implorarme que fuera su novia ni que le diera todo aquello a que eso le da derecho. Ragnor tomó lo que yo guardaba para mi prometido; sin embargo, mi amor todavía es mío y puedo darlo o negarlo a un hombre, según me lo ordene mi corazón.

-¿Amabas a Kerwick?

Ella meneó lentamente la cabeza y respondió con sinceridad.

-No —dijo—. No he amado a ningún hombre.

-Y yo a ninguna mujer -dijo él-. Sin embargo, las he deseado.

Su mano la acarició en la mejilla y descendió por la esbelta columna del cuello. Sintió que ella temblaba bajo su contacto, y le sonrió con un asomo de burla.

-Creo que alientas sueños de doncella, damisela.

Ella lo miró a la cara y vio que él estaba burlándose. Levantó orgullosamente el mentón y estaba por replicar airadamente, pero él la silenció poniéndole un dedo en los labios.

-La muchacha, Hlynn, se dedicará a atenderte hasta que Ragnor se marche por la mañana. El no perderá mucho tiempo buscándola y encontrará otra. Y a menos que tú quieras ocupar el lugar de ella, te sugiero que no te alejes de mí, por tu seguridad. Todos sabemos que es eso lo que Ragnor desea, y él no es diferente en ese aspecto de cualquier hombre en su campo o el mío. Pero mientras mis hombres guardaran su distancia, posiblemente los de él no. Creo que pronto descubrirás la seguridad de nuestro nido en la otra habitación, si te dejo librada a tus propias defensas.

Aislinn sonrió y en un extremo de su boca se formó un hoyuelo fugaz.

-Estoy bien advertida de los beneficios de dormir cerca de ti, milord, si no de dormir contigo.

Wulfgar sonrió como un demonio, se levantó y fue hacia la puerta.

-Pronto aprenderás también esos beneficios, milady. Quédate tranquila.

En el festín de la noche, Aislinn ocupó su lugar habitual al lado de Wulfgar, pero vio que Ragnor había elegido un asiento al lado de ella. El posó sus ojos en la brillante cabellera enroscada en una masa gloriosa sobre su cabeza. La piel blanca de Aislinn brillaba con un resplandor de juventud y un saludable tono rosado le coloreaba las y acentuaba la luminosidad de sus ojos. Cuando ella se volvió para responder a una pregunta de Wulfgar, los ojos de Ragnor recorrieron el cuerpo esbelto vestido de terciopelo color verde selva y se detuvieron un momento donde nacía el cabello en la nuca, mostrando el cuello suave y tentador. Ragnor sintió un hambre profunda, en ebullición, y pensó que había sido estafado, que le habían robado este premio suntuoso, que el bastardo, con su codicia y lascivia, lo había privado de lo que pertenecía por derecho. Se inclinó hacia ella.

-Él me envía a Guillermo -murmuró-. Pero no siempre podrá tenerme alejado de ti. -Rozó suavemente la manga de ella con sus nudillos- Yo puedo darte más que él. Mi familia es importante. Puedo contar con ellos cuando yo quiera mejorar mi posición. Ven conmigo y no lo lamentarás.

Aislinn apartó disgustada la mano de él.

-Mi hogar es Darkenwald. No busco un tesoro más grande.

Ragnor la estudió.

-¿Entonces irás con el hombre que sea dueño de esta casa señorial?

-Esta casa es de Wulfgar y yo soy suya -replicó ella fríamente, pensando que así daría por terminada la cuestión, y dirigió su atención a Wulfgar, mientras Ragnor se echaba atrás, pensativo, en su silla y cavilaba sobre esa respuesta.

Después de la comida, Wulfgar dejó la casa por poco tiempo y Aislinn buscó la seguridad del dormitorio, como él le había indicado. Pero no contó con el hecho de que Ragnor la aguardaba en las sombras del angosto pasillo fuera de la habitación. Él surgió de la oscuridad y ella, tomada por sorpresa, se detuvo abruptamente. Una sonrisa confiada curvó los hermosos labios de él cuando se le acercó y la tomó en brazos.

-Wulfgar es descuidado contigo, Aislinn —murmuró roncamente Ragnor.

-El no pensó que vos perderíais los sentidos —replicó ella fríamente, y trató de apartarlo.

La mano de Ragnor se movió lentamente sobre un pecho redondeado y quedó apoyada en la cadera de ella.

-Nunca pensé que el recuerdo de una mujer podría atormentarme tanto como me ha atormentado el tuyo estos días pasados -dijo él con voz ronca.

-Vos solamente me buscáis porque Wulfgar me ha reclamado como suya —repuso ella disgustada, y lo empujó en el pecho duro—. ¡Dejadme! Buscad otra muchacha a quien acariciar y dejadme tranquila.

-Ninguna me gusta tanto como tú -murmuró él contra el pelo de ella metras la sangre corría por sus venas como un río torrentoso Estiró una mano hacia atrás y de un empujón abrió la puerta de la habitación. -Wulfgar, el tonto, se demorará con sus hombres y sus caballos y Vachel me ha prometido sentarse junto a esta puerta para vigilar su regreso. Él nos avisara con un golpe en la madera cuando el bastardo se aproxime. De modo que ven, paloma mía, porque no tenemos tiempo que perder.

Aislinn ahora luchó con vehemencia y trató de arañarlo en la cara pero Ragnor le tomó las muñecas antes que ella pudiera clavarle las uñas para hacerle daño, le dobló los brazos hacia atrás y la atrajo con fuerza contra su pecho. La sostuvo con salvaje firmeza y sonrió ante la mirada penetrante de ella.

-Palabra de honor, muchacha, eres un bocado mucho mas apetitoso que esa muchacha simple que Wulfgar me ha dado. -Rió por lo bajo cuando pensó en el otro.- Él verá que yo no me conformo con poca cuando hay algo queme tienta más.

La levantó en brazos y entró con ella en la habitación, después de lo cual cerró la puerta con el pie.

-¡Reptil, alimaña¡ ¡Serpiente del infierno! –gritó Aislinn, luchando contra la fuerza superior de él-. Moriré antes de volver a somete a vos.

-Lo dudo, paloma mía, a menos que puedas ordenarte a ti misma morir en los instantes siguientes. Ahora relájate y yo seré gentil contigo.

-¡Jamás! -aulló Aislinn.

-Entonces será a mi modo -replicó él.

La arrojó sobre la cama y cayó sobre ella antes que Aislinn pudiera rodar aun lado. Aislinn luchó con él como un animal salvaje temeroso de ser capturado y empezó entre ellos una batalla feroz. Ella se retorcía debajo de él en un esfuerzo por escapar y con sus manos se bajaba la ropa que él apartaba de sus miembros. Si sus fuerzas duraran hasta que regresara Wulfgar... Pero ella no tenía forma de saber cuándo regresaría él, y empezó a perder rápidamente terreno en su lucha por conservar la dignidad que le quedaba. Ragnor tiró de sus ropas y desgarró el vestido para descubrirle el pecho. Ella sintió la boca caliente, húmeda de él sobre sus pezones y se estremeció de repugnancia.

-Si puedes acostarte con ese jabalí de Wulfgar -murmuro roncamente él, con la boca apoyada en el cuello de ella-, entonces encontraras el verdadero placer con un amante más experimentado.

-Estúpido torpe -dijo ella semiahogada, defendiéndose del insistente ardor de su atacante-, sois un niño de pecho enfermizo comparado con él.

Súbitamente, ambos se sobresaltaron cuando un fuerte ruido resonó en la habitación. Parecieron vibrar las paredes de la cámara. Con una convulsión, Ragnor se apartó de ella y miró boquiabierto la fuente del sonido. Aislinn se incorporó y vio la puerta abierta y a Wulfgar; de pie en el vano. A sus pies yacía Vachel, ahora fláccido y gimiente. Con una despreocupación que inquietó a Ragnor aún más, Wulfgar se apoyó en el marco de la puerta y puso un pie sobre el pecho de Vachel. Primero su mirada se posó en Aislinn para ver el daño sufrido por la joven, mientras ella trataba de cubrirse apresuradamente el pecho y los blancos muslos, a fin de ocultarlos a la mirada de él. Después, los temibles ojos grises cayeron sobre el atacante, cuya palidez estaba bien justificada.

-No deseo matar a un hombre encima de una mujer —dijo Wulfgar lentamente-. Pero tú, señor de Marte, abusas peligrosamente de mi paciencia. Lo que es mío, yo lo defiendo y no permito que nadie dude que yo lo poseo. Fue conveniente que Sweyn viniera a advertirme que adivinaba que estaban preparando una fechoría, con Vachel acechando en las sombras fuera de mi habitación. Si hubieras llegado mas lejos con la muchacha, podrías no haber visto la luz del día de mañana.

Wulfgar se volvió, hizo una seña fuera de la habitación y, apareció Sweyn. Aislinn se sentó y una sonrisa deliciosa se extendió por sus facciones cuando vio que el enorme vikingo entraba y arrancaba de su lado al bien nacido normando. Ragnor luchó y juró, e insultó al nórdico y a su señor, mientras Wulfgar sonreía complacido.

-Arroja esta carcaza cerca de la pocilga -le dijo Wulfgar a Sweyn y después señaló a Vachel-. Después ven por ese y haz lo mismo. Allí encontrarán dulce compañía y podrán reflexionar sobre los peligros de inmiscuirse con lo que es mío.

Cuando ellos ya no estuvieron en la habitación, Wulfgar cerró la puerta y se volvió hacia Aislinn. Ella exhibía una brillante y feliz sonrisa de gratitud, pero cuando él se acercó, rápidamente se levantó de la cama.

-Seguramente, sir Ragnor tendrá motivos para querer tu pellejo después de esta afrenta a su orgullo —dijo ella, sonriendo dichosa ante la humillación del otro normando-. Has aplicado un golpe tremendo al orgullo de Ragnor. Yo no hubiera podido vengarme tan bien de él.

Wulfgar continuó contemplando el cuerpo tentador cuando ella pasó junto a él, caminando majestuosamente, y sosteniendo cuidadosamente los jirones del corpiño de su vestido.

-Y eso, Aislinn, ciertamente debe de haberte complacido: que nos peleemos por ti. ¿De cuál de nosotros, dime, te alegrarías más verte libre? Yo soy, para tu tranquilidad de espíritu, una amenaza más grande que él.

Aislinn lo miró y sonrió lentamente a esos ojos grises.

-Milord, ¿me tienes por una tonta? Yo no me atrevo a dar un solo paso sin tener la seguridad de que el ser propiedad tuya es mi protección. Sé muy bien que no he pagado por esa defensa y por ello estoy muy agradecida, pero sigo esperando que tú seas de carácter galante y que no exijas un pago tan indigno de una dama que no está casada contigo.

Él soltó un resoplido de desdén.

-Mi carácter nunca es galante, Aislinn, y todavía menos con las mujeres. Puedes tener la seguridad de que pagarás, y de que pagarás bien.

Los labios de ella siguieron curvados en una sonrisa seductora y sus ojos se encendieron con un fulgor que hubiera deslumbrado a un hombre menos fiero.

-Creo, milord, que tus ladridos son peores que tus mordeduras.

Él arrugó su frente bronceada.

-¿Lo crees, damisela? Entonces, un día desearás haber creído más en mis palabras.

Sin agregar más, él sopló las velas y se desvistió al resplandor del fuego. Después se tendió en la cama para descansar. En las sombras de la habitación, su voz sonó dura y severa.

-Desde mañana, llevarás una daga para protegerte. Quizá ello disuada a otros que quieran atacarte.

Con un encogimiento de hombros y una sonrisa, Aislinn se tendió sobre su lecho de pieles y buscó la bendición del sueño, pensando mientras tanto en cómo la luz del fuego jugaba sobre la piel bronceada de él y la forma en que los músculos de su espalda ondulaban con cada movimiento.

6

De la partida de Ragnor, a la mañana siguiente, sólo flotaron hasta los oídos de Aislinn unas pocas palabras descriptivas. Se rumoreó que su ida fue apresurada, airada y sombríamente silenciosa. Aislinn sonrió para sí misma cuando se enteró, regocijada por haber tenido la buena suerte de haber presenciado su humillación, y alegremente se dedicó a sus tareas, con el ánimo y los pies ligeros. El familiar y bienvenido peso de su ceñidor alrededor de sus caderas, y la acostumbrada daga en su vaina, aumentaron su confianza. No se sentía tan desnuda con su cinturón. El mismo Wulfgar se lo había traído cuando ella estaba vistiéndose esa mañana, y con su humor habitual, rechazó el agradecimiento de ella con un comentario satírico que la enfureció fugazmente.

Era la media tarde cuando Aislinn, que estaba sentada con su madre junto a la tumba de Erland, levantó la mirada y vio a un hombre que, con paso cansado, venía desde el bosque hacia la casa señorial. Lo observó unos momentos, sintiendo que había algo extraño en la apariencia de él, cuando súbitamente advirtió que el hombre llevaba el cabello largo y desordenado y su mentón estaba cubierto de barba. Abrió la boca, sorprendida, pero enseguida ocultó su asombro a Maida, quien levantó la cabeza al oír la ahogada exclamación de su hija. Aislinn sonrió tranquilizadora y meneó la cabeza, y la madre se inclinó nuevamente para mirar tristemente el montículo de tierra, y reanudó su suave balanceo hacia atrás y adelante, acompañándose con un canto suave y gimiente.

Aislinn miró ansiosamente a su alrededor para ver si algún normando también había visto al hombre, pero no vio a nadie. Se levantó, y con una actitud serena que le costó fingir, caminó lentamente hacia la parte posterior de la casa. Cuando estuvo segura de que nadie la observaba o seguía, se volvió y atravesó corriendo el espacio despejado hasta la orilla cubierta de espesa vegetación del pantano y de allí se dirigió hacia terreno más alto y al lugar donde había visto al hombre, sin prestar mucha atención a las ramas y arbustos que le desgarraban el manto mientras ella corría hacia el bosque. Divisó al individuo que todavía se movía lentamente entre los árboles y reconoció a Thomas, el caballero y vasallo de su padre. Lo llamó con un grito, abrumada por la alegría y el alivio, pues había creído que él estaba muerto. El se detuvo, y al verla corrió hacia ella y la encontró a mitad de camino.

-Milady, desesperaba de volver a ver a Darkenwald -dijo él, con lágrimas en los ojos-. ¿Cómo está vuestro padre? Bien, supongo. Fui herido en Stamford Bridge y no pude viajar con el ejército cuando avanzó hacia el sur para enfrentar a Guillermo. -Su rostro se entristeció.- Estos son malos tiempos para Inglaterra. Está perdida.

-Ellos están aquí -murmuró ella—. Erland ha muerto.

El rostro de Thomas se crispó de dolor.

-Oh, milady, es una noticia muy triste.

-Debemos ocultarte.

Él miró alarmado hacia la casa señorial, se llevó la mano al pomo de la espada y sólo ahora comprendió el tremendo significado de las palabras de ella. Vio al enemigo en el patio y donde algunos se habían acercado al lugar donde estaba Maida.

Aislinn le puso una mano en un brazo, en un gesto apremiante.

-Ve a la casa de Hilda y ocúltate allí. Su marido murió con Erland y su hija fue muerta por ladrones. Ella aceptará de buen grado tu compañía. Vete ahora. Yo te seguiré cuando esté segura de que nadie vigila y llevaré comida.

Él asintió y se alejó rápidamente entre los árboles. Aislinn quedó mirándolo hasta que hubo desaparecido de la vista y entonces regresó a la casa. Con ayuda de Hlynn, rápidamente reunió pan, queso y carnes y los ocultó debajo de los pliegues de su manto. En su prisa, pasó junto a Kerwick, olvidada de su presencia, pero él estiró una mano y la tomó de la falda, y casi hizo que ella dejara caer la comida.

-¿Adónde vas con tanta prisa? -preguntó él—. ¿Está esperándote tu amante?

-Oh, Kerwick -gritó ella, impaciente-. ¡Ahora no! Thomas ha regresado. Iré a verlo.

-Dime cuándo tu amante me dejará en libertad. —Levantó sus cadenas.- Estas cadenas son pesadas y mi mente se cansa y se embrutece. Necesito tener algo que hacer, una tarea para ocupar mis manos, además de

sacarme los perros de encima. A ellos los sueltan antes que a mí -Señaló los perros que recorrían el salón vacío, y pregunto, con desesperación:- ¿Qué debo hacer para que me suelten?

-Hablaré con Wulfgar al atardecer -replicó ella.

-¿Qué cosas dulces prometerás que ya no le hayas dado? -preguntó él amargamente.

Ella suspiró.

-Los celos te consumen.

Kerwick la atrajo furiosamente, le hizo caer el lío con la comida y la puso rudamente sobre su regazo. La besó con pasión y la obligo a entreabrir los labios. Su mano desgarró la tela que cubría el pecho

-¡Oh, Kerwick, no! -exclamó Aislinn, apartando su boca. Lo empujó en el pecho-. ¡También tú! ¡Oh, no!.

-¿Por qué el bastardo y yo no? -preguntó él, pasando su mano sobre los pechos desnudos. Su rostro estaba contorsionado, duro crispado por el deseo, y sus caricias eran rudas y brutales.- ¡Yo tengo derecho, él no!

-¡No! ¡No! -gritó ella, semiahogada de cólera y apartando las manos de él-. ¡Ningún sacerdote ha bendecido nuestra unión! Yo no Pertenezco a nadie. ¡Ni a ti! ¡Ni a Ragnor! ¡Ni siquiera a Wulfgar! ¡Sólo a mí misma!

-¡¿.Entonces por qué te arrastras hasta la cama del normando como una perra obediente?! -siseó él-. Te sientas a comer a su lado y tus ojos son solamente de él. El te dirige la más fugaz de las miradas y tú empiezas a tartamudear.

-¡No es verdad! -gritó ella.

-¿Crees que no lo veo, cuando no hay ninguna otra cosa para entretenerme? -replicó él-. ¡Dios mío, lo miras como un hombre hambriento mira la comida! ¡¿Por qué?! ¡¿Por que?! ¡Él es el enemigo y yo soy tu prometido! ¿Por qué no muestras conmigo la misma amabilidad? Yo también tengo necesidad de tu cuerpo. Todos estos meses me he mantenido casto en tu honor. ¡Mi paciencia se acaba!

-¡¿Entonces vas a tomarme aquí, con los perros?! –pregunto ella furiosamente-. Tan poca consideración me tienes que quieres satisfacer tu lujuria en forma tan baja como tus compañeros de cama... como esos perros. ¿Sin consideración por sus perras? ¡Por lo menos, Wulfgar no me trata así!

Él la sacudió violentamente.

-¿Entonces admites que prefieres sus abrazos a los míos?

-¡Sí! -estalló ella, con los ojos llenos de lágrimas de dolor y de ira- ¡Él es gentil! Ahora, suéltame antes que llegue.

Él lo hizo abruptamente y la empujó, con un juramento. En los días pasados había permanecido encadenado sin otras distracciones para su mente, la había observado con Wulfgar y había sentido que el afecto de ella se le iba escapando. Siempre orgullosa y distante con los otros hombres, la mujer seductora surgía a la superficie cuando estaba en presencia de ese demonio normando. Ella era como una vela sin encender, esbelta, fría, remota, hasta que uno llamado Wulfgar entró y la encendió, y entonces ella se convirtió en una luz que seducía y hechizaba. Era doblemente duro para él, su prometido, observar, sabiendo que él nunca había sido capaz de la hazaña que parecía tan fácil para el normando. Y ese caballero no apreciaba su tesoro sino que manifestaba su desprecio por las mujeres en una lengua que creía que no era comprendida. Ese hombre le había robado su amor sin el menor esfuerzo. Sin embargo, si había una posibilidad de reconquistar a Aislinn, se prometió Kerwick, él la aprovecharía y la arrebataría de las zarpas del lobo.

Contrito, quiso tomarle una mano pero ella retrocedió y lo miró con recelo.

-Tienes razón, Aislinn. Estos celos me carcomen. Perdóname, mi amada.

-Veré si Wulfgar te deja en libertad -dijo ella quedamente, y se retiró, cubriendo con su manto el pequeño envoltorio de comida. Ahora no tenía tiempo de cambiarse de ropa, pues temía que Wulfgar regresara en cualquier momento.

Hilda estaba esperando en la puerta de la cabaña y rápidamente la hizo entrar.

-¿Él está bien? -preguntó Aislinn suavemente, y miró a Thomas, quien estaba sentado frente al fogón con expresión desalentada y la cabeza inclinada.

-Sí, sólo su corazón necesita curarse, lady, lo mismo que el mío -repuso Hilda-. Yo cuidaré de él aquí.

Aislinn le dio la comida, poniendo cuidado en que su manto no se deslizara y dejara ver el corpiño de su vestido.

-Si alguien llegara a ver estos alimentos -dijo-, dile que fui yo quien los robé. No quiero que te castiguen por mis fechorías.

-No importa si me matan -dijo la anciana-. Mi vida casi ha terminado y la vuestra apenas comienza.

-Wulfgar a mí no me matará -dijo Aislinn con una pequeña medida de confianza-. Ahora bien, ¿aquí hay algún lugar donde Thomas pueda ocultarse si ellos vienen a registrar la casa? No deben encontrarlo aquí.

-No temáis, milady. Encontraremos un lugar secreto.

-Entonces debo irme. -Aislinn se volvió hacia la puerta.- Traeré más comida cuando pueda.

Había abierto la puerta y estaba por salir cuando oyó que Hilda gritaba alarmada.

¡Los normandos!

-Aislinn levantó al vista, sintiendo que se le helaban los nervios. Wulfgar estaba ante la puerta, flanqueado por dos de sus hombres. Aislinn quedó paralizada cuando los ojos grises como el acero la atravesaron. El se adelantó para entrar en la cabaña pero ella se interpuso, tratando de cerrarle el paso con su esbelto cuerpo. Con un gruñido de desprecio ante el intento de ella, él estiró una mano y la hizo fácilmente a un lado.

-¡No! ¡El no ha hecho nada! —gritó ella, aferrándose desesperada al brazo de Wulfgar-. ¡Déjalo en paz!

Wulfgar bajó los ojos hacia la delicada mano que aferraba su manga, y cuando habló su voz estuvo cargada de advertencias.

-Te extralimitas, Aislinn de Darkenwald. Este asunto no te concierne.

Aislinn miró temerosa a Thomas, quien estaba de pie, preparado para presentar batalla. ¿Era necesario que otro sajón cayera bajo una espada normanda? El pensamiento le produjo una sensación helada en el vientre y ella supo que tenía que hacer todo lo posible por evitar más violencia.

Levantó hacia Wulfgar unos ojos implorantes.

-Milord, Thomas es un guerrero valiente. ¿Es necesario derramar su sangre, ahora que la batalla ha concluido, sólo porque él luchó honradamente por el rey a quien él y mi padre habían jurado lealtad? Oh, señor, muestra aquí sabiduría y misericordia. Yo recogeré los guantes y seré tu esclava.

El rostro de Wulfgar parecía de piedra.

-Me ofreces lo que ya es mío. ¿Nuevamente tratas de influir sobre mí? Suéltame y ocúpate de otros asuntos.

-Por favor, milord —susurró ella, con los ojos llenos de lágrimas.

Sin decir palabra, Wulfgar apartó la mano de ella, se volvió y se acercó a Thomas, mientras sus hombres pasaban junto a Aislinn y se ubicaban detrás de él.

-¿Tú te llamas Thomas? -preguntó Wulfgar.

Thomas miró desconcertado a Aislinn.

-Milord —explicó ella—, él no habla tu idioma.

-Dile que deje su espada y que venga con nosotros —ordenó Wulfgar.

Cuando ella repitió las palabras de Wulfgar, Thomas miró receloso a los tres hombres.

-Milady, ¿ellos van a matarme?

Ella miró con incertidumbre la espalda de Wulfgar, los anchos hombros cubiertos con la cota de mallas, la mano apoyada flojamente en el puño de la espada. Si él podía matar a cuatro ladrones armados y montados, un sajón cansado y hambriento le ofrecería muy poca dificultad si decidía eliminarlo. Ella solamente podía confiar en la misericordia de Wulfgar

-No-dijo Aislinn, un poco más segura-. Creo que no. El nuevo lord de Darkenwald trata a los hombres con justicia.

Thomas, con cierta vacilación, levantó su espada, la sostuvo de través sobre sus palmas y la presentó a Wulfgar El normando la acepto se volvió y caminó hacia la puerta, tomó a Aislinn del brazo y la hizo caminar delante de él, mientras sus hombres se ponían detrás de Thomas y lo seguían al exterior. A la luz del sol, Aislinn miro confundida a Wulfgar pero él continuó arrastrándola consigo. Su rostro no mostraba ninguna emoción. No prestó atención a Aislinn. Ella no se atrevió a preguntar cuáles eran sus intenciones. Él caminaba con pasos largos y rápidos Ella tenía dificultad para seguirlo y muchas veces tropezó. Sentía la mano de él que le apretaba el brazo y la sostenía para que no cayera. En un momento, ella trastabilló y dejó

caer su manto en un esfuerzo por mantener el equilibrio. Él la levantó del brazo y su mirada cayó sobre el vestido desgarrado que dejaba expuestos los pechos. Sus ojos se agrandaron por la sorpresa cuando los blancos pechos asomaron por el desgarrón, se entrecerraron cuando bajaron hasta la daga envainada y finalmente subieron hasta el rostro de ella. Allí, el frío acero sostuvo la mirada de ella y pareció penetrar hasta el cerebro y leerle los pensamientos, hasta que él supo toda la verdad. Ella aguardo, sin aliento, hasta que él le puso el manto sobre los hombros para que ella pudiera sostenerlo mejor, y la tomó nuevamente del codo.

Continuaron en silencio, hasta que llegaron a la casa y él la soltó. Entonces, como Wulfgar pareció dirigir toda su atención a Thomas, ella subió los primeros peldaños de la escalera que llevaba a los dormitorios, con la esperanza de poder cambiarse de vestido. Con una voz que resonó en el salón, él la detuvo.

-¡No! -gritó, y la señaló con el dedo.

El corazón de Aislinn se estremeció dentro de su pecho y ella miró desalentada a Kerwick. La cara sorprendida del joven revelaba sus propios temores ante la mirada penetrante de Wulfgar. Maida, cerca de Aislinn, gimió asustada y empezó a retorcerse las manos. Lentamente, con una serena, dignidad, Aislinn se volvió, descendió la escalera y fue hacia su amo.

-¿Milord? -preguntó suavemente-. ¿Que deseas?

Él habló con voz hosca, fría.

-Deseo que me honres con tu presencia hasta que yo te ordene que te retires. Ahora busca un lugar donde descansar.

Ella asintió y se sentó en un banco, junto a la mesa. Wulfgar giró en redondo y señaló a Kerwick.

-¡Soltadlo y traedlo aquí!

Kerwick se puso intensamente pálido y se resistió brevemente a los normandos que trataron de apoderarse de él. Fue dominado y pronto se encontró frente a Wulfgar. Como pareció encogerse bajo la dura mirada del jefe normando, Sweyn rió por lo bajo.

-El pequeño sajón tiembla de miedo -dijo el vikingo-. ¿Qué ha hecho ahora que lo hace temblar así?

- ¡Nada! -gritó Kerwick-. ¡Soltadme!

Se mordió los labios y Sweyn soltó una carcajada.

-Ah, de modo que hablas nuestra lengua. Wulfgar tenía razón

-¿Qué quieren de mí? -preguntó Kerwick, y miró a Aislinn

Wulfgar sonrió lentamente.

-Aquí, Thomas no conoce nuestra lengua. Tú me ayudarás

Aislinn casi soltó un suspiro de alivio, aunque Wulfgar nada hacía sin un propósito. ¿Por qué no le pedían a ella que tradujera, si ellos sabían que hablaba su idioma? Arrugó la frente, preocupada, y observó intrigada y atentamente a Wulfgar. Él habló con soltura, mirando a Kerwick más que a Thomas, sin siquiera prestar atención al desconcertado vasallo

-Habla con este hombre y dile esto: Él puede ser convertido en esclavo y encadenado con los ladrones, o puede conservar gran parte de su anterior posición, excepto tres cosas. Debe deponer sus armas y no volver a levantarlas a menos que yo se lo indique. Debe cortarse el pelo y afeitarse la cara como nosotros, y este mismo día debe jurar lealtad al duque Guillermo.

Mientras estas cosas eran repetidas a Thomas, Wulfgar fue al lado de Aislinn, puso su muslo sobre la mesa, se inclinó hacia adelante y medio se sentó. Aislinn apenas lo miró, porque su atención se dirigía mayormente a Kerwick y a Thomas y a lo que decían. La principal preocupación de Thomas parecía ser la pérdida de gran parte de su gloriosa cabellera rubia, pero aceptó y asintió vigorosamente con la cabeza cuando Kerwick desnudó su espalda y le mostró las marcas de los latigazos.

Aislinn vio, sobresaltada, que su manto se había abierto y al bajar los ojos, tuvo la confirmación de que sus pechos estaban expuestos a la mirada de Wulfgar. Lo miró y vio corroborados sus temores, porque la mirada de él nada tenía de casual, sino que parecía absorber hambrienta el espectáculo. Enrojeció intensamente y cerró el frente de su capa mientras la mano de él se movía hasta descansar sobre el hombro de ella. Aislinn sintió calor y se ruborizó cuando los largos dedos de él rozaron lentamente su clavícula, la línea de su mentón y la curva de su cuello, para descender enseguida hasta el suave nacimiento de la redondez de su pecho. Trémula y aturdida, Aislinn se percató de que la conversación había cesado, levantó la

vista y se encontró con que Kerwick los observaba, con el rostro encendido y los puños apretados, evidentemente luchando con todas sus fuerzas para controlarse. Súbitamente, ella advirtió el juego de Wulfgar y empezó a hablar, pero la mano de él le apretó el hombro, y cuando levantó la vista, esos ojos grises la traspasaron y aunque los labios de él sonreían en silencio, fue como si le hubieran advertido que no interfiriera.

-Creo que estás perdiendo el tiempo, Kerwick -dijo Wulfgar sin desviar su atención de ella-. Termina de una vez.

Kerwick se atragantó y luchó con las palabras. Su voz empezó vacilante, y continuó en menor volumen.

-Habla, sajón -dijo Wulfgar-. Tus palabras suenan confusas. Quiero oír el sonido de mis palabras en tu lengua inglesa.

-No puedo -gritó súbitamente Kerwick, meneando la cabeza.

-¿Y por qué no? -preguntó Wulfgar, casi con amabilidad-. Yo soy tu señor. ¿Acaso no debes obedecerme?

Kerwick señaló convulsivamente a Aislinn con un brazo.

- ¡Entonces déjala tranquila! ¡No tienes derecho de acariciarla así! ¡Ella es mía!

Abruptamente, la actitud de Wulfgar cambió. Su gran espada salió, cantando de la vaina, y él, con dos largos pasos, se acercó al hogar. Allí, con ambas manos en la empuñadura, dio con la hoja un golpe hacia abajo y partió en dos un gran leño que estaba en el fuego. Después tomó la espada con una sola mano y clavó la punta, atravesándolo, en el asiento de un pesado banco de gruesa madera que tenía cerca. Entonces caminó hacia Kerwick, quien aunque todavía parecía furioso, estaba pálido y luchaba esforzadamente por presentar una actitud desafiante. Wulfgar se detuvo frente al joven, con las piernas separadas y los brazos en jarras. Cuando habló, su voz hizo temblar las pesadas vigas del techo de la sala.

-Por Dios, sajón -exclamó-. ¡Pones a prueba mi carácter! ¡Tú ya no eres señor ni terrateniente sino un simple siervo! ¡Ahora reclamas con pasión lo que es mío! -Su voz bajó hasta convertirse en un gruñido, y señalando donde Aislinn permanecía, trémula de miedo, él continuó:

-¡Ustedes dos hablan bien la lengua francesa, pero ella, además, me da placer, y tú, ciertamente, no! Aunque yo no quiero ocuparme de mis asuntos llevando a una mujer aferrada a mi cola, tu vida es mucho más barata. No plantees nuevamente esta cuestión si quieres vivir un día más. -Casi quedamente, añadió:- ¿Ves la verdad de mis palabras? Kerwick miró al suelo y bajó la cabeza.

-Sí, lord -dijo. Enseguida se irguió en toda su altura y miró directamente a Wulfgar a los ojos, aunque una lágrima descendía lentamente por su mejilla-. Pero será difícil, porque, sabes, yo la amaba.

Wulfgar sintió un asomo de respeto por este escuálido sajón y también un poco de compasión. Podía sentir piedad por cualquier hombre atormentado y hechizado por una mujer, aunque pensaba que era una tontería dejarse arrastrar a tales extremos por una simple hembra.

-Entonces, doy este asunto por terminado –declaró Wulfgar en tono cortante-. No serás encadenado nuevamente a menos que tú mismo te lo busques. Ahora, llevaos a este hombre, ocupaos de que le corten el pelo y lo afeiten, y después traedlo para que jure delante de una cruz.

Mientras sus hombres se llevaban a Thomas y a Kerwick, Wulfgar se volvió y fue hasta la escalera. Había subido los primeros escalones, cuando miró hacia donde estaba Aislinn, quien permanecía en silencio y confundida, y se detuvo a esperarla. Ella se volvió y levantó los ojos hacia él.

-Pareces perpleja, damisela –dijo él en tono burlón, y enseguida se puso serio-. Los hombres de este pueblo son bienvenidos si regresan a sus hogares. El invierno se aproxima y todo individuo sano tendrá que trabajar para mantener al hambre lejos de nuestras puertas. De modo que si encuentras más fugitivos, no los ocultes sino que tráelos a mi presencia, sin temer por sus vidas. Ahora te ordeno que vengas y busques algo para cambiarte esas ropas desgarradas, a fin de que después podamos comer para calmar nuestra hambre. Espero que tus vestidos no hayan disminuido hasta el punto de que no tengas otro para cambiarte esos harapos. Es fácil ver que si eres nuevamente atacada por algún joven lascivo, yo tendré que sacar de mi bolsa una suma para vestirte. En poco tiempo, damisela, podrías llegar a costarme más de lo que vales. Espero que no tendré que entregar mi dinero a algún vil vendedor de ropa, pues mis monedas han sido ganadas duramente y tengo que emplearlas en cosas más útiles.

Aislinn se levantó con aire altanero. Con toda la dignidad que le fue posible, subió las escaleras, pasó junto a él y abrió la marcha hacia el dormitorio, todo bajo la mirada divertida de él. Wulfgar cerró la puerta

después que entraron, se quitó la pesada cota de mallas y la dejó en su lugar. Aislinn se quedó mirándolo indecisa, consciente de su falta de privacidad y de la actitud de despreocupada familiaridad que él tenía hacia ella. Cuando él se acercó al hogar para calentarse, ella supo que era lo mejor que podía esperar y que tendría que resignarse y arreglárselas lo mejor posible. Se puso de espaldas al centro de la habitación, rápidamente dejó caer al suelo su manto y se quitó el vestido arruinado. Quizá fue un pequeño sonido que hizo Wulfgar lo que la impulsó a apretarse la camisa contra el pecho. Miró hacia donde estaba él y ahogó una exclamación, porque ahora él la miraba fijamente, con los ojos brillantes y ardientes de una pasión que no se esforzaba en ocultar. Su mirada recorrió lentamente la espalda perfecta de ella, se demoró en las piernas largas y esbeltas y en las caderas redondeadas, con una intensidad que pareció quemarla con su calor abrasador. Aislinn no se sintió incómoda. En realidad, una lenta y placentera calidez la atravesó por entero. Con esfuerzo, levantó el mentón y lo interrogó fríamente.

-¿Milord está satisfecho, o desea que yo lo complazca? Por favor, dame una respuesta antes que cubra mi pobre cuerpo, a fin de que no tengas que deshacerte de otra preciosa moneda para pagar mis ropas.

Los ojos de él subieron hasta la cara de ella y Aislinn vio que la pasión moría. El ceño de Wulfgar se ensombreció. Sin decir palabra, él salió de la habitación.

Nubes grises y oscuras de invierno ensombrecieron el amanecer, y las primeras aisladas gotas de lluvia se convirtieron en un rugiente aguacero que empapaba la tierra y hacía que el agua cayera en cascadas desde el tejado. Aislinn se estiró perezosamente en su cama de pieles, se volvió, abrió un ojo y buscó la fuente de la luz que la había despertado, preguntándose si Wulfgar se había levantado en las primeras horas de la mañana para abrir los postigos. Miró un momento la lluvia que caía, disfrutando del monótono sonido, y entonces una sombra cruzó delante de la ventana y ella se puso de pie y vio que Wulfgar ya estaba levantado y vestido. Vestía túnica y calzas de cuero y no parecía sentir el frío que impulsó a Aislinn a tomar una piel y envolverse apretadamente en ella.

-Milord, perdóname. No sabía que querías levantarte temprano. Traeré comida.

-No. -Wulfgar meneó la cabeza.- No tengo nada urgente que hacer. La lluvia me despertó.

Ella fue hasta la ventana, se detuvo junto a él y apartó de su rostro un sedoso mechón de pelo. Su cabellera caía alrededor de sus hombros en rizos sueltos que muchas veces desafiaban la severa trenza. Él estiró una mano y levantó un grueso mechón del pecho de ella, mientras ella lo miraba a los ojos.

-Te acostaste un poco tarde, milord. ¿Hugo algún problema?

Él la miró a los ojos.

-No estuve retozando entre los muslos de una mujer, si es eso lo que quieres decir.

Ella enrojeció y se asomó a la ventana para recoger un poco de agua de lluvia en sus manos ahuecadas. Se llevó las manos a la boca y rió alegremente cuando unas gotas resbalaron por su mentón y cayeron sobre su pecho, mojándole la ligera camisa. Apartó de sus pechos la tela mojada se estremeció ante el contacto del agua fría. Cuando se asomó nuevamente a la ventana para recoger más agua, sintió sobre su cuerpo la mirada intensa de Wulfgar, quien parecía disfrutar observándola jugar con la lluvia.

Por un momento ella miró por la ventana hacia la campiña, muy consciente de la viril presencia de él a su lado. Esa proximidad despertaba una extraña, placentera chispa que saltaba entre los extremos de sus nervios.

-Milord -empezó ella lentamente, sin mirar hacia donde él estaba-, Has dicho que no deseas mi gratitud, y sin embargo, yo me siento profundamente agradecida por tu misericordia para con Kerwick. El no es tan falto de inteligencia como puede haberte parecido. No puedo imaginar por qué ha actuado tan tontamente. En verdad, milord, él es un joven muy inteligente.

-Hasta que se vuelve estúpido por la traición de una mujer -murmuró él, pensativo.

Aislinn se volvió bruscamente hacia él, sorprendida por esas duras palabras. Sus mejillas enrojecieron de cólera cuando lo miró a los ojos, a esos duros ojos grises.

-Siempre he sido fiel a Kerwick —dijo—, hasta que uno de tus hombres me deshonró.

-Me pregunto, damisela, si tu lealtad hacia él se hubiera mantenido firme si Ragnor no se hubiese acostado contigo.

Ella se irguió en toda su altura y lo miró fijamente a los ojos.

-Kerwick fue la elección de mi padre y yo habría respetado esa decisión hasta el día de mi muerte. Yo no soy una mujer inconstante que se mete en cualquier cama para ser poseída por todos los machos que pasen.

Él la observó en silencio y ella le dirigió una mirada inquisitiva.

-Pero dime, señor, ¿por qué temes de esa forma a las mujeres y a su infidelidad? —Vio que el ceño de él se acentuaba.— ¿Qué te hace odiar a las mujeres y detestar a la que te trajo al mundo? ¿Qué hizo ella?

La cicatriz de la mejilla de Wulfgar se puso lívida y él luchó consigo mismo para no golpear a Aislinn, pero en esos ojos de color violeta no vio ningún temor, sólo una expresión calma, deliberada, que lo interrogaba silenciosamente. Dio media vuelta y con pasos airados fue hasta la cama, golpeándose una palma con un puño. Permaneció un largo momento callado, mientras una cólera violenta se apoderaba de él. Por fin habló por encima de su hombro, con voz dura y cortante.

-Sí, ella me dio la vida pero muy poco más. Primero ella me odiaba a mí, no yo a ella. Para un niño pequeño que imploraba amor, ella no tenía nada de cariño, y cuando ese muchacho acudió a un padre buscando lo mismo, ella destruyó eso también. ¡Me arrojaron de su lado como alguien recogido en un albañal!

El corazón de Aislinn se estremeció al pensar en un niño pequeño obligado a implorar afecto. No supo por qué, pero súbitamente sintió deseos de correr hacia Wulfgar, abrazarlo con fuerza contra su pecho y acariciarle tiernamente esa frente perturbada. Nunca en su vida había sentido eso por un hombre, y ahora estaba confundida y no sabía cómo manejar sus propias emociones. Este hombre era un enemigo y ella quería curar sus heridas. ¿Qué locura era ésta?

Fue junto a Wulfgar y le puso gentilmente una mano en el brazo. Lo miró a los ojos, como pidiéndole humildemente disculpas.

-Mi lengua es aguda y rápida para herir. Es un defecto que a menudo me recuerdan. Te pido perdón. Recuerdos tan tristes deberían quedar sepultados para siempre.

Wulfgar levantó una mano y le acarició la mejilla.

No confío en las mujeres, debo admitirlo. -Sonrió con dificultad.- Es un defecto que a menudo me recuerdan.

Aislinn le sostuvo la mirada con ojos suaves.

-Siempre puede haber una primera vez, milord. Ya lo veremos.

7

La luz del fuego bailó a lo largo de la hoja de la espada cuando Wulfgar la sostuvo en alto y probó el filo con su pulgar. Después él se inclino nuevamente para asentar las melladuras. Se había quitado la túnica debido al calor de las llamas y los músculos largos y elásticos de su espalda se contraían y relajaban con cada uno de sus movimientos, siguiendo un magnífico ritmo. Aislinn, sentada en su lugar, a los pies de la cama, estaba remendándole la camisa. Se había quitado el vestido y vestía solamente un camisolín blanco. Estaba sentada con las piernas cruzadas sobre la pila de pieles, y con su cabellera suelta y cayéndole sobre los hombros, se parecía a una novia vikinga de antaño. Quizás corría por sus venas un poco de sangre de ese pueblo de navegantes, porque el calor del fuego y la visión de este hombre semidesnudo y encerrado con ella durante la noche le aceleraba los latidos del corazón. Cortó con los dientes el hilo de la última puntada y se le cruzó por la mente el pensamiento de que si ella fuera esa salvaje doncella vikinga, ahora quizá se levantaría, iría hacia él y acariciaría esa espalda musculosa y brillante, y pasaría las manos por esos brazos poderosos.

Se le escapó una risita cuando pensó cuál podría ser la reacción de él. Al sonido de la risa, los ojos grises de Wulfgar se elevaron y la miraron inquisitivos, y Aislinn rápidamente desvió su atención de él y se dedicó a doblar la prenda que había reparado y a guardar aguja y las tijeras. Wulfgar dio un respingo, maldijo en voz baja y levantó su pulgar para mostrar un pequeño corte donde empezaba a formarse una brillante gota de sangre.

-Tu risa me lastima –dijo él en tono de chanza-. ¿Tanto te divierte mirarme?

-No milord.

Aislinn enrojeció intensamente, porque su prisa para negar esa acusación revelaba en cierta forma el interés de ella. Estaba sorprendida consigo misma, porque ahora parecía que casi disfrutaba de la compañía de él y hasta lo buscaba con cualquier excusa plausible. ¿Qué verdad se ocultaba en las palabras de Kerwick? ¿Ahora ella era más una doncella enamorada que una mujer vengativa?

Wulfgar volvió a su tarea y ella tomó otra prenda de él y empezó a remendarla con gran cuidado. Un leve golpe en la puerta perturbó la doméstica tranquilidad de la escena, y cuando Wulfgar respondió, entró Maida, quien saludó al lord con una inclinación cabeza y se sentó cerca de Aislinn.

-¿Cómo has pasado el día, criatura? –preguntó, con voz aguda-. No te he visto, porque estuve ocupada en el pueblo con enfermedades y problemas.

Wulfgar resopló despectivamente ante la charla de esta mujer y se inclinó sobre su espada, que empezó a afilar concienzudamente. Sin embargo, Aislinn arqueó las cejas inquisitivamente, porque sabía que ahora su madre se ocupaba muy poco de la gente y menos aún de sus dolencias, prefiriendo, por lo general, pasar el día recluida siempre que le era posible, planeando vengarse de los normandos.

Cuando vio que Wulfgar dedicaba su atención a otra cosa, Maida bajó la voz y habló en lengua sajona.

-¿El no te deja ni un momento sin vigilancia?. Desde el desayuno he querido hablar contigo, pero siempre encontré al normando a tu lado.

Aislinn hizo una seña a Maida para que callara y miró rápidamente a Wulfgar, llena de aprensiones, pero su madre meneó la cabeza y habló como si estuviera escupiendo las palabras.

-Ese asno jactancioso –dijo Maida- no conoce nuestra hermosa lengua, y probablemente sería incapaz de seguir nuestros pensamientos si la conociera.

Aislinn le manifestó su acuerdo encogiéndose de hombros. La madre siguió hablando, con ansiedad.

-Aislinn, no hagas caso del normando y escucha atentamente mis palabras. Kerwick y yo hemos encontrado una forma de escapar y te pido que te unas a nosotros a la hora en que se oculte la luna –Ignoró la mirada de sobresalto de su hija y la tomó de una mano-. Podemos marcharnos de esta pocilga del sur y huir al país del norte, donde todavía son libres y tenemos parientes. Podemos aguardar allí hasta que se reúna una fuerza nueva, y entonces regresaremos y expulsaremos a estos vándalos de nuestras tierras.

-Madre, no hagas eso, te lo ruego –imploró Aislinn, tratando de mantener la voz pareja y serena-. Estos normandos son demasiados y patrullan la campiña. Nos cazarían en el campo como a ladrones. Y Kerwick, ¿qué harán con él si lo atrapan esta vez?. Seguramente aplicarán medidas más severas, si lo capturan.

-Debo hacerlo –siseó Maida, y continuó en tono más calmo-: Yo no puedo tolerar la vista de estas tierras que una vez fueron mías, pisoteadas ahora por las botas de los normandos, ni darle a éste –señaló con la cabeza, por sobre su hombro, a Wulfgar- el placer de oír de mis labios “milord, milord”.

-No, madre, es una insensatez –dijo Aislinn-. Si estás decidida, hazlo... pero yo no puedo, porque nuestra gente todavía soporta el yugo del duque normando y por lo menos este lord –dirigió los ojos hacia Wulfgar- nos tiene algo de compasión y nos hace pequeñas concesiones, aunque haya que ganarlas con esfuerzo.

Maida vio que la mirada de su hija cambiaba y se suavizaba, e hizo una mueca de desprecio.

-¡Aaayyy, que mi propia carne, mi propia hija tenga que entregar su corazón a un bastardo normando y que abandone a los suyos por la despreciable compañía de él!

-Sí, madre, quizá bastardo, y efectivamente normando; pero un hombre, y una clase de hombre que yo nunca había visto antes.

La madre la miró con desprecio.

-El té monta bien, ya me doy cuenta.

Aislinn meneó la cabeza y levantó levemente el mentón.

-No, madre, eso nunca. Esto es mi cama, aquí, donde estoy sentada, y no he ido más allá, aunque a veces mi mente me traiciona y yo me pregunto qué aventura sería buscar ese destino.

Hizo una seña a su madre y nuevamente las dos hablaron en francés de cosas y chismes de mujeres. Mientras seguían hablando, Wulfgar se levantó, envainó la espada y salió de la habitación sin dirigirles ni siquiera una mirada, aunque las dos permanecieron atentas hasta que oyeron las pisadas de él que bajaban la escalera.

Aislinn rogó ahora a su madre que cesara de hacer planes inútiles y que se ocupara más de los habitantes de la aldea, a fin de poder aliviar en cierta forma sus problemas, y no llevarlos por caminos de venganza donde sólo encontrarían el látigo o el tajo del verdugo.

Momentos después regresó Wulfgar, levantándose las calzas, como si hubiera acudido hacía poco a un llamado de la naturaleza. Con un hosco gruñido en dirección de las mujeres, se sentó, tomó su escudo y empezó a frotarlo con un paño aceitado.

Maida se puso de pie, acarició suavemente la mejilla de Aislinn, se despidió de los dos y salió de la habitación.

Aislinn quedó sumida en profundos pensamientos, perdida su reciente sensación de satisfacción, reemplazada ahora por una preocupación creciente, hasta que levantó los ojos y vio que Wulfgar había interrumpido su tarea y la miraba con una sonrisa casi gentil en los labios. Quedó intrigada por la actitud de él, porque él asintió en silencio y volvió a su trabajo, pero en cierta forma sutil, pareció quedar aguardando algo.

Largos momentos pasaron lentamente. Wulfgar seguía trabajando y los nervios de Aislinn estaban llenos de tensión. La ruptura llegó abruptamente.

Del salón llegó un alarido de Maida, enseguida hubo un fuerte ruido y después el silencio. Los ojos de Aislinn se dilataron de horror y ropas y elementos de costura volaron en todas direcciones cuando ella corrió hacia la puerta, la abrió y salió a la escalera que subía desde el salón. Allí se detuvo, desconcertada, perpleja. Primero sus ojos cayeron sobre Kerwick, atado, amordazado y encadenado con los perros. Sus ojos ardían de furia pero él ya no malgastaba más fuerzas en tratar de liberarse. Maida lanzaba maldiciones ahogadas, sostenida en los grandes brazos de Sweyn, a varios centímetros del suelo. Nuevamente estaba vestida con harapos y en el suelo, sobre los juncos, había un gran lío caído. Una cólera lenta empezó a formarse en el interior de Aislinn, y sus ojos empezaron a oscurecerse a medida que esa cólera crecía. Giró furiosa en el momento que la voz de Wulfgar le llegaba desde la escalera, a sus espaldas.

-¿Qué os mueve a abandonar el alojamiento y la comida que yo os doy? ¿Tanto odiáis a vuestro hogar? ¿Aquí no encontráis justicia y recompensa por labores bien realizadas, o quizá los páramos del norte os parecen más atractivos?.

Tres pares de ojos se volvieron hacia él y dos mandíbulas se abrieron atónitas cuando tres de ellos se percataron de que él había hablando en un inglés perfecto. Aislinn se sintió enrojecer cuando se dio cuenta de todo lo que él debió oír de sus propios labios. Sus pensamientos retrocedieron aceleradamente a todas las

veces en que ella había hablado en su presencia, cuando se sentía segura de que no podía entenderla, y se sintió abrumada por la vergüenza.

Wulfgar descendió la escalera, pasó a su lado y fue hasta un lugar desde donde pudo mirar a Maida a los ojos. Señaló las ropas rotas y desgarradas de la mujer.

-Vieja bruja –dijo-. Te he visto antes aquí, ¿y acaso no te dije que si volvía a encontrarte en este lugar te trataría como te mereces? Sweyn, ata a esta vieja con los perros y suéltale los brazos a ese infeliz antes que ellos lo devoren.

-¡No! –gritó Aislinn, bajando la escalera a la carrera.

Se detuvo frente a Wulfgar.

-¡A ella no le harán eso! –exclamó.

Wulfgar la ignoró y ordenó a Sweyn que procediera. El vikingo hizo lo que le ordenaron. Cuando terminó, Wulfgar se plantó frente a la pareja atada y habló casi como un padre severo a sus hijos díscolos.

-Sin duda, esta noche podrán darse mutuamente calor. Os pido que penséis bien y converséis del jueguito de esta tarde mientras descansáis. Buscad la sabiduría de eso y recordad: donde juego yo, vosotros sois solamente un par de criaturas inocentes, porque yo conozco los usos de cortes y reyes y políticos y he jugado sus juegos hasta el fin en el campo de batalla. Pasad buenas noches... si podéis.

Se inclinó para rascar a un gran podenco detrás de las orejas y golpearle cariñosamente las costillas. Después se volvió a Aislinn, y sin decir una sola palabra, la tomó del brazo y la llevó hacia la escalera, donde se detuvo un momento, como para pensar.

-Oh, Sweyn –dijo, volviéndose-. Por la mañana, suelta a los perros para que corran un poco y mira entonces si estos dos pueden conducirse como esclavos leales. Hasta podrían recuperar su libertad si prometen renunciar a las tonterías.

Por este comentario, Wulfgar recibió una mirada asesina de Kerwick y una maldición ahogada de Maida. Se encogió de hombros y sonrió, casi complacido.

-Por la mañana pensarán en forma diferente –dijo, a manera de despedida.

Sin agregar nada más, se dirigió al dormitorio, sosteniendo con firmeza el brazo de Aislinn. Un perro ladró cuando Maida le dio un puntapié en las costillas.

Wulfgar cerró la puerta del dormitorio, y estaba volviéndose cuando recibió en la mejilla un fuerte golpe de la mano abierta de Aislinn.

-¡Encadenas a mi madre con los perros! –gritó ella-. ¡Después me encadenarás a mí al lado de ella!.

Aislinn levantó su otro brazo para volver a golpearlo pero él se lo impidió, aferrándola con una mano de hierro. Ello poco hizo para calmar la furia de ella. Sin amilanarse, Aislinn le lanzó un puntapié en la espinilla. Él le soltó el brazo y se tomó la pierna, con una mueca de dolor en el rostro.

-¡Basta, zorra! –gritó-. ¡Ten cuidado!.

-¡Nos tomaste por tontas! –chilló ella, y miró a su alrededor en busca de algún objeto para arrojárselo.

Un cuerno de beber se estrelló contra la puerta detrás de Wulfgar, quien se agachó a tiempo para evitarlo.

-¡Aislinn! –advirtió, pero ella ya estaba agarrando otro objeto.

-¡Aaahhh, te odio! –gritó ella, y le arrojó el objeto a la cabeza. No esperó para ver cómo él lo esquivaba, porque sus ojos ya estaban buscando otras armas.

Con dos grandes pasos, Wulfgar llegó al lado de ella, la rodeó con sus brazos y la inmovilizó. Aislinn ahogó una exclamación. Él la apretó con fuerza contra su pecho y ella sintió en su espalda la dureza de roca de la musculatura de él.

-¡Tu furia no es por tú madre! –La voz de él sonó como un tueno en el oído de ella-. Tú conoces los méritos del látigo con que yo hubiera podido castigarla. No puedes menos que admitir que el castigo aplicado es muy suave.

Aislinn no le prestó atención y siguió luchando por librarse del férreo abrazo.

-Tú no tienes derecho a degradarla –dijo.

-Es tu orgullo, el que tú consideras herido y por eso quieres vengarte.

-¡Fuiste un falso conmigo! –replicó ella, y buscó con su talón el pie de él.

Wulfgar le rodeó las caderas con un brazo para inmovilizarle las piernas y la levantó varios centímetros del suelo.

-Si me hubiera conducido falsamente contigo, mujer, hace tiempo que habrías compartido mi cama.

No hubo respuesta a eso y ella sólo pudo seguir chillando y retorciéndose. Él la sentó rudamente en una silla.

-Ahora siéntate hasta que se te pase la furia, mi hermosa zorrita. No tengo intención de permitir que esos perros mordisqueen tus carnes.

-¡No me quedaré en esta habitación contigo! –gritó ella, poniéndose en pie.

El se hizo a un lado.

-No necesitas preocuparte –dijo él burlonamente, y sonrió con picardía mientras sus ojos la recorrían de pies a cabeza-. No pienso sacar ventajas de tu buena disposición.

Ella se abalanzó hacia él y trató de golpearlo nuevamente, pero él le tomó los brazos y se los sujeto en la espalda, y la aplastó contra su pecho. Ella se retorció y gritó, pero el cuerpo de él apagó los gritos. Aislinn levantó un pie para darle un pisotón e inmediatamente sintió que él la soltaba cuando su rodilla lo golpeó en la entrepierna. Wulfgar gimió y cayó de espaldas sobre la cama. Aislinn lo miró sorprendida, preguntándose qué le había causado semejante dolor, pero no le tuvo lástima y saltó sobre él para seguir atacándolo. Wulfgar trató de mantenerla a distancia con un brazo, pero las uñas de ella se clavaron en su pecho donde trazaron profundos arañazos.

-Arpía sanguinaria –dijo él, con voz ahogada-. Esta vez te enseñaré una lección.

La agarró de una muñeca y la puso boca abajo sobre sus rodillas, pero antes que la mano de él pudiera descender, Aislinn rodó sobre el regazo de él y cayó al suelo. Decidido a aplicar un castigo que consideraba bien merecido, Wulfgar se inclinó para levantarla, Aislinn saltó violentamente cuando la mano de él tocó la carne desnuda de su muslo. El flojo camisolín se había deslizado hacia arriba y enroscado alrededor de la cintura, dejando expuesta la parte inferior del cuerpo. Los ojos de Aislinn se agrandaron y ella cambió abruptamente de intención. Ahora luchó para escapar de él y su cólera se disolvió en rápidas oleadas y fue reemplazada por un intenso miedo.

Trató de zafarse pero la mano de él le apretaba la muñeca como una anilla de hierro. Aislinn se sintió irresistiblemente tironeada hacia el regazo de él. Su largo cabello se enroscó alrededor de los dos, dificultando la batalla, pero ella logró clavarle sus dientes agudos en una mano. Wulfgar gruñó de dolor y soltó el brazo de ella. Pero cuando ella se apartaba, él estiró la mano y enganchó sus dedos en el cuello del camisolín. Hubo un ruido de tela desgarrada y la prenda se abrió de arriba abajo cuando ella se enderezó.

Aislinn miró hacia abajo, muda de horror ante su desnudez, mientras los ojos de Wulfgar se regalaban con un festín y devoraban el resplandeciente tesoro que tenían delante. La piel de ella relucía como oro pálido a la cálida luz del fuego y los pechos, llenos y maduros, se erguían provocativos entre los restos de la camisa. El hambre desesperante de él, largo tiempo contenida, se encendió hasta sus alturas más fervientes.

Sus brazos se cerraron alrededor de ella yen el momento siguiente Aislinn, cubierta con su cabellera y con los jirones de su camisolín, se encontró tendida de espalda sobre las pieles de la cama. Los ojos de Wulfgar encontraron los de ella, y Aislinn leyó en ellos que esta vez el tiempo de espera había llegado a su fin.

-¡No! –gritó, levantando un brazo para detenerlo.

Pero él le tomó las manos y se las puso a la espalda, mientras su rodilla se metía entre los muslos de ella. El peso de Aislinn descansó sobre sus propios brazos y ella no pudo evitar un grito de dolor ante la fuerza bruta de él. Empezó a insultarlo, pero sus palabras fueron ahogadas cuando la boca de él se aplastó contra la suya. La cabeza fue forzada hacia atrás y su columna vertebral se arqueó hacia arriba, hasta que sus pechos presionaron con fuerza contra el pecho de él.

Los labios de Wulfgar quemaban, y ella se sintió sofocada bajo el beso profundo, penetrante de él. La besó en los párpados, en las mejillas, en la oreja, murmurándole palabras suaves, ininteligibles, y Aislinn percibió débilmente el violento ardor que ella despertaba en él. Presa de pánico, se retorció contra él. Esto sólo sirvió para enardecerlo todavía más. Cuando ella se retorció, él la empujó con su cuerpo y le soltó las muñecas. Pero ella no pudo moverse entre la maraña formada por su cabello, los restos de su ropa y las pieles de la cama. Él arrojó a un lado su propia ropa y Aislinn ahogó una exclamación cuando él se apretó atrevidamente contra ella. Él la empujó por los hombros contra la cama y le sacó las manos de la espalda, pero se las sostuvo contra los costados. Pareció que cada uno de los centímetros de sus cuerpos se tocaban. Aislinn se retorció y luchó debajo de él, pero los movimientos de su cuerpo sólo conseguían aumentar el

deseo de él. Wulfgar pasó su boca por los pechos de Aislinn y el intenso calor de sus labios le quemó la carne hasta que ella sintió como si estuviera envuelta en llamas. Un extraño calor empezó a crecer dentro de su cuerpo y su pulso se aceleró. Él volvió a besarla en la boca y ella se encontró atrayéndolo contra su pecho y rindiéndose a sus besos ardientes. Jadeó y ahogó una exclamación, medio de sorpresa, medio de dolor, y se dejó arrastrar por la pasión arrasadora de él, cuando un dolor quemante se extendió entre sus muslos. Luchó furiosamente, gritó, trató de sacárselo de encima empujándolo. Pero él no hizo caso de sus protestas y la besó repetidas veces en el cuello. Ella trató de arañarlo pero él le tomó fácilmente las manos y la inmovilizó como con tenazas de hierro, dejándola completamente indefensa mientras hacía con ella lo que quería. Finalmente la tremenda pasión se descargó y Aislinn sólo pudo sollozar angustiada hasta que él se retiró de ella y se apartó. Furiosa, ella se refugió en un rincón de la cama, se arrancó los restos de su camisolín que ya no hubiera podido ser remendado, y se cubrió con las pieles. Entre sollozos de ira, profirió todos los insultos que le vinieron a la cabeza.

Wulfgar rió por lo bajo ante la fura de ella.

-No lo hubiera creído, pero debo admitir que eres una de las hembras más briosas que he tenido en mucho tiempo.

Aullidos ahogados dieron testimonio del efecto irritante de las palabras de él.

Wulfgar rió otra vez y se pasó los dedos por los cuatro arañazos que le cruzaban el pecho.

-¡Cuatro tiras de carne por un revolcón con una zorra! ¡Ja!. Pero valió la pena y alegremente volvería a pagar ese precio.

-¡Repugnante reptil! –exclamó Aislinn, semiahogada por la cólera-. ¡Inténtalo y yo tomaré tu espada y te abriré desde el ombligo hasta el mentón!.

Él echó la cabeza leonada hacia atrás y sus carcajadas llenaron la habitación. Aislinn entrecerró los ojos y se consumió silenciosamente de rabia. El se metió debajo de las pieles, con ella, la miró y sonrió.

-Quizá haya cierto consuelo para ti, Aislinn. Esta cama es mucho más cómoda que el suelo.

Rió por lo bajo, le volvió la espalda y pronto se quedó dormido, Aislinn siguió despierta a su lado, escuchando su respiración profunda y regular, hasta que el sonido pareció vibrar dentro de la cabeza de ella y las palabras de él resonaron como un eco en su mente.

¿Olvidar ya? Sí, él dijo que podría olvidarla, ¿pero ella podría olvidarlo a él? ¿Podría olvidar al único hombre que aun estando encolerizada la torturaba en sus pensamientos?. Podría odiarlo, detestarlo... ¿pero olvidarlo? Dudaba mucho de que pudiera hacerlo alguna vez. Él estaba en su sangre y ella no se detendría hasta que él también se viera atormentado día y noche pensando en ella. ¡Sería una bruja o sería un ángel, pero se saldría con la suya! Después de todo, ¿acaso no era la orgullosa hija de Erland?.

Aislinn se durmió entonces con la profundidad de una criatura y despertó adormilada en mitad de la noche para sentir el cuerpo tibio de Wulfgar contra su espalda y una mano que la acariciaba suavemente. Fingióse dormida y se sometió a esas caricias, pero donde los dedos tocaban su carne sentía una quemadura y oleadas de placer vibraban a lo largo de todos sus nervios. Él le rozó la nuca con los labios y su cálido aliento le tocó la piel. Aislinn se estremeció y cerro los ojos, extasiada. La mano de él se deslizó sobre su vientre y Aislinn ahogó una exclamación y rodó hasta quedar boca abajo, pero su cabello estaba atrapado debajo de él y no pudo escapar. Se incorporó sobre un codo y lo miró. Los ojos de él brillaron a la suave luz del fuego.

-Estoy entre la espada y tú, querida mía. Tendrías que pasar sobre mí para apoderarte de ella.

La tomó en brazos, la atrajo contra su pecho y le obligó a bajar la cabeza hasta que sus bocas se tocaron. Los labios de ella temblaron bajo el beso flamígero de él. Ella trató de rodar hacia un lado y apartarse, pero él se le puso encima y la aplastó contra las almohadas.

Aislinn abrió lentamente los ojos para mirar el brillante rayo de luz del mortecino sol otoñal que se había abierto camino entre los postigos para trazar un largo sendero sobre el suelo de piedra. Pequeñas motas de polvo brillaban flotando en el haz de luz. Perezosamente, Aislinn recordó cuando, de niña, trataba de atrapar esas motas de polvo con las manos mientras sus padres reían desde la cama. Súbitamente despertó por completo al recordar las horas pasadas y al hombre con quien ahora ella compartía la cama de sus padres. Aunque los cuerpos no se tocaban, ella sentía a su lado la tibieza de Wulfgar y por su profunda respiración supo que él seguía durmiendo. Cuidadosamente, se sentó y trató de levantarse de la cama, pero le resultó

imposible porque la mano de él descansaba entre los mechones de su cabellera. Aislinn se mordió el labio y cuidadosamente tiró de los rizos cobrizos atrapados debajo de él. Su corazón dio un salto cuando él se movió y dobló una rodilla hacia ella, pero se sintió inundada por oleadas de alivio cuando vio que él no despertaba.

Aislinn lo miró, dejando que sus ojos lo midieran lentamente. En reposo, la cara de él poseía un encanto juvenil, de muchacho, que la dejaba desarmada. Se preguntó por la madre que lo había rechazado sin sentir remordimientos y pensó que una mujer semejante no debía de tener corazón. Aislinn sonrió ácidamente para sí misma. Con qué determinación había decidido una vez usar a este normando para volver a enemigo contra enemigo. Empero, él la había hecho vacilar en sus propósitos. Ahora estaba atrapada entre su gente y este hombre. Wulfgar había jugado su juego mejor que ella. ¿Acaso no la había usado en más de una ocasión para despertar la cólera de kerwick, acariciándola en presencia del sajón para provocarlo?.

Oh, Señor, que ella tuviera que caer víctima de un hombre que en cada ocasión era capaz de superarla en astucia e inteligencia. Ella, Aislinn, que podía montar un caballo tan bien como un hombre y pensar con la misma rapidez. Su madre la había declarado más aventajada que cualquier muchacho de su edad. Ella era de inteligencia brillante, terca como una mula, se había jactado Erland con un brillo de orgullo en los ojos, y más astuta que cualquier joven mozalbete que buscara que algún rey lo armase caballero. Ella era medio muchacho, había declarado jocosamente su padre. Poseía la cara y el cuerpo de una hermosa seductora, mientras sus pensamientos eran sensatos y lógicos.

Aislinn casi rió en voz alta y el impulso a hacerlo fue fuerte, porque ella, en ese momento, no se consideraba especialmente inteligente. Había deseado odiar a Wulfgar y demostrarle que él era solamente otro normando despreciable para ella, inferior y detestable. Pero habían pasado los días y la compañía de él se le había vuelto más tolerable y sus modales más simpáticos. Ahora, para mayor degradación de ella, se había convertido en su querida.

La palabra la picó con su ironía. La orgullosa, altanera Aislinn, a disposición de los caprichos de un normando.

Le costó un gran esfuerzo no huir del lado de Wulfgar, porque dentro de ella crecía un deseo abrumador de escapar de él. En cambio se levantó de la cama lentamente, se estremeció cuando un soplo de aire la tocó con sus dedos helados y apretó los dientes para evitar que le castañetearan. La camisa que llevaba la noche anterior estaba hecha jirones en el suelo y no se atrevió a abrir el cofre para sacar otra. L vestido de lana estaba doblado sobre la silla junto al hogar. Aislinn se acercó al fuego apagado, se puso el vestido y se estremeció ligeramente cuando la áspera tela le rozó la piel.

Se puso un par de blandas botas de cuero, tomó una piel de lobo con que se envolvió los hombros y silenciosamente salió de la habitación. Cuando cruzaba el salón, Aislinn vio que los perros estaban despiertos pero que Maida y Kerwick, seguían acurrucados en el rincón, sobre la paja. Si estaban despiertos, no daban señales de ello.

Aislinn empujó la puerta principal, que crujió suavemente, y salió. El aire estaba frío pero el sol que apenas asomaba ya empezaba a calentar la tierra. La mañana estaba despejada y parecía tener una cualidad frágil, como si un sonido fuerte pudiera quebrar el aire. Cuando cruzaba el patio, Aislinn vio a Sweyn con un grupo pequeño de hombres a caballo sobre una colina distante, aparentemente ejercitando a los grandes animales para que se les pasara el frío. No deseaba compañía y tomó la dirección opuesta, hacia el pantano, porque allí conocía un lugar secreto, privado.

En la tibia cama Wulfgar se movió, medio despierto, medio sintiendo los empujones de los suaves muslos de Aislinn contra sus ingles cuando ella luchaba con él. En busca de ese calor y esa suavidad, estiro una mano pero sólo encontró la almohada vacía. Con una maldición en los labios, se sentó y miró a su alrededor.

“¡Condenación, se ha marchado! ¡Esa arpía ha huido!, pensó rápidamente. “¡Kerwick! ¡Maida! ¡Malditos sean sus planes! ¡Les retorceré sus cuellos escuálidos!”.

Salto de la cama y corrió semidesnudo a la escalera. Miró hacia abajo, al rincón del salón, y los vio todavía encadenados. ¿Pero dónde podía haber ido la muchacha?.

Maida se movió y él se retiro apresuradamente al dormitorio. Se estremeció cuando sintió el frío de la estancia y se apresuró a arrojar un poco de leña menuda sobre las ascuas semiapagadas, y después sopló hasta obtener una llama. Sobre ello puso más astillas y un pequeño leño. Después miró a su alrededor

buscando su ropa. En su búsqueda, arrojó sobre la cama el camisolín desgarrado, sin pensar en el daño que él había causado.

Un súbito pensamiento le cruzo por la mente. Dios mío, ella ha salido sola. Esa muchachita se ha marchado sin compañía.

Ahora se dio prisa y se vistió rápidamente con calzas de lana, camisa, botas y un justillo de cuero blando. La preocupación empezó a roerle la mente, porque ella era débil e indefensa y si se cruzaba con una banda de merodeadores... El recuerdo de la hija de Hilda, muerta ente jirones de sus vestidos, se le cruzó por la mente y aumentó su preocupación. Ahora aferró su espada y su capa, bajó a la carrera, cruzó el salón y fue a los establos. Puso una brida en ese enorme roano que lo había llevado a través de muchas batallas, le pasó las riendas por el cuello, tomó un puñado de las crines y saltó sobre el ancho lomo. Sacó al animal al aire y vivificante de la mañana y encontró a Sweyn y algunos de sus hombres que regresaban de hacer ejercitar a sus monturas. Unas pocas preguntas y se enteró de que ninguno de ellos había visto a la joven esa mañana. Con un toque de talones, Wulfgar llevó al caballo alrededor de la casa señorial, en busca de alguna huella de Aislinn o de algo que le indicara qué dirección había tomado ella.

-Ah, aquí está –dijo entre dientes, y suspiró aliviado. Había unas marcas débiles donde os pies de ella habían pisado la hierba húmeda de rocío.- ¿Pero adónde conduce esto? –Levanto la vista.- ¡Dios mío! ¡-Directamente a los pantanos! –Al único lugar donde no podía seguirla al galope de su caballo.

El semental elegía cuidadosamente los lugares donde apoyaba sus cascos, siguiendo la débil huella. Otros pensamientos se cruzaron en la mente de Wulfgar y la duda y la aprensión empezaron nuevamente a morder los bordes de su conciencia. Ella podría haber equivocado el camino y estaría ahora luchando en alguna ciénaga burbujeante y mortal. O también, deprimida, desesperada, podría haberse arrojado deliberadamente a algún pozo profundo, para morir. Una apremiante sensación de urgencia le hizo golpear con los talones los flancos de su cabalgadura para incitarla a que caminara más deprisa.

Aislinn había caminado cierta distancia siguiendo el sendero serpenteante que ella y los lugareños conocían muy bien, porque a menuda había recorrido estos lugares en busca de hierbas y raíces para que su madre preparara sus pociones. Con facilidad, encontró el claro arroyo con orillas empinadas y aguas burbujeantes. Sutiles cendales de niebla aún flotaban en los lugares sombríos, donde el sol no podía llegar. Aislinn sentía una necesidad de limpiarse, de lavarse. El sudor de Wulfgar todavía se adhería a su piel y ella podía sentir su olor, el cual le traía, de la noche anterior, más recuerdos de lo que ella podía soportar.

Arrojó sus ropas sobre un arbusto y entro, temblando, en las frías profundidades del estanque. Contuvo el aliento y ahogó una exclamación, pero se zambulló y nadó hasta que pasó la primera sensación de frío. Las heladas corrientes la lavaron e hicieron que la sangre corriera por sus venas. Arriba de ella, el cielo refulgía con la luminosidad que sigue al amanecer y los últimos restos de niebla empezaban a levantarse desde el bosque. El agua goteaba sobre las rocas cerca e la orilla y el sonido calmaba su espíritu conturbado. Aislinn disfrutó intensamente de esos momentos de calma. La pesadilla de la muerte de su padre, el castigo aplicado a su madre, los golpes, y la caída de Darkenwald en manos de los normandos parecían sucesos remotos, pertenecientes a otra época, a otro lugar. Aquí todo parecía intacto, a salvo de las guerras de los hombres. Ella casi podía imaginar que era otra vez inocente, excepto por Wulfgar. ¡Wulfgar!. Recordaba muy bien los más pequeños detalles acerca de él, su hermoso perfil, los dedos largos y delgados que tenían fuerza para matar, aunque podían ser gentiles y proporcionarle placer. Se estremeció al recordar esos brazos alrededor de su cuerpo y se acabó la paz. Con un suspiro, empezó a salir del estanque. El agua se arremolinó alrededor de sus esbeltas caderas antes que ella levantara la vista y viera a Wulfgar, montado en su semental, observándola tranquilamente desde la orilla. Pero en esos ojos grises brillaba una emoción extraña. ¿Era alivio? ¿O, más probablemente, pasión ante la desnudez de ella? Una brisa helada envolvió el cuerpo mojado y ella no pudo contener un estremecimiento y un impulso de cubrirse los pechos con los brazos.

-Mi señor –imploró ella-. El aire está frío y yo dejé mis ropas allí, en la orilla. Si tú quisieras...

El no pareció escucharla. Ella sintió que esos ojos grises descendían por su cuerpo y la tocaban como una caricia física. Él hizo avanzar su caballo para que entrara en el agua, hasta que llegó junto a ella. Por un momento quedó mirándola fijamente, después se inclinó sobre su silla, estiró un brazo, la levantó y la puso delante de él. Abrió la gruesa capa, le envolvió los hombres, la cubrió cuidadosamente y metió los bordes de la prenda debajo de sus rodillas. Aislinn, trémula, se acurrucó contra la tibieza de él. Sintió el calor del animal debajo de ella y el frío empezó a pasar.

-¿Creíste que te había dejado? –preguntó suavemente ella.

Él respondió con un gruñido ininteligible, hizo girar a su caballo y le tocó los flancos con los talones.

-Pero viniste en pos de mí –continuó ella, y apoyó la cabeza en un hombro de él a fin de poder mirarlo a la cara. Sonrió-. Quizás debería sentirme honrada porque me recuerdas después de tantas otras.

Él dejó pasar un momento hasta que el comentario de ella penetró en su conciencia. Entonces le dirigió una mirada rápida y colérica.

-Las otras fueron poco más que fugaces asuntos pasajeros, pero tú eres mi esclava –gruñó-. Y ahora ya deberías saber que yo siempre cuido muy bien de mi propiedad.

Él supo que sus palabras dieron en el blanco porque el cuerpo de ella se puso rígido contra él, y cuando ella habló otra vez, su voz tenía el tono filoso de la ira.

-¿Y qué precio me pondrías? –preguntó-. Yo no puedo arar la tierra ni cuidar de los cerdos. En cuanto a cortar leña, Dios mío, no alcanzaría para calentar la choza más pequeña, y hasta ayer por la tarde, lo mejor que pudiste sacar de mí fue que remendé tus ropas y te curé alguna herida sin importancia.

Él rió por lo bajo ante el tono de ella y suspiró profundamente.

-¡Ah, pero anoche! Tu suavidad hace que pueda perdonar muchas carencias y tu calidez contiene grandes promesas de futuras noches de placer. Ten la seguridad, querida mía, de que tengo planeada una tarea muy digna de tu frágil cuerpo, una bien apropiada para tus talentos.

-¿Cómo tu querida? –estalló ella, y levantó la cabeza para mirarlo nuevamente a los ojos-. ¿La ramera de un bastardo? Eso es lo que me llaman ahora. –Rió brevemente, amargamente. ¿Qué otra cosa podrían llamarle? ¡Y qué mejor que representar el papel!

Ahogó un sollozo y a él no se le ocurrió nada que decir. Cabalgaron en silencio hasta la casa. Los grandes cascos del animal mordieron la tierra y se detuvieron frente a Darkenwald. Aislinn no perdió tiempo para apearse del caballo, o por lo menos para intentarlos, porque quedó colgada, llena de frustración, de los pliegues de la capa que seguía firmemente metida debajo de las rodillas de Wulfgar. Mientras la furia de ella aumentaba, Wulfgar rió, aflojó una rodilla y ella cayó desnuda al suelo, entre las patas del caballo. El bien entrenado animal permaneció inmóvil, porque hasta el roce más leve de esos grandes cascos la hubiera mutilado irreparablemente. Aislinn se arrastró torpemente hasta ponerse a salvo y se puso de pie, con los puños apretados de rabia. Wulfgar echó la cabeza atrás y rió con ganas. Por fin se quitó la capa y se la arrojó.

-Aquí tienes, querida, vístete, porque seguramente cogerás un resfriado en este aire frío.

Aislinn no tuvo más remido que aceptar la capa y envolverse en ella, pero mientas lo hacía miró subrepticiamente a su alrededor para ver si otros ojos podrían haber contemplado su desnudez. Su furia cedió un poco cuando comprobó que nadie había presenciado su humillante situación.

Ahora vestida, irguió la cabeza con arrogancia y sin esperar a que Wulfgar se apeara, se volvió y caminó hacia la poterna, sosteniendo con las manos la capa, porque dentro de sus pliegues enormes, el menor movimiento producía corrientes de aire alrededor de su cuerpo ya helado. Empujó la pesada puerta lo suficiente para poder entrar, dio un paso y allí se detuvo, porque los hombres de Wulfgar llenaban el salón y con ellos había algunos que ella conocí como mercenarios de Ragnor. Aislinn oyó la voz de él desde el otro lado de la estancia, dando a los normandos noticias del dique Guillermo.

-Pronto él estará nuevamente en condiciones de cabalgar, y no dejará este insulto sin castigo. Ellos eligieron a otro por encima de él, pero estos ingleses pronto aprenderán que a Guillermo no se lo puede rechazar. Él los aplastará sin piedad y será el rey.

Sus palabras entusiasmaron a los hombres. Las voces se volvieron más fuertes mientras discutían el asunto entre ellos. Aislinn ya no pudo seguir oyendo lo que decía Ragnor, y yelmos y anchos hombros le impedían la visión, sin permitirle siquiera echar un vistazo al caballero.

Súbitamente la puerta se abrió completamente y Wulfgar apareció detrás de ella. Miró a su alrededor, sorprendido de ver a sus hombres allí reunidos, y cuando la puerta de robles se cerró, los hombres se volvieron e hicieron a un lado para dejarles libre el paso hacia la escalera. Wulfgar apoyó una mano en la espalda de Aislinn, casi como si quisiera tranquilizarla, y la urgió a que caminara. Ella vio muchos ojos que se posaban en sus cabellos mojados y sus pies descalzos y supo que aquellos que la observaban debían pensar que ella y Wulfgar acababan de regresar del bosque, después de algunos ardorosos retozos.

Ahora Aislinn pudo ver a Ragnor de pie en el primer peldaño de la escalera. Sweyn estaba un poco más arriba, observando calmosamente, con Maida acurrucada a su lado y sosteniéndose contra el pecho su vestido

andrajoso. Cuando Wulfgar y Aislinn avanzaron, Ragnor se volvió y se les acercó. Sus ojos recorrieron a Aislinn de pies a cabeza. Cuando sus ojos se encontraron, él entreabrió los labios como si estuviera por decir algo. Pero abruptamente se apartó, ignorándola, porque cualquier indicio que hubiera podido dejar entrever habría sido muy bien interpretado por estos hombres que habían presenciado cómo ella eligió a Wulfgar en vez de a Ragnor. De modo que el caballero continuó con su discurso, y aunque se dirigió a los hombres, sus ojos se clavaron insolentes en Wulfgar.

-Y me parece muy bien que una mano fuerte rija a los paganos conquistados y les recuerde que son esclavos. —Hizo una pausa para esperar la reacción de Wulfgar. Sólo encontró una sonrisa de tolerancia pues Wulfgar prefirió esperar a que él terminase.— Hay que enseñar a estos paganos que nosotros somos sus superiores. La mano blanda dejará caer las riendas mientras que la mano de hierro obligará al caballo a dirigirse donde su amo desea.

Ragnor cruzó los brazos sobre el pecho, casi como si desafiara Wulfgar a que replicara. Los hombres esperaron el choque pero cuando la estancia quedó silenciosa, Wulfgar habló suavemente.

-Señor de Marte, debo advertirte otra vez que mis hombres son soldados. ¿Quieres que los haga perder tiempo labrando la tierra mientras los campesinos se balancean en el extremo de una cuerda, ahorcados?

En el salón se produjo una conmoción y un fraile de rostro encendido se abrió camino entre los cuerpos apretados y se adelantó.

-Eso está bien —Jadeó el hombre—. Mostrad misericordia con vuestros vecinos de Bretaña. Ya se ha derramado tanta sangre como para llenar el infierno de Satanás —gritó, uniendo las manos como en una plegaria-. Dejadlos a todos con vida. Sí, eso está bien, hijo mío, está bien dejar a un lado la obra del demonio.

Ragnor se volvió irritado al hombre de Dios que vestía hábito de religioso.

-Monje sajón, pronto encontraréis vuestro propio final si seguís hablando.

El pobre sacerdote se puso pálido y retrocedió un paso. Ragnor se volvió nuevamente a Wulfgar.

-De modo que el valiente bastardo es ahora el campeón de los ingleses -dijo con una mueca de desdén-. Tú proteges a estos cerdos sajones y mimas a esta perra inglesa como si fuera la misma hermana del duque.

Wulfgar permanecía casi relajado. Se encogió de hombros.

-Estos son mis siervos y al servirme a mí, sirven al duque Guillermo. ¿Matarías aunque fuera a uno, y servirías en su lugar, alimentando a los perros y los cerdos y reuniendo a los gansos de noche? -Lo miró con expresión inquisitiva.- ¿O quizá quieres servir en lugar de cualquiera de esos otros que ya mataste? Yo no pienso hacer eso con un normando, pero estoy decidido a obtener un diezmo de estas tierras cansadas para Guillermo.

Los ojos de Ragnor se posaron un momento en Aislinn y se encendieron de mal disimulado deseo. Se volvió a Wulfgar, sonriendo casi complacido, y habló en voz baja de modo que sólo pudieron oírlo los que estaban más cerca.

-Mi familia me sirve bien, Wulfgar. ¿Qué hay de la tuya?

La sonrisa de Ragnor desapareció cuando oyó la respuesta de Wulfgar:

-Mi espada, mi cota de mallas, mi caballo y este vikingo son mi familia y ellos me prestan servicios con más fidelidad de la que tú podrías soñar.

Por un momento Ragnor quedó perplejo, después miró nuevamente a Aislinn.

-¿Y ella, Wulfgar? ¿Reclamarás al bastardo que ella parirá, ya sea tuyo o mío? ¿Y cómo podrás saber de quién es hijo?

El ceño sombrío de Wulfgar indicó a Ragnor que sus palabras habían dado en el blanco, y sus labios se curvaron en una sonrisa burlona.

-¿Qué hay de tu familia, entonces... tu espada, tu cota de mallas y el crío de la moza? -Rió divertido y estiró un brazo para tocar a Aislinn en el mentón.- Nosotros tendríamos un hermoso hijo, querida mía, lleno de fuego y de coraje. Es una pena que el bastardo no se case contigo. Él odia a las mujeres, tú sabes.

Aislinn apartó furiosa la mano de Ragnor y se volvió hacia Wulfgar.

-¡Tú no eres mejor que él! -dijo en voz baja, escupiendo las palabras-. ¡Si fuera hombre, yo habría luchado hasta el final de mis fuerzas y desgarrado tu carne antes de rendirme! Vosotros os divertís ligeramente a costa mía.

Wulfgar se rascó el pecho, y con humor inesperado le indicó que callara.

-Parece Aislinn que lo que dices acerca del final de tus fuerzas y de desgarrar mi carne ya lo has hecho concienzudamente. Sólo yo puedo ser testigo, querida mía de que fue solamente la fuerza de mis brazos lo que hizo que te rindieras.

Wulfgar la tomó de la muñeca antes que ella pudiera golpearlo en el rostro después se la retorció lentamente y la atrajo hacia él, hasta que sus labios quedaron separados por un centímetro. Le sonrió y la miró a los ojos

-¿Tengo que decirlo en alta voz por ti? -susurró-. ¿Qué en este momento te rindes pero que aún espera poder vengarte?.

-¡Milord! ¡Milord! –Aislinn trató frenéticamente de llamarle la atención, porque ella era más consciente de que otros además de Ragnor los observaban atentamente.- ¡El fraile!.

En medio de gritos de aliento de sus hombres, se elevó una voz alterada

-¡Ejem! Milord, sir wulfgar. No nos hemos encontrado antes, pero yo soy fray Dunley y vos me habéis pedido que viniera aquí. –Cuando Wulfgar se volvió hacia él, continuó hablando apresuradamente.- He venido a bendecir las tumbas, pero es evidente para mí que hay otras necesidades apremiantes. Los asuntos de Dios no están bien atendidos en esta aldea. Parece que muchas de las doncellas han sido violadas y que hasta algunas han tomado amante. Esto es gravemente pecaminoso, milord, y la iglesia no puede tomar estas cosas a la ligera, ni dejar sin condenar las faltas cometidas. Me parece que sería conveniente ofrecer dinero a los amantes y prometidos cuyos votos matrimoniales sean formulados y realizados.

Wulfgar arqueó una ceja y sonrió a medias, mientras el hombre continuaba con el tema.

-Y además, milord, a aquellos no prometidos, a aquellos que cometieron pecado, les ordenaría que desposen a las doncellas ultrajadas...

-Un momento, padre -dijo Wulfgar, en tono severo, y levantó una mano para detener la catarata de palabras-.Me parece que ofrecer dinero a los enamorados de aquellas cuyos favores fueron tomados a la fuerza, sería reducir a las honestas y justas al nivel de prostitutas, ¿y qué hombre vendería la virtud de la dama de su corazón? Una buena suma, ciertamente, cuando toda Inglaterra yace con los muslos doloridos. La corona más rica, si tuviera que pagar, quedaría en la miseria. Y yo sólo soy un caballero pobre y no podría afrontar el gasto, aunque la idea me parece valiosa. En cuanto al casamiento del resto, a todos los considero soldados. –Señalo a sus hombres.- Son buenos para pelear en la guerra pero no de la clase que buscaría una doncella para formar un hogar. Todos se marcharían al próximo llamado a las armas y algunos caerían en el campo de batalla y dejarían a la moza llena de hijos colgados de sus faldas, sin otra forma de alimentarlos que vender sus bienes en la calle, y así una buena intención terminaría en una situación peor que la anterior. No, buen padre, yo digo que dejemos las cosas como están hoy. El tiempo, seguramente, traerá el remedio. El mal ya está hecho y difícilmente pueda yo deshacerlo con mis manos.

—Pero, milord —dijo el fraile, que no quería darse por vencido—. ¿Qué hay de vos mismo? Ahora poseéis tierras y contáis con el favor del duque. Seguramente no dejaréis que esta pobre y desgraciada muchacha sufra debido a las malas acciones de las que no tiene culpa ninguna. Vos estáis obligado, por vuestro juramento de caballería, a proteger al bello sexo. ¿Puedo tener la seguridad de que vos, por lo menos, os casaréis con ella?

Wulfgar se puso ceñudo mientras Ragnor echaba la cabeza atrás y estallaba en ruidosas carcajadas.

—No, padre, eso tampoco —dijo Wulfgar—. Mi juramento de caballero no me obliga hasta ese extremo. Y además, por supuesto, yo soy bastardo y no puedo pedir que estos tiernos oídos soporten las burlas y las bromas groseras de aquellos que tienen sesos de brutos. —Miró fijamente a Ragnor.- Me ha tocado en la vida ver que las burlas más crueles y las heridas más profundas son causadas por las lenguas agudas de ese mismo sexo que se precia de tener corazones tiernos, modales amables y amor maternal. Yo no tengo ninguna debilidad por el llanto de las mujeres y no quiero darles más de lo que ellas se merecen. No, no insistáis, porque en este aspecto soy inflexible.

Con eso, volvió la espalda al fraile, pero éste lo detuvo con unas palabras más.

—Lord Wulfgar, si no os casáis con ella, por lo menos dejadla en libertad. Su prometido aún la aceptará, tal como ella está ahora.

Se volvió para señalar a Kerwick, quien permanecía en silencio allí cerca, y vio que los ojos del joven se posaban melancólicos en la muchacha.

— ¡No! ¡De eso no quiero saber nada! —rugió Wulfgar y se volvió furioso hacia el fraile.

Con gran esfuerzo, recuperó su compostura, y habló en voz más baja, pero con una dureza que no hubiera podido negarse.

—Yo soy amo y señor aquí —dijo—. Todo lo que veis aquí es mío. No abuséis de mi buena voluntad. Id a bendecir las tumbas como os he pedido pero los otros asuntos dejádmelos a mí.

El buen fraile sabía cuándo debía detenerse. Con un suspiro, masculló una plegaria, hizo la señal de la cruz y se marchó, seguido de los demás. Aislinn no se atrevió a ofender a Wulfgar y Ragnor quedó extrañamente sumiso. Sweyn, como siempre, permaneció en silencio.

8

Las tumbas fueron bendecidas y Aislinn regresó al dormitorio en busca de un poco de privacidad. Pero allí encontró a Wulfgar, taciturno, que miraba por la ventana hacia el lejano horizonte. En su mano tenía el contenido del paquete que le había dado Ragnor mientras el sacerdote recitaba sus plegarias sobre las sepulturas. Sweyn estaba junto al hogar con un brazo apoyado en el mismo, y con la punta del pie empujaba distraídamente algunas ascuas que habían saltado del fuego. Cuando ella entró los dos se volvieron. Aislinn masculló una torpe disculpa y se volvió para retirarse, pero Wulfgar meneó la cabeza.

-No, no es necesario -dijo-. Ven, entra. Hemos terminado.

Aislinn entró vacilante y cerró la puerta tras de sí, sintiendo sobre ella el peso de los ojos de los dos hombres. Enrojeció ligeramente pues ellos siguieron mirándola y les volvió la espalda cuando Wulfgar se dirigió a Sweyn.

—Lo dejaré en tus manos.

—Sí, señor —llegó la respuesta—. Yo vigilaré y cuidaré.

-Entonces, sabiendo eso, puedo quedarme tranquilo.

-Parecerá extraño, Wulfgar, después de estos muchos años...Siempre hemos luchado bien los dos juntos.

-Aja, pero hay una obligación y yo debo tener la seguridad de que la cuestión queda en buenas manos. Esperemos que no sea para largo.

—Estos ingleses son personas empecinadas.

Wulfgar suspiró.

—Sí, pero el duque lo es más.

Sweyn asintió y se marchó.

Aislinn siguió recogiendo los trozos del cuerno de beber que ella misma arrojara contra la puerta la noche anterior, y los puso a un lado, evitando la mirada de Wulfgar. Miró a su alrededor en busca de su camisa desgarrada, con la esperanza de poder remendarla y seguir usándola, porque no le quedaba mucha ropa. Pero sus esfuerzos resultaron inútiles porque no pudo encontrar la prenda.

-Milord —dijo ella, con la hermosa frente arrugada por la confusión-. ¿Has visto mi camisa esta mañana? Sé que estaba aquí.

-La dejé sobre la cama —replicó él.

Aislinn se volvió, sabiendo que era inútil mirar otra vez. Se encogió de hombros e hizo las almohadas a un lado.

-Aquí no está, señor mío.

-Quizá Hlynn se la llevó -sugirió él, sin mucho interés en el asunto.

-No, ella no entraría aquí sin tu permiso. Tiene mucho miedo de ti.

-La camisa ya aparecerá —dijo él, con cierta irritación—. Quítala de tu mente.

-Es que no tengo muchas -se quejó Aislinn-. Y no tengo dinero | para comprar más tela de lino. La lana es áspera sobre la piel, sin la suavidad de una camisa. Y tú ya has dicho que no te sobra dinero para mi ropa.

-Deja ya de hablar, mujer. Pareces igual a las otras hembras que lloran por una bolsa llena para sus gastos.

Por un breve momento, el mentón de Aislinn tembló y ella le volvió la espalda a Wulfgar para ocultar esta debilidad que a ella le resultaba sumamente extraña. Llorar por una camisa desgarrada cuando toda Inglaterra estaba arrasada. ¿Pero lloraba por su camisa o por ella misma? Ella, fuerte, voluntariosa y decidida, ahora debilitada y sometida por un hombre que detestaba a las mujeres y que en este momento acababa de compararla con las prostitutas vulgares que frecuentaban los campamentos de los ejércitos.

Aislinn se tragó sus lágrimas y levantó el mentón.

-Milord, nada pido de ti. Sólo trato de conservar lo que es mío, lo mismo que sueles hacer tú.

Se ocupó en ordenar y limpiar la habitación sin agregar una palabra más, deseosa de sacudirse la depresión que se había apoderado de ella. Cuando por fin miró a Wulfgar, se detuvo impresionada por los cavilosos ojos grises fijos en ella. Lo miró inquisitivamente.

-¿Mi señor? -murmuró-. ¿Debo ser injustamente condenada por un crimen monstruoso que no tengo idea de haber cometido? Realmente, no te pedí que me compraras ropa. Sin embargo, me miras como si quisieras azotarme. ¿Tanto me odias, milord?

—¿Odiarte? —exclamó Wulfgar—. ¿Y por qué tendría que odiarte, damisela, cuando eres la encamación de todos los deseos de un hombre?

La mente de ella retrocedió y repasó todos los detalles de la conversación que habían mantenido hacía unos momentos y no pudo encontrar motivo para el continente sombrío y melancólico de él. Entonces, el recuerdo de las palabras de Ragnor la golpeó con un impacto que casi la deja sin respiración.

—¿Temes que pueda llevar en mi seno el hijo de otro hombre, milord? —preguntó atrevidamente, y vio que los ojos de él adquirían un tono gris tormentoso-. Debe de resultarte difícil soportar la idea de que yo pueda llevar ya en mi seno un hijo tuyo y que nunca podrás tener la certeza de sí te pertenece.

Él gruñó, fastidiado.

—Calla.

—No, señor —dijo ella y meneó tercamente la cabeza. Sus rizos húmedos, sueltos, bailaron alrededor de sus hombros—. Quiero saber la verdad, ahora. ¿Y si estoy encinta? ¿Formularás los votos conmigo para salvar a un inocente del destino que tú has sufrido?

—No. Ya oíste mi respuesta al sacerdote —replicó Wulfgar, con irritación.

Ella tragó con dificultad.

—Quisiera saber una cosa más, si eres generoso —logró decir ella—, ¿Qué seguridad tienes tú de que ya no has engendrado un pequeño bastardo en alguna parte? ¿Tus mujeres eran estériles, como quizá tú esperaste que fueran? —Vio que el ceño de él se acentuaba y supo la respuesta. Hubiera querido reír y llorar al mismo tiempo.— Yo te gustaría más, tú disfrutarías más de mí si yo fuera como tus otras mujeres, ¿verdad? —Se le acercó y lo miró directamente al rostro que parecía de piedra. Las líneas de su mandíbula se pusieron tensas con el esfuerzo que hizo para parecer tranquila.— Espero ansiosamente ser estéril, porque no creo que podría querer a tus hijos.

Él dio un respingo al oír las palabras de ella y permaneció en obstinado silencio, hasta que un pensamiento lo aguijoneó. La atrajo rudamente y la miró a la cara, mientras su ceño se acentuaba ominosamente.

—Te guste o no, Aislinn, no pienses que el honor se salva sacrificándote. He oído historias de mujeres que se quitaron la vida porque no podían soportar su vergüenza. Pero eso, para mí, es una tontería.

—¿Tontería? —Aislinn sonrió suavemente y supo que había conseguido inquietarlo—. Creo que es una idea valiosa.

Wulfgar la sacudió con violencia hasta que los dientes de ella entrechocaron y su cabeza amenazó con desprenderse del esbelto cuello que la sostenía.

-Así que, muchacha, evítame tener que encadenarte a mi lado para estar seguro de que no harás una tontería.

Aislinn se apartó bruscamente de él y le dirigió una mirada penetrante, aunque las lágrimas le emborronaban la visión.

-No temas, noble señor. Tengo por muy preciosa la vida. Si estoy encinta, entonces, seguramente, dentro de unos meses daré a luz la criatura, , sin importarme que tú la aceptes o no.

El alivio se reflejó en las facciones de él.

-Eso está bien. No tendré tu muerte sobre mi conciencia.

-Dime, ¿quién será entonces tu prostituta? -pregunto ella, ácidamente.

-Aislinn -dijo él en tono de advertencia-, suaviza tus palabras estoy cansándome de ser provocado y picado por tu lengua.

--De veras milord? Yo no hubiera pensado que tan temible caballero tendría miedo de la lengua de una simple muchacha.

-Con tu lengua derramas sangre –replicó él.

-Te pido disculpas, mi señor. –Aislinn fingió una apariencia humilde.- ¿Mi señor sufre mucho por mi lengua?

-“¡Mi señor! ¡Mi señor!” –repitió él, ignorando la ironía de ella-. Te he dicho mi nombre. ¿Te opones a usarlo?

Aislinn levantó orgullosamente el mentón.

-Yo soy tu esclava. ¿Querrías que una esclava se dirija a ti con tanta familiaridad?

-Te lo ordeno, Aislinn -dijo él, y se inclinó con galantería, como si ella fuera una reina.

Ella asintió brevemente

-Entonces, como tú ordenes... Wulfgar.

El se le acercó, la tomó de los hombros y la inmovilizo. Su dura mirada la taladró.

-Tú eliges ser una esclava por conveniencia, pero yo dispondré otra cosa. Si he dejado en ti mi simiente, sacaré de ello el mejor partido posible.

Su boca se aplastó sobre la de ella, ahogando las palabras coléricas, que Aislinn se disponía a proferir, y la obligó a separar los labios en un beso feroz, hambriento. La mente de Aislinn cayó rodando en su propia confusión mientras ella luchaba brevemente por apartarse, pero los brazos de él se cerraron apretadamente a su alrededor como una tenaza implacable que le impidió todo movimiento. Los labios de Wulfgar se apretaron ardientes, contra su cuello. Aislinn pudo sentir la dura presión de la entrepierna de él contra sus muslos y se vio a sí misma rindiéndose a su abrazo dominador. Desesperadamente, trato de controlarse.

-¡Milord...Wulfgar! ¡Me haces daño! -dijo, casi sin aliento.

Él le cubrió el cuello y la cara con besos ardientes. Cuando los labios encontraron otra vez la boca de ella, Aislinn gimió y se apartó un poco.

—Suéltame —exigió, ahora más furiosa consigo misma que con él, porque no podía controlar los deseos que empezaban a despertar en su propio cuerpo—. Suéltame ahora.

—No —murmuró él roncamente, y la hizo inclinarse hacia atrás sobre su brazo.

El aliento se le detuvo en la garganta cuando la boca de él le tocó el pecho y pareció quemarla a través de la ropa. Él deslizó una mano bajo las rodillas de ella y la levantó en brazos. En medio de acaloradas protestas, la llevó a la cama y allí la depositó sobre las pieles y empezó a desnudarla. Extendió el cabello de ella hacia los lados hasta que cubrió las pieles como una catarata de seda, y cuando se incorporó y se quitó sus propias ropas, su mirada devoradora recorrió ávidamente la espléndida belleza de ella.

—¡Esto no es decente! —exclamó Aislinn, con indignado recato.

El color de sus mejillas se acentuó, porque la reveladora luz del día parecía grabar a fuego en su mente la desnudez de ambos. Lo vio como nunca lo había visto antes, un guerrero de piel bronceada que hubiera podido surgir de una antigua leyenda pagana, un ser hermoso, maravilloso, para ser capturado y si era posible domado, a fin de retenerlo con ella.

-¡El sol está alto! —exclamó Aislinn.

Wulfgar rió por lo bajo y cayó sobre la cama a su lado.

—Eso poco tiene que ver —dijo, sonriéndole—. Por lo menos, no habrá más secretos entre nosotros.

Los colores de Aislinn se intensificaron y sus mejillas empezaron a arder. Había admiración en la mirada de Wulfgar cuando él empezó a pasarle la mano sobre el cuerpo, haciéndola temblar bajo las ligeras caricias, y se maravilló de la aterciopelada textura de la suave piel de ella.

No tenía sentido detenerlo, porque Aislinn percibió su determinación en la presión de sus manos, insistentes, ansiosas. Pero decidió permanecer completamente pasiva debajo de él.

A su debido tiempo, él descargó su placer, y fue sólo después que se retiró que demostró cierto disgusto hacia ella. Permaneció un momento a su lado, con una profunda arruga surcándole la frente. Aislinn no se atrevió a sonreír por su triunfo pero le devolvió la mirada con una frialdad que reflejaba su falta de respuesta.

—Se me ocurre, querida —murmuró suavemente él, pasándole un dedo entre los pechos—, que tú no te resistes a mí sino a ti misma, y apostaría que llegará el momento en que yo sólo te tocaré y tú implorarás mis favores.

Aislinn no dio señales de haberlo escuchado sino que continuo mirándolo fijamente. Él suspiró, un poco pensativo, se levantó y recogió sus ropas. Cuando se volvió para mirarla y dejó que sus ojos se movieran llenos de admiración a lo largo de las esbeltas piernas, Aislinn se sentó y cubrió su desnudez con una piel. Le dirigió una mirada hosca y él se encogió de hombros y rió, y empezó a vestirse bajo la atenta mirada de ella. Cuando estuvo vestido, se inclinó y levantó del suelo las ropas de ella, que le entregó. Ella las tomó y miró hacia la puerta, como invitándolo a que se marchara, pero él meneó la cabeza y un ángulo de su boca se elevó lentamente en una sonrisa.

-No, aún no me voy. Tendrás que acostumbrarte a mí, mi adorable. Aislinn, porque no permitiré que tu pudor me prive de mi placer.

Aislinn lo fulminó con la mirada, se levantó desafiante y dejó que la piel cayera al suelo. Con gracia natural, pasó junto a él y fue hasta el hogar, sin percatarse del fulgor apasionado que volvía rápidamente a los ojos grises cuando caminó en la gloria de su desnuda belleza. Ante el fuego, se volvió y lo miró a los ojos, y por un segundo alcanzó a ver algo del desconcierto de emociones en el rostro de Wulfgar.

Súbitamente, desde afuera, llegó un grito de que se aproximaban extraños a Darkenwald, y Wulfgar se volvió, como aliviado por la interrupción. Se ciñó la espada y salió corriendo de la habitación.

Pensando que quizá más hombres de Erland regresaban para presentar batalla, Aislinn ahora se apresuró a vestirse. Se deslizó dentro de su camisa y su vestido y abandonó la habitación, mirando con aire ausente por encima de su hombro.

Bajó la escalera casi volando y cuando cruzaba el salón encontró Ragnor. Él le impidió el paso y ella trató de pasar alrededor de él. Ragnor se movió nuevamente para impedirle que siguiera su camino. Ella le dirigió una mirada de furia.

-¿Tendré que gritar pidiendo ayuda, o me dejarás pasar? -preguntó en tono cortante. Podía ver a Wulfgar que estaba de pie, fuera del salón, aguardando la llegada de los desconocidos-. ¿Wulfgar no te advirtió antes que me dejaras tranquila y tú no sufriste cierta vergonzosa humillación la última vez que me molestaste?

-Algún día lo mataré por eso -murmuró él, pero se encogió de hombros, sonrió y adelantó una mano para levantar un rizo cobrizo que caía sobre el hombro de ella-. Desafío a la muerte y a la vergüenza por estar cerca de ti, mi pequeña zorra sajona, como bien puedes ver.

Aislinn quiso apartarse pero él no le soltó el cabello.

-Y si consigues lo que deseas, sin duda me enviarás al patíbulo cuando te hayas cansado de mí -replicó ella con sarcasmo.

Él rió por lo bajo al verla encolerizada.

-A ti jamás, paloma. Nunca te trataría con tanta dureza.

-Yo soy sajona -señaló ella-. ¿Por qué no?

-Porque sucede que eres muy hermosa. -Soltó el rizo y sus dedos le rozaron lentamente el pecho.- Veo que él se entretiene muy bien. Tus mejillas todavía están encendidas.

Aislinn sintió que se ruborizaba aún más y nuevamente trató de pasar, pero él la tomó de un brazo.

-No te apresures -murmuró.

-¡Déjame! -pidió ella en voz baja, cargada de ira.

-¿No te despedirás con una palabra amable?

Aislinn levantó inquisitivamente las cejas.

-¿Otra vez? ¿Cómo de pronto?

-No te pongas tan ansiosa, mi palomita. Me lastimas dolorosamente.

-En tu ausencia, la posibilidad de violación se reduce sensiblemente -replicó ella secamente-Pero dime, ¿por qué te molestas por mí? ¿No hay otras mujeres a quienes puedas acudir?

El se inclinó más cerca y susurró, como si le revelara un secreto.

-Todas espinas. Yo quiero la rosa.

Le aplicó un rápido, cálido beso en los labios antes que ella pudiera apartarse y enseguida se rió de la expresión furiosa de ella. Pero se hizo a un lado para dejarla pasar, se llevó una mano al pecho y se inclinó ligeramente.

-Atesoraré siempre este beso, mi dulce palomita.

Aislinn pasó altanera junto a él y fue hasta la puerta, donde dirigió su atención al carro cubierto que se aproximaba a la casa señorial y al caballero que lo acompañaba. El carro se detuvo junto a uno de los hombres de Wulfgar que estaba de pie, a cierta distancia de la casa, y a una palabra del ocupante, el hombre señaló con el brazo a Wulfgar.

La extraña caravana continuó avanzando hasta que Aislinn pudo ver que una joven, bastante flaca y con pelo muy rubio, conducía el carro. El caballo que lo arrastraba era viejo y cojeaba, y aunque exhibía las cicatrices de muchas batallas, hubiera sido un noble animal con mejor cuidado. La cota de mallas del caballero era de un modelo antiguo y se veía muy usada. El hombre, en sí, era de cuerpo robusto, largo de

miembros, casi igual a Wulfgar. Su caballo también había conocido días mejores y el polvo del camino cubría su pelaje en una gruesa capa.

La mujer detuvo el carro frente a Wulfgar y examinó la casa con la mirada.

-Te ha ido bastante bien, Wulfgar. -Se levantó, y sin esperar ayuda, se apeó y caminó hacia él.- Por lo menos, mucho mejor que a nosotros.

Ante la familiaridad de la mujer, Aislinn sintió una hostilidad instantánea y una creciente sensación de temor. La mujer levantó el rostro y Aislinn vio la fría y frágil belleza de sus facciones finas y aristocráticas y la piel pálida, marfilina, que parecía sin mácula. La mujer era mayor que ella, quizá cercana a los treinta años, y se movía con una apostura orgullosa. El corazón de Aislinn tembló dentro del pecho, porque no pudo dejar de preguntarse qué derechos tenía esta mujer sobre Wulfgar.

El caballero se acercó y saludó a Wulfgar como un lord saluda a otro lord. Wulfgar devolvió el gesto y los dos se midieron un largo momento. El que estaba montado apoyó su lanza en el suelo y se quitó el yelmo, y Aislinn notó la cascada de cabellos blancos, largos al estilo sajón, aunque en la cara se veía una parte de las mejillas más pálida, donde una barba había crecido hasta que la afeitaran recientemente.

Quedó intrigada al ver a este caballero sajón armado en Darkenwald. También había en el hombre algo familiar, aunque su rostro le era desconocido y no llevaba blasón en el escudo.

Wulfgar habló, y en su voz sonó una nota extraña. Aislinn pensó que era como si él estuviera librando una batalla interior.

-El alojamiento es pobre y modesto, mi señor, pero sois bienvenidos aquí.

El anciano permaneció en su silla, como rechazando la bienvenida.

-No, Wulfgar, no es alojamiento para pasar la noche lo que buscamos. -Los ojos del hombre miraron a lo lejos, por encima de la cabeza de su caballo, y cuando continuó lo hizo con voz ronca, como si las palabras salieran con dificultad.— He sido expulsado de mi tierra por tus normandos. Los sajones medio me creyeron traidor, porque no pude ir a la batalla al lado de Haroldo. Mi familia se ha reducido, pero yo no puedo sostenerlos dignamente porque mis posesiones son pocas. Así es que vengo a ti a pedirte albergue y vivienda.

Wulfgar se apoyó en un pie y miró el sol de la tarde que empezaba a acercarse al horizonte. Después volvió los ojos al otro caballero, que permanecía inmóvil, rígido y orgulloso. Wulfgar habló y su voz fue nuevamente fuerte y segura.

-Es como antes, mi señor. Eres bienvenido aquí.

El anciano asintió y se relajó, y cerró un momento los ojos como si estuviera reuniendo fuerzas para una nueva ordalía. Apoyó su lanza a su izquierda, a través de la parte posterior de su silla y en el suelo, y colgó su escudo de su extremidad superior. Puso una mano debajo de su rodilla derecha e hizo una mueca de dolor cuando levantó esa pierna, que trató de pasar por encima de la ancha perilla del arzón.

Wulfgar se adelantó para ayudarlo pero fue rechazado. Con gran esfuerzo, el anciano tuvo éxito pero ahogó una exclamación cuando su pierna quedó colgando contra el flanco de su caballo. Fue Sweyn quien ahora se acercó, no hizo caso del gesto de rechazo, levantó al hombre de su silla y lo depositó en el suelo, sosteniendo con su cuerpo el peso del cuerpo del otro. Así quedaron, el anciano sonrió al vikingo y después apoyó un puño cerrado contra el pecho de Sweyn, donde fue tomado por una enorme mano y sacudido enérgicamente.

-Sweyn, buen Sweyn. -El hombre asintió.- No has cambiado

-Un poco más viejo, milord —replicó el vikingo.

-Sí -suspiró pensativo el desconocido-. Y yo también estoy más viejo.

La mujer se dirigió a Wulfgar.

-Estamos sedientos. El polvo estaba seco en el camino. ¿Podemos beber algo?

Wulfgar asintió.

-Dentro de la casa, en el salón.

Por segunda vez en ese día Aislinn tuvo aguda conciencia de su aspecto desaliñado y sintió sobre ella primero la mirada de la mujer y después la del recién llegado. El cabello rojizo en desorden y los pies pequeños y descalzos eran demasiado evidentes para los desconocidos. Con un toque de color en las mejillas, Aislinn alisó tímidamente su vestido bajo la mirada intrigada de la mujer. Sweyn desvió la vista con indulgencia hacia su señor, porque la apariencia de ella era un indicio inequívoco. La mujer rubia se adelantó

hasta el arranque de la escalera y miró hacia arriba a Aislinn, con evidente curiosidad. Ragnor se acercó y se detuvo en la puerta, al lado de Aislinn, y la mujer enarcó las cejas ante la sonrisa perezosa de él, porque casi pareció hacer alarde de la muchacha delante de ellos. Ella miró nuevamente a Aislinn y advirtió su orgullosa postura. Después se volvió a Wulfgar como esperando alguna explicación de esta escena, pero en ese momento él caminaba hacia la joven. Observó bastante desconcertada cómo él subió la escalera, tomó a la muchacha de la mano y la atrajo a su lado. Por un momento fugaz, Wulfgar devolvió la mirada de desconcierto de la mujer y en sus ojos se asomó una pequeña chispa de burla.

-Esta damisela es Aislinn, hija del antiguo lord de esta casa señorial. Aislinn, mi media hermana Gwyneth -dijo él, levantando una mano hacia la mujer. Wulfgar sintió, más que vio, la sorpresa de Aislinn y señaló con la mano al anciano. -Lord Bolsgar de Callenham, su padre.

-¿Lord? -repitió Bolsgar-. No, Wulfgar. Los tiempos han cambiado. Tú eres lord ahora, yo soy solamente un caballero sin armas.

-Todos estos años he pensado en ti como lord de Callenham y es difícil cambiar -replicó Wulfgar—. Me temo que tendrás que perdonarme.

Aislinn sonrió al anciano, quien desvió su mirada de Wulfgar a ella, con expresión preocupada.

-El anciano Darkenwald siempre se sintió honrado cuando se detenían huéspedes en esta casa. Hubieras sido entonces tan bienvenido como ahora, con lord Wulfgar.

Ragnor se adelantó para presentarse y se inclinó profundamente sobre la mano de Gwyneth. Al contacto de los labios calientes de él, la frialdad que ella sintió al mirarlo por primera vez se fundió en un, burbujeante torrente de placer. Ella sonrió cuando él se enderezó y Ragnor inmediatamente se percató de que tenía al alcance de la mano una nueva conquista. Se volvió a Wulfgar y sonrió.

-No nos habías dicho que tenías parientes aquí, milord. A Guillermo le interesará enterarse de esto.

-No es necesario que te apresures a llevarle el cuento, señor de Marte. La historia no es nueva para él -le aseguró Wulfgar al caballero.

Rechazando nuevas preguntas, Wulfgar se volvió, abrió completamente la puerta y bajó nuevamente la escalera para ponerse al lado de Bolsgar. Tomó al anciano de un brazo que puso sobre sus hombros para ayudar a Sweyn a llevarlo al salón. Aislinn corrió a poner frente al hogar un grande y pesado sillón y ordenó que trajeran comida y bebidas para los cansados viajeros. Puso un banco frente al sillón y los dos hombres depositaron al anciano en el asiento que ella había preparado.

El sajón hizo una mueca de dolor cuando Wulfgar levantó gentilmente su pierna y la puso sobre el banquillo, pero suspiró aliviado cuando se recostó nuevamente en su sillón. Kerwick se acercó para mirar mientras Aislinn se arrodillaba junto a Bolsgar y empezaba a luchar con las correas de cuero que le envolvían la pierna. Esto le resultó difícil porque la pierna estaba hinchada. Usando su pequeña daga con movimientos de vaivén, trató de cortar las correas hasta que se dio cuenta de que Bolsgar se agitaba porque esto sólo le causaba más dolor. Wulfgar se arrodilló junto a ella, desenvainó su propio cuchillo y deslizó fácilmente la hoja debajo de las correas, que cortó con un solo movimiento. El anciano hizo señas a Aislinn para que se alejara cuando ella se inclinó sobre su pierna.

-Wulfgar, llévate de aquí a esta muchacha. No es un espectáculo agradable para sus jóvenes ojos.

Aislinn meneó la cabeza.

-No, no me iré, sir Bolsgar. Tengo un estómago fuerte y –miró a Wulfgar a los ojos y él le devolvió la mirada-... me han llamado terca, de modo que debe aceptarlo.

Los ojos de color gris acero se iluminaron con una chispa de humor.

-Ciertamente, ella es así.

Aislinn lo miró ceñuda. Gwyneth se había acercado y observaba a los dos mientras Maida se apresuraba a servirle comida y bebida a ella y a su padre.

-¿Cómo es estar entre los conquistadores, Wulfgar? –preguntó Gwyneth.

Bolsgar la miró con severidad.

-Frena tu lengua, hija.

Perezosamente, Wulfgar encogió sus grandes hombros y se inclinó con Aislinn sobre la pierna del anciano.

-Yo diría que es mejor que estar entre los derrotados -dijo.

Cualquier réplica a este comentario quedó completamente silenciada cuando las correas de la pantorrilla del anciano fueron retiradas y apareció la herida roja, hinchada, supurante. Gwyneth se atragantó, abruptamente volvió la espalda y permitió que Ragnor la ayudara a llevar su plato y su copa a la mesa del lord, donde él la agasajó liberalmente con los corteses modales de un caballero normando.

De los sucios vendajes de la pierna del anciano se elevó un olor nauseabundo y hasta Aislinn tragó con dificultad. Wulfgar quiso detenerla poniéndole una mano en el hombro, pero ella meneó la cabeza y siguió retirando los vendajes.

-Dime lo que hay que hacer -dijo Wulfgar, notando la palidez de ella.

-No -respondió suavemente Aislinn-. Yo lo haré.

Tomó un cubo de madera y se volvió a Kerwick.

-La ciénaga... ¿conoces el lugar? —Cuando él asintió, Aislinn le entregó el cubo.- Tráeme esto lleno del cieno más negro.

Sin decir una palabra, él salió corriendo del salón y por esta vez nadie le preguntó por sus intenciones.

Wulfgar miró ceñudo a su padrastro.

-¿Cómo sucedió esto, señor? -preguntó-. ¿Fue por una mano normanda?

-No -suspiró el otro-. Estaría orgulloso si así hubiera sido, pero, no fue un enemigo lo que me causó esto... fui yo mismo. Mi caballo tropezó en una raíz y cayó sobre mi pierna antes que yo pudiera saltar.- Una piedra filosa cortó mi sobrecalza y desgarró la carne, y ahora la cosa empeora pese a todo lo que yo hago.

-¿No pedisteis que os curaran, señor? —preguntó Aislinn, sorprendida—. Debió ser atendida inmediatamente.

-No había nadie a quien pedírselo.

Aislinn miró a Gwyneth pero no formuló la pregunta que tenía en los labios. Sin embargo, sus pensamientos retrocedieron a las veces en que había atendido las heridas de su propio padre y quedó intrigada por esta hermana de Wulfgar.

Aislinn se hizo cargo rápidamente de la situación y empezó a dar ordenes.

-Wulfgar, trae la olla de agua caliente del fuego. Madre, trae paños limpios de lino del cofre, y Sweyn, prepara jergones frente al hogar.

Bolsgar enarcó las cejas y sus labios se entreabrieron en una sonrisa cuando notó que ni siquiera el caballero guerrero discutía las órdenes de la muchacha y se apresuraba a obedecer. La joven entonces recorrió el salón tomando puñados de polvorientas telarañas de los rincones más oscuros, con completa indiferencia hacia los posibles ocupantes.

Ahora Wulfgar y Sweyn ayudaron a quitar la cota de mallas al anciano y lo tendieron sobre los jergones, con la espalda cómodamente apoyada en un montón de pieles. Aislinn le puso una mano debajo del talón y levantó la pierna, quitando los restos de la sobrecalza, y puso en su lugar una blanda piel de cabra que acomodó hasta que el miembro herido quedó sostenido e inmovilizado. Giró cuidadosamente la pierna hasta que la herida quedó hacia arriba, y el hedor que se elevó de la llaga casi la hizo vomitar. Tomó un trozo de tela de lino y con un rápido movimiento lo desgarró en dos pedazos pero enseguida se detuvo y levantó la vista hasta encontrar la mirada del anciano. Su frente arrugada indicaba su preocupación.

-Va a doleros, mi señor —advirtió ella—. Pero es necesario hacerlo.

Él disipó sus temores con una sonrisa y le hizo señas de que continuara.

-He sentido tus suaves manos, lady Aislinn —dijo el anciano en tono admonitorio-. Y dudo que puedas causarme más dolor del que soy capaz de soportar.

Ella vertió agua de la olla humeante en un pequeño tazón de madera, empapó en ella el paño y empezó a lavar el icor de la carne desgarrada. Aislinn levantó nuevamente la vista cuando el pie de él tembló. Él todavía sonreía, pero tenía la frente perlada de sudor y sus manos aferraban con fuerza el jergón.

Aislinn siguió lavando y limpiando cuidadosamente la herida hasta que Kerwick abrió la puerta y, jadeando, depositó junto a ella un cubo rebosante de cieno negro y viscoso. Ella tomó un tazón playo y lo llenó con el oloroso barro, allí añadió las telarañas y mezcló todo con los dedos hasta obtener una pasta espesa. Metió esa mixtura en la herida, donde la piel estaba desgarrada, y la extendió abundantemente sobre toda la carne magullada y descolorida. Cuando terminó con esto, mojó más paños en agua caliente, los plegó cuidadosamente y los aplicó alrededor de la pierna, por todos lados. Después envolvió todo apretadamente

con la piel de cabra, para que se mantuviera firmemente en su lugar. Se incorporó, hizo una pausa, se secó las manos y miró a Bolsgar.

-No debéis mover esto, señor -dijo con firmeza-. Ni siquiera un poquito. -Después sonrió y se levantó.- A menos que decidáis usar una pierna de madera y hacer ruidos extraños cuando caminéis. -Levantó los ojos hacia Wulfgar.- Quizá a sir Bolsgar le agrade ahora beber un buen trago de cerveza fría.

El anciano sonrió agradecido y cuando hubo bebido el cuerno ofrecido, cerró lentamente los ojos y poco después el sueño lo dominó.

Ragnor abandonó la casa con Wulfgar y Sweyn y después de acompañar a Gwyneth a una habitación donde podría descansar, Aislinn buscó la soledad de su habitación. En el cuarto que compartía con Wulfgar, se detuvo junto a la cama, miró las pieles revueltas y casi sintió |la tibieza del cuerpo de Wulfgar apretado contra el de ella. Con un leve grito, giró sobre sus talones y corrió a mirar por la ventana, recordando la mirada que le había dirigido Gwyneth y sabiendo bien cuáles deberían ser los pensamientos de esa mujer. Gwyneth los había observado en el salón y apenas levantó los ojos de ellos, excepto para mirar a Ragnor. ¿Qué pensaría Gwyneth esta noche, cuando ella tuviera que sentarse al lado de Wulfgar y después viniera con él a este dormitorio? Oh, seguramente él no exhibiría su querida delante de ellos. Y sin embargo, en la puerta, él la había tomado de la mano despreocupadamente, sin que aparentemente le importara la mirada sorprendida de Gwyneth. Otros hombres se hubieran sentido incómodos al presentar su querida a sus parientes, y en un estado tal de desaliño. Aislinn enrojeció cuando pensó en el aspecto que tenía cuando llegaron ellos. Sacudió la cabeza, desalentada, y se llevó las manos a los oídos, como si quisiera acallar una voz acusadora que gritaba:

¡Ramera! ¡Ramera!

Se calmó y al volver su atención a la ventana vio a los normandos que, en una colina distante, ensayaban las maniobras de batalla, pero enseguida volvió la espalda a esa escena pues no le gustaba verlos practicando sus artes guerreras, sabiendo que muchos coterráneos habían encontrado la muerte luchando con ellos.

Dedicó su atención a poner orden en la habitación y a mejorar su propia apariencia. Trenzó su cabello con cintas amarillas se puso una camisa de suave color amarillo y se cubrió con un vestido con adornos bordados alrededor de las mangas largas y anchas. En las caderas se puso su ceñidor de filigrana con finos eslabones de metal cincelado y en la vaina la pequeña daga enjoyada, símbolo de que era algo más que una esclava. Sobre la cabeza se puso una sutil redecilla de seda. Nunca había puesto tanto cuidado en su atuendo desde la llegada de Wulfgar y ahora se preguntó cómo reaccionaría él, si es que notaba el cambio. Kerwick podría cavilar sobre su atuendo y Maida, ciertamente se sorprendería porque este era su mejor vestido, el mismo que había estado guardando para casarse con su prometido. ¿De qué le serviría ahora si ella no lograba conquistar a ese terco caballero de Normandía?

Había caído la noche cuando bajó al salón. Las mesas ya estaban dispuestas para alimentar a los hombres pero hasta ahora ellos no habían regresado.

Gwyneth se paseaba por el salón y Aislinn notó que se había arreglado el pelo pero que todavía llevaba la ropa manchada de viaje con que había llegado. Le pareció que se había equivocado poniéndose sus mejores ropas y deseó que su mente no estuviera tan absorbida por Wulfgar, lo cual la hacía equivocarse tan tontamente. Pero ya era demasiado tarde para cambiar de opinión.

Gwyneth se volvió cuando Aislinn bajó la escalera y sus ojos la recorrieron, desde los pequeños escarpines hasta la redecilla de seda que cubría la luminosa cabellera.

-Bueno, veo que los normandos por lo menos te han dejado algo de ropa —dijo, con un toque de veneno—. Pero, claro, yo no les otorgué mis favores.

Aislinn se detuvo y sintió que las mejillas se le encendían de ira. Se guardó una aguda pregunta acerca de cómo Gwyneth había tenido la fortuna de contarse entre las pocas mujeres de sangre inglesa que escaparon a la violación por los normandos. Sin duda, ellos la habían respetado como hermana de Wulfgar, ¿pero qué le daba el derecho -se preguntó Aislinn— de ridiculizar a aquellas que habían sido deshonradas? Rígidamente controlada, fue hasta el hogar donde el anciano todavía dormía. Estuvo observándolo unos momentos y permitió que la compasión por este anciano sajón lavara el veneno de las palabras de Gwyneth. Cuando Ham entró en el salón y se acercó, ella se volvió.

-Señora, la comida aguarda para ser servida. ¿Qué debemos hacer?

Aislinn sonrió.

-Pobre Ham, no estás habituado a estos horarios que observan los normandos. La puntualidad de mi padre te acostumbró mal.

Gwyneth habló con firmeza cuando se les acercó.

-A estos normandos habría que enseñarles un poco de puntualidad -dijo-. Dejemos que coman su comida fría, pero yo prefiero la mía caliente. Sírveme un plato ahora mismo.

Aislinn desplazó su mirada hasta que la posó en Gwyneth, y habló con una serenidad que no sentía del todo.

-Es costumbre en esta casa, lady Gwyneth, esperar al señor cuando él no ha ordenado otra cosa. Yo no disgustaría a mi lord con mi apuro.

Gwyneth se disponía a replicar, pero Ham se volvió y las dejó, sin cuestionar la autoridad de Aislinn. Gwyneth arrugó la frente y enarcó una ceja cuando miró a la muchacha más joven.

-A los siervos habría que enseñarles respeto -dijo.

-Ellos siempre han servido bien -replicó Aislinn, en defensa de Ham.

El ruido de caballos que se aproximaban rompió el silencio del anochecer y Aislinn fue a abrir la puerta. Aguardó mientras Wulfgar detenía su semental frente a la escalinata y se apeaba. Wulfgar fue hacia ella mientras sus hombres se llevaban los caballos, y por un momento se detuvo a su lado y dejó que su mirada recorriera toda la longitud del esbelto cuerpo. Con un suave fulgor en los ojos, murmuró:

-Me honras, querida mía. Yo no hubiera creído que tu belleza podía ser acentuada, pero veo que hasta la perfección puede ser mejorada.

Aislinn se ruborizó levemente ante el cumplido, sabiendo que Gwyneth los observaba y escuchaba atentamente. Wulfgar se inclinó para besarla en la boca con labios entreabiertos y ansiosos, pero Aislinn, un poco confundida, se apartó y señaló con una mano a la otra mujer.

-Tu hermana tiene hambre, milord -dijo rápidamente-. ¿Tus hombres demorarán mucho?

Él enarcó las cejas y la miró sorprendido.

-¡¿Milord?! ¿Qué es eso? ¿Has olvidado tan pronto, Aislinn?

Ella le dirigió una mirada implorante y ahora sus mejillas enrojecieron intensamente.

-Os habéis demorado mucho -replicó ella, tratando de distraerlo-. Estábamos preguntándonos si tendríamos que cenar solas.

Wulfgar gruñó, la miró ceñudo y fue a calentarse delante del hogar, pero caminó con cuidado cuando vio al anciano dormido. Se ubicó de espaldas al fuego, las piernas separadas, los brazos cruzados atrás, y su mirada sombría siguió a Aislinn cuando ella fue hasta la puerta de la pequeña antecámara de la cocina y dio órdenes de que sirvieran la comida. Ella volvió, no menos observada, y sintió la tácita desaprobación en la mirada de él.

Cuando Bolsgar se movió, Aislinn fue a arrodillarse a su lado y le puso una mano sobre la frente arrugada. Estaba caliente al tacto, aunque no demasiado. Le dio agua y entonces, con un suspiro de satisfacción, él volvió a recostarse en las pieles. Después miró a su alrededor y vio primero a su hija, quien se había adelantado, y a Wulfgar que los observaba a todos en silencio. El hombre más joven les volvió la espalda y empujó con la punta de su zapato un leño que ardía lentamente en el hogar. Aspiró profundamente y miró hacia un punto lejano.

-No me has dicho nada de mi madre, señor. ¿Qué hay de ella? ¿Se encuentra bien?

El anciano pareció tomarse su tiempo para responder.

-Este mes de diciembre hará un año que murió —dijo.

-No lo sabía -murmuró Wulfgar. La recordó con el aspecto que tenía la última vez que la vio, muy parecida a Gwyneth. El no tuvo problema para reconocer a su hermana porque el recuerdo estaba grabado a fuego en su mente, como si la hubiera visto hacía unas pocas horas mirándolo silenciosamente mientras él se alejaba a caballo con Sweyn.

-Enviamos la noticia de su muerte a Robert, en Normandía -dijo Bolsgar.

-Yo no he visto a su hermano en estos últimos diez años -repuso quedamente Wulfgar, desechando esos dolorosos recuerdos de su madre-, Robert siempre me consideró una carga no deseada.

-Se le pagó bien para que cuidara de ti. Hubiera debido sentirse satisfecho con eso.

Wulfgar hizo una mueca de desprecio.

-Sí, con eso pudo comprar abundante ale a fin de atreverse a difundir la noticia de que su hermana había hecho cornudo a un sajón y que su sobrino, en verdad, no era nada más que un bastardo. Le parecía gracioso y divertido que ningún hombre me reclamara como hijo.

-Has sido criado como un hijo bien nacido —señaló el anciano—. Te ganaste tu condición de caballero.

Wulfgar suspiró.

-Sí, Robert me convirtió en su paje y me hizo educar, pero sólo después que Sweyn le recordó sus obligaciones con no menos de una amenaza.

El anciano asintió lentamente.

-Robert era un hombre frívolo —dijo—. Supongo que no hubiera debido esperar más de él. Fue muy conveniente que yo enviara a Sweyn contigo.

Las facciones de Wulfgar estaban tensas, demacradas.

-¿Me odiabas tanto que no podías soportar mi presencia? —preguntó por fin.

Aislinn levantó la vista y su corazón voló hacia Wulfgar, porque nunca lo había visto tan apesadumbrado. Cuando miró a Bolsgar, vio que él tenía los ojos brillantes de lágrimas pero ninguna rodó por la mejilla y el noble rostro siguió inescrutable mientras él miraba fijamente al fuego.

-Por un tiempo te odié después de enterarme de la verdad –trató de explicar Bolsgar—. Fue una gran amargura no haber engendrado un hijo varón como tú. Yo te creí mi primogénito y me enorgullecí de ti como padre. Por ti descuidé a mi otro hijo. Tú cabalgabas más rápido y corrías más que cualquiera y parecías tener en tus venas el secreto mismo de la vida. No pude extraer muchas satisfacciones del muchacho débil, frágil que vino después de ti. Tú eras la sangre de mi vida y yo te amaba mas que a mí mismo.

-Hasta que mi madre te dijo que yo no era tuyo sino de un normando que se negó a nombrar -murmuró Wulfgar amargamente.

-Ella creyó subsanar un error. Yo atendía más al bastardo de otro hombre que a mis propios hijos y ella no podía soportar verlos disminuidos. Ella estaba dispuesta a cargar con toda la vergüenza para enderezar las cosas por el bien de ellos. Yo no pude condenarla por eso. No, fue mi propio odio lo que me llevó a expulsarte de mi lado. Tu que eras el viento a mi lado, mi sombra, mi alegría... pero no un hijo mi simiente. Volví mi corazón hacia mi otro hijo y él creció fuerte y rápido, pero murió en la flor de su edad. Hubiera querido morir yo en lugar de él. Pero he quedado para cuidar de una doncella gruñona cuya lengua rivaliza con la de su madre.

El anciano sajón quedó una vez más silencioso y pensativo, y volvió la mirada a las llamas movedizas que los calentaban.

Aislinn vio la injusticia de todo ello y sintió compasión por el muchacho que había sido rechazado, primero por su madre y después por el que creía que era su padre. Sintió deseos de acercarse y tocar ahora al hombre para calmar su pena. Él parecía más vulnerable, porque ella solo lo había conocido en otra forma, siempre fuerte, como una fortaleza inexpugnable, y se pregunto si sería posible llegar a su corazón.

Se levanto, pensativa, y fue a sentarse en el gran sillón frente al fuego, para observarlo mejor.

-T enviamos al país de tu madre, sin saber que regresarías de esta manera. –La voz de Bolsgar sonaba ronca mientras él luchaba por controlarse. -¿Sabías que tu hermano murió en la colina de Senlac?.

Wulfgar volvió rápidamente la cabeza y miró fijamente el rostro del viejo con ojos relampagueantes.

-Sí, los ladrones normandos lo mataron. ¡Ellos mataron a mi hermano! –exclamó Gwyneth

Wulfgar dirigió su atención a ella y enarcó una ceja

-¿Ladrones normandos? Te refieres a mí, es claro

Ella levanto el mentón.

-La idea parece adecuada, Wulfgar.

Él sonrió casi con gentileza

-Ten cuidado, hermana. Los modales de los derrotados siempre deben agradar al vencedor. Harás bien, mujer, en seguir algunos ejemplos de mi Aislinn –Se acercó al sillón de esta última, la miró y ella, a su vez, le devolvió pasivamente la mirada. –Ella se conduce tan bien como vencida –sus dedos jugaron con una gruesa trenza cobriza-, que a veces me pregunto si yo realmente soy el vencedor.

Con estas palabras, la risa tiró de los ángulos de la boca de Aislinn jugueteó alrededor de sus ojos, pero ella no dio otra señal y sólo Wulfgar lo notó. Distraídamente, le rozó una mejilla con un dedo.

-Sí, hermana, harías bien en permitir que esta doncella te enseñe a conducirte.

Gwyneth tembló de cólera y se adelantó un paso hacia él. Wulfgar se volvió para mirarla y levantó una ceja con expresión burlona, mientras veía que los labios de ella se apretaban y sus ojos se entrecerraban.

-¿Deseas decir algo más, Gwyneth? -preguntó él.

El pecho de ella se elevó con la ira que sentía.

-Sí -siseó-. Y digo, hermano, que hubiera preferido que murieras tú en vez de Falsworth. -Le escupió las palabras, ignorando el pedido de Bolsgar de que callara.- Cómo te odio, y cómo detesto el hecho de que debamos buscar tu caridad para sobrevivir a estos tiempos de miseria. -Gwyneth se volvió a Aislinn, quien estaba sorprendida por el odio que veía en el rostro de la mujer.- Te parece adecuado poner a esta muchacha entre nosotros como ejemplo. Pero mira el lujo con que ella se viste. No exactamente la forma en que están vistiéndose las trágicas mujeres de Inglaterra, ¿verdad?

-Agradece que todavía yo esté con vida, hermana -dijo Wulfgar secamente-. Porque, ciertamente, si yo no estuviera aquí para ofrecerte estas pocas comodidades, ahora tendrías que tender tu cama sobre la tierra fría y desnuda.

-¿Qué es esto? —interrumpió una voz, y Ragnor apareció en la puerta, seguido de varios hombres que fueron a sentarse en las mesas-. ¿Tan pronto una pelea de familia? Chts, chts, chts. -Los ojos de Ragnor se posaron fugazmente en Aislinn, admirando la belleza de su figura vestida de amarillo dorado. Después, tomó rápidamente las manos de Gwyneth y se las llevó al pecho.- Ah, dulce Gwyneth, ¿el feroz Wulfgar ha mostrado sus colmillos? Os ruego que perdonéis sus modales groseros, milady, o dadme vuestra licencia y yo cumpliré gustoso la tarea, porque no puedo tolerar ningún insulto a vuestra gracia y belleza.

Gwyneth sonrió rígidamente.

-Es natural que un hermano encuentre en su hermana defectos que un extraño difícilmente advierte -dijo.

-Aunque fuera vuestro amante y os conociera bien –murmuró Ragnor roncamente, inclinándose sobre la mano de ella-, nunca podría encontrar defectos en vos.

Gwyneth se apartó ruborizada.

-Os tomáis demasiadas libertades, señor caballero, para imaginar que nosotros podemos llegar a ser amantes.

Ragnor se irguió y sonrió lentamente.

-¿Puedo atreverme a esperar, damisela?

Nerviosamente, Gwyneth miró a Wulfgar, quien los observaba en silencio. Tomando la mano de Aislinn y haciéndola ponerse de pie él señalo a su hermana la mesa de la cabecera.

-Comamos en términos amistosos, Gwyneth. Muy bien podemos hacerlo, puesto que en adelante nos veremos mucho uno al otro.

Gwyneth giró abruptamente y dejó que Ragnor le tomara una vez más la mano y la condujera hasta su asiento. Cuando se instaló él se inclinó y la acarició ligeramente con la mirada.

-Agitáis a mi corazón y lo incendiáis -dijo él-. ¿Qué debo hacer para ganar vuestra magnanimidad? Seré vuestro esclavo para siempre

-Señor de Marte habláis con gran atrevimiento -tartamudeó Gwyneth y sus mejillas se sonrojaron-. Olvidáis que mi verdadero hermano fue muerto por los normandos y que yo tengo pocas simpatías por ellos.

Ragnor se acomodó en la silla al lado de ella.

-Pero, seguramente, damisela, vos no culpáis a todos los normandos de la muerte de vuestro hermano. Nosotros estamos obligados por juramento a hacer lo que Guillermo ordene. Si debéis odiar a alguien entonces odiad al duque, no a mí. Os lo ruego.

-Mi madre era normanda -murmuró suavemente Gwyneth-. Yo no la odiaba.

-Y no debéis odiarme a mí -imploró Ragnor.

-No os odio -susurró ella.

Una sonrisa se extendió por la cara de Ragnor, quien enseñó unos dientes relampagueantes y la tomo de la mano.

-Milady, acabáis de hacerme muy feliz.

Confundida Gwyneth desvió su atención y observó cómo Wulfgar ayudaba a Aislinn a sentarse a su lado. Sus ojos se pusieron nuevamente fríos y miró duramente a la joven, sintiendo que la telaraña del odio empezaba a envolverla. Una sonrisa blanda le curvó los labios.

-No nos dijiste que te habías casado, hermano.

Wulfgar meneó la cabeza.

-¿Casarme? No. ¿Por qué?

Gwyneth volvió su atención a Aislinn y sus ojos claros brillaron perversamente.

-Entonces, esta Aislinn no es verdaderamente de la familia Yo había creído que era tu apreciada novia, por la forma en que la atiendes.

Ragnor soltó una risita y pareció sumamente divertido Levantó su copa hacia Aislinn cuando ella le dirigió una mirada glacial y enseguida se inclino para susurrar al oído de Gwyneth alguna anécdota graciosa que prestamente la hizo estallar en alegres carcajadas.

Aislinn cruzó las manos sobre su regazo, furiosa ante las risas de esos dos. Perdió todo el apetito y deseó estar en cualquier otra parte.

Wulfgar la observó cierto tiempo y después comentó despreocupadamente.

-El jabalí asado sabe muy bien, Aislinn. ¿No quieres ni siquiera probarlo?

-No deseo comer –murmuró ella.

-Te pondrás muy flaca si no comes –la regaño él ligeramente, y probó con apetito su propia comida-. Y las mujeres huesudas me resultan mucho menos agradables que las redondeadas. Tú eres agradablemente suave, aunque no tan robusta como sería conveniente. Come, te hará bien.

-Soy bastante fuerte -replicó Aislinn y no hizo esfuerzos por obedecerle.

Él arqueó una ceja.

-¿De veras? Yo no lo hubiera imaginado por la comedia de debilidad que me ofreciste hace unas horas. -Se rascó el pecho y rió lascivamente.- Maldición, creo que me hubiera gustado más tener a la zorra rebelde que a esa muchachita dócil debajo de mí. Dime, querida, ¿no hay otra mujer que resida en tu hermoso cuerpo al que comparten las dos, y no tan fiera pero ciertamente más vivaz que la otra?

Las mejillas de Aislinn enrojecieron intensamente.

-¡Milord! ¡Tu hermana! Ella oirá, y ya está preguntándose acerca de nosotros. ¿No sería mejor tratarme con menos familiaridad?

-¿Y tener que hacer que te deslices a mis habitaciones cuando la oscuridad sea densa y nadie pueda verte? -Rió y su mirada pareció devorarla.- No podría tener tanta paciencia para aguardar tu llegada.

-Bromeas cuando yo hablo seriamente -replicó ella con severidad--. Tus parientes sospechan que somos amantes. ¿Quieres que ellos sepan que soy tu querida?

Él sonrió lentamente.

-¿Tengo que anunciarlo ahora -preguntó- o espero, quizá, hasta más tarde?

-¡Oh! ¡Eres imposible! -dijo Aislinn fastidiada, y en un tono un poco más alto que atrajo la atención de, Gwyneth, quien dejó de atender a Ragnor. Cuando la mujer se volvió nuevamente para hablar con el caballero, Aislinn se inclinó y se acercó más a Wulfgar.

-¿No te importa lo que piensen ellos? -preguntó-. Ellos son tu familia.

Wulfgar gruñó.

-¿Familia? En verdad, no tengo ninguna familia. Tú has oído hablar a mi hermana del odio que me tiene. Yo no esperaba más ni le debo explicaciones por la forma en que vivo mi vida. No me dejaré impresionar por sus pensamientos y su ceño severo. Tú eres mía y no te haré-a un lado porque hayan llegado parientes.

-Y tampoco te casaras conmigo -añadió Aislinn suavemente.

Wulfgar se encogió de hombros.

-Así soy yo. Tú me perteneces. Eso basta.

Miró hacia otro lado, pero medio se preparó para la reacción de ella. Después de un largo silencio, cuando esa reacción no se produjo el se volvió nuevamente para mirarla y se encontró con esos grandes lagos de color violeta detrás de los cuales ella ocultaba sus pensamientos. El asomo de una sonrisa descansaba levemente sobre esos labios hermosos, y poco a poco se fue acentuando. La belleza de ella atraía su atención y la retenía como con fuertes cuerdas. Finalmente, ella rió y rompió las ataduras con una carcajada musical.

-Sí, Wulfgar, yo soy tu esclava -susurró-. Y si esto basta para ti, entonces basta para mí también.

Wulfgar se recostó en su sillón, sorprendido por la réplica de Aislinn, pero Gwyneth interrumpió sus pensamientos.

-Wulfgar, seguramente no tienes intención de alimentar a todos estos normandos durante el invierno. -Hizo un amplio movimiento con la mano para señalar el salón.- Ciertamente, si lo intentas, terminaremos la estación muertos de hambre.

Wulfgar miró a su alrededor a los veinte hombres que comían hambrientos la comida de la preciosa despensa de Darkenwald antes de mirar a su hermana.

-Hay más, pero están montando guardia -dijo-. Ellos mantienen la casa a salvo de merodeadores y ladrones. Protegen a mi gente... y a ti. No vuelvas a cuestionar su comida.

Gwyneth se irguió y lo miró con desagrado. Otro hombre terco para tratar, igual que su padre. ¿Es que no había ningún hombre inteligente para cuidar de sus propios intereses?

Poco tiempo después Aislinn se levantó, se disculpó con Wulfgar y fue a ver cómo estaba Bolsgar. Humedeció una vez más los vendajes de la pierna y después ordenó a Kerwick que mantuviera el fuego bien vivo durante las horas de frío, a fin de que el hombre no sufriera y le pidió que lo vigilara durante la noche. Si el anciano empeoraba tendrían que llamarla inmediatamente.

Kerwick la miró fijamente.

-¿Tendré que despertar a Maida para que vaya a buscarte? -preguntó.

Aislinn le sostuvo la mirada y suspiró.

-Parece que no tengo secretos. Hasta la ramera más vulgar puede tener algún pecado escondido. ¿Pero yo? -Rió por lo bajo.- Mis fechorías tienen que ser anunciadas desde la colina más alta. ¿Qué importa si vienes tu mismo?

-¿Esperas privacidad cuando tu amante dirige a hombres? —preguntó él en tono cortante. Bajó la vista al suelo y los músculos de las mejillas se le contrajeron con la tensión que sentía-. ¿Debo considerar esta relación entre ustedes dos como un matrimonio? ¿Qué se espera de mí?

Aislinn meneó la cabeza y extendió las manos.

-Kerwick, tú y yo jamás podremos regresar adonde estábamos antes que vinieran los normandos. Entre nosotros se ha cerrado una puerta. Olvida que fui una vez tu prometida.

-Ninguna puerta hay entre nosotros, Aislinn —dijo él con amargura-. Sólo un hombre.

Ella se encogió de hombros.

-Un hombre, entonces, pero él no me dejará que me aleje de él.

-Son tus encantos lo que lo hacen retenerte —acusó Kerwick levantó una mano para señalar el vestido—. Y ahora te engalanas para seducirlo. Si no te lavaras la cara ni frotaras tu cuerpo con dulces fragancias entonces él miraría para otro lado. Pero tú eres demasiado vanidosa para dejar que suceda.

Pese a sus esfuerzos, Aislinn estalló en carcajadas. El rostro de Kerwick enrojeció mientras ella continuaba riendo. Miró nerviosamente Wulfgar y vio que el normando los miraba ceñudo por encima de su cuerno de ale.

-Aislinn -dijo Kerwick, apretando los dientes- ¡Termina con esta locura! ¿Quieres que vuelvan a azotarme?

Ella trató de controlar la risa pero no lo consiguió del todo.

-Lo siento, Kerwick —jadeó—. Estoy endemoniada.

-Te ríes de mí -gruñó él y cruzó los brazos sobre el pecho-. Detestas mis ropas miserables y las encuentras ridículas. Te gustaría que yo fuese como él, como tu amante normando. Tan orgulloso de su cuerpo que tiene que contonearse como un gallo al amanecer. Mis ropas me han sido arrancadas. ¿Qué querrías que vistiera en su lugar?

Aislinn se puso seria y le apoyó una mano en un brazo.

-No son esas ropas sencillas las que no te favorecen, Kerwick, sino la falta de lavado.

Kerwick apartó la mano de ella con cierto pesar.

-Tu amante observa y no tengo deseos de sentir esta noche los colmillos filosos de los perros o la mordedura del látigo. Será mejor que te reúnas con él para tranquilizarlo.

Ella asintió y fue a arrodillarse junto a Bolsgar, a quien cubrió con una manta de pieles. El anciano la observó atentamente cuando ella se inclinó sobre él, y cuando Aislinn se irguió, le dedicó una sonrisa cansada.

-Eres demasiado bondadosa con mi ancianidad, lady Aislinn. Tu hermosura y la suavidad de tus manos han iluminado mi día.

-La fiebre os debilita la mente, me temo, señor caballero.

Sin embargo, sonrió al oír las palabras del anciano.

Él le rozó ligeramente el dorso de la mano con los labios, se recostó, suspiro y cerró los ojos. Aislinn se levantó, y sin mirar nuevamente a Kerwick, cruzó el salón hasta donde estaba Wulfgar. La mirada del normando la siguió mientras ella se acercaba y no se desvió hasta que ella se puso detrás de la silla de él. Allí, Aislinn podría observarlo sin ser observada a su vez. El ahora estaba relajado después de la comida y atendía cortésmente mientras su media hermana lo interrogaba acerca de sus propiedades y de su posición junto a Guillermo. Ella se quejó de que su forma de tratar a los siervos era demasiado blanda, porque ellos eran gentes groseras que necesitaban una mano firme para tenerlos bajo control. Mientras ella ofrecía este último consejo, Wulfgar desvió lentamente su mirada hacia Ragnor, quien estaba repantigado en su sillón, aparentemente contento consigo mismo y con la conversación de Gwyneth.

-Me alegro de que tengas la capacidad de hacer juicios tan rápidamente, Gwyneth -replicó Wulfgar, y su sarcasmo pasó casi inadvertido.

-Pronto aprenderás que yo soy muy perceptiva, hermano –dijo ella, y una sonrisa de conocedora le curvó los labios cuando levantó los ojos hacia Aislinn.

Wulfgar se encogió de hombros y se volvió para tomar la mano de la muchacha y traerla a su lado.

-Nada tengo que ocultar -dijo él-. Todos saben la forma en que yo vivo y en que manejo lo que me pertenece.

Para irritación de Gwyneth, empezó a jugar distraídamente con los dedos finos de Aislinn y acariciarle el brazo. Ante estas continuas demostraciones, Aislinn se puso incómodamente excitada y su rostro enrojeció. La sonrisa de satisfacción se petrificó en los labios de Ragnor y el se volvió para llenar hasta el borde su cuerno de beber.

Las propias palabras de Gwyneth se hicieron más lentas hasta que la cólera la hizo vacilar y tartamudear. Y Aislinn no pudo evitar preguntarse si este era otro juego que él jugaba con todos ellos. Wulfgar se levanto con una media sonrisa, puso un brazo sobre los hombros de Aislinn, y habló bromeando con Gowain, el joven caballero que esa tarde se había jactado de su destreza con la espada.

-No es tu talento lo que te mantiene a caballo, muchacho –dijo Wulfgar con una amplia sonrisa-. Es tu bello rostro. Al verlo, cualquier hombre cree que se ha topado con una dulce doncella y no se atreve a hacer daño a la bella damisela.

Las risas estremecieron al salón mientras Gowain enrojecía, pero sonreía con buen humor. Wulfgar frotó suavemente con sus nudillos el brazo de Aislinn y continuó hablando jovialmente con sus hombres, y ella, en su confusión, no advirtió que Gwyneth la miraba con ojos cargados de odio. Si esa mirada hubiera sido de acero, habría partido en dos el corazón de Aislinn.

La mirada se volvió aún más penetrante pocos momentos más cuando Wulfgar subió la escalera con la muchacha, con una mano apoyada en la fina cintura de ella.

-¿Qué ve Wulfgar en esa zorra? -preguntó Gwyneth, y se recostó en su silla, haciendo pucheros, como una niña malcriada que hubiera sido ignorada.

Ragnor apartó su mirada de la esbelta figura que subía la escalera y terminó su ale con un trago furioso. Cuando se inclinó cerca de la mejilla de Gwyneth, logró exhibir una sonrisa encantadora.

-No puedo saberlo, milady, porque yo sólo tengo ojos para vos. Ah, si pudiera sentiros a mi lado, vuestro cuerpo apretado apasionadamente contra el mío, conocería los placeres del paraíso.

Gwyneth rió por lo bajo.

-Señor de Marte, me dais motivos para temer por mi virtud. Nunca había sido cortejada con tanto atrevimiento.

-No tengo mucho tiempo -admitió Ragnor con picardía-. Debo partir mañana para reunirme con Guillermo. -Ante la evidente decepción de ella, sonrió.- Pero no temáis, dulce damisela. Regresaré, aunque sea en mi lecho de muerte.

-¡Vuestro lecho de muerte! -gritó Gwyneth, espantada-. ¿Pero adonde vais? ¿Debo temer por vuestra seguridad?

-Ciertamente, hay peligro. Los normandos no somos muy populares con los ingleses. Ellos quieren rechazar las pretensiones de Guillermo y elegir otro rey. Nosotros debemos persuadirlos de que él es la mejor elección.

-Lucháis valientemente por vuestro duque mientras mi hermano se divierte con esa ramera. Realmente, él carece de honor.

Ragnor se encogió de hombros.

-No para siempre -dijo.

-¿Wulfgar irá con vos? -preguntó Gwyneth, sorprendida.

-No, pero pronto terminará esto. Dios mío, mi destino se acerca rápidamente y a nadie le importa.

-A mí me importa —confesó Gwyneth.

Ragnor le tomó una mano y se la llevó a su pecho.

-Oh, amor, esas palabras son dulces para mis oídos. Sentid latir mi corazón dentro de mi pecho y veréis cuánto ansió poseeros. Venid a la pradera conmigo y dejad que yo tienda mi capa en el suelo para vos. Juro que no os tocaré. Solamente, dejadme abrazaros unos momentos antes que deba marcharme.

Gwyneth enrojeció intensamente.

-Sois muy persuasivo, señor caballero.

Él apretó su mano sobre la de ella.

-Damisela, sois demasiado hermosa para que yo pueda resistirlo. Decid que vendréis. Despedidme con un pequeño recuerdo de vuestra bondad.

-No lo haré -dijo Gwyneth, débilmente.

-Nadie lo sabrá. Vuestro padre duerme. Vuestro hermano se divierte. Decidme que vendréis, amor mío.

Ella consintió con una leve inclinación de cabeza.

-No os arrepentiréis de vuestra generosidad -murmuró Ragnor roncamente-. Yo iré primero y prepararé un lugar, después vendré a reunirme con vos. No os demoréis, os lo ruego.

La besó apasionadamente en la mano, enviando oleadas de ardiente excitación a través de todo el cuerpo de ella. Después se levantó y se marchó apresuradamente.

Wulfgar cerró la puerta tras de sí y se apoyó en ella, fatigado. Sintióse lleno de gratitud cuando vio que lo aguardaba un baño humeante.

-Manejas esta casa como si hubieras nacido con el talento para ocuparte de la comodidad de muchos -comentó mirando a Aislinn, y empezó a desvestirse.

Ella sonrió sobre su hombro y en sus ojos hubo un asomo de picardía.

-Mi madre me enseñó temprano esa responsabilidad -dijo.

Wulfgar gruñó.

-Está muy bien, serás una buena esclava.

La risa de Aislinn sonó con una nota de ácido humor.

-¿De veras, milord? Mi padre dijo una vez que yo tenía un carácter indomable.

-Y en eso creo que tuvo razón -replicó Wulfgar, y se metió en la tina de madera. Se recostó, con un suspiro-. Sin embargo, me gustan las cosas tal como están.

-Ah -repuso ella-, ¿Entonces te contentas con producir hijos bastardos?

-Todavía, querida, no has demostrado tu capacidad para dar hijos bastardos a ningún hombre.

-Todavía no pasó el tiempo necesario, milord. -Rió por lo bajo mientras se quitaba el vestido, y le volvió la espalda.- No bases tus esperanzas en fantasías. La mayoría de las mujeres, se sabe, son muy fértiles. Tú has sido muy afortunado en tus aventuras, eso es todo.

-Afortunado no... cuidadoso -la corrigió él-. He hecho un habito de averiguar el estado de la dama antes de entregarme al placer.

-A mí no me preguntaste -señaló ella.

Él encogió sus anchos hombros.

-Supuse que tú no lo sabrías, y no lo sabes. Esa es la desventaja de las jóvenes vírgenes.

Aislinn enrojeció intensamente.

-¿Entonces nunca has tenido una muchacha virgen, señor mío?

-Fue por elección.

-¿Te jactas de que si hubieras deseado una, habrías podido tenerla? -preguntó Aislinn con cuidado.

-Las mujeres no son muy dadas a discriminar. Yo hubiera podido tener muchas.

-Oh -dijo Aislinn-. ¡Qué confiado eres! ¡Y yo soy solamente una más entre tus muchas rameras!

Él la miró oblicuamente y se pasó distraídamente una esponja por el pecho.

-Digamos, querida mía, que tú has resultado la más interesante, hasta ahora.

-Quizá se deba a que no soy tan vieja como tus otras mujeres -estalló ella. Giró furiosa y caminó hasta la tina, donde adoptó para él poses provocativas, tocándose los pechos, la cintura y las caderas a medida que iba enumerando sus atributos-. Quizás mis pechos no cuelgan tan bajos o mis piernas no son tan torcidas. Tengo una cintura esbelta y mi mentón no desaparece entre pliegues de grasa. Seguramente, algo debe de haberte tentado a tomarme sin adoptar primero tus precauciones habituales.

Los ojos grises brillaron divertidos. Wulfgar estiró un brazo y con un rápido movimiento la atrajo y la metió en la tina. Aislinn gritó y trató de levantarse del regazo de él.

-¡Mi enagua! —sollozó ella, y los ojos rápidamente se le llenaron de lágrimas mientras apartaba de su piel la tela empapada-. Era la mejor que tenía y tú la has arruinado.

Wulfgar rió más fuerte. Apretó su cara contra la de ella y sonrió a esos ojos llameantes.

-Tu cabeza se hincharía de vanidad si yo confesara que eres, por lejos, la más hermosa y que serías capaz de seducir a cualquier hombre hasta hacerle olvidar sus convicciones. Ciertamente, te volverías muy presumida y fatua si yo sugiriera que eres más hermosa que cualquier otra mujer que yo haya visto. -La apretó con más fuerza cuando ella se retorció con furia irracional y trató de luchar con él- Podrías volverte excesivamente confiada y creer que yo nunca buscaría otra mujer porque te considero más deseable que cualquiera. Por lo tanto, yo no digo ni hago nada de eso y te hago un bien. Tu corazón podría ablandarse hacia mí y tú gritarías y te aferrarías a mí cuando yo eligiera otra para reemplazarte. No quiero lazos que sean difíciles de romper.-Y como haciendo una advertencia, añadió:- No te enamores de mí, Aislinn, o saldrás lastimada.

Los ojos de Aislinn brillaron con lágrimas turbulentas cuando ella le dirigió una intensa mirada.

-No temas -dijo ella-. Eres la última persona de toda la cristiandad de quien yo podría enamorarme.

Wulfgar sonrió.

-Está bien -dijo.

-Si desprecias a las mujeres, como dices, ¿por qué me haces esa advertencia? ¿Previenes a todas las mujeres con quienes tienes relaciones

Wulfgar aflojó un poco la presión con que la sujetaba y se recostó contra la tina.

Aislinn sonrió pensativa, apoyó sus brazos en el pecho de él y se sostuvo el mentón con las manos. Lo miró a los ojos

-Pero lo mismo, mi señor, yo soy una mujer. ¿Por que eres tan bondadoso conmigo cuando no, lo has sido con otras? Debes sentir por mí algo más de lo que sentiste por ellas. -Su sonrisa se acentuó perversamente mientras pasaba un dedo fino a lo largo de la cicatriz que cruzaba la mejilla de él- Ten cuidado, milord, no te enamores de mí.

Él la tomó de debajo de las rodillas y detrás de los hombros y la sacó, goteando, de la tina.

-Yo no amo ni amaré nunca a una mujer -declaró rotundamente-. Por el momento, te encuentro divertida. Eso es todo.

-¿Y después de mí, milord, quién?

Wulfgar se encogió de hombros.

-Quien quiera que me llame la atención.

Aislinn huyó por la habitación hasta un rincón oscuro que estaba de espaldas de él y aplastó sus manos contra sus oídos. Tembló llena de cólera y frustración y tuvo la seguridad de que el nunca le permitiría conscientemente, ponerse en una situación ventajosa. Era un juego que él jugaba con ella debido al desprecio que sentía por las mujeres, no permitiéndole jamás el menor grado de confianza en la relación con él, no permitiéndole jamás que se acercara al hombre encerrado en su caparazón. Él ridiculizaba y se burlaba de las mujeres mientras observaba las reacciones de ellas serenamente divertido, burlándose de con deliberada paciencia, hasta que ellas claudicaban o huían de los malos tratos de él. Pero él todavía no había llegado al fondo de las profundidades de ella, pensó Aislinn, ni había probado los límites dc su coraje. Era efectivamente una batalla que se libraba entre los dos. Mientras él le advertía despreocupadamente que no se enamorase de él, ella buscaba cualquier punto débil en esa pretendida armadura de odio.

Temblando en sus ropas mojadas, Aislinn se desnudó y rápidamente se metió en la cama y se tapó con las pieles hasta el mentón. Cuando él se le unió allí momentos más tarde, ella fingió dormir, acostada de lado, con la espalda hacia él. Aunque no podía verlo, sentía la presencia de él sobre ella y sonrió

secretamente para sí misma, preguntándose cuál sería el próximo movimiento de Wulfgar. Pronto lo supo. Él le puso una mano en el hombro, la obligó a acostarse de espaldas y ella se encontró mirando esos cálidos ojos grises cuando él se inclino sobre ella.

-Damisela, no estás dormida —dijo él en tono de burla.

-¿Tiene importancia? -preguntó ella, con un asomo de sarcasmo.

Él meneó la cabeza y la besó en la boca.

-No -dijo.

Gwyneth entró en el claro iluminado por la luna y ahogó una exclamación cuando una mano se apoyó en su hombro. Giró, sorprendida y temerosa al recordar los hombres corpulentos y rudos que habían llenado el salón de la casa señorial y se estremeció de miedo. Al ver el rostro sonriente de Ragnor, sin embargo, rió suavemente, y se sintió inmediatamente aliviada.

-Has venido —dijo él.

-Ciertamente, señor caballero, aquí estoy.

Ragnor se inclinó, la levantó en brazos y rápidamente la llevó una corta distancia internándose en el bosque. El corazón de Gwyneth latió aceleradamente ante la rapidez de las acciones de él. Rió por lo bajo, nerviosa, le rodeó el cuello con los brazos y se sintió pequeña e indefensa en el fuerte abrazo de él.

-Me has hecho olvidarme de mi cordura -murmuró ella en el oído de él-. Es difícil creer que sólo nos conocimos esta mañana.

Ragnor se detuvo, retiró su mano de abajo de las rodillas de ella y dejó que se deslizara hacia abajo hasta que tocó el suelo con las puntas de los pies.

-¿Fue hoy que nos conocimos? -preguntó roncamente, y la estrechó hasta que pudo sentir cada una de las curvas del cuerpo delgado de ella apretadas contra él-. Creía que habían pasado siglos desde que nos separamos en el salón.

Gwyneth sintió que la cabeza le daba vueltas enloquecidas.

-Oh, sólo fueron años, querido mío.

Él la besó febrilmente en la boca y ambos se estrecharon enardecidos por la pasión. Con gran destreza, Ragnor le desprendió el vestido y la camisa que dejó caer a los pies de ella, y suavemente la empujó sobre su manto que estaba extendido en el suelo.

Por un momento, sus ojos recorrieron de punta a punta el cuerpo de ella iluminado por la luz plateada de la luna. Le acarició los pechos pequeños mientras sus pensamientos evocaban un seno más lleno, más redondo, y recordaban la piel blanca y suave y los rizos de color cobrizo que se enroscaban seductores alrededor de un cuerpo hermoso. En su imaginación, vio las manos de Wulfgar apropiándose de tanta perfección. Ragnor se estremeció convulsivamente de irritación, provocando un grito de miedo en Gwyneth.

-¿Qué sucede? -preguntó ella, cubriéndose rápidamente con el manto de Ragnor-. ¿Viene alguien?

Las manos de él detuvieron el movimiento de ella.

-No. No es nada. La luna me hace tretas, eso es todo. Creí que allí había alguien que se movía, pero me equivoqué.

Gwyneth se relajó nuevamente entre los brazos de él, deslizó una mano debajo de la túnica y acarició los músculos duros del pecho de Ragnor.

-Me tienes en desventaja, señor caballero -jadeó ella-. Yo soy muy curiosa.

Ragnor sonrió y empezó a quitarse la ropa.

-Así está mejor -murmuró Gwyneth con aprobación cuando él quedó desnudo-. Qué hermoso eres, amado mío. Eres moreno como la tierra cálida y fuerte como un roble. Yo creía que los hombres no podían ser hermosos, pero estaba equivocada.

Sus manos lo acariciaron con osadía y despertaron en él las llamas de la pasión.

-Sé gentil conmigo -susurró ella, con la boca pegada al cuello de él, y se tendió de espaldas sobre la capa, sus ojos claros eran como estrellas en la noche, brillantes y lejanos hasta que Ragnor se inclinó sobre ella, cubriéndola con su cuerpo, para empezar a penetrarla lentamente.

Un lobo aulló a lo lejos cuando Ragnor por fin se sentó, se rodeó las rodillas con los brazos y miró a través de la oscuridad hacia la débil luz que venía de la ventana de la habitación del lord. Mientras él miraba la silueta de un hombre apareció en el rectángulo iluminado y después desapareció, para volver a aparecer

instantes después. La oscura silueta flexionó un brazo, y Ragnor sonrió, esperando que la práctica de armas de ese día hubiera afectado el placer de Wulfgar, pero cuando pensó en ello se decepcionó, porque sus propios miembros cansados no le habían afectado el suyo. La forma oscura se volvió de perfil hacia lo que Ragnor sabía que era la cama. Casi pudo ver la reluciente cabellera extendida sobre la almohada y el rostro ovalado, pequeño, suave y perfecto en el sueño, como si él fuera el hombre en la ventana.

Con qué intensidad deseaba vengarse. A veces casi creía que lo lograba, pero la venganza era escurridiza y evasiva como esa damisela que dormía en la cama del lord, irresistible e intocable, siempre tentadora. Su cuerpo se estremeció al recordar a la joven entre sus brazos. El pensamiento no le daba descanso, lo atormentaba día y noche, hasta que se veía obligado a aceptar que no quedaría satisfecho hasta que ella le perteneciera. Sonrió, sabiendo que se vengaría de Wulfgar apoderándose de ella. Y aunque Wulfgar no sintiera afecto por la muchacha, su orgullo sufriría lo mismo.

-¿En qué piensas? -murmuró suavemente Gwyneth, y estiró una mano para acariciarle el tórax musculoso.

Ragnor se volvió y la tomó nuevamente en brazos.

-Estaba pensando en lo feliz que me has hecho. Ahora puedo ir a reunirme con Guillermo llevándome el dulce recuerdo de ti, flameando en el pico más alto de mi imaginación.

Atrajo contra el suyo el cuerpo helado de ella.

-¿Tiemblas de frío, querida mía, o es la intensidad de tu amor?

Gwyneth le rodeó el cuello con sus brazos delgados y se apretó contra él.

-Las dos cosas, amor mío. Las dos cosas.

9

Los primeros rayos del sol, al caer sobre los árboles escarchados, los hacían centellear como si estuvieran salpicados de piedras preciosas. En el corral, las palomas zureaban y esponjaban sus plumas.

Ragnor dio un rápido golpe en la puerta de la cámara del lord, la abrió de un empujón y se encontró con la pareja que dormía. Con el instinto de un guerrero ante el peligro, Wulfgar rodó a un costado y aferró la espada que estaba en el suelo de piedra. Antes que la puerta hubiera dejado de moverse, él ya estaba de pie, listo para enfrentar al enemigo. Pese a que hacía apenas un instante se hallaba durmiendo pacíficamente al lado de una muchacha, ahora se lo veía completamente despierto, alerta, y muy capaz de enfrentar a cualquier atacante que amenazara la seguridad de los ocupantes de esa habitación.

-Oh, eres tú -gruñó Wulfgar, y volvió a sentarse en la cama.

Aislinn despertó mucho más lentamente, se incorporó a medias y miró a Wulfgar, confundida y soñolienta, pero no vio a Ragnor que estaba de pie junto a la puerta, en la penumbra de la habitación. La pequeña piel que ella aferraba en sus manos, revelaba más que cubría sus pechos, y fue hacia allí que Ragnor dirigió su mirada. Wulfgar lo |advirtió y levantó su espada hacia el caballero intruso.

-Tenemos un visitante madrugador, querida -dijo él, y observó con calma mientras ella, sorprendida, se apresuraba a cubrirse y clavaba la vista en Ragnor.

-¿Por qué vienes a mi habitación a esta hora, Ragnor? –preguntó Wulfgar, mientras se levantaba para envainar su espada.

Ragnor se llevó una mano al pecho y se inclinó con expresión burlona ante el cuerpo espectacular del hombre desnudo.

-Perdona, milord. Sólo quería, antes de marcharme de Darkenwald saber si tú deseabas algo más de mí antes que me ponga en camino Quizá quieres que le lleve un mensaje al duque.

-No, no deseo nada -replicó Wulfgar.

Ragnor asintió con la cabeza y se volvió para marcharse, pero se detuvo, se volvió y los miró nuevamente. En sus labios se dibujó lentamente una sonrisa.

-Deberéis tener cuidado en el bosque de noche. Hay lobos. Anoche, hace unas horas, los oí muy cerca.

Wulfgar lo miró inquisitivamente y se preguntó quién podría haber entretenido esta vez al galante caballero.

-En la forma en que haces tus rondas nocturnas, Ragnor, es evidente que pronto proveerás nuevamente de numerosos habitantes a Darkenwald.

Ragnor rió por lo bajo.

-Y quien primero parirá será mi bella dama Aislinn -dijo.

Antes de que sintiera la ira que habían provocado sus palabras un pequeño vaso le rozó la oreja y fue a estrellarse contra la puerta detrás de él. Ragnor miró a Aislinn, arrodillada en medio de la cama, con los puños fuertemente cerrados y sosteniendo una piel alrededor de su cuerpo. Se frotó la oreja y sonrió, admirado de la belleza de ella que la cólera sólo conseguía acentuar.

-Mi paloma, estoy abrumado por tu carácter apasionado. ¿Tanto te atormenta que anoche yo haya hecho el amor? Te aseguro que nada hice para despertar tus celos.

-¡Aaahhh! -gritó Aislinn, y miró a su alrededor, buscando otro objeto para arrojarle.

Como no encontró nada, saltó de la cama. Fue hasta donde Wulfgar estaba observándola divertido y tomó su espada, pero le resultó demasiado pesada para levantarla.

-¡¿Por qué te quedas ahí, riéndote de las pullas de él?! -le preguntó a Wulfgar, y golpeó furiosa el suelo con el pie-. Oblígalo a que muestre un poco de respeto por tu autoridad.

Wulfgar se encogió de hombros y sonrió.

-Él juega, como una criatura -dijo-. Pero si juega demasiado lo mataré.

La sonrisa desapareció de la cara de Ragnor.

-Estoy a tus órdenes, Wulfgar. -Sonrió torcidamente.- Á cualquier hora.

Sin agregar palabra, salió de la habitación.

Aislinn quedó un largo momento mirando la puerta cerrada, sumida en profundas reflexiones. Finalmente comentó.

-Señor mío, yo creo que él ve en ti una amenaza.

-No te dejes llevar por tu fantasía, querida mía -dijo Wulfgar secamente-. Él pertenece a una de las familias más ricas de Normandía. Me odia, es cierto, pero es porque piensa que solamente los caballeros de buena casta deberían llevar títulos. -Rió brevemente.- Además te desea.

Aislinn se volvió y lo miró a los ojos.

-Ragnor solamente me desea porque te pertenezco.

Wulfgar rió y la atrajo hacia sí. Le levantó el mentón y la miro fijamente.

-Por alguna razón, no puedo imaginármelo enfadado si yo le hubiera quitado a Hlynn.

La abrazó y la estrechó contra su pecho.

-Milord -protestó Aislinn, luchando por zafarse de ese vigoro abrazo—. Es de día. Deberías ir a ocuparte de tus tareas.

-Más tarde, dijo él roncamente, y la silenció con un beso apasionado que dejó a Aislinn débil y mareada, e incapaz de seguir resistiéndose. El era más fuerte y ella, luchando, sólo habría conseguido prolongar su aflicción.

Gwyneth bajó la escalera de piedra, sintiéndose, a esta hora temprana, alegre y enamorada del mundo. Había visto alejarse a Ragnor hacía unos momentos y supo que su corazón se iba con él. En el salón los hombres estaban sentados ante las mesas, alimentándose con pan carnes asadas. Le prestaron poca atención, porque estaban hablando animadamente entre ellos y sus carcajadas se elevaban estruendosa cada vez que alguien hacía una broma. Bolsgar aún dormía frente al hogar y cuando miró a su alrededor en busca de un rostro familiar Gwyneth sólo encontró a Ham, y al joven con quien Aislinn había hablado y reído la noche anterior. Ellos servían a los hombres de Wulfgar y no parecieron advertir su presencia, aunque cuando ella camino hasta la mesa del lord y ocupó su lugar, Ham se acercó poco después con comida para ofrecerle.

-¿Dónde está mi hermano? -preguntó ella-. Aquí, estos hombres parecen hallarse muy a sus anchas y ociosos. ¿El no les da trabajo para hacer?

-Sí, milady. Ellos sólo están aguardándolo. El todavía no ha bajado de su habitación.

-Su pereza se extiende como una plaga -dijo ella, en tono despectivo.

-Su costumbre es levantarse temprano. No sé qué lo está reteniendo.

Gwyneth se recostó en su asiento.

-La muchacha sajona, sin duda -dijo.

El joven Ham enrojeció de ira y abrió la boca para replicar pero la cerro antes de decir una sola palabra. Giró sobre sus talones y regresó a la cocina sin mirar hacia atrás.

Gwyneth picoteó la comida con expresión ausente, escuchando a medias a los hombres, y recordando a medias los hechos de la noche anterior. Cuando sir Gowain entró con el caballero, Beaufonte, los normandos gritaron un saludo y los llamaron.

-¿No teníais que ir a Cregan, esta mañana? -preguntó Gowain, dirigiéndose a Milboume, el mayor de los caballeros.

-Sí, amigo, pero Wulfgar parece que decidió, en cambio, permanecer en su habitación -replicó Milboume con una risa llena de picardía. Giro los ojos hacia arriba y chasqueó los dedos en un gesto que no escapó a sus camaradas, quienes rieron ruidosamente.

Gowain sonrió.

-Quizás deberíamos ir a ver cómo se encuentra y aseguramos que no está tendido en la cama con la garganta abierta. Por la forma en que Ragnor se marchó y lo maldijo antes de ponerse en camino, es muy probable que hayan tenido otra pelea.

El caballero mayor se encogió de hombros.

-Sin duda, se pelearon otra vez por esa muchacha. Ragnor está con la sangre en el ojo desde que se acostó con ella.

Gwyneth levantó la vista, sorprendida, con todos sus sentidos agitados en repentina confusión. Se le hizo difícil respirar como si alguien la hubiera golpeado en el pecho, y creyó que no podría soportar el dolor.

-Aja -dijo Gowain, sin dejar de sonreír-. Y no le sería fácil quitarle la muchacha a Wulfgar si él está decidido a conservarla. Pero ella es un precio por el cual, si fuera Ragnor, yo lucharía con ganas.

-Ah, amigo, ella es muy levantisca -dijo el mayor-. Será mejor que la dejes para un hombre con experiencia.

La conversación cesó abruptamente cuando una puerta se cerró con violencia en la planta alta. Apareció Wulfgar, bajando la escalera y ciñéndose la espada. Saludó a su hermana, quien lo miró con frialdad.

-Confío en que hayas descansado bien, Gwyneth.

Sin esperar respuesta, se volvió y fue hacia sus hombres.

-De modo que creéis que podéis demoraros porque yo lo hago. Bien, veremos quién vale más. -Cortó un trozo de pan, tomó una tajada de carne y fue hasta la puerta, donde se volvió y los miró otra vez. Sonrió lentamente.

-¿Por qué os demoráis? -dijo-. Yo voy a Cregan. ¿Y vosotros?

Todos se pusieron de pie y salieron en pos de él, sabiendo que les esperaba un día riguroso, y tropezaron unos con otros en la prisa que llevaban para no quedar rezagados.

Wulfgar ya estaba en su silla de montar, masticando el pan y la carne, cuando ellos se apresuraron a subir a sus caballos. Cuando por fin hubo un poco de orden, él hizo girar a su gran caballo y arrojó el resto del pan a Sweyn, quien lo observaba divertido. Enseguida espoleó los flancos de su montura y todos salieron al galope, en dirección a Cregan.

Gwyneth se levantó lentamente de la mesa, profundamente disgustada, caminó cuidadosamente hacia la escalera y subió.

Frente a la puerta de la habitación del lord, se detuvo, y acercó una mano, que temblaba violentamente, al picaporte, pero enseguida la retiró y se la llevó al pecho, con el puño cerrado, como si hubiera tocado fuego. Su rostro ceniciento se veía filoso y endurecido en las sombras y sus ojos claros parecieron atravesar la madera que la separaba de la joven que dormía pacíficamente del otro lado. Ahora sentía un odio que excedía el desprecio que le inspiraba Wulfgar, y juró silenciosamente que esa muchacha sajona tendría que sufrir su venganza.

Con gran cuidado, como si temiera que algún leve ruido pudiera despertar a la otra y advertir la maldad que ella sentía, Gwyneth se apartó de la puerta y caminó lentamente por el corredor hasta su pequeña habitación.

Cuando Aislinn despertó, poco tiempo después, se vistió y bajó al salón, donde se enteró de que Wulfgar había partido hacia Cregan. Sweyn había quedado a cargo de la casa señorial y en ese momento estaba tratando de intervenir como amigable mediador en una pelea que había estallado entre dos mujeres jóvenes por un peine de marfil que un soldado normando le diera a una de ellas. Aislinn salió a la escalera exterior y quedó allí, escuchando divertida los esfuerzos de Sweyn por aplacar a las muchachas. Una juraba que había encontrado el peine, la otra aseguraba que se lo habían robado. El vikingo, muy capaz de tratar con hombres, ahora parecía sentirse completamente perdido ante esta discusión.

Aislinn sonrió y levantó una ceja, en gesto burlón.

-Vaya, Sweyn, podrías cortarles el cabello a la moda normanda y entonces tendrían poca necesidad de un peine.

Las mujeres se volvieron sobresaltadas, con los ojos dilatados, y boquiabiertas. La súbita sonrisa de Sweyn impulsó a una a entregar el peine y alejarse a toda prisa de él, mientras la otra se marchaba en la dirección opuesta.

Aislinn no pudo contener la marea de hilaridad que la hizo estallar en alegres carcajadas.

-Ah, Sweyn, después de todo eres humano -dijo, y sonrió divertida-. Yo no lo hubiera creído. Que puedan confundirte unas simples mujeres Vaya, vaya...

-Malditas hembras —gruñó él, y caminó hacia la casa, meneando la cabeza.

La salud de Bolsgar había mejorado mucho desde el día anterior, cuando su cara tenía un color gris cerúleo. Ahora, su rostro resplandecía una vez más con un oscuro tono bronceado, y a mediodía él pudo tomar una abundante comida. Aislinn cambió las vendas de su pierna, quebró suavemente el lodo seco y con él extrajo largas tiras de sustancia corrompida. Vio que la herida ya empezaba a cicatrizar y que a su alrededor, la carne estaba adquiriendo un saludable color rosado.

A media tarde, Gwyneth bajó y se acercó a Aislinn.

-¿Tienes un caballo? Quiero ver esta tierra que Wulfgar se ha ganado.

Aislinn asintió.

-Una yegua de Berbería, briosa y veloz, pero es demasiado fogosa. Yo no aconsejaría...

-Si tú puedes montarla, sospecho que yo tendré pocas dificultades -replicó Gwyneth fríamente.

Aislinn luchó con las palabras.

-Estoy segura de que estás bien familiarizada con una silla de montar, Gwyneth, pero me temo que Cleome...

Fue silenciada abruptamente por la mirada asesina de la mujer. Aislinn cruzó las manos y se hizo silenciosamente a un lado ante el odio que vio en esos ojos.

Gwyneth se volvió y ordenó que ensillaran a la yegua y que le proporcionaran escoltas para la cabalgata.

Cuando trajeron a la yegua, Aislinn trató una vez más de advertir a la mujer y le dijo que sostuviera firmemente las riendas, pero otra vez se encontró con esa mirada de odio que la dejó helada y silenciosa.

Aislinn dio un respingo cuando Gwyneth fustigó con fuerza a Cleome con su látigo y envió a la yegua de un salto, adelantándose a su escolta. Desalentada, los vio alejarse y no se sintió tranquila cuando vio que tomaban la dirección que los llevaría hacia Cregan. No era el destino que llevaban lo que preocupaba a Aislinn sino la campiña a lo largo del camino. Los senderos estaban claramente trazados, pero si uno se apartaba de ellos había muchas cañadas y hondonadas, peligrosas para un jinete descuidado.

Con la aprensión pesándole sobre los hombros, Aislinn trató de ocupar su tiempo en tareas relacionadas con la casa. Pero resultó que se le fue la mayor parte de la tarde oyendo las quejas de Maida acerca de los modales y la falta de cortesía de Gwyneth. Aislinn escuchó todo lo que le fue posible y después, frustrada, se retiró al dormitorio. No le era posible hablar a Wulfgar acerca de su pariente, porque él ya detestaba a las mujeres lo suficiente para que Aislinn le diera aún más motivos para despreciarlas. Él podría considerarla a ella mal dispuesta hacia Gwyneth, y en ese caso no la escucharía con imparcialidad. Sin embargo, durante la mañana, Gwyneth había hecho sentir su presencia. Se había dedicado a revolver los cofres de Maida en busca de vestidos para sí misma, pero después se mostró petulante y ofensiva, porque todas las prendas de Maida eran demasiado pequeñas. Aunque era delgada, Gwyneth era alta como Aislinn y no menuda como la mujer mayor. Poco después, había ordenado que le subieran la comida a su habitación. Gwyneth abofeteó a Hlynn e hizo llorar a la muchacha por cualquier nadería. Como excusa, dijo que Hlynn era demasiado lenta en obedecer sus órdenes. Y ahora Gwyneth vagaba por la campiña montada en la yegua favorita de Aislinn.

Vagaba por la campiña, ciertamente, porque Gwyneth no sabía hacia dónde se dirigía. Era simplemente una carrera. Sentíase irritada y disgustada. La vista de esa joven mujer sajona que disfrutaba de la hospitalidad de su hermano era suficiente para ponerla sumamente nerviosa. Pero la cruda revelación de que su amante había estado primero con esa mujer, acabó con cualquier pequeña posibilidad de amistad que hubiera podido existir entre las dos... Y como si eso no fuera suficiente, Wulfgar cortejaba abiertamente a la zorra como si fuera una doncella de alta condición, cuando en realidad era una prostituta, obligada a obedecerle como una esclava. La perra tenía el descaro de decir que la yegua era suya. ¿Qué derecho tenía una sierva de poseer un caballo? Pero Gwyneth nada poseía, ni siquiera un vestido adecuado para lucir cuando regresara Ragnor; todas sus posesiones le habían sido quitadas por los normandos. Y Aislinn tenía ropas hermosas que Wulfgar le permitía conservar. Esa daga enjoyada que llevaba debía de valer una buena suma.

Gwyneth fustigó a Cleome y la yegua partió en un galope frenético. Los dos acompañantes seguían a cierta distancia, remisos a hacer que sus monturas se cansaran inútilmente. Acostumbrada a la firmeza y la destreza de su ama, la yegua sentía la falta de autoridad en las riendas flojas. Elegía su propio camino en el sólido sendero y prestaba muy poca atención a las órdenes de la amazona. El efecto fue que Gwyneth se enfureció, agitó las riendas y la yegua salió del sendero y se internó en el denso bosque.

Ahora Gwyneth castigó a la yegua hasta que por fin el animal bajó la cabeza y empezó a correr con pasos largos y veloces, atropellando los arbustos. Gwyneth sintió un poco de miedo cuando comprendió lo que ella misma había empezado, porque las ramas la golpeaban y las zarzas la arañaban. Sin embargo, la yegua siguió corriendo, subiendo cuestas y lanzándose a los pequeños valles.

Gwyneth oyó voces que la llamaban y le decían que se detuviese, pero la yegua tenía el freno entre los dientes y no obedeció cuando ella tiró de las riendas. El animal, enloquecido, siguió avanzando, más rápido, más rápido. Ahora Gwyneth sintió pánico. Adelante había una estrecha garganta pero el animal siguió corriendo, como si un monstruo rugiente viniera pisándole los talones. No se detuvo sino que saltó hacia el barranco. Gwyneth gritó y se arrojó de la silla mientras la yegua caía entre ruidos de ramas y arbustos rotos para terminar estrellándose en el lecho rocoso del barranco. Los dos acompañantes llegaron y detuvieron sus

cabalgaduras. Gwyneth se levantó, más furiosa que antes; olvidó su miedo y su propia estupidez y escupió palabras cargadas de veneno.

-¡Bestia estúpida! -gritó-, ¡Jaca mal nacida! ¡En el sendero andabas garbosamente, pero entraste en el bosque y empezaste a correr como una cierva perseguida!

Sacudió las hojas y el polvo de sus ropas y trató de arreglarse el cabello desordenado. Miró con odio al animal que gemía de dolor en el fondo del barranco y no hizo ningún esfuerzo por poner fin a su agonía. Uno de los acompañantes se apeó y fue hasta el borde de la hondonada. Regresó, sonriendo tristemente.

-Milady, me temo que vuestra montura está mal herida.

Pero Gwyneth echó la cabeza atrás y se volvió furiosa.

-¡Ah, esa jaca estúpida, no pudo ver un agujero grande como este! ¡Menos mal que se lastimó!

En ese momento llegó un nuevo sonido. Se acercaban jinetes. Desde las sombras oscuras del bosque, emergió Wulfgar, seguido de sus hombres. Detuvo su gran caballo de guerra junto a Gwyneth y sus acompañantes y los miró ceñudo.

-¿Qué pasa aquí? -preguntó- ¿Por qué estáis aquí? Oímos un grito.

El acompañante que seguía montado señaló el barranco y Wulfgar se acercó más. Frunció el entrecejo cuando vio la yegua de Aislinn tendida en el fondo. Muchas veces se había detenido a acariciar al hermoso animal y darle con la mano un puñado de avena. Se volvió y enfrentó a Gwyneth.

-¿Tú, querida hermana, montando a caballo, y en un animal que yo no te autoricé a usar?

Gwyneth sacudió una hoja seca de su falda y se encogió de hombros.

-Un caballo de una esclava, ¿qué importancia tiene? Ahora Aislinn no hubiera podido usarla; sus obligaciones la retienen en tu cámara.

La cara de Wulfgar se puso rígida, y con gran esfuerzo de su voluntad, habló sin gritar.

-¡Era un buen animal que tú has estropeado con tu irresponsable descuido! Tu desconsideración por la propiedad ajena, Gwyneth te ha llevado a perder un valioso animal.

-La yegua era demasiado fogosa -replicó Gwyneth con voz serena-. Hubiera podido matarme.

Wulfgar se tragó una réplica mordaz.

-¿Quién te dio permiso para montar esa yegua? -preguntó.

-No necesito tener permiso de una esclava -repuso ella con altanería-. Era la yegua de Aislinn, por lo tanto estaba a disposición mía, para que yo la usara a discreción.

Wulfgar apretó los puños.

-Si Aislinn es una esclava, entonces lo que ella posee me pertenece -dijo con voz baja y cargada de ira-. Porque yo soy señor de todo esto y todo lo que hay aquí es mío. Tú no maltratarás a mis caballos ni a mis esclavos.

-¡Fui yo la maltratada! -respondió Gwyneth, airada- ¡Mírame! Hubiera podido matarme cabalgando en esa bestia y nadie me advirtió que mi vida corría peligro. Aislinn hubiera podido detenerme pero creo que le hubiese gustado verme muerta. Ella no me dijo ni una palabra para advertirme.

La expresión de Wulfgar se volvió ominosa.

-Realmente, Wulfgar, no sé qué ves en esa muchacha ñoña –dijo Gwyneth-. Yo hubiera creído que elegirías mejor, después de acostumbrarte a las damas de la corte de Guillermo. Ella es una perra astuta, artera y simuladora, y al final tendrá tu cabeza y la mía.

Wulfgar giró abruptamente con su caballo y se dirigió a sus hombres. Levantó un brazo y les indicó que se marcharan.

-¡Wulfgar! -gritó Gwyneth, golpeando el suelo con el pie- Lo menos que puedes hacer es pedir a uno de tus caballeros que se apee y me dé su caballo para regresar.

Él volvió la cabeza y la miró un largo momento con una cara que parecía tallada en piedra. Después se dirigió al acompañante de ella que todavía seguía montado.

-Levántala, Gard, y llévala en ancas de tu caballo de regreso a Darkenwald. Quizá, en el viaje, ella aprenderá el valor de un animal de calidad.

Miró nuevamente a Gwyneth, quien a su vez le dirigió una mirada glacial.

-No, querida hermana, lo menos que yo puedo hacer es terminar el trabajo que tú tan descuidadamente empezaste.

Escupió las palabras, como si le resultaran desagradables y se apeo. Ató las riendas de su caballo a un arbusto cercano y bajó cuidadosamente el barranco hasta llegar cerca de la cabeza de Cleome Se inclino, aferró firmemente a la yegua por la quijada y dobló la cabeza hacia arriba hasta que miró en esos ojos grandes y suaves. Cleome trato gallardamente de incorporarse, pero Wulfgar, con dos rápidos golpes de su daga, cortó las venas palpitantes de cada lado de la garganta del animal y después dejó nuevamente la cabeza en el suelo. Muy apesadumbrado, regresó lentamente a su propia cabalgadura. Lentamente, los sonidos que subían del fondo del barranco fueron apagándose hasta que el silencio flotó pesadamente sobre el bosque.

Wulfgar hizo girar a su caballo con un tirón de las riendas y lo espoleó hasta que alcanzó al grupo. Pero antes, en tono cortante, ordeno al otro acompañante de Gwyneth que regresara y recogiera la brida y la silla de Cleome.

El grupo continuó en silencio mientras caía la noche, hasta que llegaron a Darkenwald, donde un grito del vigía anunció su arribo.

Wulfgar vio el vestido azul de Aislinn, quien había salido a la puerta para esperarlos, y las palabras de Gwyneth volvieron, pesadas, a sus pensamientos. ¿Qué telaraña de seducción había tejido la muchacha alrededor de él, que podía sentirse tranquilo cuando le volvía la espalda? ¿Algún día ella le clavaría entre las costillas esa pequeña daga que él le había permitido que conservara? Ella misma había dicho que estaba más segura con él vivo, y eso era verdad, ¿pero qué sucedería después? ¿En el futuro, las circunstancias harían conveniente su muerte y ella sería la encargada de la ejecución? ¡Dios, él no podía confiar en ninguna mujer! Apretó la mandíbula cuando recordó cuánto disfrutaba en su compañía. Ella sería difícil de reemplazar, porque lo complacía intensamente. Sería un tonto si permitía que las acusaciones de su hermana lo llevaran a dejarla a un lado. Un hombre no hubiera podido encontrar una compañera de cama más encantadora. Mientras él confiara en ella, podría gratificarse con Aislinn y no sufrir las consecuencias. Casi volvió a sonreír, aunque recordó a la yegua y supo que tendría que comunicar su pérdida a Aislinn. Sus pensamientos volvieron a Gwyneth. Otra mujer con cuya idiotez debía vivir, pero una que no le proporcionaba ningún placer.

Aislinn permaneció en silencio mientras ellos se acercaron. Sweyn había salido de la casa y aguardaba junto a ella. Cuando Wulfgar encontró su mirada ella enrojeció ligeramente, incapaz de olvidar las apasionadas caricias de él esa misma mañana, pero él arrugó el entrecejo, desvió la mirada y por encima del hombro ladró una orden a sus hombres. Malhumorado, detuvo a su caballo, se apeó, y entregó las riendas a Gowain.

Ignoró a Aislinn, pasó junto a ella, abrió la puerta con un violento empujón y entró en la casa.

Aislinn se sintió muy confundida cuando miró a los hombres uno a uno mientras ellos se llevaban los caballos, pero todos evitaron mirarla y ninguno habló. Aislinn se volvió, intrigada, y entonces vio a Gwyneth que venía cabalgando detrás de uno de sus acompañantes. Aislinn miró a su alrededor, todavía más desconcertada, buscando a la pequeña yegua entre los enormes caballos normandos, pero por más que trató no vio a Cleome. Miró nuevamente a Gwyneth y vio que ella se apeaba y se sacudía las faldas.

Gwyneth levantó hacia ella sus ojos helados, como desafiándola a que preguntara. Aislinn se tragó un grito de desaliento, dio media vuelta y corrió en pos de Wulfgar.

Lo encontró sentado ante una mesa, con la vista clavada en un cuerno de ale que tenía en la mano. Él levantó la mirada cuando ella se le plantó delante.

-¿Dejaron a Cleome en Cregan? -pregunto suavemente, casi sabiendo ya la respuesta.

Él suspiró profundamente.

-No. La yegua se quebró las patas delanteras y yo tuve que poner fin a sus sufrimientos. Está muerta, Aislinn.

-¡¿Cleome?! -Aislinn medio rió, medio sollozó-. ¿Pero como? Ella conocía muy bien los senderos.

A sus espaldas sonó una voz aguda y cortante.

-¡Ja! Esa jaca estúpida no era capaz de encontrar su camino en el más fácil de los senderos; se metió en un agujero y al hacerlo me derribó. ¡Vaya, hubiera podido matarme! Tú no me advertiste de su maldad, Aislinn.

-¿Maldad? -repitió Aislinn, confundida-. Cleome no era mala. Era un animal excelente. No había otro más veloz que ella.

-¡Bah! Puedes interrogar a mis acompañantes sobre esa bestia maligna. Ellos mismos la vieron y pueden confirmar lo que digo. ¿Qué querías ganar tú con mi muerte?

Aislinn meneó la cabeza, completamente atontada. Sintió sobre ella la mirada penetrante de Wulfgar. Era como si él, con su silencio, también estuviera interrogándola. Intentó reír.

-Te regocijas con crueldad, Gwyneth. Fue mi caballo el que mataste.

-¡Tu caballo! -dijo Gwyneth, en tono despectivo-. ¿Tu reclamas un caballo? ¿Una simple esclava? -Sonrió mientras Aislinn la miraba con los ojos dilatados.- Te refieres al caballo de mi hermano, ¿verdad?

-¡No! -gritó Aislinn-. ¡Cleome era mía! ¡Mi padre me la regalo! -Miró furiosa a hermana y hermano y estuvo a punto de ahogarse. -Ella era todo lo que yo...

El resto fue entrecortado por los sollozos. Wulfgar se levanto y le puso una mano en un brazo, como para consolarla, pero ella se apartó airada y huyó de ellos en busca de la poca privacidad que podía permitirse. Subía las escaleras cuando sonó la voz de Gwyneth.

-¡Alto ¡Tú no te marchas hasta que te lo ordenen!

Hasta Wulfgar fue tomado por sorpresa y miró inquisitivamente a su hermana. Ella se volvió hacia él.

-¡Yo soy tu hermana mientras esa perra quejosa es solamente tu esclava! ¡Una esclava cautiva! -exclamó-. ¡Yo tengo que andar descalza y en harapos mientras tú llevas a tu cama a esta ramera inglesa y la vistes con ropas de calidad! ¿Te parece justo que tu hermana tenga que sufrir así mientras los esclavos disfrutan los privilegios de tu hospitalidad? ¡A ella la tienes por encima de mi padre y de mí, como si fuera un premio al coraje que hubieras ganado, y nosotros debemos comer los restos de tu mesa mientras a esa perra la sientas a tu lado donde puedas acariciarla a tu gusto!

Gwyneth no vio el ceño tempestuoso de Wulfgar. Aislinn había quedado paralizada ante la orden de ella y ahora, a pesar de la cólera tremenda que ardía en su interior, notó la tormenta que se avecinaba en la cara de él.

Bolsgar se incorporó dificultosamente sobre un codo.

-¡Gwyneth! ¡Gwyneth, escúchame! -ordenó-. No hablarás a Wulfgar de esa manera. Él es un caballero de Guillermo y ellos han conquistado esta tierra. Aunque yo no he sido derrotado en combate me han quitado mis tierras. Hemos venido aquí mendigando y estamos a merced de él. Si es que yo soy tu padre tú no abusarás de la amabilidad de él.

-¡Mi padre, ciertamente! -Gwyneth se plantó frente a él y señaló con su látigo el escudo sin blasón- ¿Fuiste acaso mi padre cuando enviaste a mi hermano a la muerte? ¿Fuiste mi padre cuando murió mi madre? ¿Fuiste mi padre cuando me sacaste de mi hogar y me hiciste atravesar media Inglaterra para llegar a esta sucia choza porque oímos que los normandos hablaban de este bastardo, Wulfgar, y estaba aquí? Fui yo quien hoy he sido maltratada e injuriada. Casi perdí la vida. ¿Te pones a favor de una esclava y en contra de tu hija, o por una vez serás realmente mi padre?

Abrió la boca para continuar su ataque, pero la voz de Wulfgar se adelantó y la silenció con tonos atronadores.

-¡Cierra la boca, mujer!

Gwyneth giró para enfrentarlo y se encontró con los ojos duros y penetrantes de él.

-¡Cuida tus modales en este lugar! -ordenó él en voz baja grave trenada de cólera, y dio un paso hacia ella- Cuídalos bien, hermana mía. Me has llamado bastardo. Eso soy. Pero no fue por elección mía. Y te quejas de que tu madre murió, ¿pero de qué? Yo creo que murió, en gran parte, por su propia voluntad. Mi hermano, gallardo caballero de Haroldo, murió en un campo de batalla. Ningún hombre lo envió. Fue su juramento, su honor, lo que lo llevó allí. Murió como un hombre por la causa que él mismo había elegido. ¿Pero qué hay de mi causa, hermana? ¿Fue elección mía? ¡Tú! ¡Tu hermano! ¡Mi madre! ¡Tu padre! Todos vosotros me arrojasteis a este destino. Me enviasteis lejos, del otro lado del mar, a fin de que yo no manchara vuestro nombre y os causara vergüenza. Yo era joven y no sabía nada de cuestiones de sangre, era simplemente un muchacho y no conocía más que un padre.

Se volvió hacia Bolsgar.

-¿Y tú dices, milord, que mi madre trató de enderezar un entuerto? -Rió fríamente.- Yo digo que ella buscó la venganza de una esposa astuta y regañona, porque ¿quién fue lastimado por sus palabras? ¿Ella? Muy poco. ¿Mi hermana? -Se inclinó y señaló a Gwyneth- Nada de eso, porque ella era la más hermosa para los ojos de mi madre. ¿Mi hermano? Nunca, porque él era el favorito. ¿Tú? Sí, profundamente, diría yo,

porque tú y yo éramos realmente padre e hijo. Pero tú, por el honor de ella, me expulsaste, me arrojaste de tu lado, me enviaste lejos, con ese borrachín vanidoso que se quedaba con el dinero que le enviabas y me daba a mí nada más que una ínfima parte.

Los ojos de acero gris se posaron helados en Gwyneth, nuevamente.

-No vuelvas a decirme lo que yo le debo a mi familia. Acepta sin quejarte lo que se te da con buena voluntad, porque yo no me siento obligado a nada. Criticas libremente mis placeres. -Señaló a Aislinn- Eso, también, es asunto mío y no tuyo, porque yo la tendré a ella como mejor me parezca, sin importarme lo que tú digas. Ten cuidado cuando hablas de ramera y bastardo, porque yo no me opongo a golpear a una mujer. Muchas veces me he visto tentado a hacerlo y algún día podría ceder a ese impulso. De modo que estás advertida.

"Ahora, en cuanto a la yegua que tomaste sin mi permiso, está muerta y yo sé apreciar un buen animal y ella era una yegua de mucho valor. En cuanto a eso que dices, que era un animal malvado y demasiado fogoso, yo digo que estaba un poco arisca pues a Aislinn no se le había permitido montarla estas semanas, desde mi llegada. Yo creo que esa fue la razón que causó su muerte y casi la tuya. Dejaremos esto así, y no escucharé más acusaciones sin pruebas. Además, sugiero que trates de consolarte con un guardarropa más modesto que el que estabas acostumbrada. No tengo ni deseos ni paciencia para escuchar tus lamentaciones acerca de esas cosas. Si te sientes maltratada e injuriada, habla con las mujeres de Inglaterra y entérate de sus pérdidas y de lo que han sufrido ellas."

Ignoró la expresión furiosa de Gwyneth y caminó hasta el centro del salón, donde se volvió y la miró nuevamente.

-Debo partir por la mañana, por orden del duque -dijo, atrayendo la mirada sorprendida de Aislinn—. El viaje tendrá una duración que yo no puedo saber, pero cuando regrese, espero que hayas aceptado el hecho de que yo soy aquí el amo y que dirigiré esta casa y mi vida como más me guste y me parezca más conveniente. Sweyn estará aquí en mi ausencia y lo respetarás debidamente. Dejaré dinero para vuestras necesidades, no porque tú lo exijas sino por la razón de que esa era mi intención. Ahora, me canso fácilmente del palabrerío de las mujeres y te pido que no vuelvas a poner mi paciencia a prueba. Estás despedida, querida hermana. Si no lo entiendes, eso significa que estás en libertad de retirarte a tu habitación.

Aguardó hasta que ella, en silencio, dio media vuelta y subió la escalera, pasó junto a Aislinn sin mirarla, entró en su habitación y cerró con un fuerte portazo. Aislinn levantó sus ojos violetas hacia Wulfgar, y en esas profundidades él reconoció la angustia que ella sentía. Por un largo momento se miraron a los ojos, después él vio que ella se volvía y observó su espalda enhiesta y el suave contoneo de sus caderas. Orgullosamente erecta, Aislinn subió lentamente la escalera.

Wulfgar se percató de la mirada de su padre y se volvió para enfrentar al anciano caballero, medio esperando cierta reprobación. En cambio, en los labios de Bolsgar había un asomo de sonrisa. Él asintió casi imperceptiblemente con -la cabeza y volvió a recostarse, con la cabeza apoyada en las pieles, para quedar mirando fijamente el fuego. La mirada de Wulfgar fue hasta Sweyn, quien permanecía junto a la puerta. La cara del nórdico estaba desprovista de toda expresión, pero los dos amigos conocían mutuamente sus pensamientos. Después de unos momentos, Sweyn dio media vuelta y salió del salón.

Wulfgar tomó su yelmo y su escudo y subió la escalera. Sus pisadas sonaron lentas, pues él casi obligó a sus pies a subir los peldaños. Sabía que Aislinn sentía profundamente la pérdida de su yegua. El se consideraba capaz de tratarla cuando ella estaba encolerizada, ¿pero qué haría con sus momentos de dolor? Ninguna fuerza superior podría aliviar el dolor causado por la pérdida innecesaria de la yegua de Berbería. Se culpaba a sí mismo por lo sucedido. Hubiera podido evitar todo con una simple palabra, pero su mente había estado en otras cosas, en sus obligaciones y en estas propiedades que necesitarían ser cuidadas en su ausencia.

Entró en la habitación y cerró suavemente la puerta tras de sí.

Aislinn estaba cerca de la ventana, con la cabeza apoyada en el postigo interior. Las lágrimas dejaban trazos húmedos en sus mejillas y caían sobre su pecho. Él la observó un momento y después, con su habitual cuidado, se quitó y dejó a un lado los accesorios de su profesión: su camisote, su yelmo, su espada, su escudo, cada cosa en su lugar.

Se consideraba un hombre sin compromisos y no necesitaba de ninguna mujer que le trastornara sus pensamientos. Había vivido su vida dura y vigorosamente. En la misma no había lugar para una esposa, y

ninguna muchacha lo había hecho desear una compañera permanente. Ahora, sentíase abrumado por la falta de gentileza en su vida. No sabía en qué forma acercarse a una muchacha afligida y expresarle su simpatía. Nunca había habido una ocasión en que tuviera que hacerlo, o en que él quisiera hacerlo. Sus episodios con mujeres habían sido breves, sin profundidad, y raramente pasaban de una o dos noches con la misma amante. Él tomaba a las mujeres para satisfacer un deseo básico. Cuando se aburría de ellas, simplemente las abandonaba sin ninguna explicación. El afecto o los sentimientos de ellas poco importaban. Sin embargo, sentía la pérdida de Aislinn y compadecía a la muchacha, porque él también había experimentado la tristeza de perder a un caballo favorito.

Como si lo guiara un conocimiento interior, se acercó a ella y la tomó en brazos, silenciando los fuertes sollozos contra su pecho fuerte y endurecido. Tiernamente, le apartó los cabellos de las mejillas y besó cada una de las lágrimas hasta que ella levantó su boca hacia la de él. Esta respuesta lo sorprendió agradablemente, aunque sintióse dominado fugazmente por cierta confusión ante el estado de ánimo de ella. Desde que él la tomara por primera vez, ella toleraba sus avances como cualquier esclava toleraría a su amo, aparentemente ansiosa por que el momento pasara de una vez. Pero ella se resistía a los besos de él y desviaba la cara cuando podía, como si temiera rendirse a él. Ahora, en su dolor, ella buscaba casi con ansiedad los besos de él, y sus labios suaves, cálidos, entreabiertos y húmedos, despertaban en Wulfgar un apasionado ardor. La sangre empezó a correr por sus venas y a latir con la fiera turbulencia de una tormenta en el mar. Él dejó de pensar en las reacciones de ella, la levantó en brazos y la llevó a la cama. Ella se mostró completamente dócil y dispuesta.

Un fino rayo de luz de luna se filtraba sin esfuerzo entre los postigos cerrados e invadía la habitación donde Aislinn yacía dormida, tibiamente acurrucada, segura, protegida en los brazos de su caballero. Wulfgar, en cambio, descansando pero completamente despierto, reflexionaba en los momentos pasados, incapaz de encontrar algo de lógica en su mente confundida.

Aislinn despertó cuando los primeros resplandores grisáceos del amanecer se abrieron camino entre los postigos e invadieron la habitación. Se quedó saboreando la tibieza del cuerpo de Wulfgar y el contacto del hombro musculoso debajo de su cabeza.

Ah, mi bello señor, pensó ella, pasando la punta de un dedo por las costillas de él. Eres mío y es solamente una cuestión de tiempo, creo, hasta que tú también lo sepas.

Aislinn sonrió, evocando la noche pasada pero gozando de los momentos tranquilos, silenciosos del presente. Se incorporó sobre un codo para estudiar mejor a su lord, maravillada ante la hermosura de las facciones de él, y súbitamente se sintió rodeada por esos brazos y atraída hacia él. Sorprendida por el fingido sueño de él, Aislinn ahogó una exclamación y luchó por liberarse. Él abrió los ojos y le sonrió con la mirada.

-Querida mía, ¿tanto me deseas que debes despertarme de un sueño profundo?

-Eres un vanidoso —lo acusó ella.

-¿De veras, Aislinn? -preguntó él, levantando un ángulo de su boca y con los ojos grises brillando de picardía-. ¿O es tu hambre de mí? Creo que en tu corazón debe albergar algún buen sentimiento hacia mí, mi pequeña bruja.

El tono burlón de él la irritó.

-Es mentira -replicó en tono cortante-. ¿Acaso una sajona buscaría a un normando?

-Aaahhh -suspiró él, ignorando las protestas de ella-. Me será difícil encontrar una muchacha tan entretenida en el camino, e imposible una que me tenga un poco de afecto.

-Oh, bufón presumido y necio -gritó ella, y trató de apartarse de él. Pero él la abrazó con más fuerza y aplastó contra su pecho los pechos desnudos de ella, mientras su sonrisa se acentuaba por el placer.

-Si pudiera llevarte conmigo, Aislinn, entonces no podría aburrirme. Pero es una lástima, me temo que alguien como tú no podría resistir el ritmo de marcha de batalla, y no quiero arriesgar un tesoro tan valioso en un juego estúpido.

Le pasó las manos detrás de la cabeza y la obligó a que sus labios se encontraran con los de él. La besó largamente, apasionadamente, con una boca exigente, ardiente, insistente. Nuevamente Aislinn sintió que se debilitaba su voluntad de resistirse. Wulfgar rodó con ella hasta quedar encima, sujetándola con su peso, pero ahora no era necesario obligarla por la fuerza. Ella le deslizó una mano detrás del cuello. Los fuegos crecientes que corrían como plomo fundido por sus venas y palpitaban con pulsante agonía en la profundidad de su vientre, la hacían desear intensamente que él la poseyera y calmara su sed. Ese mismo intenso deseo

empezó a poseerla como hacía unas pocas horas, cuando su joven cuerpo respondiera apasionadamente a él, casi con una voluntad propia, haciéndola arquearse hacia arriba con cada penetración de él. Y cuando él se había apartado, ella había quedado todavía sedienta de sus caricias, con una extraña y hambrienta frustración que no hubiera podido explicar.

La vergüenza por su conducta anterior y el pensar en las burlas de él ahora enfriaron su pasión. Él la usaba y después se mofaba de ella porque había sentido algo de la pasión que sentía él. ¿No había ninguna delicadeza en él? ¿Cómo podía ella sentirse fría y distante cuando él, con sus besos, la llevaba hasta los límites de la cordura? ¿Era posible que ella estuviera enamorándose perdidamente?

El pensamiento le cayó como un balde de agua helada. Saltó, haciendo que él la soltara, se retorció hacia un lado, casi lo arrastró con ella y rodó hasta el borde de la cama.

-¿Qué demonios...? -gritó él y estiró el brazo para traerla de vuelta.

En otro momento no hubiera sido necesaria una batalla. Ahora él estaba ansioso y perturbado con ella.

-Ven aquí, muchacha —dijo.

-¡No! -gritó Aislinn y se arrojó de la cama. Ya estaba preparada para pelear, su pecho agitado, su cabellera de color cobrizo cayendo como una salvaje cascada alrededor de su cuerpo desnudo-. ¡Te ríes de mí y después buscas tu placer! Bien, búscalo en alguna vieja prostituta.

-¡Aislinn! -gritó él y se lanzó en pos de ella.

Ella gritó y saltó, de modo que la cama quedó entre los dos.

-¡Vas a luchar contra mi pueblo y esperas que te despida con buenos deseos! ¡El cielo me asista!

Aislinn presentaba un espectáculo delicioso y seductor, de pie en el rayo de luz, su cuerpo esbelto despidiendo un dorado resplandor en el sol matinal. Él fue hasta los pies de la cama y allí se detuvo y se apoyó en uno de los sólidos postes, y la miró entre divertido y desconcertado. Ella le devolvió una mirada desafiante, consciente de la desnudez de él, de la pasión y la fuerza de él, pero decidida a salvar este pedacito de orgullo que le quedaba.

Él sonrió lentamente.

-Ah querida, haces que me sea muy duro pensar en dejarte, pero debo hacerlo. Soy un caballero de Guillermo. -Se acercó a ella con pasos mesurados y ella lo miró con desconfianza, lista para saltar nuevamente del otro lado de la cama si él hacía un movimiento para alcanzarla. -¿Querrías que descuide mis obligaciones?

-Tus obligaciones han costado demasiadas vidas inglesas. ¿Cuándo terminarán?

El se encogió de hombros y respondió con soltura.

-Cuando Inglaterra se haya inclinado ante Guillermo.

Con un rápido movimiento, extendió una mano y la tomó de un brazo sorprendiéndola descuidada, y la atrajo hacia él. Ella luchó furiosamente pero sin resultado, porque él la tenía rodeada firmemente con sus brazos. Él rió por lo bajo de los esfuerzos de ella, muy complacido, y Aislinn, con un gemido de frustración, cesó de resistirse y quedo inmóvil contra él, sabiendo que si seguía moviéndose sólo conseguiría excitar aún más las pasiones de Wulfgar.

-Ya ves, Aislinn, se hace lo que dispone el señor de la casa, no lo que desee la esclava.

Aislinn emitió un sonido furioso debajo del beso de él y no cedió a la excitación que le producían los labios quemantes de Wulfgar. En cambio, se mantuvo fría y rígida contra él. Después de un largo momento, él se apartó y vio la mirada burlona de ella.

-Por una vez, Wulfgar, mi caballero normando —jadeó ella, y en sus ojos violetas resplandecía el calor que él no encontraba en sus labios-. Esto es lo que la esclava desea...

Se apartó cuando las manos de él la soltaron, y le hizo una graciosa reverencia. Lo miró de pies a cabeza y se percató de que los deseos de él no se habían calmado.

-Ponte la ropa, mi señor. Estos días pueden enfriar al más robusto de los hombres.

Aislinn levantó una piel, se envolvió con ella, lo miró con perversa picardía y sonrió. Giró sobre sus talones, rió por lo bajo y fue hasta el hogar, donde puso leños pequeños sobre las ascuas que todavía ardían. Sopló sobre el fuego pero retrocedió inmediatamente porque voló la ceniza, y se sentó sobre sus talones, frotándose los ojos enrojecidos, mientras las risas de Wulfgar llenaban la habitación. Ella hizo una mueca y colgó la olla de agua del gancho, sobre el fuego que empezaba a arder alegremente.

El se acercó al calor del hogar y empezó a vestirse.

El agua hirvió y ella fue hasta donde estaban colgados la espada y el cinturón de él, encontró el cuchillo con su vaina y regresó con él. Empezó a afilar la hoja en la piedra del hogar. Él enarcó una ceja y la miró, intrigado por lo que ella hacía.

-Mi carne es mucho más tierna que la tuya, Wulfgar —explicó Aislinn-. Y si quieres andar con la cara bien rasurada, debes mantenerla así. Los cañones de barba que tienes en el mentón me irritan la piel, y puesto que he visto cómo rasuraron a mi gente, creo que no sería indecoroso que me permitieras el pequeño honor de retribuir el favor.

Wulfgar miró la pequeña daga de ella que estaba sobre el vestido y recordó sus pensamientos del día anterior. ¿Aislinn había decidido matarlo ahora, cuando él tenía que ir a luchar contra el pueblo de ella? ¿Debía decirle que él no mataba sin necesidad? Por Dios, ahora sabría la verdad. Asintió con la cabeza.

-Quizás tu mano es más suave que otras, Aislinn -replicó. Tomó una toalla y la metió en la olla. La exprimió, sacudió en el aire el paño de lino para enfriar el vapor, se recostó en una silla y puso la toalla, plegada varias veces, sobre su cara.

-Ah, Wulfgar, has adoptado una pose muy tentadora -dijo Aislinn, mirándolo divertida-. Si esto hubiera sucedido hace una luna, si entonces una garganta normanda hubiese quedado así, expuesta ante mí...

Se levantó y se le acercó, probando con el dedo el filo de la hoja. Wulfgar se quitó la toalla de la cara y miró a Aislinn a los ojos, con expresión ceñuda. Ella le sonrió con picardía, y agitó su cabellera con un movimiento de cabeza. Habló en tono despreocupado.

-Ah -dijo-, pero si no temiera a mi próximo amo, la tentación podría ser mucho más grande.

Por toda respuesta, él le dio una fuerte palmada en las nalgas. Ella emitió un leve chillido y se puso seria. Lentamente, empezó a pasar la bien asentada hoja por las mejillas de él, hasta que la cara quedó nuevamente suave. Cuando terminó, él se pasó una mano por el rostro, sorprendido por el hecho de que ella no le hubiera dejado una sola cortadura.

-Un caballero no podría tener un sirviente mejor -dijo él, y la atrajo y la sentó sobre sus rodillas. La miró fijamente a los ojos y murmuró roncamente: —Recuerda que eres mía, Aislinn, y que yo no quiero compartirte con nadie.

-¿Me aprecias, después de todo, milord? —murmuró ella suavemente, y le rozó con un dedo la cicatriz de la mejilla.

El no respondió a la pregunta y se limitó a decir:

-Recuérdalo.

Con un hambre apasionada, la abrazó y la besó, y esta vez saboreó el ardor y la pasión de que la sabía capaz.

10

La mañana era fría y húmeda, con un viento fuerte que lanzaba la lluvia sobre las colinas y a través de cualquier grieta que tuviera la casa señorial. Pequeñas corrientes de brisa helada se colaban por debajo de las puertas exteriores, trayendo gotas de agua y agitando el aire helado del interior del salón. Aislinn se arropó más profundamente en su chal de lana y con dedos entumecidos de frío cortó un pequeño trozo de pan para masticar, mientras iba hacia el hogar, frente al cual estaban Bolsgar y Sweyn. El fuego, recién avivado, apenas empezaba a calentar la estancia, y ella se sentó en un pequeño escabel junto al sillón de Bolsgar. En los días siguientes a la partida de Wulfgar, había aumentado su afecto por el anciano caballero, porque él le recordaba mucho a su padre. Él era como un cojín que amortiguaba la grosería de Gwyneth y hacía la vida más tolerable cuando esa mujer estaba cerca. Él era amable y comprensivo, todo lo contrario de su hija.

A menudo Aislinn buscaba su consejo sobre cuestiones concernientes a la casa o los siervos, y sabía que la sabiduría de las recomendaciones de él venía de la experiencia adquirida a través de los años. Sweyn también solía pedirle su opinión, y con mucha frecuencia se demoraba en la compañía de Bolsgar para saborear un cuerno de ale y evocar los días en que Wulfgar todavía era considerado un verdadero hijo. Cuando los hombres se entregaban a esos recuerdos, Aislinn se sentaba con ellos y escuchaba en silencio, con gran atención, mientras hablaban del muchacho con afecto y elogiaban sus hazañas. Hablaban con orgullo suficiente para que cualquiera que los escuchara se preguntase si alguno de los dos no había tenido algo que ver con el nacimiento del niño.

En estas ocasiones, Sweyn relataba historias de sus aventuras con Wulfgar y de su vida como mercenarios. Bolsgar escuchaba con evidente ansiedad. A edad temprana, Wulfgar dejó la casa de Sward y él y Sweyn empezaron a ganarse la vida vendiendo sus servicios como soldados. Su reputación creció hasta que sus servicios obtuvieron altos precios y estuvieron en constante demanda. Fue en esta época que el duque oyó hablar de la destreza de Wulfgar con la espada y la lanza y llamó a los dos a Francia para que se le unieran. La amistad entre el caballero y el noble empezó en el primer momento de su encuentro, cuando Wulfgar declaró sin alharaca que él era bastardo y que ofrecía su alianza solamente por dinero. Conquistado por la sinceridad del otro, Guillermo lo indujo a que unieran sus fuerzas y le jurara fidelidad. Lo hizo rápidamente, porque el duque era un hombre persuasivo y Wulfgar encontró en Guillermo alguien a quien podía respetar. Ahora, a los treinta y tres años, Wulfgar llevaba varios años con el duque y su lealtad estaba bien afirmada y probada.

Aislinn miró ahora al nórdico y al anciano caballero que estaban sentados juntos, y supo que si Gwyneth hubiese estado presente, hubiera sido reprendida severamente por perder el tiempo. Mientras mordisqueaba su trozo de pan, Aislinn pensó en la hermana de Wulfgar. Qué distinta era de su padre o su hermano. Wulfgar apenas había desaparecido detrás de la colina y Gwyneth empezó a comportarse como señora de la casa. Trataba a los siervos como a seres inferiores, despreciables, destinados solamente a servirla. Continuamente los interrumpía en sus labores para ordenarles que hicieran cualquier tarea menor. A la mujer parecía enfurecerla que los campesinos acudieran a Aislinn o a Sweyn para pedirles aprobación antes de hacer lo que ella les ordenaba. También se había hecho cargo de la despensa, y administraba parsimoniosamente los alimentos, como si ella hubiera pagado cada grano de trigo. Medía la carne en porciones y protestaba en voz alta cuando alguien dejaba algo junto al hueso. No tenía en cuenta a los pobres siervos que venían y aguardaban hambrientos los restos que les arrojaban desde la mesa. Para Bolsgar y Sweyn se convirtió en una costumbre engañarla y arrojar grandes porciones de carne a los infelices campesinos. Cuando Gwyneth lo advertía, lo tomaba muy a pecho y los regañaba largamente por sus costumbres dispendiosas.

La serenidad de la mañana fue súbitamente quebrada cuando un grito penetrante interrumpió el silencio de la casa. Aislinn se puso de pie sobresaltada, mientras su madre bajaba corriendo la escalera, agitando los brazos como una enloquecida, y llamando a todos los demonios del infierno para que vinieran a llevarse a esta hija de Satán. Aislinn miró atónita a Maida, temiendo que su madre hubiera cruzado los límites de la cordura. Gwyneth apareció en el tope de la escalera, y con una sonrisa relamida en los labios, los miró desde arriba, mientras Maida se ocultaba detrás de las faldas de su hija. Aislinn enfrentó a Gwyneth, quien descendió lentamente la escalera y vino hacia ellos.

-Sorprendí a tu madre robándome -acusó Gwyneth-. No sólo debemos vivir en la misma casa con los siervos, sino, también, con ladronas. Wulfgar se enterará de esto. Tened bien en cuenta mis palabras.

-¡Mentira! ¡Es mentira! -chilló Maida, y levantó las manos implorantes hacia Aislinn-. ¡Mis huevos de araña! ¡Mis sanguijuelas! ¡Eran míos! Yo se los compré a los judíos. Ahora, todos han desaparecido. -Miró malignamente a Gwyneth.- Yo entré en su habitación para buscarlos.

-¡Mentiras! -exclamó Gwyneth, indignada-. ¿La encontré revolviendo mi habitación y ahora me acusa de ladrona? ¡Esa mujer está loca!

-Mi madre ha sufrido mucho a manos de Ragnor y sus hombres -explicó Aislinn-. Esas cosas las usaba para curar las heridas de todos. Ella las apreciaba muchísimo.

-Yo las arrojé a la basura -dijo Gwyneth, irguiéndose orgullosamente-. Sí, las arrojé. No quiero que tenga esas cosas repugnantes dentro de esta casa. No permitiré que las guarde en mi habitación.

-¡Gwyneth! -estalló Bolsgar, muy enojado-. No tienes derecho a actuar así. Aquí eres un huésped y debes someterte a lo que diga Wulfgar.

-¡No tengo derecho! -exclamó Gwyneth, en una acceso de furia-. Yo aquí soy la única parienta del señor de esta casa. ¿Quién me niega mis derechos? -Sus ojos claros relampaguearon y desafiaron a todos a que replicaran.- Yo me ocuparé de cuidar las posesiones de Wulfgar mientras él esté ausente.

Bolsgar resopló despectivamente.

-¿Cómo cuidaste de lo mío? Mides la comida como si fuera tuya. Wulfgar nos dejó dinero y tú gastas unas pocas monedas de cobre, y guardas el resto. Que yo sepa, nunca te has interesado por el bienestar de nadie.

-Yo sólo cuido que tú no lo derroches -replicó airadamente la hija-. Tú lo gastarías todo estúpidamente, como hiciste con tu oro. ¡Armas! ¡Hombres! ¡Caballos! ¿De qué te han servido? Si hubieras ahorrado, algunas monedas, ahora no tendríamos que mendigar unos mendrugos miserables y este sucio alojamiento.

El anciano gruñó y miró el fuego.

-Si no hubiera sido castigado con dos mujeres regañonas que exigían lo mejor de todo, hubiera podido enviar más hombres con tu hermano y ahora no estaríamos aquí.

-Aja, échanos la culpa a mi pobre madre y a mí. Teníamos que mendigarte hasta unas pocas monedas para comprar un vestido. Mira mi ropa y te darás cuenta cómo nos mantenías -exclamó Gwyneth con voz airada-. Pero ahora estoy aquí y soy la única parienta de Wulfgar. Reclamo los derechos de sangre y me ocuparé de que estos sajones no abusen de mi generosidad.

-No hay derechos de sangre -se atrevió a decir Sweyn-. Cuando él fue expulsado de su casa, tu madre no lo reclamó como hijo. Y después, ella también negó el parentesco.

-¡Ten quieta tu lengua, lacayo servil! -replicó Gwyneth, dirigiendo al vikingo una mirada asesina-. Tú pules la armadura de Wulfgar y guardas su puerta cuando él duerme. Nada tienes que decir aquí. Se hará como diga yo. ¡Esta mujer no traerá sus alimañas a esta casa!

-¡Aaayyy! -gimió Maida-. No puedo tener mi habitación a salvo de ladrones ni siquiera en mi propia casa.

-¡Tu casa! -exclamó Gwyneth, en tono de desprecio y rió sarcásticamente- Por mano de Guillermo, quedas excluida de estas paredes.

Aislinn estalló.

-Por orden de Wulfgar, nosotras nos quedamos a vivir aquí.

La ira de Gwyneth no se aplacaría tan fácilmente.

-¡Vosotras, aquí, sois siervas! ¡De la clase más baja! ¡No podéis ser dueñas de nada! -Apuntó a Maida con un dedo.- Tú, vieja quejosa y llorona, caminas por esta casa como si todavía fueras la dueña, cuando en verdad no eres más que una esclava. Yo no lo toleraré.

-¡No! Ella está aquí por voluntad de Wulfgar -gritó Aislinn furiosa por este ataque sin sentido contra su madre-. Tu hermano hasta impidió a ese canalla de Ragnor que la expulsara de aquí.

La otra mujer curvó los labios en una mueca de desprecio.

-¡No te atrevas a insultar a un caballero normando bien nacido -Nuevamente se dirigió a Maida.- ¿Con qué derecho reclamas un lugar en esta casa? ¿Porque tu hija se acuesta con el lord? -Rió despectivamente.- ¿Crees que eso te da derechos de normanda, vieja bruja? ¿Qué dirás cuando el lord regrese con una esposa y arroje a tu preciosa hija a sus hombres? ¿Qué derechos reclamarás entonces? ¡La madre de una prostituta! Ni

siquiera podrás quedarte en estas tierras. ¡Sí! ¡Vete de aquí, desaparece de mi vista! Busca alguna choza donde puedas llevar tu viejo esqueleto, pero márchate. ¡Limpia tu habitación de esas asquerosas alimañas y vete de esta casa! ¡Fuera!

-¡No! -gritó Aislinn-. ¡No se irá! El mismo Wulfgar la puso en esa habitación. ¿Acaso desafías sus órdenes?

-No desafío nada -replicó Gwyneth-. Sólo me ocupo de su bien.

-¿Aislinn? -El susurro llegó suavemente y la muchacha bajó la vista hacia su madre, que le tiraba del vestido.- Me iré. Buscaré mis cosas. Ahora son muy pocas.

Hubo lágrimas en los ojos de Maida cuando habló, y un flujo caótico de emociones le cruzó la cara. Cuando Aislinn abrió la boca para hablar, la anciana meneó la cabeza, fue hasta la escalera, y la subió lentamente, con los hombros hundidos por la derrota. Aislinn miró a Gwyneth con silenciosa furia y apretó los puños mientras la otra sonreía provocativamente.

-Hay veces, Gwyneth -dijo lentamente Bolsgar- en que sencillamente me enfermas. Su hija lo miró radiante de triunfo.

-No entiendo por qué lamentas su partida, padre. La vieja ya nos ha molestado lo suficiente con sus harapos y su cara atormentada.

Él le volvió la espalda y clavó la vista en el fuego rugiente del hogar. Sweyn hizo lo mismo pero después de un momento se levantó y salió del salón. Aislinn siguió mirando furiosa a Gwyneth, quien se sentó en la silla de Wulfgar y empezó a pellizcar delicadamente una pierna de cordero que Hlynn había puesto allí.

Maida descendió las escaleras con una piel desgarrada sobre la espalda y un pequeño envoltorio en los brazos. Se detuvo en la puerta y dirigió una mirada implorante a su hija. Aislinn se envolvió apretadamente en su chal para protegerse del frío, salió afuera y siguió a su madre. Juntas, tiritaron cuando el viento del norte acarició sus cuerpos escasamente cubiertos y una bruma helada les humedeció los cabellos.

-¿Adónde iré, Aislinn? -gimió Maida, retorciéndose las manos mientras cruzaban el patio-. ¿No deberíamos marcharnos antes de que Wulfgar regrese, y buscar un refugio lejos de aquí?

-No. -Aislinn meneó la cabeza. Era difícil hablar con calma cuando hubiera querido arrancarle los cabellos a Gwyneth y descargar sobre ella su cólera.- No, madre mía. Si nos marchamos, la gente sufrirá y no tendrán a nadie para que les cure sus males. Yo no puedo traicionarlos y dejarlos a merced de Gwyneth. En todo caso, hay guerra. No es época para que dos mujeres anden vagando solas.

-Wulfgar nos arrojará de aquí si regresa con una novia –insistió Maida-. Y no estaríamos mejor que si nos fuésemos ahora.

Aislinn levantó la mirada hacia el horizonte distante y pensó en la ultima noche que había pasado en brazos de Wulfgar. Casi podía volver a sentir sus manos sobre ella, acariciándola, tocándola, excitándola hasta que parecía que cada uno de sus nervios gritaba por él Sus ojos se pusieron soñadores y blandos. El recuerdo de esos juegos le producía un torturante calor en los pechos y los muslos y dentro de ella crecía un hambre abrasador. ¿Pero qué haría él? ¿Realmente, él había sido de ella, o sería dejada de lado por otra mujer no bien regresara? Una fugaz visión de Wulfgar abrazando a alguna mujer apasionadamente, se alzó ante ella y la deliciosa excitación que estremecía su cuerpo juvenil quedó aplastada por una oleada de furia. Con todos los hombres que habían deseado su mano e implorado a su padre que los considerase dignos de ella, ahora debía ser la querida de uno que odiaba a las mujeres y desconfiaba de ellas. Casi rió en voz alta. Qué ironía haber estado tan orgullosa de quienes sufrían por ella y ser, ahora, la esclava de un extranjero normando que declaraba que podía olvidarla tan fácilmente como quien descarta un guante. Sin embargo, había habido una innegable necesidad del guantelete. Aislinn ahora se calmó, pensando en eso. Una leve sonrisa asomó a sus labios y una nueva confianza arraigó en ella. Aun si regresaba con alguna buscona para llevársela a la cama, ¿podría olvidar tan fácilmente a Aislinn? Él había disfrutado mucho la última noche que pasaron juntos. Ella lo sabía pese a su inexperiencia, de modo que ese recuerdo debía traerlo de regreso, sin ataduras.

Tomó el camino que llevaba a una cabaña vacía, desocupada por las muertes de un padre y un hijo que habían luchado con Erland contra Ragnor y perdido la vida en esa batalla. Pero Maida se estremeció cuando Aislinn la tomó del brazo para conducirla al interior de la cabaña.

-¡Los fantasmas! -gritó-. ¡Tengo miedo de los fantasmas! ¿Qué me harán, ahora que estoy sola, sin nadie que me proteja? ¡Me llevarán con ellos y me harán daño! ¡Yo lo sé!

-No. -Aislinn trató de calmar los temores de su madre.- Aquí sólo vivieron amigos nuestros. Ellos no regresarán para hacer daño a la viuda de Erland.

-¿Crees que no? -gimió Maida. Con una súbita confianza infantil, siguió a Aislinn más cerca de la cabaña.

La mísera vivienda estaba separada del resto de la aldea, cerca de un bosquecillo que a su vez bordeaba el pantano. Aislinn empujó la puerta y medio se ahogó con el olor mohoso, fétido del lugar.

-Mira, madre. —Señaló el interior.— Es una vivienda sólida y sólo necesita una mano inteligente para ordenarla y convertirla en un hogar.

El interior estaba a oscuras, y Aislinn se esforzó por acallar sus propios temores y mantener su actitud ligera y animosa. Las dos pequeñas ventanas tenían pellejos aceitados que dejaban entrar menos luz que frías corrientes de aire y cada pisada levantaba polvo del suelo de tierra reseca, sobre el que había dispersos unos pocos tallos de junco. Un rústico fogón ocupaba casi toda una pared y contra la otra había una sólida armazón de cama de madera de roble cubierta con un colchón roto y viejo. Una tosca silla de madera estaba junto a una mesa cerca del hogar y allí Maida se dejó caer, desesperada y desamparada, y empezó a entonar una canción doliente mientras se balanceaba de atrás adelante en su asiento.

Aislinn sentía la misma ansiedad que sabía que aquejaba a su madre. Fue cansadamente hasta la puerta, apoyó un hombro en el marco y miró hacia afuera, al día destemplado y triste. Sabía la batalla que sería enfrentar a Gwyneth y exigir que su madre fuera instalada nuevamente en la habitación que Wulfgar le había destinado. Era como si Gwyneth estuviese poseída por algún demonio, que la azuzaba con agudas espuelas de vanidad y de celos y que no la dejaba descansar ni encontrar placer en la amabilidad.

Aislinn emitió un suspiro, meneó la cabeza y se arremangó sus largas mangas, pensando que ella tendría que tomarse el trabajo de convertir a esta choza sucia en un lugar adecuado para vivir. Encontró yesca y pedernal en una pequeña repisa sobre el hogar y pronto ardieron las llamas para combatir las tinieblas y el frío de la habitación. Arrancó ropas sucias de unos ganchos de madera donde habían sido dejadas por los desafortunados hombres y las arrojó al fuego, junto con vellones de lana vieja y podrida y algunas prendas de cuero, donde fueron rápidamente consumidas, sin duda que con una multitud de insectos. Arrugó la nariz de disgusto ante el mal olor del colchón y lo arrancó de la cama de madera. En el transcurso de las semanas, la comida se había secado y endurecido como roca en el fondo de los tazones de madera, donde había sido abandonada cuando sonó desde la torre la alarma ante la proximidad de los normandos. Mientras limpiaba los restos, Aislinn pensó en Gerford y su hijo. Mientras la mayoría de las familias tomaban sus alimentos en cortezas de pan duro, éstos habían tenido imaginación suficiente para fabricarse utensilios de madera. La ausencia de su habilidad artesanal se sentiría mucho en Darkenwald, porque los dos habían sido muy ingeniosos para fabricar herramientas, vajilla y otros objetos útiles. Ahora su madre disfrutaría de este pequeño lujo, aunque le faltaran las otras comodidades a las que estaba acostumbrada.

Mientras Aislinn trabajaba, Maida seguía sentada, entonando su canción sin palabras y hamacándose suavemente. Parecía indiferente a todo lo que la rodeaba. Hasta cuando la puerta se abrió, haciendo sobresaltar a Aislinn, Maida no se movió de su silla.

Kerwick y Ham llenaban el vano, con los brazos cargados con mantas y pieles.

-Pensamos que estas cosas podrían serle útiles -dijo Kerwick-. Las tomamos de su habitación, cuando Gwyneth nos ordenó que la limpiásemos para usarla ella. Si a tu madre la llamarán ladrona, también tendrán que hacerlo con nosotros.

Aislinn los invitó a entrar y cerró la puerta.

-Sí, a todos nos pueden llamar ladrones, porque yo no quiero verla con frío y hambrienta.

Kerwick miró el humilde interior.

-Thomas ahora hace tiendas y colchones para los normandos Veré si- tiene un jergón que le sobre.

-¿Quieres pedirle, también, que venga y ponga goznes en esta puerta? -preguntó Aislinn-. Me temo que esa madera no podría detener al más pequeño animal.

Kerwick la miró fijamente.

-¿Te harás tu cama aquí, con tu madre? -Pareció preocupado y afligido.- No sería prudente, Aislinn. Hay más que temer de tipos ruines como Ragnor y esos otros normandos, que de cualquier animal estúpido. Los hombres no harán daño a tu madre, porque temen que esté loca, pero a ti...

Aislinn se volvió parar mirar a Ham, quien estaba cubriendo el piso con tallos frescos de junco.

-Sin duda, ignoras que Sweyn tiende, de noche, su jergón delante de mi puerta. Como su señor, él tiene poca confianza en las mujeres. El no me dejaría venir aquí.

Kerwick suspiró aliviado.

-Está bien. No podría descansar sabiéndote aquí, y Wulfgar me colgaría del árbol más alto como advertencia para los otros hombres si tratara de protegerte, porque seguramente pensaría mal.

-Sí -murmuró Aislinn-. Él espera traición de todas las mujeres.

Los ojos azules de Kerwick le sostuvieron un momento la mirada. Después, soltó un suspiro apesadumbrado.

-Debo irme antes que el vikingo se entere de que estoy aquí. No quisiera que Wulfgar se disgustara por esta simple reunión.

Los dos se marcharon y Aislinn una vez más se puso a trabajar para crear cierta atmósfera hogareña en la choza, a fin de disipar los temores de su madre. Era media tarde cuando Thomas llegó riendo a la cabaña y depositó ante ella un jergón nuevo y mullido. Ella lo tomó y lo puso donde había estado el viejo colchón, y elevó las cejas cuando llegó a su nariz el olor a trébol y hierba seca.

-Sí, milady -dijo el antiguo vasallo con una risita-. Me detuve en el establo para llenarlo y algún caballo normando pasará hambre esta noche.

Aislinn rió alegremente y juntos pusieron el colchón sobre cama, donde ella lo cubrió con pieles y mantas hasta que quedó preparada una cama abrigada para su madre. Thomas se quedó lo suficiente para reparar la puerta, reemplazó las gruesas tiras de cuero aceitado que servían de goznes y comprobó que el tablero encajara bien en su marco y que fuera posible cerrarlo desde el interior.

La oscuridad ya se cernía sobre la tierra cuando Aislinn asintió, aprobando las comodidades de la cabaña. Su madre había comido y dormía sobre la cama cuando ella se marchó y regresó a la casa, en busca de comodidades para sí misma. Tenía mucha hambre, porque lo único que había comido ese día era el pan que mordisqueara por la mañana.

Ham estaba limpiando perdices que había cazado Sweyn esa tarde, y cuando ella entró, el muchacho saltó y abandonó su tarea. Gwyneth estaba cómodamente sentada ante el hogar con su labor de aguja y Bolsgar aguzaba ociosamente una corta rama.

-Milady -dijo el muchacho, con una sonrisa-, os he guardado comida. La traeré.

Gwyneth levantó la vista de su trabajo.

—Los que llegan tarde, deben soportar su hambre hasta la próxima comida. -Su voz imperiosa sonó claramente mientras ella daba otra puntada.- La puntualidad es una virtud que tiene su recompensa, Aislinn. Te conviene saberlo.

Aislinn le volvió la espalda y habló directamente a Ham, sin hacer caso de Gwyneth.

— Tengo mucha hambre, Ham, y comeré ahora. Tráeme comida.

Ham sonrió, asintió y se apresuró a complacerla. Aislinn ocupó su lugar habitual en la mesa del lord y sostuvo serenamente la mirada a Gwyneth.

La boca de Gwyneth se curvó en una mueca de desprecio.

-No eres la esposa de mi hermano -dijo-. Aunque puedes haberte ganado algo de su confianza por ser su ramera, tú no eres aquí sino una esclava, de modo que no te des aires como si fueras algo más.

Ham tocó a Aislinn en el brazo antes que ella pudiera replicar y ella volvió su atención a él. El muchacho le puso adelante comida suficiente para satisfacer a dos personas con apetito. Aislinn no cuestionó la lealtad de él hacia ella, pues sabía que ese acto podía atraer muy bien sobre Ham la maliciosa atención de Gwyneth. Sonrió agradecida y aceptó la comida.

-Es extraño que tantas mujeres sajonas hayan caído presas de los normandos y tú te hayas salvado, Gwyneth -dijo Aislinn, como si estuviera pensando en voz alta, y sus ojos recorrieron lentamente a la otra de pies a cabeza—. Pero quizá no sea tan extraño —agregó.

Aislinn dirigió toda su atención a la comida, indiferente a la cólera de la otra. De la silla de Bolsgar salió una risita y Gwyneth se puso de pie de un salto. Hirviendo de ira, ella escupió las palabras hacia la espalda de su padre.

—Por supuesto, tú te pones de parte de esta puerca sajona y en contra de tu propia hija. El duque Guillermo debería arrojaros a todos vosotros al arroyo, donde pertenecen.

Frustrada y furiosa, subió corriendo la escalera y cerró violentamente la puerta de su recién adquirida habitación, la misma cómoda estancia que Maida había desocupado esa mañana.

Las noches se hicieron más largas y los días se volvieron fríos y desapacibles. Los árboles desnudos elevaban sus doloridas ramas hacia el aire helado y suspiraban con penosa agonía cuando el viento de norte soplaba sobre el páramo. Cuando los vientos cesaban, la niebla subía desde el pantano para envolver a la aldea mientras los charcos y estanques adquirían una costra de hielo delgado. Las lloviznas se convertían en diminutos copos de nieve, que caían sobre el suelo y transformaban los senderos del pueblo en charcos de lodo helado donde uno se hundía hasta los tobillos. Pieles de oso, lobo y zorro cubrieron las prendas de lana de los pobladores. La casa olía a carnes de animales recién cazados y la curtiembre lanzaba su hedor a los vientos a medida que se necesitaban más pieles. Aislinn se aseguró que Maida estuviera cómoda en su pequeña cabaña. Le había enviado más pieles y Kerwick le llevaba diariamente leña para el hogar. Para Aislinn, se convirtió en parte de su ritual de todos los días visitar a su madre y ocuparse de su bienestar, y cuando cruzaba de regreso la aldea, atendía las enfermedades de su gente. Pese a las atenciones de su hija, Maida se volvió más retraída y silenciosa y su aspecto degeneró hasta parecerse al de una vieja arrugada. Aislinn empezó a oír historias acerca de la voz monótona de Maida que entonaba sus cánticos a los espíritus hasta altas horas de la noche, y que a veces hablaba con compañeros de su juventud muertos hacía tiempo como si ellos le respondieran, y como si su marido estuviese con ella compartiendo la cabaña.

Gwyneth alentaba todas las historias que oía y cuando veía a Maida y creía que Aislinn no estaba escuchándola, deslizaba insidiosas sugerencias sobre que el lugar estaba hechizado. Contaba a Maida todas las historias, pero retorcía las palabras para que pareciera que los pobladores de la aldea fueran maliciosos y odiaran a la pobre mujer. Maida se hundía aún más en su depresión y Aislinn encontraba a su madre cada vez menos capaz de enfrentar la realidad.

La desdichada mujer dedicaba su atención a la confección de misteriosas pociones que, según declaraba, harían que los normandos abandonaran el suelo inglés. A Aislinn le parecía inútil discutir con ella y tratar de hacerle comprender la inutilidad de sus esfuerzos.

Era un día desapacible, con densas nubes grises que derramaban alternadamente chubascos de lluvia helada y esponjosa nieve que un viento caprichoso arrojaba con fuerza contra los postigos o la cara. Ham se cubrió sus mejillas enrojecidas y volvió la espalda a las ráfagas cegadoras, agradecido por la buena temporada de caza y las abrigadas pieles que la misma producía. Ahora él tenía envueltos brazos y piernas con esas pieles que sujetaba con tiras flexibles de cuero de ciervo, y una gran piel de lobo cosida a su rústica túnica, que le ayudaba a mantener el calor del cuerpo. Bajo la piel, Ham aferraba las hierbas medicinales que Aislinn le había pedido que trajera de la cabaña de su madre. Habiendo hecho el camino de regreso a la carrera, ahora se detuvo para recobrar el aliento al abrigo de una cabaña.

-¡Eh, tú! ¡Ham!

Se volvió al oír su nombre y vio a Gwyneth, envuelta en una larga capa, de pie en la puerta de la casa señorial.

-¡Ven aquí! ¡Deprisa! -ordenó ella, con un ademán imperioso.

Inmediatamente, él obedeció.

-Tráeme más leña para mi habitación —dijo la mujer cuando él llegó frente a ella, al pie de la escalinata-. El fuego está muy débil y este caserón infernal está demasiado frío.

-Perdonadme, milady. -Ham se inclinó cortésmente.- Pero tengo una tarea de cierta urgencia que me encargó mi ama y debo cumplirla. Cuando haya terminado, os traeré leña para la noche.

Los ojos de Gwyneth se pusieron fríos, porque ella sólo vio insolencia en los modales del muchacho.

-¡Patán grosero! -exclamó-. ¡Hablas de una tarea estúpida mientras yo me estoy helando! Harás ahora lo que te ordeno.

-Pero milady Aislinn me pidió...

-Pero tu lady Aislinn —interrumpió Gwyneth, encolerizada—, no es más que la ramera de lord Wulfgar. ¡Cómo hermana de él, yo soy la señora de esta casa y te ordeno que traigas la leña ahora!

Ham la miró con preocupación, pero no tenía ninguna duda de cuál era su obligación.

-Milady Aislinn está esperando -replicó tercamente-. Os traeré la leña muy pronto.

-Mendigo despreciable. -La voz de Gwyneth sonó baja y despectiva, cargada de un odio que retorcía cada palabra.- Haré que te arranquen el pellejo de a poco.

Dos de los hombres de Wulfgar se habían acercado y Gwyneth se volvió hacia ellos.

-Agarrad a este estúpido y atadlo al potro de tormento. Quiero que sea azotado hasta que se vean los huesos de su espalda.

Ham palideció intensamente al oír esas palabras y los hombres parecieron dudar si debían obedecer o no. Sabían que esta mujer era hermana de Wulfgar, pero dudaban que el lord aprobase un castigo tan salvaje por un delito tan leve. Ellos habían servido lealmente a Wulfgar, sin cuestionar jamás su autoridad. ¿Ahora tendrían que respetar las exigencias de la hermana y cumplir sus órdenes sin cuestionarlas?

La vacilación de los hombres enfureció aún más a Gwyneth. Su brazo flaco se extendió para señalar al afligido sirviente.

-¡En nombre de Wulfgar, y como yo soy su única pariente, tenéis que obedecerme! Agarrad a éste y buscad el látigo más grueso y pesado.

Los hombres sabían muy bien que Wulfgar habitualmente se reservaba para sí el derecho de juzgar en cuestiones relacionadas con los sajones. El no tenía todavía título real de las tierras y era, en realidad, un encargado cuidador, un señor de la guerra. Por lo tanto, según las jerarquías militares, era Sweyn quien debía asumir la autoridad en ausencia de Wulfgar. Pero como el vikingo no estaba presente, ninguno de los dos podía encontrar coraje para contradecir a Gwyneth o desobedecer sus órdenes. De modo que, con gran reticencia, se adelantaron para obedecer y se apoderaron del muchacho.

Aislinn levantó a la niñita en su regazo y la estrechó para darle calor. La laboriosa respiración de la pequeña entraba y salía con un ruido sibilante entre los accesos de tos. Las hojas de alcanfor que traería Ham serían hervidas para que produjeran un vapor de aroma penetrante y colocadas junto a la cama, para aliviar los padecimientos de la niñita y permitirle descansar. ¿Pero dónde estaba Ham? El tiempo pasaba lentamente y Aislinn estaba intrigada por la tardanza del muchacho. Mentalmente, recorrió el camino de ida y de vuelta y calculó que ya había pasado un tiempo más que suficiente. El siempre había sido un muchacho bueno y diligente, rápido para obedecer, y ahora Aislinn empezó a preocuparse por su prolongada ausencia. Juró silenciosamente que si él se había demorado innecesariamente mientras esta criatura luchaba por respirar, ella misma lo traería tirándole de las orejas.

La respiración de la niñita se regularizó un poco y Aislinn entregó la frágil criatura a la madre y se envolvió apretadamente en sus pieles para salir al exterior y averiguar por qué Ham se demoraba tanto. Cerró la puerta tras de sí, se arrebujó contra las ráfagas heladas, levantó la mirada y vio a los dos normandos que arrastraban hacia el potro a Ham, quien protestaba desesperado.

Momentos después, los hombres encontraron bloqueado su camino por una silueta pequeña con las piernas separadas y los brazos en jarras. Largas guedejas flotaban libremente y se agitaban en el viento como orgullosos pendones alrededor de su cabeza. Los ojos de color violeta relampaguearon y las palabras francesas salieron atropelladamente de sus labios.

-¿Qué significa esto? -preguntó Aislinn-. ¿Qué tontería os traéis entre manos, normandos, para apoderaros de este muchacho que estaba cumpliendo una orden mía, y arrastrarlo hacia el potro en medio de esta tormenta de invierno?

Uno de los hombres respondió débilmente.

-Lady Gwyneth le dio una orden y él no obedeció.

Aislinn golpeó el lodo helado con el pie y trató de controlar su ira.

-¡Soltadlo, estúpidos! -gritó-, ¡Soltadlo ahora mismo, o yo me ocuparé de que antes que acabe esta luna, los dos mueran por el acero de lord Wulfgar!

-¡Alto! —La voz de Gwyneth desgarró el aire como un chillido—. Tú nada tienes que decir en esto, Aislinn.

La joven se volvió para enfrentar a la mujer que se acercaba y esperó hasta que la tuvo delante.

-De modo, Gwyneth —la voz de Aislinn sonó claramente entre el aullido del viento—, que has asumido la autoridad de Wulfgar. ¿Y ahora piensas privarlo de uno de sus siervos más útiles?

-¿Útil? —escupió Gwyneth—. Este holgazán me desobedeció deliberadamente.

-Qué curioso -replicó Aislinn-. Yo no tengo esos problemas con él. Quizá tus modales lo confunden. El no está acostumbrado a los chillidos de una urraca.

Gwyneth pareció a punto de ahogarse de rabia.

-¡Urraca! ¡Tú, la ramera de un bastardo! ¡Insolente buscona sajona! ¡Te atreves a criticar mis modales! En ausencia de Wulfgar, yo soy la señora de esta casa y nadie lo podrá discutir.

-Nadie duda de lo que tú querrías ser, querida Gwyneth. Pero si lo eres o no, hay que preguntárselo a Wulfgar.

-¡No es necesario preguntar! —replicó la otra—. Yo soy su hermana y tú no eres pariente de él.

Aislinn levantó orgullosamente el mentón.

-¡Aja, no soy parienta de él! Sin embargo, conozco su forma de pensar más que tú. Él administra justicia rápidamente, seguramente, y no locura, como predicas tú, porque él conoce el valor de tratar amable y bondadosamente a sus siervos.

Gwyneth resopló furiosa.

-Ciertamente, me resulta difícil comprender cómo tuviste tiempo para averiguar su forma de pensar, con la prisa que tenías para meterte en su cama. —Sus ojos se entrecerraron hasta que fueron dos hendiduras pálidas, bordeadas por pestañas rojizas.— ¿O es que sientes que puedes doblegar su mente según tu voluntad?

-Si pudiera —repuso Aislinn—, entonces ese hombre sería merecedor de eso. Pero dudo que la mente de Wulfgar pueda ser doblegada con tanta facilidad.

-¡Bah! Una ramera tiene talentos para castrar a cualquier hombre con un menear de caderas sin que él se dé cuenta de nada. —Gwyneth tembló violentamente de cólera mientras su mirada recorría de pies a cabeza el cuerpo bien formado de Aislinn. No podía sacarse de la mente la imagen de Wulfgar acariciando a esta joven fuera de su dormitorio, la mañana que se marchó, o el torturante pensamiento de que Ragnor pudiera haber hecho lo mismo.- ¡Hombres! Siempre correrán detrás de una ramera regordeta que ría tontamente a cada movimiento e ignorarán a la dama esbelta y honesta que piensa que no es decente exhibir tan provocativamente su sexo.

-¡Ja! ¿Tú te jactas de ser una dama esbelta? -rió Aislinn, y levantó una ceja, desafiante-. Vaya, una rama de sauce tiene eso que tú podrías envidiar.

- ¡Zorra! -graznó la otra-. Se dice que las formas de una mujer se llenan y redondean bajo el toque de un hombre, y veo que tú debes de haber conocido a muchos.

Aislinn se encogió de hombros.

-Si así fuera, entonces tú, querida Gwyneth, no has conocido el toque de nadie después del de tu madre.

Gwyneth enrojeció intensamente y no pudo responder enseguida.

-¡Basta! -dijo por fin-. Estoy cansada de tus insolencias y no quiero quedarme aquí, con este frío. -Se dirigió a los dos normandos, quienes no se atrevían a mirarla.- Llevaos ahora mismo al siervo y descubridle la espalda para azotarlo. Yo me ocuparé de que en el futuro haga más caso de las palabras de una dama.

-¡No! -gritó Aislinn. Giró hacia los normandos, y en tono lastimero, imploró: -Una niñita yace gravemente enferma y se necesitan hierbas para calmar sus sufrimientos. -Señaló a Ham.- El no ha cometido ninguna falta, él trae esas hierbas que yo le pedí. Dejad que vayamos los dos a cuidar de esa niñita enferma, y cuando Wulfgar regrese, yo plantearé la cuestión ante él y aceptaré la justicia que él decrete, cualquiera que sea.

Gwyneth vio la incertidumbre en las caras de los hombres y sintió que perdía terreno.

-¡No! ¡Esto sería inútil! Castigadlo ahora mismo para que él recuerde y en el futuro sea más obediente.

Aislinn se volvió hacia la mujer y extendió los brazos.

-¿Pondrías esta cuestión por encima de la vida de una criatura? ¿Prefieres ver muerta a la niña con tal que el muchacho sea castigado?

-Nada me importa una criatura sajona —replicó Gwyneth, despectivamente-. Que la insolencia del siervo tenga su merecido castigo, y no sigas oponiéndote a mi voluntad, perra. Sí, te ordeno que te quedes y presencies el castigo, a fin de que nunca más te atrevas a desafiar mis órdenes.

-Tú no tienes derecho a dar órdenes aquí -gritó Aislinn.

Gwyneth se volvió lívida de furia.

-Niegas mis derechos, ramera, pero como única pariente de Wulfgar, yo soy la única que puedo hablar en su ausencia. Y aquí tú no eres más que una sierva, su esclava que no tiene otra salida que soportar su peso de noche, según su capricho. ¿Dices que yo no puedo dar órdenes aquí? Bueno, eres tú quien carece de derechos y quien deberá sentir lo que le sucede a alguien que desobedece a sus superiores. -Sus ojos claros relampaguearon al pensar en la suave carne de Aislinn desgarrada por los golpes del látigo. -Sí, también tú aprenderás a obedecer. -Extendió un brazo hacia la joven.- ¡Agarradla! ¡Ponedla junto al patán insolente!

Las palabras francesas fueron entendidas por el muchacho, quien había aprendido mucho desde la llegada de los normandos.

Ham luchó violentamente con los hombres.

-¡No! ¡A ella dejadla!

Los hombres sólo podían contemplar boquiabiertos a la mujer enfurecida. El castigo a una muchacha sajona en sí no era nada, pero cuando esa mujer pertenecía a Wulfgar, el asunto era completamente diferente. Este castigo podía tener severas repercusiones y ellos mismos, seguramente, las sufrirían en no pequeño grado. Quizás la hermana de Wulfgar era temeraria, pero ellos pensaban de otro modo.

- ¡Agarradla! -chilló Gwyneth, que ya no podía seguir tolerando la demora.

Ham se soltó de los hombres y huyó cuando uno de los normandos se adelantó, más con la intención de proteger a la joven que de hacerle daño.

El hombre le apoyó una mano en el hombro, pero Aislinn, tomando equivocadamente ese movimiento, giró rápidamente, dejando su capa en la mano del hombre.

- ¡Ten cuidado con las ropas, torpe! -estalló Gwyneth, mostrando su codicia-. Y quítale el vestido. Yo lo necesito.

-¿De modo que tú lo necesitas? -dijo Aislinn, ahogada por la cólera.

Con dedos trémulos, se arrancó el vestido del cuerpo y antes que Gwyneth pudiera detenerla, lo arrojó en el lodo, a sus pies, y lo pisoteó concienzudamente. Enseguida enfrentó a la mujer, protegida del frío sólo por su delgada enagua, aunque apenas lo notó con la furiosa tormenta que rugía en su interior. -Entonces, Gwyneth tómalo como está.

La estridente voz de la mujer cortó el viento helado como si fuera un cuchillo.

—Empezad a azotarla y no os detengáis hasta que cincuenta latigazos hayan caído sobre su espalda. —Miró a Aislinn con una mueca de odio y desprecio.— Mi hermano encontrará en ti muy pocos atractivos cuando vuelva a ponerte los ojos encima.

Pero la orden de Gwyneth no sería cumplida por los hombres. Uno de ellos dejó caer el látigo y se alejó, meneando la cabeza. Su compañero lo siguió.

—No —dijo uno—, no lo haremos. Lady Aislinn ha curado nuestras heridas y enfermedades y nosotros no le retribuiremos su bondad de esta manera.

— ¡Perros cobardes! —aulló Gwyneth, y se apoderó ella misma del látigo—. Yo les mostraré cómo se aplica un castigo bien merecido.

Con toda la furia nacida del odio que hervía en su interior, Gwyneth levantó el brazo y el látigo silbó como la lengua de una serpiente para desgarrar la delgada prenda de Aislinn y morderle sus tiernas carnes. Aislinn se retorció en silenciosa agonía y retrocedió, con los ojos brillantes de lágrimas de dolor.

— ¡Alto!

Todos se volvieron súbitamente y los hombres y la mujer se enfrentaron con Sweyn, quien se veía furioso y decidido. Ham estaba a su lado y nadie dudó que él había traído al enorme vikingo.

Pero Gwyneth, ebria de poder, dejó de lado toda cautela, se volvió nuevamente hacia Aislinn y levantó el látigo para golpearla otra vez.

Pero cuando llevó el mango hacia adelante, el látigo fue arrancado de su mano.

Gwyneth se volvió, frustrada y furiosa, y se encontró con el pie de Sweyn plantado firmemente sobre el extremo del látigo, y sus brazos musculosos en jarras, a los costados de su voluminoso cuerpo.

— ¡Dije alto! —rugió él.

— ¡No! —medio sollozó, medio chilló Gwyneth—. La perra tiene que ser castigada aquí y ahora mismo.

El vikingo se acercó a la mujer flaca hasta que la dominó con su estatura y bajó la cabeza para mirarla fijamente en los ojos claros.

—Oídme bien, lady Gwyneth, porque me temo que vuestra vida puede depender de la atención que prestéis a mis palabras. Mi señor Wulfgar dejó a esta muchacha a mi cuidado, para que en su ausencia nadie le hiciera daño, ya fueran hombres o mujeres. Ella le pertenece y él no tolerará que vos la castiguéis. A menos que él diga otra cosa, la muchacha tendrá mi protección, y hasta ahora él no me ha liberado de mi juramento de mantenerla a salvo del peligro. Wulfgar no vacilaría en castigaros si regresara y encontrara a la muchacha lastimada por culpa vuestra. Por lo tanto, ahora la pondré a salvo, tanto por vuestro bien como por el de ella. Que la paz sea con vos, lady Gwyneth, pero yo debo satisfacer los deseos de mi señor antes que los de cualquier otra persona.

Con eso, pasó junto a ella sin darle otra oportunidad de hablar, y se acercó a Aislinn. Arrebató la capa que todavía tenía uno de los normandos y cubrió con ella el cuerpo trémulo de Aislinn. Los ojos de Aislinn estaban llenos de lágrimas cuando se elevaron hacia los del vikingo en mudo agradecimiento. Le puso una mano sobre un brazo y el enorme vikingo emitió unos sonidos graves y profundos, embarazado por este despliegue de blandura de una mujer. La muchacha nada dijo, pasó junto a él, tomó a Ham de un brazo y se llevó al muchacho lejos de la mirada furiosa de Gwyneth, hacia la cabaña donde la niñita todavía luchaba por respirar.

Aislinn se acurrucó junto al vivo fuego del hogar que luchaba contra las frías tinieblas del salón. Pensó en el día como en una pesadilla infernal de la que por fin estuviera despertando. Sentíase gratificada por la mejoría del estado de la niñita enferma. La fiebre había cedido, y en unos pocos días más la pequeñita estaría nuevamente sana. Pero en esos terribles momentos después del primer golpe del látigo, su mente no se ocupó de otra cosa que de la imagen de Wulfgar castigando al indefenso Kerwick; después, tuvo una repentina visión de ella misma, amarrada al potro, aguardando que Wulfgar empezara a castigarla con toda su fuerza. Ahora la recorrió un estremecimiento cuando recordó la pavorosa visión.

Obligó a su atención a concentrarse en la tarea que realizaban Kerwick y Ham, quienes estaban trenzando tiras de cuero para hacer una brida para uno de los normandos. Pero no pudo obligar su propia necesidad, su propio deseo de ser reconfortada y recibir seguridad entre los fuertes brazos de Wulfgar. Nunca antes, en la ausencia de él, había ansiado tan profundamente sentir el contacto de sus manos o de sus labios sobre los de ella, y saber que era para él algo más que una mujer con la ,cual jugaba por un tiempo. Si ahora cerraba los ojos casi podía verlo frente a sí, con los labios curvados en una lenta sonrisa y mirándola con ojos suaves y tiernos después de haberle hecho el amor.

Oh, Dios, estaba dejando que los sentimientos hicieran estragos en su razón. No tenía ninguna garantía de que él regresaría con la misma opinión con que se había marchado. Como dijera Gwyneth, ciertamente era posible que regresara a Darkenwald casado, con una esposa. ¿Qué sería entonces de ella?

Se estremeció cuando los dedos helados del miedo rozaron su corazón. Él había declarado su odio hacia las mujeres en lenguaje claro y simple ¿Buscaría vengarse de ella porque pertenecía a ese mismo impredecible sexo? No le importaría cuánto daño le hiciera. ¿Y si estaba encinta? El odio de él, en ese caso, aumentaría aún más porque nunca podría saber si el hijo era de él o de Ragnor.

Los pensamientos se sucedían vertiginosamente para privarla de su confianza, para robarle el recuerdo delicioso de estos tiernos momentos en que habían permanecido abrazados, poco antes de la partida y cuando él la había besado con ternura. Entonces ella se había sentido segura de que él la tenía en cuenta, aunque fuera superficialmente. ¿Pero no habría estado diciéndose a sí misma otra mentira? ¿Era todo mentira? ¿Sus besos? ¿Sus abrazos apasionados? ¿Mentiras para despojarla de su cordura?

Dejó su labor, suspiró profunda, pensativamente, se levantó y se alejo, retorciéndose las manos en silenciosa frustración. ¿Qué debía hacer? ¿Debía marcharse, a fin de salvar el poco orgullo que le quedaba?

Kerwick levantó la vista de su tarea y estudió la esbelta figura que ahora estaba vuelta hacia él. Los dedos de ella tamborilearon sobre las cuerdas de un laúd que yacía sin ser tocado desde la llegada de los normandos. Los extraños acordes de la música rompieron el silencio del salón y resonaron en la gran estancia.

La escena parecía una repetición de otra que él había presenciado hacia muchos meses, cuando el padre de Aislinn anunciara su consentimiento para la boda. Kerwick se había sentido feliz, mucho más contento que ella, es cierto, y él lo supo porque Erland le contó que cuando ella estaba perturbada, siempre tocaba distraídamente el laúd, como hiciera aquella noche lejana, y producía un sonido misterioso que resonaba fantasmagóricamente en el salón. Ella nunca había aprendido, a toca el instrumento y prefería, en cambio, que tocara y cantara algún caballero o trovador. Con una voz clara, cristalina, ella se unía entonces a la canción y encantaba a todos los que la escuchaban. Pero ahora, a oídos de él llego un sonido melancólico, como si el alma de ella estuviera llorando y pidiendo paz.

Kerwick se levantó, fue junto a ella y le tomó una mano entre las suyas, en afectuosa comprensión. Aislinn lo miró con los ojos llenos de lagrimas y sus labios temblaron levemente, indicando la incertidumbre que sentía, y dejaron escapar un melancólico suspiro.

-Oh, Kerwick, estoy tan cansada de esta batalla continua entre Gwyneth y yo. ¿Qué debo hacer? ¿Dejar mi lugar como querida del lord y permitir que Gwyneth se salga en todo con la suya? Si yo me marchara quizá ella se ablandaría un poco y fuera más amable con los siervos.

-Sería peor si se encontrara con las manos libres y sin nadie que la detuviera -replicó él-. Tú eres la única, en ausencia de Wulfgar, que puede contener la marea de odio que fluye de ella. Su padre parece no advertir su crueldad. Sweyn está demasiado ocupado con los asuntos de esta casa y con los hombres de Wulfgar para notar cómo es ella en realidad Y yo -rió-, ahora sólo soy un siervo.

-¿Pero qué puedo hacer yo para detenerla? -insistió Aislinn-. No tengo una posición de autoridad. Simplemente, soy el juguete de un normando.

Kerwick se inclinó hacia ella.

-Wulfgar te ha dado su protección. Ella no puede hacerte daño. Los hombres de Wulfgar lo saben, a partir de hoy. Y Gwyneth también lo sabe Estás a salvo de su odio. Sweyn es una garantía de eso. ¿Vas a dejar que los siervos sufran por capricho de ella, cuando eres la única que puede ayudarlos?

-Tú no permitirás que rehuya mis obligaciones, ¿verdad, Kerwick? -preguntó ella, secamente.

-No, como tú no me permitirías que yo rehuyera las mías.

Aislinn rió súbitamente, y su ánimo mejoró.

-Oh, Kerwick, qué vengativo eres.

Él sonrió y habló con sinceridad y su tono fue suave.

-Sí, ser un prometido despreciado no hace a un hombre generoso.

Aislinn lo miró de soslayo.

-Tus heridas han sanado rápidamente, ¿eh, Kerwick? No veo ninguna cicatriz.

-¿De qué heridas hablas, milady? ¿De las de mi corazón? No, las oculto bien, esto es todo, porque aún siguen causándome mucho dolor. -Miró dentro de las profundidades de color violeta de los ojos de ella.- Todavía sigues siendo hermosa, Aislinn, aunque perteneces a otro hombre.

Aislinn hizo ademán de retirarse, nerviosa por las palabras de él, pero él le apretó más fuerte la mano.

-No, no te asustes, Aislinn. No quiero hacerte daño. Es solo que quiero redimirme.

-¿Redimirte? -repitió ella.

-Sí. Es bien sabido que yo me dejé guiar por mis deseos egoístas, porque te deseaba intensamente y no estaba dispuesto a perderte. Por mis exigencias, indignas de ti, sólo puedo pedirte humildemente disculpas, rogarte que me perdones.

Aislinn se incorporó y le plantó un beso en la mejilla.

-Somos amigos para siempre, querido Kerwick.

Una risa breve y satírica los hizo separarse, y cuando se volvieron, Gwyneth descendía lentamente la escalera, con una sonrisa en los labios. Desde su rincón, donde estaba acurrucada, Maida se levantó y salió de la casa, dispuesta a enfrentar la nieve y el viento, en busca de la seguridad de su cabaña, lejos de esta arpía medio normanda.

Gwyneth se detuvo al pie de la escalera, con los brazos en jarras. Una risita suave escapó de sus labios cuando miró a los dos que tenía delante.

-A mi hermano le interesará enterarse de que su querida se divierte con otros hombres durante su ausencia. -Sus ojos claros se iluminaron. -Y sin duda que se enterará. Lo juro.

Kerwick apretó los puños, y por primera vez en su vida se sintió tentado de golpear a una mujer. Aislinn sonrió, con una serenidad que estaba lejos de sentir.

-No tengo ninguna duda de que se lo contarás, Gwyneth, con tu habitual cuidado por los detalles.

Sin agregar más, pasó junto a la ahora silenciosa Gwyneth y subió las escaleras, en busca del consuelo que pudiera encontrar en su habitación, y sabiendo que no estaba completamente a salvo de la maldad de Gwyneth.

11

Wulfgar se irguió sobre su silla de montar y sus ojos penetrantes corrieron lentamente la campiña. Ráfagas violentas, heladas, apretaban con más fuerza la capa de lana alrededor de su cuerpo musculoso y sus mejillas le ardían por el frío cortante. El cielo, encapotado, no daba color a los pardos y grises invernales de los bosques y campos. Detrás de él, los caballeros Gowain, Melbourne y Beaufonte aguardaban con los otros bajo sus órdenes, dieciséis hombres de armas, siempre listos con sus largos arcos, lanzas y cortas espadas. Bajo la protección de los árboles, el carro cubierto en que llegaran Gwyneth y Bolsgar subía lentamente la cuesta, cargado con alimentos para los hombres y granos para añadir al forraje obtenido a lo largo de la ruta. Bowein, un sajón anciano pero vigoroso que había regresado del servicio de Haroldo para encontrar su hogar y sus campos arrasados, había aceptado de buen grado el ofrecimiento de una nueva casa a cambio de su alianza y ahora insultaba a los caballos en un lenguaje pintoresco, que era extraño pero no totalmente desconocido para muchos de los normandos que cabalgaban a su lado.

La perspicacia de Wulfgar lo había llevado a organizar un grupo fuerte, pero móvil. Había estudiado largamente las costumbres de un ejército y decidido hacer montar a todos sus hombres, mientras que la mayoría de los caballeros y nobles preferían cabalgar solamente ellos, al tiempo que los soldados armados con arcos, espadas livianas y lanzas actuaban como infantería del ejército. El no creyó conveniente que sus hombres anduvieran a pie sobre el rocoso suelo de Inglaterra. A quienes iban con él los proveyó de caballos y ellos lo acompañaban de ese modo y se apeaban y actuaban como soldados de infantería cuando empezaban las batallas.

Durante las semanas que Wulfgar permaneció en Darkenwald, Guillermo tuvo que aguardar que regresara el grueso de sus hombres. Durante aproximadamente un mes no pudieron marchar debido a una enfermedad desconocida en sus ejércitos, la cual, en este caso, no perdonó ni al mismo Guillermo. Los hombres debieron permanecer en un campamento, cerca de una profunda trinchera. Como el grupo de Wulfgar no había contraído esa enfermedad, él debió encargarse de hacer un amplio reconocimiento para ver que ningún ejército sajón se reuniera en el sur o el oeste. Generalmente, le tocó cabalgar lejos del cuerpo principal del ejército para asegurar las aldeas, pueblos y localidades más pequeñas que pudieran unirse contra los normandos. Lo hizo muy bien y a los suyos les fue mejor manteniéndose lejos del grueso de los hombres; su comida era de mejor calidad y sus caballos podían pacer en praderas más suculentas.

Ahora su posición estaba bien al oeste de Londres, en las colinas boscosas, cerca del punto de donde debería regresar. La mayor parte del tiempo habían viajado sin ser vistos y haciendo sentir lo menos posible su presencia. Todo parecía tranquilo a su alrededor, pero mientras Wulfgar continuaba observando el terreno, un grupo de tres caballeros apareció cabalgando entre las colinas.

Wulfgar se volvió e indicó a Milbourne y Gowain que se acercaran y ordenó a los otros hombres que aguardaran, pero que tuvieran a mano sus arcos y espadas, porque ignoraba qué fuerza podría estar oculta en el grupo de árboles.

Con los dos caballeros mencionados, bajó la colina hacia el valle, hacia donde estaban los otros tres. Un grito atrajo la atención y cuando se volvieron y vieron al grupo de Wulfgar, los tres desconocidos blandieron sus lanzas y mostraron sus escudos, los cuales los sindicaban como ingleses y, por lo tanto, enemigos de Guillermo. Los tres se prepararon para el enfrentamiento. Cuando Wulfgar estuvo lo bastante cerca para que sus hombres empezaran a preocuparse, se detuvo y aguardó un momento, a fin de darles tiempo para que vieran sus escudos y blasones.

-Yo soy Wulfgar, de los hombres de Guillermo -dijo con voz autoritaria-. Por vuestros colores, veo que sois hombres de Rockwell. Debo ordenaros que os rindáis, porque nosotros estamos contra él y él no ha prestado juramento de lealtad a Guillermo.

El caballero de más edad de los tres lo enfrentó directamente y respondió al desafío con palabras igualmente decididas.

-Yo soy Forsgell, y no acato a ese duque normando. He jurado servir con mi espada y mi lanza a un lord sajón leal, y con la ayuda de Dios expulsaremos a los invasores de nuestra tierra. No aceptaremos otro rey que no sea el que acatamos.

-Entonces debemos luchar -replicó Wulfgar. Señaló a sus hombres que aguardaban más arriba-. Ellos no tomarán parte, porque vosotros sois caballeros, juramentados por el honor de la cruz que lleváis.

Con esas palabras, hizo girar a su caballo y se alejó unos pocos pasos.

Ahora, todos empuñaron firmemente sus lanzas, y con un grito, azuzaron a sus caballos, tres contra tres. El caballo de Wulfgar cargo haciendo temblar el suelo con sus cascos, y con los músculos palpitantes por el esfuerzo. Conocía la sensación de la batalla tan bien como su amo. Wulfgar apretó los flancos con sus rodillas y se lanzó al combate. El caballero de más edad lo esperó de frente y los dos chocaron con un ruido ensordecedor. El primer encuentro no tuvo consecuencias y los caballos dieron media vuelta y nuevamente se lanzaron uno contra otro. Esta vez, el mayor peso de Wulfgar se hizo sentir, porque la lanza dio contra el escudo del otro y lo aplastó contra su hombro, antes que su lanza pudiera tocar al normando. El sajón perdió lanza y escudo pero se mantuvo firmemente en su silla. Su brazo izquierdo estaba adormecido pero su caballo seguía respondiendo a sus rodillas. Wulfgar aguardó para darle respiro. El hombre desenvainó gallardamente su espada con la mano derecha y volvió a espolear a su caballo.

Wulfgar arrojó a un lado su espada y su escudo y desenvainó la hoja larga y brillante que tantas veces había sostenido su honor. Sin que lo tocaran, su caballo saltó hacia adelante.

Las hojas se encontraron y ahora fue notoria la diferencia de los caballos, pues el de Wulfgar siempre se mantuvo de frente al otro, sin volverse nunca, sin dejar de embestir, empujando con su pecho musculoso al caballo más débil, hasta hacerlo tambalearse y agitar las patas para no caer.

La espada de Wulfgar cayó sobre la armadura y la hoja del otro caballero. Un golpe a la cabeza y la sangre empezó a gotear lentamente del yelmo del sajón y su brazo se volvió pesado y torpe. El hombre meneó la cabeza y trató de levantar el otro brazo, pero el mismo colgaba adormecido a su costado. Ahora, todo lo que pudo hacer fue dirigir su espada hacia Wulfgar y espolear a su caballo una vez más. Pero la espada de Wulfgar siguió golpeando y su caballo empujando con fuerza cada vez mayor. Finalmente, Wulfgar tomó su espada con las dos manos, y con su potente grito de guerra, golpeó con todas sus fuerzas. La hoja quebró la espada del otro y se le clavó en un hombro. El caballero ya no pudo levantar ningún brazo y quedó completamente indefenso. Wulfgar hizo retroceder a su caballo y el hombre no pronunció palabra sino que se limitó a asentir con la cabeza. Se rindió, y Wulfgar ganó su batalla.

Wulfgar se volvió hacia los otros y pronto esos combates también terminaron. Ahora, tres caballeros fueron capturados, despojados de sus armas y escudos, de modo que no quedaron ya obligados por su juramento, sino que se convirtieron en prisioneros que serian enviados a Guillermo para que él dispusiera.

Así, Guillermo pudo avanzar sin ser molestado y sin que lo precedieran noticias de su marcha. Muchos castillos y fortalezas despertaron una mañana para comprobar que durante la noche, sin previo aviso, habían sido rodeados. La visión de ese vasto ejército cubriendo las colinas circundantes y aguardando la señal de atacar hacía que los defensores buscaran rápidamente llegar a un acuerdo en términos favorables.

Wulfgar continuó cabalgando. El cielo se puso gris y pronto las nubes fueron esfumadas por una llovizna. Hilillos de agua fría empezaron a correr por su cuello y sus calzas. Las sillas de montar quedaron empapadas y mantenerse bien montado requería constante atención. Sin embargo, si bien traía incomodidad, la lluvia también tuvo sus ventajas, porque apagó el espíritu animoso de los hombres, que de ese modo no sintieron deseos de cantar, ni gritar, ni siquiera hablar. Siguieron cabalgando en silencio, doblemente alertas, porque sabían que podrían ser fácilmente sorprendidos por fuerzas que surgieran de la penumbra que los rodeaba.

Wulfgar se detuvo y levantó una mano. Adelante de ellos se oían furiosos insultos. A su señal, los soldados se apearon y entregaron sus caballos a los pajes. Silenciosamente, prepararon sus arcos con sus flechas de madera de sauce endurecida. Los arcos, las cuerdas y las flechas estaban bien engrasados y protegidos por fundas de cuero aceitado, porque Wulfgar conocía muy bien la humedad que hay en invierno en estas islas.

Sus caballeros empuñaron las lanzas y avanzaron lentamente delante de los soldados de a pie. Un pequeño torrente cruzaba el camino en un punto bajo y normalmente los viajeros hubieran tenido que mojar apenas los cascos de sus caballos para cruzarlo, pero ahora era un pantano de varios metros de ancho y en el medio había un carro de cuatro ruedas en el que iban cuatro niños y dos mujeres. Dos hombres y un mocetón se esforzaban en las ruedas enlodadas, mientras la mayor de las mujeres exigía a una pareja de cansados caballos que redoblaran sus esfuerzos. Un hombre a quien le faltaba el brazo izquierdo, dio un paso atrás y

maldijo hasta que sus ojos cayeron sobre los cuatro caballeros que lo apuntaban con sus lanzas. Su súbito silencio atrajo la atención de los demás y a oídos de Wulfgar llegaron exclamaciones de sorpresa.

Wulfgar espoleó al caballo y consideró un momento la situación, antes de hacer señas a sus hombres de que se quedaran tranquilos. No había ninguna amenaza en estos siervos empapados.

Wulfgar se acercó hasta que su lanza casi tocó en el pecho al hombre de más edad.

-Os pido que os rindáis, porque el día es desapacible y no adecuado para morir.

Habló serenamente, pero el tono de su voz contuvo más amenazas que sus palabras. El hombre de un solo brazo abrió la boca y asintió, aunque sus ojos no se apartaron de la punta de la lanza. Del carro llegaron ruidos y el bien entrenado caballo se volvió por su propia voluntad para enfrentar a esta posible amenaza.

En el carro, un muchachito luchó hasta que levantó una enorme espada de ancha hoja, casi tan alta como él.

-Yo lucharé con vos, normando -sollozó el muchachito, con los ojos llenos de lágrimas-. Yo lucharé con vos.

-¡Miles! -exclamó la más joven de las mujeres y saltó del carro. Se apoderó del muchacho y trató de calmarlo, pero él la hizo a un lado y enfrento valientemente a Wulfgar bajo la lluvia.

-Vosotros matasteis a mi padre -declaró el muchacho-. Pero yo no os temo, no tengo miedo de luchar con vosotros.

El alto caballero miró los ojos del muchacho y encontró allí algo del fiero coraje de su propia juventud. Wulfgar puso su lanza vertical, extendió sobre ella su estandarte con su escudo de armas y sonrió con expresión tolerante.

-No dudo de que lo harías, muchacho. Inglaterra y Guillermo tendrán necesidad de valientes como tú, pero por el momento yo estoy muy ocupado con los asuntos del duque, de modo que no estoy en libertad de batirme a duelo.

La mujer que trataba de retener al muchacho pareció tranquilizarse y levantó hacia el caballero normando una mirada llena de gratitud.

Wulfgar se dirigió a los hombres.

-¿Quiénes sois vosotros y hacia dónde os dirigís? –preguntó.

El de más edad se adelantó.

Yo soy Gavin, el herrero. Era arquero y fui a luchar al lado Haroldo en el norte, contra los noruegos, y allí perdí mi brazo. –Se volvió y señaló a las mujeres en el carro. -Esa es mi esposa, Miderd, y esa otra es Haylan, mi hermana viuda. -Apoyó su única mano en el hombro del muchacho que tenía a su lado. -Este que habló contigo es el hijo de Haylan, Miles. Los otros niños son míos y el hombre es mi hermano Sanhurts. Andamos en busca de un nuevo hogar, puesto que los normandos nos han quitado el nuestro.

Mientras el hombre hablaba, Wulfgar notó la palidez de su cara y una mancha roja donde la manga vacía estaba anudada. Su mirada pasó al hombre más joven, quien era de baja estatura pero de cuerpo fuete y musculoso.

-El pueblo de Darkenwald... -dijo Wulfgar, observando a los dos—. ¿Lo conocéis?

-El nombre es familiar, milord -repuso cautamente el más joven.

-Sí, es conocido -interrumpió Gavin-. El viejo lord que vive allí pasó una vez por nuestra aldea. Era un hombre contradictorio. Quiso que yo herrara una yegua que había comprado para su hija pero no toleró ninguna demora porque quería regalársela ese mismo día para celebrar la fiesta de San Miguel. Se jactó de que ella podía cabalgar tan bien como cualquier hombre, y debió de ser así milord, porque la yegua que compró era briosa y fogosa.

Wulfgar se puso ceñudo cuando recordó las acusaciones de Gwyneth, reflejadas en las palabras del hombre.

-Sí, la yegua era briosa como la muchacha, pero eso ahora no tiene importancia. Si quieres, puedes ir a vivir a Darkenwald y establecer allí tu hogar. Hay necesidad de un herrero.

Gavin lo miró mientras la lluvia caía sobre su cara.

-¿Me enviáis a un condado sajón? -preguntó.

-El anciano ya no vive -repuso Wulfgar-. Yo retengo la aldea para Guillermo hasta el momento que Inglaterra sea suya, entonces el feudo será mío. -Señaló a Sanhurst- Él vendrá conmigo y su obligación será cuidar mis espaldas. Si lo hace bien, regresará para ver establecida a tu familia.

Los sajones intercambiaron miradas inquisitivas entre ellos, hasta que Gavin se adelantó.

-Perdonad, milord, pero no estamos buscando servir a los normandos. Todavía encontraremos un lugar donde podamos ser nuestros propios amos.

Wulfgar se acomodó en su silla y los miró fijamente.

-¿Creéis que llegaréis lejos con los normandos recorriendo todo el país? -Miró a cada uno a la cara y vio incertidumbre- Os daré mi estandarte. Ninguno de los hombres de Guillermo os hará daño si le enseñáis esto. -Señaló el brazo de Gavin.- En Darkenwald, también hay alguien que sabe mucho de las artes de curar. Ella es la hija del viejo lord y se ocupará de vuestra herida. Queda a elección vuestra si continuáis viaje y tratáis de encontrar otra aldea que esté aún en poder de los ingleses, pero os advierto que todos los pueblos serán tomados, porque Guillermo es el legítimo heredero al trono y está decidido a tenerlo.

Gavin se acercó a Sanhurst y los dos hablaron unos momentos en voz baja, hasta que el más joven asintió y se acercó a Wulfgar Se detuvo ante el enorme caballo y levantó la vista, mientras la lluvia le corría por la cara.

-Ellos irán a Darkenwald, milord, y yo iré con vos -dijo.

-Está bien—repuso Wulfgar.

Hizo girar a su caballo y fue donde Bowein aguardaba en el carro, inmediatamente detrás de los arqueros. Con una pocas palabras al viejo sajón, recibió una cuerda que el carretero sacó de debajo del asiento. Llevó la cuerda hasta el carro de los ingleses. Allí la ató a una anilla de la parte delantera y aseguró el otro extremo a la parte posterior de su silla de montar. Azuzó a su caballo hasta que la cuerda quedó tensa e hizo una seña a la mujer que sostenía las riendas. Ella gritó y los caballos más pequeños se esforzaron una vez más y tiraron de sus arneses. El semental de Wulfgar, que parecía saber lo que se le exigía, miró cansadamente hacia atrás, se inclinó y apoyó su peso, más varios centenares de libras de armadura y jinete, contra la cuerda. Sus monstruosos cascos parecieron hundirse más en el lodo, pero después volvieron a subir en una serie de fuertes, poderosas pisadas. El carro crujió, y con un chapoteo, las ruedas empezaron a girar, lentamente al principio, pero aumentando de velocidad, hasta que el vehículo llegó a la otra orilla del pantano. Los hombres de la familia chapalearon en el lodo y dieron las gracias a Wulfgar, mientras el resto de los hombres de armas se reunían con él. Bowein esperó hasta que el camino estuviera despejado y entonces cargó hacia el pantano a paso vivo del gran perdieron que arrastraba su carro y pronto estuvo del otro lado, sin haber tenido necesidad de detenerse.

La demora hizo que pronto la noche cayera sobre ellos, y Bowein habló de un denso bosque de las cercanías, que estaba en un recodo del río.

Wulfgar condujo a sus hombres a ese lugar, llevando consigo a los nuevos agregados, y pronto se estableció el campamento. Cerróse la oscuridad mientras seguía cayendo la lluvia. El viento frío gemía entre las ramas más altas de los árboles y arrancaba las últimas hojas empecinadas que se adherían tercamente a las ramas desnudas.

Wulfgar vio desamparo en los niños acurrucados alrededor del fuego y hambre en sus caritas flacas y crispadas, mientras masticaban las costras de pan mojado que la mujer de más edad medía cuidadosamente. Recordó su propio desamparo cuando, de niño, lo arrojaron de su hogar, y la confusión que sintió cuando comprendió, sentado con Sweyn junto a un fuego de campamento, que nunca más podría regresar a ese lugar de felices recuerdos, donde haba conocido el cariño de un hombre que súbitamente resultó no ser su padre.

Se volvió y ordenó a Bowein que trajera una larga pierna de puerco y que la cortara para la familia sajona, y que también les diera algo de pan más apetitoso que el que ellos tenían. Después sintió un calor dentro de su pecho cuando vio los ojos brillantes de los niños mientras comían lo que para ellos debía de ser un rico banquete, luego de semanas de hambre. Se alejó, pensativo, fue hasta la hoguera del campamento y se sentó bajo un árbol. Ignoró el frío de la tierra empapada, apoyó la cabeza en el tronco y cerró los ojos.

En su mente, lentamente apareció, abriéndose como una flor, un rostro nimbado de rizos de oro rojizo,, con ojos de oscuro color violeta, semicerrados, cargados de pasión, y labios tibios, entreabiertos, que trataban de besarlo en la boca. Abrió los ojos y los clavó por un tiempo en las resplandecientes ascuas del fuego, temeroso de volverlos a cerrar.

Wulfgar levantó la vista de las llamas y miró a Haylan, quien se acercaba. Al sentir que él la miraba, la mujer sonrió insegura como saludo y se envolvió más apretadamente los hombros en su capa para protegerse del frío de la noche. Wulfgar se preguntó cómo sería llevarse a esta mujer a lo más denso de la arboleda y

tender su capa para acostarse con ella. Era bonita, con rizado cabello oscuro y ojos negros como el carbón. Quizás de ese modo podría arrancar a Aislinn de su mente, pero la posibilidad apenas le resultó interesante, con gran sorpresa de su parte. Empezó a preocuparse aún más, porque esa zorra de cabellos cobrizos que había dejado en Darkenwald lo excitaba todavía más en su ausencia que esta mujer que tenía adelante, al alcance de su mano, o que cualquier otra que se hubiera cruzado con él en sus andanzas, en realidad. Pensó que, si ella estuviera aquí, él se sentiría tentado de despedirla en forma destemplada, por la cólera que en este momento sentía. Hubiera querido hacerla llorar, que sufriera por el tormento que le causaba.

¡Ah, mujeres! Sabían bien cómo torturar a un hombre y ella no era diferente, excepto que era más hábil para hacer que un hombre la deseara. Aquella última noche que pasaran juntos había quedado grabada en su memoria con una nitidez y claridad que en todo momento casi le hacía creer que podía sentirla contra él y oler la suave fragancia de sus cabellos. Ella se le había entregado con un propósito y ahora que él estaba lejos, podía entender cuáles habían sido las intenciones de esa zorra. Hubiera querido maldecidla, decirle que era una perra, aunque ansiaba, al mismo tiempo, tenerla a su lado y poder tocarla cuanto quisiera. Oh, Señor, él odiaba a las mujeres, y creía que a ella más que a todas las demás, porque lo había hechizado y ahora se entrometía en todos sus pensamientos.

-Habláis muy bien la lengua inglesa, milord -dijo Haylan suavemente, ante el silencio de él—. Si no hubiera visto vuestro estandarte, os habría tomado por uno de los nuestros.

Wulfgar respondió con un gruñido y clavó la vista en el fuego. Por un momento, todo estuvo silencioso en el campamento. Los hombres de Wulfgar trataban de descansar sobre sus jergones mojados y la hierba húmeda, y de tanto en tanto se oía una maldición apagada en la oscuridad. Los niños se habían acomodado sobre el tosco piso de su carromato y ahora descansaban pacíficamente entre las pieles y las mantas gastadas.

Haylan carraspeó y nuevamente trató de romper el caviloso silencio de Wulfgar.

-Quiero agradeceros vuestra bondad para con mis hijos, señor. Miles es tan testarudo como lo era su padre.

-Valeroso muchacho -repuso Wulfgar distraídamente-. Como debió de ser tu marido.

-La guerra era como un juego para mi marido —murmuró Haylan.

Wulfgar la miró fijamente y se preguntó si había detectado un asomo de amargura en el tono de ella. Haylan lo miró a los ojos.

-¿Puedo sentarme, milord? -preguntó ella.

Él asintió y ella se sentó cerca del fuego.

-Yo sabía que llegaría el momento en que quedaría viuda –dijo quedamente-. Amaba a mi esposo, aunque él fue elegido por mi padre y yo no tuve oportunidad de opinar sobre el casamiento. Sin embargo, él vivía demasiado agresivamente y era descuidado con su vida. Si no hubieran sido los normandos, algún otro hubiese puesto fin a sus días. Ahora he quedado sola para alimentar a mi familia. -Miró a Wulfgar a los ojos.- No guardo rencor a su memoria, milord. Estoy resignada.

Wulfgar respondió con el silencio y ella sonrió y volvió la cabeza de modo de poder mirarlo más de cerca.

-Es extraño, pero vos tampoco actuáis como un normando, milord.

Wulfgar la miró inquisitivamente.

-¿Y cómo imaginas que son los normandos, mujer?

-Ciertamente, no espero bondad de ellos -explicó Haylan.

Él rió brevemente.

-Te aseguro, señora, que no tengo un rabo en punta y tampoco cuernos sobre mi cabeza. Ciertamente, si miras con atención verás que parecemos hombres normales, aunque algunas historias nos hacen quedar como demonios.

Haylan enrojeció y tartamudeó, en tono de disculpa.

-No quise ofenderos, milord. Ciertamente, os estamos agradecidos • por vuestra ayuda y la comida fue muy bienvenida. Hacía muchos meses que no probábamos buena carne y sabíamos lo que es tener la barriga llena. Ni siquiera nos atrevimos a encender fuego, por temor a atraer a los merodeadores.

Haylan tendió las manos hacia el fuego para calentárselas. Wulfgar observó sus movimientos y pensó en los finos dedos de Aislinn sobre su pecho y en la excitación que le producían con su mero contacto. Furioso consigo mismo por dejar que sus pensamientos volaran hacia | ella, se preguntó por qué su mente se

empecinaba en concentrarse en esa muchacha mientras esta atractiva mujer que tenía a su lado seguramente no se opondría con mucha insistencia a compartir su jergón. Cuando él se propuso mostrarse encantador y persuasivo, algunas de las damas más altaneras y más renuentes se arrojaron a sus brazos, suspirando y complacientes, y esta Haylan no parecía excesivamente arrogante. Ciertamente, por la forma en que seguía mirándolo, se hubiera dicho que esperaba que él le propusiera acostarse con ella; además, siendo viuda, como decía ella, estaba resignada a la muerte de su marido. Sus palabras casi habían sido como una invitación para que él la tomara. Empero, mientras miraba el pecho henchido y las generosas caderas de la mujer, comprendió que prefería una figura más esbelta. Le sorprendió y desconcertó que Haylan no le resultara atractiva, cuando varios meses atrás la hubiera considerado digna de la más celosa atención. ¿Acaso la rara belleza de Aislinn había apagado su deseo por otras mujeres? Ante ese pensamiento, casi maldijo en voz alta. Que lo condenaran antes que representar el papel de un novio enamorado que le fuera fiel a su esposa. El se acostaría con todas las mujeres que le gustaran.

Con ese pensamiento, se levantó abruptamente sorprendiendo a Haylan, y la tomó de una mano para hacerla ponerse de pie. Los ojos oscuros de ella se agrandaron atónitos y sorprendidos cuando lo miraron, pero él señaló con la cabeza hacia los árboles, en una silenciosa respuesta. Ella se resistió vacilante, todavía ignorando cuáles eran las intenciones de él, pero cuando entraron en la profunda oscuridad de la arboleda dejó a un lado sus reservas y se apretó contra él con apasionado abandono.

Encontraron un roble envuelto en enredaderas, donde el techo de ramas y hojas formaba un refugio perfecto, tapizado por hojas secas. Él extendió su capa, se volvió, tomó a Haylan en brazos y la besó, una, dos, tres veces. La estrechó con fuerza y sus brazos parecieron aplastarla mientras sus manos le acariciaban la espalda. Su fiero ardor empezó a excitarla y ella empezó a responder con pasión similar, le echó los brazos al cuello y se irguió en puntas de pie para apretar su cuerpo contra el de él. Juntos, se tendieron lado a lado sobre la capa. Haylan estaba evidentemente bien familiarizada con los impulsos del cuerpo de un hombre y sabía cómo responder. Apartó su capa, apretó los muslos contra los de él y sus dedos se deslizaron debajo de su camisa para acariciarle el pecho musculoso. Con dedos ansiosos, Wulfgar soltó la cinta que sostenía la parte superior de la blusa campesina y liberó los pechos. Haylan ahogó una exclamación cuando él sepultó su cara entre las suaves curvas y la apretó con fiereza, haciéndola arquearse contra él. Pero en el calor del momento, Wulfgar perdió el control.

-Aislinn, Aislinn —murmuró roncamente.

Hubo una súbita rigidez en el cuerpo que tenía debajo y Haylan le apartó.

-¿Qué decís?

Wulfgar la miró fijamente y cayó en cuenta de que había nombrado a la otra. Haylan sintió, contra sus muslos, que el deseo de él se apagaba. Wulfgar también lo percibió, rodó de costado, gimió y se llevó las manos a los ojos.

-Oh, perra -gimió-. Me atormentas hasta cuando estoy con otra mujer.

-¿Qué decís? -estalló Haylan y se sentó-. ¿Perra? ¿Soy yo una perra? Muy bien, entonces que tu hermosa Aislinn calme la sed de tu virilidad. ¡Ella es una perra! ¡Ooohhh!

Se levantó furiosa, acomodó sus ropas y lo dejó con los pensamientos que se agitaban en su cerebro. Wulfgar oyó las pisadas de ella que volvían al campamento y en la oscuridad enrojeció por su fracaso. Se sintió como un muchacho virgen que acabara de fallar con su primera mujer. Levantó una rodilla, apoyó en ella un brazo y miró sin ver la oscuridad. Largo tiempo permaneció allí, cavilando sobre las locuras que cometen los hombres enfermos de amor. Sin embargo, no hizo ninguna admisión de su enamoramiento y por fin razonó y llegó a la conclusión de que su reacción se debía a la vida fácil y tranquila de Darkenwald.

-Me he vuelto blando -murmuró.

Levantó su capa y sacudió las hojas que habían quedado adheridas.

Pero cuando regresó lentamente al fuego, una cabellera de color cobrizo pareció rozar el fondo de su mente y él creyó sentir su perfume en el bosque que lo rodeaba. Cuando se tendió debajo del carro y se cubrió con su capa, curvó el brazo como si una cabeza descansara en su hombro y a su lado hubiera un cuerpo suave y cálido. Cerró los ojos, y contra su voluntad, lo último en que pensó, estando despierto, fue en unos ojos de color violeta que lo miraban fijamente.

Debajo de su carro, Haylan se revolvió inquieta sobre el jergón que compartía con Miderd y dirigió una mirada a la forma inmóvil tendida debajo del otro carro.

-¿Qué sucede, Haylan? -preguntó Miderd-. ¿Hay alguna cosa debajo del colchón para que tengas que moverte así? Quédate quieta, o despertarás a los hombres.

-¡Aaahhh, los hombres! -gimió Haylan-. Todos, hasta el último, duermen profundamente.

-¿De qué estás hablando? Claro que duermen. Gavin y Sanhurst duermen desde hace horas. Debe de ser medianoche. ¿Qué te sucede?

-¿Miderd? -empezó Haylan, pero no pudo encontrar palabras apropiadas para formular su pregunta. Suspiró de frustración y por fin, después de una larga pausa, habló-. ¿Por qué los hombres son como son? ¿Nunca están contentos con una mujer?

Miderd rodó hasta quedar tendida de espaldas, y a la débil luz del fuego, miró hacia arriba el fondo de su carro.

-Algunos hombres quedan contentos cuando pueden encontrar a la mujer adecuada. Otros siempre siguen buscando, por la excitación del momento.

-¿Qué clase de hombre crees que sea Wulfgar? -preguntó Haylan suavemente.

Miderd se encogió de hombros.

-Un normando como cualquier otro -dijo- pero a quien debemos ser leales, a fin de no quedar a merced de algún bribón vagabundo.

-¿Crees que es apuesto?

-Haylan, ¿estás loca? Nosotras somos nada más que campesinas y él es nuestro señor.

-¿Qué es él? ¿Un bribón o un buen caballero?

Miderd suspiró.

-¿Cómo quieres que conozca la mente de un hombre?

-Tú eres sabia, Miderd. ¿Sería probable que él golpeara a una campesina si ella lo hace encolerizarse?

-¿Por qué? ¿Tú lo has enfurecido?

La mujer más joven tragó con dificultad.

-Espero que no —dijo.

Se volvió de costado sin responder a la mirada inquisitiva de Miderd, y después de un largo tiempo logró dormirse como deseaba.

Las primeras luces del alba tocaron las gotas de lluvia todavía adheridas a las ramas desnudas y las hicieron brillar como piedras preciosas y reflejarse sobre las húmedas rocas cubiertas de musgo. Wulfgar despertó de su sueño sintiendo un apetitoso aroma a carne de puerco y a sopa. Miró a su alrededor y vio que las mujeres ya estaban levantadas y se hallaban preparando una comida para ellos. Salió de abajo del carro y se estiró para desperezarse, complacido por la quietud de la madrugada. Haylan había estado' observándolo con temor mientras dormía, preguntándose cómo la trataría cuando despertara, pero él parecía haberla borrado de su mente.

Wulfgar se quitó las calzas y empezó a lavarse. Mientras se inclinaba sobre la comida que estaba calentándose, ella no pudo evitar mirarlo de soslayo y admirar su cuerpo alto, sus anchos hombros y recordar claramente la firmeza de ese cuerpo musculoso contra el suyo.

Wulfgar se había puesto sus ropas, su cota de mallas y su cubre cabeza cuando se acercó con Gowain y Milbourne para probar la comida. Mientras les servía, los dedos de Haylan temblaron y sus mejillas enrojecieron al pensar en el abrazo lascivo de él, la noche anterior, pero él habló con Milbourne y rió de un chiste de sir Gowain, como si hubiera olvidado completamente el encuentro bajo los árboles.

Fue momentos más tarde, cuando el mayor de los caballeros se acercó para tomar otro trozo de carne, que Haylan le hizo la pregunta que le quemaba los labios.

-Sir Norman, ¿quién es Aislinn?

Milbourne la miró, sorprendido, y dirigió una rápida mirada hacia donde se encontraba Wulfgar.

-Vaya, ella... ejem... ella es la señora de Darkenwald.

Se alejó rápidamente y Haylan permaneció silenciosa, sin aventurarse a hacer más preguntas. Estaba sumida en sus pensamientos cuando sir Gowain la interrumpió y le sonrió amablemente.

-Señora, los soldados a menudo echamos de menos las comodidades que puede brindarnos una mujer. Es un placer desayunarse con bocados tan deliciosos y contemplaros inclinada sobre el fuego.

Haylan arrugó la frente, como si reflexionara penosamente.

-Señor caballero, ¿quién es Wulfgar? ¿Qué es él en Darkenwald?

El entusiasmo de Gowain se apagó rápidamente ante el hecho evidente de que ella no había prestado atención a sus palabras.

-Wulfgar -dijo- es señor, es lord de Darkenwald.

La miró confundido, pero sin agregar palabra se alejó, sintiéndose lastimado por el interés de ella en otro hombre.

El tercer caballero, Beaufonte, se le acercó y aguardó pacientemente hasta que por fin ella lo vio y le sirvió un poco de sopa. Haylan lo miró y preguntó, en tono ligero:

-Señor caballero, ¿nos dirigimos a Darkenwald, verdad?

-Sí, señora, a Darkenwald.

Haylan tragó con dificultad y se preguntó cómo enfrentaría a la señora de Darkenwald y cuál sería su castigo si lady Aislinn llegaba a enterarse de su encuentro en el bosque con su marido.

El resto del tiempo, hasta que levantaron el campamento, Haylan se mantuvo bien alejada de Wulfgar, sin saber si le temía más a él o a su dama. Si él hubiera sido su esposo, Haylan se habría puesto furiosa al enterarse de que él se había tendido sobre la hierba con otra mujer, no importa cuál hubiera sido el resultado.

Antes de marcharse, Wulfgar buscó a Miderd, y con actitud impasible, le entregó un bulto cuidadosamente envuelto en piel curtida.

-Dale esto a mi dama... -Se aclaró ruidosamente la garganta.- Dale esto a Aislinn de Darkenwald cuando tengas un momento a solas con ella... Dile que fue honradamente adquirido.

-Sí, milord -respondió Miderd-. Veré que esto llegue a sus manos intacto.

Él asintió pero no hizo ademán de retirarse, sino que pareció haberse quedado sin saber qué decir.

-¿Deseáis alguna otra cosa de mí, milord? -preguntó ella, desconcertada ante la actitud vacilante de este alto normando.

-Sí -suspiró él-. Dile también... -Hizo una pausa, como si le costara encontrar las palabras.- Dile también que deseo que se encuentre bien y que espero que confíe en Sweyn para cualquier necesidad que pueda tener.

-Recordaré bien vuestras palabras, milord -dijo ella.

Él dio media vuelta, y con una rápida orden a sus hombres, montó, se acomodó en la silla y guió a su caballo fuera del bosquecillo, seguido de su grupo de hombres armados.

Sentada en el asiento de su carro, Haylan vio que Miderd guardaba el envoltorio que le había dado Wulfgar.

-¿Qué tienes ahí? -preguntó-. ¿Te dio él alguna recompensa?

-No. Sólo tengo que llevar esto a Darkenwald de parte de él.

-¿Dijo él... dijo él algo de mí?

Miderd meneó lentamente la cabeza y miró intrigada a la mujer más joven.

-No. ¿Por qué iba a decir algo de ti?

-Creí... creí que diría algo. Parecía mal dispuesto cuando me separé de él.

-Ahora no estaba enfadado ni mal dispuesto. —Miderd miró nuevamente a su cuñada y unió las cejas. -¿Por qué estás inquieta por él?

-¿Inquieta? -Haylan rió débilmente.- No hay motivos.

-¿Qué sucedió anoche, cuando todos estábamos acostados y tú no estabas? ¿El te hizo el amor?

Haylan saltó y chilló llena de indignación.

-Claro que no —exclamó—. Es verdad. Nada sucedió.

Miderd observó con recelos el rostro encendido y se encogió de hombros.

-Es tu vida -dijo-. Vívela como quieras. Nunca has escuchado mis consejos y no creo que ahora lo hagas. Pero yo diría, por los modales de milord, que él tiene su interés en otra parte.

-Como dices tú, Miderd -replicó Haylan irritada-, es mi vida y la viviré como mejor me parezca.

Sin agregar palabra, se volvió para ayudar a los niños a subir al carro.

12

La llegada de normandos a caballo fue anunciada desde la parte más alta de la torre de Darkenwald mientras moría el último canto del gallo. Aislinn se apresuró a vestirse, esperando que por fin llegara un mensajero de Wulfgar. Sus esperanzas se desvanecieron rápidamente cuando bajó la escalera y encontró a Ragnor de Marte calentándose frente al fuego. Vachel y otros dos normandos estaban con él, pero a una palabra de Ragnor se apresuraron a salir del salón. Ragnor se había quitado la gruesa capa de roja lana y la pesada cota de mallas y ahora vestía una blanda túnica de cuero y calzas de lana, pero tenía su espadón ceñido a su cintura.

Se volvió para mirar a Aislinn y una lenta sonrisa se dibujó en sus labios.

Ella tuvo súbitamente conciencia de su cabellera suelta, de la cual se había olvidado en su prisa, y de sus pies desnudos, que ahora estaban helándose sobre las frías piedras de la escalera, y se acercó al hogar, atraída por el reconfortante calor que combatía al frío que reinaba en la estancia.

Los perros tiraron de sus traíllas y ladraron. Ella se acercó más, y antes de mirar a Ragnor, soltó a todos los animales y los llevó fuera del salón.

Finalmente tomó asiento cerca del fuego y enfrentó al normando, muy conciente del hecho de que estaban solos en el salón. Sweyn y Bolsgar habían salido a cazar y Gwyneth aún no se había levantado. Hasta los siervos habían encontrado tareas más urgentes en otras partes, pues recordaban demasiado bien a sus amigos y familiares masacrados por este normando.

Aislinn habló suavemente.

-¿No hay guerras donde combatir, sir Ragnor, o es por eso que habéis regresado? Supongo que este lugar es un refugio más seguro que el campamento de Guillermo. ¿Debo pensar que el duque se ha recuperado de la enfermedad que lo aquejaba?

Los ojos oscuros de Ragnor la miraron atrevidamente y se detuvieron en los pequeños, esbeltos pies descalzos, casi ocultos por el borde del vestido. El sonrió, se arrodilló ante ella, tomó en sus manos uno de los piececillos helados y empezó a masajearlo suavemente. Aislinn trató de apartar su pie, \ TO él estaba firmemente decidido a prestarle ese servicio.

-Tu lengua es muy aguda, amorosa paloma. ¿Wulfgar te ha hecho odiar a todos los hombres?

-Aaahh, bribón cobarde —replicó ella—. ¿Qué sabéis de los hombres?

Los dedos de él le rodearon el tobillo y apretaron un poco. Aislinn recordó el dolor que había sufrido en sus manos.

-Es evidente, milady, que tú nada sabes de ellos. Elegir al bastardo en vez de a mí, fue una locura que pocas damiselas cometerían.

Ella apartó la mano de él con un puntapié, incapaz de seguir soportando su contacto un momento más, y se levantó de un salto.

-Aún no he visto que haya sido una locura, sir Ragnor. Y creo que nunca pensaré así. Wulfgar es lord de esta casa y yo soy suya. Parece que elegí correctamente, ¿porque qué tenéis vos aparte del caballo que te lleva lejos de las batallas?

El se levantó en toda su altura y estiró un brazo para pasar los dedos entre los cabellos brillantes de ella.

-Quisiera poder quedarme y demostrarte cómo estás de equivocada, Aislinn. —Se encogió de hombros y se apartó un paso.- Pero he venido sólo por unas pocas horas, para descansar. Voy en camino hacia el barco de Guillermo, con cartas destinadas a nuestro país.

-Debe de ser algo muy urgente para que os demoréis aquí –dijo Aislinn, sarcásticamente.

-Es lo bastante urgente para que tenga que darme prisa cuando esté sobre mi caballo, pero yo quería ver nuevamente esta hermosa casa. -Le sonrió.- Y a ti también, mi paloma.

-Y ahora ya me habéis visto. ¿Estoy reteniéndoos? ¿Quizá queréis algo de comida para el camino? ¿Qué puedo hacer para acelerar vuestra partida?

-Nada, paloma mía. -Se llevó una mano al corazón.- Porque yo cortejaría a la misma muerte con tal de quedarme a tu lado.

Se oyó golpear una puerta y Ragnor se apartó de Aislinn cuando de arriba llegó el sonido de las pisadas de Gwyneth. Fue como si se entregara a un juego y desafiara a Aislinn a que lo traicionara, pero mientras él no le dirigiera su atención, ella estaba más que contenta de aceptar su infidelidad.

Gwyneth apareció en el tope de la escalera y Aislinn se mordió el labio inferior. El vestido que tenía puesto la otra era el favorito de Aislinn, el de color dorado oscuro y el último de algún valor que quedaba. Gwyneth tomaba libremente las ropas que quería del cofre de Aislinn y sólo las devolvía cuando estaban chamuscadas, rotas y manchadas. Entonces Aislinn las encontraba sobre su cama, descartadas. Pero cuando la mujer bajó la escalera, Aislinn tuvo que reprimir una sonrisa. El pequeño seno de Gwyneth se veía casi infantilmente plano dentro del vestido y los huesos de sus flacas caderas sobresalían desagradablemente debajo de la suave tela.

Gwyneth los miró a los dos llena de sospechas antes de posar sus ojos en Ragnor.

-Había empezado a desesperar de verte nuevamente, señor caballero —dijo.

-Ah, damisela, tu esbelta gracia está siempre en mis pensamientos -le aseguró Ragnor-. Quisiera que sepas que no puedo pasar un solo día sin algún recuerdo de tu belleza que lo señale.

-Tus palabras se derriten en mi corazón como copos de nieve sobre el fuego, pero me temo que me estés traicionando -repuso Gwyneth-. ¿Acaso no es lo habitual en los hombres?

-No, no, dulce Gwyneth. Yo no haría eso, aunque, a decir verdad, es más propio de un soldado olvidar a la belleza que tiene en casa por la que tiene en sus brazos.

-¡Qué volubles que son los hombres! -Una leve sonrisa curvó sus labios. Miró a Aislinn.- Ellos olvidan a sus queridas con tanta facilidad como para dejar sin aliento a la damisela. A menudo, es posible comprobar que la leal espera es infructuosa, y es mejor marcharse y ahorrarse el dolor de ser abandonada por otra.

Aislinn se irguió.

-Mides a los hombres con la vara más mezquina, Gwyneth. Yo prefiero usar una más larga a fin de conocerlos en todo su valor. Por eso presto poca atención a las jactancias de un fanfarrón y más al verdadero caballero que se comporta con honor.

Sin agregar nada ni mirar hacia atrás, Aislinn se alejó de ellos y subió la escalera. Gwyneth la vio marcharse e hizo una mueca de desprecio a sus espaldas.

-Si ella cree que mi hermano cambiará su modo de ser y vendrá volando a sus brazos, es una tonta. ¿Por qué se conformaría él con probar el primer fruto caído cuando toda Inglaterra yace a sus pies? Ragnor ocultó una sonrisa y se encogió de hombros.

-No trato de entender a las mujeres, sólo deseo amarlas. –Tomó a Gwyneth de un brazo y la hizo volverse para abrazarla. -Ven, mujer, y déjame que sienta contra mi cuerpo tu suavidad.

Ella lo golpeó furiosamente en el pecho con los puños.

-¡Déjame! —exclamó.

Él hizo inmediatamente lo que ella le ordenaba y la soltó tan repentinamente que ella se tambaleó hacia atrás, sorprendida, y casi cayó al suelo.

-¡No me dijiste que te habías acostado con esa prostituta sajona! -gritó Gwyneth, casi ahogada por las lágrimas que amenazaban con saltar de sus ojos-. ¡Te revolcaste con esa ramera y fuiste falso conmigo!

Ragnor sonrió, seguro de sí mismo, y tomó asiento frente a ella.

-No tenía motivos para creer que eso fuera asunto tuyo -dijo.

Gwyneth se le acercó de un salto, se arrodilló delante de su silla y tomó entre las suyas una mano de él. Lo miró a los ojos con una expresión de desesperación.

-¿Que no es asunto mío? Seguramente bromeas. Somos amantes, por lo tanto debemos compartirlo todo y no ocultarnos nada. -Desesperada, le clavó las uñas en el brazo.- No ocuparé un segundo lugar después de esa perra.

Ragnor apartó bruscamente su mano.

-Desafortunadamente, querida mía, ya lo ocupas.

El miedo atravesó como un cuchillo el corazón de Gwyneth. Ella le aferró las rodillas y sintió que el pánico empezaba a dominarla.

-Oh, amor mío, me hieres profundamente -dijo.

-No aceptaré imposiciones -declaró él fríamente-. No me dejaré llevar como un buey, con un yugo sobre mi cuello. Si me amas, trata de no enjaezarme de esa manera. No puedo respirar si tú me sofocas.

Desesperada, Gwyneth empezó a llorar.

-La odio -gimió, meciéndose de atrás a adelante-. La odio casi tanto como te amo a ti.

Ragnor sonrió y le tomó el mentón, obligándola a levantar la cara a fin de poder besarla.

-Eso fue simplemente algo nacido del calor de la batalla -murmuró roncamente contra la boca de ella-. No fue un acto de amor, como lo que hubo entre nosotros dos.

Apretó su boca contra la de ella, suavemente al principio, y después, cuando sintió que Gwyneth empezaba a responder, en forma más exigente y apasionada, atrayéndola hasta que ella quedó atravesada sobre su regazo. Con la mano libre empezó a acariciarle un pecho, y al tocar la suavidad de la tela, recordó dónde había visto ese vestido por primera vez. Aislinn lo llevaba puesto la noche antes que él partiera, cuando atendió a Wulfgar con tanto celo, y él a ella.

-Ven a mi habitación -imploró Gwyneth-. Estaré aguardándote.

Se deslizó del regazo de él, cruzó rápidamente el salón hasta el arranque de la escalera y allí se volvió y le dirigió una sonrisa llena de promesas. Cuando desapareció de la vista, Ragnor por fin se levantó y se sirvió lentamente un cuerno de ale. Miró con expresión pensativa hacia la habitación del lord y empezó a subir sin prisa la escalera. Por un largo momento permaneció frente a la puerta de esa habitación, esa puerta que era la única barrera entre él y la mujer a la que realmente deseaba. Sin siquiera probar, supo que estaba atrancada para él. En eso ella era cuidadosa, cuidadosa de no perder su precaria posición como favorita de Wulfgar, y era una posición precaria porque nadie sabía jamás lo que Wulfgar pensaba o sentía en su corazón de bastardo. Ella era atractiva y seductora, pero distante como la luna. Él recordaba demasiado bien la visión de ella, desnuda, en la cama de Wulfgar, suave, cálida, libre a su modo con el bastardo. Pero Wulfgar tenía a Darkenwald, o pronto lo tendría, y ella habíase dicho a sí misma que era eso todo lo que quería. Cualquiera que fuese el hombre que poseyera esta casa señorial y esta aldea, la poseería a ella.

El se inclinó ante la puerta.

-Pronto, paloma mía. Ten paciencia.

Sus pasos fueron silenciosos cuando se dirigió a la habitación de Gwyneth. Cuando abrió la puerta de un suave empujón, la encontró reclinada sobre la cama, con su cuerpo pálido, esbelto y gracioso sin la molestia de las ropas. Su pequeño seno estaba empujado hacia arriba por sus brazos, pues ella los tenía cruzados como abrazándose, y hacía que sus pechos parecieran más llenos y tentadores. Ragnor sonrió, y cerró cuidadosamente la puerta tras de sí. Se quitó la ropa, fue hacia ella, la tomó en brazos y se tendió a su lado. Ella empezó a acariciarlo con manos ansiosas y dejando escapar leves gemidos de su garganta. Su boca se cerró hambrienta sobre la de él a medida que su pasión se enardecía, y con una rápida urgencia, lo abrazó fuertemente y lo atrajo hacia ella.

El viento silbaba entre los árboles sin hojas y hacía temblar continuamente los postigos. Gwyneth se acurrucó más profundamente debajo de las pieles y observó cómo Ragnor volvía a ponerse la ropa. Se incorporó sobre un brazo cuando él se disponía a abrir la puerta.

-¿Mi amor?

El se detuvo al oír la voz y se volvió para mirarla.

-Todavía es temprano -murmuró ella—. Quédate un momento más y descansa conmigo.

-¿Descansar? -preguntó él en tono burlón, y rió suavemente-. En otra oportunidad, Gwyneth. Ahora debo ocuparme de los asuntos del duque.

Sin otra palabra la dejó y cerró suavemente la puerta cuando salió.

Ragnor miró hacia la puerta de la habitación del lord y la encontró abierta Cuando se acercó, vio que el dormitorio estaba vacío y al llegar al tope de la escalera, comprobó que el salón también lo estaba Se sintió ligeramente decepcionado por no poder ver nuevamente a Aislinn antes de partir. Bajó la escalera, fue hasta la gran puerta y la abrió El día estaba despejado y soleado y soplaba una brisa fría, vigorizante. Cuando salió del portal a la luz se desperezó, estiró los brazos, calentándose en su tibieza del sol. Un movimiento que percibió casi fuera de su campo visual llamó su atención. Se volvió y vio un relámpago de cabellos dorados rojizos que penetraba en la arboleda. Vachel y sus otros hombres dormitaban junto a sus caballos, de modo que su partida fácilmente podía demorarse un poco. Sonrió melancólicamente cuando recordó otro día ante este portal y la noche que le siguió. Él, por supuesto, había bebido bastante y fácilmente comprendía que no hubiera hecho mucho por impresionar favorablemente a Aislinn. Había sido rudo con ella. Pero si se mostraba tierno, ella, ahora, podría venir voluntariamente

Salió en pos de ella, pero admitió para sí, en un momento de desconcierto, que no tenía necesidad de hacer siquiera el esfuerzo. Aunque aquí no había podido birlarle la conquista a Wulfgar nunca le había sido difícil obtener la compañía de una mujer. La lealtad de Aislinn hacia Wulfgar era difícil de comprender. Seguramente, ella tenía que saber que él pronto la abandonaría, pues tenia damas de condición mucho más elevada en la corte normanda. Todo lo que él necesitaba hacer era aguardar, y Aislinn sería suya. ¿Por qué, entonces, seguirla ahora, cuando tenía obligaciones más urgentes? Pero el rostro de ella apareció en su imaginación y él supo el motivo que aceleraba sus pasos.

Entró en el bosque y encontró un estrecho sendero donde distinguió la leve huella de un pie pequeño, y desde ese momento no tuvo dificultad para seguirla.

Aislinn había huido de la casa pues sentía la presencia de Ragnor y no deseaba encontrarse otra vez con él. El dolor causado por la lengua de Gwyneth penetraba muy hondo y Ragnor parecía incitar a esa mujer. Sus únicos recuerdos estaban relacionados con angustia y desesperación. Recordaba muy bien la noche que pasó con la cuerda atada al cuello y las torpes caricias de borracho de él. Peor aún era el recuerdo de su padre, yaciendo frío e inmóvil, y que le venía a la mente cada vez que veía a Ragnor.

Aislinn se detuvo junto al arroyuelo, se apoyo en un viejo roble que crecía en la orilla y miró pensativamente las aguas oscuras y borboteantes. Perdida en sus pensamientos, se inclinó y recogió una pequeña piedra, que empezó a dar vueltas en su mano. Después la arrojó hacia un persistente punto de luz y observó las ondas que se extendían hasta tocar la orilla a sus pies.

-¿Quieres asustar a los peces por una mezquina comida de invierno, paloma mía?

Las palabras hicieron que Aislinn se volviera con un grito. Ragnor sonrió y se le acercó hasta quedar frente a ella. Para aquietar sus trémulas rodillas, Aislinn se apoyó nuevamente en el árbol y lo miró con recelos.

-Estaba caminando por el bosque, disfrutando del silencio, y te vi venir hacia aquí. No es prudente que andes sola y fuera de la vista de la casa señorial. Hay quienes... -Se interrumpió y notó la incertidumbre de ella.— Ah, mi paloma, es claro. Te he asustado. Perdóname, hermosa muchacha. Yo sólo pensaba en tu seguridad y no quise hacerte daño.

Aislinn levantó orgullosamente el mentón y reprimió el temblor que la dominaba.

-Yo no temo a ningún hombre, señor caballero -dijo ella, y se preguntó si era una mentira.

Ragnor rió.

-Ah, paloma, Wulfgar todavía no te ha domado. Yo temía que él hubiera logrado enfriar esa sangre caliente.

Se enderezó, pasó junto a ella y fue hasta el borde del agua, donde se agachó, como si tuviera que pensar en alguna gran causa no expresada con palabras. La miró por sobre su hombro.

-Sé que, ante tus ojos, he hecho el bribón y te he hecho sufrir, que te he causado, a veces, mucho dolor. Pero yo, Aislinn, por una parte era un soldado y ponía mi espada donde lo exigía mi obligación, y por la otra... -Arrojó un guijarro hacia donde ella había arrojado el suyo.- Llámame lunático. Di que estoy atrapado, o hechizado por tu belleza, una belleza como no había visto nunca en mi vida, pero cuya mejor parte no te contemplado todavía. -Se levantó y se volvió para mirarla de frente.- ¿Debo desnudar mi alma, Aislinn, para ser el caballero digno de ganarse tus favores? ¿No tengo ni siquiera la más pequeña posibilidad?

Aislinn meneó la cabeza, confundida.

-Ragnor, me desconcertáis mucho. ¿Alguna vez os he dado motivos para que busquéis mi mano? ¿Y por qué tendríais que desearla? Poco tengo para ofreceros, excepto que soy de Wulfgar. El es mi señor y amo y yo soy su querida y le he jurado lealtad. ¿Es eso lo que realmente procuráis, que yo lo traicione?

Él extendió una mano y levantó un rizo cobrizo del pecho de ella.

-¿No puedo desearte por ti misma, Aislinn? ¿Tan desconfiada eres que no puedes creer en una simple verdad? Eres más bella de lo que puede expresarse con palabras y yo te deseo. Te deseaba cuando eras mía y ahora que no lo eres, deseo volver a tenerte.

-Soy de Wulfgar -dijo ella en voz baja.

-Nada dices de tu corazón, Aislinn, no dices donde están tus sentimientos. El honor es bueno y yo lo aplaudo pero lo que busco es tu afecto -Sus ojos oscuros sostuvieron la mirada de ella.- Aislinn, desearía retirar la espada que mató a tu padre y dejar que siga disfrutando de la vida nuevamente, como nosotros. Daría la fortuna la mi familia para conseguirlo, por ti. -Encogió sus anchos hombro - Pero lamentablemente,

mi bella Aislinn, ya esta muerto y nada puede hacerse para traerlo de vuelta. Sin embargo, apelo a tu bondad para que me perdones. Dame tu amor y calma el dolor de mi corazón.

-No puedo -suspiró ella. Bajó la vista hacia la mano delgada y bronceada de él que estaba cerca de su pecho y cerró fuertemente los ojos-. Cada vez que os veo, recuerdo el dolor que trajisteis, no solo a mí sino a otros. Nada podría lavar la sangre que yo veo en vuestras manos.

-Es el oficio de un soldado, y Wulfgar no es menos culpable que yo ¿Has pensado en todos los sajones que él ha matado? El destino ha sido muy ingrato al dejar que fuera tu padre quien cayo bajo mi espada.

Su mirada saboreó la belleza de las delicadas facciones de ella, los frágiles párpados, ahora bajos, y bordeados de espesas cejas negras. La piel clara brillaba con un brillo de juventud y sus mejillas tenían un ligero rubor rosado que florecía en un tono más oscuro en los suaves labios. A Ragnor le dolió el pecho por la pasión que ella despertaba en él. Si ella, por lo menos, se percatara de cuánto lo torturaba, quizá accediera a poner fin a sus sufrimientos.

Aislinn levantó la mirada hacia él y murmuró suavemente.

-Quién conoce realmente lo que hay en mi corazón, salvo Dios, sir Ragnor; sin embargo, yo diría que aquí no puede ablandarse a menos que ocurra un gran milagro. Wulfgar me ha reclamado como suya y yo le pertenezco. Pronto, mi afecto terminará siendo para él...

El rostro de Ragnor se ensombreció y apretó los dientes.

-Tú pronuncias el nombre de ese bastardo. ¿Qué es el que yo no sea? Un mal nacido, sin nombre, que vagabundea por los campos de batalla de aquí y de allá, librando la guerra de otro por un puñado de oro, nada más. Yo soy lo que él no es: un caballero de familia de buena estirpe y relacionada con el duque. Yo podría llevarte a la corte, y allí conducirte de la mano.

Ragnor levantó una mano como ofreciéndosela, pero Aislinn meneó la cabeza y se apartó y le volvió la espalda.

-No puedo -dijo ella-. Aunque a Wulfgar yo no le importe, aunque sea para él nada más que un capricho, yo soy su propiedad y debo hacer su voluntad. El nunca me dejaría marcharme. -Se volvió, nuevamente se apoyó en el árbol, sonrió y extendió un dedo para tocar suavemente la mano tendida de él.- Pero oíd, Ragnor: lady Gwyneth os encuentra muy atractivo y apuesto y sin duda haría alegremente vuestra voluntad no bien vos se lo pidierais.

-Te burlas de mí -gimió Ragnor-. ¡Una gallina escuálida al lado de la paloma más blanca! Seguramente, estás burlándote de mí. -Le tomó la mano antes que ella pudiera retirarla y el solo contacto de ella hizo que la sangre se agolpara en su corazón.- Aislinn, ten piedad. No me dejes sufrir así. No me atormentes así. -Recordó la suave, blanca hinchazón de esos pechos, sus ojos se pusieron brillantes y de pronto quiso contemplarlos otra vez.- Dime una sola palabra suave, Aislinn. Hazme saber que puedo tener esperanzas.

-No, no puedo -jadeó ella y retorció su mano para librarla de las de él, pero fracasó. Empezó a dominarla el pánico. Vio los ojos de él y el lugar donde él la miraba y no tuvo que ser hechicera para adivinarle la intención. Él empezó a atraerla hacia sí, y aunque ella luchó, la fuerza masculina se imponía-. No, os lo ruego. ¡No, por favor.!

Él la aferró de un codo y trató de besarla en el cuello, mientras le rodeaba la delgada cintura con su brazo libre.

-No luches conmigo, paloma mía. Estoy loco por ti -murmuro al oído de ella.

-¡No! -dijo Aislinn y se apartó un poco. Su mano encontró la empuñadura de la pequeña daga, que desenvainó y levantó amenazante delante de ella-. ¡No, otra vez no, Ragnor! ¡Jamás!

Ragnor rió.

-¡Ah, la hembra todavía tiene bríos!

Sus largos dedos se apoderaron de la mano de ella y la retorcieron cruelmente, hasta que la muchacha gritó y la daga cayó. La aferró de los cabellos, le retorció el brazo a la espalda y la atrajo con fuerza, hasta que sintió los pechos suaves y los muslos de ella apretados contra él.

-Volveré a probar esta palomita -dijo riendo por lo bajo, y la besó con tanta pasión que le magulló los labios.

Con una fuerza nacida de la desesperación, Aislinn se libro del abrazo y cayó de espaldas contra el tronco del roble. Lo miró a la cara. Su pecho subía y bajaba, pues ella respiraba agitadamente por el temor y la cólera. Él rió y dio un paso hacia ella.

Hubo un sonido susurrante, y luego un golpe sordo, y una enorme hacha de guerra pareció brotar del tronco a menos de un palmo de la cara de Ragnor.

Ragnor se volvió bruscamente y sintió un intenso frío en la barriga cuando vio a Sweyn, quien estaba a unos diez pasos de ellos.

H vikingo estaba con el arco desarmado y terciado a la espalda, y a sus pies había varias palomas y un par de liebres que había cazado. Aislinn corrió hacia Sweyn y la seguridad que él ofrecía, pero Ragnor, por primera vez, vio que ahora el vikingo estaba desarmado, con su arco inútil por el momento y el hacha incrustada en el árbol.

La espada de Ragnor relampagueó al salir de la vaina y el salto para impedir la huida de Aislinn. Ella dio un grito cuando él se abalanzo y esquivó su mano extendida. Se ocultó detrás del vikingo y en un abrir y cerrar de ojos, Sweyn recuperó el hacha tirando de la correa de cuero atada a su mango y se preparó para el ataque. La gran hacha de guerra quedó equilibrada y preparada sobre su hombro, con su punta y su filo bien asentado brillando suavemente a la luz del sol. Parecía un mudo presagio de muerte.

Ragnor se detuvo a varios pasos de Sweyn, con el rostro crispado por la ira por haber sido privado de su presa. Hubiera querido golpear con su espada y partir en dos al hombre, allí donde estaba, tan violentas eran su furia y su frustración, pero algo en la actitud del vikingo le trajo el recuerdo de un día, cuando los soldados estaban en medio del fragor de la batalla, y un enemigo amenazó la espalda de Wulfgar. La espantosa visión de esa hacha clavándose profundamente en la cabeza de aquel enemigo había quedado grabada para siempre, como una advertencia, en la mente de Ragnor. Su cólera desapareció, y él sintió muy bien el helado, cercano aliento de la muerte. Se calmó, envaino su espada y separó las manos de sus costados para que el vikingo no interpretara equivocadamente sus movimientos. Así estuvieron los dos, frente a frente, midiéndose un largo momento. En el pecho del nórdico surgió un rumor grave y una lenta sonrisa asomó a sus labios y puso brillo en sus ojos azules.

-Ten cuidado, normando -dijo suavemente-. Mi señor, Wulfgar, me pidió que cuidara de esta mujer y yo la cuido bien. Si para hacerlo tuviera que partir dos o tres cabezas francesas, no me afligiría demasiado.

Ragnor eligió cuidadosamente sus palabras, pero cada silaba salió cargada de veneno.

-Cuídate tú, pagano de blancos cabellos. Esta cuestión terminara algún día, y si el destino lo permite, yo limpiaré mi espada ensangrentada en sus rizos rubios como los de una doncella.

-Sí, Ragnor. -La sonrisa del vikingo se acentuó.- Mi espalda está a tu disposición pero esta amiga -levantó ligeramente el hacha- se ocupa muy bien de mis otros flancos-y ama besar a aquellos que quieren probar sus aceros sobre mi cráneo. ¿Te gustaría conocerla?

-preguntó, presentando el filo de la enorme hoja-. La damisela Muerte.

Aislinn salió de atrás de Sweyn, puso una mano sobre su musculoso brazo y miró fríamente al normando.

-Buscad vuestros placeres en otra parte, Ragnor. Idos de una buena vez y dejad las cosas como están.

-Me iré, pero volveré -les advirtió Ragnor.

Giró sobre sus talones y se marchó.

Cuando Aislinn regresó a la casa, momentos más tarde, encontró a Gwyneth caminando nerviosamente por el salón. Una mirada a la cara de la mujer le indicó que había algo que la disgustaba. Gwyneth se volvió hacia Aislinn con un fulgor feral en sus ojos claros.

-¿Qué sucedió contigo y Ragnor? -preguntó-. ¡Tengo que saberlo, zorra sajona!

La cólera relampagueó en los ojos de color violeta de Aislinn, pero ella se limitó a encogerse de hombros, y replicó:

-Nada que te concierna, Gwyneth.

-Él salió del bosque, donde estabas tú. ¿Otra vez te arrojaste a sus brazos?

-¿Otra vez? —dijo Aislinn, y miró inquisitivamente a la otra mujer-. Seguramente, estás loca si crees que yo sería capaz alguna vez de arrojarme a los brazos de ese canalla.

-¡El ya te hizo antes el amor! —exclamó Gwyneth, ahogada de rabia y de celos-. No te contentas con tener a mi hermano prendido a tus faldas. ¡Tienes que conseguir que todos los hombres que se crucen en tu camino queden embobados por tus encantos!

Aislinn habló lentamente, controlando apenas su ira.

-Ragnor nunca me hizo el amor en la forma que tú pareces creer que lo hizo. Él me violó brutalmente y en eso hay una gran diferencia. Él asesinó a mi padre y redujo a mi madre al estado en que se encuentra. Todo es producto de tu imaginación, Gwyneth. ¿Cómo puedes pensar que yo sería capaz de desearlo?

-Él tiene más que mi hermano para ofrecerte. Es bien nacido y pertenece a una familia poderosa.

Aislinn rió desdeñosamente.

-Nada de eso me importa —dijo—. Tu hermano es más hombre de lo que Ragnor será jamás. Sin embargo, si tú quieres tenerlo, inténtalo y yo no me opondré. Ustedes se merecen uno al otro.

Aislinn no agregó nada más y se marchó, dejando a Gwyneth hirviendo de rabia, y subió la escalera hacia su habitación.

Aunque había perdonado a su primo, Ragnor había despertado sin piedad a sus arqueros dándoles de puntapiés, y ahora el grupo galopaba entre las bajas y onduladas colinas hacia el camino de la costa, que llevaba a Hastings. Ragnor tomó la delantera cuando empezaron a avanzar más lentamente y hasta Vachel se quedó atrás, con los soldados, para evitar el evidente mal humor de su primo. Fueron intercambiadas miradas inquisitivas que obtuvieron como única respuesta encogimientos de hombros, y nadie pudo decir cuál era la causa de la cólera de Ragnor. Su furia aumentaba a medida que iban dejando atrás los kilómetros, y maldiciones ocasionales llegaban hasta los hombres que marchaban rezagados. La falta de sueño de Ragnor no hacía nada para suavizar la sensación de frustración que experimentaba por no haber podido ganarse a Aislinn y sus pensamientos se sucedían desordenadamente. Wulfgar debía de haberla recompensado generosamente por sus favores, porque seguramente, el mal nacido caballero carecía de atractivos sociales. El nunca participaba de la conversación refinada que tenía lugar durante los momentos de esparcimiento en la elegante corte. Era cierto lo que Vachel decía de Wulfgar; él había encontrado a las damas de más alta cuna dignas solamente de un breve galanteo, descartándolas después de haber satisfecho sus necesidades temporarias. Sin embargo, debía de haber elegido bien, porque Ragnor no conocía a ninguna que le guardara rencor por su rechazo.

¡Bah! ¡Qué atractivo tenía el bastardo para las mujeres! Ragnor hizo una mueca despectiva al pensarlo. Si por lo menos Wulfgar fracasara en un ataque y Aislinn se viera obligada a comprender su locura, él todavía podría obtener una propiedad en esta guerra. Los proyectos pasaban volando por su cabeza y eran descartados rápidamente a medida que él iba previniendo su fracaso.

Vachel oyó suspiros de alivio cuando tuvieron a la vista las fortificaciones de Hastings y pudieron ver, más allá, los mástiles de los barcos anclados en la bahía. Una buena noche de sueño estaba en las mentes de todos, y una vez que fueran entregadas las cartas, una barriga repleta de comida y una buena dosis de ale ayudarían a todos a descansar.

Ragnor se volvió para mirar al hombre que le gritaba desde lejos y reconoció el andar desgarbado de su tío, Cedric de Marte, quien venía hacia él cruzando la playa arenosa.

-Oh, Ragnor, por fin te alcanzo. ¿Estás dormido? ¿No oíste que yo te llamaba?

La cara enrojecida de Cedric, y su respiración agitada, hablaban del esfuerzo realizado.

-Tengo cosas en mi mente -replicó Ragnor.

-Así me ha dicho Vachel -dijo Cedric-. Pero no quiso explicarse más.

-Son de carácter privado -repuso Ragnor.

-¿Privado? -Los ojos oscuros de Cedric se clavaron en el ceño adusto de su sobrino.- ¿Qué es tan privado que te impide obtener tierras de Guillermo?

Ragnor hizo una mueca.

-De modo que Vachel también te contó eso -dijo.

-Se mostró renuente a transmitir las noticias, pero finalmente se las arregló para ser sincero. El te es demasiado leal, Ragnor. Tú lo llevarás por mal camino.

Ragnor rió sin humor.

-Él tiene su propia cabeza para pensar. Puede apartarse de mi lado cuando lo desee.

-Él ha decidido seguirte, pero eso no hace que sean buenos los caminos por los cuales lo llevas. Yo soy responsable de él, puesto que su madre ha muerto.

-¿Qué es lo que te fastidia, tío? ¿Las mujeres que se lleva a la cama o los bastardos que va dejando en el camino?

Cedric enarcó sus cejas canosas.

-Tu- padre no está nada contento con la forma en que andáis dispersando vuestra simiente vosotros dos.

Ragnor gruñó.

-El exagera, en su cabeza los bastardos son más numerosos que en la realidad.

-Vosotros, muchachos, tenéis mucho que aprender acerca del honor -dijo Cedric-. En mi juventud, si me atrevía a tocar la mano de una doncella, era severamente castigado. Ahora, a vosotros no os importa meteros entre los muslos de todas las jóvenes que encontráis. ¿Qué es lo que te atormenta? ¿Una mujer?

Ragnor desvió la cara.

-¿Cuándo me he afligido por una mujer? -preguntó con insolencia.

-A todos los hombres les llega ese momento.

-A mí todavía no me ha llegado -replicó Ragnor, con los dientes apretados.

-¿Qué hay de esa muchacha de quien habla Vachel, esa Aislinn?

Los ojos del joven relampaguearon de cólera cuando se posaron en el tío.

-Ella no es nada para mí. Una hembra sajona, eso es todo.

Cedric, irritado, clavó un dedo en el pecho de su sobrino.

-Déjame que te advierta, muchacho enamoradizo y despreocupado, que no estás aquí para añadir más mujeres a tu colección de conquistas, sino para ganar tierras y recompensas a fin de aumentar las riquezas de la familia. Olvida a esa hembra y concéntrate en lo que se espera de ti.

Ragnor apartó la mano de su tío.

-Tu parecido con mi padre aumenta con cada día que pasa, Cedric —dijo desdeñosamente—. Pero no tienes que temer. Aún voy a obtener todo lo que se me debe.

El sol subía sobre Francia cuando los cuatro espolearon sus caballos y emprendieron la marcha subiendo los empinados caminos que partían de Hastings. Ragnor tomó otra vez la delantera, con su humor no muy mejorado con respecto al día anterior. Su rencor le hizo espolear a su caballo y el animal, bien descansado y alimentado, empezó a devorar kilómetros con sus poderosos cascos. Esta vez tomaron el camino que se alejaba del mar para evitar la posibilidad de una banda de merodeadores que pudiera estar al acecho en la ruta, aguardando el regreso de ellos.

Pasaron el día en silencio, cabalgando a buena velocidad, y establecieron un precario campamento para descansar durante la noche. El tiempo estaba templado y descansaron bien. Al alba ya estaban nuevamente en pie y pronto se pusieron en camino.

El sol estaba alto y sus rayos atravesaban un espeso manto de nubes cuando llegaron a una altura del terreno y vieron, lejos, adelante de ellos, un grupo numeroso de jinetes. Rápidamente se ocultaron y esperaron algún indicio de las armas que enarbolaba este grupo. Vieron cómo los hombres que tenían adelante se reunían en conferencia y después de un momento se dividían en tres partes. Ahora, un rayo de sol iluminó nítidamente al grupo y allí, ante ellos, Ragnor distinguió el conocido estandarte de Wulfgar. Los tres que iban con él quisieron darse a conocer, pero Ragnor los detuvo. Un plan tomó forma en su mente. Ordenó a los dos arqueros que continuaran viaje para avisar a Guillermo de su próxima llegada y que dijeran, también, que él y Vachel se habían detenido para obtener noticias de Wulfgar. Cuando los arqueros se fueron, Ragnor se volvió a su primo y habló con una sonrisa en los labios.

-Veamos si podemos conseguir que esos soldados tengan una tarde muy ocupada.

Vachel miró intrigado a Ragnor y se sintió aliviado cuando el caballero continuó explicándose.

-Adelante hay un poblado sajón, todavía sin tomar, y que sigue apoyando a un rey inglés. -Rió.- Sé que allí no recibirían bien a un caballero normando, porque cuando pasé por última vez salieron a perseguirme. -Se detuvo y señaló a los hombres que estaban más abajo, donde dos de los grupos cabalgaban hacia cada uno de los lados y el tercero, enarbolando el estandarte de Wulfgar, estaba detenido.- Mira allí -dijo a su primo-. Por lo que conozco de las tácticas de Wulfgar, él envía a los otros en fuerza para bloquear los caminos más allá del poblado, después se acercará y exigirá la rendición. Si los ingleses huyen, serán sorprendidos a campo abierto. Si atacan a Wulfgar, los otros, a su vez, los atacarán desde atrás.

Ahora sonrió y miró a Vachel como un gran zorro gris que estuviera enseñando a cazar a su cachorro.

-Pero cambiemos ese plan —continuó—. Si nos acercamos a la población hasta que puedan vernos y fingimos detenemos, podríamos atraer a algunos defensores, ansiosos de hacerse del botín de dos caballeros normandos. Entonces podríamos llevarlos hasta el grupo de Wulfgar, antes que él salga a campo abierto.

Ragnor rió regocijado al pensar en que el plan de Wulfgar sería desbaratado, pero Vachel pareció dudar.

-Mi odio a los ingleses -dijo Vachel- supera al desprecio que siento por el bastardo. No me gustaría ver a los nuestros maltratados por esos sajones.

-No hay peligro. —Ragnor se encogió de hombros.— Seguramente, Wulfgar matará a los tontos. Eso sólo le enseñará lo que significa ser atacado por estos perros sajones y lo fácil que es matarlos. Que él lo sienta en carne propia y que clave su espada en sus tercas cabezas. Entonces comprenderá que nosotros, en Darkenwald, no hicimos más que defendernos y que actuamos en la mejor forma que nos fue posible.

Vachel finalmente accedió a plegarse a la estratagema y los dos se apresuraron a dar un rodeo para evitar a Wulfgar.

Como había planeado Ragnor, cuando estuvieron más cerca, a la vista del poblado, del caserío salió un grupo de hombres, armados con lanzas y arcos, y al ver que los normandos se retiraban, se lanzaron en su persecución, por campo abierto. Ragnor y Vachel fingieron no estar seguros de hacia adonde huir, y dejaron que los otros los persiguieran hasta que los atrajeron, por el camino, hacia el denso bosque que había pasando los campos. Una vez allí, cabalgaron directamente hacia adelante, dejando una huella para que la siguieran sus perseguidores. Después de rodear un recodo, salieron del camino y se apostaron en una colina cercana, para observar lo que sucedería a continuación. Vieron que los perseguidores doblaban el recodo y se detenían para escuchar. Cuando oyeron que Wulfgar se acercaba, los ingleses se ocultaron entre los arbustos que crecían a la vera del camino.

Ragnor miró pensativamente hacia el camino y habló como si ahora dudara de su propia astucia en este juego.

-Parece que esto está saliendo mal, Vachel -dijo-. Han preparado una trampa para Wulfgar, pero ahora me encuentro impotente para intervenir. Temo por la seguridad de nuestros arqueros. ¿Quieres correr y alcanzarlos, Vachel, y advertirles mientras yo voy a avisar a Wulfgar de la emboscada que le han preparado?

Vachel se encogió de hombros, desechó su repugnancia de ver a unos pocos normandos masacrados por sajones, se inclinó hacia delante en su silla, y clavó la vista en el recodo del camino.

-¿De veras lo harás, primo? Eso me parece una tontería. –Se volvió para mirar a Ragnor de frente y ambos rieron por lo bajo, regocijados.- Permíteme quedarme aquí hasta que hayan derribado a Wulfgar de su silla, y después iré a hacer lo que me pides.

Ragnor asintió, y los dos se ocultaron mejor para presenciar la escena que pronto se desarrollaría bajo sus ojos.

La pequeña fuerza de Wulfgar cabalgaba por el sendero que serpenteaba entre los árboles y que los acercaba a Kevonshire. Gowain y sir Milbourne habían sido enviados adelante para que tomaran posiciones alrededor del pueblo, y sir Milboume cabalgaba en el flanco de Wulfgar, seguido por tres soldados. Como era habitual, Sanhurst cubría la retaguardia, manteniendo cierta distancia entre él y Wulfgar. Parecía sentir hacia el normando un temeroso respeto y se mostraba reacio a acercarse demasiado a él, aunque le habían dado una espada corta y una lanza para que guardara las espaldas del caballero.

Cruzaron un pequeño claro y volvieron a entrar en la profunda sombra de la arboleda, los ojos siempre vigilantes, pero relajados mientras seguían avanzando. Un ciervo cruzó velozmente el camino y de uno de los costados levantó vuelo una bandada de codornices, con un rumoroso aleteo. El caballo de Wulfgar pareció ponerse nervioso y tascó inquieto el freno, pero Wulfgar pensó que el animal sólo presentía la excitación de la inminente batalla. Entonces, al llegar a una curva del camino, el caballo resopló y se detuvo de pronto. Wulfgar conocía la señal y se irguió en su silla. Empuñó el pomo de su espada y gritó una advertencia a quienes venían detrás. En el instante siguiente, el camino se llenó de sajones que gritaban y blandían toda clase de armas que habían podido reunir. El caballo levantó las patas delanteras y Wulfgar dio varios mandobles con su espada hasta que un golpe desde atrás lo dejó tendido de través sobre el cuello de su cabalgadura. Supo que caería. Su espada se deslizó de sus dedos. El mundo se le volvió gris y, con lo que le

pareció la ligereza de una pluma, chocó contra el suelo. El mundo gris se oscureció hasta que sólo quedó un punto de luz, y enseguida todo desapareció.

Un tiempo después, Wulfgar miró hacia arriba y comprendió que ese doloroso rayo luminoso que taladraba su cerebro era solamente un trozo de cielo azul surcado por negras ramas de pino. Se incorporó penosamente sobre un codo y miró a su alrededor. La cabeza le palpitaba. Vio su casco en el suelo y arrugó la frente al descubrir una profunda abolladura en su parte posterior. Cuando levantó una mano para tocarse cuidadosamente el chichón que tenía en la nuca, vio cerca de él un grueso garrote de roble inglés con el extremo más grueso quebrado, y supo cuál había sido la causa de su actual estado. En el camino, yacían los cuerpos de varios aldeanos y Wulfgar vio los justillos de cuero de tres de sus hombres, pero no encontró señales de Milboume.

-No temas, Wulfgar. Sospecho que sobrevivirás a este día. La voz vino de atrás, y aunque él la reconoció al instante, rodó pesadamente y se apoyó en los codos, mientras luchaba por detener el vertiginoso girar de su cabeza. Enfocó dificultosamente a Ragnor, quien estaba medio reclinado en un tronco caído y había clavado en el suelo, a su lado, su espada ensangrentada. Ragnor rió en silencio de los esfuerzos de Wulfgar y se preguntó qué pensaría Aislinn si pudiera ver en este momento al valiente bastardo.

-No es un lugar conveniente para reposar, Wulfgar -dijo sonriendo, y señaló el camino sembrado de cuerpos-, aquí en el medio de un sendero, donde muchos podrían hacerte daño. Ciertamente, en la última hora he debido luchar contra una banda de sajones, quienes te hubieran arrancado las orejas para probar que habían tenido la suerte de encontrar a un caballero normando descansando en esa forma.

Wulfgar meneó la cabeza para despejar su confundido cerebro y gimió.

-Entre todos los que yo hubiera pensado que me salvarían la vida, Ragnor, jamás te hubiera incluido a ti.

Ragnor se encogió de hombros.

-Yo sólo ayudé. Milboume estaba en situación muy apurada, pero cuando llegué yo, los sajones huyeron, sin duda porque pensaron que yo era solamente uno de muchos más que vendrían tras de mí.

-¿Y Milboume? -preguntó Wulfgar.

-Ha ido a buscar a tus hombres con ese campesino que pusiste para que cuidara tus espaldas. Pareció que los sajones no podrían alcanzarte a tiempo, por lo menos eso fue lo que él dijo.

Wulfgar se apoyó sobre una rodilla, y todavía mareado, esperó que su mundo se enderezara. Miró penosamente al otro, pensando en esta acción que no hubiera creído posible.

-Yo te he humillado -dijo- pero tú te has ganado el día y me has salvado la vida. No ha sido un negocio justo, me temo.

-Vamos, Wulfgar. -Ragnor agitó una mano, como si rechazara las disculpas del otro.— En realidad, tanto Milbourne como yo te creímos muerto hasta que rechazamos a los ingleses y vimos que aún respirabas. -Sonrió lentamente.- ¿Puedes ponerte de pie?

—Sí -masculló Wulfgar. Se levantó y empezó a quitarse el polvo que le cubría la cara.

Ragnor rió otra vez.

—El garrote de madera de roble inglés ha hecho contigo lo que no pudieron hacer espadas bien afiladas. Vaya, verte derribado por el garrote de un campesino. Eso ha hecho que la batalla mereciera la pena.

El caballero moreno también se levantó, tomó su espada que limpió en la túnica de un campesino, y señaló a un costado del camino.

—Tu caballo está allí —dijo.

Ragnor vio alejarse al otro y su rostro se ensombreció cuando contempló su espada. Se había apresurado demasiado al matar al cerdo sajón.

"Ah, pensar en las oportunidades que uno se pierde", murmuró para sí.

Metió la espada en su vaina y se volvió para montar en su propio caballo. Wulfgar regresó conduciendo a su montura y se agachó para ver si el animal no había sufrido alguna herida seria, causada por las horquillas de heno de los atacantes.

—Llevo cartas desde Hastings para Guillermo, pronto debo seguir viaje —dijo Ragnor, con voz carente de emoción—. Perdona que no pueda quedarme hasta que te hayas repuesto completamente.

Wulfgar levantó su yelmo y montó su alto caballo. Devolvió la mirada al caballero moreno y se preguntó si Ragnor también estaría pensando en alguien cuyas manos para curar eran mucho más agradables.

—Yo también debo partir enseguida, pero, ahora, esa aldea se ha ganado el derecho a ser quemada. No bien el fuego caliente el aire de la noche, llevaré a mis hombres hasta el próximo cruce de caminos y allí haremos campamento. Te doy las gracias, Ragnor. —Levantó su espada a manera de saludo, después levantó su lanza y sacudió el polvo de su pendón.— Allá vienen mis hombres y me reuniré con ellos.

Saludó nuevamente a Ragnor, esta vez con la lanza, y con un leve toque de espuelas el caballo giró y salió al galope. Ragnor se quedó mirando la espalda de Wulfgar hasta que desapareció, después hizo dar media vuelta a su caballo y partió, sintiéndose muy disgustado.

Wulfgar cabalgó hasta encontrarse con sus hombres y vio que solamente una parte regresaba con Milbourne. El caballero levantó una mano y aguardó mientras su capitán se acercaba.

—¿Te encuentras bien, sir Wulfgar? -preguntó, y cuando su jefe asintió, continuó con su informe—. Cuando los aldeanos huyeron de nosotros, avisaron que se acercaba una numerosa fuerza normanda. Los aldeanos reunieron sus posesiones y huyeron. Pero sir Gowain y sus hombres guardaban el camino a unas pocas millas y los hicieron regresar. Si nos damos prisa, todavía podremos detenerlos en el campo.

Wulfgar dio su asentimiento y después se volvió a Sanhurts, quien se había quedado más atrás, bastante avergonzado. Miró ceñudo al joven.

-Puesto que no has sabido guardar mis espaldas —dijo—, quédate para enterrar a los muertos. Cuando hayas terminado, reúnete con nosotros más adelante y podrás servirme como lacayo. —Enarcó una ceja.— Esperemos que tengas más éxito en esas funciones.

Wulfgar levantó un brazo y sus hombres se pusieron en marcha. Él tomó la delantera, con Milbourne cabalgando a su lado. Como su yelmo abollado ya no cabía cómodamente en su cabeza golpeada, lo encajó en el alto arzón de su silla y desechó la preocupación de Milbourne.

Cruzaron a buen paso la plaza de la aldea y cuando pasaban frente a la última cabaña vieron ante ellos a poco más de dos decenas de sajones, de diferentes sexos y edades. Los pobladores vieron la fuerza que se acercaba y pensaron que atrás venían más normandos. Entonces, con fatalista coraje, formaron un apretado grupo en medio del camino. Las madres empujaron a sus hijos al centro para darles toda la protección que sus cuerpos podían ofrecer, mientras los hombres se apoderaban de cualquier arma que tuvieran al alcance de la mano y formaban un círculo exterior, para la última, desesperada batalla.

Wulfgar empuñó su lanza pero se detuvo a corta distancia de la gente, mientras sus hombres rodeaban al grupo por todos lados y apuntaban con sus lanzas, listos para atacar. El viento frío seguía soplando. Los sajones, condenados irremisiblemente, esperaban. Pasó un largo momento en silencio. Después, Wulfgar levantó su yelmo para que todos pudieran verlo y su voz sonó áspera, mientras él notaba una agitación de sorpresa ante sus palabras inglesas.

-¿Quién me golpeó tan fuerte con su garrote?

Aguardó, hasta que uno de los hombres se adelantó y lo miró de frente.

-Él cayó a tu lado en el bosque —respondió el hombre—. Y por todo lo que sé, todavía sigue allí.

-Es una pena -dijo Wulfgar, y suspiró-. Era un buen soldado y merecía algo más que una muerte súbita.

El hombre que había hablado movió nerviosamente sus pies en el polvo, pero no hizo ningún comentario. Wulfgar levantó su lanza y puso su yelmo delante de él, pero las otras lanzas siguieron apuntando hacia abajo, siempre amenazadoras.

El caballo de Wulfgar piafó, nervioso por la tensión, y Wulfgar lo tranquilizó con una palabra y examinó con ojos fríos al apretado grupo que tenía adelante. Cuando su voz sonó otra vez, estuvo llena de autoridad y nadie de los que escuchaba hubiera podido cuestionarla.

-Vosotros sois súbditos de Guillermo, rey de Inglaterra por derecho de las armas, lo admitáis o no. Podéis derramar inútilmente vuestra sangre aquí en el polvo, si lo preferís, o podéis dedicar vuestras fuerzas a la reconstrucción de la aldea.

Al escuchar estas palabras, el hombre que había hablado y que parecía ser el principal de la aldea, enarcó las cejas y dirigió una mirada inquisitiva a los edificios todavía intactos del caserío.

-La opción es simple y será rápidamente ejecutada —continuó Wulfgar-. De eso os doy mi palabra. Pero debo exigir que os apresuréis, porque mis hombres están ansiosos y querrían ver terminado su trabajo.

Retrocedió un paso y bajó su lanza, de modo que el principal casi pudo ver que la punta le atravesaba el pecho. Lentamente, el hombre dejó caer al suelo su espada y mostró las manos con las palmas hacia arriba,

para indicar que se rendía. Los otros hombres siguieron su ejemplo y dejaron caer horquillas de heno, hachas y hoces, hasta que todos quedaron desarmados.

Wulfgar hizo una seña a sus hombres y las lanzas, todas a la vez, apuntaron al cielo. Volvió a hablarles a los pobladores.

—Vosotros habéis elegido las posesiones que os llevaréis. Espero que hayáis elegido bien, porque eso será lo que dejaré que conservéis en vuestro poder. Sir Gowain. —Se volvió hacia ese joven caballero. -Toma tus hombres y llévate a esta gente allá, al campo, y retenía en ese lugar. —Levantó el brazo.— El resto, seguidme.

Hizo dar media vuelta a su caballo y partió al galope hacia el centro de la aldea. Cuando llegó a la plaza, dio nuevas órdenes a Milbourne.

—Registrad cada casa y sacad el oro, la plata y cualquier otra cosa de valor que podáis encontrar. Poned todo en el carro. Traed también cualquier cosa comestible y ponedla en la escalinata de aquella iglesia. Cuando hayáis terminado de registrar cada casa, cerrad la puerta y poned en ella una marca. Cuando hayáis terminado con toda la aldea, poned fuego a cada una de las viviendas y edificios, sin perdonar nada, excepto la iglesia y los graneros.

Wulfgar entonces dio media vuelta y cabalgó hasta un altozano desde donde podía observar a la gente y a la aldea.

Mientras el sol descendía y las sombras se alargaban, pareció como si la aldea mirara con sus negras ventanas, pasmada, cómo los soldados corrían como hormigas sobre su rostro, despojándola de sus riquezas, quitándole su comida. Después de un momento de quietud, los ojos oscuros de las ventanas se volvieron rojos mientras las primeras llamas empezaban a crecer. Enseguida, una gruesa lengua roja lamió hambrienta un tejado. Las densas nubes del cielo adquirieron tonos rojos y anaranjados de las llamas de abajo, y cuando Wulfgar levantó la vista, sintió en sus mejillas el primer frío de la nieve.

Los pobladores vieron el fruto de la labor de los normandos y un gemido grave llegó hasta Wulfgar cuando las voces se elevaron en angustiada protesta. Ahora sus hombres se retiraban del pueblo, arrastrando el crujiente carro con ellos, y él descendió de la pequeña elevación de terreno con un tronar de cascos, y con el ánimo sombrío por lo que había hecho. Se detuvo bruscamente delante de los sajones, quienes retrocedieron atemorizados ante su expresión colérica.

-¡Mirad! -rugió-. Y sabed que la justicia es rápida en tierra de Guillermo. Pero prestadme atención. Volveré a pasar por aquí para ver lo que habéis hecho, pues os ordeno reconstruir y sabed que esta vez construiréis para Guillermo.

Ahora la nieve caía más intensamente y Wulfgar supo que debía darse prisa, porque todavía quedaba un trecho que recorrer y tendrían que levantar un campamento para protegerse de la inminente tormenta. Con su lanza, señaló el camino y el último de sus hombres se retiró, siguiendo al carro pesadamente cargado.

Wulfgar miró por última vez las llamas rugientes que devoraban a la aldea y la columna de humo que subía y que el viento retorcía en una enorme espiral. Por encima del ruido del incendio, gritó al principal de los aldeanos.

—Os queda dónde refugiaros y un poco de comida, y el invierno se avecina. —Rió.— Juraría que ahora no tendréis tiempo para combatir a otros normandos.

Levantó su lanza en un último saludo y espoleó a su caballo en pos de sus tropas que partían, mientras los aldeanos los observaban.

Los pobladores, finalmente, regresaron, con la derrota escrita en sus rostros, aunque en lo profundo de sus corazones sabían que lo que había sido destruido podría ser reemplazado. Él los había dejado con vida, y con vida podrían volver a construir.

13

La blanca y reciente capa que cubría el suelo crepitó fríamente debajo de los pies de Aislinn cuando ella se dirigió a la casa señorial desde la cabaña de su madre. Había caído la noche trayendo un frío que mordía las orejas, y errantes copos de nieve se arremolinaban y danzaban en los escasos rayos de luz que cruzaban su camino. Aislinn levantó la mirada hacia un cielo completamente negro que parecía extenderse arriba de los tejados y comprimir el mundo en una estrecha tajada contra la tierra medio congelada. Detuvo su andar y dejó que la quietud de la noche calmara su espíritu turbado. Después de pasar un tiempo con su madre, siempre se sentía como si la hubieran privado de sus fuerzas, y menos capaz, por alguna razón, de enfrentar las dudas torturantes que parecían corroer la confianza que había podido reunir, hasta que temía que el día siguiente la viera quebrantada e implorando misericordia. Con cada día que pasaba, su madre caía más profundamente en los delirios que la llevaban a exigir venganza contra los normandos. Si Maida tenía éxito en sus proyectos, la justicia de Guillermo caería sobre ella rápidamente. Aislinn no sabía de ninguna poción que pudiera ayudarla a apagar el odio que retorcía los razonamientos de su madre. Se sentía profundamente frustrada porque a otros podía beneficiarlos, curar sus enfermedades y hacer que sanaran sus heridas, mientras que por su única pariente nada podía hacer.

Una helada lluvia de copos de nieve sobre su cara la refrescó. Apuró el paso y se dirigió apresuradamente a la casa. Cuando estuvo más cerca, vio un carro detenido frente a la puerta.

Aislinn se preguntó distraídamente quiénes serían los desdichados que buscaban refugio en Darkenwald en esta noche tan fría y si Gwyneth se compadecería de ellos. El mal humor de esa mujer, que caía rudamente sobre los apetitos terrenales de siervos y soldados, no se detenía sino que, a menudo, llegaba a atormentar por igual a visitantes y a la familia. Gwyneth ridiculizaba a su padre y a Sweyn, a espaldas de ellos, porque de tanto en tanto solían regalarse con abundante comida y bebida y porque eran corpulentos. Aunque, en verdad, eran Bolsgar y Sweyn quienes suministraban carnes de caza para la mesa y mantenían al hambre lejos de la puerta de la casa. Hasta el amable y bondadoso fray Dunley era objeto de la malevolencia de la lengua de Gwyneth cuando llegaba de visita.

Así preparada para esperar lo peor del carácter iracundo de Gwyneth, Aislinn abrió la puerta y la cerró tras de sí, antes de mirar al grupo que estaba frente al hogar. Con deliberada lentitud, se quitó su gruesa capa de lana y se acercó al calor del fuego, pero miró primero a Bolsgar para determinar el humor que su rubia hija tenía en ese momento. Cuando Gwyneth se mostraba desagradable, Bolsgar se ponía ceñudo y apretaba fuertemente los labios. Pero por el momento, él parecía tranquilo. Aislinn se sintió algo aliviada y dirigió su atención a las tres personas adultas y a los niños, pobremente vestidos, que se acurrucaban cerca del fuego acogedor.

El menor de los niños abrió la boca, admirado, cuando los brillantes rizos cobrizos cayeron alrededor de los hombros de ella. Su mirada hizo que Aislinn sonriera y los ojos oscuros del muchachito inmediatamente le respondieron con un brillo de inmediata amistad. Sin embargo, no fue amistad lo que encontró cuando miró a la menor de las dos mujeres. En realidad, la otra pareció observarla con gran recelo y se mantuvo un poco alejada del grupo, como para vigilar cada uno de sus movimientos. A Aislinn no se le escapó el parecido entre ella y el muchacho y dedujo que si no eran madre e hijo, seguramente estaban estrechamente emparentados.

El hombre, notó Aislinn, estaba pálido y tembloroso y su cara demacrada denotaba un profundo cansancio. Su esposa permanecía silenciosamente a su lado, observando todo lo que sucedía. Aislinn percibió allí una sabiduría profunda y una serena fortaleza, y retribuyó la lenta sonrisa que le dirigió la mujer.

Los otros niños eran mayores que el muchachito de ojos oscuros. Había un muchacho quizá de la misma edad de Ham, una muchachita que ya exhibía los primeros rasgos de una floreciente femineidad, y un par de niños entre quienes Aislinn no pudo encontrar ninguna diferencia.

-Casi te habíamos dado por perdida, Aislinn.

Se volvió, llena de recelos, porque Gwyneth había hablado con un asomo de cortesía en su voz, y eso solamente bastaba para alertar las defensas de Aislinn. No conocía el juego de la otra pero esperó, exteriormente serena y compuesta, que Gwyneth terminara de revelar sus intenciones.

-Tenemos huéspedes que nos envía Wulfgar —continuó Gwyneth, y percibió una chispa de interés en los ojos de color violeta. Señaló al grupo con una mano, los llamó por el nombre, y añadió, aparentemente complacida: —Él los ha enviado a vivir aquí.

-Así es, milady -dijo Gavin, asintiendo-. Mi hermano Sanhurst está ahora con él.

-¿Y milord? ¿Él está bien? —preguntó Aislinn, con voz cálida y amistosa.

-Sí, el normando está bien —repuso el otro—. Él nos sacó de un pantano y nosotros acampamos esa noche con él. Nos dio comida y nos dijo que viniésemos aquí.

-¿Dijo cuánto duraría su ausencia? —preguntó Aislinn—. ¿Regresará pronto a Darkenwald?

Gwyneth sonrió e hizo una mueca burlona.

-Te muestras muy ansiosa por su regreso, Aislinn —dijo.

Las mejillas de Aislinn adquirieron un intenso tono rosado pero Gavin respondió amablemente.

-No, milady. No lo dijo.

La mirada de Gwyneth pasó de Aislinn a la joven viuda, quien estudiaba atentamente a la otra, midiendo con los ojos el cuerpo bien formado de Aislinn y el ondulante cabello cobrizo que caía hasta las caderas. Los ojos de Gwyneth se endurecieron y brillaron cuando ella pensó en sus próximas palabras, una pequeña mentira pero que serviría muy bien a sus propósitos.

-Wulfgar ha pedido especialmente a Haylan y su hijo que vengan a vivir aquí, en Darkenwald.

Aislinn percibió el filo oculto en las palabras de Gwyneth y miró a la viuda, cuyos ojos se habían agrandado considerablemente. Haylan ahora consiguió mostrar una trémula sonrisa bajo la mirada de Aislinn, pero a Aislinn no le fue posible responderle en la misma forma.

-Entiendo -dijo Aislinn-. Y tú les has dado la bienvenida, Gwyneth. Wulfgar quedará contento con tu amabilidad.

Los ojos claros de Gwyneth se pusieron fríos.

-Puesto que yo soy su hermana, ¿no tengo que saberlo mejor que tú? -Un oído atento hubiera detectado el marcado rencor de su tono.- Wulfgar es un lord muy bondadoso. Hasta trata a los esclavos mejor de lo que se merecen, y los viste y alimenta generosamente.

Aislinn fingió una momentánea confusión, sabiendo muy bien que la mujer estaba refiriéndose a ella.

-¿De veras? En verdad, yo no he notado a nadie, salvo a ti, vestido mejor que antes.

Una risa contenida sacudió los grandes hombros de Bolsgar y Gwyneth dirigió a su padre una mirada asesina. Era bien sabido que ella se había apropiado de los pocos vestidos que le quedaban a Aislinn, y que no hacía un secreto del despojo. Gwyneth llevaba ahora el vestido color malva de la joven, y la misma Aislinn tenía puesto el vestido algo gastado que había usado siempre cuando había que hacer limpieza. Ahora era el mejor, y el único que tenía.

La voz de Gwyneth interrumpió en tono cortante.

-Siempre me ha parecido extraño —dijo— que un hombre pueda jurar a una mujer fidelidad, y después, no bien se marcha de su lado, busca inmediatamente la hembra que tenga más a mano. Podría ser que Wulfgar encontrara una mujer bonita y que la enviara a la casa de él para que lo espere.

Haylan se ahogó y tosió para recobrar el aliento, atrayendo la inmediata atención de Aislinn. Esta miró ligeramente ceñuda a la viuda y se preguntó qué habría sucedido entre ella y Wulfgar para que la mujer actuara de esa manera.

Con serena dignidad, Aislinn habló.

-Wulfgar es un extraño para todos. De nadie puede decirse sinceramente que lo conozca lo suficiente para juzgar o predecir sus acciones. En cuanto a mí, sólo declaro que él es honorable y nunca actuará como un bellaco. Solamente el tiempo nos traerá la respuesta, y yo pondré mi destino en la confianza que le tengo.

Inmediatamente, Aislinn se volvió, cortando cualquier cosa que Gwyneth hubiese querido replicar, y la dejó tartamudeando, con la boca abierta, mientras ordenaba a Ham que le trajese su bandeja de medicinas.

-Veo que este buen hombre tiene necesidad de mis cuidados -dijo, mirando a Gavin-, a menos, por supuesto, que alguna de vosotras ya le haya ofrecido atenderlo.

Miró primero a Haylan, quien meneó la cabeza e hizo una mueca, y después a Gwyneth, quien le sostuvo furiosa la mirada un momento, pero que después se encogió de hombros y volvió a su labor de costura.

Aislinn sonrió ácidamente.

-Muy bien. Entonces lo haré yo, puesto que ninguna de vosotras parece dispuesta.

Se inclinó sobre el brazo de Gavin y empezó a trabajar, mientras Miderd se acercaba para ayudarla a curar a su marido. Aislinn expuso el muñón y lo limpió.

La voz de Gwyneth sonó cargada de malicia.

-Son bien conocidas, por supuesto, las costumbres de los soldados en campaña. ¿La sola mención de una batalla no trae amables recuerdos a tu corazón, Aislinn querida? Los normandos, tan grandes y orgullosos, tomando a todas las mujeres que se les ocurra. Me pregunto cómo encuentra esas rudas caricias la mujer vencida.

Las palabras despertaron un profundo dolor en el interior de Aislinn y ella sintió que la angustia subía y le llenaba el pecho, hasta hacerle difícil la respiración. La crueldad necesaria para despertar esos recuerdos la dejó atónita. Aspiró profundamente y se encontró con los ojos de Miderd, que la miraban fijamente. En esa mirada vio reflejada compasión por su dolor y sintió una corriente de bondad que fluía del corazón de la mujer.

-Querría que tú, amable Gwyneth -dijo lentamente, y suspirando—, nunca sientas ese momento.

Gwyneth se sentó nuevamente en su silla, sin sentirse particularmente victoriosa, y Haylan se acercó al hogar para calentarse las manos y reflexionó en las palabras que acababa de oír.

Aislinn dejó que el dolor causado por las palabras de Gwyneth se calmara y finalmente se puso de pie, terminada su tarea, y se acercó al sillón de Bolsgar.

-Milord, acabáis de oír que los hombres son volubles. ¿Qué pensáis de ello? ¿Vos lo sois, señor? ¿Y creéis que Wulfgar lo sea?

Bolsgar gruñó.

-Es evidente que mi hija poco sabe de hombres, puesto que jamás tuvo ninguno. -Tomó en sus manos los dedos finos de Aislinn, como si quisiera consolarla.- Ya de muchacho Wulfgar era fiel a las cosas que conocía, a su caballo, a su halcón, a mí... -Los ojos del anciano se humedecieron antes que él desviara la vista.- Sí, él era firme y leal.

-Pero tú no sabes nada de sus mujeres -se apresuró a señalar Gwyneth.

Bolsgar se encogió de hombros.

-Es verdad que en el pasado él ha dicho que no siente mucho cariño hacia ellas, pero Wulfgar es muy parecido al lobo de hierro que vaga por los campos de guerra y no necesita ninguna de las ternezas de este mundo, aunque en su corazón arde una necesidad tan intensa de amor, que él no puede hacer otra cosa que negarlo.

-¡Bestias de las tinieblas! -estalló Gwyneth-. Mi propio padre, quien apenas ayer perdió su hogar y sus tierras, ahora aprueba esta unión entre mi hermano bastardo y esta sajona pros...

-¡Gwyneth! -rugió Bolsgar-. Cierra la boca o te la cerraré yo.

-¡Bueno, es verdad! -gritó Gwyneth, colérica-. Tú querrías unir a esta ramera sajona con él, según un solemne juramento de matrimonio.

Haylan abrió la boca y quedó mirando atónita a Aislinn.

-¿Pero vos no sois su esposa? -preguntó, antes que una mirada ceñuda de Miderd la hiciera morderse la lengua.

-¡Claro que no! -respondió Gwyneth, indignada-. Ella se ha acostado con un normando y ahora trata de seducir a mi hermano.

Bolsgar se levantó de su sillón, y por primera vez en su vida Gwyneth se apartó asustada de él. Aislinn permaneció con la mandíbula fuertemente apretada y los puños cerrados, temerosa de dar rienda suelta a su furia por ese temblor que la poseía. Bolsgar acercó su cara al-rostro de su hija y habló con desprecio:

-¡Jaca insensata! ¿Cuántas veces tienes que herir con el filo de tus celos?

Haylan se aclaró la garganta y trató de calmar la ira del anciano dirigiendo su atención a otro tema.

-Milord Wulfgar guerrea mucho -dijo la viuda-, ¿Lo hieren a menudo? La cicatriz...

Aislinn levantó bruscamente la cabeza y miró fijamente a Haylan, con ojos dilatados, porque su único pensamiento era en la herida más reciente de Wulfgar, esa que sólo conocían ella y Sweyn, y ahora, quizás, esta joven viuda.

-Yo sólo sentí curiosidad... -dijo Haylan débilmente, cuando vio las caras inquisitivas vueltas hacia ella. Hasta Gwyneth estaba boquiabierta. Bolsgar la mirada con expresión sombría, ceñudo.

-¿Curiosidad? -Gwyneth vio la sorpresa de Aislinn y quedó intrigada.- ¿Qué es lo que tanto os inquieta, Haylan?

-La herida en la mejilla de vuestro hermano, eso es todo —replicó Haylan con ligereza, y se encogió de hombros—. Sólo quería saber cómo se produjo.

Gwyneth se respaldó en su silla y miró rápidamente a su padre. En el rostro del anciano, parecía cernirse una tormenta, y sus manos apretaron los brazos del sillón hasta que los músculos de sus antebrazos sobresalieron como cuerdas debajo de la piel.

-¿Os causa repugnancia esa desagradable cicatriz? –preguntó Gwyneth.

-¿Repugnancia? ¡Oh, no! -replicó Haylan-. Él tiene un rostro muy bien parecido.

Ahora miró a Aislinn de igual a igual, y pensó que si no se hubiera apresurado tanto aquella noche en dejar a Wulfgar, habría podido conquistarlo. Por lo menos, tendría ahora sobre él tanta influencia o derechos como esta pequeña zorra.

-Sucedió por accidente cuando éramos niños —empezó Gwyneth, cautelosamente.

-¿Accidente? -rugió nuevamente Bolsgar-. Mientes, hija. No, no fue ningún accidente. Fue hecho con maldad.

-Padre -dijo Gwyneth en tono zalamero y esforzándose por calmar la cólera de él-. Pertenece al pasado y ya está olvidado.

-¿Olvidado? No, jamás. Yo lo recuerdo muy claramente.

Gwyneth apretó los labios, fastidiada.

-Entonces, si tienes que hacerlo, cuéntales rápidamente cómo sucedió. Cuéntales cómo al enterarte de que era un bastardo, tú, en un acceso de cólera, golpeaste al muchacho con un guante de halconero y le abriste la mejilla.

Con dificultad, Bolsgar se puso de pie y quedó temblando de ira mientras miraba a su hija. Sus ojos fueron fugazmente hacia Haylan antes de volver a Gwyneth. La sorpresa de Aislinn había desaparecido. Ahora Bolsgar parecía tan furioso que ella no tuvo dudas de que estaba profundamente avergonzado, pero que su naturaleza empecinada no le permitía admitir que se había equivocado.

-No tengo necesidad de hablar, hija -dijo con dificultad- pues tú ya les has dicho lo suficiente.

-Siéntate y sé un anfitrión cortés, padre -rogó Gwyneth.

-¡Anfitrión! -exclamó Bolsgar despectivamente-. Aquí yo no soy anfitrión. -Levantó un cuerno de ale.- Vivimos en la casa de Wulfgar. Yo no quiero lo que es de él y tú presumes demasiado. –Su mal humor no mejoró cuando miró a su alrededor.- ¿Dónde está Sweyn? -preguntó-. Tengo sed, quiero más ale y necesito un compañero para tranquilizar mi mente.

-Está con los caballos, padre -repuso Gwyneth, tratando de disimular su creciente impaciencia con él.

-¿Y Kerwick? -tronó él-. ¿Dónde está él? Ese muchacho es un buen compañero para beber.

-No lo sé, padre -siseó Gwyneth. Su irritación creció al pensar en su padre bebiendo ale con un vulgar siervo-. Lo he enviado a preparar cabañas para estas nuevas familias.

-¿A esta hora tan avanzada? -preguntó Bolsgar-. ¿Ese muchacho no puede tener nunca un momento de descanso?

Gwyneth chasqueó la lengua y habló con medido cuidado. No deseaba agravar el mal humor de su padre.

-Yo sólo pensé en estas pobres personas cansadas y en las incomodidades que deben de haber sufrido. Este piso de piedra no resulta muy cómodo ni abrigado para viajeros exhaustos y en las cabañas hay más intimidad.

Bolsgar se puso de pie.

-Entonces, si no hay ninguno para conversar a gusto, me retiraré a mi jergón y trataré de descansar. Buenas noches, hija.

Gwyneth inclinó la cabeza en respuesta y el hombre volvió la espalda al grupo y miró a Aislinn. Le ofreció la mano.

-Soy un anciano, criatura, pero todavía me gusta acompañar a una hermosa damisela a su habitación. ¿Quieres hacerme el honor de permitírmelo?

-Seguramente, señor -murmuró ella y le sonrió. Mientras la hija se mostraba insensible, Bolsgar no era así y a menudo le dirigía palabras amables para reconfortarla o le hacía alguna pequeña atención.

Aislinn apoyó su mano en la del caballero y se dejó conducir hasta la habitación que era de ella y de Wulfgar.

Bolsgar se detuvo en la puerta de la cámara, aparentemente indeciso. Finalmente, suspiró.

-Yo tendría que hablar con Wulfgar -dijo-. Él debe tratarte más honorablemente. Sin embargo, yo no tengo derecho a inmiscuirme en sus asuntos. Perdí esa prerrogativa cuando lo arrojé de mi casa. Ahora, él es un hombre solo e independiente.

Aislinn meneó la cabeza y sonrió suavemente.

-El no debe sentirse obligado a brindarme más amabilidad de la que me daría por su propia iniciativa. Tiene que ser libremente ofrecida, o no significa nada.

Bolsgar le apretó suavemente la mano.

-Eres más sabia que tus pocos años, criatura —dijo-. Sin embargo, quisiera darte un consejo. Deja que el lobo aúlle a la luna. La luna no vendrá hacia él. Deja que merodee por los bosques tenebrosos, no encontrará allí lo que busca. Sólo cuando llegue el momento en que admita que tiene necesidad de amor, él encontrará la verdadera felicidad. Hasta entonces, sé leal y amable con él. Si sientes en tu corazón algún afecto por él, dale lo que le hemos negado su madre y yo. Consuélalo amorosamente cuando él arroje a tus pies su dolorido corazón. Pon en torno a su cuello una traílla de fidelidad y él se volverá manso y dócil.

Aislinn sintió el dolor que soportaba el anciano, porque él había perdido su esposa e hijos y hablaba por experiencia.

-Yo sólo soy una de sus muchas mujeres, gentil Bolsgar –señaló ella—. Veis qué seductora es la joven viuda. Es lo mismo con las otras, sin duda. ¿Cómo podría yo asegurarme un lugar en su corazón cuando hay tantas que ansían ese lugar?

Bolsgar apartó la vista, sin encontrar una respuesta adecuada. Pensaba que ella era hermosa y agraciada con encantos sin par, pero nadie sabía lo que pensaba Wulfgar. Era mejor no hacerla alentar esperanzas fundadas en sus suposiciones, porque no había ninguna garantía de que estuviera en lo cierto.

Gavin señaló con la cabeza hacia la escalera cuando oyó las pisadas del anciano alejándose de la puerta y el suave clic al ser corrido el cerrojo.

-¿Ella es la hija del viejo lord? —preguntó.

-Sí —suspiró Gwyneth—, y una herida supurante en el corazón de esta población.

Miderd y Gavin intercambiaron rápidas miradas pero guardaron silencio. Haylan se irguió y prestó mucha atención mientras Gwyneth continuaba.

-Sí, es verdad, y ella se ha abierto camino con artimañas hasta el lecho de mi hermano y procura convertirse en la señora de esta casa. —Gwyneth sintió la atención de Haylan y levantó la mirada hacia la joven viuda.— Mi hermano solamente se divierte por un tiempo, pero me temo que ella llegue a hacerle algún hechizo.

Gwyneth aferró los brazos de su sillón mientras volvía a atormentarla la imagen de Ragnor abrazando a Aislinn contra su corazón. Bajó los párpados hasta que ocultaron la chispa de malicia que brillaba en las profundidades de sus ojos.

-Ese llamado Kerwick es amante de ella en ausencia de Wulfgar —dijo lentamente—. Ella es una ramera, hasta mi padre cree que es buena y hermosa. Él está embobado como cualquier hombre por su belleza.

-¿Milord la considera hermosa? -preguntó Haylan, mientras los celos empezaban a morderle el corazón. Todavía recordaba a Wulfgar murmurando el nombre de la joven.

Miderd frunció el ceño y advirtió:

-Haylan, no está bien inmiscuirse en los asuntos de lord Wulfgar.

-En verdad —interrumpió Gwyneth, tendiendo las manos con las palmas hacia arriba—, yo no sé qué piensa mi hermano. Ella tiene la marca del demonio en ese cabello rojo. ¿Alguien podría dudarlo? Quién sabe las almas que ella puede robar con sus pociones y malas artes. Cuidaos de ella, no dejéis que las palabras dulces que salen de su boca os hagan tomarle simpatía. Ella las usa con mucha astucia.

-No —murmuró Haylan-. Pondré cuidado.

Miderd miró disgustada a su cuñada, pero la viuda no pareció advertirlo. Gwyneth se puso de pie y dejó a un lado su labor de costura.

-Mis ojos se cansan con el humo de este salón y debo buscar algo para calmar su irritación. Buenas noches.

La familia sajona observó en silencio hasta que Gwyneth se perdió de vista. Entonces, Miderd encaró exasperada a Haylan.

-Respetarás a quienes son superiores a ti por el bien de todos nosotros, Haylan, o podríamos encontrarnos nuevamente desamparados, en el camino, sin tener dónde refugiarnos.

Haylan se encogió de hombros y se apartó con pasos ligeros.

-¿Superiores? Tengo un gran respeto a lady Gwyneth. ¿Qué quieres decir? ¿A quién te refieres? Lord Bolsgar parece tener mal carácter pero yo me mostré cortés con él.

-Sé que cuando te propones una cosa, no descansas hasta conseguirla —replicó Miderd—. Y veo que has puesto los ojos en el normando. Déjalo en paz, Haylan. El pertenece a lady Aislinn.

-¡Ja! -replicó Haylan, despectivamente-. Yo podría tenerlo en un instante.

-Te jactas demasiado, Haylan. Nos han enviado aquí para trabajar, nada más.

-¡¿Nada más?! -Haylan rió brevemente-. ¿Qué sabes tú de eso?

Miderd miró a su marido en un ruego silencioso pero él se encogió de hombros y le volvió la espalda.

-No discutiré contigo, Haylan —dijo Miderd quedamente—. Sin embargo, querría advertirte que si lady Aislinn se convierte en señora de esta casa, podría disponerse en contra de nosotros y arrojarnos de aquí si tú persigues al normando. ¿Y adonde iríamos, con nada salvo hambre y miseria para los nuestros? Piensa en tu hijo, te lo ruego.

-Yo pienso en él -estalló Haylan. Miró al muchacho que cabeceaba y se inclinó para acariciarle el pelo—. Miles sería un beneficio para cualquier lord.

Miderd levantó las manos, disgustada, meneó la cabeza y dio la espalda a la voluntariosa viuda.

Cuando regresó Kerwick, despertaron a Miles que dormía, lo envolvieron para abrigarlo contra el frío y se lo llevaron con los otros niños. Después de ocuparse de satisfacer las necesidades de Miderd y Gavin y su familia, Kerwick llevó a Haylan y su hijo a una cabaña más pequeña. Allí, el hogar estaba encendido y resultaba acogedor con el fuego que iluminaba el sombrío cubículo. Haylan miró atentamente a Kerwick mientras él ponía más leña en el hogar y después dijo:

-Tu lady Gwyneth es una señora buena. Debes estar complacido de servirla.

Kerwick se incorporó y miró a la joven viuda sin un atisbo de emoción en su rostro enjuto. Los ojos oscuros de Haylan relampaguearon con creciente cólera ante este continuado silencio y ella lo miró con expresión irritada.

-¿Qué sabes tú de tus superiores? Aquí no eres más que un siervo. Es fácil advertir que estás de parte de esa zorra de pelo rojizo.

Kerwick habló con medido cuidado y con los labios curvados en una mueca de disgusto, como escupiendo las palabras.

-Esa zorra de pelo rojizo fue una vez mi prometida, antes que ese guerrero normando la reclamara para él. Yo fui una vez lord de mi propia casa señorial y él hasta eso me quitó, pero más lamento haberla perdido a ella. No habléis con desprecio cuando pronunciéis su nombre en mi presencia. Si tenéis algo de inteligencia, no escucharéis a Gwyneth cuando derrama sus mentiras.

—Podéis tener la seguridad de que tengo sentido suficiente para ver lo que está delante de mis ojos —replicó Haylan-. ¡Y vos todavía estáis enamorado de Aislinn!

—Sí -admitió Kerwick-. Más de lo que vos podéis comprender.

—Oh, ciertamente, puedo comprenderlo muy bien —repuso Haylan, acaloradamente-. ¿Olvidáis que soy viuda reciente y que sé lo que le interesa a un hombre?

Kerwick enarcó las cejas.

—¿Qué es esto? ¿Ya estáis difundiendo falsos rumores sobre nosotros? Sois una mujer altanera para ser una sierva.

—¿Sierva? -Haylan rió despectivamente—. Quizá, sí, quizá no. Quién sabe... hasta que regrese lord Wulfgar... -Levantó orgullosamente el mentón. —Yo podría conquistarlo si quisiera.

Kerwick, incrédulo, rió por lo bajo.

—¿Vos? ¿Qué os hace creerlo? ¿También estáis diciendo que él os ha hecho su amante?

La voz de Haylan se elevó con incontenida furia.

—¡Yo no soy esa clase de mujer! Pero si lo fuera, podría tenerlo a él. Él me deseó, y quién sabe lo que sucederá a su regreso.

Kerwick resopló desdeñosamente.

—Dejadme que os haga una advertencia, hermosa viuda —dijo, e inclinó la cabeza hasta que su nariz casi tocó la de ella—. Wulfgar me arrancó la carne cuando yo me atreví a defender a Aislinn de él, y su cólera aumentó cuando la toqué fugazmente. Pero él es rápido para declarar su odio hacia las mujeres. No os engañéis, no creáis que es un amo blando, carente de voluntad, porque es fuerte y descubriría rápidamente vuestras intenciones de conquistarlo. Él podría tomaros como tomó a mi Aislinn, pero os aseguro que a vos os ofrecería mucho menos que lo que le ha dado a ella.

—¿Estáis diciéndome que no tengo posibilidades de convertirme en la señora de esta casa? —preguntó Haylan-. Bah, sois un tonto, estáis demasiado embobado por la lascivia para ver por qué él me ha enviado aquí.

—Para que trabajéis con el resto de nosotros, lo juraría. Él necesita más siervos —replicó Kerwick, sin vacilación.

Haylan se retorció de cólera.

—¡Miradme! —exclamó—, ¿Os resulta tan difícil creer que un hombre pueda enamorarse de mí?

—Exageráis vuestra importancia, señora, y sois una mujer pomposa y presumida. Sois bonita, es cierto, pero hay muchas del mismo valor. Aislinn no tiene comparación. Ella es insuperable.

Haylan se ahogó de furia.

-¡Seré la señora de Darkenwald! -gritó-. ¡Lo veréis!

-¿De veras? —Kerwick la miró dubitativamente.- Es más probable que aquí seáis una sierva, nada más.

-Lady Gwyneth dice que sir Wulfgar está entreteniéndose con Aislinn sólo por un tiempo —replicó Haylan acaloradamente—. Quizá yo pueda acelerar la caída de ella.

-¡Bah! ¡Lady Gwyneth! -exclamó Kerwick, despectivamente-. No la escuchéis. Escuchadme a mí, en cambio. Wulfgar no dejará que lady Aislinn se vaya, como no lo dejaría cualquier hombre de buen sentido.

-Vuestra opinión no es la de él, y por lo tanto, no tiene ningún valor —repuso Haylan, y echó la cabeza atrás con arrogancia.

-Saldréis lastimada -advirtió Kerwick-. Pues sabed que he olvidado mencionar otra ventaja de Aislinn. -Sonrió lentamente.- Ella es más sabia que la mayoría de las mujeres.

-¡Oohh, os odio con todo mi ser! —gritó Haylan.

Kerwick, imperturbable, se encogió de hombros.

-Señora, en realidad eso no me importa en absoluto.

Con eso, giró sobre sus talones y salió de la cabaña, dejando a Haylan debatiéndose en un torbellino de intensas emociones.

En la soledad de su habitación, Aislinn sintió que sus temores renacían con renovada fuerza. Las dudas corroyeron su confianza mientras su imaginación se demoró en la visión de Wulfgar rodeado por los brazos de Haylan. Trémula de desesperación, Aislinn se quitó el vestido y la camisa y recordó, dolorida, las tiernas caricias de Wulfgar en la última noche que pasaron juntos y en la gentileza que había mostrado para con ella. ¿Habría encontrado él más placer en la cama de otra? ¿La consideraba a ella, después de todo, nada más que un entretenimiento pasajero? ¿Ahora no estaría tendido con otra mujer, tomándolos a todos por tontos?

El dolor creció dentro del pecho de Aislinn hasta que la respiración salió entre sollozos entrecortados, y ella se arrojó sobre la cama y trató de acallar sus gritos de angustia apretando la boca contra las pieles.

Por fin sus lágrimas se agotaron y ella se cubrió con las pieles de lobo y se arrebujó desalentada debajo de ellas, tratando de encontrar un poco de calor para combatir el frío que sentía en su corazón.

En la puerta sonó un leve golpe. Ella se echó una piel sobre los hombros y pidió al tardío visitante que entrara. Con sorpresa, vio que era Miderd, quien había regresado en la noche fría para hablar con ella. Miderd traía un bulto en las manos.

-Milady -dijo la mujer-, os traigo noticias de lord Wulfgar, quien me ha pedido que os las comunique solamente a vos.

Miderd advirtió la ansiedad de Aislinn por los ojos enrojecidos de la joven y por el rostro mojado de lágrimas, y habló con bondadosa consideración.

-Milady, Haylan es un alma conturbada y sueña mucho más allá de sus posibilidades, y da un valor desmedido a su belleza. Yo creo que vuestro señor no os ha olvidado, pues puso en mis manos este presente para vos y habló con evidente preocupación por vuestro bienestar, diciendo que acudáis a Sweyn si tenéis alguna necesidad. Yo diría que no debéis temer demasiado de los sueños y delirios de una joven viuda.

Puso el envoltorio en las manos de Aislinn y sonrió bondadosa mientras ella lo abría con desmedida prisa.

-También me ordenó que os dijera, milady, que fue adquirido honradamente.

Nuevamente llegaron las lágrimas, pero esta vez muy suavemente, cuando Aislinn se llevó a su cara la pieza de tela amarilla y pensó que las manos de Wulfgar la habían tocado hacía poco. Abrazó dichosa a Miderd e hizo enrojecer a la mujer con sus palabras de agradecimiento.

-Oh, Miderd, ¿no lo veis? -gritó llena de euforia-. Wulfgar me dijo que él no compraba presentes a las mujeres porque sus dineros eran duramente ganados y ninguna hembra era digna de su valor.

Miderd sonrió suavemente. Sintió que había encontrado en Aislinn una amiga, pese al poco tiempo que hacía que se conocían. Apretó tiernamente la mano de la muchacha.

-Parece que habéis ganado una batalla, milady -dijo-. Y esperemos que mañana, también ganaréis la guerra.

Los ojos color violeta de Aislinn se iluminaron con un brillo radiante cuando respondió, alegremente:

-Oh, sí, asegurémonos el mañana.

Feliz por la alegría de la muchacha, Miderd cerró la puerta de la habitación, sintiéndose muy cercana a esta joven a quien apenas conocía y con una confianza en el futuro que hacía mucho tiempo que no experimentaba. Sintió que aquí, en Darkenwald, encontraría paz y tranquilidad. Su marido tendría un oficio y sus hijos le ayudarían. Ella y su hija quizá podrían ayudar en la mansión del lord para ganar algo más a fin de subvenir a sus necesidades. Por fin sintió que estarían seguros.

Aislinn se levantó por la mañana temprano antes que ninguno de la casa se despertara. Tomó la preciosa tela amarilla, se sentó junto al cofre que Wulfgar había reclamado como suyo y retiró cuidadosa- mente cada una de las prendas que le pertenecían a él, acariciándolas con aire ausente mientras las desplegaba y las dejaba a un lado. Cuando hubo vaciado el cofre, puso la pieza de tela amarilla prolijamente, de modo que no fuera aplastada y arrugada, y volvió las ropas de Wulfgar a su lugar. Cuando tuviera noticias del inminente retorno de Wulfgar, sacaría la tela y se haría un vestido para recibirlo más adecuadamente que con la vieja ropa que usaba entonces. Su corazón se alivianó cuando pensó en el regreso de él y su cabeza giró por la excitación que le producía la renovada confianza en que él volvería a ella.

Cuando bajó la escalera y llegó al salón, encontró a Haylan y Gwyneth junto al hogar. La viuda había sido eximida de todo trabajo por Gwyneth y ahora estaba sentada junto a la mujer, tratando de aprender el arte más refinado de las labores de aguja. Trabajaba torpemente en la tapicería que le habían dado y la paciencia de Gwyneth era puesta a severa prueba. Aislinn disimuló una sonrisa divertida cuando Haylan pidió perdón humildemente a Gwyneth por ser tan inepta, sin saber que Aislinn estaba en el salón sin ser observada.

Gwyneth suspiró con exasperación.

-Debes dar puntadas pequeñas como te he enseñado -dijo.

-Os ruego que me perdonéis, milady, pero nunca tuve talentos para la costura -respondió Haylan, en tono de disculpa. Después agregó, más animada—: Pero puedo asar muy bien un cerdo y mis panes son elogiados por todos.

-Eso es trabajo de siervos -replicó Gwyneth secamente-. A una dama se la reconoce por sus labores de aguja. Si tienes la esperanza de convertirte en una señora, debes aprender el valor de una aguja. Wulfgar esperará que hagas y repares sus ropas.

Aislinn se adelantó, sorprendiéndolas con su presencia y fue a calentarse las manos en el fuego.

-Eres muy servicial, Gwyneth, pero no necesito ayuda para remendar las ropas de milord. —Les dirigió una sonrisa y levantó un poco su falda para dejar que el calor entrara por debajo.— Wulfgar pareció muy conforme con mis habilidades.

Gwyneth resopló despectivamente.

-Es sorprendente que encuentres tiempo para la costura, con tanto tiempo como pasas con él en la cama.

-Vaya, Gwyneth, ¿cómo puedes saber cuándo estamos acostados y cuándo no? -Aislinn sonrió.— A menos, claro, que tengas la costumbre de espiar atrás de las puertas, como pareces hacer con mi cofre.— Miró fijamente los vestidos que tenían puestos las dos mujeres, porque Haylan lucía un vestido de tercera mano que sin duda le había sido regalado por la generosa Gwyneth.

—¿Tu cofre? —replicó Gwyneth en tono burlón.— Las esclavas no tienen posesiones.

Una lenta sonrisa asomó a los labios de Aislinn.

—Pero Gwyneth —dijo—, si yo soy una esclava, todo lo que poseo pertenece a Wulfgar.— Enarcó las cejas en burlón gesto inquisitivo.— ¿Robas acaso a tu hermano?

Gwyneth apretó la mandíbula y habló semiahogada por la furia.

—Mi hermano me ha asegurado que todo lo que hay aquí puede ser considerado nuestro y que nosotros debemos servirnos a nuestro placer.

—¿De veras? —dijo Aislinn, y rió suavemente.— Esas palabras fueron dichas a Bolsgar, no a ti, y ese buen hombre pone cuidado en no tomar más de lo que le corresponde. Ciertamente, él más que se gana su comida con la caza que nos trae. Tú sabes que Wulfgar necesita de muchas manos para prosperar aquí. ¿Qué haces tú, Gwyneth, para contribuir a ello?

La mujer se levantó y estalló en un acceso de ira.

—Cuido esta casa durante su ausencia y trato de que su despensa no sea saqueada por esos glotones y borrachos que...

Se detuvo súbitamente, pareció ahogarse con sus palabras, y Aislinn siguió su mirada y vio que Sweyn había entrado en el salón y se acercaba al hogar.

El vikingo dirigió una sonrisa a Gwyneth, y con deliberada lentitud, arrancó un gran trozo de la carne que se asaba sobre las brasas y después la tragó ayudado con una buena ración de ale. Chasqueó los labios, se lamió los dedos sucios de grasa y se los secó en los faldones de su túnica. Se volvió hacia Aislinn, y habló con voz tenante:

—¿Quién distribuye con mezquindad la comida que proveemos yo y Bolsgar?

Aislinn rió.

—Nadie, Sweyn. Nadie, en absoluto. Todos comemos bien gracias a vosotros.

El nórdico miró fijamente a Gwyneth un largo momento, y después masculló:

—Bien, bien.

Eructó ruidosamente y se marchó.

Aislinn retrocedió un paso, abrió sus faldas y se inclinó en una media reverencia.

—Perdonad, señoras —dijo—. Debo ocuparme de mis tareas.

Se volvió para retirarse y habló por sobre su hombro:

—Haylan, cuida que la carne no se queme.

Hizo su salida casi saltando de regocijo, y cuando abrió la puerta, contempló al mundo y lo consideró maravilloso.

En el cruce de caminos cerca de Kevonshire, Wulfgar y sus hombres acamparon varios días. Las nevadas cesaron y pronto la nieve se fundió y fue absorbida por la tierra. Detuvieron a viajeros y a mensajeros ingleses y difundieron la noticia del avance de Guillermo. A los mensajeros los retuvieron, pero los dejaron en libertad cuando reiniciaron la marcha, pues la información que ellos llevaban se había vuelto inútil con el paso del tiempo.

Ahora, los ejércitos de Guillermo avanzaban más allá de ellos, y ninguna amenaza podía venir de ese lado. Levantaron campamento y avanzaron para repetir su tarea una y otra vez. Doblaron hacia el norte y las hordas del duque cruzaron el Támesis al oeste de Londres. La ciudad quedó sola y desamparada, con sus presuntos aliados imposibilitados de llegar a ella. Hampshire, Berkshire, Wallingford, después, en Berkhamstead, el arzobispo Aldred y una comitiva que incluía al príncipe Edgar, el pretendiente, recibieron a Guillermo y le ofrecieron la rendición de Londres. Con Guillermo quedaron rehenes y a él se le hicieron juramentos de lealtad. El día de Navidad, sería coronado como rey de Inglaterra.

Wulfgar y sus hombres fueron llamados al campamento con el resto del ejército. El carro iba pesadamente cargado de oro y de los objetos de valor tomados como tributo o botín. Todo fue enviado a Guillermo, quien hizo contar los tesoros, retuvo un doble diezmo y devolvió el resto a Wulfgar.

Empezó la monotonía de la vida de campamento. Wulfgar pagó a sus caballeros las partes que les correspondían y puso al día sus otras cuentas, pero retuvo a sus hombres cerca de su campamento y no los dejó en libertad para que fueran a divertirse con mujeres y borracheras como era la tendencia general.

Habían pasado varios días pero todavía faltaba casi una semana para Navidad, cuando Wulfgar recibió un mensajero de Guillermo informándole que puesto que el ejército avanzaba hacia Londres, él ocuparía una casa señorial cerca de la abadía. Allí aguardaría con sus hombres el día de la coronación.

Como el día apenas comenzaba, Wulfgar ensilló su caballo y entró en Londres para buscar un lugar donde alojar a sus hombres. La ciudad estaba tensa y cuando él pasaba por las calles, los ingleses lo miraban con evidente odio. Las casas y tiendas tenían muros de piedra y gruesas vigas de madera, y estaban muy juntas o hasta sobresaliendo sobre las calles empedradas. En los frecuentes desagües abiertos corría un agua oscura y lodosa donde flotaban los desperdicios de la ciudad.

Se acercó a Westminster y la presión de los cuerpos se hizo más intensa, pues todos los hombres libres viajaban para ver dónde Inglaterra caería en manos del duque normando. Muchas veces, Wulfgar debió empujar con su caballo para abrirse paso entre las multitudes que le impedían seguir avanzando.

Cuando entró con su caballo en una plaza, sus ojos fueron inmediatamente atraídos por una gran casa de piedra que se levantaba a corta distancia de la misma plaza pero cuyo tejado se abría sobre una amplia vista del lugar. Con dificultad, se abrió camino hasta ella, y como la misma no había sido reclamada por otro normando, la requisó para su uso en nombre de Guillermo. El mercader, quizás excesivamente alimentado, que era dueño de la casa, protestó por los modales de Wulfgar y se lamentó ruidosamente de este despojo de su propiedad. Sus lamentos se convirtieron en chillidos de cólera cuando le informaron que no recibiría ninguna compensación y tembló de furia cuando Wulfgar continuó:

-Vaya, mi buen mercader, esto es nada más que tu justo tributo a Guillermo y su corona. —Habló con un pesado tono burlón en su voz.— Alégrate de que tu casa esté todavía en pie y no reducida a escombros, como he dejado a muchas antes de este día.

Fue un golpe final y las lágrimas corrieron por los redondos carrillos cuando el caballero normando le ordenó, además, que llevara a su propia persona, a sus muchos parientes, parientes políticos y primos a otro lugar, por una quincena... o dos.

Wulfgar recorrió el lugar para ver sus instalaciones mientras el hombre fue a informar a su familia del impuesto traslado. Wulfgar escuchó un momento y rió para sí mismo cuando oyó una fuerte, estridente voz femenina que regañaba al mercader por no haberse resistido al normando o, por lo menos, exigido una reparación. Pronto el hombre se reunió con él y se le mantuvo muy cerca, como si así se sintiera más seguro.

Había establos para los caballos y una hermosa cocina en la planta baja. En esa habitación, había una escalera que llevaba a una bodega repleta de golosinas y una rica provisión de excelentes vinos. Wulfgar se apresuró a calmar la aflicción del tembloroso mercader con la promesa de que lo que se usara de esas provisiones sería justamente pagado.

En el primer piso había habitaciones pequeñas y una estancia grande donde sus hombres podían descansar y jugar. De allí, Wulfgar subió por la escalera al segundo piso. Allí estaban las habitaciones del mercader, alhajadas con una riqueza y comodidad que hubieran podido encontrarse en el mejor castillo normando. En un extremo del pasillo, una escalera pequeña subía hasta una cúpula del techo, y desde esa altura se tenía una vista sin obstáculos. Wulfgar bajó y se detuvo en el gran dormitorio, donde había una gran cama con colgaduras de pesado terciopelo. Cuando estiró una mano para tocar el colchón relleno de plumas, no pudo evitar una visión de una piel suave, de color cremoso, muslos perfectos, rientes ojos color violeta y labios que lo besaban acariciadores en la boca.

Wulfgar retrocedió bruscamente. Señor, qué hechizo había echado sobre su mente esa zorra. Casi podía verla de pie, los brazos extendidos, envuelta en vapores verdes y rojizos, cantando runas antiguas mientras las brisas enantes levantaban esos espesos rizos cobrizos y los hacían enroscarse alrededor de sus pechos.

Como impulsado por una fuerza irresistible, Wulfgar volvió la mirada a la cama y nuevamente vio los ojos de color violeta chispeantes de risa. Se irritó con esas visiones y se apartó, con una maldición. Pero

cuando bajó a la calle, en su vientre nació un dolor que se extendió a sus ingles. No podía dejar de soñar con Aislinn sobre ese gran cobertor de terciopelo.

Hizo el viaje de regreso perdido en cavilaciones, sin mirar la ciudad que atravesaba. Después se detuvo en un punto alto del terreno, miró al campamento debajo de él y experimentó la sensación de soledad que le llegaba hasta el amia. Aunque no la expresó con palabras, supo también que había tomado una decisión, y con esa perspectiva en la mente, espoleó al caballo, quien resopló sorprendido y se lanzó cuesta abajo hacia las tiendas.

Habían pasado dos días y ya estaban instalados en Londres. Había caído la noche y se realizaba un festín de bienvenida. Los hombres estaban reunidos abajo y Wulfgar podía oír sus voces, mientras ellos hablaban y reían acerca de la para ellos inhabitual comodidad del lugar. Él estaba detrás de la balaustrada y miraba hacia abajo, a la plaza iluminada por antorchas., Gowain había partido y al día siguiente debería llegar a Darkenwald. Una irreprimible ansiedad llenó el pecho de Wulfgar y él se sorprendió de los latidos acelerados de su corazón. El rostro de Aislinn estaba vago en su recuerdo, pero casi podía ver esos ojos resplandecientes que cambiaban de color con cada cambio de luz. Conocía la frente que tan a menudo había acariciado y la curva atrevida de su fina nariz. Conocía la delicada línea de los labios, por la resistencia que en ellos encontró y el ardor con que le respondían cuando él la excitaba con sus caricias.

Wulfgar se dispuso a pasar la noche. Esos pensamientos retozones nada hacían para tranquilizarlo, sí, más bien lo excitaban para desvelarlo y atormentarlo. Detestaba la sensación de esclavitud a un recuerdo y entró irritado al dormitorio, donde lo esperaba la gran cama. Se desnudó y se tendió en el lecho para descansar, pero pronto se sintió llamado no por el sueño, sino por suaves movimientos y murmullos, como si a su lado estuviera acostada otra persona.

Exasperado, Wulfgar saltó de la cama y fue hasta la ventana; indiferente al frío que entró en la habitación cuando abrió los postigos, se quedó mirando la calle abajo y, arriba, la luna pálida, enorme. Sorprendentemente, su ánimo empezó a mejorar, hasta que en su mente sólo quedó el dulce recuerdo de Aislinn de Darkenwald.

"La hermosa hembra", pensó, "tan bella y orgullosa. Muy maltratada, es cierto, pero sin embargo se atreve a plantarse ante mí como una Cleopatra del brezal. Defiende tan bien sus anhelos matrimoniales que empieza a ablandárseme el corazón. ¿Cómo puedo negarme cuando ella desnuda tan seductoramente su alma y trata de alcanzar lo más profundo de mi honor? Desafía mi carácter por su gente y me doblega a su voluntad cuando yo podría hacer otra cosa." Se rascó la frente como si le doliera de tanto pensar, y no pudo sacársela de su cabeza. "Sin embargo, por alguna razón, ahora me encuentro deseando que ella..."

"...que él me prometiera lealtad", suspiró Aislinn, y miró la brillante luna sobre el páramo. "Si él hiciera una promesa y expresara algo de amor por mí, yo quedaría satisfecha. Él es bondadoso, y justo, y tierno hasta en su lascivia, y aquí estoy yo, encerrada en este cuerpo de mujer que a él le enciende la sangre. Yo no pedí que él me tomara, sin embargo, no puedo condenarlo por ser el hombre que es. ¿Qué debo hacer para ganar su favor, cuando una vez que estoy en brazos de él ni siquiera puedo controlarme? Sus besos acaban con todas mis resistencias y yo soy como los tallos del sauce en una tormenta doblándome a su voluntad. El se contenta con tenerme a su disposición, con usar mi cuerpo para su placer y sin prometerme nada a cambio. Sin embargo, yo querría todavía más. Es cierto que él no fue el primero que me poseyó, pero sus atenciones, seguramente, me han dado cierto pequeño derecho sobre él. No soy una trotacalles para ser tomada y abandonada; de alguna manera, él tiene que ser llevado a esa conclusión. No carezco de honor y de orgullo. No puedo ser su querida para siempre, no puedo contentarme eternamente con tener de él nada más que esa pequeña parte."

Se quitó las ropas, las dejó a un lado, se metió entre las pieles y atrajo hacia ella la almohada donde todavía quedaba algo de la fragancia de él. Abrazó con fuerza la almohada y casi sintió el juego de los músculos de él entre sus manos, el calor de sus labios en su boca.

"Lo deseo", decidió. "Lo ame o no lo ame, lo deseo más que ninguna otra cosa en mi vida. Sin embargo, debo buscarlo con sabiduría. Me le resistiré hasta los límites de mis sentidos, pero trataré de no encolerizarlo. Y si él me otorga nada más que esto, yo le daré todo el amor que tenga, o que pueda robar, o pueda pedir prestado. No me arrepentiré de eso".

El día amaneció radiante y Darkenwald se llenó de los rumores de los diferentes trabajos que allí se realizaban. Aislinn se levantó, y después de desayunar, fue a hacer sus tareas en el pueblo, visitando a los enfermos y heridos. Pasó las horas evitando a Gwyneth y su lengua viperina.

A media tarde, el vigía gritó desde la torre y pronto Kerwick fue en busca de Aislinn para darle la noticia de que se acercaban jinetes con los colores de Wulfgar.

Aislinn corrió a su habitación, peinó rápidamente sus cabellos y los adornó con cintas. Apretó contra su cara un paño mojado en agua fría para disminuir su rubor. Pero su ánimo decayó cuando fue abajo y vio que era solamente Gowain quien entraba en el salón.

El recién llegado cruzó la estancia sonriente hacia ella, pero Gwyneth, sentada ante su labor junto al hogar, lo llamó y le pidió que se le acercara. Gowain miró vacilante a Aislinn, deseoso de hablarle primero, pero por cortesía fue hacia la otra.

-¿Qué noticias hay de Guillermo? -preguntó Gwyneth ansiosamente-. ¿Inglaterra es suya, por fin?

-Sí -respondió Gowain-. El duque será coronado el día de Navidad, si todo va bien.

Gwyneth soltó un suspiro de alivio.

-Entonces -dijo-, Darkenwald nos pertenece a nosotros.

-¿Milord Wulfgar se encuentra bien? -preguntó Aislinn, acercándose-. ¿Por qué no vino él personalmente? ¿Ha sido herido en alguna forma? -El temor se traslució en su voz y en sus ojos cuando miró a Gowain en la cara, en busca de algún indicio sobre los motivos de su arribo.

-Oh, no -se apresuró a tranquilizarla el caballero-. El esta muy bien y animoso.

-¿Entonces, por qué habéis venido aquí? -interrumpió Gwyneth-. Seguramente, debéis tener una misión importante.

Gowain sonrió lentamente.

-Ciertamente, milady. Para Wulfgar, es un asunto sumamente urgente.

-¿Entonces...? -insistió Gwyneth-. No nos tengáis esperando.

-He venido en busca de... alguien. -Terminó mansamente, recordando la tensión que existía entre Aislinn y la hermana de Wulfgar.

-¿En busca de alguien? ¿En busca de quién habéis venido? -preguntó Gwyneth. Sus ojos se elevaron hacia la cara del hombre y ella se golpeó pensativamente la mejilla mientras lo estudiaba.- ¿De qué se trata? ¿La coronación? ¿Wulfgar desea presentar su familia al rey? Iré de muy buen grado, pero debo insistir en que necesito un vestido nuevo para presentarme ante la realeza. -Señaló el vestido de color malva que llevaba.- Estas ropas no son dignas ni de darlas como alimento a los cerdos.

Gowain enrojeció de incomodidad y se aclaró la garganta, mirando a Aislinn con incertidumbre. Había empeorado las cosas con su demora en hablar. La mirada de Aislinn estaba fija en la mujer sentada, y siguiendo esa mirada, Gowain reconoció súbitamente el vestido que tenía puesto Gwyneth. Era uno que Aislinn había usado varias veces antes que ellos se marcharan de Darkenwald. Él lo recordaba bien, porque había admirado las formas graciosas de la joven cubierta con esa tela suave y entonces Milbourne lo había sorprendido con la boca abierta y le había hecho una broma acerca de su embobamiento con la mujer de Wulfgar. Gowain posó su mirada en el vestido que llevaba Aislinn y se sorprendió por su mal estado. Su caballerosidad lo impulsó a salir en defensa de la dama, porque inmediatamente llegó a la conclusión de que sus ropas le habían sido quitadas. Pero se tragó las palabras que tenía en la punta de la lengua. Era mejor no inmiscuirse en los asuntos de Wulfgar y dejar que él se ocupara de ellos. Además, nunca era prudente intervenir en una riña de dos mujeres.

El caballero se aclaró la garganta.

-Lady Gwyneth -dijo-, me temo que os he llevado a una conclusión equivocada.

-¿Eh? -La mujer lo miró fijamente y vio que los ojos de él iban hacia Aislinn. Sus ojos se entrecerraron.

Gowain enrojeció aún más y él habló con gran cuidado.

-Lord Wulfgar -dijo- me ha enviado en busca de lady Aislinn. La muchacha, Hlynn, tendrá que acompañarla para atender sus necesidades.

-¿Qué? -Gwyneth casi chilló de cólera, se puso de pie y estuvo a punto de derribar su bastidor de tapicería.- No es posible que sugiráis que Wulfgar es tan descuidado con su posición como caballero de Guillermo que quiera llevarse a la cama a esta buscona, bajo las narices del rey.

Empezó a pasearse delante del hogar, en un estado de tremenda agitación. Entonces sus ojos cayeron sobre Haylan, quien entró en el salón y se acercó a ellos. Gwyneth dirigió una sonrisa calculadora al pobre y azorado joven.

-Sin duda no entendisteis bien lo que él os dijo, sir Gowain. ¿No fue otra doncella la que él os dijo que debíais buscar?

El normando meneó la cabeza, muy seguro de su misión.

-No, fue a Aislinn de Darkenwald a quien Wulfgar me ordenó que llevara a su lado. Me pidió que lo hiciera con toda la rapidez posible y debemos partir mañana.

Gowain volvió la espalda a la furiosa Gwyneth y ni siquiera notó a la boquiabierta Haylan. Se dirigió a Aislinn, quien estaba sonriendo feliz.

-¿Podéis estar preparada, milady?

-Ciertamente, sir Gowain -repuso Aislinn, con los ojos radiantes de dicha. Gowain se sintió deslumbrado por esos ojos y aspiró profundamente cuando ella le estrechó cálidamente la mano.- Ciertamente. Hay poco que preparar. No tendré ninguna dificultad.

-Entonces, milady, quedo a vuestro servicio.

Hizo una profunda reverencia y se marchó rápidamente para ver a sus hombres, sintiendo necesidad del aire fresco que enfriara su sangre. Tendría que mantenerse lejos de la joven durante el viaje a Londres, por temor a olvidarse de sus obligaciones y perder el control con ella, pues en ese caso deshonraría a Wulfgar y a Aislinn.

14

El pequeño grupo se formó temprano y partió de Darkenwald con las primeras luces del día. Irían primero hacia el oeste y después hacia el norte, a Londres, pasando por el lugar donde el príncipe Edgar había lanzado su ataque frustrado contra Guillermo.

Reinó el silencio cuando fue atravesada la población en ruinas de Southwark, donde las casas derruidas todavía humeaban y los sajones que habían quedado sin hogar removían y escarbaban entre los escombros en busca de los tesoros que pudieran recuperar. Los desamparados pobladores miraron a los viajeros con expresión de muda desesperación, pero cuando sus ojos cayeron sobre el caballero normando, el fulgor del odio brilló en toda su intensidad. Conocían, sin embargo, el peso de la ira de Guillermo y se tragaron su rabia hasta que el grupo se perdió de vista.

Gowain condujo a su reducida comitiva por el puente de Southwark a Londres, el día de Navidad, temprano, y durante horas tuvieron que abrirse camino entre la enorme multitud. Parecía flotar en el aire una locura general; hombres ingleses levantaban bien alto sus copas para brindar despreciativamente por Guillermo el bastardo, y vagaban de un lado a otro en frustrada confusión.

El grupo se acercó a Westminster y la multitud se hizo todavía más densa. Gowain y sus hombres se vieron obligados a usar sus lanzas para despejar el camino. Entraron en la plaza y hasta los enormes caballos fueron llevados de un lado a otro por la presión de las masas. Maldiciones y amenazas poco hacían para abrirles paso y avanzaban centímetro a centímetro. Gowain miró por encima del hombro a Aislinn, quien cabalgaba en una yegua más pequeña. La cabellera de la joven estaba cubierta por el capuchón de su manto, pero en su rostro no había señales de pánico. Ella aferraba las riendas con mano firme y segura.

Entonces, adelante, se elevó una explosión de llamas, y cuando la gente retrocedió asustada, un grupo de caballeros normandos fue empujado hacia ellos. Aislinn luchó para mantenerse en su silla cuando su montura tropezó y trató de no caer debajo de un caballo enorme que los empujaba y aplastaba contra la pared. Aislinn sintió que su caballo cedía bajo el peso del animal más grande y vio la amenaza que corrían ambos de ser pisoteados por los cascos.

Wulfgar se había levantado temprano y se había vestido con sus mejores galas para la coronación de Guillermo. Con cierta renuencia, dejó a un lado su gran espada y se ciñó a su costado una hoja más corta y liviana. Iba vestido de negro y rojo con adornos de oro y su alto cuerpo, de anchos hombros, y sus facciones bronceadas, resultaban ciertamente impresionantes. Sus ojos grises y su pelo descolorido por el sol se veían más claros contra su piel atezada.

Cuando se marchó de la casa, dejó a Milbourne y Beaufonte órdenes de que tuvieran a los hombres preparados y a su caballo ensillado, con su yelmo y su larga espada colgados del arzón. Si se presentaban problemas, ellos lo buscarían cerca de la escalinata de Westminster, porque a medida que se acercaba el momento, Guillermo temía que hubiese un conato de revuelta y quería que parte de sus fuerzas se mantuviesen alertas.

Wulfgar se puso a pocos metros más adentro del amplio portal de la catedral y presenció cómo el cuerpo alto y poderoso de Guillermo se inclinaba ante el obispo normando. Con lenta y solemne pompa, la ceremonia inglesa continuó. La corona descendió sobre la frente del duque normando y gritos de "Viva Guillermo" proferidos por los ingleses resonaron en la abadía. Wulfgar contempló todo con una sensación de alivio en el pecho. Esto era lo que habían luchado por conseguir. Guillermo, duque de Normandía, era proclamado rey de Inglaterra.

Súbitamente, desde el exterior llegaron gritos airados y Wulfgar salió a la puerta para investigar esta perturbación. De un tejado se elevaba una columna de humo y las multitudes de sajones luchaban con normandos armados, mientras estos últimos aplicaban teas encendidas a otros edificios. Wulfgar corrió desde la iglesia y se abrió camino hasta el caballero más cercano, quien luchaba contra la confusión.

—¿Qué sucede aquí? —preguntó.

El hombre se volvió, sorprendido.

-Escuchamos que los ingleses gritaban dentro de la catedral. Han atacado a Guillermo.

Wulfgar rugió.

-¡No ha sido eso, tontos! Sólo estaban vitoreándolo como saludo.

-Agitó el brazo hacia los soldados que portaban las antorchas.- Detened a esos tontos antes que incendien a toda Londres.

Milboume llevó dificultosamente los caballos, a través de la multitud, hasta donde estaba su señor, y Wulfgar saltó sobre la silla y condujo a sus hombres para detener a los normandos equivocados. Les arrancó a golpes las teas de sus manos y gritando que no había ninguna amenaza, logró contenerlos. Sin embargo, otros siguieron descontrolados. Wulfgar espoleó a su caballo y entonces, súbitamente, brotaron llamas rugientes del frente de una tienda y la gente se apartó del calor asustada y los aplastó, a él y a sus hombres, contra una pared, donde quedaron inmovilizados con otro grupo montado. El enorme caballo del normando embistió al animal más pequeño y Wulfgar luchó por controlarlo. Las patas delanteras del otro caballo se doblaron bajo la embestida y un grito femenino alertó a Wulfgar. El se inclinó hacia adelante en su silla, extendió un brazo con el que rodeó a una forma pequeña envuelta en un amplio manto y la arrebató de la silla, mientras el caballo más pequeño tropezaba y caía. El capuchón cayó descubriendo una cabellera cobriza cuando Wulfgar colocó a la joven delante de él, y un suave aroma a lavanda llegó a la nariz del normando.

“Aislinn”, suspiró él, creyéndose nuevamente en medio de otra fantasía.

El rostro se elevó hacia él, con unos ojos de color violeta agrandados por la sorpresa.

-¿Wulfgar?

Él sintió todo el impacto de la sorpresa cuando bajó la vista hacia ella, y comprendió que esta vez no se trataba de una ilusión. Se sintió tentado de besarla, de estrecharla contra su pecho en una agonía de deseo, pero, en cambio, preguntó:

-¿Te encuentras bien?

Aislinn asintió y se tranquilizó cuando sintió el brazo de él rodeándola y apretándola contra ese pecho sólido y vigoroso. Wulfgar miró a su alrededor y vio a Gowain, quien luchaba por adelantarse para llegar al caballo de ella antes que fuera pisoteado por los cascos del animal más grande. Después de haberlo conseguido, el joven volvió su mirada hacia Wulfgar, y pese alas dificultades del momento, sonrió.

-Milord, dijiste que la trajera rápidamente y así lo hice. Te la he entregado directamente en tu regazo.

Una sonrisa iluminó el rostro severo de Wulfgar.

-Así es, Gowain. Ahora pongamos a salvo a la dama y llevémosla de aquí.

Antes que pudieran hacer avanzar a sus caballos, un hombre corpulento, barbudo y toscamente vestido, agitó un puño hacia ellos.

-¡Cerdos normandos! -gritó el hombre.

Una col pasó a pocos centímetros de la frente de Wulfgar.

Wulfgar levantó un brazo para proteger a Aislinn mientras sus hombres formaban a su alrededor. Ella se aferró a la cintura de él y miró al furioso inglés.

-No temas, querida mía -rió por lo bajo Wulfgar-. Tendrán que matarnos a todos antes que puedan hacerte daño.

-Yo no temo -dijo Aislinn-. ¿Por qué iban a hacerme daño? Yo también soy inglesa.

Wulfgar rió suavemente.

-¿Crees que a ellos eso les importa mientras estés con nosotros?

La seguridad de Aislinn se disolvió en incertidumbre cuando un campesino cantó:

-¡Perra normanda, te acuestas con el cerdo! ¡Que tus orejas crezcan como las de un asno y tu nariz se llene de verrugas como la de un borracho!

El hombre terminó su maldición arrojándole una patata a la cabeza, pero el brazo de Wulfgar desvió el proyectil.

-¿Estás satisfecha ahora, mi valiente damisela? -preguntó Wulfgar, levantando las cejas en gesto burlón.

Aislinn tragó con dificultad y asintió. Wulfgar espoleó a su caballo y se adelantó, seguido de Gowain, Hlynn y el resto del grupo. Detrás de una muralla de grandes caballos de los caballeros-normandos, pudieron avanzar hasta que llegaron a la desembocadura de la callejuela que llevaba a la casa del mercader, y Wulfgar se detuvo y se volvió hacia Gowain.

-Lleva a la dama a nuestro alojamiento -rugió en tono autoritario-. Ponía a salvo y cuida que otros no incendien el lugar.

Antes de entregarla al joven caballero, Wulfgar levantó la cara de Aislinn hacia la de él y sus labios hambrientos se aplastaron contra los de ella en un beso feroz, apasionado, que terminó casi tan rápidamente como había empezado y que dejó a Aislinn sin aliento y mareada. Después la levantó y la pasó al otro, con una última mirada a sus rizos brillantes y su suave sonrisa, hizo girar a su caballo y se alejó por donde había venido.

Gowain entró con Aislinn en la mansión, atrancó la puerta tras de sí y puso guardias para contener a los celosos incendiarios, mientras Wulfgar trataba de calmar tanto a sajones como a normandos.

Por fin el ruido se redujo a un grave murmullo cuando la ciudad se entregó a interminables celebraciones y festejos por el día de Navidad, ya que no por la coronación de un nuevo rey.

La ansiedad de Wulfgar por volver al lado de Aislinn era incontenible. Sin embargo, sus obligaciones lo llevaron cada vez más lejos de ella. Cuando ya próxima la noche terminaron todas sus rondas y él, Beaufonte y Milboume emprendieron el regreso a la casa, suspiró aliviado, pero aun entonces comprobó que su tiempo no le pertenecía, porque él y los caballeros fueron llevados casi a la fuerza a una celebración, por un grupo de nobles alegres y entusiastas. Los hombres no aceptaron ninguna de sus excusas, sino que asintieron, todos de acuerdo, cuando uno del grupo dijo:

—Ciertamente, mi buen caballero, debéis ser honrado como soldado de Guillermo.

Wulfgar miró angustiado a Milboume, quien le devolvió la mirada con un gesto de compasión y se encogió de hombros.

—Se diría, milord, que estás atrapado -murmuró Milboume, acercándose—. Ellos podrían tomar a mal que no celebrases la coronación del duque.

Wulfgar gimió de desesperación.

—Tienes razón, por supuesto, Milboume —dijo—, pero eso no lo hace menos doloroso.

Beaufonte sonrió.

—Milord, ¿por qué no les dices que la más hermosa doncella de toda la cristiandad aguarda tu regreso? Podrían aceptar el pretexto.

—Sí —gruñó Wulfgar—. Y podrían seguirme hasta la casa para comprobarlo con sus propios ojos. —Rió tristemente.

De modo que los tres caballeros fueron agasajados, y comieron y bebieron, y mientras sus anfitriones se entregaban a elaborados y adornados relatos de sus hazañas, ellos se movieron inquietos en sus sillas. Fue contratado un grupo de juglares y el jolgorio se intensificó. La agitación de Wulfgar llegó al máximo cuando una bien dotada hembra sajona saltó sobre su regazo y atrajo el rostro de él contra sus pechos, reteniéndolo allí hasta que él casi se ahogó con el olor dulce y almizclado de ella. Sus anfitriones soltaron ruidosas risotadas cuando él trató de zafarse, y lo alentaron a gritos a que aprovechara la oportunidad de gozar con esa mujer.

—No encontraréis otra mejor para esta noche —dijo un conde-, Y tendréis una cabalgata placentera con esa yegua.

Milboume y Beaufonte disimularon sus sonrisas cuando Wulfgar se puso ceñudo y rechazó la invitación. Por fin, cuando pudieron desembarazarse de los indeseados anfitriones, Wulfgar gimió cuando vio sobre los tejados los primeros arreboles del amanecer. Pero se sintió más animado y alegre a medida que se fueron acercando a la casa del mercader. Allí dejaron sus monturas en el establo y subieron al salón. Mientras Milboume y Beaufonte se tendían en sus jergones, Wulfgar siguió hasta la escalera. Subió los escalones de a tres a la vez y las pisadas de sus zapatos finamente confeccionados marcaron la ansiedad de sus pasos. Sintió en sus oídos los latidos de su propio corazón y supo que su respiración estaba más agitada de lo que hubiera podido atribuirse a su rápido ascenso de la escalera.

Esperaba encontrar a Aislinn dormida y apenas despertándose en la cama. No le llevaría mucho tiempo despojarse de sus ropas y acostarse junto a ella. Pero cuando abrió la puerta de roble, se sintió al mismo tiempo decepcionado y sorprendido de encontrarla ya levantada y sentada en un banco, envuelta en un paño de seda. Hlynn estaba sujetándole el cabello en lo alto de la cabeza, con cintas, como preparación para un baño. Una gran tina de madera humeaba ya preparada cerca del hogar. Wulfgar entró, cerró la puerta tras de sí y se apoyó en ella. Aislinn se volvió y lo miró, mientras Hlynn retrocedía tímidamente.

—Buenos días, milord —dijo Aislinn con una sonrisa. Sus ojos de color violeta lo examinaron de pies a cabeza y brillaron intensamente—. Había empezado a temer que te hubiera sucedido algo.

Wulfgar comprendió que en todas sus visiones imaginarias no había visualizado a Aislinn tan hermosa como era en realidad. Se irguió y se quitó la capa.

—Perdóname, querida mía -sonrió—. Hubiera venido antes a tu lado, pero los problemas del día me tuvieron ocupado hasta que la noche pasó. Te ruego que no pienses demasiado mal de mí.

—No pienso mal —replicó ella, e inclinó la cabeza para que Hlynn terminara de sujetar unos últimos rizos-. Sé que estás lleno de obligaciones y no pensarías en divertirte en otra parte cuando yo he venido.

-Lo miró de soslayo.

Ella habló con voz dulce, pero lo observó atentamente cuando él se inclinó sobre la tina para salpicarse la cara y el pelo con agua; después, Wulfgar sacudió su melena, lanzando gotas hacia todos lados. Acercó una silla al lado de ella, se sentó y apoyó los pies en el banco donde Aislinn estaba sentada, mientras sus ojos buscaban las curvas que el paño le permitía ver. Su ardiente mirada pareció devorarla y Aislinn sintió su cercanía en cada una de las fibras de su cuerpo. La ferviente mirada de él hizo que la sangre de ella se encendiera y que su imaginación echara a volar. El recuerdo de sus caricias y de los juegos amorosos puso un color encendido en las mejillas de ella. Sin más vacilaciones, Aislinn trató de desviar los pensamientos del asunto que parecía imponerse en las mentes de ambos, sabiendo que ella era sumamente susceptible al magnetismo de él.

-Diría que la coronación de vuestro duque fue recibida con cierta insatisfacción, por la actitud de la muchedumbre en medio de la cual estuvimos ayer.

-Fue sólo un mal entendido.

-Y parece que la campiña está pacificada, porque cuando veníamos hacia aquí no tuvimos ninguna dificultad - repuso ella, y agregó, un poco más cortante-: Los ingleses han sido debidamente sojuzgados.

Wulfgar gruñó una respuesta ininteligible y dejó que la vista de los cabellos cobrizos de ella, enroscados prolijamente sobre ese cuello sin defectos, calmara sus cansados pensamientos. Se inclinó hacia adelante con intención de levantarse y plantar un beso en esa nuca tentadora y tomarla a ella en brazos, pero Aislinn se puso de pie, fue hacia la tina humeante y dijo, por sobre el hombro:

-El tiempo también estuvo muy agradable. Tuvimos un viaje placentero. Gowain parecía sumamente ansioso por llegar.

Wulfgar volvió a sentarse y sonrió, anticipando la visión del cuerpo reluciente cuando ella dejara caer el paño y se metiera en la tina. Sin embargo, se puso sombríamente ceñudo cuando Hlynn tomó la improvisada bata y la sostuvo en alto, tapándole la visión de Aislinn. Cuando por fin el paño fue bajado, Aislinn estaba sentada en la tina, profundamente sumergida, con sólo la cabeza asomando del agua. Esas facciones hermosas eran muy agradables de mirar, pero Wulfgar no se sentía satisfecho contemplando solamente la frente de ella.

Aislinn se volvió para elegir el jabón y los perfumes mientras Hlynn le ofrecía los frascos para que escogiera, y los probó a todos, hasta que se decidió por su favorito, uno de lavanda, un aroma suave, seductor, que parecía contener la frescura de una brisa primaveral. Lo hizo justamente a tiempo, porque ya Wulfgar había apoyado los pies en el suelo, impaciente e irritado por este interminable demorarse con los perfumes.

Las dos mujeres se sobresaltaron y lo miraron fijamente cuando él se levantó y dirigió a la pobre Hlynn una mirada amenazadora. Con una media sonrisa asomando de soslayo debajo de su ceño sombrío, él sostuvo la mirada de la muchachita con sus ojos de acero. Desprendió su cinturón y lo dejó sobre el banco con su espada. Levantó de sus hombros la corta túnica, se la quitó pasándola sobre su cabeza y la puso cuidadosamente sobre el cinturón. Sin apartar los ojos de los de Hlynn, empezó a desprenderse la camisa y también se quitó esa prenda. Los ojos de Hlynn se dilataron cuando él quedó sin nada más que las calzas. Cuando sus manos bajaron hasta la cintura y empezaron a trabajar para quitar las calzas, Hlynn adivinó su intención y huyó de la habitación.

Aislinn no pudo contener una carcajada cuando él fue a sentarse en un taburete, junto a la tina.

—Oh, Wulfgar, eres un bribón. Has asustado a la muchacha.

Él sonrió lentamente.

—Esa ha sido mi intención, querida mía.

Ella agrandó los ojos con fingido horror.

—En mi juventud, mi madre me advirtió que hombres groseros y atrevidos podrían aprovecharse de mi tierna persona, pero yo no creí que ellos existieran.

—¿Y ahora? —sonrió Wulfgar.

Aislinn le dirigió una mirada perversa y traviesa.

—Vaya, milord, ahora no tengo ninguna duda.

Wulfgar rió por lo bajo y sus ojos brillaron cuando la miró.

Ella se enjabonó abundantemente hombros y brazos con el jabón perfumado, un artículo que él había comprado especialmente para ella, aunque la rara pastilla le había costado una buena suma. Pero al observarla, decidió que el dinero estaba bien gastado. Su mirada bajó hasta donde el agua se agitaba suavemente alrededor de los pechos rosados de ella, ocultándolos, pero siempre prometiendo abrirse y mostrarlos en toda su espléndida madurez.

Wulfgar extendió una mano y pasó un dedo a lo largo de la delicada línea de la clavícula de ella, e hizo que los nervios de Aislinn vibraran con el placer que el contacto le producía. El se inclinó hacia delante para besarla en los labios, pero ella, que se sentía nerviosa y muy excitada por la atención de él, empezó a frotarse la cara.

—Ah, mujer, los fuegos del hogar, este invierno, no han logrado calentar vuestro corazón —dijo Wulfgar, con un suspiro.

Aislinn sonrió detrás del paño con que se frotaba, sintiéndose victoriosa por el momento. Había llegado a comprender que su voluntad era bastante débil cuando se trataba de él. Cuando bajó el paño, abrió grandes los ojos y medio se levantó para escapar pues, Wulfgar, desnudo y sin el menor asomo de pudor, se metió en la tina. Con una carcajada llena de picardía, él se hundió en el agua y la sentó sobre sus piernas. Sus brazos se cerraron alrededor de ella y la estrecharon con fuerza.

—Mi día y mi noche se malgastaron en tonterías interminables -dijo él con una sonrisa—. Y ahora voy a clavar mis dientes en bocados más apetitosos.

Se incorporó ligeramente y sus labios, desde hacía tanto tiempo hambrientos, la besaron en la boca con un ardor que casi la dejó sin sentido. Aislinn se aflojó contra él, sintiendo en su interior una mórbida calidez mientras le pasaba una mano detrás de su cuello y se rendía a su beso. Entonces, súbitamente, toda la actitud de ella cambió. Con un grito de furia se apartó, con los ojos relampagueantes de ira. Antes que Wulfgar pudiera moverse, el paño enjabonado se aplastó contra su cara y Aislinn, con una mueca vengativa, le hundió la cabeza debajo del agua. Una gran salpicadura y un pie contra el pecho de él, y ella escapó, libre.

Wulfgar se sentó, escupiendo espuma y luchando por quitarse el jabón de los ojos. Cuando pudo mirarla otra vez, ella estaba envuelta en su bata y lo miraba ceñuda y con ojos relampagueantes.

—¡Obligaciones! ¡Bah! —Sus labios temblaban de cólera.- Vaya, el hedor de la prostituta todavía se aterra a ti. En verdad, hueles más como una mujer de la calle que como un normando.

Wulfgar la miró, sorprendido por la súbita furia de ella, y entonces una visión fugaz de unos grandes pechos aplastados contra su cara y un olor sofocante y dulzón a almizcle pasó como un relámpago por su memoria, y comprendió el motivo de la furia de ella.

Con rápidos movimientos, Aislinn empezó a secarse, sin advertir que el paño mojado se adhería a su cuerpo y revelaba más de lo que cubría. Wulfgar se echó atrás para disfrutar del espectáculo y aprovechó la oportunidad para frotarse a fin de quitarse cualquier rastro de olor a almizcle que pudiera quedar en él. Se enjuagó y observó divertido cómo ella luchaba por sostener el paño en su lugar mientras trataba de pasarse la camisa sobre la cabeza. Cuando estaba a punto de conseguirlo, la voz de él sonó suave pero imperativa.

—No, amor mío.

Aislinn se volvió, exasperada, y él sostuvo calmosamente la mirada y después inclinó la cabeza en dirección a la cama. Ella golpeó el piso con el pie y gimió.

—Pero es de día y ya he dormido.

Él rió suavemente.

—Creo que no se trata de dormir -dijo.

Con un solo movimiento, se puso de pie, salió de la tina y tomó una toalla para secarse. Aislinn medio gritó, medio gimió y se agachó para levantar el paño a fin de poder huir. Ahogó una exclamación cuando se sintió aferrada y levantada por esos brazos con músculos de acero. La mirada de Wulfgar pareció hundirse en

la de ella, y por un largo momento permanecieron inmóviles, atrapados por la creciente excitación que se iba apoderando violentamente de ambos. Él la llevó a la cama que parecía esperarlos y la arrojó sobre ella. El paño cayó y Aislinn trató ansiosamente de cubrirse con las mantas que había a su alrededor, pero Wulfgar no se lo permitió. Le recorrió todo el cuerpo con una mirada larga y acariciante, se tendió junto a ella y la sujetó, mientras sus manos la tocaban donde querían y sus besos caían donde él quería que cayeran. Soltó con los dedos las cintas del cabello de ella y apretó su cara contra la suave y sedosa melena, aspirando la fresca fragancia que emanaba de los rizos de color cobrizo.

En la puerta hubo unos golpes leves y persistentes y la voz de Hlynn los interrumpió.

-¿Milady? ¿Estáis bien? He traído comida para el desayuno.

Hlynn contuvo el aliento cuando la puerta se abrió ante ella para mostrar a Wulfgar en toda su espléndida desnudez. Su boca se curvó en un silencioso "¡Oh!" y la bandeja le fue arrancada de las manos y la puerta cerróse violentamente en su cara antes que ella pudiera moverse. Wulfgar se quedó con la bandeja en las manos, escuchando las rápidas pisadas de unos pies que corrían por el pasillo, y que terminaron con el lejano cerrarse de una puerta y el ruido de una tranca colocada deprisa. Suspiró, se volvió, y caminó hasta una mesilla que estaba junto a la cama, donde depositó la bandeja. Aislinn se había metido debajo de los cobertores cuando se produjo la intromisión, y ahora estaba tapada hasta el mentón. Wulfgar se inclinó y ella le sonrió, vacilando, y le puso una mano en el pecho para mantenerlo a distancia.

-Wulfgar, aguarda -rogó ella-. Quiero tomar un bocado. Comamos.

Él meneó lentamente la cabeza, se deslizó al lado de ella y la abrazó.

-A su debido tiempo, querida -dijo, jadeando, en el oído de ella-. A su debido tiempo.

Acalló las protestas de ella en una forma que acabó con toda resistencia y pronto la idea de la comida desapareció de la mente de Aislinn. Su cabeza empezó a girar vertiginosamente con el fervor de las caricias de él y sintió que se debilitaba su voluntad, que toda ella se rendía. Luchó contra él, con intención de contenerlo, pero su decisión se debilitó aún más y la abandonó por completo cuando él la puso debajo. El ardiente fervor despertó deseos que ella casi no sabía que existían. Las noches frías, los sueños solitarios, ahora añadían combustible al fuego de su cerebro. Los besos de él la abrasaban y la dejaban jadeante, sin aliento. Oyó la voz de él en su oído, ronca e ininteligible, aunque con una urgencia que revelaba la necesidad y el deseo de Wulfgar. Su corazón tembló bajo la exigente pasión de él, que en lo más profundo de ella provocó una chispa que creció y creció hasta que pareció bañarla con ascuas ardientes. Un millar de soles estallaron dentro de ella y difundieron su creciente calor en oleadas que llegaron hasta los límites de sus sentidos. Con una exclamación, se incorporó contra él y sus ojos, dilatados, miraron sorprendidos los ojos grises inclinados sobre ella. Entonces, lentamente, se hundió en las almohadas mientras él la besaba en la boca y empezó a disolverse en una marea de placer, experimentando por primera vez todos los alcances del amor.

Aislinn despertó lentamente del éxtasis y enrojeció, pasmada por su propio abandono. ¿Dónde estaba la diferencia entre ella y las mujeres que él había tenido antes? Ella era blanda arcilla en sus manos, incapaz de conservar su dignidad y su orgullo, sin el coraje para detener la más leve insinuación de él.

Wulfgar la estrechó en sus brazos, le acarició el cabello y pasó los dedos a través de los suaves rizos que caían alrededor de ella, pero Aislinn se estremeció con un sollozo y él la miró, sorprendido.

—¿Aislinn?

Wulfgar se sentó y estiró una mano para atraerla, pero ella meneó enérgicamente la cabeza. Él dejó caer la mano, pero quedó mirándola con expresión de perplejidad. Ella estaba tendida de lado, con los cobertores sobre el pecho, y su esbelto cuerpo se estremecía con los sollozos.

—¿Te hice daño? —preguntó él suavemente.

—No es nada que tenga que ver con el dolor -murmuró ella, en tono de desamparo.

—Tú no llorabas así antes que yo me marchara. ¿Qué sucede? -Se inclinó sobre ella y le apartó unos rizos de la mejilla.- Cuéntame.

Ella le respondió con otro movimiento de cabeza y ninguna pregunta de él pudo obtener más que renovados sollozos. Wulfgar se tendió de espaldas y suspiró, completamente desconcertado con los hábitos de las mujeres. Sabía que ella había experimentado plenamente su virilidad, pero ahora lloraba como si le hubieran hecho una cosa mala. Después de un tiempo se calmó, y con dichosa misericordia, la noche que él

había pasado en vela se hizo sentir y el sueño se apoderó de él y aventó los problemas que acosaban su mente.

El sonido de la respiración de él se oía pesado y regular cuando Aislinn se sentó cuidadosamente en la cama y enjugó de su cara las últimas huellas de lágrimas. Abrazó fuertemente sus rodillas contra sus pechos desnudos y lo miró, dejando que sus ojos lo recorrieran de pies a cabeza como si ella tratara de grabarse en su memoria cada uno de los pequeños detalles de él. Su imposibilidad de contener su propia pasión cuando él no le daba ninguna señal de amor o de consideración, la turbaba intensamente. Su cuerpo obedecía más a la voluntad de él que a la suya propia, y solamente en momentos como éste, cuando él yacía agotado y dormido, ella tenía alguna leve ventaja. Rió tristemente de la idea. Vaya, si ni siquiera podía besar esa hermosa boca de él sin que los labios se curvarán en una sonrisa burlona.

Recorrió con ojos fascinados las facciones de él. El pelo leonado necesitaba un buen corte, pero ella no lo veía por eso menos magnífico. Había hombres, como Gowain, cuyas facciones eran tan finas y delicadas que casi se podía llamarlos hermosos. No era así con Wulfgar. La fuerza y el recio carácter de su rostro aumentaban su atractivo y lo hacían mucho más interesante que aquellos que parecían carecer de defectos.

Aliviada, Aislinn notó que en su cuerpo no había señales de nuevas heridas y que la cicatriz que ella había atendido estaba completamente curada y sólo quedaba una marca roja de la cauterización. Suavemente, lo cubrió con la manta para protegerlo del ligero frío de la habitación, después se apartó de su lado y salió de la cama. Se puso sus ropas y arrugó la frente disgustada con el vestido raído con que debía esperar que él despertara. Había empacado apresuradamente el terciopelo amarillo que él le enviara y lo había traído con ella, pero no tuvo tiempo de hacerse un vestido apropiado. Ahora no podía remediarlo y maldijo a Gwyneth por sus latrocinios. Tendría que arreglárselas lo mejor posible con lo que le quedaba. Después de llegar a esa conclusión, empezó a arreglarse el cabello. Eso era una cosa que Gwyneth no podía quitarle, y muchas veces, en Darkenwald, Wulfgar había permanecido sentado en silencio, contemplando cómo ella cepillaba y peinaba la esplendorosa melena hasta dejarla reluciente de belleza.

Recordó la mirada tierna, amorosa de él sobre su cuerpo y enrojeció cuando ese intenso recuerdo se le presentó tan vivamente como si otra vez él la tuviera en sus brazos. Suspiró anhelante, se acercó nuevamente a la cama y lo contempló. Le parecía imposible mantenerse fría ante las insinuaciones de él. Si hubiera podido ahogar el placer arrasador que la poseía en esas ocasiones, entonces, quizá, hubiese podido ser fiel a su determinación de no rendirse ni entregarse. Pero ahora, conciente de las nuevas alturas a las que podía llegar, temió que le resultaría aún más difícil mostrarse pasiva con él. Su mente no se aquietaba, sino que continuaba elaborando visiones e imaginando lo que podría suceder si por lo menos...

Fastidiada con ese incesante soñar, Aislinn se apartó bruscamente y se paseó por la habitación, admirando los ricos adornos del lugar. Después, cuando llegó junto a las ropas de él, prolijamente dobladas, se detuvo y sonrió para sí misma. El no tenía una gran variedad de ropas, pero lo poco que poseía estaba cuidadosamente elegido por su durabilidad y riqueza de la tela. Hasta la prenda más simple mostraba señales de constante cuidado y atención. Sus atuendos nunca se veían desparramados o manoseados, sino que o él los tenía puestos o estaban prolijamente guardados. Ni siquiera consigo mismo él era indulgente o extravagante. Quizá el haberse elevado de la nada le había enseñado frugalidad. Cualquiera que fuese la razón, según sus propias palabras, no era abiertamente generoso y debió haber cedido considerablemente para enviarle a ella el terciopelo amarillo. Quizá, después de todo, sentía algo de afecto por ella. Ah, ¿llegaría alguna vez a conocer la verdad acerca de lo que él sentía?

Wulfgar durmió poco tiempo y la mañana todavía era joven cuando se despertó y abandonó la cama. Se roció la cara con agua fría para eliminar el sueño y mientras se ponía la camisa y las medias observó detenidamente a Aislinn, sin perderse detalle. Ella enrojeció ligeramente y le resultó imposible dar una puntada adecuada en la camisa de él que estaba remendando, pues de pronto sintió sus dedos demasiado torpes para la costura. Cuando él estuvo vestido, ella volvió a serenarse, se puso de pie y le indicó a él que se sentara en un banco. Allí, con una hoja bien asentada, agua tibia y un poco del precioso jabón, le afeitó mejillas y mentón y emparejó prolijamente la línea de nacimiento del pelo descolorido por el sol. Él suspiró bajo las manos de ella y abrió los ojos para mirarla fijamente.

—He echado mucho de menos tus talentos, Aislinn -dijo con una sonrisa-. Sanhurst reemplaza mi barba con más cicatrices de lo que es mi deseo.

Ella rió ligeramente y apartó la mano de él que empezaba a tocarla.

—Vaya, milord, por lo menos podrías conservarme como tu lacayo.

Él gruñó.

—Desespero de encontrar un lacayo de formas tan tentadoras.-Suspiró y sonrió.— Pero, ciertamente, has dicho una cosa sensata.

—¡Ja! —replicó ella con petulancia, y le apoyó en el mentón la punta del cuchillo—. Juraría que Sanhurst protestaría airadamente si fuera usado como lo soy yo, y por la mezquina paga, podría muy bien abrirte la garganta. -Cortó un mechón de pelo y lo arrojó al fuego del hogar.

Wulfgar la miró de soslayo.

—Ten mucho cuidado con esa hoja, muchacha, pues no me gustaría quedar como los bárbaros del sur, con nada más que un mechón de pelo sobre mi nuca y el resto de la cabeza, brillante como un espejo.

—Lo tendrías bien merecido si te afeitara esa hermosa melena -replicó Aislinn. Hundió un paño en un tazón humeante y lo aplicó contra la cara de él, donde lo sostuvo pese a las protestas de Wulfgar—. Quizá, entonces, yo tendría menos viudas balando en la puerta de mi habitación.

La respuesta de Wulfgar se perdió entre los pliegues del paño caliente, pero cuando ella lo retiró de su cara, él volvió hacia ella un rostro enrojecido y un ojo amarillento.

—Creo que será mejor que siga haciéndome rasurar por Sanhurst.

Las carcajadas de ella resonaron en la habitación mientras se alejaba de él y le hacía una leve reverencia.

—Como gustéis, milord. Soy vuestra esclava y nada puedo hacer fuera de obedeceros.

—Está bien -replicó él, con algo de humor.

Wulfgar se levantó del banco, se puso su túnica y mientras se ceñía la espada corta, la miró levemente ceñudo al notar las ropas gastadas de ella.

—Me hubiera gustado verte vestida de terciopelo amarillo, Aislinn -dijo-. Parecía una tela alegre y brillante, y muy adecuada para tu color.

Ella bajó la vista y pasó sus manos delgadas por su raído vestido.

—Hubo poco tiempo para hacerme un vestido cuando Gowain fue a buscarme, Wulfgar, y antes que él llegara yo oculté la tela para ponerla a salvo.

—Me temo que te estás volviendo una vieja miserable, Aislinn -suspiró él, decepcionado—. Pero para cuando salgamos, ¿no tienes nada mejor que ponerte? —Levantó un pliegue de la capa de Aislinn que estaba colgada en un gancho de la pared e hizo una mueca cuando vio el ruedo deshilachado.— He visto tu cofre y creo que tienes mejores ropas que éstas. —Se volvió y la miró inquisitivamente.— ¿Qué buscas, que yo sienta compasión por tu estado?

Aislinn enrojeció intensamente y meneó rápidamente la cabeza, para negar esas palabras que le dolían.

—No, es sólo que en Darkenwald había otras personas más necesitadas que yo —dijo—. No vengo a traerte lamentaciones, pero mis medios son escasos y no pude reemplazar lo perdido, eso es todo.

Wulfgar la miró ceñudo pero Aislinn fue apresuradamente hasta donde estaba su pequeño equipaje y sacó el terciopelo amarillo.

—Pero mira, he traído la tela y me haré un vestido hermoso. Me llevará nada más que unos pocos días, Wulfgar.

Perturbado por la pobre apariencia de ella, él gruñó una amarga respuesta y después la tomó del brazo y la llevó al salón de abajo.

Cuando él apartaba una silla para Aislinn, Hlynn se apresuró a depositar una bandeja con carnes delante de ellos; luego, la muchachita miró vacilando a Wulfgar y se ruborizó intensamente. Sanhurst, que estaba en un rincón, se levantó para saludar la entrada de los dos-y enseguida volvió a su tarea de pulir la armadura, la espada larga y el yelmo de Wulfgar. El joven esforzábase por borrar del yelmo los últimos vestigios de una abolladura, pero sin dejar por ello de observar cautelosamente a su señor. Aislinn miró inquisitivamente al robusto joven, cuya cabeza y cara mostraban señales de un reciente corte de pelo y barba.

Wulfgar sonrió lentamente cuando vio la mirada de ella.

—Sanhurst —respondió a la no formulada pregunta.

Aislinn notó la expresión afanosa del hombre.

—Parece que lo has entrenado bien —dijo.

Wulfgar gruñó.

—Le había dado más valor del que tiene. Ahora ha recibido lo que se merecía.

Aislinn miró inquisitivamente a Wulfgar.

—¿Otro sajón sometido, milord? -preguntó.

Sus palabras despertaron una chispa de ira en el caballero normando.

-Aislinn, ¿vas a defender ante mí a este patán? ¡Maldita sea! Tratas de proteger a todos los bellacos y tontos que brotan del suelo inglés.

Ella abrió grandes los ojos, fingiendo inocencia.

-Vaya, Wulfgar, ¿acaso es necesaria mi protección, cuando los señores son los tan delicados y comprensivos normandos?

Wulfgar hizo rechinar los dientes y se controló con dificultad.

-Serías capaz de poner a prueba la paciencia de los santos, mujer. Pero debo tener en cuenta que eres sajona y, por lo tanto, estás de parte de ellos.

Aislinn se encogió de hombros.

-Sólo procuro lo que es justo, nada más.

-Y me condenas inmediatamente como injusto -replicó Wulfgar-. Pregunta a sir Milbourne acerca de mi indulgencia cuando este tonto cabeza de escarabajo huyó en medio de una batalla en vez de protegerme las espaldas. No he hecho nada más que reducir su condición de soldado a siervo, y se lo tiene bien merecido.

Aislinn unió las cejas en un gesto de ansiosa preocupación.

-¿Fuiste atacado, Wulfgar? No me lo habías contado. Yo no he visto nuevas cicatrices en...

Se interrumpió y enrojeció al comprender que no sólo Wulfgar estaba mirándola con intrigado interés, sino que los otros ocupantes de la habitación, incluidos varios de los soldados de él, se habían vuelto para mirarla fijamente.

-Quiero decir -tartamudeó, en repentina confusión-, que no has mencionado...

Wulfgar rió alegremente, nuevamente de buen humor, y después murmuró, sólo para los oídos de ella.

-No me molesta que te preocupes por mí, querida mía. Tu preocupación iguala a la que yo siento por ti.

Aislinn bajó la vista, incapaz de sostener la mirada burlona de él o de soportar el bochorno que sentía. Wulfgar le tomó una mano y la llevó a su regazo.

-No hay necesidad de que te avergüences, Aislinn -dijo con una sonrisa-. Ellos conocen tus habilidades para curar heridas y pensarán que ese es el motivo por el cual me ves las cicatrices.

Aislinn levantó la vista y vio que él le sonreía tiernamente.

-Sólo yo conozco la verdad -dijo él.

-¿Cómo? -Aislinn enarcó una ceja y sonrió.- Serías el último en enterarse.

Gowain se les unió y se sentó al lado de Wulfgar, quien empezó a acosar a Aislinn con preguntas acerca de Darkenwald y de cómo estaba Sweyn. El joven caballero escuchó con interés mientras bebía una copa de vino. En medio de las réplicas de ella, Gowain levantó su cáliz y lo olió con recelo, para enseguida adoptar una expresión de profundo desconcierto. Cuando miró a su alrededor, sus ojos se posaron en Wulfgar y se agrandaron. Se volvió, pero pronto su mirada cayó nuevamente en su señor. Una y otra vez desvió la vista, y cada vez terminó mirando nuevamente a Wulfgar, como si algo lo atrajera irresistiblemente, hasta que su extraña conducta picó la curiosidad de Wulfgar, quien preguntó, intrigado:

-¿Qué te sucede, Gowain? ¿Me han crecido cuernos de repente o estás por desmayarte por falta de sensatez?

-Perdonadme, Wulfgar -dijo Gowain rápidamente-. No pude dejar de notarlo. —El joven pareció sentirse cada vez más ansioso y se mordió el labio inferior, con expresión pensativa.— Sin embargo... no creo que el perfume de lavanda os siente bien, milord.

Wulfgar enarcó las cejas, sorprendido, y el estallido de hilaridad de Aislinn fue rápidamente ahogado tras la mano de ella. Enseguida Wulfgar comprendió lo humorístico de la situación, rió por lo bajo de sí mismo y miró a Gowain con ceño burlón.

-Cuando tengas edad suficiente y debas afeitaros la cara, muchacho, te pediré cuentas de esas palabras.

Cuando las risas cesaron, sir Gowain se inclinó hacia el oído de Wulfgar.

-Milord —susurró—. La que buscabais está abajo, en el establo. ¿Queréis verla ahora?

Con un guiño llamó la atención a Gowain y éste miró hacia donde Wulfgar le indicaba y vio que Aislinn los observaba con expresión intrigada, y con su hermosa frente contraída. Aislinn interrogó con la mirada a Wulfgar, quien se apresuró a calmar sus temores.

-No es nada que te concierna, Aislinn. Se trata, simplemente, de una compra que he estado tratando de realizar. Regresaré enseguida.

Le estrechó la mano antes de levantarse, pero la preocupación de Aislinn disminuyó muy poco cuando los dos hombres abandonaron el salón.

Wulfgar y Gowain entraron en los establos, y allí un mercader sujetaba a una yegua de un color y una estatura que Wulfgar admiró intensamente. Se acercó, pasó una mano por el flanco del animal, y sintió la fuerza y profundidad de su musculatura, observó las piernas rectas y los cascos sanos y fuertes. Era un animal rucio moteado, casi azul donde el pelo era oscuro y de un gris pálido donde era más claro. Tenía la frente gris, que se fundía suavemente en un morro oscuro que terminaba la cabeza finamente conformada. La sangre oriental era bien evidente, aunque tenía la corta estatura característica de los caballos ingleses. Ella aportaría fuerza y ligereza a su cría, pero a él le serviría mejor de otras maneras.

Wulfgar hizo una señal de asentimiento a Gowain y los dos se alejaron un poco. El mercader los observó codiciosamente cuando él contó las monedas necesarias, y después las cambió por un papel en el cual estaba minuciosamente anotado el linaje del hermoso animal. Cuando el mercader se marchó, los dos caballeros quedaron un momento más para admirar la criatura.

-Es un animal muy valioso —dijo Gowain—. La dama quedará complacida.

-Aja -repuso Wulfgar-. Pero a ella no le digas ni una palabra de esto. Reservaré la noticia para más tarde.

Cuando volvieron al salón, Aislinn se volvió, y al ver la sonrisa de satisfacción de Wulfgar, no quiso mencionar el asunto. Sin embargo, se le acercó, le puso una mano sobre el brazo y lo miró a los ojos.

-Nunca había estado en esta hermosa Londres, Wulfgar, y ansió contemplar el panorama. Podría salir de paseo esta tarde y... –aquí vaciló y sus mejillas enrojecieron, pero para hacerse un vestido adecuado necesitaba hilos y adornos y no tenía para procurárselos nada más que lo que él pudiera darle—... y quizá comprar dos o tres chucherías.

Wulfgar la miró un momento con el ceño fruncido y ella se puso de color escarlata cuando los ojos de él bajaron hacia el vestido gastado, pero eso no fue lo que más la avergonzó. Las palabras de Wulfgar le produjeron un dolor sordo en el pecho y una penosa tensión en la garganta.

-No -respondió él, algo fastidiado-. No es momento para que las mujeres salgan a pasear sin custodia. Yo mismo no tengo tiempo y no puedo enviar a mis hombres, porque ellos están recargados de obligaciones. Será mejor que pases el día aquí, detrás de estas sólidas puertas, y aguardes mi consentimiento.

Ella sólo pudo asentir obedientemente, decepcionada, y desvió la mirada cuando Gowain ofreció sus servicios, que fueron rápidamente rechazados con una mirada ceñuda de Wulfgar.

Wulfgar se echó la capa sobre los hombros y fue a los establos, dejando a Aislinn triste y desalentada.

Aislinn puso a Hlynn y a Sanhurst a trabajar para recoger la mesa y limpiar el salón, y lentamente se dirigió al gran dormitorio para ponerlo en orden. Estaba guardando sus escasas pertenencias cuando oyó el ruido de cascos sobre el empedrado. Era Wulfgar, que se marchaba.

Aislinn se sentó semiaturdida en un banco frente a la ventana y miró hacia el panorama de tejados, preguntándose cómo él podía usarla así, en contra de su voluntad, y enseguida arrojarla cruelmente fuera de su vida.

El sol subió en el cielo hasta llegar al cenit, pero una densa bruma cubría la ciudad cuando fueron encendidos los fuegos de turba para preparar la comida del mediodía. Aislinn tendió cuidadosamente sobre la cama la pieza de tela de brillante color amarillo, empuñó las tijeras y empezó a planear cómo sería el vestido. Sin cintas ni ribetes para adornarlo sería muy austero, pero con una aguja era muy habilidosa y estaba segura de que podría hacerse un vestido seductor si podía procurarse un poco de hilo.

Desde el salón le llegó sonido de voces y pensó que los hombres habían regresado para comer. Enseguida, las pisadas de Hlynn sonaron fuera de la puerta y poco después se la oyó llamar suavemente. Aislinn le ordenó que entrara y retrocedió sorprendida cuando toda una muchedumbre se precipitó en la habitación tras la muchacha. Hlynn rió tontamente, se encogió de hombros con expresión inocente y extendió las manos, como para negar toda complicidad en la invasión.

Eran sirvientes que portaban telas: terciopelos y sedas, linos y algodones; mujeres con tijeras, hilos, galones y pieles. Siguiendo a los demás, vino un atildado sastre que se inclinó ante ella en una profunda reverencia. El sastre le pidió que se subiera a un banco a fin de poder tomarle las medidas. Sacó un cordel en el que fue haciendo nudos, mientras daba detalladas instrucciones a las costureras. Aislinn sólo pudo detener al grupo cuando llegaron ante el terciopelo amarillo que ella había extendido sobre la cama. Allí se sentó, con el sastre, y describió, mientras él dibujaba, un vestido especial con anchas mangas abullonadas y un ceñido corpiño con el escote bajo para mostrar una pechera que harían con una seda amarillo claro que ella tenía. Eligió un cordoncillo de oro para adornarlo y se aseguró que se pondría un cuidado especial en la confección.

La habitación empezó a llenarse de rumores mientras las mujeres cortaban y cosían y los sirvientes extendían apresuradamente las telas y recogían los retazos que caían de las tijeras. Aislinn pasó de mano en mano, a medida que progresaba el trabajo, y a cada momento le pedían su aprobación. Había escarpines a medio terminar, que serían cosidos para adaptarlos a sus pies. Había tiras de pieles de zorro, visón y marta cebellina, para adornar abrigadamente cuellos y puños. Una prenda en particular le llamó la atención: una capa de rico terciopelo, forrada de pieles. El sastre, entusiasmado con su tarea, le sonreía a cada momento. Ciertamente, para él era raro tener que ejercer su oficio para una mujer de tan buena figura y con un señor tan generoso.

Promediaba la tarde cuando Wulfgar encontró una pequeña taberna que no estaba demasiado atestada, donde podría pasar el tiempo sin hacerse conspicuo. Se sentó ante un alegre fuego y observó cómo el tabernero le ponía delante una jarra de excelente vino y un cáliz para que se sirviera a su placer. Había terminado con sus obligaciones y le hubiera gustado regresar a la casa donde se alojaba, pero sabía que allí todavía estaría trabajando el sastre. Reprimió un estremecimiento cuando pensó en el precio y se sirvió otra copa. Pero maldición, no quería ver a Aislinn vestida con esos harapos con que había llegado. Reflexionó sobre las causas del lamentable estado de las ropas de ella y sintió que empezaba a encolerizarse y volvió a llenar su copa. Gwyneth, sin duda, pensó. Ella seguramente se había aprovechado durante su ausencia, y había procurado aumentar su guardarropa. ¿Pero los dineros que le había dejado? ¿Gastados tal vez en fruslerías? ¡Ah, las mujeres! ¿Sería posible comprenderlas alguna vez? Gwyneth, con una madre que la había amado y un padre legítimo, pero dotada del carácter de una víbora. ¿Por qué, cuando le habían dado todo lo que ella quería? ¿Qué demonio la poseía para que fuera tan malvada?

Mientras más bebía Wulfgar, más se apartaba su mente de su media hermana para volverse con ansiedad hacia Aislinn. ¿Qué mujer no estaría satisfecha con un regalo de ropas tan generoso? Los dineros gastados podrían serle de inmediato beneficio. Seguramente, con eso lograría que ella dejara de resistírsele y se arrojara a sus brazos voluntariamente, y no por obligación. Al imaginarla frente a él, su mente se demoro en la suavidad y la gracia de su cuerpo flexible y en su rostro perfecto. Nadie hubiera podido nombrar a una muchacha más hermosa y seductora. Pero él nunca había cuestionado su belleza. Ella era una entre muchas, pero la mejor de todas. No le hacía ninguna exigencia y, sin embargo, parecía vehemente en todo, menos en lo de complacerlo. Maldición, pensó, y vació su copa. Le he dado más que a cualquier otra mujer. Miró ceñudo el cáliz vacío. ¿Por qué ella seguía mostrándose fría? ¿Cuál era su juego? Otras, de posición mucho más elevada, hubieran venido ansiosamente hacia él. Pero ella mostrábase pasiva, indiferente hasta que él la despertaba y la sorprendía descuidada. Entonces entraba en un éxtasis de pasión, pero luego se retraía y no pedía más.

Golpeó la copa con fuerza contra la mesa, disgustado, y la lleno hasta el borde.

-Pero esto tiene que terminar -suspiró, y su confianza aumentó considerablemente-. Cualquiera que sea el precio, obtendré lo que deseo de ella.

Permaneció en silencio un largo momento, imaginándola con las ropas que le había comprado. El pensamiento lo animó, y vació la copa hasta el fondo. Se sirvió más, pero en la jarra ya quedaba muy poco apenas lo suficiente para llenar su copa hasta menos de la mitad, de modo que pidió un pellejo -entero de ese néctar maravilloso. Sentía el corazón ligero y alegre y estaba complacido con su propia generosidad, soñaba con lo -que deseaba y en su mente se sucedían visiones de rizos de oro rojizo en espléndido desorden sobre la almohada de seda, de suaves pechos apretados contra él y de pálidos brazos curvados alrededor de su cuello mientras los labios de ella respondían a los suyos.

Habían pasado muchas horas desde que entrara a la taberna y una sombra se proyectó sobre la mesa. Wulfgar levantó la vista y se encontró con el tabernero, de pie junto a él.

-Milord, ya es tarde —le recordó el hombre—. Y yo quiero atrancar la puerta. ¿Os quedaréis aquí a pasar la noche?

-No, no, buen hombre. Esta noche, más que nunca, dormiré en mi propia cama.

Wulfgar se puso de pie con cierta dificultad y cargó el pellejo de vino debajo de un brazo. Contó sus monedas hasta que el tabernero quedó satisfecho, después se dirigió, con paso lento, desde la taberna hasta donde estaba su caballo. El animal relinchó al sentir que se acercaba su amo pero quedó inmóvil como una roca mientras Wulfgar, después de varios intentos, quedó atravesado sobre la silla, y finalmente logró incorporarse y montar debidamente. Wulfgar espoleó a su montura y gritó fastidiado cuando el caballo no hizo ningún movimiento para obedecerle. Finalmente, el tabernero abrió la puerta nuevamente, desató las riendas del poste y las entregó al jinete. El hombre regresó a su taberna meneando la cabeza y murmurando para sí mismo, mientras Wulfgar le daba las gracias.

Ahora el caballo partió, e ignorando en la mayor parte del trayecto las indicaciones de su amo, encontró cautelosamente el camino hasta la casa y su abrigado establo.

Estaba todo oscuro en la casa y del río subía una niebla espesa. Aislinn, ahora sola, se abrazó a sí misma, transida de felicidad. Los ocho vestidos nuevos estaban cuidadosamente dispuestos frente a ella, sobre la cama, completamente terminados, y hubieran sido una delicia para cualquier mujer. Pero lo que a ella más la conmovía era la generosidad de Wulfgar. Se sentía abrumada por ello. Nunca, ni en un millar de años, hubiera esperado una cosa así de él. Eran vestidos lujosos, como los que hubiese podido llevar una gran dama. Y él los había comprado para ella, con los dineros que cuidaba tan bien.

Primero tomó el vestido amarillo y lo dobló cuidadosamente para guardarlo. Siguieron los otros, excepto uno de suave color melocotón, que se puso allí mismo. Hlynn le peinó cuidadosamente la larga (aboliera hasta dejarla resplandeciente, después hizo trenzas que sujetó con cintas y dispuso como una corona sobre la cabeza de su ama. Aislinn bajó al salón para aguardar el regreso de Wulfgar, y cuando entró, la estancia quedó silenciosa. El cambio sufrido por su apariencia era tan grande que los hombres quedaron atontados. Fue Milbourne, el viejo caballero, canoso, lleno de cicatrices, quien se levantó para ofrecerle el brazo y conducirla hasta una silla ante la mesa. Aislinn sonrió y le agradeció con una inclinación de cabeza, mientras sir Gowain tragó todo su ale y empezó a componer poemas elogiosos. Ninguno le pareció digno de ella, pero sus ojos resplandecían cálidamente cada vez que Aislinn miraba en su dirección.

Los hombres estaban encantados y Hlynn sonreía de placer al ver a estos normandos tropezándose con sus propias palabras para alabar a su ama. Hasta Sanhurst, en su rincón, cesó de frotar con sebo las botas de Wulfgar para quedarse mirando anhelante a Aislinn, con el mentón apoyado en una mano.

La comida fue tomada sin prisa y casi había terminado cuando Beaufonte levantó una mano para pedir silencio. Por las ventanas abiertas en un extremo del salón, llegó el sonido de lentas pisadas de cascos de caballo acompañado de una voz estentórea que entonaba canciones de amor y devoción. La maldición de un irritado ciudadano se oyó antes del fuerte golpe de la puerta del establo, al cerrarse. Todos enarcaron las cejas y Aislinn rió frívolamente cuando Gowain elevo los ojos al cielo en fingida angustia. La voz ahora se hacía más fuerte a medida que alguien subía la escalera con pasos inseguros. Sin ninguna ceremonia, Wulfgar irrumpió en la habitación sosteniendo en la mano un pellejo de vino medio vacío. Gritó y con un amplio ademán del brazo saludó a todos los presentes, enseguida se tambaleó pero logró conservar el equilibrio.

-Hola, buenos amigos y la más hermosa damisela -rugió, y sus pasos vacilantes lo llevaron hacia el centro de la estancia. Sus palabras salían confusamente, en una extraña mezcla de inglés y francés.

En la mente de Wulfgar, él se adelantó e hizo una graciosa reverencia delante de Aislinn cuando ella se levantó para saludarlo, y le tomó la mano y la besó gentilmente.

En realidad, sus pies parecieron enredársele al dar un paso hacia ella y muchos contuvieron el aliento, temiendo que cayera al suelo cuan largo era. Su mano tomó la de ella y él se tambaleó y su beso terminó más cerca del codo que de la mano. Se enderezó y sus ojos vagaron independientemente por la habitación hasta

que la enfocaron a ella. Aislinn nunca había visto a Wulfgar en ese estado. En realidad, siempre lo había tenido por abstemio.

-Milord -murmuró ella suavemente-. ¿Estás enfermo?

-No, querida mía. Estoy embriagado por esta belleza que estalla ante mis ojos y me deja jadeante en su radiante estela. De manera que te saludo. -Hizo un amplio ademán abarcando toda la habitación. A lady Aislinn -gritó-. La más hermosa mujer que haya adornado jamás la cama de un hombre.

Levantó bien alto su pellejo de vino y consiguió milagrosamente echarse un poco en la boca mientras Aislinn lo miraba, indignada por su rudeza. Wulfgar dejó a un lado el odre, tomó una mano de ella entre las suyas, se la llevó a los labios y murmuró, en su manera más romántica:

-Venid, amada mía, retirémonos por esta noche. ¡A la cama.!

Sonrió con voz alcoholizada dio las buenas noches a sus hombres, y al volverse, metió un pie en un cesto trenzado. Sólo después de varios minutos logró desembarazarse de ese estorbo, pero Sanhurst fue el único que tuvo el coraje de reír a carcajadas, aunque abundaron las toses ahogadas.

Wulfgar se irguió y echó una mirada indignada al jocoso sajón. Se acomodó la ropa. Con la majestuosa dignidad de su condición, erró el primer peldaño de la escalera y cayó cuan largo era. Aislinn suspiro, lo tomó de un brazo y llamó a Gowain, quien tratando de contener la risa tomó el otro brazo. Entre los dos, y después de varios intentos frustrados, lo llevaron escaleras arriba y lo introdujeron en el dormitorio donde él quedó sentado sobre el borde de la cama. Aislinn despidió al joven caballero, cerró la puerta y se volvió hacia Wulfgar. El se levanto V fue hacia ella, como dispuesto a abrazarla, pero ella se hizo a un lado y las capas colgadas detrás de la puerta quedaron entre los brazos de Ó! Un manto le cayó sobre la cabeza y él empezó a agitar los brazos para librarse de ese estorbo, hasta que Aislinn le tomó las manos.

-Quieto, Wulfgar. -La voz de ella adquirió un tono decididamente autoritario.-Quédate quieto, por favor.

Le quitó las capas de los brazos y de encima de la cabeza y lo sentó otra vez en el borde de la cama. Después volvió las prendas a su lugar Hecho eso, se plantó frente a él, con los brazos en jarras, y meneó la cabeza. Empezó a quitarle la ropa para sacársela por encima de la cabeza pero Wulfgar, con delicado cálculo, se levanto para echarle los brazos al cuello. Aislinn gritó, exasperada, lo empujo en el pecho y Wulfgar quedó nuevamente sentado. Esta vez, aguardó, porque le pareció que la joven obviamente, estaba ansiosa de acostarse con él.

Eludiendo las manos insistentes de él, Aislinn le quito los zapatos y las calzas, lo hizo acostarse de espaldas y lo cubrió con las mantas. Él la siguió con ojos ávidos cuando ella, frente al fuego del hogar, se quitó el vestido, lo dobló cuidadosamente y lo puso con los otros. Después, ella se soltó el cabello, sacudió la cabeza, se quitó la camisa y la puso a un lado; enseguida, se descalzó y se deslizo debajo de las mantas, donde quedó esperando la mano ávida de él, pero solo oyó un ronquido suave y regular. Aislinn rió por lo bajo y se acurruco contra ' el tibio costado de él. Finalmente, apoyó la cabeza en un hombro de Wulfgar y se dejó vencer, contenta, por el sueño.

Aislinn abrió los ojos bajo la brillante luz del sol que entraba por las ventanas. Habían dormido hasta desusadamente tarde, pero aun así algo la había despertado: un sonido extraño, como de un gemido, extrañamente apagado, que venía del rincón donde estaba la bacinilla. Rió para sí misma y se enroscó debajo de los cobertores. Hubo un sonido de salpicaduras de agua y enseguida la cama crujió cuando el peso de Wulfgar se desplomó sobre el colchón. Aislinn se volvió hacia él con un animoso saludo de buenos días en la punta de la lengua, pero no pronunció las palabras pues se encontró mirando fijamente la ancha espalda de él.

Aislinn se incorporó, se apoyó en un codo y tiró del hombro de él hasta que Wulfgar quedó boca arriba, con los ojos y los labios fuertemente apretados, y una palidez casi verdosa que se extendía sobre todo su pecho. Ella le cubrió la desnudez con una manta que apretó a su alrededor, y entonces levantó la vista y se encontró con los acerados ojos grises que la miraban desde lívidas manchas rojizas debajo de los párpados hinchados y azulados.

-Los postigos, Aislinn -suspiró él, señalando débilmente las ventanas-. Ciérralos. Esa luz me atraviesa con mil cuchillos.

Ella se levantó, se envolvió los hombros con una gruesa manta y oscureció la habitación para calmar el malestar de él. Se detuvo para añadir más leña al fuego y después, coquetamente, volvió a meterse en la

cama de un salto y se acurrucó contra él para calentarse. Wulfgar hizo rechinar los dientes cuando los movimientos de ella repercutieron en su cabeza.

-Despacio, amor mío, despacio -gimió-. Siento la cabeza del tamaño de un odre de vino y juro que el pellejo todavía está adherido a mi lengua.

-Pobre Wulfgar -murmuró ella, en tono de consuelo-. El vino hace mal cuando se lo toma en tan gran cantidad y las alegrías de la noche quedan completamente arruinadas por el malestar de la mañana.

Wulfgar suspiró y volvió la cabeza.

-Y yo estoy acostado con una filósofa -murmuró suavemente como hablando consigo mismo-. Quizá vuestros talentos incluyan algún remedio para el dolor de cabeza.

Aislinn se mordió la punta de los dedos y pensó un momento.

-Sí, pero la cura es casi tan desagradable como la enfermedad.

Él le tomó una mano y se la llevó a su frente afiebrada.

-Si sobrevivo a este día -prometió-, te recompensaré generosamente.

Ella asintió, se levantó de la cama y se envolvió con la manta Metió uno de los hierros del hogar entre las ascuas ardientes. Mientras el instrumento se calentaba, mezcló hierbas y una poción en una copa que enseguida llenó con vino que había en una jarra. Cuando el hierro estuvo al rojo, lo sumergió en la copa hasta que el líquido humeó. Se acercó a Wulfgar y le ofreció el brebaje con una sonrisa vacilante.

-Debes beberlo todo y de un solo golpe -le dijo.

Wulfgar se incorporó dificultosamente para aceptar la copa. La maloliente mixtura le hizo arrugar la nariz y su verdoso color pareció acobardarlo. Levantó los ojos en un mudo ruego, pero ella puso un dedo debajo de la copa y se la empujó firmemente hacia los labios.

-Todo y rápidamente -ordenó ella.

Él aspiró profundamente, contuvo el aliento, se llevó el cáliz a la boca y lo vació de golpe. Bajó la mano, dejó caer la cabeza y se estremeció mientras el amargo brebaje le llegaba al estómago Aislinn se apartó prudentemente. Hubo un pequeño ronquido que lo hizo incorporarse y enseguida otro, mientras sus ojos se dilataron. Wulfgar saltó de la cama, sin que le importara el frío, y corrió hasta donde estaba la bacinilla.

Aislinn trepó a la cama y se metió debajo de las mantas mientras él se retorcía espasmódicamente sobre el recipiente.

Tiempo después, cuando él regresó a su lado, ella enlazó las manos y le dirigió una mirada llena de inocencia. El se desplomó debajo de las mantas, demasiado débil para moverse.

-Eres malvada, mujer, pese a tus pocos años. Si vivo para salir de ésta, os haré exorcizar pos los monjes.

Aislinn se incorporó y le sonrió.

-¿Qué estás diciendo, Wulfgar? -le preguntó alegremente-. Como bien sabes, solamente un marido debidamente casado puede exorcizar a su esposa.

-Aaajjj -gimió Wulfgar, dolorido-. Me acosas hasta en mi hora de dolor, cuando me encuentro impotente, como atado a un potro, expuesto a vuestros hechizos.

Abrió los ojos y la miró. Su rostro ya tenía un aspecto y un color más saludables.

-Te hice beber nada más que un bálsamo limpiador -dijo ella, fingiéndose decepcionada-. Expulsados los venenos, te sentirás mucho mejor.

Wulfgar se tocó la cabeza con los dedos.

-Ya la siento casi normal y creo que podría devorarme mi caballo.

Puso otra almohada debajo de sus hombros y la miró más tiernamente.

-¿Estás complacida con los vestidos que el sastre ha hecho para ti Aislinn asintió feliz y sus rizos cobrizos se expandieron sobre la manta con que se cubría.

-Nunca había tenido ropas tan finas, Wulfgar. Muchas gracias por el obsequio. —Se inclinó y lo besó en una mejilla.— Los vestidos son dignos de una reina. —Lo miró a los ojos.— El precio debió de aligerar dolorosamente vuestra bolsa.

El se encogió de hombros con indiferencia y su mirada cayó donde la manta se separaba unos centímetros de los pechos de ella, pero Aislinn se sentó sobre sus talones al notar la mirada lasciva de él y frunció ligeramente el entrecejo.

—Pero me temo que los vestidos tendrán el mismo destino que los que yo tenía antes. Son demasiado hermosos para descuidarlos.

Wulfgar respondió con un gruñido y dijo:

—Yo me ocuparé de eso.

Aislinn se acostó nuevamente junto a él y se acurrucó contra su costado.

—¿Entonces son realmente míos? -preguntó—. ¿Para usarlos como yo quiera?

—Por supuesto. ¿Te haría regalos para después quitártelos? —preguntó él, mirándola por el rabillo del ojo.

Ella le rozó un hombro con su mejilla.

—¿Qué puede reclamar como suyo una esclava sin el permiso de su señor? —Suspiró, y enseguida rió ligeramente.— No dudo que soy la primera esclava a la que visten tan ricamente. No dudo que seré la envidia de muchas en Darkenwald. ¿Qué les dirás cuando te pregunten acerca de vestir tan lujosamente a una esclava?

Wulfgar soltó un resoplido.

—Sólo Gwyneth es tan imprudente como para atreverse a hacer semejantes preguntas. Pero lo que yo haga con mis dineros, sean abundantes o escasos, es asunto mío puesto que me los he ganado con mi trabajo. Si quisiera, podría dártelo todo y ella nada podría decirme. Nada le debo a ella, ni a ninguna otra mujer.

Aislinn le pasó un dedo por el pecho musculoso, siguiendo el trazo de la cicatriz que allí había.

—Entonces debo sentirme doblemente agradecida por vuestra generosidad, puesto que soy yo, después de todo, solamente una mujer.

Wulfgar se volvió de costado para mirarla de frente y le apartó un rizo del pecho.

—Tú vales más que todas las demás. La prueba es que ahora estás conmigo.

Aislinn encogió sus hermosos hombros.

—Pero todavía soy vuestra ramera y ese título no es una prueba de vuestro aprecio. ¿Qué soy yo para ti que ya no hayan sido otras mujeres? Soy lo mismo, nada más.

Él rió despectivamente.

—¿Crees que yo abriría mi bolsa con tanta liberalidad por otra mujer, aunque fuera para cubrir su desnudez? Ya te he dicho cuáles son mis sentimientos hacia el bello sexo. Siéntete honrada con que te coloque por encima de las demás.

-Pero, Wulfgar -murmuró ella suavemente-. ¿Dónde está la diferencia? ¿En este regalo que me haces? A los ojos de los demás, yo soy eso, y no otra cosa.

El se inclinó sobre los labios de ella.

-Nada me importa lo que digan otras lenguas o piensen otras mentes -dijo y la besó, silenciando cualquier otra palabra que ella hubiese querido pronunciar.

No pudo resistir la tentación de pasar una mano por esa espalda delicadamente curvada y apoyarla en una cadera generosa, pero Aislinn se mordió el labio y se estremeció cuando los dedos de él tocaron el punto doloroso que quedaba del golpe del látigo de Gwyneth. Wulfgar se puso ceñudo, la sujetó y levantó la manta. Así descubrió la fea marca que se curvaba sobre la cadera y la nalga de ella. Aislinn casi pudo sentir cómo crecía la cólera de él.

-¿Qué es esto? —preguntó él perentoriamente.

-Un golpe, nada más, Wulfgar -respondió ella débilmente-. Me caí y...

Él la interrumpió, se puso de rodillas sobre la cama y la aferró de los hombros.

-Aislinn, me tomas por un tonto. —Habló con suavidad, pero escupiendo las palabras, como si las sintiera amargas en su boca.— Sé distinguir la marca de un látigo cuando la veo.

Los ojos de ella se llenaron de lágrimas.

-Me haces daño, Wulfgar. —Cuando él aflojó un poco, ella le puso una mano en el pecho.- No es nada. -Sacudió vigorosamente la cabeza.- Una pequeña pelea que ya pasó. -Frotó su mano contra el pecho de él y murmuró, suavemente: -Sanará y con el tiempo desaparecerá, pero las palabras rencorosas-jamás desaparecen del todo. Te ruego que no hables más. Ya pasó.

Se apartó de él, abandonó la cama y empezó a vestirse, mientras él la miraba, ceñudo e intrigado. Nunca dejaba de encontrar en ella nuevos motivos para el asombro. Fuerza, belleza, sabiduría, comprensión cuando ni él mismo podía entender sus estados de ánimo.

Un impulso de ternura creció dentro de él, un ansia de abrazarla y no dejar que el mundo volviera a lastimarla. Rápidamente reprimió este sentimiento.

¡Bah, mujeres!, pensó. Siempre buscando ablandar los corazones. Él no tenía necesidad de debilidades ni de bocas parlanchinas que procuraran doblegarlo.

Se levantó y se maravilló de su recuperación.

-De veras, querida mía, vuestra medicina me ha hecho mucho bien. Pero ven, salgamos a ver cómo está el día. Hay una feria de Navidad y podrás contemplar la ciudad como deseabas.

La estrechó fuertemente en sus brazos, la besó en la frente y en los labios y le sonrió.

-O mejor aún -murmuró roncamente-, dejaré que Londres te contemple.

15

El sol matinal había librado a las calles de la ciudad de las brumas de la madrugada cuando cuatro caballeros y una hermosa joven abandonaron la residencia del mercader y se entregaron a un lento paseo por la ciudad que despertaba. Pronto llegaron a una calle ancha, donde las gentes de la ciudad habían levantado sus puestos de feria y trataban de atraer la atención de los señores y las damas con sus voces estridentes. Había mimos y actores, algunos con máscaras talladas, que competían entre ellos por ganarse un público y recitaban versos con bromas groseras. Había grupos de acróbatas que saltaban en el aire desde trampolines. Había vendedores de golosinas, de vinos y de toda clase de comestibles. Había también ladrones y descuidistas, y timadores que ocultaban un garbanzo debajo de una de varias cáscaras de nuez y trataban de confundir al ojo.

La risa de Aislinn sonaba alegremente y los cuatro caballeros normandos la escoltaban entre la muchedumbre que se hacía cada vez más numerosa. Jóvenes muchachos enamoradizos la seguían tratando de echar otro vistazo más a ese rostro encantador, y si se acercaban demasiado, se encontraban con la mirada ceñuda de uno de los caballeros que les llevaba una cabeza.

Siguieron paseando, y deteniéndose cuando alguna curiosidad o chuchería llamaba la atención de la dama. Aislinn pronto comprobó que le bastaba expresar su admiración por cualquier fruslería para que la misma fuera comprada por uno de sus cuatro acompañantes. Fue Beaufonte quien la vio levantar un espejo de plata y corrió a su lado para comprarlo y ponérselo en la mano. Ella nunca había visto un espejo como ése y le agradeció sinceramente. Pero en adelante se mostró cautelosa en exhibir interés en esas mercaderías.

Los comentarios sutiles e ingeniosos de sir Gowain eran recibidos por ella con risas de placer, y el humor ácido de Wulfgar aumentaba la diversión. Beaufonte, un hombre generalmente silencioso, se reía del juego de los otros mientras Milbourne festejaba ruidosamente y repetía las bromas retozonas de Gowain.

El día estaba bien avanzado cuando Aislinn tiró de una manga a Wulfgar y le rogó que la sacara de entre esa apretada multitud. Buscaron una calle lateral y pronto encontraron su alojamiento, donde Hlynn los aguardaba con una apetitosa comida. En ausencia de ellos había llegado un mensajero de Guillermo con la orden de que todos los lores y caballeros se hicieran presentes en la misa de Navidad ofrecida por el rey, seguida por la presentación en la corte y un banquete. Aislinn sintió que se desvanecían sus esperanzas, porque había pensado pasar otro día con Wulfgar antes que interfiriesen las obligaciones de él.

Cuando fue recogida la mesa, permanecieron un rato alrededor del cálido hogar antes de ir a sus camas en preparación para el largo día que les esperaba. Aislinn se vio nuevamente objeto de la atención de Wulfgar cuando él despidió bruscamente a Hlynn, y con dedos ansiosos empezó él mismo a desprenderle las ropas. Después fue levantada en brazos y depositada sobre la gran cama, pero ese normando sintióse amargamente decepcionado al comprobar que todavía no había alcanzado a pagar el precio de la buena voluntad de ella, porque aunque Aislinn conoció otra vez las cimas del placer, después, él quedóse con la vista clavada en el techo mientras ella, a su lado, sollozaba contra la almohada.

Aislinn se sentó sobre la cama con las rodillas levantadas debajo del mentón y observó a Wulfgar mientras él preparaba la ropa que se pondría ese día. Nuevamente eligió los colores rojo y negro. Después llamó a Sanhurst para que le preparara un baño, y por deferencia a Gowain, añadió unas gotas de sándalo para borrar los restos de lavando que pudieran persistir adheridos a su piel.

Aislinn se rió de esta última precaución.

-Si quieres compartir nuevamente mi baño, milord -dijo en medio de sus carcajadas-, te dejaré la elección de perfumes.

Él gruñó, se metió en la tina humeante y empezó a lavarse.

-¿Regresarás muy tarde esta noche, Wulfgar? -preguntó Aislinn con cierta vacilación-. ¿O debo esperar tu regreso para cenar?

Él apartó el paño de su cara y la miró fijamente.

-Mis hombres cenarán cuando les plazca, pero como yo conozco estas ceremonias, probablemente no regresaremos hasta muy tarde.

Aislinn suspiró decepcionada.

-El día será muy largo sin ti, Wulfgar.

Él rió por lo bajo.

-El día, sin duda, será largo, dulzura mía, pero tú lo pasaras a mi lado.

Aislinn ahogó una exclamación y saltó de la cama. Su cabellera cayó alrededor de su desnudez en resplandeciente desorden. Al notar la mirada admirativa de Wulfgar, agarró una manta para cubrirse y así protegida, se acercó a la tina.

-Pero, Wulfgar, yo soy sajona. Mi lugar no está allí.

Él siguió frotándose el pecho.

-Tu lugar está donde yo decida que esté. Habrá sajones allí. -Sonrió lentamente y la miró a los ojos.- Aunque, para ser sinceros, la lealtad de ellos no es como la tuya. Confío en que sabrás conducirte con un poco de discreción. No eres una doncella tonta y puedes contener tu lengua cuando sea necesario. En cuanto a que eres una enemiga –la miró con expresión burlona-, yo me atrevería a jurar que nunca un enemigo me había proporcionado tanto placer.

Aislinn enrojeció.

-Eres un malvado -replicó con impaciencia.

Wulfgar echó la cabeza atrás y estalló en carcajadas, pero Aislinn giró sobre sus talones y se alejó de la tina.

-Nunca he estado en la corte -dijo ella- Podría avergonzarte.

Él sonrió y la miró con ojos voraces.

-La corte inglesa está demasiado poblada de robustas damas sajonas y parece que las he conocido a todas, desde la jovencita que ríe tontamente hasta la solterona de rostro agriado, y he debido soportar que se abalanzaran sobre mí por no estar con una mujer colgada de mi brazo. ¿Avergonzarme? No. A ellas les hará bien conocer cuáles son mis gustos.

-Pero Wulfgar -suspiró ella, exasperada-. Toda la nobleza, y el mismo Guillermo estarán allí para ver... yo no tengo una acompañante adecuada. Ellos se darán cuenta de que soy tu querida.

Él resopló despectivamente.

-¿Porque no tendrás una dama que vigile cada uno de tus movimientos? -Sus ojos le sonrieron.- Podría decir que eres mi hermana. -Se enjabonó las manos y meneó la cabeza.- No, eso no serviría. Ellos pensarían mal cuando yo te mirase y seríamos acusados de un pecado más grave. No, será mejor que soportemos sus miradas de curiosidad y no digamos nada de nuestra situación.

Aislinn gimió y lo intentó otra vez.

-Wulfgar, yo podría soportar la espera aquí...

-Pero yo no. No quiero oír hablar más de eso -replicó con severidad—. Prepárate.

Por el tono de él, Aislinn supo que no cedería en este asunto, y súbitamente presa de pánico, comprendió que estaba perdiendo un tiempo precioso tratando de disuadirlo. Voló hasta la puerta la abrió de un tirón y llamó a Hlynn. Wulfgar se hundió más en la tina cuando la muchacha acudió al llamado. Observó divertido mientras las dos mujeres corrían por toda la habitación sacando lo que se pondría Aislinn y planeando un peinado elegante para su cabello. Finalmente, consiguió que Aislinn lo mirara a los ojos.

-Querida mía, no querría asustar a la joven Hlynn, pero me temo que si yo me levantase ella arrancaría la puerta de sus goznes en su prisa por escapar. El agua se enfría y estoy empezando a entumecerme ¿Podrías darme un momento para terminar con este baño?

Aislinn despachó a la jovencita con un recado, y Wulfgar con alivio considerable, salió de la tina y empezó a vestirse mientras Aislinn empezaba a peinarse.

-Querría que hoy luzcas tu vestido amarillo, Aislinn -dijo Wulfgar por encima de su hombro-. Ese vestido te sienta espléndidamente.

-Te ruego que me disculpes, milord -respondió ella, y esperó mientras él la miraba inquisitivamente-. Preferiría reservar ese vestido para otra ocasión.

Wulfgar pareció un poco intrigado.

-¿Qué ocasión es más importante que conocer a un rey?

Ella sonrió seductoramente y se encogió de hombros con expresión de inocencia.

-No me atrevo a decírtelo Wulfgar, ¿Pero no me dejaste en libertad de elegir cuándo usaría mis vestidos?

Él asintió.

-Es verdad, pero ese vestido y ese color te sientan muy bien.

Ella se levantó, fue hasta él, le puso las manos sobre el pecho y lo miro a los ojos.

-Hay otro vestido que puedo ponerme, y es un vestido muy rico.

Los ojos violetas lo miraron en un ruego silencioso. Wulfgar quedó deslumbrado por la belleza de esos ojos y le resultó difícil recordar el motivo de la discusión. Aislinn le acarició suavemente el pecho y aguardo la respuesta. El sólo pudo emitir un suspiro de sumisión.

-Escoge el que te guste más.

Aislinn le echó los brazos al cuello y lo besó en la mejilla, entre efusivos agradecimientos. Wulfgar se apartó, ceñudo. Pero momentos después, cuando ella se presentó frente a él soberbiamente ataviada, él juró en silencio que nunca más intervendría en la elección de su ropa.

El atuendo era de una rica tela de color crema, y alrededor del cuello y de las largas mangas flotantes tenía como adorno una trencilla de seda sembrada de perlas diminutas. El cinturón de delicados eslabones de oro le ceñía las caderas, con la daga enjoyada y su vaina en su lugar. El cabello había sido peinado hacia arriba en una forma intrincada y sujeto con finas cintas sembradas de delicadas florecillas de seda blanca. Su rostro resplandecía y sus ojos, bordeados por las pestañas negras, tenían un color violeta claro y luminoso.

Wulfgar no pudo recordar haber visto una joven tan hermosa en todas sus andanzas. Por un momento se sintió preocupado al recordar que Ragnor estaría allí, y se preguntó qué les tendría reservado el día. Quizá sería más prudente no llevarla a la corte, pero la idea de pasar largas horas separado de ella no le atrajo. Tuvo que admitir para sí mismo que disfrutaba de su compañía y que con ella no se aburría, como le sucedía con otras mujeres cuando no estaba en la cama con ellas. La razón que tenía para llevarla consigo era puramente egoísta. El nunca se sentía enteramente cómodo en la corte. Los lamentos y quejas de gordas esposas, los lores traicioneros y ambiciosos, los ojos voraces de las mujeres que querían hacer cornudos a sus maridos le daban motivo para estar siempre en guardia. El se sentía mas a sus anchas en un campo de batana, donde sabía quién era su enemigo y podía enfrentarlo cara a cara. Con la presencia de Aislinn a su lado, podría pasar el día agradablemente y soportar la monotonía de la larga misa.

Ante el continuado silencio de Wulfgar, Aislinn caminó en círculo alrededor de él, con los brazos separados del cuerpo.

-¿Estás satisfecho con mi apariencia, milord? -pregunto.

No alcanzó a ver el fulgor de los ojos de él y cuando al fin lo miró a la cara, sólo encontró una expresión sardónica. Él cruzo los brazos sobre el pecho y sonrió.

-¿Tratas de arrancarme palabras de alabanza, querida mía?

Aislinn hizo un mohín.

-Eres hiriente con tus palabras -lo acusó, y enseguida rió regocijada, giró sobre sus talones y por encima del hombro lo miro de pies a cabeza, con expresión traviesa-. Pero yo soy más generosa, milord. Ciertamente, estás muy guapo. No me asombra que te veas acosado por las viudas y las muchachas que ríen tontamente.

Ciertamente, la misa fue larga y cansadora. Se arrodillaron, se incorporaron y volvieron a arrodillarse cada vez que el arzobispo iniciaba otra plegaria. La mirada de Wulfgar iba repetidamente hacia Aislinn. La serenidad de las finas manos de ella unidas en oración le resultaba reconfortante y calmante para sus pensamientos. Ella estaba junto a él, silenciosa, sin quejarse, y solamente levantaba la cabeza cuando terminaba una plegaria y la inclinaba obedientemente cuando comenzaba otra. Cuando él le tendió una mano para ayudarla a que se pusiera de pie, ella le dirigió una mirada que irradiaba calidez y suavidad.

Wulfgar se maravilló ante la gracia y la resistencia de Aislinn cuando, más tarde, en el salón del trono del castillo, fueron empujados hacia un rincón por nobles de alto rango que procuraban ser presentados. Sus compañeros de dos noches atrás hicieron a un lado a los demás, y con un gran despliegue de amabilidad, palmearon a Wulfgar en la espalda mientras sus ojos iban mayormente hacia Aislinn. Con suma paciencia, Wulfgar se los presentó a todos y mantuvo una expresión estoica cuando ellos, como al descuido, señalaron su amistad con Guillermo, como si quisieran distinguirse del caballero bastardo que estaba junto a ella. Aislinn retiró gentilmente la mano si ellos se la retenían demasiado tiempo y respondió a sus preguntas con

cortesía, pero en evasivas tan hábiles que sólo Wulfgar supo que ella no lo decía todo. Sonrió para sí mismo y supo que ella sería capaz de desenvolverse con soltura en cualquier corte, hasta en la de Guillermo.

La evasiva dignidad de ella pareció despertar aún más el interés de los celosos normandos, y muchos creyeron que obtendrían los favores de ella adoptando aires majestuosos. Por fin, con alivio considerable, Wulfgar oyó una orden de atención cuando entró el rey y supo que pronto serían presentados al soberano los caballeros y los miembros de la nobleza. En su rincón, Wulfgar sintió que la mano delgada de Aislinn se deslizaba en la de él, bajó la vista hacia ella y encontró los ojos radiantes de color violeta clavados en los suyos. Por un momento la miró fijamente, deseando decirle alguna palabra amable de alabanza por su prudencia para tratar a sus connacionales normandos, pero comprobó que su habitual reserva con las mujeres no le facilitaba las cosas. En cambio, sonrió tímidamente y le apretó la mano. Aislinn lo miró con cierta preocupación.

-Milord, ¿estás disgustado por algo o es que no me encuentras de tu agrado?

Él rió por lo bajo.

-No, querida mía, no estoy disgustado por nada y te encuentro muy de mi agrado.

Aislinn sonrió aliviada.

-No deberías ponerte tan ceñudo cuando estás pensativo, Wulfgar. Si yo fuera una joven menos animosa, me habrías asustado.

-Ah, milady -suspiró él-. Si fueras de un carácter más suave, quizá vendrías a mi cama mejor dispuesta.

Aislinn enrojeció y miró rápidamente a su alrededor para ver si otros oídos podían haber escuchado las palabras de él. No encontró a nadie que pareciera haberlo hecho y sonrió dulcemente a Wulfgar.

-Vaya, milord, es necesaria toda mi perseverancia para aceptar mansamente tus violaciones. No sería descabellado que debieras sentir toda la fuerza de mi ira por ser tan maltratada por ti.

Él le estrechó la mano nuevamente.

-No eres tan maltratada -replicó él, y la miró con risa en los ojos-, ¿Qué joven inglesa ha sido tan bien tratada por su señor normando? Debes admitir que esto es mejor que estar encadenada a los pies de mi cama.

Aislinn se encogió de hombros y con sus dedos enderezó su corta capa de terciopelo.

-Por lo menos, entonces no me deshonrabas.

Wulfgar sonrió, imperturbable.

-Yo no te deshonro ahora. En verdad, te honro por encima de todas las otras mujeres. ¿Acaso ves a otra tomada de mi brazo o vestida con ropas compradas con mi dinero? Por esos dineros yo he tenido que sudar, y hubiera dado mi vida si el enemigo hubiese sido el mejor. Te trato con bondad. No te obligo a trabajar ni a arar la tierra. Ocupas un lugar junto a mí, como si fueses mi dama. Y hay solamente una pequeña diferencia y es que no he formulado votos que me aten para siempre.

Aislinn abrió la boca para replicar, pero el llamado para la presentación de otro caballero a quien ella conocía la hizo sobresaltarse. Inmediatamente lo vio, y cuando su mirada se posó en él, Ragnor de Marte sonrió y la saludó, y ella supo que él había estado observándola todo el tiempo. De Marte parecía confiado y seguro de sí mismo cuando la miró de arriba abajo, y las mejillas de Aislinn enrojecieron cuando ella se sintió despojada de sus ropas. Bruscamente le volvió la espalda y miró a Wulfgar, quien observaba tranquilamente al otro.

-No me dijiste que Ragnor estaría aquí -dijo ella.

Wulfgar bajó la mirada hacia el rostro encendido de ella.

-Debes aprender, querida mía, que es mejor enfrentar cara a cara a Ragnor dondequiera que esté que dejar que te tome por sorpresa. Esta pequeña precaución elimina el peligro de una daga clavada por la espalda.

-Y deja mi pecho desnudo ante su espada -replicó Aislinn con sarcasmo.

Wulfgar sonrió.

-No temas, amada mía. No creo que llegues a sentir ese agudo instrumento contra tu hermoso pecho. El no es tan tonto.

-Eso sería el daño menor que él podría hacerme -dijo ella, con malicia.

Wulfgar la miró, dubitativo, pero ella se volvió para mirar la breve ceremonia, que parecía rígida y formal, desprovista de calidez. Guillermo tenía un cuerpo imponente, tan alto como Wulfgar pero mucho más grueso. Las ropas de ceremonia le daban una apariencia maciza, y cuando Ragnor se arrodilló frente a

él, pareció disminuido y pequeño. Los ojos de águila de Guillermo observaron al caballero hasta que éste se levantó y después aceptó el saludo de Ragnor con una breve inclinación de cabeza. Lo mismo que con muchos de los nobles que precedieron a Ragnor, Guillermo mantuvo una expresión severa, sin dar señales de amistad o camaradería. Sin embargo, Aislinn notó algo sutilmente diferente, cuando, momento más tarde, Wulfgar se aproximó. Guillermo pareció aflojarse en su asiento y su continente austero se suavizó un poco. Si Guillermo sentía cierto favoritismo por este caballero no lo dejaba ver, tanto por su propio bien como por el de Wulfgar. Aislinn se sintió transida por una cálida corriente de orgullo cuando vio a Wulfgar inclinarse ante su rey y sus ojos ya no fueron más para Guillermo.

Aislinn notó el interés despertado entre las mujeres sajonas por este alto caballero normando y las cabezas unidas y los murmullos que siguieron. Cuando regresó junto a ella, Wulfgar no pareció advertir la atención que provocaba y le tomó nuevamente la mano, sin preocuparse de las miradas dirigidas a ellos, ahora tanto de las mujeres como de los hombres.

-Ah, milord, parece que has conquistado unos cuantos corazones enamorados más -comentó Aislinn-. ¿Es así como te has procurado tantas amantes?

Wulfgar rió ligeramente, como si ella hubiera hecho un chiste.

-Tú eres la primera que tengo, amor mío. Con las otras he pasado una o dos noches, nada más. -Le besó la mano, y para beneficio de los curiosos, mantuvo en su rostro una tierna sonrisa.- Pero me he hecho tanto a la costumbre que me maravillo por no haberla probado antes.

Aislinn sonrió dulcemente pero habló con los dientes apretados.

-No dudo que en la corte normanda había tantas que tenías dificultad para elegir. -Consciente de las miradas de curiosidad que no se apartaban de ellos, aleteó las pestañas como una tímida doncella.- Allí debiste estar tan ocupado, que mi rostro vulgar no hubiera merecido tu atención. Oh, si las cosas hubiesen sido así en Darkenwald.

Wulfgar se llevó la mano de ella a sus labios pero susurró:

-Tened cuidado, querida mía, la cadena aún sigue a los pies de la cama.

Aislinn rió y murmuró, suavemente:

-No tengo miedo, Wulfgar. Tú no podrías soportar que esos fríos hierros te lastimen las piernas durante la noche.

-Es verdad, por supuesto -dijo él, riendo, y rindiéndose al argumentó de ella-. Preferiría que fueras una amante dispuesta y no una esclava apaleada.

Ahora con expresión más seria, Aislinn lo miró a los ojos mientras replicaba.

-¿Dispuesta? Aún no has dicho el precio. Sin embargo, creo que jamás sería una esclava apaleada.

Wulfgar la miró a los ojos y sintió un fuerte deseo de tomarla en sus brazos y besarla pese a las miradas dirigidas a ellos, pero una voz sonora lo sacó de sus cavilaciones cuando anunció que comenzaría el festín.

Cuando Wulfgar la hizo sentarse en el salón, Aislinn levanto la mirada y vio a Ragnor frente a ella, de pie junto a su silla. Él le sonrió lentamente y cuando ella se hubo acomodado, se sentó como si hubiera sido eso lo que estaba aguardando. Les fue servida la comida y el aroma apetitoso de las carnes asadas le llegó a la nariz. Aislinn sentía mucha hambre y recordó que llevaba muchas horas sin comer. Durante unos momentos dedicó toda su atención a la comida, después levantó la vista y se encontró, sobresaltada, con la mirada de Ragnor. Él asintió y sonrió y ella volvió apresuradamente el rostro. Tuvo cuidado de volver a mirarlo otra vez, porque sabía, casi con temor, que él la observaba atentamente. Respondió animadamente a las preguntas de los otros caballeros de la mesa mientras que Wulfgar, aparentemente imperturbable, le hablaba en voz baja y le señalaba a los nobles más importantes y a los que habían realizado alguna hazaña heroica.

Terminada la comida, un conde se acercó a Wulfgar para tratar un asunto importante y se lo llevó aparte para hablar largamente. Aislinn quedó sola, sorprendida por la cantidad de nobles que parecían llenar todos los rincones del ornamentado salón. En un momento, notó que alguien ocupaba la silla de Wulfgar, y al levantar la vista vio a Ragnor sentado junto a ella.

-Perdóname, paloma. ¿Puedo sentarme un momento?

Aislinn lo miró disgustada pero no pudo pensar en un buen motivo para negarse.

-Wulfgar... -empezó ella, pero fue rápidamente interrumpida.

-Está muy ocupado y yo deseo hablar unas palabras contigo. -Ragnor se sentó y acercó su silla a la de ella.- ¿No ves que Wulfgar sólo te está usando por un tiempo? -Vio que ella empezaba a encolerizarse y trató de calmarla.- ¿Te ha pedido que te cases con él? ¿Ha dicho siquiera una palabra de ello? ¿Te ha dado algún título o posición que no sea el de su esclava? Me he enterado hasta de que mandó a otra damisela a vivir en Darkenwald. Tú le eres leal pero si llegases a perder su favor, sería la otra quien le calentara la cama y le llenara las noches.

Aislinn miró a su alrededor, buscando algún escape a las palabras ardientes y torturantes de él. Entonces sintió, sobresaltada, que Ragnor, debajo de la mesa, le había puesto una mano sobre el muslo.

—Yo te haría señora de Darkenwald y Cregan, también —murmuró, inclinándose hacia ella.

—¿Cómo podrías? —dijo ella, apartando la mano de él—. Esos pueblos pertenecen a Wulfgar.

Aislinn hubiera querido levantarse pero él puso su brazo sobre el respaldo de la silla para impedírselo y nuevamente apoyó una mano en el muslo de ella. Aislinn la apartó, pero la mano volvió, más atrevida que antes.

—¡Ragnor! -exclamó. Se levantó y se apartó de él. Ragnor también se levantó, la tomó de un brazo y la atrajo hacia él. Cuando varias miradas se clavaron en ellos, él susurró febrilmente al oído de ella pero ella no oyó sus palabras y trató de apartarse.

—Quita tus manos de ella. -La voz de Wulfgar sonó baja pero sorprendentemente cercana. Su mano abierta cayó sobre el hombro de Ragnor y lo hizo volverse.- ¿Has olvidado mi advertencia de hace un tiempo? Lo que es mío, yo lo conservo.

Ragnor hizo una mueca de desprecio.

—Yo tengo ciertos derechos sobre Darkenwald. Tú me negaste la parte que me correspondía, aunque fui yo quien libró la batalla.

Wulfgar respondió a la mirada indignada de Ragnor con fría dignidad.

—Nada ganaste allí, porque fuiste quien provocó la batalla.

Los ojos oscuros de Ragnor se entrecerraron y nublaron.

—Eres un bellaco, Wulfgar -dijo con odio-. Yo, hasta te salvé la vida y tú no me das cuartel.

—¿Me salvaste la vida? —Wulfgar lo miró inquisitivamente y no esperó la respuesta.— Algunos de mis hombres se enteraron de que dos caballeros normandos cabalgaron hasta cerca de Kevonshire y atrajeron a los pobladores y los guiaron hasta el recodo del camino donde ellos pudieron tenderme una emboscada. Las armas de uno de esos caballeros eran evidentemente las de Vachel, y puedo adivinar muy bien quién era el otro. ¿Salvarme la vida? Vaya, esa emboscada casi me cuesta la vida.

Aislinn abrió grandes los ojos y ahogó una exclamación al oír las palabras de Wulfgar. Ragnor nada pudo decir, pero quedó estremecido de furia. Sin pensarlo, aferró sus pesados guanteletes y los arrojó a la cara de Wulfgar. Los guantes golpearon el rostro del otro y cayeron al suelo. Wulfgar desenvainó lentamente la espada, atravesó los guantes en el suelo y los levantó con la punta de su acero. Con un rápido movimiento de su arma, los arrojó con fuerza a la cara de Ragnor.

—¡Alto! ¿Tengo ahora una batalla entre mis propios caballeros? -preguntó una voz a espaldas de ellos. Era Guillermo, quien se había acercado.

Wulfgar envainó nuevamente su espada y se inclinó ante su rey.

Guillermo se volvió para mirar a Aislinn, quien le devolvió la mirada sin pestañear. Sus ojos pasaron de ella a Ragnor y después, nuevamente, a Wulfgar.

-¿Una pelea por una mujer, Wulfgar? No es propio de vos.

El rostro de Wulfgar se ensombreció.

-Sire, deseo presentaros a Aislinn de Darkenwald.

Aislinn hizo una profunda reverencia ante el rey mientras éste seguía observándola. Cuando ella se incorporó, se irguió orgullosamente ante él, con el mentón en alto, y lo miró a los ojos.

-¿No tenéis miedo de mí, damisela? -preguntó Guillermo.

La mirada de Aislinn fue rápidamente hacia Wulfgar y volvió a posarse en el rey.

—Vuestra gracia, una vez respondí esa misma pregunta a vuestro caballero, y si se me permite contestar en la misma forma, os diré que yo sólo temo a Dios.

Guillermo asintió, impresionado por la franqueza de ella.

—Y estos caballeros míos se pelean por vos. Puedo entender muy bien la causa. -Se volvió a Ragnor.- ¿Qué tenéis que decir en este asunto?

Ragnor contuvo dificultosamente su ira.

-Perdonadme, sire. Este bastardo no tiene derechos sobre Darkenwald ni sobre lady Aislinn, porque ella es parte de aquello, la hija del lord a quien yo maté con mi espada.

-¿Entonces, sir Ragnor de Marte, reclamáis esas tierras como vuestras, por derecho de las armas? -preguntó Guillermo.

—Sí, sire —respondió Ragnor, y por primera vez se inclinó ante su rey.

Guillermo se volvió hacia Wulfgar.

—¿Y esas tierras son las mismas que vos reclamáis, sir Wulfgar?

-Sí, sire. Vos me ordenasteis asegurarlas para vuestra corona.

Guillermo estudió un momento a los dos hombres y después se dirigió a Aislinn.

—¿Tenéis algo que decir en este asunto, damisela? —preguntó amablemente.

—Sí, vuestra gracia —respondió ella firmemente—. Mi padre murió como un guerrero y está sepultado con su escudo y su espada, pero él salió al encuentro de una bandera de tregua. Él pensaba rendirse si nosotros podíamos quedar en paz, pero fue innecesariamente insultado y se vio obligado a defender su honor con las armas. Sólo había siervos para ayudarlo y ellos también murieron con él.— Sonrió tristemente.- Él había enviado todo a Haroldo. No conservó ni siquiera un caballo para morir sobre él.

Guillermo miró nuevamente a los dos caballeros.

-El guante ha sido arrojado y debidamente devuelto. Sir Ragnor, ¿aceptáis someteros a un juicio por las armas y acatar sus resultados?

Ragnor se inclinó para dar su asentimiento.

-¿Y vos, sir Wulfgar, aceptaréis?

-Sí, sire —replicó Wulfgar.

-¿Y lady Aislinn? -dijo Guillermo, dirigiéndose a ella-. ¿Os someteréis al vencedor?

Aislinn miró los ojos grises y pensativos de Wulfgar durante un brevísimo momento, pero sabía que no podía dar otra respuesta.

-Sí, sire -murmuró, y se inclinó profundamente ante Guillermo.

El rey, entonces, se dirigió a todos ellos.

—Se acerca el último día del año, y en el primer día del año nuevo tendremos una justa, un juicio por las armas, no a muerte sino a la primera caída, porque yo tengo necesidad de mis caballeros. El campo y las armas serán escogidos ante mis ojos, y que nadie diga, después de eso, que no ha sido una contienda justa y legítima. —Nuevamente se dirigió a Aislinn y le ofreció el brazo.- Hasta que llegue ese día, milady, vos seréis mi huésped. Yo enviaré por vuestras posesiones y servidumbre y haremos que preparen aquí habitaciones para vos. Hasta entonces, quedáis bajo mi protección y aquí mismo os declaro un miembro de la corte real.

Aislinn miró a Wulfgar con vacilación y vio su expresión ceñuda. Hubiera querido protestar por ser alejada de él, pero supo que no podía. Antes de llevársela, Guillermo sonrió.

-Tened paciencia, Wulfgar. Cuando llegue el día señalado, esto se arreglará para mejor.

Ragnor sonrió por su momentáneo triunfo pero Wulfgar se quedó mirándolos ceñudo mientras ellos se alejaban, y sintiendo una pérdida que no hubiese podido expresar con palabras.

Esa noche era tarde cuando Wulfgar regresó al enorme dormitorio. El fuego ardía débilmente en el hogar y todas las señales de la presencia de Aislinn habían desaparecido. Lo que antes era para él un refugio donde descansar después de un día agotador, ahora le parecía una cámara de tortura. Veía a Aislinn en todas partes, de pie junto a la ventana, arrodillada frente al hogar, sentada en el banco, tendida en la cama. Alisó distraídamente con la mano el cobertor, se volvió, miró a su alrededor la habitación vacía y la vio desolada, un vacío recuerdo de lo que había sido, su lujo desvanecido, sus comodidades rudas y crueles. Entonces sus ojos quedaron inmóviles. Doblado prolijamente junto a la tina había un trozo pequeño de terciopelo amarillo. Lo levantó y sintió el perfume a lavanda. Cerró los ojos, se pasó el retazo debajo de la nariz y casi pudo sentir la presencia de Aislinn a su lado. Suspiró en muda frustración y deseó que el día no hubiera pasado, deseó tenerla consigo, sentirla entre sus brazos. Metió cuidadosamente el trozo de terciopelo debajo de su camisa y alisó el bulto hasta que nadie hubiera podido adivinar su presencia. Tomó su pesada capa y bajó,

para acostarse en un jergón vacío en el salón. Allí la soledad sería menos evidente y él nuevamente se sentiría un soldado. Sin embargo, estuvo tendido largo rato sin dormir, ansiando sentir a su lado la calidez de ella.

Al día siguiente se levantó temprano y encontró a sus caballeros extrañamente silenciosos, pero todos siguieron con la vista cada uno de los movimientos de él. Fue Milbourne quien finalmente rompió el silencio cuando saltó de su silla con un juramento y procedió a maldecir a Ragnor y a llamarlo bribón y miserable. Gowain sólo levantó sus ojos apenados y pareció un zagal enfermo de amor. Beaufonte, por su parte, clavó la vista en el fuego mientras ponía una olla a calentar.

—Estáis todos muy tristes —dijo Wulfgar, y suspiró—. Alistad los caballos. Tenemos que cumplir con nuestras obligaciones.

Wulfgar se entregó a un trabajo duro y riguroso que le dejó poco tiempo para perderse en sus pensamientos. Cuando regresó a la casa, encontró una nota aguardándolo donde se le pedía que compartiera con el rey la comida de la noche. Su ánimo mejoró considerablemente. Se vistió con cuidado y pronto fue conducido al salón donde Guillermo y su comitiva iban a comer. Vio con irritación que Ragnor también estaba presente y su disgusto aumentó cuando el otro se sentó al lado de Aislinn. No se sintió mejor cuando el paje lo condujo hasta la otra ala de la mesa, la opuesta a la de Aislinn y Ragnor. Aislinn sólo pudo mirar fugazmente en dirección de él antes que su atención fuera requerida por un conde sentado junto a ella. Wulfgar admitió que la belleza de ella iluminaba a la corte y notó que Guillermo, obviamente, disfrutaba de la presencia de la joven. Ella parecía hallarse animada y alegre y respondía cuando le hablaban, charlaba y hasta relataba historias de antiguos clanes sajones, aunque se mantenía alejada de las manos de Ragnor. Este individuo, en la compañía del rey, exhibía sus mejores modales y animaba la charla con su ingenio rápido y su lengua aguda. Sin embargo, miraba continuamente a Aislinn, y si sus manos estaban debidamente contenidas, sus ojos la devoraban con miradas aparentemente inocentes. Con una sonrisa forzada, Aislinn, en un momento, le dijo en voz baja:

-¿Me permitiréis permanecer vestida en presencia del rey?

Ragnor rió con fuerza y el ceño de Wulfgar se hizo más sombrío. Para él, la noche se arrastraba lentamente. Era continuamente consciente de la presencia de Aislinn y se inquietaba cuando la risa de ella resonaba alegremente en el salón. Se sentía muy incómodo. No podía conversar interminablemente de nada como parecía ser el deseo de los demás. Sin embargo, durante la comida sintió a menudo los ojos de Guillermo posados en él y supo que estaba siendo atentamente observado. Respetaba la sabiduría de Guillermo al permitir el duelo, porque si salía victorioso, nunca más nadie podría cuestionar sus títulos. Empero, la ausencia de Aislinn lo atormentaba. Trataba de disimularlo, adoptando la actitud de un soldado, y respondía a las palabras de los lores con una sonrisa forzada, murmullos y asentimientos de cabeza. Bebía de un cáliz de vino que se calentaba en sus manos y no le proporcionaba tranquilidad. No pudo tener un momento a solas con Aislinn, y al advertir que Guillermo lo vigilaba, no quiso insistir en ello.

El humor del rey era difícil de comprender y Wulfgar sabía que él era totalmente leal a su propia Matilda. Con tantas cosas en juego, Wulfgar no podía arriesgarse a hacer una escena que lo dejara mal parado o que diera a Ragnor motivos para decir que no había actuado honradamente. Por fin renunció a hablar con ella, se despidió, salió del salón y emprendió tristemente el regreso a su lecho solitario.

Aislinn tuvo un momento de tranquilidad y miró a su alrededor. Notó que Wulfgar se había marchado. Su buen humor la abandonó, y se sintió acometida por una gran pena. Presentó una pobre excusa y se retiró a sus habitaciones, donde Hlynn estaba aguardándola. Contuvo las lágrimas hasta que pudo despedir a la muchachita por el resto de la noche. Cuando estuvo segura en su cama, derramó sus lágrimas sobre la almohada y lloró larga y amargamente. La corte era un lugar fascinante y los normandos la trataban con una deferencia que era fácil de aceptar. Cuando se había enterado de que Wulfgar estaría presente, se sintió eufórica y aguardó ansiosamente la oportunidad de verlo. Nadie hubiera podido decir de ella que era una humilde muchacha campesina, ni siquiera Gwyneth de haber estado presente. Hasta Ragnor se mostró agradable, cuando sus ojos no la miraban como si quisieran devorarla. Pero cada vez que miró a Wulfgar, él estaba mirando hacia otra parte, y por la expresión ceñuda de él, ella supo que estaba irritado y malhumorado. Él lucía un atuendo de suave color castaño, que en su cuerpo alto y esbelto rivalizaba con las ropas más lujosas de Guillermo. En toda la noche, no pudieron cambiar una sola palabra, ninguna nota de ternura o atención le llegó de él, y ella sollozó con renovado brío al pensar en la indiferencia de Wulfgar.

"Soy una desvergonzada", pensó. "Una zorra ansiosa, porque aunque no haya votos que nos unan, estoy aquí, desesperada por hallarme entre sus brazos. Oh, Wulfgar, hazme algo más que una ramera. No puedo soportar estas cosas que siento".

Añoraba el cuerpo musculoso junto a ella en la cama. La almohada de seda no tenía esas firmes costillas para acariciar, ni un pecho sólido para apoyar en él su cabeza, ni brazos que la estrecharan, aun durante el sueño. Ella recordaba cada cicatriz, cada músculo de los brazos de él y hasta el roce de la barba contra su cuello. Se agitó y revolvió, sin encontrar consuelo en su obligada castidad, y más de una vez tuvo que luchar contra sus propios pensamientos, que le producían visiones de él acariciándola tiernamente en la noche.

Una vez más llegó un mensaje de Guillermo, y aunque Wulfgar no tenía buenos recuerdos de la noche anterior, esta vez no pudo elegir porque el rey exigía su presencia. Ahora el día pasó para él con penosa lentitud y Wulfgar se inquietó, porque sus obligaciones poco hicieron para ocupar su tiempo y no tenía muchas ganas de pasar otra velada resignado a contemplar a Aislinn de lejos. Con este estado de ánimo entró en el palacio, y se sorprendió cuando inmediatamente lo condujeron a la presencia de Aislinn. La sonrisa radiante de ella casi lo embriagó, y esos ojos de color violeta parecieron acariciarlo con tierna suavidad.

-Wulfgar, has demorado tanto que la noche casi ha pasado. Ven. Siéntate.

Estiró una mano, lo tomó de la manga y lo atrajo hacia la silla junto a la de ella. El resplandor de su belleza y la calidez de su recibimiento lo dejaron casi sin palabras, y sólo pudo mascullar una respuesta sencilla.

-Buenas noches, Aislinn. ¿Todo está bien? Te ves muy bien.

-¿De veras? -Ella rió por lo bajo y pasó sus manos por la seda azul de su vestido.- Fuiste muy bueno al regalarme el vestido, Wulfgar. Espero que no estés disgustado porque ellos se llevaron las ropas sin tu permiso.

Wulfgar se aclaró la garganta.

-No, ¿por qué habría de estarlo? Yo te los regalé, por lo tanto, no tengo ningún derecho sobre ellos.

Aislinn apoyó la mano sobre la que él había puesto sobre su muslo y sus ojos violetas lo miraron con ternura.

-También tú te ves muy bien, milord.

Wulfgar permaneció en un silencio incómodo, luchando consigo mismo para no estrecharla entre sus brazos. La mano de ella sobre la de él se lo hacía aún más difícil, porque esa suavidad lo hacía pensar en otras partes del cuerpo de ella que él sabía que eran todavía más suaves y más sensibles a sus caricias. Wulfgar sintió que su sangre se le encendía en las ingles y retiró su mano, pero sólo consiguió aumentar su tortura porque la mano de ella quedó sobre su muslo. Se puso un poco pálido y miró incómodo a su alrededor. Vio a Ragnor, sentado en el mismo asiento que él había ocupado la noche anterior y notó que los ojos de ese caballero estaban fijos en Aislinn.

—Te mira como un halcón -se quejó Wulfgar-, como si ya estuviera saboreando la dulzura de tu carne.

Aislinn rió suavemente y pasó un dedo por la manga de Wulfgar.

—Te ha llevado mucho tiempo advertir las intenciones de él, pero ahora ves que él es una gran amenaza. Otros me han mirado con intenciones más evidentes. -Él la miró ceñudo y ella le devolvió la mirada con ojos brillantes.- No temas, Wulfgar. Yo los he rechazado, asegurándoles que mi mano ya estaba pedida. —Levantó la mano y él la tomó entre las suyas.- Ves, Wulfgar, -sonrió-. No es tan difícil tomar mi mano en público. Has tomado todo lo demás, ¿por qué no pedir mi mano?

—¿Tu mano? —suspiró él. Rozó con los labios las puntas de los dedos—. Es más de lo que deseo. Yo te hice venir aquí para que calentases mi cama y ahora debo conformarme con la compañía de mis hombres.

—Pobre Milbourne —rió ella—. Es difícil imaginarlo adaptándose a tus gustos. Y Gowain, más difícil aún. Sus poesías y su prosa deben resultarte fastidiosas. ¿O acaso os sentáis como cuatro señores ancianos frente al fuego e intercambiáis recuerdos de tiempos mejores?

—No —replicó él, y continuó, con amarga sinceridad—. Parece que esos tres se han vuelto estúpidos en tu ausencia. Gowain vaga por el lugar como si hubiera perdido a su amada mientras Milbourne maldice contra este abuso y Beaufonte se sienta ante el hogar y se entrega a la bebida. -Rió de sus propias palabras.- He visto más alegría en una mazmorra que en esa casa.

Aislinn le puso una mano sobre el brazo, como para consolarlo.

—¿Pero y tú, Wulfgar? ¿Sanhurst no se ocupa de satisfacerte en tus necesidades?

—¡Ja! —dijo Wulfgar—. No menciones en mi presencia el nombre de ese sajón. El tonto, si lo dejaran, sería capaz de poner una silla al revés sobre un caballo.

Aislinn rió y le acarició el brazo.

—Sé paciente con él —lo amonestó ligeramente—. Es nada más que un muchacho y no conoce las costumbres de los lores y caballeros. Aprenderá si se le da tiempo para que conozca gustos y te servirá bien.

Wulfgar suspiró.

—Siempre tengo que ser aconsejado sobre cómo tratar a mis siervos, y hasta me harán creer, como si fuera un ciego, que ese oso robusto es un mozalbete imberbe.

Así transcurrió la noche hasta que terminó la comida. Pero cada vez que Aislinn lo tocaba, Wulfgar debió contener el impulso de llevársela de la habitación hasta la cama más cercana y allí dar rienda suelta a sus deseos hasta que las llamas de la pasión lo consumieran. Debajo de la mesa, sentía el roce inocente del muslo de ella contra el suyo, y donde lo tocaba lo quemaba. Debió controlar férreamente sus pasiones, y responder con soltura cuando otros lo interrogaban o le hacían un comentario, pero con Aislinn le resultaba difícil conversar. Cuando ella reía con otro señor a quien él apenas conocía, se inclinaba sobre su brazo y él sentía la suavidad de su pecho. Wulfgar gemía en silencio y casi se retorcía en su agonía. Cuando Guillermo se acercó, le dio una excusa para ponerse de pie. Empezó a levantarse, pero el rey le hizo señas de que siguiera sentado.

-De modo, Wulfgar -dijo el conquistador- que por la mañana veremos terminado este asunto. Pero decidme la verdad, ¿qué es lo que os atormenta? No sois el compañero agradable que conocía de antes. Levantemos el cuerno y saboreemos el ale para aligerar nuestros corazones, como hemos hecho en muchas noches pasadas.

-Perdonadme, sire, pero todo lo que yo he luchado por ganar en este mundo estará en juego en el campo de honor. No temo por mi causa, pero me canso de esperar.

Guillermo rió por lo bajo.

-Ciertamente, poco habéis cambiado. Pero temo haberme equivocado. Parecéis un pobre compañero para una dama tan hermosa y vivaz. Vos podéis desearla, pero vuestros modales no lo dejan entrever. Si yo fuera la doncella, me sentiría muy disgustado.

Wulfgar enrojeció y apartó la mirada.

-La dama ha estado tanto tiempo a mi cuidado que su ausencia me resulta muy dolorosa.

Guillermo miró fijamente a Wulfgar.

-¿De veras, sir Wulfgar? ¿Y habéis mirado por el honor de la joven? A nosotros nos ha tocado despojarla de su hogar. Sería una cosa lamentable que además deshonremos su nombre.

Wulfgar miró inquisitivamente al rey, intrigado por el significado de sus palabras, y cuando Guillermo le sostuvo la mirada, continuó en tono más ligero.

-Tranquilizaos, Wulfgar. Os conozco bien y tengo fe en vos. Sé que no haríais otra cosa que engastar una gema tan preciosa en un engarce perfecto.

Guillermo se levantó, apoyó una mano en el hombro del guerrero y se marchó. Cuando Wulfgar se volvió hacia Aislinn, ella lo miró con vacilación.

¿Sucede algo malo, Wulfgar? -preguntó ella suavemente-. ¿El rey te ha dado alguna mala noticia?

-No -respondió él secamente-. Me gustaría que ya hubiera pasado el día de mañana a fin de poder llevarte de aquí. Ragnor es un tonto si cree que te cederé a él. Eres mía y no permitiré que me aparten de ti.

-Pero Wulfgar, -murmuró Aislinn-, ¿qué vas a hacer? El rey ha hablado.

Wulfgar enarcó una ceja y la miró.

-¿Hacer? Vaya, querida mía, ganaré, por supuesto.

16

El primer día de enero de 1067 amaneció lentamente en los cielos de Londres. La niebla baja se aclaró un poco, y después la oscuridad disminuyó hasta convertirse en un gris ahumado y plomizo El aire estaba frío, y cuando soplaba la brisa lo hacía cargada de una humedad que mojaba la piel. Antes de desayunar, Wulfgar vistió su armadura completa y salió a cabalgar con su montura en un prado cercano a la casa Allí ejercitó al caballo de guerra sobre la tierra helada y renovó una antigua relación con el animal, acostumbrado a llevar sobre su lomo el gran peso del caballero armado. El sol estaba alto y las brumas matinales habían desaparecido hacía rato cuando Wulfgar quedo satisfecho y devolvió el caballo a los establos. Allí le dio de comer y lo frotó pero el animal parecía presentir el inminente combate y piafaba y se encabritaba, impaciente por terminar con el trabajo de ese día.

Wulfgar subió al salón y se sirvió un desayuno de la olla que humeaba sobre el fuego. Terminó la comida, fue junto al hogar y allí se sentó, con los pies apoyados en un taburete bajo. Permaneció pensando en la batalla que le esperaba hasta que notó que la luz había disminuido extrañamente alrededor de él. Levantó la vista y vio que Gowain, Milbourne y Beaufonte se habían acercado y estaban aguardando que él les prestara atención.

Gowain fue el primero en hablar y subió al hogar elevado, cerca de los pies de Wulfgar.

-Milord, pon atención. A menudo he observado a Ragnor en la batalla. Parece que al cargar, tiene una tendencia a inclinarse...

Wulfgar levantó una mano para interrumpirlo.

Milbourne se inclinó hacia adelante.

—Wulfgar, escúchame. Es muy importante que sepas que él lleva su escudo en alto y un poco a través de su cuerpo, debilitando así su defensa. Si entonces se le lanzara un golpe, lo haría caer de costado y te permitiría...

—No, no, buenos compañeros —dijo Wulfgar, y rió—. Escucho vuestras voces y en otro caso les prestaría atención, pero sólo hay una cosa que yo necesito saber, que él es más un cobarde que un caballero y que yo no tendré en el campo a nadie que guarde mis espaldas. Os agradezco vuestro interés, pero en ésta, como en cualquier otra batalla, lo que yo haga en el momento será más importante que lo que planee aquí. Ya se acerca la hora. Os veré allí para que me alentéis y me tendáis una mano si caigo. Gowain, ¿quieres ser mi segundo?

Con el ansioso asentimiento del joven, Wulfgar se levantó y subió la escalera hacia el enorme, vacío dormitorio. Cerró la puerta, se detuvo y pensó en el resplandor que parecía llenar la habitación cuando Aislinn estaba presente. Soltó un juramento cuando otra vez reconoció las señales de desaliento que últimamente lo acometían. La inminente batalla exigiría de todas sus facultades mentales para salir victorioso. No podía estar permanentemente entregado a esos pensamientos acerca de esa hermosa joven, como hacía Gowain. Debía mantenerse firme en su decisión de la noche anterior. Se dijo que no era tanto por Aislinn como por Darkenwald que lucharía, pero en lo más hondo de su ser supo que había otras tierras que conquistar, mientras que Aislinn era única, y él todavía no se había cansado de ella.

Se desnudó, se lavó y vistió las ropas con que se dirigiría hasta su tienda, en el campo de honor. Dejó su cota de mallas y su escudo sobre la cama. Sanhurst había trabajado largamente para pulirlos y dejarlos resplandecientes, pero Wulfgar arrugó la frente cuando vio su yelmo y lo puso con su armadura. Todavía podía sentir con el dedo la huella de una abolladura en la parte posterior. Se preguntó por su contrincante y por los extremos hasta los cuales sería capaz de llegar para conseguir a Aislinn. La emboscada en Kevonshire casi le había costado la vida y si era eso lo que buscaba Ragnor, el combate de hoy no lo apaciguaría si perdía. El siempre había recelado de ese caballero y nunca había confiado plenamente en él. Ahora tenía sobrados motivos para desconfiar, mientras Ragnor siguiera con vida.

Antes de abandonar la habitación se detuvo frente al hogar donde ardían las brasas, aunque no había llamas para calentar la estancia. Sanhurst se había mostrado descuidado otra vez y no había dejado leña menuda junto al hogar, pero eso ahora no tenía importancia. En pocos momentos más él se habría marchado y Aislinn no estaba allí. Con un suspiro, levantó de la mesilla el pequeño trozo de terciopelo amarillo y lo

miró largamente, antes de arrojarlo sobre las brasas, donde se retorció e incendió, hasta desaparecer en un pequeño estallido de llamas.

Wulfgar giró bruscamente sobre sus talones, se echó sobre los hombros una gruesa capa y fue hasta la cama, donde había hecho un envoltorio con su equipo. Se ciñó la espada y puso con ella, debajo de su cinturón, un hacha que le había dado Sweyn para que lo acompañara durante el viaje. Con todos sus avíos, bajó nuevamente al salón donde lo aguardaban los tres caballeros. Sanhurst levantó la vista de su tarea de recoger de la mesa los restos de la comida de su señor y Wulfgar miró ceñudo al joven al notar la tardanza con que había emprendido ese trabajo, pero reprimió las palabras de reproche que tenía en la punta de la lengua. Por una vez, desde que tenía al joven sajón a su servicio, decidió mostrarse paciente, recordando las palabras implorantes de Aislinn. Gowain se le acercó, tomó el envoltorio con el equipo y abandono el salón. Wulfgar lo siguió con Milbourne y Beaufonte y rió por lo bajo cuando el mayor de los caballeros, con mucho humor, le rogó que no hiciera mucho daño al bueno de sir Ragnor.

-Después de todo, milord -dijo Milbourne con una sonrisa-, si él desapareciera, ¿con quiénes podrías ejercitar tu ira como no fuese con nosotros tres?

Era un espectáculo colorido, aunque raro. Todos los lores de Londres que contaban con el favor del rey habían venido para presenciar el combate. Había pabellones pequeños con colgaduras que podían correrse a los lados. Otros asientos eran artefactos toscos e improvisados, destinados solamente a formar un apoyo para quienes los usaran. Los bordes de todo el campo tenían altos y multicolores estandartes para ocultar el espectáculo a los ojos curiosos de siervos y campesinos, porque este era un asunto de honor, no destinado a los plebeyos.

Wulfgar y su grupo ingresaron al campo. Mientras él y Gowain se dirigían a la tienda que tenía sus colores, Wulfgar inspeccionó el terreno. El pabellón de Guillermo aún estaba cerrado contra la brisa helada que soplaba sobre el campo y en ninguna parte se veían señales de Aislinn. Había mucha actividad alrededor de la tienda de Ragnor y Wulfgar pensó que su contrincante había llegado temprano y estaba tan ansioso como él por terminar de una buena vez.

Wulfgar se apeó frente a su tienda, y mientras Gowain entraba, él se detuvo para acariciar a su caballo y colgarle en el morro un morral con cebada. Después entró en la tienda y encontró a Gowain inspeccionando los eslabones de la cota y los refuerzos del escudo. En silencio, Wulfgar vistió las prendas de cuero que usaba debajo de la armadura, y con ayuda de Gowain se puso el pesado camisote.

Les fue traída una bandeja con carnes y vino. Wulfgar rechazó la bebida pero Gowain tomó un segundo trago que igualó la generosidad del primero. Al ver esto, Wulfgar lo miró con expresión dubitativa.

-No perderemos a la doncella en esta pequeña escaramuza, Gowain. Para eso, haría falta un contrincante de más valor.

El joven caballero lo saludó.

-Milord, tengo puesta toda mi fe en ti -dijo.

-Bien -respondió Wulfgar, ciñéndose la espada-. Ahora deja esa copa a un lado y dame mis guanteletes antes que sea yo quien tenga que ayudarte.

Con una sonrisa, Gowain hizo una reverencia y le entregó los guanteletes.

El tiempo pasaba lentamente y Wulfgar no pensaba en las intenciones de Guillermo sino, solamente, en que debía ganar. En el pasado, él se había destacado en los torneos y hoy debía estar en la mejor forma, porque sabía que Ragnor era fuerte y astuto. Nunca se habían enfrentado en una justa, pero Wulfgar no era tan tonto como para creer que sería fácil derrotar a Ragnor. Para salir victorioso en este día, tendría que echar mano a toda su fuerza e ingenio.

Sonaron las trompetas y Wulfgar supo que anunciaban el arribo del rey y su comitiva. Aislinn estaría con Guillermo, única mujer en el grupo del rey. Si hubiera sido otro rey, Wulfgar sabía que hubiera tenido que preocuparse. Pero Guillermo no era inclinado a tomar amantes y se conducía como un esposo leal a Matilda.

Wulfgar apartó las colgaduras y salió de la tienda, donde su caballo estaba aguardándolo. Sacó el morral de la cabeza del animal y acarició el morro suave y aterciopelado mientras le hablaba en voz baja, como si estuviera dirigiéndose a un amigo íntimo. El caballo resopló y cabeceó, como si respondiera. Wulfgar montó y Gowain le alcanzó el yelmo y el escudo. El frente de la tienda estaba oculto para quienes se

encontraban en el pabellón del rey, y aunque Wulfgar lo hubiera deseado, no podía ver a Aislinn ni ella podía verlo a él.

Ragnor también salió de su tienda con Vachel, quien le hablaba en voz baja mientras el otro asentía. Cuando montaba, Ragnor vio a su oponente ya a caballo y aguardando la señal. Se acomodó en su silla y se inclinó hacia adelante en burlona reverencia, y su risa resonó con exagerada confianza.

-Por fin, Wulfgar, nos encontramos -gritó Ragnor-. Ven a verme a Darkenwald con la hermosa Aislinn como mía cuando haya terminado este día. No impediré que le eches una mirada, puesto que tú no me lo has impedido.

Gowain se adelantó con los puños apretados.

-Quieto muchacho -ordenó Wulfgar-. Es asunto mío. Deja que yo tenga el honor.

La risa de Ragnor se elevó mientras él, regocijado, se echaba atrás en su silla.

-¿Qué es eso, Wulfgar? ¿Otro muchacho enamorado de la hermosa doncella? Debes haberte visto en apuros para contener a tus hombres. Juraría que hasta tu predilecto Sweyn ha sentido deseos de acostarse con ella. ¿Dónde está ese buen hombre, a propósito? -preguntó Ragnor entre carcajadas, pese a que conocía perfectamente la respuesta-. ¿Cuidando mis tierras?

Wulfgar vio el juego del otro y no dijo una sola palabra ni hizo un solo gesto, sino que respondió con el silencio. Vachel murmuro una palabra a Ragnor que lo hizo estallar en nuevas carcajadas y sólo el sonido de las trompetas lo hizo callar. Los dos caballeros cabalgaron como para encontrarse, y después giraron y galoparon hacia a tienda del rey. Ahora Wulfgar divisó un capuchón amarillo que cubría la cabeza de Aislinn y cuando se acercó vio que ella llevaba el vestido de terciopelo amarillo debajo de su capa forrada de pieles de zorro. Quedo complacido con la elección de ella. Sin necesidad de palabras, Aislinn le expresaba sus preferencias al lucir ese atuendo.

Guillermo se puso de pie cuando ellos se acercaron al pabellón V respondió a los saludos. Después leyó la orden del día, que ordenaba a todos que respetaran el resultado del encuentro. Aislinn estaba sentada al lado de Guillermo, tensa y pálida, obviamente inquieta por lo que iba a tener lugar ante sus ojos. Aunque Wulfgar no aparto la vista de la cara del rey, ella lo miró fijamente. Aislinn hubiera querido expresar a gritos sus preferencias, pero como parte del premio del combate, no podía hacer semejante declaración.

Las trompetas sonaron otra vez con estridencia, y cuando los caballos giraron, Aislinn creyó notar que Wulfgar la miraba, pero no pudo estar segura porque esa mirada, si realmente tuvo lugar fue muy fugaz Los caballeros fueron hasta sus lugares, cada uno marcado con un estandarte con sus armas y colores respectivos. Cuando se volvieron y quedaron frente a frente, se pusieron sus yelmos. Ambos recibieron una lanza que les entregaron sus segundos y nuevamente los dos saludaron al rey. Ahora las trompetas empezaron a sonar, y cuando se callaran, habría llegado el momento de la primera carga. Aislinn estaba tensa y temerosa, aunque exteriormente se la veía orgullosa y lejana. Su corazón latía aceleradamente y golpeaba dentro de su pecho. Cuando unió las manos debajo de su manto, elevó silenciosamente la plegaria que esa misma mañana había recitado en la capilla.

Contuvo la respiración cuando cesó la última nota de las trompetas. Los grandes caballos tensaron sus músculos y cargaron hacia adelante, y el rápido golpear de sus cascos pareció un eco de los latidos del corazón de Aislinn. Los caballeros se encontraron con un estrépito de armas que hizo estremecer a Aislinn. La lanza de Wulfgar chocó contra el escudo de Ragnor y se desvió; la de Ragnor se quebró contra los brazos de Wulfgar. Aislinn soltó un suspiro de alivio cuando vio que Wulfgar estaba ileso y a caballo, y por un momento se sintió más animada. Los dos hombres giraron y regresaron a sus lugares, donde tomaron nuevas lanzas. Aislinn nuevamente sintió miedo. La segunda carga se hizo sin previa señal. Esta vez Wulfgar lanzó un buen golpe pero su lanza se quebró en un millar de astillas. Ragnor acusó el golpe y se inclinó hacia atrás, mientras su propia lanza se elevaba y erraba completamente a Wulfgar. Ambos regresaron a sus lugares y tomaron nuevas lanzas. El gran caballo de Wulfgar empezaba a excitarse con este hermoso juego y su jinete pudo sentir que los músculos del animal temblaban de impaciencia. Ahora, Ragnor giró y el ruido de la carga fue como un trueno. Wulfgar bajó su lanza y tocó el borde del escudo de Ragnor. El caballo de Wulfgar embistió al de Ragnor, que fue arrojado al suelo. Aislinn se mordió el labio cuando el caballo de Wulfgar tropezó con el de Ragnor, pero el animal logró mantenerse sobre sus cuatro patas. Wulfgar se apartó ligeramente, y al ver a Ragnor luchando por incorporarse, arrojó a un lado su lanza y desmontó para enfrentar a pie a su contrincante. Con un grito de furia, Ragnor aferró la maza sin púas pero rápidamente la

dejó caer. Con púas hubiera sido un arma mortal, ciertamente, pero Guillermo deseaba salvar a sus caballeros. Ello no hizo mucho para calmar la sed de sangre de Ragnor.

Donde estaba, Wulfgar sacó el hacha de su cinturón y la blandió, pero él también arrojó esta arma a un lado. Ahora, ambos caballeros desenvainaron sus pesados espadones y empezaron a caminar uno hacia el otro mientras Aislinn observaba en doloroso silencio. Los primeros golpes sonaron muy fuertes en el frío aire invernal. Era difícil seguir los golpes porque las hojas relampagueaban bajo la luz del sol y parecían estrellarse continuamente. Aislinn permanecía rígida, obligando a su cuerpo a ocultar cualquier atisbo de emoción. Los altos y pesados escudos eran como pantallas detrás de las cuales luchaban los caballeros. Las hojas brillaban al sol y una y otra vez golpeaban contra los escudos. El sudor empezó a correr por las caras de los dos contrincantes y a gotear abundantemente debajo de las capas de cuero que acolchaban las armaduras. Ragnor era rápido e impulsivo mientras que Wulfgar, un poco más lento, lanzaba sus golpes con mayor seguridad. Esto no era un mero duelo de espadachines sino una prueba de fuerza y determinación. Quienquiera que resistiera más que el otro ganaría. Ragnor empezó a sentir en su brazo el peso de su espada y Wulfgar, al notarlo, sacó vigor de una fuente desconocida y empezó a atacar con más bríos. Pero súbitamente sintió un peso alrededor de su pierna y su pie se enredó en la cadena de la maza caída. Ragnor aprovechó la ventaja y lanzó una lluvia de golpes fuertes y rápidos. Wulfgar cayó sobre una rodilla pues el peso alrededor de su tobillo le impidió moverse con la rapidez suficiente. Aislinn medio se puso de pie y ahogó una exclamación con su mano. Pero Guillermo la oyó y supo a quién prefería la doncella.

Wulfgar se sacudió el estorbo de su pierna y logró levantarse bajo los golpes enérgicos de Ragnor. Retrocedió un paso tambaleándose, tuvo un respiro y enfrentó el ataque del otro con ambos pies bien afirmados sobre el terreno. La batalla continuó y pareció que ninguno de ellos iba a ganar hasta que nuevamente la fuerza de Wulfgar empezó a hacerse notar sobre el otro. Súbitamente, su espada avanzó, no con un movimiento lateral sino hacia adelante. Dio contra el yelmo de Ragnor y se lo ladeó. Antes que éste pudiera recobrarse, la hoja se elevó en el aire y cayó, mordiendo el borde del escudo y golpeando nuevamente en el yelmo. Ragnor se tambaleó y Wulfgar luchó para liberar a su espada del escudo del otro. Ragnor arrojó la pieza cuando Wulfgar liberó a su espada. Ahora, éste lanzó una lluvia de golpes sobre el caballero moreno. Ragnor se vio obligado a retroceder, debiendo usar su arma tanto para la defensa como para el ataque. Un golpe tremendo cayó sobre su hombro y le dejó el brazo sin fuerzas. Sus costillas se estremecieron ante la espada amenazante que rozaba la cota de mallas que las cubría. Ragnor tropezó otra vez y su espada bajó por un brevísimo instante. El yelmo voló de su cabeza arrancado por un pesado golpe de la espada de Wulfgar. Ragnor cayó y rodó sobre la hierba helada, agitando espasmódicamente sus piernas. Wulfgar retrocedió y descansó, jadeante, mientras observaba al otro que trataba de incorporarse. Una y otra vez, Ragnor luchó por ponerse de pie pero siempre cayó nuevamente al suelo. Aislinn contuvo el aliento mientras esperaba, rogando con todo su ser que la lucha terminara. Ragnor, finalmente, quedó inmóvil y Wulfgar se volvió lentamente hacia Guillermo y lo saludó llevándose a la frente el pomo de la espada. Fueron los ojos dilatados de Aislinn y la expresión de temor en su rostro lo que advirtieron a Wulfgar del movimiento a sus espaldas. Giró a tiempo para esquivar el golpe de Ragnor, y con un golpe de plano dado con su espada, lo derribó otra vez. Ragnor cayó con un grito de dolor. Esta vez no hizo ningún intento por levantarse, sino que quedó en el suelo, gimiendo y retorciéndose.

Ahora Wulfgar se acercó al pabellón del rey. Por el rabillo del ojo vio el rostro regocijado de Aislinn antes de dirigir una pregunta a Guillermo.

-¿La lucha ha terminado, sire?

Guillermo sonrió y asintió.

—Nunca dudé del resultado, Wulfgar. Este día habéis librado una limpia batalla y honrado el campo de honor. —Miró de soslayo a Aislinn y comentó, con seco humor, dirigiéndose a Wulfgar:— Pobre doncella, ella cree que disfrutará de vuestro mezquino ardor. ¿Debo advertirla para que no se entusiasme tanto con vuestra victoria?

Wulfgar clavó su espada en el suelo, arrojó sus guanteletes junto a ella, se quitó el yelmo de la cabeza y lo colgó de la empuñadura. Con pasos audaces, subió los escalones del pabellón, se detuvo frente a Aislinn y la arrebató de su asiento. Ella ahogó una exclamación. Él la besó con deliberada lentitud, estrechándola con fuerza contra su pecho, como si quisiera absorberla dentro de su propio cuerpo. Sus labios se abrieron y se

movieron sobre los de ella con un hambre devoradora que ella solamente había conocido en la intimidad del dormitorio.

Ragnor fue ayudado a incorporarse por su primo y los dos quedaron solos en el campo vacío, observando el abrazo de la pareja. A Ragnor le dolía todo el cuerpo y su cara estaba contorsionada en una mueca de dolor que ocultaba su furia interior. Cuando se apoyó en Vachel, habló con una voz cargada de odio y deseos de venganza.

—Algún día mataré a ese bastardo —murmuró, y después se volvió y fue cojeando hasta su tienda.

Cuando Wulfgar la soltó, Aislinn se sentó lentamente en su silla, sin fuerza en las rodillas, y luchó hasta que pudo volver a respirar normalmente. Wulfgar se dirigió a Guillermo e hizo una breve reverencia.

— ¿Eso os deja conforme, sire? -preguntó.

Guillermo rió con ganas y dirigió un guiño a Aislinn.

—Ah, para ser sinceros, el caballero está más ansioso por vos que por sus tierras.

Aislinn enrojeció pero las palabras de Guillermo le produjeron una honda satisfacción. El rey se puso más serio y se dirigió a Wulfgar.

—Hay contratos que es necesario redactar como resultado de esto, y eso llevará tiempo. Os ordeno que esta noche vengáis a mi mesa y comáis conmigo y vuestra encantadora dama, porque deseo contar el mayor tiempo posible con su presencia. La corte es aburrida sin el beneficio de compañías femeninas. Os veré entonces. Buenos días, Wulfgar.

Guillermo se volvió y se marchó, indicando a Aislinn que lo acompañase. Ella así lo hizo y se cubrió su brillante cabellera con el capuchón de su capa, pero antes de bajar los escalones, dirigió por sobre su hombro una mirada a Wulfgar y se despidió de él con una sonrisa.

Ahora, superada la parte más dura del día, Wulfgar pudo aflojar su tensión, aunque cuando regresó a la casa y aguardó que se acercara la noche, se sorprendió tascando el freno. Cada vez que pensaba en Aislinn sentía despertarse dentro de él la excitación y aumentaba su ansiedad por que llegara la noche. Se fastidió ante la demora, mientras Sanhurst subía trabajosamente la escalera con cubos de agua caliente, y se impacientó esperando el baño que se llevaría el cansancio y los dolores de su cuerpo magullado. Eligió con ojo crítico las ropas que se pondría y finalmente se decidió por las de color castaño, un tono sobrio que no llamaría demasiado la atención.

Un dichoso abandono se posesionó de él cuando esa noche cabalgó por las calles hacia el castillo, tarareando una antigua tonada, con el ánimo considerablemente ligero. Ahora fue recibido en forma diferente en la corte. Su caballo fue admirado abiertamente por los hombres. Un paje lo guió al salón, e inmediatamente después de entrar fue recibido por un numeroso grupo de lores. Ellos le hicieron cumplidos y lo felicitaron por la batalla. Cuando se apartaron un poco, él vio a Aislinn en el otro extremo del salón, silenciosa, de pie junto a otra mujer. Sus miradas se encontraron y ellos intercambiaron sonrisas. Ella era una beldad serena, aparentemente inalcanzable, y Wulfgar se maravilló de ser él, entre todos los altos señores presentes, el único con derechos sobre ella.

Se separó de los hombres y fue hacia ella. Aislinn se adelantó a recibirlo.

-Nuevamente, milord —murmuró ella—. Me has ganado.

La expresión de él no cambió cuando le ofreció el brazo y ella apoyó en él la mano.

-Ven -le dijo, y la acompañó hasta sus asientos ante la mesa. Sus modales eran los adecuados en un caballero victorioso que reclamara su premio, y ninguno de los presentes adivinó la verdad. Dentro de su pecho, había un deseo casi doloroso de tomarla en brazos y acallar sus protestas con besos. Caminar junto a ella lo dejaba sin fuerzas, lo mismo que sentir sobre su brazo el toque ligero de ella y reprimir el deseo de volverse y sorprender a la corte con lo que sentía.

La comida transcurrió en medio de conversaciones ligeras y con muchos brindis por Normandía, la corona, Inglaterra y, finalmente, la victoria de Wulfgar en ese día. La comida había sido devorada, el vino bebido y el coraje y la destreza de Wulfgar con las armas bien comentados cuando los invitados empezaron a dispersarse rápidamente. Un paje se acercó a Aislinn y le murmuró algo al oído. Ella se volvió hacia Wulfgar.

-El rey desea hablar contigo en privado, y yo debo ir a prepararme. Adiós, por ahora, milord.

Wulfgar se levantó y esperó a que los sirvientes retirasen la mesa, y entonces se arrodilló ante su rey. Oyó que las puertas se cerraban tras los sirvientes y la estancia quedó vacía. El obispo Geoffrey fue a situarse detrás de la silla de Guillermo.

-Sire, estoy a vuestras órdenes -dijo Wulfgar, inclinando la cabeza.

-Levantaos, señor caballero, y escuchad mis palabras –respondió Guillermo con firmeza—. Habéis librado esta batalla y habéis ganado. Las tierras de Darkenwald y Cregan, y todo lo que hay en medio y en sus alrededores, son vuestras y de lady Aislinn. Que nadie, desde este día en adelante, cuestione vuestros derechos de posesión. Sé que las tierras no son muy extensas y por eso no os daré señorío sobre ellas. En cambio, os doy título pleno. Las mismas dominan los caminos hacia el este y el oeste y la ruta costera más corta desde Londres. Es mi deseo que construyáis en Darkenwald un buen castillo de piedra que pueda albergar alrededor de un millar de caballeros, por si surgiera la necesidad.

Aunque Cregan está en el cruce de caminos, también se encuentra en las tierras más bajas y débilmente protegidas. Un castillo, allí, sería un testimonio de nuestro dominio. Darkenwald servirá para el mismo propósito y está anidada entre las colmas. Allí deberá ser construido el castillo. Vos escogeréis el sitio y lo construiréis sólido y bien. Los noruegos aún siguen mirando a Inglaterra con codicia y los reyes de Escocia también se unirían a sus propósitos. De modo que debemos planificar.

Se detuvo y levantó una mano hacia el obispo, quien se adelantó sacando de sus voluminosas vestiduras un rollo de pergamino que desplegó y leyó lentamente. Cuando terminó, el rey puso su sello en el documento y el obispo lo entregó a Wulfgar y se retiró de la estancia. Wulfgar se recostó en su sillón y aferró con las manos los brazos del robusto asiento.

-Vuelvo a deciros que ha sido un día para recordar, Wulfgar. No lo dudo.

-Mi señor es demasiado amable, sire —murmuró Wulfgar, algo abrumado por el regio elogio.

-Sí, Wulfgar, soy muy amable -suspiró Guillermo-. Soy demasiado amable, pero nada hago sin motivos. Sé que vos me sois leal y que os ocuparéis de mis asuntos, porque pronto tendré que regresar a Normandía. Aun en aquella hermosa tierra hay quienes querrían verme despojado para sus propios fines, y tengo pocos hombres realmente leales para que se ocupen de mis asuntos aquí. Construid un castillo fuerte, os lo ordeno, y conservad las tierras para vuestros hijos. Conozco muy bien la situación de un bastardo y es justo que deba compartir mi fortuna con otro de mi clase.

Wulfgar no encontró palabras para responder y el rey se levantó, se adelantó y tendió una mano. Wulfgar la estrechó y los dos quedaron un momento mirándose a los ojos, como soldados.

-Hemos compartido muchas copas, buen amigo —dijo Guillermo suavemente—. Seguid vuestro camino, prosperad, y en ningún momento de tontería permitáis que lady Aislinn se aleje de vos. Creo que ella es una rara mujer y que honraría a cualquier hombre como esposa.

Wulfgar cayó otra vez de rodillas y rindió homenaje a su rey.

-La dama será enviada a vos a su debido tiempo, Wulfgar -continuó Guillermo-. Yo volveré a veros antes que salgáis de Londres y antes que salga yo hacia Normandía. Buena suerte, Wulfgar. Buena suerte, amigo.

Con eso, Guillermo abandonó la habitación y Wulfgar se dirigió al patio, donde esperaba su caballo. Montó y abandonó el patio del castillo, aunque tenía pocos motivos para darse prisa en regresar a la casa. No pudo dejar de preguntarse cuándo Guillermo pondría nuevamente a Aislinn bajo su custodia y se reprochó no haber sabido defender mejor su causa. Empezó a vagar sin rumbo fijo, mirando los edificios frente a los que pasaba. Encontró una taberna pequeña y entró, pidió un pichel de ale al tabernero, pensando que quizá la bebida calmara un poco su soledad. Una buena cantidad de ale, pensó burlonamente, podría hacerle la noche más soportable. Levantó la copa y la bebida le supo amarga en la boca. No lo calmó, y pronto él se levantó dejando la copa medio llena. Montó nuevamente, siguió cabalgando y se detuvo en otra posada, donde pidió un fuerte vino tinto. Pero esto tampoco le sirvió de consuelo. Se puso nuevamente en camino y se encontró una vez más frente a la casa del mercader. La miró con el corazón acongojado, sin decidirse a entrar. Era tarde cuando por fin entró en el salón y los otros hacía rato que se habían acostado. Un fuego ardía débilmente en el hogar y él se detuvo para avivarlo para la noche. Subió la escalera con pasos lentos, pero cuando pasó frente a la pequeña habitación que había sido de Hlynn oyó un débil sonido.

¿Qué era? Se detuvo. ¿Era posible? ¿Hlynn? Es Hlynn. Y si es Hlynn, entonces Aislinn tenía que estar...

Ahora sus pies lo llevaron con urgente prisa hacia la puerta del dormitorio principal. Abrió y la vio a ella, de pie junto a la ventana, peinándose. Se volvió cuando él entró y le sonrió. Él cerró la puerta tras de sí, se apoyó en ella y recorrió con los ojos la habitación. Todo estaba en su sitio, los vestidos de ella donde debían estar y sus peines sobre la mesilla. Ella tenía puesta una suave camisa blanca. Parecía emitir un fulgor propio y su sonrisa brilló cálidamente a la suave luz de la bujía que ardía a su lado. Aislinn no pudo verlo muy bien en la oscuridad más allá del círculo de luz de la vela, pero súbitamente él estuvo allí, tomándola en sus brazos, levantándole la cara para besarla en la boca,, ahogando todas las palabras, todos los saludos, en un saludo más antiguo que todos. El no le dio tiempo para respirar sino que la levantó en sus brazos y la llevó gentilmente hasta la cama. Ella trató de respirar y hubiera hablado, pero él la besó nuevamente en la boca, se le puso encima y la aplastó contra el cobertor. Sus manos se deslizaron dentro del cuello de la camisa y sus labios ardientes dejaron una huella de fuego sobre la garganta de ella, hasta donde su mano le acariciaba los pechos suaves. Después levantó la prenda para quitársela pero retrocedió, confundido. Los labios de Aislinn temblaban y sus ojos estaban fuertemente cerrados, aunque las lágrimas alcanzaban a salir y corrían por sus mejillas. Él la miró ceñudo e intrigado.

—Aislinn, ¿tienes miedo, amor mío?—preguntó.

—Oh, Wulfgar —dijo ella, entrecortadamente—. Temo solamente que me arrojes de vuestro lado. —Abrió los ojos y lo miró.— Una copa puede ser llenada a menudo con vino y saboreada con todo placer pero cuando se dobla y lastima los labios, es descartada para no ser usada nuevamente. Es un objeto. Comprado. Poseído. Usado. Yo soy una mujer, y temo que llegue el día en que me doble y sea dejada de lado, y venga otra a satisfacer tus necesidades.

El se rió de los temores de ella.

—No hay ninguna copa donde el vino sepa mejor una vez que está llena. Sí, pobre copa, mi mano se ha acostumbrado a tenerte y tú proporcionas mucho más de lo que jamás llegaré a llevarme a mis labios. Doblada o no, encuentro tu contenido mucho más satisfactorio que el vino que podías contener. —Se burló ligeramente de ella.- Y tú también tienes tus placeres. Lo sé.

Ella se incorporó, se sentó sobre sus pies y arregló su camisa a su alrededor.

—Milord —dijo, mirándolo a los ojos—, he pasado estos días en la corte de Guillermo. Me comporté como una doncella amable y él me trató como a tal y todos los lores se mostraron corteses conmigo, aunque la falsedad de todo ello me supo amarga en mi boca, porque yo sé lo que soy.

—Te denigras a ti misma, querida, porque este día he arriesgado mi vida por ti en el campo del honor. ¿Qué precio más alto es el que pides?

Ella rió en tono burlón y agitó una mano.

—¿Qué precio pagas por tus mujeres en Normandía? ¿El costo de dos o tres vestidos? ¿Una moneda, un puñado de monedas? ¿Qué diferencia hay entre una moneda y un millar? Pero la mujer sigue siendo una prostituta. Por esta noche, el precio es una hora de tu vida. Es un precio elevado, lo admito. —Le apoyó una mano en el brazo.— Hasta para mí, porque yo quizá valoro tu vida más que tú. ¿Qué precio pagó Guillermo por tu vida, por tu lealtad bajo juramento? ¿Me jurarías lealtad a mí? Pero cualquiera que fuese el precio que me pusieras, yo sigo siendo una mujer, una mujer bien criada. Si me entregase voluntariamente por tu precio, seguiría siendo una prostituta.

Wulfgar se levantó y la miró encolerizado.

-Eres mía, doblemente mía según lo declarado por tus propios labios.

Aislinn se encogió de hombros y le sonrió suavemente.

-Una elección entre males, una para aliviar la carga de otro individuo detestable, una para salvar tu honor. Wulfgar, ¿no puedo conseguir que me comprendas? -Señaló la puerta con una mano.- Puedo salir por esa puerta a las calles, ¿y qué me dirías si yo trajera esta noche a mi cama a docenas de lores de elevada reputación?

Wulfgar meneó la cabeza y hubiera negado, pero ella habló con vehemencia, como si pudiera hacer entrar a la fuerza los pensamientos en la cabeza de él.

-Wulfgar, escúchame. ¿Qué importa uno o una docena? ¿Qué importa el precio? Si me entrego voluntariamente, entonces soy una prostituta.

Ahora él la miró casi con desprecio, perdida ya su inclinación amorosa.

-Entonces, ¿qué importa tu puñado de monedas o unas palabras dichas en un lugar santo? ¿Dónde está la diferencia, salvo que atas a un hombre de por vida?

Ella volvió el rostro y las lágrimas volvieron a brotar, pues supo que él no entendía lo que la hacía a ella la misma mujer que él deseaba.

Habló con tanta suavidad que él tuvo que esforzarse para escucharla.

-Estoy aquí, donde deseas tenerme. Puedo llorar y entregarme nuevamente, pero nuevamente resistiré hasta el límite de mi voluntad.

Inclinó la cabeza, en un gesto de amarga derrota, y las lágrimas cayeron lentamente sobre el dorso de sus manos enlazadas en su regazo.

Incapaz de soportar el verla llorar, e igualmente incapaz de consolarla, Wulfgar finalmente se volvió y salió airadamente de la habitación.

En el salón, fue hasta el hogar donde quedó mirando pensativo las llamas. Hizo rechinar sus dientes.

"¿Siempre tendré que violarla?", murmuró para sí mismo. "¿Cuándo ella vendrá a mí como yo desearía tenerla?"

-¿Hablabais, milord? -dijo detrás de él una voz nasal, y Wulfgar se volvió y se encontró con Sanhurst, quien lo miraba fijamente.

-¡Cerdo sajón! -rugió-. Sal de mi vista.

El joven se apresuró a obedecer a su amo y arriba, en la habitación, Aislinn oyó la voz de Wulfgar y supo que su cólera caía sobre otros. Se levantó de la cama y fue hasta la puerta, casi perdida su determinación. Suspiró, meneó la cabeza, fue hasta la ventana, apoyó la cabeza en los vidrios y miró hacia la ciudad oscura y brumosa.

El fuego se había apagado en el hogar cuando Wulfgar vino nuevamente al dormitorio, Aislinn, en la cama, cerró los ojos y fingió dormir, escuchándolo moverse en la habitación a oscuras. Después la cama se hundió bajo el peso de él. Ella lo sintió acercarse y se limitó a suspirar y moverse semidormida. Sin embargo, Wulfgar no pudo soportar la proximidad de ella. Sus manos se movieron y pronto sus caricias se hicieron más audaces. La atrajo hasta que quedó debajo de él, acostada de espaldas. Sus labios se unieron y la besaron, suavemente al principio, apasionadamente después, hasta que ella quedó débil, sin aliento, sometida a la voluntad de él.

—No, no, por favor —susurró ella, pero él no hizo caso de sus palabras y ella supo que nuevamente había perdido su batalla. Él la tomó y ella sollozó mientras su cuerpo respondía con voluntad propia. Nuevamente debajo de él, el torrente creció hasta que oscureció a todo lo demás y después pareció levantarla en sus olas y arrojarla rápidamente hacia su perdición.

Cuando la pasión amainó, ella quedó exhausta en brazos de él y extrañamente no sintió sollozos ni lágrimas. Se preguntó intrigada por la extraña satisfacción que parecía llenarla ahora y por los tiernos modales de él para con ella. Le había hecho regalos después de jurar que no era su costumbre. Había dicho que no peleaba por mujeres, y, sin embargo, lo hizo por ella. De modo que era evidente que él poda cambiar de opinión y que podría cambiar nuevamente.

Los días siguientes pasaron rápidamente mientras Wulfgar atendía a sus obligaciones y era llamado a menudo al castillo para ocuparse de los detalles de su propiedad. Cuando estaban juntos en público, Wulfgar y Aislinn parecían dos enamorados; había un demorarse cuando se tocaban y sus miradas resplandecían de ternura cuando se encontraban. Pero cuando estaban solos en su habitación, Aislinn se volvía fría y remota y parecía temer al más ligero contacto de Wulfgar. Su resistencia empezaba a cansarlo. Cada vez, debía empezar de nuevo y atacar la fortaleza de ella con paciencia y vigor, aunque después de terminado el juego, ella, que antes se había mantenido retraída, ahora se le acercaba y gozaba del consuelo de estar entre sus brazos.

Hacía tres días que había llegado una carta de Guillermo liberando a Wulfgar de sus obligaciones en la corte y ordenándole que regresara a Darkenwald y se ocupara de las tareas que allí requerían su presencia. Ese día él se vio absorbido por una cantidad de asuntos que atender y regresó tarde. Aislinn comió sola y después lo esperó en la habitación con una fuente de carne calentándose frente al hogar y una jarra de ale enfriándose en el alféizar de la ventana. En su última noche en Londres, se acercaron los dos a la ventana y

contemplaron la ciudad, hasta que la luna estuvo sobre sus cabezas, mientras entre ellos había una quietud, una serenidad y contento que no habían experimentado antes. Aislinn se apoyó en Wulfgar y él permaneció detrás de ella rodeándola con los brazos. Ella disfrutó de esos momentos como nunca lo había

A la mañana siguiente hubo prisa. Los últimos objetos fueron empacados en envoltorios y llevados abajo. Aislinn se vistió y se envolvió en la abrigada capa forrada de pieles que tanto apreciaba y bajó al salón, donde desayunó rápidamente antes de ir a los establos. Su pequeña yegua roana estaba atada a la parte posterior del carro, sin silla ni brida. Ella se volvió intrigada y encontró a Gowain, quien la observaba de cerca.

-Señor caballero, ¿yo voy a viajar en el carro?

-No, milady. Vuestra montura está más allá.

El joven levantó una mano y señaló. Hubo una extraña sonrisa en sus labios pero no dijo nada más sino que se volvió y se alejó. Aislinn lo miró sorprendida y fue hacia donde él le había indicado con su ademán. Allí, en el establo, estaba la hermosa yegua de pelaje rucio moteado. Sobre el lomo estaba su silla para montar de lado y adelante una abrigada manta para que se cubriera las piernas durante el viaje. Aislinn pasó una mano por el flanco del animal y admiró su suave color gris azulado. Súbitamente sintió una presencia a sus espaldas, se volvió y encontró a Wulfgar, quien la miraba con una sonrisa divertida. Ella abrió la boca, pero fue él quien habló.

-Es tuya -dijo Wulfgar bruscamente, y se encogió de hombros-, Te debía una yegua.

Dio media vuelta, llevó a su caballo afuera y montó. Aislinn sintió nuevamente una calidez dentro de su pecho y nuevamente recordó que él había dicho que nunca gastaba mucho en sus mujeres. Feliz, llevó su yegua afuera y miró a su alrededor, pues no había nadie que la ayudase a montar. Sir Gowain vio la situación, saltó aparatosamente de su caballo, le tendió una mano y la instaló cuidadosamente sobre la silla, después de lo cual la arropó abrigadamente con la manta. Enseguida, el joven volvió a montar y el grupo se puso en movimiento.

Aislinn no recibió ni una palabra ni un gesto de Wulfgar, de modo que buscó en la caravana un lugar a unos pasos detrás de él. Se abrieron camino cuidadosamente por las calles de Londres, seguidos del rechinante carro detrás de los caballeros y los arqueros cerrando la marcha. Cruzaron el puente y por el camino que atravesaba Southwark salieron a campo abierto. Allí, Wulfgar miró una y otra vez hacia atrás, como para asegurarse de que todo iba bien a sus espaldas. Por fin levantó las riendas de su caballo y aguardó hasta que Aislinn estuvo a su lado. Enseguida continuaron la marcha y ella sonrió, porque ahora ocupaba el lugar de una esposa al lado de su señor.

Empezó a hacer frío y esa noche hicieron un campamento con tiendas, una para Wulfgar y Aislinn, otra para los caballeros y una tercera para el resto de los hombres. Hlynn debió acomodarse en el espacio que pudo encontrar en el carro, que quedó cerca de la tienda de Wulfgar. Fue encendido un gran fuego, y después de una comida caliente, se retiraron a las tiendas para protegerse del aire helado de la noche. Todo quedó en silencio y Aislinn podía ver la luz vacilante de las llamas a través de las paredes de la tienda. Grandes y abrigadas mantas los cubrían y pronto ella sintió que Wulfgar se le ponía más cerca y que su mano a empezaba a explorar. Llegó un ruido desde el carro donde Hlynn estaba preparando su jergón y Wulfgar pareció irritarse. Pero pasaron unos momentos y nuevamente Aislinn sintió que él la tocaba y nuevamente, como a propósito, llegó un ruido desde el carro. El se apartó. Ella lo oyó maldecir en voz baja y después su voz se convirtió en un airado susurro.

-Esa da tantos golpes como un toro en un corral de apareamiento.

Nuevamente se le acercó y nuevamente lo intentó, y nuevamente Hlynn hizo ruidos en el carro. Wulfgar gruñó una maldición, se puso de lado y levantó la piel hasta su mentón. Aislinn rió por lo bajo del fastidio de él y supo que por esa noche estaría segura. Poco después, se acurrucó contra la espalda de él para calentarse.

El día siguiente amaneció frío y radiante y los caballos despedían al respirar nubecillas de vapor que se condensaban en las bridas y se congelaban. Nuevamente se pusieron en camino y Aislinn se sintió muy dichosa, porque sabía que esa noche la pasarían en su hogar, en Darkenwald.

17

El día era frío y despejado, como suelen serlo los días de enero. No hubo fanfarria ni trompetas para recibirlos, pero fue lo único que faltó cuando la alegre procesión entró en el patio de Darkenwald, porque pareció como si todas las personas de millas a la redonda se hubiesen congregado para dar la bienvenida al lord que regresaba a su mansión. Aislinn estaba cálidamente envuelta en los pliegues voluminosos de su capa forrada de pieles de zorro y venía montada con elegancia en su yegua. El animal era de patas largas y brioso, y relinchaba de excitación, pero ella la contuvo para mantenerse cuidadosamente detrás de Wulfgar. Él guió a su gran caballo entre la muchedumbre y se apeó frente a la casa. Cuando un lacayo tomó la brida de la montura de Aislinn, Wulfgar la bajó de la silla y la depositó junto a él. Se inclinó cuando Aislinn levantó la cabeza para hacerle una pregunta y Gwyneth arrugó la frente cuando vio a la pareja desde la puerta de la casa y notó que cuando se tocaban era casi como si se acariciasen.

Cuando fueron hacia la casa, una multitud se reunió a su alrededor: los caballeros que habían acompañado a Wulfgar y los normandos que se habían quedado; un ruidoso grupo de niños que se atropellaban para tocar a los caballeros, especialmente a Wulfgar, y una cantidad de aldeanos deseosos de tener noticias del mundo exterior.

Gwyneth entró nuevamente en la casa, y cuando se abrió la puerta, los sonidos del interior se mezclaron con los del exterior. Los perros ladraron a los desconocidos y se oyeron gritos de saludo. El apetitoso aroma a cerdo asado llegó desde el hogar, donde dos muchachos jóvenes daban vueltas al asador. El olor se mezcló con el olor a sudor y a cuerno y el aroma picante del ale recién servido.

Aquí, Aislinn conocía cada voz y cada aroma. Los ruidos parecían atacar a los sentidos pero ella se sintió más vivaz y alerta en esta cacofonía de sonidos, espectáculos y olores. Su corazón latió con fuerza cuando fue recibida por rostros familiares. Estaba en su casa, lejos de las posturas afectadas de la corte. Las mujeres gritaban para acelerara el festín y los caballeros y guerreros encontraron cuernos de ale para calmar su sed. Muchos fueron levantados y se hicieron brindis de un extremo al otro del salón. El ruido fue apagándose hasta convertirse en un grave zumbido y Aislinn se encontró en el centro del círculo de hombres que conversaban animadamente con Wulfgar. Sintiéndose fuera de lugar, trató de apartarse de él para reunirse con las mujeres, pero aunque él no interrumpió su conversación, le puso una mano en un hombro para detenerla y la atrajo nuevamente a su lado. Contenta de quedarse, Aislinn se aflojó y siguió cerca de él, disfrutando del sonido profundo de su voz y de su risa siempre pronta.

El salón quedó en silencio cuando la estridente voz de Gwyneth se impuso a las expresiones de alegría.

-Bien, Wulfgar, ¿has matado tu cuota de sajones?

Se le acercó con pasos lentos mientras los demás le abrían camino.

-¿Has ganado este bello lugar y todo lo que contiene, o pronto tendremos que empacar nuestras pertenencias y trasladarnos a otra parte?

Wulfgar sonrió, tolerante.

-Esto es mío, Gwyneth. Hasta a Ragnor le fue imposible quitármelo.

Ella levantó las cejas inquisitivamente.

-¿Qué quieres decir?

Él la miró con expresión de burla.

-Vaya, Gwyneth, que nos hemos batido a duelo por esta hermosa tierra y por lady Aislinn.

La mujer entrecerró los ojos y miró a Aislinn con expresión acusadora.

-¿Qué se ha propuesto ahora la prostituta? ¿Cómo ha logrado engañaros a ti y a ese digno caballero de armas? Probablemente os ha llenado la cabeza hablándoos mal de mí. Puedo imaginármela muy bien diciendo mentiras y levantando los ojos al cielo con aire inocente.

Wulfgar sintió que Aislinn se ponía rígida contra él, aunque no mostró ninguna señal exterior de cólera.

Gwyneth tendió las manos hacia él y le habló en tono implorante, mientras que Wulfgar le devolvía calmosamente la mirada.

-Oh, ¿no ves su juego, hermano? Ella pretende dirigir Darkenwald a través de ti y volverte en contra de nosotros. Debes reprimir esos bajos impulsos de bastardo y arrojarla de tu lado antes que termine de

dominaros. Harías bien en observar a las gentes mejor nacidas de la corte. Tus costumbres y tus retozos con esta prostituta no sientan bien a un lord, y ella será tu fin.

Gwyneth miró a Aislinn con altanero desdén y continuó con su tirada.

-Ella vuelve a los siervos en contra de mí. En verdad, hasta se interpuso en mi camino cuando yo hubiera castigado a ese insolente de Ham por desobedecer mis órdenes. Sí, hasta Sweyn fue engañado por esta traidora y sin duda se pondrá de parte de ella.

Miró a Wulfgar, enarcó una ceja y sonrió.

-¿Ella no te ha hablado de su afecto por su antiguo enamorado y de sus juegos mientras estabas ausente? Fue conveniente para ellos que trajeses aquí a ese esclavo para que pudieran retozar cuando tú no estabas.

No se le escapó que el rostro de él se ensombrecía y creyó que tenía éxito en su juego.

-Vaya, la buena de Haylan a quien enviaste para que compartiera la casa... —Se volvió y le sonrió al objeto de sus palabras, quien estaba un poco incómoda pero hermosa y vestida con otro de los antiguos trajes de Aislinn.- Aislinn se le abalanzó y no quiso compartir con ella ni el más miserable de sus harapos para que cubriese su cuerpo, hasta que yo puse las cosas en su lugar. No me pareció mal hacerla compartir sus ropas cuando nosotras pasábamos necesidades. Por encima de todo lo demás que hizo, esta esclava obligó a una mujer libre a que asara carne y preparase comida como cualquier sierva.

Wulfgar miró los rostros silenciosos reunidos alrededor de ellos. En algunos vio duda y cólera en otros. Gowain estaba rígido y furioso junto a él, listo para defender a Aislinn si su señor no lo hacía. Wulfgar se dirigió a su hermana.

-Yo no oí ninguna calumnia hasta que apareciste tú, Gwyneth -dijo en voz baja, y vio que los ojos de su hermana se dilataban por la sorpresa-. Ciertamente, Aislinn nada ha dicho de ti ni de Haylan.

Gwyneth tartamudeó, confundida, y Wulfgar sonrió sardónicamente.

-Parece, querida hermana, que ningún labio salvo los tuyos, te han traicionado. Pero ahora que has formulado tus quejas, te ruego que prestes atención a lo que voy a decirte. —Habló secamente.- Yo soy el lord aquí, Gwyneth, y ahora tengo título para ello. También soy juez, y verdugo, si así lo decido. Entiéndelo bien, aquí no se aplicará ningún castigo sino por decisión mía y tú no tienes ningún derecho personal para reclamar parte de mi autoridad, que es solamente mía y que no puede ser usurpada por nadie. Tú, como cualquiera de aquí, debes acatar mis leyes y te diré que no me detendré si alguna vez pienso que debo castigarte. De modo que, hermana, pon mucho cuidado en lo que haces o dices.

Señaló con la mirada a Haylan, con gran temor por parte de la mujer.

-En cuanto a los que he enviado aquí, los envié para que sirviesen en estas tierras con todo el talento que posean y ninguno de ellos fue autorizado a residir en esta casa.

Volvió por un momento su atención a Aislinn, antes de mirar nuevamente a Gwyneth en los ojos.

-Te niegas a aceptar que Aislinn me sirve bien y fielmente en todas las cosas y trata de reparar lo que tú perturbas. Yo disfruto de su compañía y ella vive en mi casa y está bajo mi custodia, lo mismo que tú. Debo decirte otra vez que ella es la dama de mi elección. Lo que es de ella, yo se lo cedo de buena gana por su trabajo, si no por mi propio deseo. Kerwick sabe esto muy bien y conoce el peso de mi mano, de modo que dudo que osaría tocar cualquiera de mis posesiones.

Señaló las ropas que llevaban Haylan y Gwyneth.

-Veo que os habéis apropiado de esos miserables harapos, pero lo que es de ella, de ella es, y en adelante, si se lo quitáis será considerado hurto. No deseo que andéis entrando en mis habitaciones cuando se os dé la gana. No volváis a entrar allí sin mi permiso o el permiso de Aislinn.

Gwyneth permaneció en embarazoso silencio y no pudo encontrar ninguna réplica para arrojarle a la cara.

-En deferencia a tu padre y nuestra madre, digo esto con suavidad —continuó él—. Pero anda con mucho cuidado a fin de no hacerme perder otra vez la paciencia.

-No esperaba que comprendieses mi situación, Wulfgar -suspiró Gwyneth-. ¿Qué soy yo para ti sino una hermana?

Se volvió y salió con una serena dignidad que engañó a algunos. Haylan la miró desconcertada hasta que desapareció y después fue hasta el hogar, donde se asaban un cerdo y algunos animales de caza. Encontró a Kerwick, quien la miraba con una expresión burlona en sus claros ojos azules.

-Vuestras ropas son demasiado finas para este trabajo, milady.

-Cierra la boca, patán -siseó Haylan-. O haré que no te queden ganas de hacer gala de tu ingenio grosero. Mi hermano, Sanhurst está aquí ahora y saldrá en defensa mía.

Kerwick miró al mencionado hermano, quien en ese momento subía laboriosamente la escalera con el cofre de Wulfgar. Su risa sonó con un asomo de desprecio.

-Parece que Sanhurst está demasiado ocupado con lo suyo para interesarse en vuestra situación. Buen muchacho, no trata de compartir la mesa de su amo sino que se contenta con cumplir con sus obligaciones.

Haylan se puso furiosa con la pulla de él, lo miró con odio y volvió su atención a la carne que se estaba asando.

El festín terminó a hora avanzada y ya era tarde cuando Aislinn m subió la escalera siguiendo a Wulfgar hasta su habitación. Wulfgar cerró la puerta tras ellos y observó cómo Aislinn bailaba alegremente por la habitación, feliz de hallarse otra vez en su casa.

-Oh, Wulfgar -gritó ella-. Esta felicidad es demasiado para soportarla.

Él arrugó la frente ante la frivolidad de ella, miró a su alrededor, y medio sintió que la habitación le daba la bienvenida. Su humor había sido alterado por las palabras de Gwyneth, que no podían ser tomadas a la ligera, y ahora su mente buscó una respuesta.

Aislinn se detuvo y se tambaleó, mareada, y enseguida rió y se arrojó cuan larga era sobre la cama. Wulfgar se le acercó y quedó observándola mientras ella rodaba y hacía caer las pieles que cubrían el lecho.

El se inclinó sobre ella y la miró ceñudo. Aislinn notó su expresión pero no vio ninguna razón para ella. Lo miró y se sentó sobre sus talones.

-¿Estás enfermo, Wulfgar? -preguntó, afligida por la actitud de él-. ¿Te duele alguna herida? -Golpeó con la mano la cama junto a ella.- Ven, acuéstate aquí. Yo haré que pasen esos dolores.

Él la miró con expresión aún más sombría.

-Aislinn, ¿has estado engañándome?

Ella abrió muy grandes los ojos, atónita y turbada.

-Antes que hables -le aconsejó él lentamente-, sabes que debo descubrir la verdad. ¿Te acostaste con Kerwick mientras yo estaba ausente?

Ella se levantó lentamente hasta quedar de rodillas, con sus ojos a la altura de los de él. Los ojos grises estaban nublados por la indecisión, pero los ojos de color violeta se oscurecieron hasta que relampaguearon de ira. Aislinn tembló furiosa al pensar en esta afrenta. Su furia estalló. Apretó los puños, y con toda la fuerza que pudo reunir, golpeó directamente en el centro de ese pecho firme. El dolor le dejó los puños entumecidos y arrancó lágrimas a sus ojos, pero él no se movió. Aislinn se enfureció aún más.

-¡Cómo te atreves! Me conviertes en tu esclava y tomas la virtud que yo puedo llamar mía, después osas hacerme semejante pregunta. ¡Oh, eres un asno traidor y...!

Arrebató furiosa una piel y saltó de la cama. Corrió hasta la puerta, donde se volvió para enfrentarlo, aunque todavía no pudo encontrar palabras para desahogar su ira. Indignada, golpeó el suelo con el pie, giró sobre sus talones, bajó corriendo la escalera y cruzó el salón, sin prestar atención a Bolsgar, quien se apartó del hogar para mirarla sorprendido.

Aislinn salió al patio, y al no tener destino mejor en la mente, tomó por el estrecho sendero que llevaba a la cabaña de Maida. Sorprendió a su madre y la hizo sobresaltarse cuando abrió la puerta, la cerró de golpe tras de sí, puso la pesada barra en su lugar y asintió con la cabeza, definitivamente satisfecha de su hazaña. Sin una palabra de explicación, Aislinn se dejó caer en la única silla de la habitación, se envolvió en su piel y quedó mirando al fuego, con expresión petulante. La anciana leyó las señales y vio en el rechazo de su hija a Wulfgar , una dulce venganza. De sus labios escapó una risita y se levantó regocijada de la cama, para empezar a bailar alrededor de su hija, quien la miraba ceñuda. Pero Maida súbitamente quedó en silencio cuando afuera sonaron unas fuertes pisadas y alguien probó la puerta y enseguida empezó a golpear con energía.

-Aislinn -dijo la voz de Wulfgar.

Aislinn se volvió, y por sobre su hombro dirigió una mirada furiosa a la puerta. Enseguida, volvió a clavar su vista en el fuego.

-¡Aislinn!

Las vigas temblaron, pero Aislinn no respondió. Entonces, con gran estrépito, la madera fue arrancada de sus goznes de cuero y cayó al suelo. Maida gritó y corrió hacia un rincón oscuro. Wulfgar pasó sobre la puerta derribada mientras Aislinn se ponía de pie y lo miraba furiosa. El se le acercó.

-¡Zorra sajona! —rugió él—. Ninguna puerta me impedirá llegar a lo que me pertenece.

-¿Yo te pertenezco, milord? —dijo ella, en tono despectivo.

-Me perteneces —rugió él.

Ella habló lentamente, mordiendo cada palabra como si le causarán dolor.

-¿Soy tuya, milord, por derecho de conquista? ¿O quizá, mi lord, soy tuya por las palabras de un sacerdote? ¿O soy tuya solamente porque tú lo dices?

-¿Te acostaste con el cachorro? -gritó Wulfgar.

-¡No! —estalló Aislinn, y después continuó con más suavidad, y más lentamente, como si quisiera que cada palabra saliera clara como el cristal-. ¿Hubiera podido hacerlo con Hlynn, Ham y mi madre presentes y Sweyn cuidando mi puerta? ¿Me hubiera entregado a ese juego para diversión de ellos? -Sus ojos brillaron con lágrimas turbulentas.- ¿Deberé decirte que no en cada ocasión y pedirte que me dejes algo de dignidad si es que me queda alguna? Cree lo que Gwyneth dice si debes hacerlo, pero no esperes que yo me incline y me arrastre ante ti por lo que no ha sucedido. Debes escoger entre creer en mis palabras ó en las de tu querida Gwyneth. Yo no volveré a responder de estas acusaciones y no rogaré que me perdones lo que no he cometido.

Wulfgar la miró un largo momento. Después, tendió una mano y gentilmente le secó una lágrima de la mejilla.

-Has encontrado en mí, sajona, un lugar donde sólo tú puedes hacerme daño.

La atrajo hacia él y la miró a los ojos, lleno de pasión y deseo. Sin una palabra más, la levantó en brazos, pasó sobre la puerta destrozada y la llevó en medio de la noche hacia la casa débilmente iluminada. Cuando cruzaba con ella el salón, Bolsgar rió por lo bajo dentro de su pichel de ale.

-Ah —dijo—, estos jóvenes enamorados, siempre se saldrán con la suya.

18

Eran los primeros días del segundo mes del año y las nieves del invierno se habían alejado, pero las lluvias heladas seguían llegando con regularidad y nubes bajas flotaban sobre las colinas. A menudo, densas nieblas llegaban rodando desde el pantano y permanecían todo el día sobre la pequeña aldea. El frío húmedo entraba hasta los huesos y hacía desear vehementemente la proximidad de un fuego vivo y crepitante para entrar en calor.

La cabaña de Maida se enfrió cuando Aislinn apartó cuidadosamente a un rincón del hogar las brasas que quedaban, a fin de poder retirar las cenizas acumuladas y limpiar el fogón. Aislinn sabía que Wulfgar debía de estar en el establo con sus caballos, atendiéndolos según era su costumbre cuando no tenía demasiadas cosas que hacer. Aislinn había aprovechado esta oportunidad para ocuparse del bienestar de su madre y llevarle un poco de comida, a fin de que Maida no tuviera que aventurarse en la lluvia para conseguirla. La mujer estaba sentada en su rústica cama, con su sonrisa medio demente bailándole en los labios y los ojos brillantes en el interminable crepúsculo del interior de la cabaña, mientras observaba el trabajo de su hija.

Aislinn sintió un dolor en la parte inferior de su espalda y se incorporó para tratar de calmarlo. El súbito movimiento hizo que la habitación pareciera girar brevemente y ella apoyó una mano en la chimenea de piedra para sostenerse. Cuando enjugó de su frente una gota de humedad, las palabras de su madre resonaron en el silencio de la habitación.

-¿El niño ya se ha movido?

Aislinn se sobresaltó y se volvió para mirar a la mujer, con las cejas levantadas por la sorpresa y los labios entreabiertos en una rápida negativa. Bajó de la piedra del hogar y se sentó. Sus manos aferraron la pequeña escoba de ramas que tenía en el regazo y ella levantó los ojos en un mudo pedido.

-¿Creíste que podrías ocultármelo para siempre, criatura? -preguntó Maida, con los ojos brillantes de regocijo.

-No —murmuró Aislinn, sintiéndose un poco sofocada en el aire confinado de la cabaña-. Demasiado tiempo he estado ocultándomelo a mí misma.

Había sabido desde hacía cierto tiempo que estaba encinta. Había un endurecimiento en sus pechos y su regla no había llegado a tiempo desde aquella noche con Ragnor. Una aflicción creció dentro de su pecho junto con un dolor sordo, y el peso de las palabras de su madre pareció caer como un nudo frío en su barriga cuando por primera vez reconoció para sí misma la simiente que allí crecía y se formaba.

-Aja. -La voz de su madre crepitó en sus oídos.- Sé que estás encinta, mi pequeña Aislinn, ¿pero de quién?

Una risa estridente resonó en la habitación. Maida se echó hacia atrás, levantó las manos y se golpeó las rodillas. Después se inclinó hacia adelante y señaló a su hija con un dedo. Una risa sibilante salió entrecortadamente con sus palabras cuando susurró roncamente:

-¡Mira, hija mía! No estés triste. Mira. -Se meció regocijada en la cama.- Qué dulce venganza nos tomaremos de estos bribones caballeros normandos. Un bastardo de un bastardo.

Aislinn levantó horrorizada la vista al pensar que podría llevar en su seno un niño bastardo. No podía compartir el regocijo de su madre y súbitamente sintió la necesidad de estar sola. Buscó su capa y apresuradamente huyó del olor sofocante del lugar.

El frío de la niebla sobre su cara la refrescó y empezó a caminar lentamente, tomando el camino largo para regresar a la casa, entre los sauces que marcaban el borde del pantano. Permaneció un momento en la orilla de un arroyuelo cantarino y creyó sentir que el agua se reía de ella. Aislinn, una vez tan orgullosa, caída tan bajo. ¿De quién es el bastardo que llevas en tu seno? ¿De quién? ¿De quién?

Quería gritar su angustia, su tormento, pero sólo miró atontada las aguas oscuras y agitadas y las formas grises de los árboles, medio ocultos por la niebla, mientras se preguntaba si podría hablar de este asunto con Wulfgar. El no se mostraría feliz, porque obtenía mucho placer de sus nocturnos retozos y este estado de cosas lo afligiría e irritaría. Un pensamiento le vino a la mente pero lo desechó rápidamente; no quería ni pensar que él pudiera arrojarlos a ella y a la criatura de su lado. Su tarea era clara. Debía encararlo en la primera oportunidad que estuvieran a solas.

Esa ocasión llegó más rápidamente de lo que Aislinn se había atrevido a esperar, porque advirtió que Wulfgar estaba completamente solo en el establo. Ella había pensado aguardar hasta la noche, cuando se acostaran, pero supo que sería mejor ahora, cuando él tenía otra tarea para ocupar sus manos y su mente.

Una linterna de sebo colgaba de una viga y Wulfgar trabajaba en su luz débil y humosa. Tenía sujeto entre sus rodillas uno de los cascos de su gran caballo. Con un cuchillo pequeño y corto estaba alisando el borde del casco. Aislinn sintió temor cuando lo imaginó presa de un acceso de cólera al enterarse del estado de ella. Se sintió invadida por la indecisión, pero el gran caballo volvió la cabeza en su dirección y resopló, advirtiendo a Wulfgar de la presencia de otra persona. Aislinn aspiró profundamente y entró, mientras Wulfgar levantaba la vista. El se levantó cuando la vio, soltó el casco y se limpió las manos. Ella se le acercó y Wulfgar notó su actitud vacilante. Mientras esperaba que ella hablase, empezó a frotar los flancos del animal.

—Milord —murmuró ella suavemente—. Me temo que lo que tengo que decir te enfurecerá.

Él rió ligeramente.

—Deja que sea yo quien juzgue eso, Aislinn. Comprobarás que estoy más dispuesto a escuchar la verdad que a oír mentiras.

Ella miró esos ojos grises que le sonreían y dijo bruscamente:

—¿Aun si te dijese que estoy encinta?

Él la miró fijamente un momento, interrumpió su tarea y se encogió de hombros.

—Eso era de esperar. Se sabe que en ocasiones sucede. —Rió por lo bajo y la miró de pies a cabeza.- Quedan unos meses antes que tu tamaño sea un estorbo para nuestro placer.

Aislinn soltó un resoplido que despertó a las palomas que estaban posadas en el ático. El caballo la miró con sus grandes ojos y se apartó un paso, pero Wulfgar demostró menos prudencia que la bestia y quedó donde estaba, sonriendo ante la cólera de ella.

—Supongo que podré soportar la abstinencia, querida mía.

Dio media vuelta, riéndose de su propio chiste, y antes que pudiera dar un paso, Aislinn se arrojó sobre su espalda y empezó a golpearlo con los puños. Wulfgar se volvió, sorprendido, y ella siguió golpeándolo sin detenerse en el pecho, hasta que lo miró a la cara y comprendió que no lo había herido en lo más mínimo. Aislinn hizo una mueca de furia y desprecio y retrocedió un paso, mientras elegía otra forma de ataque, y enseguida lo golpeó en la espinilla con su zapato de gruesa suela. Wulfgar retrocedió ante el ataque, se puso detrás del caballo y se frotó la pierna golpeada mientras le hablaba desconcertado.

-¿Qué locura se ha apoderado de ti, muchacha? —gimió—. ¿Qué ha hecho para merecer este trato?

-¡Palurdo sin corazón! —gritó ella—. Tienes los sesos de una gallina clueca.

-¿Qué quieres que haga yo? -preguntó él-. ¿Que actúe como si ello fuera un gran desastre o un milagro, cuando todo este tiempo estuve esperándolo? Eso tenía que suceder.

—¡Ooohhh! —exclamó Aislinn, aún más furiosa—. ¡Eres un normando insufrible, cabeza de puerco y estúpido!

Giró sobre sus talones, hizo revolotear su capa y pasó junto al caballo, pateando airada un montón de paja que había cerca del animal. Las pajas volaron por el aire y el caballo retrocedió. Wulfgar soltó el aliento con un fuerte wuuufff cuando quedó atrapado entre el caballo y la pared.

Cuando Aislinn se retiraba, su humor mejoró al oír la maldición ahogada de Wulfgar.

-¡Jamelgo estúpido! ¡Muévete!

Aislinn abrió de un empujón la pesada puerta del salón y la cerró con fuerza tras de sí. Airadamente, entró en la habitación. El grupo de hombres que estaban cerca del hogar se volvieron para mirar fijamente esta interrupción. Entre ellos, Aislinn pudo ver a Bolsgar y a sir Milbourne sentados ante un tablero de ajedrez, tan concentrados en el juego que no levantaron la vista. Los otros se volvieron al ver que no había motivos para alarmarse, y Aislinn cruzó apresuradamente la habitación y subió la escalera con incontenible furia. Al encontrarse con Kerwick quien iba a la habitación de Gwyneth con un haz de leña en los brazos, ella recordó que no había encendido el fuego en el hogar de Maida. Se detuvo ante su antiguo prometido.

—Kerwick, ¿querrías buscar leña para mi madre si no estás demasiado ocupado? Me temo que la he dejado mal preparada para la noche.

Él la miró fijamente, notó las mejillas encendidas y la mandíbula apretada y supo que ella estaba muy agitada.

-¿Hay alguna cosa que te cause problemas, Aislinn?

Ella le devolvió la mirada con expresión remota.

—No es nada que valga la pena —respondió.

—Irrumpes aquí como el viento del mar —replicó él—. Me dices que no hay nada que te haya enfurecido.

—No te entrometas, Kerwick —repuso ella.

Él rió, y con la cabeza señaló a los hombres que estaban abajo.

—Sólo queda uno que puede haber causado tu furia. ¿Una pelea de enamorados?

-No es asunto tuyo, Kerwick -dijo Aislinn secamente.

Él dejó la leña a un lado.

-¿Le has hablado del niño? -preguntó lentamente.

Aislinn se quedó mirándolo pasmada, pero él sonrió amablemente.

-¿Él ha tomado mal la noticia? ¿No disfruta con la recompensa del placer?

-Es como si todos vosotros estuvieseis decididos a arreglar mis asuntos -murmuró Aislinn, furiosa, ya recuperada del golpe que para ella había sido la pregunta de él.

-De modo que el gran normando no lo sabe —dijo Kerwick- El guerrea demasiado para estar enterado de cosas de mujeres.

Aislinn levantó la cabeza.

-No he dicho que él no lo sepa -protestó, y cruzó los brazos sobre su pecho—. Ciertamente, él lo esperaba.

-¿Se hará cargo del niño y dejará el crédito a Ragnor? -preguntó él en tono burlón.

Un odio feral relampagueó en los ojos violetas de Aislinn ante la pregunta de él.

-Es hijo de Wulfgar, por supuesto.

-¿Sí? -Kerwick levantó inquisitivamente una ceja-. Tu madre ha dicho...

-¡Mi madre! -estalló Aislinn, y se le acercó un paso-. ¡De modo que así fue como lo supiste!

Kerwick retrocedió, alarmado ante el estallido de ella.

-Ella habla mucho, me temo -dijo Aislinn-. No importa lo que salga de su boca, el niño es de Wulfgar.

-Así será, sí tú lo deseas-dijo Kerwick cautelosamente.

-¡Lo deseo porque es verdad! —replicó ella.

Kerwick se encogió de hombros.

-Por lo menos —dijo— él es más honorable que el otro bribón.

-¡Claro que lo es! —dijo Aislinn con petulancia-. ¡Y no lo olvides, buen amigo!

Entró en la habitación con pasos airados y cerró violentamente la puerta tras de sí. Kerwick quedó muy intrigado por la lealtad de ella hacia Wulfgar, pues según lo que él sabía, el caballero normando se había negado rudamente a casarse con ella.

Aislinn cruzó la habitación, furiosa por la impertinencia de Kerwick. Cómo se atrevía él siquiera a insinuar que podía ser la simiente de Ragnor la que crecía en ella, cuando ella odiaba la mera posibilidad de que fuera cierto.

Golpeó el suelo con el pie. Aun si Ragnor fuera en realidad el responsable, el padre sería Wulfgar y ella estaba decidida a lograr ese objetivo a cualquier precio.

Kerwick cruzó el patio, camino a la cabaña de Maida, pero cuando se detuvo fuera del establo y vio a su señor trabajando, pensó, por los movimientos de Wulfgar y el tono de su voz, que él estaba profundamente irritado.

-Bestia estúpida, asustarte de una chiquilla como esa. Estoy pensando en hacerte castrar.

El semental relinchó y frotó con el morro el brazo de su amo.

-Vete —exclamó Wulfgar—. O volveré a lanzarla contra ti. Ciertamente, eso podría ser el peor castigo.

-¿Problemas, milord? —preguntó Kerwick, entrando en el establo.

Estaba decidido a saber en qué posición se encontraba el normando con Aislinn y si haría por ella lo correcto.

Wulfgar levantó bruscamente la cabeza.

-¿Es que no puedo trabajar tranquilo? —rugió.

-Perdonadme, milord -repuso Kerwick-. Creí que sucedía algo malo. Os escuché hablar...

-Nada malo sucede —replicó Wulfgar, malhumorado—. Por lo menos, nada que yo mismo no pueda enderezar.

-Vi a Aislinn en la casa —dijo Kerwick cautamente, y luchando con el creciente temor que le oprimía la garganta. Demasiado bien recordaba los latigazos en su espalda para no sentirse un poco ansioso por su bienestar cuando mencionaba el nombre de ella en presencia de este hombre.

Wulfgar se enderezó y miró al joven enarcando las cejas.

-¿Sí...?

Kerwick tragó con dificultad.

-Ella parecía muy alterada, señor.

-¡Ella parecía muy alterada! —estalló Wulfgar, y a continuación murmuró-: Ni siquiera la mitad de lo que estoy yo.

-¿Os desagrada la criatura, milord?

Wulfgar se sobresaltó como había hecho Aislinn, entrecerró los ojos Y los clavó en el sajón.

- ¿De modo que ella te lo dijo, verdad?

Kerwick se puso notablemente pálido.

-Su madre lo hizo, hace cierto tiempo.

Wulfgar arrojó el trapo que tenía en la mano contra una rústica mesa que tenía cerca de él.

-Esa tonta de Maida tiene la lengua muy suelta.

-¿Cuáles son vuestras intenciones, milord? —dijo Kerwick, ahogándose antes que el miedo le hiciera tragarse las palabras.

Los ojos grises de Wulfgar taladraron al joven.

-¿Olvidas tu lugar, sajón? ¿Has perdido la razón? ¿Has olvidado que aquí yo soy el lord?

—No, señor mío —replicó Kerwick apresuradamente.

—Entonces, recuerda también que no permitiré que me interrogue un esclavo —dijo Wulfgar, claramente, acentuando cada palabra.

—Milord -repuso Kerwick lentamente-, Aislinn es bien nacida y, criada. Ella no podría soportar la humillación de tener un hijo fuera de los lazos del matrimonio.

Wulfgar soltó un resoplido y se volvió.

—Creo, sajón, que subestimas mucho a la muchacha.

—Si lo reclamáis como Ragnor, entonces...

—¿Ragnor? —Wulfgar giró y clavó en el rostro de Kerwick sus ojos de acero gris y helado—. Vas demasiado lejos, sajón, al plantear la cuestión de la paternidad. No es asunto tuyo.

Kerwick suspiró.

—Parece que Aislinn piensa lo mismo. En realidad, ella usó casi las mismas palabras.

Wulfgar se aflojó.

—Entonces, debiste prestarle atención, sajón.

—Ella no tiene a otro que defienda su honor, milord, y yo sólo deseo lo mejor para ella. La conozco desde que llegó al mundo, hace unos dieciocho inviernos. No puedo soportar el verla deshonrada.

—Yo no le haría ningún daño —replicó Wulfgar—. La criatura puede ser enviada a Normandía y nadie conocerá las circunstancias. Allí hay amigos míos que atenderán y criarán adecuadamente al niño. La criatura tendrá muchas más ventajas que yo.

Kerwick lo miró con atención.

—¿Os proponéis enviar allí a Aislinn, también?

—Claro que no -respondió Wulfgar, sorprendido-. Nosotros seguiremos como antes.

Ahora Kerwick soltó un resoplido despectivo.

—No, milord, vos podréis conocer a las mujeres de la corte, pero me temo que tenéis mucho que aprender acerca de Aislinn. Ella no permitirá que la separen de su hijo.

Wulfgar lo miró ceñudo.

—A su debido tiempo, ella comprenderá qué es lo más sensato.

Kerwick soltó una breve carcajada.

—Entonces, milord, escuchadme: hasta que llegue el momento, nada digáis de ello.

Wulfgar enarcó una ceja.

—¿Me amenazas, sajón?

Kerwick meneó la cabeza.

—No, milord, pero si deseáis conservar a lady Aislinn a vuestro lado, no le digáis nada de esto a ella ni a nadie que pudiera advertirla.

Wulfgar miró fijamente a Kerwick y cuando habló, lo hizo en un tono cargado de sospechas.

-¿Entonces, conservarías a la criatura aquí, para que señale mis pecados y mantenga vivo el odio hacia el padre normando?

Kerwick suspiró de frustración y bajó la cabeza en una fingida reverencia.

-Nuevamente no, milord. -Levantó los ojos hacia los de su señor y habló con vehemencia- Pero sire, ¿creéis que Aislinn es una doncella tímida a quien podríais arrebatarle su hijo de su pecho y enviarlo al otro lado del mar? ¿Pensáis que después ella se arrojara a vuestros brazos? No, ¿y podríais evitar mucho tiempo la punta de su daga? ¿O desenvainaríais vuestra espada y la mataríais antes que ella huyera o se vengase? -Levantó una mano para detener la respuesta de Wulfgar- Pensadlo bien, milord -advirtió-. Podréis tenerlos a los dos, o a ninguno.-Meneó la cabeza-. Pero jamás a uno solo.

Wulfgar lo miró fijamente un momento y después volvió su atención a su trabajo, muy irritado.

-Vete, sajón. Pones a prueba mi carácter. Ella hará lo que le digan.

-Sí, milord.

El tono de voz de Kerwick hizo que Wulfgar se volviera y nuevamente clavara la vista en el joven. Vio desprecio e incredulidad en el rostro de Kerwick y abrió la boca para reprenderlo, pero el siervo giro sobre sus talones y lo dejó boquiabierto. Así siguió un largo momento, después cerró la boca y volvió pensativo a su trabajo de atender a su caballo.

Aislinn estaba sentada ante el hogar en el dormitorio envuelta nada más que con una manta, cuándo oyó las pisadas de Wulfgar en el pasillo. Parecían más lentas que lo habitual, como si él vacilara antes de entrar en la habitación. Ella se inclinó sobre la suave camisa de lino que estaba haciendo para él y dirigió toda su atención a las puntadas pequeñas y prolijas, de modo que cuando él entró, no había señales de la cólera que ella había sentido hacía unos momentos. Él la había visto en muchas ocasiones haciendo esta misma tarea y aparentemente con el mismo estado de ánimo. Ella levantó la cabeza, y lo saludo con una sonrisa, pese a que él estaba ceñudo y la miró con cierta desconfianza. Aislinn vio que él se había lavado en el establo porque alrededor de su cara el pelo estaba húmedo y las mangas de su camisa estaban dobladas hacia arriba.

-¿Te sientes mejor?-preguntó él.

-Me siento muy bien, milord. ¿Y tú? -replicó ella dulcemente.

Wulfgar respondió con un gruñido, empezó a desvestirse y, como siempre, dobló y puso sus ropas prolijamente en su lugar.

Aislinn dejó su costura a un lado y se levantó de la manta, atrayendo la mirada de Wulfgar al dirigirse desnuda hacia la cama. Se estremeció cuando la alcanzó una corriente de aire, subió apresuradamente al lecho y se cubrió hasta el mentón con las pieles. Levantó la vista hacia Wulfgar, quien seguía observándola pero que se volvió abruptamente. Ella observó sus movimientos cuando él avivó el fuego, y pasó un largo momento hasta que él por fin fue hacia la cama. Se quitó la espada, que dejó en el suelo. Aunque ahora ya no atrancaba la puerta por las noches, no había abandonado esa simple precaución.

El se quedó mirándola fijamente un momento, con las manos en las caderas y un ceño ominoso en su cara. Aislinn rodó de costado y le volvió la espalda, sin darle oportunidad de que dijera lo que fuese que tenía en la mente. Después de un instante, él sopló la vela y Aislinn sintió que se acostaba. Wulfgar se deslizó debajo de las pieles pero no hizo ningún intento de acercarse. En realidad, pareció quedarse tenso e irritado junto a ella. Aislinn se estremeció otra vez y se acurrucó debajo de los cobertores. Habitualmente, él compartía con ella su calor, pero ahora ella supo, por la actitud de él, que estaba de un humor diferente. El tiempo pasó lentamente. Cuando por fin ella se volvió, le sorprendió encontrar los ojos de él mirándola fijamente en el resplandor del fuego, con una expresión intensa, como si quisieran leerle los pensamientos.

-¿Estás perturbado, milord? -preguntó ella.

-Solamente por ti, amor mío —replicó él—. Cualquier otra cosa que fuera, no podría demorar ni a una hormiga.

Aislinn rodó hasta quedar en su anterior posición y guardó silencio, pero no dejó de sentir sobre ella la mirada implacable de él. Siguieron transcurriendo los momentos, aparentemente cada vez con mayor lentitud, y él siguió sin hacer ademán de acercarse.

-Tengo frío -se quejó ella suavemente.

El se acercó un poco, pero no lo suficiente para compartir el calor de su cuerpo. Aislinn no pudo reprimir otro estremecimiento y después de una larga pausa por fin él se acercó más, lo suficiente para darle calor, pero solamente apoyó contra ella su pecho y mantuvo rígido todo su cuerpo.

Un millar de pensamientos en la mente de Wulfgar quedaron desplazados por solamente uno. La suave presión de la piel de Aislinn contra su pecho hizo que su imaginación fuera hacia otras partes del cuerpo de ella, los pechos llenos y maduros, las piernas largas, esbeltas y hermosas, rectas y perfectas, esas finas caderas...

Aislinn casi se sobresaltó cuando sintió repentinamente todo el cuerpo de Wulfgar contra ella. Enseguida, él la rodeó con un brazo, ella abrió grandes los ojos y las manos de él hicieron cosas que nada tenían que ver con hacerla entrar en calor. Finalmente, la hizo volverse y la miró un momento. Ella clavó su vista en esos ojos grises, duros y brillantes de deseo.

-Tú sabes lo que yo quiero -murmuró él roncamente, antes de besarla en la boca.

Wulfgar se dedicó primero a saborear la frialdad del animo de ella mientras su mano disfrutaba de absoluta libertad. Pero insistió. Sus labios se demoraron, se movieron y jugaron, y entreabrieron los de ella con besos ardientes, hambrientos que la dejaron sin aliento. Aislinn ya no sintió frío. Ciertamente, las ascuas de su pasión fueron avivadas hasta convertirse en llamas que la consumían. Se le escapo un gemido suave, de desamparo, mientras puso los brazos alrededor del cuello de él y sus labios se rindieron a la intensidad de los besos de Wulfgar. Él supo que una vez más había roto el hielo que la rodeaba. Ahora la boca de ella parecía aferrarse a la de él y ella respondía a los embates de él con todo el vigor de su cuerpo trémulo. En este momento, ambos daban y tomaban hasta que quedaron fundidos en uno solo por el calor de su pasión. Los labios de Wulfgar le rozaron la frente, la oreja, y el suave aroma de lavanda subió hasta llenarle la cabeza. Apretó su cara contra el cuello de ella y sus labios la quemaron con su ardor. Aislinn se estremecía debajo de él volvía su rostro para recibir los besos y cuando el nombre de él se le escapó con una rápida, suspirante urgencia la boca de él se apoderó nuevamente de la de ella y quedaron ambos atrapados en un torbellino que los arrastró en sus vertiginosas corrientes hasta alturas inimaginables, llevándolos cada vez mas hacia arriba, hasta que quedaron libres y parecieron flotar, enlazados en el mutuo deleite.

Wulfgar se levantó y bajó la vista hacia Aislinn, quien ahora estaba inmóvil y dormía profundamente. Un ligero ceño le oscurecía la frente y sus labios se entreabrían cuando respiraba. El cabello dorado rojizo estaba extendido entre las pieles y sus hombros se veían blancos y suaves. Él meneó la cabeza, confundido por los cambios de humor de ella y sus pensamientos aventaron al sueño que sentía. Se puso sus calzas y su túnica, salió silenciosamente de la habitación y bajo al salón.

Bolsgar estaba allí, repantigado en su sillón frente al hogar, bebiendo de un cáliz con vino de una cosecha seleccionada. Wulfgar acerco una silla a la del anciano y después de servirse una copa del mismo odre, se sentó. Los dos contemplaron varios minutos los leños crepitantes, en silencio, hasta que el anciano habló.

-¿Qué te perturba, Wulfgar?

Pasó otro largo momento antes que el joven respondiera con una pregunta que lo atormentaba.

-¿Dónde está el nudo de la mente de una mujer, Bolsgar? -Suspiró. Volvió el rostro hacia el otro y los ojos grises se oscurecieron en penosos pensamientos.- ¿Por qué ella me atormenta de este modo? ¿Es que nada le importa de mí, o busca vengarse?

-Pobre tonto -dijo Bolsgar, riendo por lo bajo-. Una mujer es la cosa más blanda y al mismo tiempo el acero más filoso que puede producir esta tierra. Ella debe ser mimada y atendida sin cesar. Ella es un arma para ser arrojada en la batalla más fiera pero para que te sirva bien, tiene que ser afilada y asentada y protegida y, sobre todo, conservada a tu lado. -Sonrió.- Y hasta se dice que las mejores hojas deben ser atadas por un juramento de lealtad.

-¡Bah! -exclamó Wulfgar, desdeñosamente-. Siempre he comprado mis espadas por un puñado de monedas y después ordené cuidadosamente cómo tenían que ser afiladas y templadas.

-Sí -repuso Bolsgar-. Pero con mis palabras, recuerda esto: la hoja es templada para quitar la vida de una simple cáscara. La tarea de la mujer es empezar una nueva vida dentro de ella, traerla al mundo y cuidarla y nutrirla desde entonces en adelante.

Wulfgar levantó las cejas y miró fijamente al anciano antes de hablar nuevamente. En su mente, descartó la afirmación de Bolsgar. Irritado, clavó la vista en el fuego.

-Yo nada sé de estas supercherías y poca ^necesidad tengo de nuevos juramentos y alianzas. He jurado lealtad a Guillermo y a su corona, y a Sweyn como un buen compañero. No siento deseos de aventurarme más allá. Creo que debo vivir esta vida tan bien como me sea posible. -Su voz se volvió ronca y burlona.- Las mujeres son solamente juguetes a quienes uso. Me dan placer y yo les doy placer en retribución, ¿qué más? ¿Acaso es necesario atar esto con juramentos caprichosos y asentarlo en un tomo mohoso en alguna oscura abadía? -Hizo una pausa en su tirada y después continuó, más suavemente.- Es mejor tener un momento de esplendor y después separarse amigablemente y recordar con ternura.

Bolsgar se inclinó hacia adelante, algo irritado.

-Nosotros no hablamos de las mujeres, Wulfgar, sino de una mujer. En la vida de todo hombre llega un momento en que él debe enfrentarse con la imagen de todo lo que ha hecho y saber cómo lo ha hecho de bien o si ha fracasado. -Se encogió de hombros y se recostó en su sillón.- Yo fracasé. -Clavó la vista en el fuego.- No encuentro ningún placer en lo que veo. Todo lo que hice ha causado dolor, o nada. No tengo tierras. No tengo armas. No tengo hijos. Lo más que puedo reclamar como mío es una hija, amargada por este mundo. Confundido por la ira, rechacé lo que hubiera debido conservar. –Se volvió hacia Wulfgar con un ruego vehemente.- Tú tienes una oportunidad, una mujer hermosa, prudente, sabia, digna de caminar a tu lado hasta las mismas puertas del cielo. ¿Por qué no quieres comprenderlo y actúas como un tonto? ¿Acaso la detestas? ¿Buscas vengarte de alguna afrenta imaginaria?

Puso una mano sobre un hombro de Wulfgar y lo hizo volverse, a fin de mirarlo a la cara.

-¿La torturas porque ella te ha injuriado? ¿Querrías verla de rodillas en el suelo, implorando misericordia? La has usado, primero por la fuerza y ahora con candor. Abiertamente la posees todas las noches, la haces quedar como una prostituta ante los ojos de todos y nada le prometes para el mañana. Si buscas vengarte, arrójame de aquí. Yo te hice mal. O Gwyneth. Ella mete en todo momento su lengua filosa. Pero esta muchacha, ¿qué ha hecho como no sea someterse a ti y obedecerte? Ciertamente, eres un tonto si la arrojas de tu lado, o si en tu orgullo la injurias y haces que se marche. Si es eso lo que te propones, para mis ojos eres lo mismo que un guerrero estúpido que se embriaga y se jacta del héroe que hubiese podido ser, si no fuese...

Si Bolsgar hubiera sido otro hombre, hacía rato que hubiese estado buscando los restos de sus dientes en el suelo. Pero Wulfgar miró ese rostro arrugado y no pudo levantarle la mano. Se encogió de hombros y se puso de pie.

-No puedo tolerar más -dijo con los dientes apretados-. Primero ella, después Kerwick, ahora tú. Creo que esa tonta de Hlynn se lanzará furiosa contra mí antes que pase esta noche. –Enderezó los hombros y miró furioso a Bolsgar.- Ella tendrá a su hijo donde más le guste, y mío o de otro, yo lo enviaré donde más me guste a mí.

Se detuvo al ver la sorpresa en el rostro del anciano.

-¿Dices que Aislinn ya está encinta? -preguntó Bolsgar.

-¿No lo sabías? -Ahora le tocó sorprenderse a Wulfgar.- Me pareció que todos los sabían, menos yo.

La actitud de Bolsgar se volvió insistente.

-¿Qué harás ahora? ¿Desposarás a la joven como debes?

La cólera de Wulfgar volvió y él hizo rechinar sus dientes y casi gritó.

-¡Haré lo que yo quiera!

Con una furibunda mirada final, dio media vuelta y subió rápidamente la escalera hacia su habitación. Cuando entró en la estancia, Aislinn estaba sentada en la cama con expresión asustada, pero cuando lo vio que regresaba, sonrió aliviada y volvió a acostarse. La cólera de él no podía durar y pronto se acostó junto a ella y ambos se quedaron dormidos.

A la mañana siguiente, Wulfgar bajó la escalera un poco más tarde de lo habitual. Sweyn y Bolsgar ya estaban comiendo, lo mismo que los otros hombres en la casa. Ante la aparición de él, los dos hombres interrumpieron su conversación. Mientras Bolsgar dedicó su atención a su comida, Sweyn se recostó en su silla y miró atrevidamente a su señor, con una chispa de humor en sus ojos azul claro. Una risa grave sacudió sus anchos hombros mientras siguió mirándolo y Wulfgar no tuvo necesidad de que le dijeran que la novedad de que Aislinn estaba encinta se había extendido un poco más. Cuando Wulfgar se sentó, el vikingo le ofreció carne y huevos hervidos. Su voz retumbó en el salón cuando habló, haciendo que los siervos, y aquellos normandos que entendían la lengua inglesa, se volvieran y escucharan con agudo interés.

-¿De modo que la muchacha está encinta, eh? -Rió otra vez.- ¿Qué tiene ella que decir en el asunto? ¿Está efectivamente domada y dispuesta a llamaros amo?

Wulfgar levantó la vista hacia sus hombres y supo por sus expresiones atónitas que ellos habían oído claramente a Sweyn. Miderd y Haylan interrumpieron la tarea de servir y Hlynn se irguió sobre la olla, se volvió y lo miró boquiabierta. Mientras tanto, Kerwick siguió concentrado en su tarea.

-Sweyn -murmuró Wulfgar-, hay ocasiones en que tu boca parece más grande que tu cerebro.

El vikingo echó la cabeza atrás y estalló en carcajadas hasta que estuvo a punto de ahogarse. Después, palmeó vigorosamente la espalda de Wulfgar.

-Es un secreto que está destinado a ser conocido, tarde o temprano, milord. Sería distinto si la muchacha fuera gorda, pero siendo esbelta, no tendrá posibilidades de mantener oculto su estado por mucho tiempo.

Su voz se suavizó un poco. Se inclinó, acercándose, aunque ahora todos estaban muy atentos a la conversación y aguardaban ansiosamente sus palabras. Pero los oídos no tenían por qué esforzarse, porque la voz de Sweyn parecía hacer vibrar todo el salón.

-Esa es la mejor manera de conservar a vuestro servicio a una zorra astuta, tenerla con un crío en la barriga y semidesnuda.

Wulfgar lo miró en silencio, preguntándose si cerca habría alguna cueva donde poder encerrar al vikingo. Malhumorado, cascó un huevo y empezó a pelarlo, mientras el vikingo continuaba.

-Tenéis razón al mostraros severo con estos sajones. Mostradles quién es el amo. Mantened a sus mujeres en la cama y con pequeños bastardos pisándoles los talones.

Bolsgar levantó las cejas inquisitivamente y se volvió para clavar la vista en Sweyn. Wulfgar se ahogó con la yema del huevo que acababa de meterse en la boca y Bolsgar lo ayudó, dándole fuertes golpes en la espalda. Wulfgar miró ceñudo a su amigo, y cuando recobró el aliento, tomó un gran sorbo de leche para hacer bajar al huevo hasta su estómago.

Sweyn asintió con vehemencia.

-Sí, tendrá que haber una celebración para castigar a la muchacha. Ah, ella era muy altanera, pero no importa. Cuando se haya ido, habrá más para conquistar. No temáis.

Con esa última gota que hizo rebasar la copa, Wulfgar golpeo la mesa con las palmas de las manos y permaneció un momento en silenciosa furia. Sin decir nada, se levantó, pasó junto a Sweyn, fue hasta la puerta, la abrió y bajó casi corriendo la escalinata de la casa.

Sweyn se recostó en su silla, echó la cabeza atrás y dio rienda suelta a su buen humor. Bolsgar dejó de mirar las espaldas de Wulfgar y clavó la vista en el vikingo. Lentamente comprendió el doble sentido oculto en las palabras de Sweyn y él también se unió a las carcajadas del nórdico.

Aislinn bajó la escalera poco después de Gwyneth. Haylan no había perdido tiempo para informar a la hermana de Wulfgar del esperado aumento de la familia. Gwyneth dirigió una mirada burlona a Aislinn cuando habló como si se dirigiera exclusivamente a Haylan, pero en voz lo suficientemente alta para que Aislinn pudiera oírla.

-Es mejor que una esclava soltera se aproveche de la ternura de su amo mientras pueda, porque el lord pronto se cansará de su cuerpo deforme y la enviará a una choza o a algún lugar distante para que tenga su niño sin avergonzarlo.

Aislinn unió las cejas al oír las palabras de la mujer, pero replicó con dignidad.

-Por lo menos, soy capaz de tener hijos -suspiró-. Hay algunas que no pueden, aunque lo intenten ansiosamente. Es triste, ¿verdad?

Les volvió la espalda a las dos que quedaron boquiabiertas, con una pequeña sensación de victoria. Las palabras de Gwyneth habían arruinado su espíritu ligero y ahora no pudo soportar la vista de la mesa cargada

de alimentos. Se preguntó qué destino sufriría el niño si Wulfgar no podía ser convencido de que se casara con ella. No podía insistir hasta irritarlo con ese asunto, porque seguramente él se apartaría disgustado y buscaría otra mujer para divertirse. Ella debía enfrentar su estado con toda la honradez y el honor que el cielo le permitiese. En esa forma, podría conquistarlo y ninguna otra cosa la dejaría satisfecha.

Hacia el crepúsculo, Wulfgar retornó de Cregan, subió a su habitación, se quitó el yelmo y se lo metió bajo el brazo. Aislinn estaba inclinada sobre su costura frente al hogar cuando él abrió violentamente la puerta, pero viendo que Wulfgar no estaba de humor para conversar, se levantó en silencio y lo ayudó a quitarse la cota de mallas.

-He calentado agua para tu baño -murmuró ella, y tomó la túnica de cuero que él le tendía para que la doblara en la forma en que tantas veces lo había visto hacerlo.

Wulfgar respondió con un gruñido, pero cuando ella fue a levantar la pesada olla de agua del hogar, él interrumpió la tarea de quitarse la camisa y preguntó secamente:

-¿Qué te propones, mujer?

Aislinn se detuvo y lo miró sorprendida.

-Vaya, estoy preparando tu baño, como lo he venido haciendo todos estos meses pasados.

-Siéntate, mujer -ordenó él. Después fue hasta la puerta, la abrió y gritó:- ¡Miderd!

Pasó apenas un momento y la mujer asomó su rostro preocupado por la puerta. Miró vacilante a Wulfgar, quien sólo tenía puestas las calzas. Tragó con dificultad, midió con los ojos la amplia extensión del pecho del caballero y se preguntó qué habría provocado su ira.

-¿Milord?-dijo débilmente.

-Tú mantendrás limpia esta habitación y prepararas los baños que lady Aislinn desee. Puedes hacer que os ayude Hlynn -ordenó. Señaló a Aislinn y al gritar hizo sobresaltar a las dos mujeres.- Y cuidarás de que ella no levante nada más pesado que un cáliz.

Miderd casi soltó un suspiro de alivio, pero él continuó mirándola con el ceño sombrío. Ella se apresuró a preparar el baño y miró a Aislinn, quien observaba sorprendida a su señor. Miderd se retiró, cerró la puerta tras de sí y Wulfgar empezó a quitarse las calzas. Se metió en el agua humeante, apoyó la espalda en la tina de madera y dejó que el calor aflojara las tensiones y calmara los dolores producidos por una larga cabalgata. Él había llevado a su caballo casi hasta los límites de su resistencia mientras trataba de ordenar los pensamientos que se sucedían en su mente.

Aislinn tomó otra vez su costura, se sentó en su silla, y entre puntada y puntada, observó a Wulfgar.

-Milord -murmuró después de un rato-. Si soy una esclava, ¿por qué ordenas a otras que me sirvan?

Wulfgar la miró ceñudo.

-Porque eres esclava solamente para mí, para mi placer y nada más.

Aislinn clavó la aguja en la tela de lino.

-No fue mi intención dejar que mi estado fuera conocido por ningún otro que no fueses tú, milord, pero me temo que ahora ya no hay remedio. Parece que mi posición de esclava encinta es conocida en todos los rincones de Darkenwald.

-Lo sé —replicó Wulfgar bruscamente—. Aquí, en Darkenwald, hay muchas lenguas sueltas.

-¿Y me enviarás con el niño a Normandía, o a algún otro lugar, lejos de aquí?

Ella no podía morderse la lengua para no hacer la pregunta. Tenía que saberlo, porque para ella era una tortura constante.

Wulfgar la miró fijamente, recordando sus palabras a Kerwick.

-¿Por qué lo preguntas?

-Quiero saberlo, milord. No deseo que me envíen lejos de los míos.

Wulfgar la miró con expresión sombría.

-¿Qué hay de diferente entre un normando y un sajón, para que debas decir que los tuyos son los sajones y los normandos son los míos? Somos todos de carne y hueso. El niño que llevas en tu seno es medio normando y medio sajón. ¿A quién le dará su lealtad?

Aislinn dejó su costura sobre su regazo y lo miró. Él siguió hablando, encolerizado pues comprendió que no había respondido a la pregunta de ella. ¿Había eludido deliberadamente esa pregunta porque tenía intención de enviarla lejos?

-¿No puedes poner tu confianza en alguien que no sea un sajón? -preguntó Wulfgar-. ¿Debes hostigarme siempre por causa de ellos? Yo no soy distinto de ningún inglés.

—Por cierto, milord —dijo ella suavemente—. Me recuerdas mucho a uno.

Wulfgar la miró ceñudo pero en silencio, y no pudo encontrar palabras para replicar. Se levantó de la tina, se secó con la toalla, se vistió y la acompañó al salón, donde tomaron su comida en silencio bajo las miradas de los siervos y los normandos.

Aislinn estaba sola en el dormitorio, cosiendo cuidadosamente vestidos pequeños y otras prendas para la criatura que vendría. Hacía un mes que le había hablado a Wulfgar de su estado, y su ánimo se acercaba a las honduras de la desesperación.

Wulfgar se había marchado de la casa a la mañana temprano, y en ausencia de él, la aguda lengua de Gwyneth entró en juego. Aislinn recordó los comentarios malévolos que casi la hicieron levantarse de la comida del mediodía hecha un mar de lágrimas y buscar refugio en la intimidad de su habitación. La hermana de Wulfgar había preguntado, como al descuido, si Aislinn tenía sus cosas empacadas y si estaba lista para marcharse de Darkenwald; después, había seguido con el tema, hasta sugerir que Wulfgar pronto la enviaría lejos, probablemente a Normandía, no bien el vientre de Aislinn empezara a ser un estorbo para hacer el amor o cuando ya no pudiera ser ocultado. Aislinn aspiró profunda y ruidosamente mientras las lágrimas amenazaron con brotar otra vez. Por lo menos, éste era un lugar donde Gwyneth no se atrevía a entrar y donde Aislinn podía tener un momento de tranquilidad.

Hasta Maida hizo involuntariamente su parte para arrumar el día de Aislinn. No mucho después que ella buscó refugio en su habitación, la madre llamó suavemente a la puerta. Manifestó que venía a ver cómo se encontraba su hija y a ocuparse de su bienestar, pero en realidad hizo poco por mejorarlo. Rogó a Aislinn que se marchara con ella, dijo que ya quedaba poco tiempo y que era mejor huir a un refugio elegido por ellas que esperar la decisión de Wulfgar. La visita terminó en una discusión, como sucedía siempre con este tema, y sólo cuando advirtió que Aislinn estaba encolerizada, Maida se retiró.

Aislinn siguió trabajando en las ropitas y las ordenó sobre la cama, para alisarlas y acariciarlas mientras pensaba en la forma pequeñita que las llenaría. Sin embargo, no encontró consuelo en ello, porque mientras soñaba en su hijito, sus pensamientos recorrieron un círculo completo y ella recordó a su madre. Sintió el dolor de ver que la frágil cordura de Maida se debilitaba y supo que nada podría hacer para salvarla.

—Ahora no hay nada que se pueda hacer —suspiró—. Será mejor que olvide el pasado y mire hacia el futuro.— Enderezó una prenda diminuta-. Pobre criaturita. Me pregunto si serás niña o varón. -Aislinn sintió un movimiento, como si la criatura le hubiese respondido. Rió ligeramente para sí misma.- Esta es la menor de mis preocupaciones. Quedaría satisfecha si nacieras como hijo legítimo de un matrimonio y no como un bastardo.

Tomó una pequeña manta y se la puso tiernamente sobre un brazo para sentir su suavidad. Una canción de cuna subió hasta sus labios. Se levantó, caminó distraídamente hasta la ventana, tarareó los versos y soñó cómo sería sostener a su propia criatura y sentirla, indefensa, durmiendo contra su pecho. Muy bien podía ser ella la única que amaría a la criatura y le daría la ternura y el cariño que la alimentarían más que su leche.

Una lluvia ligera caía ante ella sobre el antepecho de la ventana y una brisa del sur jugaba con sus cabellos y traía un aroma de tierra mojada, de cosas que crecían, de primavera no muy lejana.

Llegó un grito desde el establo, seguido de voces precipitadas, y ella supo que Wulfgar y Sweyn habían regresado. Aislinn pensó que él vendría a buscarla como era habitual y se dio prisa para guardar las ropitas en un cofre y poner orden en la habitación. Se pasó las manos por su vestido para alisar las arrugas y se sentó frente al hogar, a esperar.

El tiempo pasó y nadie vino.

Aislinn oyó la voz de Wulfgar en el salón, riendo y bromeando con los hombres allí reunidos.

"El no puede venir a saludarme", pensó con irritación. "Ya prefiere divertirse con sus hombres y con esa zorra de Haylan. Está preparándose para el día en que me enviará lejos, a tener a mi hijo en alguna choza apartada, donde los tiernos ojos de la criatura nunca conocerán la verdad". Entrecerró los ojos. "No será así".

Ahora las lágrimas rodaban nuevamente por sus mejillas, pero ella, con gesto airado, sacudió la cabeza, buscó un paño frío para aplicárselo en la cara y para eliminar el rubor. No había necesidad de llorar. Wulfgar

se mostraba gentil con ella y aún más últimamente, en especial después de enterarse de que ella estaba encinta. Ya no la obligaba con tanta frecuencia a plegarse a su juego.

"Ciertamente" pensó apesadumbrada, "podría decir que se muestra frío. Seguramente, ve la deformación de mi cuerpo y encuentra más atractiva a esa viuda regordeta".

Llamaron suavemente a la puerta y se oyó la voz de Miderd.

-Milady, la mesa está dispuesta y milord me ordena que venga y os pregunte si comeréis con él o preferís que os traigan una bandeja.

Ningún consuelo aquí tampoco, pensó Aislinn. "Envía a otros a buscarme en vez de molestarse personalmente".

—Dame un poco de tiempo, Miderd —respondió— y yo tomaré mi comida en el salón. Gracias.

Wulfgar y los demás estaban sentados a la mesa cuando Aislinn bajó y se reunió con ellos. El se levantó para recibirla con una sonrisa, pero ella no lo miró a los ojos ni le respondió, y pasó silenciosamente junto a él para ocupar su asiento. El arrugó ligeramente la frente y se preguntó por las causas del extraño humor de ella. No se le ocurrió ninguna respuesta y se sentó a su lado.

La comida era buena pero no desusadamente variada, pues el invierno había reducido considerablemente la cantidad de alimentos disponibles para la mesa. Había carne de venado y de cordero fresco y las legumbres que se podían almacenar, todo cocido en un sustancioso guiso que caía muy bien en el estómago. La conversación era tensa y forzada y los caballeros llenaban sus copas más a menudo que lo habitual, Wulfgar no menos que los demás. Él saboreaba su vino y observaba a Aislinn, mientras ella apenas probaba su comida. Su retraimiento era innegable, pero estos últimos días se mostraba seria y sombría, fría y remota, como si hubiera perdido toda la alegría de vivir. A él no se le ocurría otro motivo que la criatura y se preguntaba si, después del parto, ella detestaría al niño como su madre lo había detestado a él. Sería mejor enviar lejos a la criatura, donde pudiera encontrar amor y atenciones que necesitaría. Wulfgar sabía muy bien, por experiencia, todo lo que podía sufrir un niño dejado con una madre que no lo amase. No importaba lo que había dicho Kerwick; él debía pensar en el bienestar de la criatura. Había una bondadosa pareja que él conocía y que hacía tiempo ansiaban tener un hijo propio pero no lo conseguían. Ellos serían unos padres buenos y cariñosos.

Wulfgar admitía no entender los cambios de humor de Aislinn. Bastaba apenas un pequeño gesto equivocado para hacerla montar en cólera y que él sintiera la agudeza de su lengua. Sin embargo, en la cama, siempre se mostraba reacia al principio pero enseguida se rendía y terminaba siendo tan apasionada como él. Y él creía que conocía a las mujeres... sonrió para sí mismo.

Gwyneth había notado la actitud de Aislinn y una vez que la comida estuvo bien avanzada, se inclinó hacia su hermano y dijo:

-Últimamente pareces ausentarte mucho, Wulfgar. ¿Acaso aquí hay algo que ha perdido tu favor? ¿O quizá esta casa te disgusta?

Aislinn levantó los ojos, se encontró con la sonrisa malévola de Gwyneth y supo que las palabras de la otra le habían estado especialmente destinadas. Inmediatamente comprendió que había sido una equivocación bajar a comer, pero ahora nada podía hacer fuera de enfrentar la situación o admitir la derrota. Bolsgar resopló y trató de cambiar de tema.

-La caza sale de lo más profundo del bosque, Wulfgar -dijo, en tono casual-. Eso es una señal de la primavera tan segura como estas nieblas ligeras que hemos estado teniendo.

Gwyneth miró a su padre e hizo una mueca burlona.

-¡Nieblas ligeras! La desgracia del sur de Inglaterra es que tengamos que estar fríos y mojados. Parece que, o la nieve me golpea en la cara o la niebla es densa y me moja el cabello. Y a quién le importa si viene o no la primavera. Este tiempo horrible es malo durante todo el año.

-Tendría que importarte, Gwyneth -la reprendió el padre- porque este año veremos, según su éxito o su fracaso, si Wulfgar, y hasta Guillermo, han estado acertados. La tierra está muy gastada, como los pobres muchachos ingleses, y si la cosecha de este verano es flaca, entonces también tu barriga enflaquecerá.

Se hizo silencio en torno de la mesa y las copas fueron vueltas a llenar rápidamente por Hlynn y Kerwick. Aislinn vio que la mirada de Wulfgar iba hacia donde Haylan estaba trabajando, y se sintió aún más furiosa al notar que la viuda, con el pretexto del calor que hacía junto al fuego, se había abierto su sencillo vestido y sus pechos asomaban generosamente por el escote.

La comida terminó, pero los hombres no se levantaron. Sus modales se hicieron más vivos y Gowain trajo su laúd para tocar en él algunos acordes, mientras Sweyn y Milbourne entonaban canciones obscenas. Los caballeros pidieron más vino y más ale y Kerwick trajo pellejos de la roja bebida y picheles de la de color ámbar.

Haylan había terminado sus tareas y seguía observando, mientras los hombres se animaban mutuamente y se desafiaban a quién bebía más. Fue Beaufonte quien le ofreció un cuerno de ale. Sin vacilación, ella lo aceptó alegremente, lo sostuvo en alto un momento y dirigió una sonrisa a los hombres que esperaban que ella lo bebiera. Haylan se llevó la copa a los labios y, entre gritos de aliento, la vació. Dejó con un golpe el cuerno sobre la mesa y sus ojos parecieron desafiarlos a todos. Gowain llenó el suyo y repitió la hazaña, después hizo lo mismo Milbourne. Beaufonte hubiera querido abstenerse pues ya había bebido demasiado, pero Sweyn tomó un pellejo de vino y le sirvió hasta que la copa rebosó y el desdichado caballero le pidió que parase. Beaufonte aspiró profundamente y empezó a beber. Gowain tocó un compás en su instrumento y se elevó una tonada para marcar el compás con los sorbos. Beaufonte terminó, se oyeron vítores y el caballero, con un gesto de triunfo, lamió una última gota que amenazaba con caer del borde de la copa. Dejó la copa sobre la mesa, fue a su silla y se sentó y entonces, exhibiendo en sus labios una sonrisa feliz, se deslizó lentamente debajo de la mesa.

Sweyn estalló en carcajadas y Bolsgar rió y llenó un jarro con agua fría que tomó de un cubo, y que arrojó sobre la cara del caballero.

-¡Vamos, Beaufonte! -dijo entre carcajadas-. La noche es joven aún y os perderéis una buena ronda de tragos si os ponéis a dormir ahora,

La víctima se puso dificultosamente de pie y quedó tambaleándose. Gowain empezó a tocar con un ritmo que le seguía los pasos. Haylan sonrió, tomó de las manos al caballero ebrio y lo condujo en una lenta danza. Los hombres gritaron para alentarlos y hasta Wulfgar empezó a reírse del inocente juego. Aislinn observó todo el jolgorio y como estaba de mal humor, los vio como hombres grandes jugando como criaturas. Todos eran caballeros de Guillermo y guerreros veteranos, pero retozaban y miraban con ojos hambrientos el corpiño abierto de Haylan, como si fueran mozalbetes imberbes.

Beaufonte se entusiasmó con el juego, pero se inclinó hacia un estado de ánimo más romántico y trató de tomar en brazos a su compañera y bailar de esa manera. Haylan soltó una carcajada y lo apartó con un empellón. El se tambaleó hacia atrás y tropezó con un banco; sobre el que se sentó abruptamente y del cual no pudo volver a levantarse. La viuda giró, se detuvo frente a Gowain y empezó a golpear el suelo con el pie, hasta que el caballero músico tomó el ritmo con su instrumento y empezó a tocar una tonada cuyo compás ella marcó alegremente con sus pies descalzos, sobre el piso de piedra. Los otros la aclamaron y empezaron a golpear las manos para animarla aún más. Ella se detuvo con los brazos en jarras, tomó el nuevo ritmo y empezó a retorcerse y girar en una danza que le permitía mover su cuerpo en una forma sumamente tentadora. Wulfgar se echó atrás en su sillón para observar, se apartó de la mesa y estiró hacia adelante sus largas piernas.

Haylan vio el movimiento de Wulfgar y también su oportunidad. Bajo la tensa atención de él se le acercó, ignoró la mirada furiosa de Aislinn y levantó sus faldas, mientras los dedos de Gowain adoptaban un ritmo más rápido. Entonces ella empezó a bailar sobre los pies de Wulfgar, trazando unos pasos intrincados sobre ellos, saltando ligeramente entre sus piernas y alejándose enseguida, como para provocarlo.

Los ojos de ella se clavaron en los de él. Su piel, mojada con el sudor, brillaba en la débil luz del salón. Se levantó las faldas por encima de las rodillas, sus pies parecieron deslumbrar a todos con el rápido ritmo y entonces ella retrocedió, y con un giro final, cayó de rodillas y se inclinó ante Wulfgar. Su corpiño se abrió cuando se agachó y dejó muy poco librado a la imaginación de los hombres, mientras que Wulfgar disfrutaba del espectáculo de la plena madurez del cuerpo de la viuda.

Aislinn se puso rígida y miró a Wulfgar, quien no parecía molestarse en lo más mínimo por este obsceno despliegue, sino que aplaudió y rugió de aprobación, a coro con sus hombres. Los ojos color violeta de Aislinn relampaguearon porque Gowain empezó otra melodía que impulsó a Haylan a iniciar otra danza.

Aislinn dio vuelta su silla, disgustada, y se negó a presenciar esta nueva burla. Wulfgar recogió sus piernas y se volvió para levantar su cuerno y beber un largo sorbo. Sus ojos recorrieron lentamente las curvas llenas de los pechos de Aislinn y sus dedos tamborilearon sobre la mesa, siguiendo el ritmo de la música. Nadie hubiera podido adivinar sus pensamientos, pero Gwyneth encontró motivos para sonreír cuando vio el

rostro serio de Aislinn y escuchó el tamborileo de los dedos de Wulfgar. El lord y su querida no parecían en absoluto enamorados esta noche, y ante ese pensamiento, Gwyneth rió fuertemente y ese raro sonido atrajo la atención de todos. Wulfgar miró inquisitivamente a su hermana mientras que Aislinn se retrajo aún más en su mal humor, pues no tuvo dudas de cuál era el motivo de la alegría de Gwyneth.

Mientras Haylan seguía con su bailoteo, Aislinn permaneció silenciosa en su silla, mientras sus dudas avanzaban como mareas devastadoras sobre su determinación. Wulfgar no la buscaría cuando estuviera hinchada y deforme con su embarazo, pensó desalentada. El ya estaba buscando una presa más vivaz. Y Haylan parecía una presa sumamente vivaz.

Cuando Wulfgar se inclinó hacia Sweyn y rió por algo que se dijeron acerca de la bien formada viuda, Aislinn se levantó silenciosamente de su silla y salió del salón sin que nadie, excepto Gwyneth, lo advirtiera.

Cuando estuvo en el patio, aspiró profundamente y tembló bajo el impacto del frío aire nocturno. Por el sendero a oscuras, fue tanteando el camino hacia la cabaña de Maida. Era su intención pasar allí la noche y hasta instalarse con su madre, a fin de dejar a Wulfgar en libertad de disponer un arreglo más compatible con sus deseos, si encontraba alguna otra mujer que pudiera satisfacerlo. Estaba cansada de ver sus esperanzas destrozadas por una palabra negativa de él. ¿Adónde la llevaban sus sueños, sino a más dolores y penurias? Se sentía derrotada, incapaz de continuar. Temía que él la enviara lejos y ese temor pesaba terriblemente en su mente. El no lo había negado y últimamente había empezado a hablar más a menudo de Normandía en presencia de ella, como si quisiera prepararla para el cambio, y le aseguraba que era un país hermoso donde un muchacho podía crecer y prosperar. ¡Oh, sí! Su intención era deshacerse de ella.

Aislinn se apresuró en la oscuridad por el estrecho sendero tal como hiciera la noche de su regreso de Londres, cuando Wulfgar la interrogó acerca de Kerwick. Sonrió tristemente al pensar que él podía cuestionar tan fácilmente su fidelidad, mientras que ella no podía cuestionar la de él. ¡Una esclava! Nada más era para él. Una esclava para obedecerlo y para soportar su peso en la cama, sin derecho de decir sí o no.

Abrió la puerta de la cabaña y encontró a su madre sentada ante el hogar, cerca de los restos de su cena. La anciana levantó la vista, con una semejanza de cordura en sus ojos. Indicó a Aislinn que entrase.

-Ven, mi pequeña. El fuego está lo bastante caliente para las dos.

Aislinn entró lentamente y fue Maida quien se apresuró a buscar una piel y ponerla sobre los hombros temblorosos de su hija.

-Ah, pequeña, ¿por qué vienes en medio del frío? ¿No tienes cuidado por ti, o por el niño? ¿Qué maldad mora en la cámara del lord que buscas refugio en mi pobre choza a esta hora tan avanzada?

-Madre, me temo que así serán las cosas de ahora en adelante -dijo Aislinn con un suspiro, y se ahogó con sus lágrimas.

-¿Qué? ¿El bastardo te ha arrojado de su lado? ¿Ese despreciable asno normando no te quiere junto a él? -Los ojos de Maida relampaguearon cuando ella consideró esto por un momento, y después sonrieron.- Tú le darás un bastardo hijo de bastardo. No le gustará ver a la criatura con el mismo pelo claro de él.

Aislinn sollozó y meneó la cabeza.

—Me temo que su plan sea enviarme lejos, donde no pueda molestarle la presencia de su hijo bastardo.

—¿Lejos? —Maida ahogó una exclamación y miró fijamente a su hija—. Tú no permitirás que él te separe de mí.

Fue casi una temerosa pregunta más que una afirmación. Aislinn se encogió de hombros y sintió un intenso dolor.

—Él es lord aquí y yo sólo soy su esclava. No hay nada que y pueda decir.

—Entonces, huye, hija mía. Antes que él pueda salirse con la suya -imploró Maida—. Por una vez, piensa en ti misma. ¿De qué les servirías; a los de aquí si estás en Normandía o en otro país lejano? Huye conmigo al norte, donde podemos buscar a nuestros parientes y pedirles que nos den asilo. Podemos quedarnos allí hasta que haya nacido el niño.

Aislinn permaneció silenciosa frente al hogar, mirando pensativa las lenguas de fuego que se enroscaban entre los leños y lamían la madera dura hasta dejarla ennegrecida y calcinada. Su mente no se serenaba y volvía continuamente sobre el camino por donde huiría. ¿A él le importaría? ¿O se sentiría aliviado y contento de haberse librado de ella? A Aislinn no le atraía la perspectiva de abandonar el lugar de su nacimiento y esta casa que había sido el único hogar que había conocido jamás. Sin embargo, la actitud de Wulfgar en los últimos días la dejaba con poco para elegir, porque no podía imaginarse a sí misma viviendo

a gusto en Normandía. Apoyó la frente en una mano y supo que la decisión estaba siéndole impuesta a la fuerza.

—Aja —dijo suavemente, y su madre tuvo que esforzarse para oír sus palabras—. Será lo mejor. Si él no puede encontrarme, entonces no podrá enviarme lejos de Inglaterra.

Maida unió las manos regocijada y bailó una giga en la reducida y atestada habitación.

—¡Bastardo! ¡Bastardo! ¡Enemigo normando! Nos iremos antes que te enteres.

Su regocijo no fue compartido por Aislinn, quien se levantó atontada y fue hasta la puerta.

—Reúne tus pertenencias al romper el día, madre mía. Por la mañana él irá a Cregan y poco después nosotras partiremos hacia los climas norteños. Prepárate. Yo debo regresar a mi lecho por última vez, a fin de que él no nos descubra y estropee nuestros planes.

Aislinn se marchó sin decir nada más y regresó a la casa, dejando a Maida cacareando y riendo ante el hogar.

Se detuvo ante la gran puerta de roble, la abrió y la cerró suavemente tras de sí. Wulfgar estaba apoyado en la pared de piedra del hogar y Gowain punteaba una melodía más suave, mientras Haylan se mecía delante de ellos como si fuera una cortesana del Nilo. Su vestido caía flojamente alrededor de sus hombros y sus pechos se sacudían, pero la tela se sostenía en las puntas de los pezones. Aislinn se pregunto si esa tela no caía por algún hechizo que se les escapaba a los hombres, quienes parecían esperar la caída con fascinada atención.

Aislinn vio la mirada de Wulfgar que recorría la estancia y terminaba posándose en ella. Cruzó la habitación bajo la mirada de él, pero antes que llegara al arranque de la escalera, Haylan giró, vio que el interés de Wulfgar estaba en otra parte y vino a bailar frente a Aislinn, como para comparar sus talentos con los de la joven. Aislinn la miro con frialdad; entonces, súbitamente la música cesó y Gowain dejo a un lado su instrumento, con cierto embarazo. Haylan se volvió rápidamente hacia él, evidentemente irritada, y así dejó que Aislinn pudiera subir la escalera con serena dignidad. Wulfgar pasó junto a la airada viuda en su prisa por seguir a Aislinn y sólo aminoró sus pasos cuando la alcanzó en la cima de la escalera.

-¿Adónde fuiste? -preguntó él suavemente-. Te marchaste de repente y yo pensé que podrías estar enferma.

-Estoy muy bien, milord -respondió ella-. Siento haberte molestado. Sólo fui a ver cómo estaba mi madre.

Él abrió para ella la puerta de la habitación, dejó que lo precediera, entró y cerró suavemente tras de sí.

Wulfgar se apoyó en la puerta y vio que ella iba hasta un rincón más oscuro donde empezó a desvestirse dándole la espalda. Los ojos de él parecieron beberla lentamente, recorrieron las piernas largas y esbeltas pasaron sobre las caderas y llegaron a la cintura, que todavía se veía fina y hermosa. Cuando ella se volvió, él pudo verle los pechos. Pero Aislinn se metió rápidamente en la cama y se cubrió con las pieles hasta el mentón. Wulfgar fue hasta la cama, se acostó de través, la tomo en brazos y empezó a besarla. Puso sus labios contra el cabello fragante y murmuró.

-Ah, muchacha, eres la delicia más hermosa. ¿Que haría yo para satisfacer mis deseos si te separaran de mí?

Aislinn apartó la cara y suspiró.

-Milord, yo no lo sé. Dímelo, por favor.

Él rió por lo bajo y la besó en un hombro.

-Encontraría una mujer tan hermosa y sensual, y entonces, quizá, quedaría contento -respondió él, bromeando.

Aislinn no lo tomó a broma, sino que replicó, en tono mesurado.

-Te convendría encontrar a una tan dotada como Haylan. Nunca se puede saber cuándo hay motivos para divertirse.

Wulfgar rió del sarcasmo de ella y se levantó para quitarse la ropa. Regresó desnudo, un momento más tarde. Ahora ella le daba la espalda, pero Wulfgar no se inmutó, pues muchas de sus noches más placenteras empezaban de esta manera. Se acercó más a ella, le acarició los rizos de la nuca y la besó con labios hambrientos y ansiosos de sentir el sabor de ella.

Aislinn no pudo reunir la fuerza de voluntad necesaria para negársele, ni siquiera con la mente concentrada en los planes de fuga. Sólo marchándose podría recuperar algo del respeto por ella misma. Sin embargo, él seguiría en su memoria y los recuerdos de sus caricias la perseguirían para siempre.

Suspiró, se rindió a los brazos de él y le devolvió beso por beso. Después se aferró a él con todas sus fuerzas, como si no pudiera acercársele lo suficiente.

El ardor de ambos los envolvió y el horno rugiente de las pasiones los consumió. Aislinn tembló en brazos de él, y cuando pasó la tormenta, lloró suavemente sobre la almohada.

19

Aislinn despertó bajo los brillantes rayos de luz que entraban por las rajaduras de los postigos y semidormida palpó la cama con la mano. La almohada a su lado estaba vacía, y cuando ella miró a su alrededor, vio que Wulfgar se había marchado. Se sentó, soñolienta, y profundamente abatida, apoyó el mentón en una mano y se puso a pensar en los planes para ese día. Todo parecía una horrible pesadilla, pero momentos después, cuando Maida arañó la puerta, recordó que no lo era. La mujer entró y empezó a reunir apresuradamente los vestidos de su hija en un bulto, hasta que Aislinn la detuvo.

-No. Sólo llevaré los harapos que me dejó Gwyneth. Los otros son de él... -Con un sollozo ahogado, añadió:- Para Haylan, si él lo prefiere.

No le importó que él se los hubiera dado. No hubiera tenido paz llevándoselos consigo, porque cada vez que usara uno, recordaría todo lo sucedido entre ellos y ella no quería más recuerdos penosos que los que ya tenía.

Llamó a Miderd, la hizo jurar que guardaría silencio y le pidió que la ayudase en la apresurada partida. La mujer discutió hasta que vio la determinación de Aislinn, y entonces no le quedó más remedio que ayudarla. Sanhurst recibió orden de ensillar una vieja jaca y así lo hizo, sin saber que era para Aislinn. Al ver la lastimosa cabalgadura, Maida gritó y después criticó furiosa la elección de Aislinn.

-Toma la rucia. Necesitaremos su fuerza para escapar.

Aislinn meneó la cabeza y murmuró, firmemente:

-No. Esta o ninguna. Ningún buen caballo señalará mi paso por esas regiones.

—El normando te la dio y también te dio las ropas que dejaste. Son tuyas y él no sentirá su falta.

—Yo no quiero sus regalos -dijo Aislinn, empecinada.

La elección de comida hizo que Maida dudara de la cordura de su hija, pero no pudo hacer otra cosa que lamentarse.

—Moriremos de hambre. Iremos como dos mendigas con esta jaca vieja y no podremos sobrevivir con tan escaso alimento.

—Encontraremos más —le aseguró Aislinn, y se alejó para evitar más discusiones.

Cuando se perdieron de vista, Miderd se volvió lentamente y entró en la casa, enjugándose una lágrima que caía por su mejilla.

Se acercaba la noche y Miderd no podía sacudirse la tristeza que embargaba su corazón. Observaba a Haylan, quien estaba probando un medio venado que se asaba para la comida de la noche. Sabía que Haylan aceptaría alegremente la noticia y se sorprendió del continuado flirteo de la viuda, porque ella misma veía a Wulfgar como un hombre de honor y advertía las señales de su auténtico interés por Aislinn.

Miderd se apartó disgustada cuando recordó la noche anterior.

-¿Por qué tratas de tentar a lord Wulfgar? —preguntó, fastidiada por la conducta de su cuñada-. ¿Seguirás haciendo la buscona si lady Aislinn es la señora de la casa?

-Hay muy pocas probabilidades de que Aislinn se convierta en señora aquí -replicó Haylan-. Wulfgar admite que detesta a las mujeres.

Miderd giró en redondo.

-¿Un hombre odia a la mujer que lleva en su vientre un hijo de él?

Haylan se encogió de hombros.

-Eso no es amor. Es lascivia.

-¿Y tu le darás a él lascivia hasta que estés redonda como ella? -preguntó Miderd con incredulidad-. Anoche danzaste delante de él como Salomé delante de ese rey. ¿Pedirías la cabeza de Aislinn para quedar satisfecha?

Haylan sonrió.

-Si ella se marchara -suspiró-, Wulfgar sería mío.

-Y se ha marchado -dijo Miderd amargamente-. ¿Estás contenta?

Los ojos oscuros de Haylan se agrandaron por la sorpresa y ante el silencio atónito de ella, Miderd asintió.

-Sí, ahora mismo está huyendo de él. Consigo solamente se lleva a su hijo y su madre, y a la vieja jaca.

-¿Él lo sabe? -preguntó Haylan lentamente.

-A su regreso de Cregan lo sabrá, porque yo se lo diré. Ella me pidió que guardara el secreto pero yo temo por su seguridad. Los lobos merodean por los bosques adonde ella se dirige. No puedo quedarme callada y dejar que caiga presa de esas bestias salvajes o de los hombres que se arrojarían sobre ella sin ninguna consideración por su estado.

-¿Quién dice que Wulfgar saldrá tras ella? -Haylan se encogió de hombros.- Engrosará con su embarazo y él, de todos modos, pronto se cansará de ella.

-Tu corazón está envuelto en hielo, Haylan. No creía que eras tan cruel ni tan egoísta y esclava de tus deseos.

Haylan soltó un rugido de cólera.

-Estoy cansada de que siempre estés encontrando faltas en mí y tu simpatía por esa mujer se vuelve tediosa. Ella nada ha hecho por mí. No me siento obligada hacia ella.

-Si alguna vez llegaras a necesitar de ella -replicó Miderd suavemente-, espero, ante el cielo, que ella sea más compasiva contigo.

-No es probable que yo necesite su ayuda -repuso Haylan, y se encogió de hombros, con insolencia—. Además, ya se ha ido.

-Las gentes de la aldea la echarán de menos. No tendrán a nadie a quien recurrir para lo que milady les daba.

-¡Milady! ¡Milady! -repitió Haylan en tono burlón-. Ella no es milady y nunca lo será. Yo seré más astuta que ella. Haré que Wulfgar me ame y me desee para él.

-Lord Wulfgar —corrigió tercamente Miderd.

Haylan sonrió y se pasó la lengua por los labios, como si saboreara por anticipado un gran festín.

-Pronto, él será solamente Wulfgar para mí.

El sonido de unos pesados cascos pasó cerca y se alejó en dirección al establo. Miderd se incorporó y enfrentó a Haylan.

-Él regresa y yo iré a decírselo. Si él no sale a buscarla, te aseguro que te culparé de la muerte de lady Aislinn, porque es muy probable que ella muera en el bosque.

-¡¿A mí?! -gritó Haylan-. Yo no hice nada, fuera de desear que se marchase. Ella se fue por su propia voluntad.

-Sí -admitió Miderd-. Pero fue como si tú le hubieses puesto tus manos en su espalda y la hubieras empujado.

Sin esperar respuesta, Miderd suspiró, salió de la casa y fue hacia el establo, donde Wulfgar y sus hombres estaban desensillando sus caballos. Se acercó vacilante al gran semental y miró a Wulfgar, un poco nerviosa. Él estaba hablando con Sweyn y no notó la presencia de la mujer hasta que ella tendió una mano y le dio un tirón de la manga. Con una mano apoyada en el anca de su caballo, él se volvió, todavía riendo por alguna broma, y la miró inquisitivamente.

-Milord —dijo Miderd suavemente—. Me temo que vuestra lady se ha marchado.

-¿Qué ? -preguntó él.

Miderd tragó con dificultad y el miedo casi acabó con su determinación. Pero juntó valor y repitió su afirmación.

-Lady Aislinn se ha marchado, milord -dijo. Ya no tan segura de sí misma, se retorció las manos—. Poco después de que os marchaseis, esta mañana, milord.

Con un solo movimiento, Wulfgar levantó su silla del suelo y la puso sobre el lomo de su caballo. El animal se sobresaltó con esta acción inesperada y llamó inmediatamente la atención de los otros. Él apoyó una rodilla en el flanco del caballo y ajustó la cincha, mientras hablaba con Miderd.

-Fue hacia el norte, por supuesto. ¿A Londres?

-Hacia el norte, sí -repuso ella-, pero no a Londres. Creo que más al oeste, para rodear la ciudad y buscar refugio entre los clanes norteños. -Inclinó la cabeza, y suavemente añadió:- Donde no haya normandos, milord.

Wulfgar lanzó un furioso juramento y saltó sobre su silla. Vio que Sweyn preparaba una montura para acompañarlo y lo detuvo.

-No, Sweyn. Iré yo solo. Nuevamente te pido que te quedes y cuides mis tierras hasta mi regreso.

Se volvió, recorrió los establos con la mirada y vio todo en su lugar, incluida la yegua de Aislinn.

-¿No llevó ningún carro ni caballo? ¿Cómo huyó? ¿A pie? -Nuevamente su mirada relampagueante se posó en Miderd.

Ella meneó la cabeza.

-Milady no se llevó nada más que la vieja jaca y algo de provisiones y unas pocas mantas. Serán como dos sajonas huyendo de la guerra. -Recordó tristemente su propia huida y continuó apresuradamente, y aún más afligida.- Temo por ella, milord. Los tiempos son malos y los merodeadores abundan. Los lobos... –se detuvo, incapaz de continuar, y levantó hacia él una mirada cargada de temor.

-Tranquilízate, Miderd -dijo Wulfgar, inclinándose desde su silla-. Ten la seguridad de que te has ganado un lugar esta noche, por cien años por venir.

Wulfgar tomó las riendas y el caballo dio media vuelta. Pronto estuvieron galopando hacia el norte, devorando rápidamente las distancias, en pos de Aislinn y Maida.

Miderd quedó largo rato escuchando el ruido de los cascos que se alejaban en la noche. Meneó la cabeza y sonrió para sí misma. Pese a los modales violentos de este hombre y a su gusto por la guerra, ella sabía que tenía un corazón que soportaba un gran dolor. Por eso hablaba con aspereza, blasfemaba y se jactaba de que no necesitaba de nadie. Por eso se dedicaba a la guerra, quizá esperando que su pena terminara por obra de la espada de otro. Sin embargo, aquí estaba, cabalgando en la noche para detener a una amada en fuga, como si ella fuera un ave de cetrería una vez domada y llevada en la mano, pero que habiéndose desembarazado de la pihuela, ahora se negara a volver al guante.

Wulfgar cabalgaba con soltura, todavía completamente vestido con cota de mallas y su manto volando a sus espaldas. Se quitó el yelmo y dejó que el frío viento de marzo aventara el sueño de su cabeza. Sentía debajo de él la fuerza y la velocidad del caballo y supo que, a ese paso, cubriría en cuestión de horas lo que a Aislinn le habría llevado la mayor parte del día.

Una luna brillante en cuarto menguante iluminaba desde lo alto de un cielo frío y negro y parecía atraer nieblas bajas de los pantanos y marjales. Wulfgar calculaba la distancia que cubría para saber cuándo aminorar la marcha y empezar a buscar el resplandor de una hoguera mortecina. Arrugó la frente, miró hacia el norte y su mente trató de adivinar los motivos que ella hubiera podido tener para marcharse. No recordaba nada diferente que hubiera sucedido en los últimos días y que hubiese podido dejarla desconforme con la vida que llevaba. Pero qué sabía él de mujeres, excepto que no eran seres en los que se pudiera confiar.

Aislinn revisó otra vez las riendas atadas a un arbolito y pasó una mano tranquilizadora por los flancos temblorosos de la añosa yegua.

"Somos un trío lastimoso", pensó. "Un festín para los lobos, y nada más".

Se llevó una mano a la cintura donde empezaba a sentir un dolor sordo y caminó hasta el fuego, cerca del cual su madre dormía pacíficamente sobre la tierra húmeda, envuelta en una manta raída para protegerse del frío. Aislinn se estremeció cuando una brisa helada agitó sobre ella las ramas desnudas por el invierno y tembló aún más cuando un aullido lejano alertó a los otros lobos que vagaban por la campiña. Se sentó junto al fuego y lo atizó distraída, pensando en la-cama caliente que hubiera podido estar compartiendo con Wulfgar en esos momentos. Ella no hubiese querido detenerse aquí, en el bosque, pues esperó llegar al pueblo que estaba unas dos horas más adelante, antes que la fatiga fuese demasiado evidente en su madre. Pero fue la yegua quien las obligó a detenerse cuando empezó a cojear de una de sus patas delanteras.

Aislinn se rodeó las rodillas con los brazos y miró pensativa las llamas vacilantes. Ante su continuada inmovilidad, la criatura dentro de su vientre se agitó con débiles movimientos como de pluma. El bebé estaba contento y dormía en el tibio, seguro refugio del vientre de su madre. Aislinn sonrió suavemente. Los ojos se le llenaron de lágrimas y ella parpadeó para no llorar.

Un bebé, pensó maravillada. Un tesoro, un milagro, una dulce alegría cuando dos seres se unen en el amor y engendran un hijo.

Oh, Señor, si ella por lo menos pudiera tener la seguridad, y asegurarle a Wulfgar, que la criatura era realmente de él. Pero siempre flotaba la duda y el rostro de Ragnor se interponía entre ellos como si fuera algo más que producto de la imaginación. Pero aunque el niño fuera de Ragnor, ella no podía abandonarlo y

enviarlo lejos, porque ella misma no podía soportar la idea de hallarse aislada de su hogar. Ahora, con su partida, por lo menos Wulfgar no tendría que mirarla y hacerse esa pregunta.

Las lágrimas recomenzaron y rodaron incontenibles por sus mejillas.

-Oh, Wulfgar -suspiró ella, acongojada—. Si yo hubiera estado debidamente prometida a ti y si Ragnor no me hubiese deshonrado, quizá hubiera podido conquistar tu corazón. Pero veo que tus ojos ya se apartan de mi cuerpo hinchado como un melón y van hacia la figura más esbelta de la viuda Haylan. Yo no pude soportar la forma en que la mirabas... ¿o fue mi imaginación la que puso lascivia en tus ojos?

Aislinn apoyó una mejilla en las rodillas, desesperada, y miró pensativa hacia la oscuridad del bosque, con la visión esfumada por las lágrimas que ahora fluían más abundantes. Todo estaba inmóvil y silencioso a su alrededor. Era como si el tiempo se hubiese detenido y ella se encontrara atrapada para siempre en el limbo del presente. Hasta las estrellas parecían haberse extraviado y caído del cielo, porque dos luces brillantes aparecieron más allá, en la oscuridad.

Algo hizo erizar la piel de Aislinn y la puso sumamente nerviosa. Levantó lentamente la cabeza, parpadeó para eliminar las lágrimas de sus ojos y clavó la vista en esos puntos brillantes. El miedo se clavó profundamente en las sombras de su mente, porque ahora supo que no se trataba de estrellas sino de dos ojos que la observaban. Pronto se les unieron otros y otros más, hasta que las tinieblas, más allá del fuego, quedaron sembradas de ascuas incandescentes. Uno por uno, los lobos se acercaron más, con las fauces abiertas, las lenguas colgantes, como si se rieran del desamparo de ella. La pobre yegua vieja relinchó y tembló, pero ya no le quedaban fuerzas para nada más. Aislinn añadió otro leño al fuego y después tomó un tizón encendido con una mano, y con la otra desenvainó su aguda daga. Ahora podía contar alrededor de una docena de cuerpos peludos. Los lobos se acercaron más, abriendo y cerrando las bocas y ladrando, como si entre ellos se disputaran la mejor posición para atacar. Súbitamente, una voz más fuerte desgarró la noche con un gruñido y los lobos metieron sus colas entre las piernas y se apartaron, mientras una bestia, fácilmente dos veces más grande que cualquiera de los demás, trotó hacia la luz de la hoguera. Cuando llegó miró tranquilamente a su alrededor como estudiando la escena, después se puso delante de la jauría, volvió la espalda a Aislinn y nuevamente lanzó un gruñido amenazador, hasta que los otros animales se retiraron al borde del claro. El gran lobo se volvió y la miró, y los ojos amarillos y sesgados se encontraron con los de ella con una inteligencia que resultó pasmosa. Ella movió sus labios y formó la palabra antes de darse cuenta de lo que decía.

-¡Wulfgar! -escapó de los labios en un ronco susurro.

La bestia negra se echó en el suelo, aparentemente tan a sus anchas que hubiera podido tratarse de un podenco bien entrenado para obedecer las órdenes de ella.

Aislinn dejó el tizón y volvió su cuchillo a la vaina. El lobo abrió sus fauces como si sonriera y confirmara la tregua. Apoyó la cabeza sobre sus zarpas extendidas, pero sus ojos permanecieron alertas y no se apartaron de ella. Aislinn se apoyó en el árbol y tuvo la sensación de que en este bosque salvaje se hallaba segura, tan segura como hubiera podido estar en Darkenwald.

Un lobo gruñó en la oscuridad y Aislinn despertó completamente y comprendió que había dormitado cierto tiempo. El gran lobo levantó la cabeza y clavó sus ojos en la oscuridad, detrás de Aislinn, pero no hizo otro movimiento. Aislinn aguardó temblorosa mientras crecía la tensión. Entonces rodó una piedra y ella se volvió lentamente.

-¡Wulfgar! -exclamó.

El se acercaba conduciendo a su caballo y la miró. Después, sus ojos pasaron a la enorme bestia más allá del fuego. Ella sintió alivio y sorpresa cuando él quedó completamente dentro del círculo de luz, porque casi se había convencido de que Wulfgar era un hombre lobo, como afirmaban los rumores, y que en alguna forma se había convertido en ese gran lobo negro que la había cuidado tan bien.

El animal ahora se incorporó y se sacudió, y sus ojos dorados relampaguearon cuando él y Wulfgar intercambiaron una mirada a través de las llamas moribundas. Por fin, el lobo negro se volvió, y con un ladrido, condujo a su jauría lejos, hacia la noche. El bosque quedó en silencio un largo momento y Aislinn esperó mientras Wulfgar la miraba con atención. Finalmente, él suspiró y habló con un poco de humor en su voz.

-Eres una tonta.

Aislinn levantó ligeramente el mentón y replicó, secamente:

-Y tú, un bellaco.

-Concedido. -Él le dirigió una breve sonrisa.- Pero compartamos la comodidad de este claro hasta que llegue el día.

Ató su caballo junto a la cansada yegua, y de un saco que estaba debajo de su silla, les dio a ambos animales varios puñados de avena. Aislinn se resignó, y pese a su huida fracasada, se sintió reconfortada con la presencia de él y así no ofreció resistencia cuando, después de quitarse la cota de mallas y dejarla en el suelo, sobre su silla de montar, él se tendió junto a ella, la abrazó y cubrió a ambos con su gruesa capa.

Maida se sentó bruscamente con un resoplido y se levantó murmurando entre dientes para poner más leña en el fuego. Se detuvo repentinamente cuando vio al gran caballo al lado de la yegua y sus ojos de azogue buscaron a su alrededor hasta que descubrió a Wulfgar junto a Aislinn.

—¡Ja! —exclamó en voz baja—. Vosotros, taimados normandos, podéis encontraros una cama caliente hasta en medio del bosque, ¿verdad? —Volvió a su cama pero lanzó a Wulfgar una última mirada de indignación.-¡Volveré la espalda por un momento! ¡Hum!

Se acostó y se cubrió completamente con la manta.

Aislinn sonrió contenta para sí misma y se acurrucó más cómodamente contra Wulfgar. Maida no estaba muy feliz de ver a este fornido normando en su campamento, pero el corazón de su hija se hinchó de júbilo dentro de su pecho por estar una vez más entre esos brazos y por sentir sobre su cuerpo las grandes manos de él, que la acariciaban.

—¿Tienes frío? —le murmuró él al oído.

Ella meneó la cabeza y sus ojos brillaron con más calidez de la que ofrecía el fuego, aunque su mirada se dirigía hacia abajo donde él no podía verla y no tenía forma de saber que ella se sentía delirantemente feliz. El cuerpo de ella se apretó contra él, la cabeza quedó sobre su hombro y Aislinn conoció toda la comodidad y seguridad que ofrecía el lecho de los dos en Darkenwald.

—El bebé se mueve —dijo Wulfgar roncamente—. Eso es una señal de fuerza.

Aislinn se mordió el labio, súbitamente insegura. Él hablaba raramente de la criatura, y cuando lo hacía, ella tenía la impresión de que era solamente para trabar conversación, como si quisiera tranquilizarla. Pero se sentía cada vez más preocupada cuando él bajaba la vista hacia su vientre en muda contemplación, como si al mirar esa suave redondez, pudiera encontrar alguna seguridad de que allí dentro estuviera creciendo su propio hijo.

—Ahora se mueve a menudo -replicó Aislinn, en voz tan baja que él debió esforzarse para escucharla.

—Eso es bueno -dijo él, y la cubrió más apretadamente con la capa y terminó la tensa conversación cuando inclinó la cabeza y cerró los ojos.

Con las primeras horas de la mañana, Aislinn despertó lentamente cuando Wulfgar se levantó. Con los ojos entrecerrados, lo vio caminar hacia el bosque. Después se sentó, se cubrió con la capa de él y miró a su alrededor. Su madre aún dormía profundamente, enroscada como una pelota y como si quisiera prohibir al mundo y a la realidad que la molestaran.

Se pasó los dedos por su larga cabellera para desenredarla, se estiró y se sintió reconfortada por la belleza de la mañana. El rocío abrillantaba las horas de la hierba y centellaba como pedrería en una telaraña. Los pájaros aleteaban entre las ramas llenas de yemas y un ruido suave entre los arbustos resultó ser un pequeño y peludo conejo. Había en el aire un aroma a cosa nueva y ella llenó sus pulmones con esa estimulante fragancia. Suspiró, contenta con el mundo y sus maravillas. Su rostro brilló radiante cuando lo levantó hacia los rayos de sol que invadían el claro. Qué dulcemente cantaban los pájaros. Que hermoso era el rocío de la mañana. Caviló brevemente sobre sus sentimientos y la felicidad que experimentaba. ¿Por qué? Si en realidad, debería sentirse desconsolada por haber sido interceptada. Después de todo, aun podía ser enviada a Normandía. Sin embargo, su corazón cantaba con la plenitud de la primavera.

Sintió a sus espaldas las pisadas de Wulfgar y se volvió para saludarlo con una sonrisa. El se detuvo, aparentemente confundido por la actitud de ella, y después se acercó y se sentó a su lado. Tomó el pequeño lío que ella había preparado antes de marcharse de Darkenwald y lo revisó. La miró inquisitivamente y levantó la escasa comida.

-Una pierna de cordero? ¿Una hogaza de pan? -preguntó, en un tono despectivo-. Hubierais debido planear mejor este largo viaje al norte.

-Gwyneth cuida bien tu despensa. Cuenta cada grano para la comida y seguramente hubiese dado la alarma si yo tomaba algo más.

Maida, despertada por el sonido de las voces, ahora se levantó y se frotó una cadera entumecida por la noche pasada en el suelo. Los miró con una sonrisa aviesa.

-Debéis perdonar a la muchacha, milord. Su cabeza es débil para estas cosas. Creyó que hubiéramos quedado como ladronas si tomábamos demasiada comida nuestra.

Aislinn miró a su madre con expresión de reprobación.

-Habríamos encontrado proveedores más generosos al dejar las tierras de Guillermo.

Wulfgar soltó un resoplido.

-¿En vuestros bondadosos parientes sajones, sin duda? ¿Esos héroes del norte?

-Esos amigos leales nos habrían dado la bienvenida y habrían atendido a nuestras necesidades como víctimas del duque bastardo -replicó Maida, en tono cargado de desprecio.

Wulfgar hizo una mueca.

-Guillermo es el rey, por aclamación de todos, salvo la vuestra. Malditos sean vuestros leales amigos. Los clanes del norte exigen un pesado tributo por pasar por sus caminos y caravanas mucho más ricas que vosotras han llegado sin un cobre.

-¡Ja! -Maida agitó una mano hacia él, intensamente disgustada.- Vos graznáis como un cuervo con la bandada. El tiempo dirá quién conoce mejor a la raza sajona, sí un bellaco normando o una con auténtica sangre inglesa.

No habló más y se alejó hacia los arbustos.

Wulfgar arrancó un trozo de pan, cortó una tajada de carne y se los entregó a Aislinn. Preparó para él una porción más grande y empezó a masticar pensativo la comida fría, mientras la miraba a ella. Sus ojos recorrieron rápidamente el vestido raído.

-¿No tomasteis dinero ni oro para vuestro viaje? –Conociendo la respuesta a su pregunta antes de haberla formulado, continuó, con voz cargada de ácido humor.- Puedo imaginar que algún lord norteño te recibiría muy contento en su habitación, pero tu madre hubiera tenido más dificultad para pagar el precio. —Rió por lo bajo y su mirada la recorrió nuevamente de pies a cabeza.— Sin embargo, si tú hubieras pagado todo el precio, querida, juraría que te habría resultado difícil moverte de la cama a una silla.

Aislinn echó la cabeza atrás, sin hacer caso de las groserías de él, y se chupó delicadamente los dedos. Wulfgar ignoró el desdén y se movió para sentarse más cerca de ella.

-Sinceramente, amor, ¿por qué huiste?

Aislinn abrió grandes los ojos y se volvió para mirarlo sorprendida, pero en la mirada de él vio la vehemencia de la pregunta.

-Tenías todo lo que una doncella puede desear -dijo él, pasándole un dedo por el antebrazo-. Una cama abrigada. Un protector fuerte. Un brazo gentil para apoyarte. Comida en abundancia, y amor, para tenerte ocupada en una noche larga, fría.

-¿Todo? -dijo Aislinn, en sorprendida protesta-, Oh, te ruego que consideres lo que tengo. La cama era de mi padre, que ahora yace muerto en una tumba. A mis protectores los he visto empuñar la espada o el látigo. Ciertamente, yo debo proteger más de lo que me protegen. Un brazo fuerte para apoyarme todavía no he encontrado. La comida abundante es tomada de lo que una vez fue mío. —Su voz se quebró y las lágrimas amenazaron con brotar.- ¿Y amor? ¿Amor? Fui violada por un estúpido borracho. ¿Fue eso mi amor? Soy la esclava de un lord normando. ¿Eso es mi amor? Fui encadenada a la cama y amenazada. - Tomó la mano de él y se la llevó a la cintura.- Toca mi vientre. Pon aquí tu mano y siente moverse a la criatura. ¿Concebida en el amor? No podría decirlo. En realidad, no lo sé.

Wulfgar abrió la boca como para hablar pero Aislinn continuó después de apartar la mano de él.

-No, escúchame esta única vez y dime qué tengo yo. Soy maltratada en la misma casa dónde jugué de niña, mis ropas y todas mis posesiones me son quitadas una por una. De ni siquiera un solo vestido puedo decir que es mío, porque a la mañana siguiente puedo ver que otra lo está usando. Mi único animal, una bestia de carga, está lastimada y por piedad habría que matarla. Dime, Wulfgar, qué es lo que poseo.

Él la miró ceñudo.

-Sólo tienes que pedir, y si está a mi alcance, yo lo pondré a tus pies.

Aislinn lo miró a los ojos y habló lentamente.

-¿Te casarías conmigo, Wulfgar, y darías un nombre a esta criatura?

La expresión de él se ensombreció aún más. Se volvió para arrojar al fuego un leño a medio quemar.

-La trampa siempre presente -gruñó-, para sorprender al pie descuidado.

-Aaahhh -suspiró Aislinn-. Gozabas muy bien de mí cuando yo no estaba hinchada, pero ahora eludes el tema. No necesitas confesarme tu pasión por Haylan. Tus ojos estaban llenos de lujuria cuando ella bailó ante ti.

Wulfgar volvió rápidamente la cabeza y la miró sorprendido.

-¿Lujuria? Pero si yo solamente estaba disfrutando de la diversión.

-¡Diversión! ¡Ja! -dijo Aislinn, despectivamente-. Eso fue más que una invitación a la cama.

-Te doy mi palabra de que yo no he notado que hayas tratado de complacerme ni la mitad.

-¿Qué? -gritó ella, pasmada-. ¿Con este cuerpo deformado? ¿Te gustaría que bailara y quedara como una estúpida?

-Ofreces excusas donde no hay ninguna -replicó él, torvamente-. Eres tan esbelta como ella y nada hay que decir de ti. Por una vez, me gustaría que me acariciaras en la cama en vez de pelearme y castigarme con tu lengua mordaz.

Aislinn se puso rígida y sus ojos color violeta relampaguearon de ira.

-¿Quién tiene la lengua aguda, milord? Yo debería usar tu cota de mallas a fin de no ser lastimada por tus agudezas.

Wulfgar resopló, exasperado.

-No está en mi naturaleza mostrarme como un enamorado engreído como Ragnor. Me resulta difícil mimar a una doncella, pero contigo he sido generoso.

—¿Quizá me amas un poquito? —preguntó Aislinn suavemente.

Él le acarició el brazo.

—Por supuesto, Aislinn —murmuró-. Te amaré todas las noches hasta hacerte pedir a gritos que cese de hacerlo.

Aislinn cerró los ojos y un gemido escapó entre sus dientes apretados.

—¿Niegas que mis caricias provocan una respuesta en ti? —preguntó Wulfgar.

Aislinn suspiró, y murmuró:

—Soy tu esclava, milord. ¿Qué quieres que diga una esclava a su amo?

En los ojos de él relampagueó la cólera y la frustración.

—¡No eres mi esclava! Cuando te acaricio, vienes a mí llena de pasión.

Esas palabras hicieron subir a las mejillas de Aislinn un color escarlata intenso. Ella miró hacia donde su madre había desaparecido entre los arbustos, temerosa de que Maida hubiera regresado y pudiera oírlo.

Él rió burlonamente.

—¿Temes que ella pudiera enterarse de que gozas en la cama con un normando? —Levantó una rodilla, apoyó en ella un brazo, se acercó más a ella e inclinó su cabeza cuando ella inclinó la suya.— Podrás engañar a tu madre, pero yo sé. No fue solamente mi forma de hacerte el amor lo que te hizo huir.

Con un grito de furia, Aislinn levantó la mano para golpearlo pero él se la aferró a tiempo, la puso de espaldas sobre el suelo y allí la sujetó con su peso, todo en un solo y rápido movimiento.

—De modo que tu honor ha sido ultrajado. ¿Por eso huyes repentinamente después de todos estos meses?

Aislinn luchó en vano. La rodilla de él estaba firmemente metida entre las de ella y con su brazo la tenía completamente inmovilizada. Ella sintió los músculos duros de él, ahora tensos contra el cuerpo de ella, y la gran mano de él que le acariciaba la espalda. Comprendiendo que la resistencia era inútil, Aislinn se rindió y aflojó debajo de él. Las lágrimas brotaron entre sus párpados fuertemente cerrados y rodaron por sus mejillas.

—Eres cruel, Wulfgar —sollozó—. Juegas conmigo y denigras eso que yo no puedo reprimir. Desearía poder mostrarme fría e indiferente, entonces, quizá, tu contacto no me atormentaría tanto.

El se inclinó y la besó en la nariz, en los párpados salados por las lágrimas y después en la boca. Ni siquiera ahora Aislinn pudo ahogar el deseo que nacía en su interior y respondió con pasión auténtica a las caricias de él.

La voz de Maida sonó ásperamente en el aire de la mañana.

-¡Qué es esto! ¿Un normando revolcándose sobre el rocío? Milord, ¿no sería mejor que montemos nuestras cabalgaduras y nos pongamos en camino?

Rió regocijada de sus propias palabras.

Wulfgar se sentó, se pasó los dedos por el pelo y echo a la anciana una mirada que hubiera podido abrirle el cráneo en dos Aislinn no miró a ninguno de los dos y se sacudió las briznas de hierba adheridas a su falda.

Wulfgar se puso de pie, ensilló los caballos y los acercó. A su cota de mallas la plegó y ató delante de su silla, pues prefería cabalgar sin ese estorbo en este radiante día primaveral. Maida gimió cuando trató de levantar su pie hasta el estribo y enseguida sintió que la tomaban de la cintura y la depositaban sobre el lomo de a yegua. Wulfgar pasó junto a Aislinn, saltó hasta su silla y desde allí miró a la joven A la mirada inquisitiva de ella, respondió con una risita divertida.

-La yegua está lastimada y no podrá llevaros a las dos.

Aislinn lo miró fríamente.

-¿Entonces, milord, tendré que caminar? -pregunto con altanería.

Él apoyó un codo en el alto arzón de su silla de montar.

-¿No es eso lo que te mereces?

Ella lo miró con furia, pero sin decir nada giró sobre los talones y empezó la larga marcha hacia Darkenwald. Wulfgar sonrió, levantó las riendas y la siguió. Maida quedó atrás con la jaca coja.

El sol estaba alto y bien avanzada la mañana cuando Aislinn se detuvo y se sentó en un tronco para quitar una piedrecilla que se había metido en su zapato.

Wulfgar también se detuvo y aguardó hasta que ella levantó la mirada. Entonces preguntó, solícito:

-¿Milady esta cansada de caminar?

-Fuiste tú quien me obligó a ello, milord -replicó ella con mucho sentimiento.

-No, amor, yo no -negó él, inocentemente-. Yo sólo pregunté si era eso lo que merecías.

Aislinn se levantó, lo miró y se ruborizó

-¡Oh, bestia! -Golpeó el suelo con el pie pero hizo una mueca cuando el talón dolorido tocó la tierra.

Wulfgar le hizo una seña y se deslizó atrás para sentarse sobre los faldones de la silla de montar.

-Ven, amor mío, —le dijo—. El día será cansador y quiero llegar pronto a casa.

Se inclinó y Aislinn le tendió de mala gana las manos. Wulfgar la levantó sin dificultad, la depositó delante de él y le puso la rodilla alrededor del pomo del arzón.

Maida había llegado junto a ellos y ahora hizo una mueca desdeñosa ante las atenciones de Wulfgar.

-Es mejor caminar que calentar el regazo de un normando, hija.

Wulfgar miró de soslayo a la mujer y habló con sequedad.

-¿Te gustaría escapar, vieja bruja? Si es así, yo de buena gana volveré la espalda.

Aislinn emitió un extraño sonido, pero cuando ambos se volvieron hacia ella, miró serenamente a lo lejos, aunque los ángulos de su boca temblaban de risa contenida.

Wulfgar espoleó a su caballo. Maida refunfuñó y rezongó y le hizo una mueca cuando él le volvió la espalda, pero durante los siguientes kilómetros guardó silencio.

Cuando el caballo finalmente aminoró el paso y empezó a andar con más lentitud, Aislinn sintió que la dominaba una gran soñolencia. La silla estaba muy lisa por el uso y era bien grande, de modo que le resultó difícil mantener su lugar. Sintió la tibieza cercana del hombre que cabalgaba detrás, y cuando bajaba la vista, miraba pensativa las grandes manos ,de él que sostenían las riendas. Eran manos fuertes, capaces de empuñar una espada poderosa, aunque los dedos largos eran finos, sutiles y hasta suaves cuando el momento lo requería. Una sonrisa torcida asomó a los labios de ella cuando pensó en esa fuerza. Entrecerró los ojos, se inclinó hacia atrás contra él, se arropó con la capa, apoyó la cabeza contra el cuello de él y ocultó la cara debajo de su mentón. La sonrisa no se borró. Ella se aflojó y dejó que los brazos fuertes de él la sostuvieran. A Wulfgar eso no le disgustó en absoluto. La suavidad y la fragancia de ella lo excitaban, aunque nuevamente pensó, intrigado, en el súbito cambio de la joven.

Pareció que había pasado muy poco tiempo cuando Maida rompió el silencio con un chillido gemebundo. Aislinn se irguió sobresaltada y miró a su madre.

-Es solamente el polvo que he tragado en todas estas millas –se quejó la mujer-. ¿Queréis que yo muera de sed, poderoso lord, a fin de poder tener a mi hija cuando os dé la gana, sin que mis protestas os lo impidan?

Ante la queja de Maida, Wulfgar sacó a su caballo del camino, se acercó a un arroyuelo y se detuvo. Se apeó, tendió las manos para tomar a Aislinn de la cintura, la depositó a su lado y se demoró un momento para cubrirle los hombros con su capa. Dirigió a Maida una mirada torcida, se le acercó y la ayudó a apearse.

-Hum -dijo ella-. Mucho tenéis que aprender de gentileza, normando. Sin duda, la violación que dejó encinta a mi hija, no fue nada para vos.

-¡Madre! -dijo Aislinn en tono de reproche, pero Wulfgar miró fijamente a Maida.

-¿Cómo puedes estar segura, vieja gallina, de que fui yo quien lo engendró y no otro?

Maida lo miró a la cara y rió regocijada.

-Aaahhh, si el pequeño llega con el negro de un ala de cuervo sobre su cabeza, entonces es Ragnor quien dejó su simiente en mi hija, y si el trigo del verano aparece en su coronilla, entonces, seguramente, será hijo de bastardo. Pero... —hizo una pausa y pareció saborear deleitada cada palabra-. Si el pelo de la criatura tiene el color rojo del sol de la mañana —se encogió de hombros y se abrazó a sí misma con alegría— entonces no se sabrá con seguridad quién lo engendró.

Wulfgar juntó las cejas, se volvió abruptamente, pasó junto a Aislinn y llevó los caballos a beber. Aislinn miró ceñuda a su madre, quien rió tontamente y se internó entre los árboles. Aislinn miró vacilante la ancha espalda de Wulfgar. Ahora le pareció tan fría e intimidante que supo que él no quería ninguna compañía excepto los caballos, a los que acarició distraídamente. Aislinn suspiró y entró lentamente en la espesura, sabiendo que él solo debía resolver el problema.

Él estaba aguardándola cuando regresó y había cortado pan y carne para las dos. La mirada inquisitiva de ella se encontró con un torvo silencio por parte de él, y mientras comieron los tres, no intercambiaron palabra alguna. Maida había advertido el mal humor de él, y por una vez, contuvo cuidadosamente su lengua pues no deseaba soportar la ira de este caballero normando.

El viaje de regreso continuó de la misma manera, aunque Aislinn dormitó en brazos de Wulfgar y encontró cierto consuelo en la gentileza que él le demostraba. La voz profunda de él junto a su oído la despertó cuando llegaron a la casa señorial de Darkenwald. Aislinn se enderezó con esfuerzo, parpadeó para aventar el sueño y vio que había caído la noche. Wulfgar se apeó y Aislinn apoyó las manos en sus anchos hombros cuando él la ayudó a apearse. La depositó cuidadosamente junto a él, y cuando se volvió hacia la madre, vio el cuerpo menudo de Maida que se balanceaba precariamente sobre la yegua, vencida por el cansancio. Las antorchas ardían a cada lado de la gran puerta y a su luz Aislinn vio que el rostro de su madre estaba demacrado y revelaba su fatiga. Aislinn tomó el flaco brazo de Maida y le habló suavemente al oído.

—Ven, te llevaremos a tu cabaña.

Wulfgar extendió una mano para detenerla.

—La llevaré yo —dijo—. Tú ve a nuestra habitación y espérame allí. Yo iré enseguida.

Maida lo miró con recelo antes de empezar a avanzar lentamente en la oscuridad, delante de él. Aislinn se detuvo y oyó las pisadas de Wulfgar que seguían detrás de su madre y lentamente se iban apagando. Después de un largo momento, apareció una débil luz en la ventana de la cabaña de Maida y Aislinn por fin se volvió, y con pasos cansados, casi arrastrando los pies, entró en el salón y subió la escalera hacia la habitación.

La estancia estaba iluminada por un fuego crepitante, preparado, sin duda, por algún alma compasiva que nunca dudaba del éxito de Wulfgar en cualquier cosa que emprendía... Sweyn, sin duda, siempre leal, siempre ocupándose de la comodidad de su señor.

Con un suspiro, Aislinn arrojó dentro del cofre su vestido sucio y se acercó al calor del hogar. Se quitó la camisa y buscó una piel para cubrirse el cuerpo desnudo, pero en ese momento la puerta se abrió con un crujido y ella volvió a tomar su camisa para cubrirse el pecho y enfrentar al intruso.

—De modo que estás de regreso —murmuró Gwyneth, apoyándose en el marco.

Aislinn extendió las manos.

—Como puedes ver, aún viva y respirando.

—Es una vergüenza —suspiró Gwyneth—. Yo esperaba que te encontrases algún lobo hambriento.

—Lo encontré, si quieres saberlo. Ahora llegará en cualquier momento.

—Ah, el valiente bastardo -dijo Gwyneth despectivamente-. Siempre haciendo alarde de su bravura.

Aislinn meneó la cabeza.

—Sabes muy poco de tu hermano, Gwyneth.

La mujer se irguió, avanzó orgullosamente y con una mirada despreciativa recorrió a Aislinn de pies a cabeza.

—Admito que no lo comprendo ni entiendo por qué tuvo que salir en la noche para buscarte, cuando pronto te enviará a Normandía, o a alguna otra tierra lejana. Insensatez, sin duda, y nada de sabiduría.

—¿Por qué lo odias tanto? —preguntó Aislinn con vehemencia-. ¿Acaso él trató alguna vez de hacerte daño? Te muestras tan llena de veneno hacia él que se me hace difícil entender tus motivos.

Gwyneth hizo una mueca.

—No podrías entenderlo, zorra sajona. Tú te contentas con tenderte en la cama de él y seguirle sus juegos. ¿Qué piensas obtener de él, excepto más bastardos?

Aislinn levantó levemente el mentón y se tragó su cólera. Entonces, un movimiento que percibió por el rabillo del ojo le llamó la atención, miró hacia allí y vio a Wulfgar de pie en el vano de la puerta, escuchando con silencioso interés lo que ellas decían. Tenía los brazos cruzados sobre el pecho y su cota de mallas echada descuidadamente sobre un hombro. Ante el silencio de Aislinn, Gwyneth se volvió y encontró la mirada penetrante de su hermano.

—¿Vienes a darnos la bienvenida a nuestro regreso, Gwyneth? -preguntó él, con cierta brusquedad.

Cerró la puerta tras de sí, cruzó la habitación, dejó su cota de mallas atravesada sobre el cofre, junto al vestido de Aislinn, y miró a Aislinn, quien lo observaba con ojos helados.

-Tú no ocultas tu desprecio por nosotros, Gwyneth. ¿Quizá no eres feliz aquí? —preguntó él, con los brazos en jarras.

-¿Qué? ¿Aquí, en esta casa miserable? —estalló ella.

-Estás en libertad de marcharte -dijo Wulfgar lentamente-. Nadie te detendría.

Los ojos claros de Gwyneth lo miraron fríamente.

-¿Estás echándome, hermano?

Wulfgar se encogió de hombros.

-Yo sólo deseo asegurarte que no te retendré aquí si prefieres marcharte.

-Si no fuera por mi madre, seguramente encontrarías una forma para deshacerte de mí —lo acusó Gwyneth.

-Es cierto —admitió Wulfgar, con una lenta, sardónica sonrisa asomando a sus labios.

-¿Qué? ¿El caballero vagabundo ha comprobado que ser un señor de tierras tiene sus desventajas? —preguntó Gwyneth, con una mueca sarcástica—. Realmente, debe resultarte cansador ocuparte de tus muchos siervos además de tu casa, cuando antes, todo lo que te preocupaba eras tú y nada más. ¿Por qué no admites que eres un fracaso aquí?

-En ocasiones resulta tedioso y cansador. —Wulfgar miró fijamente a su hermana.— Pero me creo capaz de llevar esa carga.

Gwyneth resopló despectivamente.

-Un bastardo tratando de probarse a sí mismo que es mejor que los que están por encima de él. Es algo que haría reír a una imagen de madera.

-¿Te parece divertido, Gwyneth? -Él sonrió y fue a detenerse junto a Aislinn. Cuando ella levantó los ojos, él le acarició admirado los rizos cobrizos y los besó.— A todos nos debes encontrar dignos de desprecio, todos somos humanos e imperfectos.

Gwyneth vio las atenciones que él le dedicaba a Aislinn y habló en tono despectivo.

-Algunos deben ser tolerados con más paciencia que otros.

-¿Sí ? -Wulfgar levantó una ceja.- Yo tenía la impresión de que nos despreciabas a todos por igual. ¿A quién no desprecias? ¿A Ragnor, quizá? ¿Ese bribón?

Gwyneth se irguió.

-¿Qué sabes tú de personas bien nacidas, siendo, como eres, un bastardo? —estalló ella.

-Mucho -replicó Wulfgar-. Yo tuve que sufrir los insultos de los que son como Ragnor y tú desde que era un muchachito. Mucho sé de los bien nacidos, y para mí, eso no vale lo que la bolsa de un pobre. Si realmente quisieras elegir a un hombre, Gwyneth, y te doy gratuitamente un consejo, mira en su corazón y

verás el verdadero valor de un hombre, no en lo que sus antepasados hicieron o no hicieron antes que él. Cuídate de Ragnor, hermana. Es traicionero y nunca se debe confiar demasiado en él.

-Hablas de envidia, Wulfgar —lo acusó ella.

Él rió por lo bajo y pasó un dedo por el contorno de la oreja de Aislinn, produciéndole un delicioso estremecimiento que le recorrió todo el cuerpo.

-Si así lo prefieres, créelo, Gwyneth, pero que se sepa que yo te he advertido.

Gwyneth caminó orgullosamente hasta la puerta, donde se detuvo un momento y los miró fríamente. Después se marchó sin agregar nada y dando un portazo.

Wulfgar rió suavemente de su hermana, después abrazó a Aislinn, le puso una mano detrás de la cintura y con la otra le levantó el mentón. Ella no se resistió pero él no obtuvo la respuesta que deseaba. Cuando sus labios tocaron suavemente los de ella, Aislinn se obligó a pensar en otras cosas que la perturbaban intensamente y así recibió el beso con una frialdad que él no estaba acostumbrado a encontrar en ella. Después de un momento, él levantó la cabeza y la miró a los ojos. Ella le devolvió una mirada inocente.

-¿Qué te sucede? -preguntó él en voz baja.

-¿Te desagrado, milord? ¿Cuál es tu deseo? Dímelo y yo obedeceré. Soy tu esclava.

Wulfgar la miró ceñudo.

-No eres mi esclava. Ya te lo he dicho una vez este día.

-Pero milord, estoy aquí para complacerte. ¿Qué es una esclava, sino alguien que debe obedecer las órdenes de su amo? ¿Deseas que te eche los brazos al cuello? —Se volvió, levantando un brazo mientras con el otro sostenía su camisa, y le puso una mano en la nuca.— ¿Deseas mis besos? -Se levantó en puntas de pie, lo besó ligeramente, dejó caer nuevamente su brazo a un costado y adoptó la posición que tenía antes.

Con un movimiento de disgusto, Wulfgar se quitó su túnica y la dobló furioso. Cruzó la habitación a grandes zancadas, se sentó en el borde de la cama y se quitó su camisa. Cuando se puso de pie para sacarse las calzas, Aislinn fue hasta el extremo de la cama donde todavía estaba la cadena, se sentó en el suelo de piedra y ahogó una exclamación cuando sintió su frialdad en sus nalgas desnudas. Mientras él la miraba sorprendido, ella deslizó su fino tobillo en el anillo de hierro y b cerro.

-¿Qué demonios...? -gritó él y fue hacia ella. Al obligarla a ponerse de pie, hizo que Aislinn soltara su camisa. Ella quedó desnuda, él la miró con el rostro ensombrecido por la ira-. ¿Qué crees que estás haciendo?

Los ojos de ella se agrandaron con fingida inocencia.

-¿Acaso las esclavas no son encadenadas, milord? Ves que yo no conozco cómo se las debe tratar, pues hace pocos meses que soy esclava. Desde la llegada de los normandos, milord.

Wulfgar soltó un juramento, se agachó y retiró con impaciencia el anillo de hierro del tobillo de ella. La levantó en brazos y la arrojo sobre la cama.

-No eres una esclava-gritó, y la miró muy serio.

-Sí, milord -replicó ella, esforzándose por mantener la seriedad— Como gustes, milord.

-¡Por el cielo! ¿Qué quieres de mí, mujer? -pregunto él, levantando los brazos, exasperado-. Te he dicho que no eres una esclava. ¿Qué más deseas?

Ella bajó tímidamente los párpados.

-Sólo deseo complacerte, milord. ¿Por qué te encolerizas así? Estoy aquí para hacer tu voluntad.

-¿Qué debo hacer para que escuches? -estalló él-. ¿Debo gritarlo ante el mundo?

-Sí, milord -dijo ella sencillamente, y sonrió cuando él la miró con más atención.

Por un breve momento Wulfgar se quedó mirándola, como si tratase de comprender el significado de lo que ella acababa de decir.

Después entendió, se enderezó y empezó nuevamente a ponerse la ropa. Fue hasta la puerta y allí se detuvo cuando ella preguntó:

-¿Adónde vas, milord? ¿No te resulto agradable?

-Voy a reunirme con Sweyn -respondió él con un gruñido- El no fastidia como tú.

Con eso, se marchó dando un portazo. Aislinn sonrió para sí misma, se cubrió con las pieles, abrazó la almohada y aspiro el aroma de él. Pronto se quedó dormida.

20

-Qué mujer más testaruda -murmuró Wulfgar mientras cruzaba irritado el patio en dirección a los establos—. Quiere que me case con ella y que declare al mundo que es mi lady. Yo no soy hombre de dejarme llevar por una argolla atravesada en mi nariz. Tendrá que resignarse.

Encontró un poco de heno fresco y limpio junto a su caballo y lo pisoteó hasta que se preparó una cama adecuada para él. El ruido hizo que los animales se agitaran y provocó gruñidos de protesta de sus hombres. Un arquero irritado lanzó un juramento y él se tendió sobre la paja, al lado de su caballo, se tapó con su capa y trató en vano de descansar, como tanto lo necesitaba.

Al día siguiente cabalgó duramente para cansar su mente y su cuerpo, en la esperanza de que podría esa noche conseguir el ansiado sueño, pero cuando el amanecer pintó el horizonte con suaves tonos de magenta, él seguía agitándose y revolviéndose continuamente sobre su cama de paja. Había evitado la casa desde que se marchara la otra noche, pero de tanto en tanto pudo ver a Aislinn que se dirigía a la cabaña de su madre o a hacer alguna otra tarea. En esas ocasiones se detenía y la observaba, admirando el suave meneo de las faldas y el brillo de su cabellera cobriza que resplandecía a la luz del sol. Ella le dirigió miradas furtivas, pero generalmente se mantuvo fuera de su alcance.

Sus hombres lo observaban intrigados, intercambiaban entre ellos miradas desconcertadas y se rascaban las cabezas ante la cama de paja de él. Se cuidaban de hacer ruido si un súbito juramento o los movimientos de él los despertaban durante la noche, y se acurrucaban en sus propios jergones, con la esperanza de que él lograse conciliar pronto el sueño.

A la tercera mañana, él se levantó y desayunó en la casa, echando miradas a la escalera hasta que Aislinn finalmente bajó. Por un momento, ella pareció sorprendida pero rápidamente recobró su compostura y fue a ayudar a Ham a servir la comida. Con una bandeja, fue sirviendo a los hombres y por fin llegó frente a él y. sin decir palabra, le ofreció codornices. Él escogió un ave bien gorda y después la miró.

-Llena mi copa -ordenó. Aislinn obedeció, se estiró delante de él le rozó el hombro con un pecho y retiró el jarro. Volvió un momento después con el recipiente lleno de leche y lo puso ante él.

Wulfgar arrugó la frente.

-¿Así lo habías encontrado? Ponlo donde estaba antes, esclava.

-Como gustes, milord -murmuró ella.

Nuevamente se estiró delante de él y le rozó un hombro con un pecho. Puso el jarro donde había estado.

-¿Así te satisface, milord? -preguntó ella.

-Sí -repuso él y dirigió su atención a la comida.

Gwyneth pareció muy contenta con esta novedad y esa noche comió al lado de Wulfgar, ocupando el asiento de Aislinn. Se mostró un poquito más amable con su hermano y trató de trabar conversación con él, pero sólo recibió gruñidos ininteligibles y miradas silenciosas. El parecía dirigir casi toda su atención a Aislinn, quien trabajaba con Ham y Kerwick para servirles la comida a él y sus hombres. Ella luchaba con las grandes fuentes y Kerwick a menudo acudía en su ayuda cuando parecía que estaba por dejar caer su pesada carga. La solicitud del joven sajón fastidiaba a Wulfgar y sus miradas pensativas seguían a los dos por todo el salón. Wulfgar apretó su mano en torno de su copa cuando vio que en un momento Aislinn reía con su antiguo prometido.

-¿Ves cómo ella juega con él? -murmuró Gwyneth al oído de su hermano-. ¿Es digna de tu preocupación? Mira a Haylan, en cambio. -Su mano flaca señaló a la joven viuda, quien miraba a Wulfgar con ojos soñadores.- Parece que ella tiene más amor que ofrecer. ¿Aún no la has probado en la cama? Podría resultar una medicina eficaz.

Pese a todos los esfuerzos de Gwyneth, sin embargo, la mirada de Wulfgar volvía continuamente a Aislinn. Bolsgar lo observó silenciosamente un buen rato y después se inclinó hacia él.

-El lobo vaga por la campiña pero siempre regresa a su única compañera. ¿Aún no has encontrado la vuestra?

Wulfgar se volvió bruscamente.

-¿Qué precio has recibido por hacer esta pareja?

-Cualquiera que fuere, parecería bajo. -Bolsgar rió suavemente y después se puso serio.— Escoge, Wulfgar. Libera a la joven Aislinn o tómala para vos como esposa.

Wulfgar hizo rechinar los dientes.

-¡Tú conspiras con Maida!

-¿Por qué retener en la casa a una joven tan mala y vengativa? -preguntó Bolsgar, señalando a Aislinn-. Veo cómo ella te tortura con su presencia. Sabe que estás mirando y juega con otros hombres. Kerwick no es tonto. Él quiere tomar a la muchacha por esposa y ser el padre de su criatura. ¿Por qué no se la cedes a él? Él quedaría feliz. Pero tú, tonto... —El anciano caballero rió por lo bajo.— ¿Qué será de ti? ¿Puedes soportar la idea de ella compartiendo la cama con él?

Wulfgar golpeó la mesa con el puño.

-¡Basta! -rugió.

-Si tú no la tomas, Wulfgar -continuó Bolsgar, imperturbable-, entonces, de buena fe, no puedes impedir que el joven sajón la despose para darle un nombre al niño.

-¿Qué diferencia haría eso para el niño? Mi madre estaba casada contigo y yo, lo mismo, soy llamado bastardo —replicó Wulfgar con amargura.

Bolsgar se puso pálido.

-Yo te repudié -dijo lentamente, luchando con las palabras-. Di que yo fui entonces el tonto, porque muchas veces he lamentado mi acción y ansiado tenerte nuevamente a mi lado. Fuiste para mí un mejor hijo que el rubio Falsworth. Mi mente siempre se siente torturada por el dolor que te causé, pero ya no es posible remediarlo. ¿Por qué quieres ser tan tonto como yo?

Wulfgar se volvió, perturbado por las palabras del anciano. Finalmente se levantó y salió del salón, sin notar que los ojos de Aislinn lo seguían y que ella tenía una expresión de honda preocupación.

A la mañana siguiente, Aislinn fue rudamente despertada cuando Wulfgar arrancó las pieles que la cubrían y le dio una fuerte palmada en las nalgas.

-Levántate, mujer. Hoy tenemos huéspedes importantes y deseo presentarte a ellos en tu mejor apariencia.

Aislinn hizo un mohín, se frotó el trasero dolorido y por fin se levantó, bajo la mirada demasiado atenta de él. Cuando ella iba a tomar su camisa, él golpeó fuertemente sus manos y la puerta se abrió al instante para dejar pasar a Hlynn y Miderd, quienes traían agua para un baño. Aislinn cubrió su desnudez con la camisa y miró confundida a las mujeres y después a Wulfgar.

Él levantó una ceja.

-Para ti, milady. Un baño perfumado te levantará el espíritu. -Giró sobre sus talones, fue hasta la puerta y allí se volvió y la miró nuevamente.- Ponte el vestido amarillo que compré para ti. Ese color te sienta muy bien.

Aislinn, furiosa, se sentó en el borde de la cama.

-¡No, no, no! -la regañó él-. ¿Buscabas complacerme o no? ¿Acaso has olvidado las obligaciones de una esclava? -Sonrió.- Regresaré enseguida.

Con una carcajada, salió y cerró la puerta tras de sí antes que ella pudiera arrojarle algún proyectil a la cabeza, y bajó la escalera.

De mala gana, Aislinn dejó que las dos mujeres la ayudaran con su baño y finalmente se relajó bajo los masajes de las manos de ellas, que le frotaron en todo el cuerpo con un aceite perfumado. Después le peinaron el cabello cuidadosamente y durante tanto tiempo que Aislinn pensó que nunca acabarían. Lo dispusieron hacia arriba y lo sujetaron con cintas amarillas. La ayudaron a ponerse una camisa de seda y el vestido de rico terciopelo, después aseguraron alrededor de sus caderas el ceñidor de filigrana de oro, terminando el tocado.

Miderd retrocedió un paso para admirarla y sonrió, a través de lágrimas de alegría.

-Oh, milady, estáis demasiado hermosa para decirlo con palabras. Estamos muy felices de que él os haya traído de regreso.

Aislinn la abrazó cariñosamente.

-A decir verdad, Miderd, también yo lo estoy, aunque me intriga el humor de él, no sé si me retendrá con él o si buscará otra.

La tímida Hlynn puso un brazo reconfortante alrededor de la cintura de su ama y le acarició la espalda como para consolarla, pero no pudo encontrar las palabras para tranquilizarla. Aislinn la abrazó con fuerza, con los ojos brillantes por las lágrimas, y entonces Miderd y Hlynn se apresuraron a poner orden en la habitación antes que regresara Wulfgar. Cuando él entró, momentos después, ellas salieron rápidamente y cerraron la puerta.

Wulfgar cruzó la habitación, se detuvo frente a Aislinn, unió las manos a la espalda y separó las piernas. Sus ojos recorrieron lentamente el cuerpo de ella y se detuvieron en la cara. Aislinn, algo nerviosa bajo la intensa mirada de él, lo miró con frialdad. El se acercó más, le puso una mano debajo del mentón y la obligó a levantar la cabeza. Muy suavemente, la besó en los labios y su mirada se volvió ardiente y devoradora.

-Eres hermosa -murmuró roncamente contra la boca de ella, y Aislinn tuvo que echar mano a toda su fuerza de voluntad para no relajarse contra él y rodearle la cintura con sus brazos. Él rió suavemente y se apartó un paso—. Pero no hay que volver vanidosa a una esclava. Ven al salón; los otros aguardan —dijo por encima de su hombro cuando se marchaba.

Todavía sintiendo el ardor de los labios de él, Aislinn golpeó desconcertada el suelo con el pie.

"Una esclava para obedecer sus órdenes, nada más. Ni el cielo podría persuadirlo de que yo sería una buena esposa".

Gwyneth también se había puesto su mejor ropa y estaba muy intrigada por el misterio y la demora. Wulfgar bebía lentamente ale mientras la veía caminar de un lado a otro, deteniéndose de tanto en tanto para dirigirle una mirada cargada de rencor.

—Me arrancas de la cama y no me dices la razón, excepto que viene alguien. ¿Quién se aventuraría hasta este lugar dejado de la mano de Dios, excepto los tontos?

—Tú viniste, querida Gwyneth —dijo él, de buen humor, y vio el relámpago de cólera que había provocado—. ¿Te consideras una excepción o todos somos tontos?

—Bromeas, hermano, pero no creo que tu precioso Guillermo vendría a ver tus posesiones.

Wulfgar se encogió de hombros.

—¿Pretendes que el rey visite a un vulgar lord con tierras pequeñas? Sus obligaciones de soberano son mucho más grandes que las mías como lord. Comprendo que tenga todo su tiempo ocupado, especialmente si sus súbditos protestan continuamente, como suelen hacer los míos.

Gwyneth respondió despectivamente echando la cabeza atrás y después fue donde Ham y Kerwick hacían girar un jabalí, venados y abundantes animales de caza más pequeños y pollos y gallinas en espetones sobre el fuego. Señaló la comida con expresión de reproche.

—Esto alcanzaría para alimentarnos a todos durante un mes. Eres descuidado con la comida, Wulfgar.

" ¡Ah, qué regañona!" pensó Wulfgar, con un suspiro, y se volvió para recibir a Bolsgar, quien bajaba la escalera y todavía se veía muy bien en sus mejores ropas. Wulfgar había compartido con él parte del contenido de su propio cofre y le había dado al anciano algunas de sus prendas mejores. Aunque el cinturón resultó demasiado estrecho para la cintura de Bolsgar, los hombros y el largo de la túnica se adaptaban bien. El anciano rió por lo bajo y giró ante ellos.

—He recuperado mi juventud, lo juro.

Gwyneth hizo una mueca despreciativa.

—Pero con ropas prestadas.

El anciano miró a Gwyneth de pies a cabeza, notando el vestido color tostado de Aislinn que llevaba su hija.

-¡Vaya! El muerto se asusta del degollado. Me parece que tú has tomado algo prestado, también.

Gwyneth giró y le volvió la espalda, y Bolsgar no le prestó más atención cuando Wulfgar le ofreció un cuerno de ale. Se sentaron a disfrutar el maduro sabor de la bebida hasta que la gran puerta se abrió y entró uno de los hombres de Wulfgar, quien se acercó a su lord trayendo un bulto grande envuelto en cueros. El hombre se inclino sobre el oído de Wulfgar mientras dejaba el envoltorio delante de él y habló en voz baja de algún asunto. Wulfgar asintió, y cuando el hombre se volvió para retirarse, empezó a cortar los cordeles que sujetaban el paquete. Finalmente lo abrió, y sacó varias prendas de hombre que coleó de su brazo. Fue hasta

donde estaba Kerwick, quien no noto su llegada de tan atento que estaba en la tarea que le habían encomendado.

-Kerwick.

Wulfgar habló y el joven se puso inmediatamente de pie y se volvió. Sus ojos cayeron sobre las prendas y se agrandaron levemente por la sorpresa, pero rápidamente miró a la cara de su señor.

-¿Milord?

Wulfgar levantó las ropas en alto.

-¿Estoy en lo cierto si digo que estas ropas son tuyas? -preguntó con cierta brusquedad, de modo que añadió confusión al continente del sajón.

_Sí, milord –repuso Kerwick, con inseguridad-. Pero no tengo idea de cómo llegaron hasta aquí. No fui yo quien las trajo de Cregan.

-Si lo hubieses notado. Kerwick, acaban de llegar. Yo envié a un hombre por ellas.

-¿Señor? -Kerwick miró dubitativo al cuerpo más alto de Wulfgar y supo que ninguna modificación podría hacer que las ropas sirvieran para el normando.

-No son para mí, Kerwick, sino para ti –dijo Wulfgar, interpretando la mirada del joven-. Tómalas, deja esta tarea y vístete como una persona de alta condición.

Kerwick tendió las manos para tomar las ropas pero las retiró apresuradamente para limpiárselas en su rústica túnica. Con cuidado, aceptó el atuendo, aunque en su cara seguía la expresión de desconcierto.

Gwyneth dio media vuelta, disgustada con su hermano, y fue hasta el otro extremo del salón, donde quedó sola, en hosco silencio.

Wulfgar se volvió y habló a todos los que se encontraban en el salón, en general.

-Mi hombre me dice que nuestro invitado está en camino y que llegará muy pronto.

Cuando Aislinn bajó la escalera causó agitación y muchos rostros admirados se posaron en ella, porque cuando se reunió con el grupo en el salón, muchos de los hombres de Wulfgar también habían entrado, vestidos con sus mejores ropas. Sir Milbourne y sir Gowain se hallaban cerca del arranque de la escalera y el más joven de los dos abrió tanto la boca cuando la vio, que el mayor agitó una mano delante de la cara de Gowain pasándole los nudillos muy cerca de la nariz. Gowain ofreció la mano a Aislinn y sonrió feliz cuando ella le permitió asistirla.

-Milady, vuestra radiante belleza me deslumbra. Siento que la lengua no me sirve y no se me ocurren palabras para expresar toda la perfección de vuestra hermosura.

Aislinn echó una mirada oblicua a Wulfgar, a tiempo para ver que Bolsgar lo tocaba ligeramente en el codo, y sonrió seductoramente al joven caballero.

-Vuestra lengua es lisonjera, señor caballero, y no dudo que muchas jóvenes doncellas han caído bajo su hechizo.

Feliz por ese cumplido, el caballero miró las otras caras a su alrededor y entonces tragó convulsivamente cuando Wulfgar se les acercó. Tartamudeó y se ruborizó intensamente cuando Wulfgar lo miró con expresión inquisitiva.

-¿Qué sucede, Gowain? ¿Tienes tanto tiempo libre en tus manos que lo pierdes en compañía de mi esclava?

Gowain casi se ahogó con su lengua y se sintió sumamente confundido al pensar en lo que había ocurrido en los días previos a éste, cuando Wulfgar había ignorado a la beldad sajona, haciéndole pensar si él no podría alentar alguna esperanza.

-No, mi señor, no -negó enfáticamente-. Yo solamente estaba haciendo justicia a su exquisita belleza, eso es todo. No tuve intención de molestar.

Wulfgar tomó en la suya la fina mano de Aislinn, la atrajo suavemente hacia él y dirigió una sonrisa al abochornado caballero.

-Estás perdonado -dijo-. Pero en adelante, presta mucha atención y condúcete con cuidado. Yo no he sido hombre de andarme con quisquillas por una mujer o dos, pero por ésta, sir Gowain, yo podría muy bien partirte el cráneo.

Con esa advertencia al joven caballero y a todos los que pudieron oírla, Wulfgar apartó a Aislinn de los hombres y regresó junto a Bolsgar. Los ojos del anciano titilaron alegremente cuando él la vio.

-Ah, qué hermosa doncella que eres, Aislinn. El mirarte es bueno para estos viejos ojos míos. He vivido casi sesenta años y no puedo recordar haber visto antes una belleza tan perfecta.

-Sois muy amable, milord. -Le hizo una reverencia y elevó la mirada hacia Wulfgar al sentir que él la observaba.- ¿Y vos también estáis satisfecho conmigo, milord? Es mi deber hacer todo lo que ordenéis, pero sería difícil cambiar mi apariencia si la misma no fuese digna de vuestra aprobación.

Él le sonrió y la miró intensa y ardientemente, pero sus labios dieron una respuesta no comprometedora.

-Como ya he dicho, no se debe volver vanidosa a una esclava.

Le apretó suavemente la mano y no la soltó. Su boca se curvó en una sonrisa cuando ella lo miró gélidamente, pero los dedos de ella temblaron en la mano de él, desmintiendo la frialdad de la mirada.

-Estás bellísima -murmuró él-, ¿Qué otra cosa me harás admitir ahora? -Ella abrió la boca para replicar, pero él se la cubrió con una mano antes que pudiera hablar.- Cesa tus demandas. Estoy cansado de ser hostigado. Dame descanso.

Amoscada por sus palabras, Aislinn giró en redondo, retiró su mano de la de él y fue hasta el hogar, donde Ham trabajaba.

-¿Un festín? -preguntó al ver las carnes que se estaban asando-. Ciertamente, sus huéspedes deben de ser importantes.

-Sí, milady -admitió el muchacho-. El no ha ahorrado nada para hacer este día memorable. Aún ahora están trabajando en la cocina para complacerlo.

Aislinn se volvió y observó a Wulfgar desde lejos. Se lo veía espléndido en una túnica de terciopelo color verde oscuro, adornada con trencilla de oro. Una capa corta de color carmesí estaba prendida en su cuello y caía sobre un hombro hasta las rodillas. Debajo de la túnica llevaba una fina camisa de lino y Aislinn pensó en el cuidado que había puesto al coser para él esa sencilla prenda. La misma se ajustaba bien en los anchos hombros y ella admitió, sólo para sí misma, que la camisa nunca le había parecido tan fina como ahora, cuando él estaba usándola. Sus piernas largas y musculosas se veían rectas y bien formadas debajo de las calzas de color tostado y ligas cruzadas, y su apariencia era tal, que al mirarlo, Aislinn empezó a sentir que dentro de su pecho crecía un orgullo profundo y doloroso.

-¿Aislinn?

Su nombre vino de una voz familiar a espaldas de ella. Se volvió y miró sorprendida a Kerwick, quien ahora estaba ricamente vestido. Lo estudió, atónita, y enseguida sus labios se abrieron en una sonrisa radiante.

-Vaya, Kerwick, estás hermoso —gritó complacida.

-¿Hermoso? -Él meneó la cabeza.- No. Esa es una palabra para describirte a ti.

-Oh, pero lo estás —insistió ella.

Kerwick sonrió.

-Es agradable vestir nuevamente ropas buenas. Él envió por ellas... especialmente para mí —dijo él, asombrado.

-¿Quién? -preguntó Aislinn, y siguió la mirada de Kerwick hasta donde se encontraba Wulfgar-. ¿Quieres decir que Wulfgar envió a alguien a Cregan por ellas? ¿Y para ti?

Kerwick asintió y sonrió con una sonrisa cálida, jubilosa.

Con un nudo de felicidad en la garganta, Aislinn se disculpó con su antiguo prometido y volvió al lado de Wulfgar, aunque lo hizo muy lentamente, mirándolo mientras se le acercaba y muy intrigada por los motivos de él. El se volvió cuando ella le tocó una mano y la recibió con una sonrisa.

-Querida —murmuró tiernamente, y le acarició suavemente los dedos-. ¿Has decidido que puedes soportar mi humor?

-En ocasiones, milord, pero no demasiado —replicó ella y los ángulos de su boca se curvaron hacia arriba, seductoramente. Wulfgar se sintió hipnotizado por los ojos de ella que brillaban y lo miraban a los suyos. Por un largo momento siguieron así, disfrutando de la mutua proximidad y experimentando una vez más la excitante atracción que siempre parecía atraerlos uno al otro. La voz de Gwyneth los interrumpió rudamente.

-Un bastardo y su ramera -siseó Gwyneth-. Veo que os habéis encontrado nuevamente. Qué otra cosa podría esperarse de los mal nacidos.

Bolsgar reprendió severamente a Gwyneth y le ordenó que hiciera silencio, pero la insolente hija lo ignoró y posó sus ojos en Aislinn.

-Un atuendo adecuado para la realeza, supongo, pero tu vientre arruina el vestido.

Antes que pudiera pensar en ocultar su reacción, Aislinn levantó su mano hacia esa ligera redondez y pareció un poco afligida.

Wulfgar miró ceñudo a su hermana y reprimió una réplica más cortante.

-No seas cruel, Gwyneth. Hoy no aceptaré nada de eso. O muestras más respeto hacia Aislinn, o serás enviada a tu habitación.

-No soy una criatura -exclamó Gwyneth-. Y no mostraré respeto a una prostituta.

-No, no eres una criatura -admitió Wulfgar-. Pero yo soy el lord en esta casa y tú no me desafiarás. ¿Obedecerás?

Gwyneth apretó los labios y sus ojos claros se entrecerraron, pero ninguna palabra salió de su boca. En cambio, cuando vio que se acercaba Haylan, su mirada se volvió taimada y ella sonrió a su hermano.

-He aquí a la amable Haylan. Por supuesto, notarás que me he tomado la libertad de compartir con ella mis modestas ropas.

Volvieron sus miradas hacia la joven viuda y Aislinn reconoció su propio vestido de color malva cubriendo el cuerpo de la otra. Haylan era un poco más baja y regordeta que Aislinn, pero lo mismo las ropas acentuaban su belleza morena. Alentada por los hechos de los últimos días, Haylan se acercó a Wulfgar y diestramente se las arregló para deslizarse entre él y Aislinn y le sonrió atrevidamente. Con un dedo, trazó sobre el pecho de él una línea donde caía el borde de la capa.

-Os veis muy bien, milord -dijo, respirando profundamente.

Aislinn se puso rígida, y debajo de los párpados entrecerrados, echó una mirada asesina a la espalda de la mujer. Sintió un fuerte impulso de arrancar el largo y rizado cabello negro de la cabeza de la mujer y darle un firme puntapié en el redondo trasero. Con aire ausente, jugueteó con el puño de su daga mientras sus ojos, con distante concentración, se clavaban en la nuca de Haylan.

Haylan se apoyó contra Wulfgar, empujándolo suavemente con sus pechos redondos, y frotó con su mano el suave terciopelo de su túnica mientras levantaba recatadamente los ojos hacia la cara de él.

-¿Es tu voluntad que yo me marche, milord? -interrumpió la voz de Aislinn, cortante como un filoso cuchillo-. No es mi intención interrumpir tu... placer. -La última palabra brotó con dulzura pero la voz se elevó ligeramente, como en una pregunta.

Wulfgar se apresuró a desembarazarse de Haylan y se alejó con su dama, dejando a Gwyneth y Haylan mirando ceñudas las espaldas de la pareja.

-Y ellas me dicen disoluta -murmuró Aislinn para sí misma.

Wulfgar rió por lo bajo.

-La viuda ve más de lo que hay, sin duda. Pero, sinceramente, temí por su seguridad cuando vi la sed de sangre en tus ojos.

Aislinn retiró su brazo del de él.

-No arruines tu día con preocupaciones, amo. -Se inclinó humildemente, aunque sus ojos desmintieron el gesto.- Yo soy solamente una esclava y soportaré la crueldad de otras calmosamente, y si me atacan cruelmente, sólo trataré de defenderme a menos que ordenes otra cosa.

Wulfgar sonrió y se frotó el pecho, donde todavía tenía las marcas del geniecillo de ella.

-Sí, ya he saboreado tu forma de ser tierna e indefensa, y sé bien que si la viuda llegara a provocarte, seguramente terminaría nada más que con un pequeño mechón de pelo en la cabeza.

Aislinn abrió la boca para replicar, pero su expresión se tornó de sorpresa cuando se abrió bruscamente la puerta del gran salón y entró una ráfaga de frío aire de marzo que se arremolinó en el interior. Cuando se asentó la polvareda, se vio a Sweyn en el portal, ataviado con sus galas nórdicas. Tenía los brazos en jarras, y cuando vio las caras frente a él, rió fuertemente, haciendo vibrar el salón con sus carcajadas.

-El hombre se acerca, Wulfgar -rugió— Arribará enseguida.

Sin decir palabra, Wulfgar tomó a Aislinn de la mano y la llevó junto a Bolsgar, allí puso delicadamente la mano de ella sobre el brazo del anciano y le pidió a él que la retuviese allí. Ignorando el súbito mohín de desagrado de ella, Wulfgar se separó y fue junto a Sweyn para recibir al huésped que llegaba.

Pronto se oyó el ruido de pequeños cascos acompañados de muchos bufidos y jadeos, después un golpeteo de sandalias, y fray Dunley apareció a la vista de todos, sonriendo ampliamente con evidente alegría. Ojos dilatados y expresiones de desconcierto marcaron las caras de todos los presentes y un murmullo bajo de confusión llenó el salón. El hombre de Dios se reunió con Wulfgar y Sweyn y por un tiempo los tres hablaron con las cabezas juntas y en voz baja. Pasó un momento y el desconcierto de los otros se acentuó; después, Wulfgar condujo al fraile hasta la mesa donde sirvió para el monje un cáliz de vino.

El sacerdote aceptó y con una rápida genuflexión, vació la copa hasta la última gota y asintió agradecido. Después, aclarándose la garganta y adoptando una actitud seria, el hombre se volvió y subió hasta el cuarto escalón, desde donde los enfrentó a todos, sosteniendo ante él una pequeña cruz de oro, y esperó pacientemente. El salón quedó en silencio y la gente, sin respirar, aguardó lo que pudiera traerles el momento siguiente. El desconcierto todavía marcaba los rostros boquiabiertos.

Wulfgar fue a ponerse ante el sacerdote y, volviéndose, levantó una ceja hacia Bolsgar, quien ahora comprendió el significado de todo. Levantó el brazo de Aislinn, lo puso sobre el de él, y condujo a la atónita doncella hasta que quedó al lado de Wulfgar. Fray Dunley asintió, y tomando a Aislinn de la mano, el lord de Darkenwald se arrodilló sobre los juncos que cubrían el suelo y la hizo arrodillarse suavemente a su lado.

Maida se sentó súbitamente en un banco que tenía cerca y miró, atontada por la sorpresa. Kerwick, por un momento, sintió algo que lo sofocaba dentro de su pecho, pero enseguida pasó y él se sintió extrañamente feliz por Aislinn, al ver que lo que ella más había ansiado ahora tenía lugar. Gwyneth abrió la boca y se hundió en la desesperación, al ver que sus aspiraciones de obtener poder y un lugar de honor en Darkenwald se desvanecían con las palabras del fraile. Comprendiendo por fin el significado de la ceremonia, Haylan aspiró hondamente y sollozó cuando sus esperanzas desaparecían rápidamente con el suave zumbido de la voz del sacerdote que bendecía la unión.

La voz de Wulfgar sonó fuerte y clara cuando repitió sus votos, y sorprendentemente, fue Aislinn quien se confundió y tartamudeó cuando repitió las palabras como en un trance. Wulfgar la hizo ponerse de pie y ella permaneció aturdida mientras el monje pronunciaba la declaración final, llamándolos marido y mujer. Ella advirtió que él le repetía una pregunta por tercera vez.

-¿Qué? -murmuró, todavía aturdida-. Yo no...

El fraile se inclinó hacia adelante y habló con vehemencia.

-¿Vais a besar a vuestro esposo y sellar los votos?

Ella se volvió hacia Wulfgar, casi incapaz de creer lo que acababa de suceder y medio pensando que todo era un sueño, y lo miró, maravillada. Un fuerte golpe rompió el silencio cuando Sweyn apoyó un pichel de ale sobre la mesa, haciendo que la espuma salpicara hacia arriba y los lados.

-¡Viva Wulfgar, lord de Darkenwald! -gritó el vikingo.

Un trueno de vivas se elevó de los hombres y hasta los aldeanos presentes se unieron. Nuevamente, el pesado pichel golpeó contra la mesa.

-¡Viva Aislinn, lady de Darkenwald!

Y si los gritos fueron fuertes en los vivas anteriores, esta vez las vigas del techo se estremecieron y amenazaron con caer.

Aislinn finalmente aceptó la verdad, echó los brazos al cuello de Wulfgar y entre gritos, risas y lágrimas de felicidad, le cubrió el rostro de besos. Wulfgar finalmente la apartó un poco para calmarla y rió del palpitante regocijo que parecía llenarla completamente. Ella le fue arrancada de las manos por Sweyn, quien la aplastó un momento entre sus brazos y le puso un resonante beso en la mejilla, para después pasarla a Gowain, luego a Milbourne, Bolsgar, Kerwick y todos los demás. Por fin ella se encontró nuevamente al lado de Wulfgar, el rostro encendido por la excitación, y casi sin aliento de tanto reír. El la tomo en brazos y la besó larga e intensamente, y ella no se resistió sino que respondió en la plenitud de la dicha que sentía en su corazón. Lentamente giraron abrazados, en medio de los gritos y expresiones de aliento de los presentes.

El salón se llenó de un animado regocijo, pero pasaron inadvertidas las caras sombrías de tres mujeres. Maida salió de su estupor y con un gemido grave de desesperación, huyó del salón mesándose los cabellos. Gwyneth subió lentamente la escalera hasta su habitación, donde se sentó silenciosamente delante del hogar, y Haylan huyó sollozando tras de Maida.

Alrededor de Aislinn hubo buenos deseos de todos y palmadas en la espalda que la dejaron sin aliento. Ella pasó ligeramente sobre todo ello con un único pensamiento grabado a fuego en su mente.

"¡Wulfgar! ¡Mi Wulfgar! ¡Wulfgar mío!". Las palabras resonaban en lo más profundo de su ser y ocultaban todo lo demás.

Fueron abiertos más barriles de ale y vaciados más pellejos de vino. Se cortaron las carnes y el pan y las palabras se volvían cada vez más confusas a medida que se sucedían los brindis. Wulfgar se recostó en su sillón, disfrutando de las festividades y el entretenimiento. Juglares, acróbatas y músicos habían sido llamados a toda prisa y actuaban para la diversión de los presentes. Pero fue Gowain quien declamó los versos que Aislinn recordó sobre todo lo demás, cuando se plantó ante la pareja de recién casados.

"Rosa más hermosa no vio mi corazón
Ni ganó jamás andante caballero.
Brilla su belleza en la cima más alta
Allí donde no llega ninguna otra doncella.
No hubo noche más negra ni día más oscuro
Que cuando esta rosa fue arrebatada,
Y unida por santo matrimonio".

Levantó bien alto su ale, y completó:

"Ahora me resta un último y único placer:
¡Mi cuerno de beber!".

Aislinn rió con evidente regocijo y las risas continuaron hasta que Wulfgar se puso de pie y se aclaró la garganta para pedir atención. Miró a su alrededor los rostros alegres de siervos, arqueros, guerreros y viñateros. Ellos se volvieron hacia él, expectantes, y como empezó a hablar en francés para que lo entendieran sus hombres, los siervos se reunieron alrededor de Kerwick a fin de que él tradujera para ellos las palabras al inglés.

-En nuestros pueblos, este día será recordado como el de la unión de normandos y sajones -empezó Wulfgar cuidadosamente-. En adelante, éste será un lugar de paz y un condado próspero. Pronto empezaremos a construir un castillo como ha ordenado el rey, para proteger a los pueblos de Cregan y Darkenwald juntos. A su alrededor habrá un foso y tendrá murallas tan fuertes como podamos hacerlas. En momentos de peligro, tanto normandos como ingleses buscarán refugio allí. Aquellos de mis hombres que lo deseen, podrán emprender oficios y profesiones o comerciar y poner tiendas para sostenerse. Haremos a estos pueblos seguros y confortables a fin de atraer a los visitantes. Se necesitarán albañiles y carpinteros, sastres, vendedores de toda clase. Sir Gowain, sir Beaufonte y sir Milbourne han consentido en quedarse como vasallos míos y nosotros continuaremos brindando nuestra protección a toda la gente.

Wulfgar hizo una pausa y hubo un rumor de especulaciones sobre Sus palabras. Después continuó.

-Tengo necesidad de un cambista de dinero o de una especie de administrador que sea honrado con sajones y normandos por igual. Él actuará en representación mía en cuestiones menores y llevará un registro de todo lo que suceda. Ningún acto de compra, venta, matrimonio, nacimiento o traspaso de propiedad estará completo hasta que él lo haya anotado en sus libros. Mi casamiento con lady Aislinn será la primera anotación.

Nuevamente Wulfgar se detuvo, miró los rostros a su alrededor y continuó.

-Con este propósito os hablo ahora. Me ha llamado la atención el hecho de que entre los sajones hay uno que habla bien las dos lenguas, un hombre muy instruido cuya destreza con los números no tiene igual y con quien se puede contar por su honradez. Es Kerwick de Cregan y a él lo nombro administrador de Darkenwald.

El salón se llenó de ahogadas exclamaciones de sorpresa, pero de Aislinn sólo hubo un atónito silencio. Igualmente atónito, Kerwick fue empujado hacia adelante y el salón nuevamente se sacudió con vítores y aclamaciones. Cuando llegó ante la pareja, Kerwick miró a Aislinn -cuya euforia ahora brillaba en sus ojos- a Wulfgar, quien devolvió la mirada con seria expresión.

-Kerwick, ¿os consideráis capaz de esta tarea?

El joven sajón levantó orgullosamente la cabeza y respondió:

-Sí, milord.

-Entonces, que así sea. En adelante no sois más esclavo sino el administrador de Darkenwald. Tenéis autoridad para hablar en mi nombre en esas cuestiones que dejo a vuestro cargo. Seréis aquí mi mano, tal como Sweyn es mi brazo, y pondré en vos mi fe de que seréis justo y honrado con todos.

-Milord -dijo Kerwick humildemente-, me siento honrado.

Una sonrisa curvó los labios de Wulfgar, quien añadió en voz baja, solamente para los oídos de Kerwick.

-Quedemos en paz, Kerwick, por el bien de mi dama.

Extendió la mano y Kerwick la estrechó y asintió para señalar su acuerdo.

-Por el bien de vuestra dama y de Inglaterra.

Se estrecharon la mano como hermanos y Kerwick se alejó para recibir las felicitaciones de normandos y sajones. Wulfgar volvió a sentarse, y sintiendo la mirada de Aislinn, se volvió y la miró.

-¡Esposo! -dijo ella, suspirando, como maravillada por esa palabra, y sus ojos brillaron intensamente.

Wulfgar rió por lo bajo y se llevó los dedos de ella a sus labios.

-¡Esposa! —murmuró.

Ella se inclinó hacia él, le pasó un dedo sobre el pecho y su sonrisa se acentuó, invitadora.

-Milord —dijo- ¿no crees que se está haciendo tarde?

Él le estrechó la mano y su sonrisa se acentuó.

-Ciertamente, milady, las horas se van volando.

-¿Qué debemos hacer para cesar su rápida huida? —preguntó ella, en voz baja y llena de ternura. Su mano libre cayó sobre la rodilla de él y allí quedó. Para el ojo inadvertido, fue un pequeño gesto, pero entre ellos fluyó una creciente excitación que no podría ser contenida mucho tiempo. Una sonrisa traviesa chispeó en los ojos de Wulfgar.

-Milady, no sé si tú necesitas descansar, pero yo desearía que vayamos pronto a nuestro lecho.

Aislinn accedió con una sonrisa.

-Ah, milord, lees mis pensamientos. Yo también estaba pensando en eso después de un día tan largo.

Los ojos de ambos se encontraron con ternura y con promesas que cada uno estaba ansioso de ver cumplidas, pero súbitamente se apartaron, sobresaltados, cuando los hombres de Wulfgar se abalanzaron sobre él, se apoderaron de su señor, lo levantaron en alto sobre sus cabezas y empezaron a pasárselo de mano en mano. Aislinn los miró, divertida, y estalló en carcajadas. Pero pronto soltó una exclamación de sorpresa cuando Kerwick la levantó en brazos y la pasó a Milboume, quien a su vez la pasó a Sweyn y Gowain. En medio del salón, depositaron a los recién casados en el suelo y Aislinn se desplomó en los brazos de Wulfgar, agradecida por haber llegado a salvo pero todavía sin poder contener la risa. Wulfgar rió por lo bajo y la abrazó con fuerza, pero nuevamente lo separaron de ella. Le pusieron una venda sobre los ojos y Sweyn lo hizo girar. Después, le pidió que encontrase a su novia si tenía intención de acostarse con ella esa noche.

Wulfgar echó la cabeza atrás y rió alegremente.

-Oh, mujer, ¿dónde estás? Ven, déjate atrapar.

Aislinn se encontró rodeada por Hlynn y Miderd y una cantidad de mujeres que le indicaron que guardara silencio. Aislinn contuvo la risa y observó con ojos llenos de ternura, mientras su esposo tendía las manos hacia el grupo de mujeres y empezaba a buscar.

Se acercó rápidamente al oír el roce de una falda y atrapó a Hlynn. La jovencita rió regocijada y Wulfgar meneó la cabeza y siguió buscando. Empujaron a Miderd hacia él y no bien Wulfgar tocó uno de los robustos brazos, supo que no se trataba de su esposa. Siguió intentando y descartó a una muchacha sensual que olía a heno y a sudor. Caminó con soltura entre las mujeres, tocando ligeramente a una y deteniéndose junto a otra. Entonces, súbitamente, se detuvo. Una levísima fragancia llegó a sus narices y él giró abruptamente. Tendió la mano y la cerró alrededor de una fina muñeca. Su cautiva guardó silencio, aunque cuando él la atrajo hacia sí hubo agitación y risitas ahogadas de los presentes. Sus dedos tocaron una prenda de lana sobre los hombros de ella, muy diferente al suave vestido de terciopelo de Aislinn, pero su mano bajó con deliberada lentitud hasta un pecho redondeado, entre el regocijo de todos los que miraban.

-Vuestra dama está aguardando -gritó alguien.

Wulfgar no se dejó engañar. Sus manos se deslizaron alrededor de la fina cintura y su cabeza bajó hasta que su boca encontró los labios suaves que esperaban a los suyos. Su sonrisa se acentuó antes que su boca

cubriese la de ella con hambre y enseguida sintió la ardiente respuesta a sus besos. La atrajo más y sintió las suaves curvas de ella contra sus miembros, y su sangre se encendió.

-¡Milord, habéis tomado a la mujer equivocada! -gritó otro.

Wulfgar levantó una mano y se arrancó la venda de los ojos sin interrumpir sus besos. Cuando abrió los ojos, se encontró con otros de color violeta que le devolvían la mirada. Aislinn se deshizo en carcajadas, y cuando se separaron, se sacudió de los hombros la capa de lana que alguien le había puesto encima. Su mano se deslizó otra vez dentro de la de Wulfgar y sir Gowain le dio a él un cuerno de ale.

-¿Cuál es tu secreto, milord? -preguntó el joven caballero con una sonrisa—. Es seguro que la reconociste antes de tocarla, aunque tenías una venda sobre los ojos. Dinos ahora la verdad, te lo ruego, a fin de que nosotros podamos jugar este juego tan bien como tú.

Wulfgar sonrió lentamente.

-Te diré la verdad. Una mujer tiene una fragancia propia. Hay perfumes que pueden comprarse en las ferias, pero debajo de todo eso está el dulcísimo aroma de mujer, que es diferente para cada una.

Sir Gowain echó la cabeza atrás y rió deleitado.

-Eres muy astuto, milord.

Wulfgar sonrió.

-Concedido, pero habíais hecho de mí un hombre desesperado. Yo no deseaba pasar esta noche calentando la paja de mi caballo.

El caballero levantó una ceja finamente arqueada y miró a Aislinn.

-Ciertamente, milord, comprendo tus motivos.

Ligeramente ruborizada por el cumplido, Aislinn se apartó de Wulfgar, se liberó de los alegres parrandistas y se dirigió a la escalera. A mitad de camino se detuvo y una vez más buscó a Wulfgar con la mirada. Él la miró por encima del hombro de sir Gowain, y aunque asentía a las preguntas del joven, sus ojos eran solamente para ella y estaban llenos de ternura. Aislinn sonrió suavemente y sintió que la mirada de él la siguió hasta que ella cerró la puerta de la habitación.

Miderd y Hlynn habían llegado antes y estaban aguardándola. La abrazaron afectuosamente antes de llevarla cerca del calor del fuego. Allí la ayudaron a quitarse el vestido amarillo y la camisa y la envolvieron en una seda suave y sutil. Aislinn se sentó ante el fuego con expresión soñadora mientras Miderd la peinaba. Hlynn puso orden en la habitación, dobló cuidadosamente las ropas de ella que guardó en el cofre, y acomodó las pieles sobre la cama.

Afuera la noche estaba oscura y los postigos fueron dejados entreabiertos para que una corriente de aire fresco agitara suavemente las colgaduras de la habitación. Con una última expresión de buenos deseos, Miderd y Hlynn se marcharon y Aislinn, ahora sola, quedó esperando con agitada anticipación. Alcanzaba a oír las risas y las manifestaciones de alegría del salón y sintió ganas de bailar por la habitación. Rió, recordando el desconcierto de todos cuando llegó el pequeño fraile. Fue muy propio de Wulfgar tenerla intrigada hasta último momento. Ahora su corazón se hinchó de orgullo cuando pensó en los planes de él y en la benevolencia que había demostrado con Kerwick. Wulfgar era un hombre cabal, no había mejor señor que él.

Perdida en sus dichosas cavilaciones, se sobresaltó cuando llegó un leve sonido desde la puerta, y levantó la vista y vio que la misma se abría lentamente. Maida se deslizó dentro de la habitación y cerró cuidadosamente la puerta tras de sí.

-Esas dos que acaban de marcharse -gimió la mujer-, con su charla tonta pueden cortar a la leche más dulce.

-Madre, no hables así de Hlynn y Miderd. Son amigas y me han dado mucho consuelo en momentos de necesidad.

Aislinn miró las ropas desgarradas de Maida y se puso ceñuda.

-Madre, Wulfgar no estará contento con tu apariencia. ¿Quieres que los demás piensen que él te maltrata? No es así, porque te ha tratado bondadosamente pese a tus comentarios hirientes.

Maida hizo una mueca y habló como si no hubiera escuchado a su hija.

-¡Casada! ¡Casada! ¡El más negro de los días! -Levantó las manos sobre su cabeza.— Mi mejor venganza hubiera sido que tú tuvieras un bastardo. Un bastardo para dárselo a un bastardo —dijo despectivamente, y se estremeció ante la idea.

-¿Qué dices? -preguntó Aislinn, sorprendida-. Para mí, este es el día más feliz. Me gustaría que te alegrases de que ahora estoy casada.

-¡No! ¡No! —gritó la mujer—. Me has robado la última onza de venganza que me quedaba. Todo lo que tenía para vengarme, por haber visto a mi pobre Erland retorciéndose en la agonía.

-Pero no fue Wulfgar quien lo hizo. Fue Ragnor quien blandió la espada.

-¡Bah! —La madre rechazó las palabras con un movimiento de la mano.— Todos son normandos y todos son lo mismo. No importa quien empuñó la espada. Todos ellos deben cargar con la culpa.

Maida continuó protestando y quejándose, y lanzando gritos de furia. Se estrujaba las manos y eran vanos todos los esfuerzos de Aislinn por tranquilizarla.

Exasperada, Aislinn gritó:

-¡Pero Ragnor se ha ido y aquí está Wulfgar, quien es un lord justo y es mi esposo!

Maida experimentó un cambio al oír esas palabras. Sus labios se crisparon en una mueca de desprecio y sus ojos recorrieron rápidamente todos los rincones de la habitación. Se agazapó y estuvo un momento sin hablar, con la vista clavada en el fuego.

-¿Madre? -preguntó Aislinn, después de observarla un momento-. ¿Te sientes bien?

Vio que los labios de Maida se movían, se inclinó hacia su madre y apenas alcanzó a oír las palabras suavemente susurradas.

-Sí, este normando está al alcance de la mano... aquí, en mi propia cama. -Los ojos de la mujer relampaguearon y ella se volvió súbitamente, como si Aislinn la hubiese sorprendido. Sus ojos se dilataron y enseguida se entrecerraron, y rió por lo bajo para sí misma.

Se detuvo y miró a Aislinn como si no la reconociera. Después se acomodó sus ropas desgarradas, pasó una mirada vacía por la habitación y se marchó corriendo.

En el pasillo hubo ruidos de pies arrastrados, seguido de risas y bromas groseras. Poco después, la puerta se abrió violentamente y Wulfgar fue arrojado al interior, después de haber sido depositado ceremoniosamente en el umbral. Desde donde estaba, sentada ante el fuego, Aislinn vio que Sweyn y Kerwick impedían la entrada de los otros. Enseguida Wulfgar se apresuró a cerrar la puerta. Se volvió, jadeante, y sus ojos se posaron en ella. La luz del fuego revelaba los contornos de su cuerpo a través del velo de gasa y a él se le encendió la sangre, pero se detuvo, inseguro de la recepción que ella le depararía, porque ahora la actitud de Aislinn era serena y de ella no salió ninguna palabra que lo alentase a actuar como esposo. En ese momento, él no fue el lord y el amo sino un tímido novio recién casado. Wulfgar señaló indeciso la puerta.

-Ellos parecen creer que debemos encontrarnos y pasar la noche juntos –dijo.

Ella no respondió y él se quitó la capa de los hombros, la dobló prolijamente, se quitó el cinturón y dejó ambas prendas en su lugar. La mirada de Aislinn lo seguía, pero ella tenía el fuego detrás y Wulfgar no podía ver la ternura que llenaba a esos ojos violetas. Se sentó a los pies de la cama y se levantó otra vez para colgar su túnica de un gancho. Ante el continuado mutismo de ella, él trató de mirarla a la cara, aunque las sombras eran profundas y nada alcanzó a discernir.

—Si no te sientes bien, Aislinn —murmuró él, con la decepción marcada en cada palabra—, esta noche no te exigiré nada.

Luchó torpemente con el lazo superior de su camisa, sintiéndose por primera vez en su vida completamente desconcertado y sin saber qué hacer con una mujer. "¿El matrimonio estropea el placer?", se preguntó, desalentado.

Por fin Aislinn se puso de pie y fue hacia él. Apartó los dedos torpes de él del lazo de la camisa y con un rápido tirón lo desató. Levantó la camisa y apoyó las manos en el pecho de Wulfgar.

—Wulfgar, milord —dijo Aislinn en un suavísimo susurro—, haces muy bien el novio tímido e inexperto. ¿Tendré que guiarte en un juego que has practicado tan a menudo?

Sus manos se deslizaron hacia arriba para sacarle la camisa sobre los hombros y la cabeza y después se unieron detrás de la nuca de él y lo atrajeron lentamente hacia abajo, hasta que sus bocas se encontraron. Ella se apoyó en él y su mano le acarició la espalda mientras sus besos lo hacían suspirar. La mente de Wulfgar giró como un peñasco que se precipita cuesta abajo y explotó en un torbellino de emociones: confusión,

sorpresa, y no menos que lo demás, placer. Él había creído imposible que ella respondiera más intensamente que en el pasado, pero ahora ella lo excitaba deliberadamente, sembrándole con besos febriles el cuello, la boca, el pecho, y haciendo con los dedos cositas tentadoras que lo dejaban sin aliento. En una época, él había creído tontamente que conocía bien la mente de la mujer. Ahora, ésta le enseñaba que las mujeres eran diferentes y que no había que tomarlas a la ligera.

Aislinn dejó caer el velo de seda de sus hombros y una vez más lo rodeó con los brazos y se apretó contra él. Por un momento, los miembros de Wulfgar parecieron de plomo. Los suaves pechos de ella contra su piel parecían quemarle la carne, y él descartó sus anteriores ideas sobre el matrimonio mientras se inclinaba, la levantaba en brazos y la llevaba a la cama. Allí la depositó. Rápidamente, se quitó el resto de la ropa y las arrojó descuidadamente a un lado. Por primera vez, en lo que Aislinn recordaba, él se mostraba desprolijo. Se tendió junto a ella y ella respondió plenamente a su contacto, improvisando nuevas caricias mientras las manos de él exploraban atrevidamente su cuerpo. La vehemencia y ansiedad de él se sobrepusieron a todo lo demás y la apretó contra la cama. Sus labios temblaron junto al oído de ella, le acariciaron el cuello y enseguida descendieron hasta donde pudieron sentir los rápidos latidos del corazón. Ella se arqueó, extasiada, abrió 1os ojos un instante y súbitamente su aliento se le atascó en la garganta.

Una sombra oscura apareció sobre ellos y hubo un brillo de metal sobre la espalda de él. Aislinn gritó aterrorizada y trató de hacer a Wulfgar a un lado. El se volvió, sorprendido por el grito de ella, y la hoja e golpeó el hombro como un relámpago. La furia nubló la mente de Wulfgar. Soltó un juramento, lanzó un puñetazo y aferró el cuello de a desdichada atacante, arrancándole un grito ahogado. Con un terrible rugido, arrastró a la intrusa desde la cama hasta el hogar. Allí, el fuego iluminó el rostro de la atacante y Aislinn gritó otra vez, al ver la cara de su madre contorsionada en silenciosa agonía. Saltó de la cama y se colgó del brazo de su marido.

-¡No! ¡No! ¡No la mates, Wulfgar!

Frenéticamente, tiró del brazo de él, pero era como una barra de acero y no pudo conseguir que la soltara. Los ojos de Maida se salieron de las órbitas y su cara parecía ennegrecida. Con un sollozo, Aislinn levantó las manos, tomó el rostro de Wulfgar e hizo que él la mirase.

-Está loca, Wulfgar. Déjala.

Esas palabras quebraron la furia de él. Wulfgar aflojó las manos y Maida cayó al suelo. La mujer quedó temblando y retorciéndose, luchando por respirar a través de su garganta magullada. Wulfgar se agachó, levantó el puñal del suelo y lo hizo girar entre sus manos para examinarlo con atención. Un recuerdo se agitó en las profundidades de su mente y enseguida surgió con claridad. Esta arma había pertenecido a Kerwick, era la que él usó una vez en un intento de matarlo. Una luz de comprensión le iluminó lentamente el rostro cuando bajó la vista hacia la mujer. Después se volvió, miró fijamente a Aislinn y ella, leyéndole los pensamientos, ahogó una exclamación.

-¡No! ¡No es así, Wulfgar! -Su voz se hizo estridente.- Yo no intervine en esto. Ella es mi madre, es verdad, pero juro que no estaba enterada de esto.

Tomó la mano de él que sostenía el puñal y apuntó la hoja hacia su propio corazón.

-Si dudas de mí, Wulfgar, acaba aquí mismo y ahora con tus dudas. Es fácil terminar con una vida. -Acercó hacia ella la mano de él hasta que la punta quedó apoyada contra su pecho. Las lágrimas le nublaban la visión y corrían por sus mejillas, para caer suavemente en su pecho trémulo. Lo miró a los ojos. Susurró, muy suavemente:- Tan fácil.

Maida recobró el aliento y huyó sin ser vista por ninguno de los dos, quienes seguían mirándose a los ojos, tratando de averiguar la verdad que en ellos pudiera encontrarse. El portazo que dio la mujer al salir les indicó que se había marchado, pero siguieron sin moverse.

Al ver la incertidumbre de Wulfgar, Aislinn apretó su mano una vez más, pero él se resistió y ella no pudo acercar más la hoja del puñal. Se apoyó en el arma hasta que le pinchó la piel y una gota diminuta de su sangre se mezcló con la de él en el brillante acero.

—Milord -murmuró suavemente ella—. Hoy he pronunciado mis votos delante de Dios, y Él es mi testigo de que los tengo por sagrados. Así como nuestras sangres se juntan sobre esta hoja, así nosotros somos uno solo. Una criatura crece en mí y ruego con ansiedad que sea tuya y que nosotros seamos uno con ella, porqué necesitará un padre como tú.

Sus labios temblaron cuando él la miró a los ojos. Wulfgar sintió sobre él todo el peso de las palabras de ella y no pudo seguir negándose. Soltó un juramento y arrojó el puñal contra la puerta, donde se estrelló en la madera y cayó al suelo. Después se inclinó, tomó a Aislinn en brazos y giró con ella en completo abandono, hasta que ella le rogó que se detuviera. Impaciente una vez más, fue hasta la cama; pero ella le tocó la herida del hombro y meneó silenciosamente la cabeza. Con mano experta, Aislinn aplicó ungüento y vendas mientras él seguía sentado en el borde de la cama. Cuando por fin ató el nudo y dejó a un lado sus pociones y mixturas de curar, se volvió hacia él y se inclinó hasta rozarlo con sus pechos, para besarlo en la boca apasionadamente.

Él la abrazó y trató de hacerla acostar debajo de él, pero ella le apoyó ambas manos en el pecho y lo empujó firmemente contra las almohadas. Él la miró a los ojos, intrigado, y entonces ella respondió con una sonrisa y se tendió cuan larga era sobre él. La sangre corrió ardiente a través del cuerpo de Wulfgar, y la herida no lo molestó, ni entonces, ni más tarde, ni mucho después.

21

Wulfgar despertó con las primeras luces de la mañana y se quedó quieto para no despertar a su esposa, quien dormía pacíficamente contra él, con la cabeza descansando sobre su hombro. Sus pensamientos eran claros y nítidos a esta hora temprana, y sabía que nunca antes había experimentado un placer tan rico y completo. Todavía estaba lleno de asombro por la entrega de ella. Había conocido a damas de la corte que respondían como si estuvieran haciéndole un favor, aguardando pasivamente que las excitaran. Había conocido a las mujeres vulgares de la calle, que fingían pasión con gestos predecibles y se mostraban ansiosas sólo cuando ello significaba más dinero. Pero aquí había una que recibía sus avances y lo ayudaba con una ansiedad equiparable a la suya y que encendía la pasión de ambos hasta alturas cegadoras, devoradoras, en que un brillante relámpago de éxtasis se desplomaba sobre sí mismo y dejaba los humeantes cimientos listos para una nueva experiencia.

Ahora ella yacía junto a él, con una pierna descuidadamente atravesada sobre las de él, acariciándole el pecho con su suave respiración. Era difícil creer que esta criatura suave y frágil que tenía a su lado era la mujer atrevida y ardiente de la noche anterior.

Otro suceso de la noche anterior cruzó por su mente y su frente se arrugó en profundas reflexiones. Maida era un elemento al que no podía manejar, pero si Aislinn había dicho la verdad, podría dejar el asunto en sus manos. Bien consciente de la fuerza de voluntad de ella, podía él tener la seguridad de que ella sabría manejar a su madre. Y si había mentido... mentalmente tomó nota de ser más precavido en el futuro.

Aislinn se movió y se arropó más apretadamente con las pieles alrededor de un hombro. Él sonrió para sí ante sus pensamientos y otra vez se apoyó en ella. Pensó en las palabras pronunciadas ayer y en su efecto en ella. En términos simples, él había asumido completa responsabilidad por el bienestar y la seguridad de ella, y Aislinn, según parecía, se había comprometido a honrarlo y obedecerlo como esposa. Casi rió por lo bajo de la idea, y en su inocencia no empezó a comprender lo que significaría ser el amo de esta mujer.

Aislinn suspiró y se acurrucó contra él, enseguida abrió los ojos, y por encima del ancho pecho de Wulfgar, miró hacia el hogar apagado. Levantó la vista y lo encontró a él, que estaba observándola silenciosamente, y entonces se estiró sobre ese pecho para besarlo en los labios.

—Dejamos apagar el fuego —suspiró ella.

Wulfgar sonrió con una chispa en los ojos.

—¿Lo avivamos?

Aislinn rió alegremente y saltó desnuda de la cama.

—Yo hablaba del fuego del hogar, amor mío.

Wulfgar se levantó de un salto y la atrapó cuando ella daba la vuelta alrededor de los pies de la cama. La atrajo hacia él, se sentó sobre las pieles, la acarició con la boca en el cuello y le rodeó la cintura con los brazos.

—Ah, mujer, qué hechizo has lanzado sobre mí. Apenas puedo pensar en mis obligaciones cuando estás cerca.

Aislinn le echó los brazos al cuello. Sus ojos brillaron.

—¿Te gusto, milord?

—Oh...oh... —suspiró él—. Me haces temblar con sólo tocarme con tus dedos.

Ella rió alegremente y lo mordió en el lóbulo de la oreja.

—Entonces —dijo Aislinn—, debo admitir que a mí me sucede lo mismo.

Sus labios se encontraron y fue un buen rato después que bajaron la escalera para desayunar. Aunque cuando aparecieron ya era algo tarde, solamente Miderd y Hlynn estaban en el salón. El lugar había sido cuidadosamente limpiado y habían esparcido juncos nuevos mezclados con hierbas húmedas para eliminar el olor que solía quedar adherido al suelo después de una noche de ruidosas celebraciones. Un sabroso potaje, con puerco y huevos, se calentaba en el fuego, y cuando ellos se sentaron, Miderd se acercó con tazones con comida que les puso delante, mientras Hlynn les traía jarros de leche fresca.

La comida empezó en silencio. Toda la aldea parecía estar extrañamente silenciosa más allá de la puerta abierta. No había señales de la alegría que se había manifestado el día anterior, hasta que momentos después entró Kerwick. El joven caminó con estudiado cuidado y de su pelo aún goteaba agua del arroyo. Se sentó

vacilante a la mesa con ellos y dirigió a Aislinn una débil sonrisa. Su palidez acentuaba lo enrojecido de sus ojos. La sonrisa se borró cuando él percibió el aroma de la comida y miró los tazones humeantes con trozos de carne de puerco y huevos hervidos. Se llevó las manos a la barriga, masculló unas disculpas ininteligibles y huyó en dirección al arroyo.

Aislinn sonrió sorprendida mientras Miderd se reía a carcajadas del infortunado joven.

-El pobre muchacho se bebió él sólo casi todo un barril de ale -dijo la mujer-. Y me temo que no le cayó muy bien.

Wulfgar asintió y tragó, sonriendo.

-En adelante seré más cuidadoso con los regalos -murmuró- Él parece tomárselos demasiado a pecho.

El ruido de una puerta de una de las habitaciones de arriba interrumpió sus palabras. Levantaron la vista y vieron a Bolsgar en la cima de la escalera, con un brazo apoyado en la pared mientras que con la otra mano se alisaba el pelo desordenado. Se aclaró la garganta, se afirmó, se levantó las calzas y empezó un lento descenso, mirando cuidadosamente dónde ponía los pies que parecían muy inseguros. Cuando estuvo más cerca, los otros pudieron ver los ojos inyectados y los cañones de la barba que crepitaban cuando él se pasaba la mano por el mentón. El también quiso saludar a Aislinn con una sonrisa, pero sólo consiguió hacer una mueca torcida. Parecía bastante animado, como si aún duraran en él los efectos del ale y el vino. Se acercó a la mesa, hasta que sintió el olor de la comida. Entonces, se tambaleó y casi cayó sobre su sillón, cerca del fuego.

-Creo que todavía no voy a comer -dijo, y se cubrió un momento la boca con una mano y cerró los ojos. Se estremeció y se acomodó en su sillón, con un suspiro trémulo.

Miderd se acercó compasiva con un cuerno de ale que él acepto y bebió agradecido. Wulfgar habló, y al sonido de su voz, Bolsgar volvió a estremecerse.

-Señor, ¿has visto a Sweyn esta mañana? Querría hablar con él de ciertos asuntos relacionados con el castillo.

Bolsgar se aclaró la garganta y respondió débilmente.

-No lo he visto desde que compartimos el último barril de ale.

-¡Ja! -exclamó Miderd-. Sin duda, ese cerdo rubio está gimiendo de dolor y tratando de sepultar su cabeza debajo de la paja de su jergón. -Rió por lo bajo y señaló a Hlynn.- La pobre muchacha hará bien en no volver a ponerse al alcance de sus brazos.

Aislinn levantó la vista sorprendida e intrigada por las palabras de la mujer. Hasta donde ella sabía, Sweyn siempre se había conducido apropiadamente con las mujeres de la aldea.

-Hlynn todavía tiene las marcas del abrazo de él –continuó Miderd en tono jovial—. Pero, sin duda, él sentirá que su mejilla le dolerá durante varios días.

Hlynn enrojeció y volvió a su tarea, ocultando el rostro en embarazado silencio.

-Aja —dijo Wulfgar, y rió por lo bajo—. Sweyn rejuvenece un año con cada cuerno de ale que bebe y después se cree que es nuevamente un jovenzuelo y corre detrás de cada muchacha que ve.

Aislinn ahogó una risita cuando otra sombra apareció en la puerta. Sir Gowain entró, protegiéndose la frente con la mano del radiante sol. La fresca sombra del salón le arrancó un suspiro de alivio, y caminó hacia la mesa casi en línea recta. Se detuvo un momento y después se sentó lo más lejos posible de la comida y apoyó un brazo en la mesa, como para sostenerse. Saludó a Aislinn con una inclinación de cabezal pero no pudo aventurar una sonrisa y trató de no mirar el tazón humeante.

-Perdona, milord -dijo esforzando la voz-. Sir Milbourne está enfermo y aún no se ha levantado.

Wulfgar reprimió su hilaridad y arrugó un poco la frente mientras Aislinn luchaba con la suya.

-No importa, sir Gowain -repuso Wulfgar. Se recostó en su silla y tomó un trozo de carne, mientras el otro apartaba rápidamente la mirada-. Será un día de descanso, pues mis leales hombres esta mañana no servirán para nada. Si puedes soportarlo, toma una copa de ale para aclarar tu cabeza y ocúpate de tu bienestar. -Se inclinó hacia delante y habló con fingida preocupación.— Tú mismo no pareces sentirte muy bien este día.

Gowain aceptó la copa que le ofrecía Hlynn, levantó la vista una sola vez, tomó la fresca bebida de un solo trago y se marchó.

Aislinn se echó atrás en su silla entre ruidosas carcajadas y Wulfgar se le unió, mientras que Bolsgar se estremecía ante el ataque a sus oídos. Pero entonces, desde la cima de la escalera, llegó la voz de Gwyneth, cargada de ira.

-Bueno, veo que el sol está bastante alto para que milord y milady se hayan levantado.

Bolsgar la miró con sorna, dejó su copa y medio se levantó.

-Por Dios -rugió-. Debe de ser mediodía. Mi amable hija se levanta para desayunar.

Gwyneth bajó la escalera, y con voz gimiente respondió a la pulla de él.

-No pude dormir hasta que empezó a amanecer. Toda la noche hubo ruidos extraños en la cámara. -Se puso ceñuda y miró fijamente a Aislinn.- Como si un gato se hubiera enredado en el brezal. –Levantó sarcónicamente una ceja.- Wulfgar, ¿has oído esos ruidos?

Aislinn enrojeció intensamente, pero Wulfgar rió en voz alta, sin nada de vergüenza.

-No, hermana mía, pero cualquier cosa que haya sido, juraría que tú no sabrías de qué se trataba.

Gwyneth se puso rígida y chapaleó en el barro.

-¿Qué puedes saber tú de personas bien nacidas? -dijo despectivamente, y se llevó a la boca un trozo de carne.

Miderd y Hlynn estaban ocupadas con tareas urgentes de modo que Gwyneth tuvo que servirse una copa de leche. Mientras la bebía, se acercó a su padre. Su voz sonó aguda en el salón.

-Aja, veo que la ficción de juventud desapareció tan rápidamente como había llegado.

-Mis arrugas las he adquirido en una vida bien vivida. ¿Cuál es la excusa de las tuyas, hija?

Gwyneth giró furiosa y miró con dureza a Miderd, quien se había puesto a toser repentinamente.

-Las pocas que tengo -replicó-, las adquirí por soportar los crueles comentarios de mi padre y de mi pariente bastardo.

Wulfgar se levantó, tomó a Aislinn de la mano y la hizo ponerse de pie.

-Antes que el día se estropee demasiado, ¿querrías salir a cabalgar conmigo? -preguntó él.

Contenta de librarse de la lengua de Gwyneth, Aislinn murmuró suavemente:

-Con gusto, milord.

Wulfgar se la llevó del salón mientras la voz de Gwyneth se elevaba en un nuevo ataque contra el atormentado Bolsgar. Mientras cruzaban el patio, Aislinn, sin ningún motivo, rió con alegre abandono y placer. Tomó la mano de Wulfgar y bailó alrededor de él, como una niña alrededor del Árbol de Mayo. Él meneó la cabeza, la tomó de un brazo para detenerla y se apoyó en la pared del establo.

-Qué hechicera tentadora que eres, mujer -murmuró roncamente contra la cabellera de ella, y como Aislinn le echó los brazos al cuello, se sintió inspirado y la besó. Como en la noche anterior, quedó sorprendido por la buena disposición de ella. Se maravilló del humor de su esposa y del ardor de su respuesta, de este ser vibrante que tenía en sus brazos y que lo tocaba y le encendía todos los nervios con placer.

Un ruido de cascos quebró el momento y ellos se separaron y vieron el asno del fraile que salía del establo, con su amo inclinado sobre su lomo y aferrando las crines del animal como si tuviera dificultades para no caer. La capucha del monje dejaba ver una cara desencajada y de color ceniza. Sin detenerse, el fraile tomó el camino a Cregan.

Aislinn rió y se acurrucó otra vez contra el pecho de Wulfgar. Lo rodeó con los brazos y lo estrechó con fuerza. Jugando, lo mordió en el cuello.

Con un rápido movimiento, Wulfgar la levantó en brazos pero; casi la dejó caer, por la sorpresa, cuando ella luchó frenéticamente contra él.

—Normando bestial, ¿quieres violarme aquí? —preguntó ella; con fingida cólera, y después se rió del desconcierto de él.

Wulfgar sonrió.

—Levantarte era la mejor forma que yo conocía para hacer que te movieras. Si estás decidida a hacer cabriolas todo el día, será necesaria una mano fuerte para encaminarte.

Ella agitó un puño debajo de la nariz de él en fingida amenaza, y cuando él la depositó en el suelo, lo besó y murmuró:

—Trae los caballos, milord. Inglaterra espera.

El gran semental de Wulfgar sentía una urgente necesidad de estirar los flancos y correr y hacer un poco de exhibicionismo delante de la yegua rucia, pero Wulfgar, en deferencia al estado de Aislinn, empuñó firmemente las riendas y lo contuvo. El gran caballo dio uno o dos saltos y se levantó sobre las patas traseras, pero una orden de su amo lo hizo quedarse quieto. Después, con un resoplido de disgusto, salió a un trote regular.

Aislinn rió, y en el día soleado su corazón voló con las golondrinas sobre los árboles. Pasaron por una parte de camino donde antiguas piedras talladas estaban puestas lado a lado para formar la superficie. Los cascos de sus monturas hicieron un sonido rítmico y Wulfgar empezó a cantar en francés. La canción empezó a ponerse atrevida y él se volvió, sonrió a Aislinn, y en vez de cantar el último verso, se limitó a silbar la melodía, mientras miraba a su esposa con ojos hambrientos y lujuriosos. Aislinn rió regocijada, y enseguida, adoptando un tono de voz ronca, empezó a cantar una vieja y obscena tonada sajona, hasta que él le dijo que se detuviera.

—Esas palabras no son para la boca de una dama —le reprochó él con seguridad, y después sonrió—. Ni tampoco para rameras sajonas.

—Te ruego que digas, milord, si de repente te has vuelto recatado y severo como una vieja solterona.

Azuzó a su yegua para evitar el brazo de él y la hizo avanzar más rápido. Agitó una mano, levantó la nariz en el aire y habló, en tono burlón.

—Perro normando, no te acerques. Yo soy una dama de la corte de mi señor y no toleraré estas incesantes caricias.

Esta vez dio una brusca vuelta con su yegua para evitar al caballo que se abalanzaba hacia ella, y al ver la expresión decidida de Wulfgar, azuzo a su cabalgadura hacia un cerco bajo y con un limpio salto, montura y amazona estuvieron del otro lado. Wulfgar y su caballo se lanzaron tras ella.

-¡Aislinn, detente! -gritó Wulfgar. Como esto no dio resultado, espoleó a su caballo y gritó nuevamente-. Zorra imprudente, vas a matarte.

Finalmente alcanzó a tomarle las riendas y obligo a la yegua temblorosa a detenerse. Se apeó de un salto, y tomó a su esposa de la cintura para bajarla de la silla, furioso por la temeridad de ella, y por el temor que le había causado.

Aislinn soltó una carcajada y le echó los brazos al cuello, y cuando él quiso depositarla en el suelo, se deslizó apretándose contra él, con el rostro encendido por la excitación. Pareció más natural besarla que hablar, y cuando él la tomó en sus brazos, ella no protestó sino que lo abrazó con más fuerza.

Tiempo más tarde descansaban a la tibia luz del sol, en la cima de un pequeño altozano. Aislinn estaba medio sentada, medio tendida, y cortaba flores de primavera que iba tejiendo en una guirnalda. El caballero normando, muy tranquilizado, descansaba su cabeza en el regazo de ella mientras observaba la hermosura de su esposa y le pasaba lentamente un dedo por el pecho. Aislinn rió y lo besó en los labios.

-Milord, parece que nunca quedas saciado.

-Ah, mujer, ¿cómo podría ser si tú estás siempre tentándome?

Ella fingió compasión y suspiró.

-Es verdad -dijo-. Estás muy acosado por las mujeres. Tendré que hablar con Haylan...

Wulfgar saltó, la hizo ponerse de pie y la tomó en sus brazos.

-¿Qué es eso de Haylan? -preguntó con una sonrisa-. Es a ti a quien echo la culpa, mujer celosa, y no a otra.

Ella se apartó de él, dio unos pasos de baile y le puso la guirnalda sobre la cabeza. Después, le hizo una reverencia.

-¿Dices que -no fuiste tentado por la lasciva Haylan cuando ella bailó para ti y te mostró su pecho? Debiste estar ciego para no verlo.

Wulfgar avanzó lentamente y ella retrocedió, alejándose de él con una deleitada risita. Con fingido temor, levantó una mano.

-No, milord. No te he dado motivos para que me golpees.

El se abalanzó hacia ella y ella gritó, regocijada, cuando él la tomó en sus brazos y giró con ella.

-Oh, Wulfgar, Wulfgar. -Su voz sonó llena de dicha.- Por fin eres mío.

Él levantó una ceja en expresión de duda pero le sonrió con la mirada.

-Juraría que planeaste este casamiento desde que nos vimos por primera vez.

Ella ocultó su cara contra el cuello de él y suspiró.

-Oh, no, Wulfgar, fue nuestro primer beso lo que me hizo decidirme.

Pasearon y retozaron todo el día, sin pensar en otros asuntos. El sol estaba bajo y casi había perdido su calor cuando ellos llevaron sus monturas al enorme establo. Mientras Wulfgar atendía los caballos, Aislinn lo observó con ojos radiantes. Después caminaron, en dichoso silencio y tomados de la mano como jóvenes amantes que apenas se conocen. Antes de entrar en la casa, Wulfgar rió, se quitó la guirnalda de la cabeza y besó las flores antes de arrojarla a través de la puerta. La rodeó con un brazo y entraron entre los vítores de sus hombres y los calurosos saludos de los demás.

Sweyn estaba sentado a la mesa y pareció ansioso de meterse debajo de ella antes de enfrentar la mirada de los recién llegados. De él, los ojos de Aislinn pasaron a Hlynn. El vikingo lo advirtió, escondió la cara dentro de una jarra de ale y pareció ahogarse con la bebida. Ante un comentario susurrado de Aislinn, Wulfgar echó la cabeza atrás y estalló en carcajadas, mientras Sweyn se inquietaba y enrojecía intensamente.

-Juraría que tienes razón, Aislinn —dijo Wulfgar-. Para sus últimos años, debería encontrar una doncella más gentil para acariciar.

Todavía riendo de la broma de ella, Wulfgar llevó a Aislinn hasta la mesa y cuando acomodaba a su esposa en la silla se encontró con la mirada fría de Gwyneth.

-Por la forma en que mimas a estos sajones, Wulfgar, creería que eres uno de ellos -dijo Gwyneth despectivamente, y señaló a Kerwick, quien ahora comía con Gowain y los otros caballeros—. Tendrás motivos para lamentarte por haber confiado en él. Recuerda mis palabras.

Wulfgar sonrió, imperturbable.

-Yo no confío en él, Gwyneth. Es sólo que él sabe la recompensa que le espera si llegara a fallarme.

Gwyneth hizo una mueca de desprecio.

-Lo próximo que harás, será dar a Sanhurst algún título de importancia.

-¿Por qué no? -dijo Wulfgar en tono burlón, y se encogió de hombros—. Él ha aprendido bien sus obligaciones.

Gwyneth lo miró disgustada y después continuó en silencio con su comida, mientras Wulfgar se volvía hacia Aislinn y trataba de no pensar en su fastidiosa hermana.

Haylan les trajo fuentes de comida para que se sirvieran, aunque mantuvo bajos sus ojos que todavía estaban enrojecidos, y trató de ocultar su rostro melancólico. La comida transcurrió agradablemente, entre comentarios joviales y animado diálogo. Después de unos cuantos sorbos más de ale, Sweyn se unió a los demás y entre risas levantó su cuerno hacia Wulfgar.

-Oh, lord, si me inclino a elegir a una doncella gentil como Hlynn para acariciar y no sé de ninguna más dócil, es a causa de que vos me habéis mostrado la locura de buscar a una mujer más decidida. –El salón se llenó de carcajadas. El vikingo levantó su cuerno de ale y saludó a su señor con una sonrisa.- Feliz matrimonio, Wulfgar. Y larga vida.

Wulfgar rió satisfecho, levantó su propio cáliz y lo vació sin detenerse. El jolgorio de la noche continuó, pero en una forma más tranquila, cuando Milbourne desafió a Bolsgar a una partida de ajedrez. Los hombres se levantaron con quienes los seguían y también los recién casados. Aislinn se apoyó en Wulfgar y deslizó su mano en la de él.

-Quisiera ir a ver a mi madre, si me lo permites. Estoy un poco afligida por su salud.

-Por supuesto, Aislinn —murmuró él, y añadió, con cierta preocupación-. Ten cuidado.

Ella se puso en puntas de pie y lo besó en la mejilla. Los ojos de él la siguieron llenos de ternura cuando ella tomó su capa y abandonó el salón. Después, se reunió con los hombres. Haylan se mordió el labio y la miró cuando cruzó la habitación. Después, cuando Kerwick pasó junto a ella, sonrió provocativamente.

-Lady de Darkenwald, ¿eh? -dijo el sajón-. Parece que habéis juzgado mal vuestras habilidades.

Haylan lo miró con odio, pronunció una palabra muy impropia de una dama y empezó a ayudar a Miderd a recoger la mesa.

Aislinn tomó en la oscuridad el sendero que llevaba hasta la cabaña de Maida como había hecho antes muchas veces, pero ahora con un propósito diferente en su mente. Sin golpear ni llamar, empujó la puerta y abrió. Maida estaba sentada en la cama, mirando con aire ausente el débil fuego del hogar, pero cuando reconoció a su visitante, de un salto se puso de pie y empezó a regañar a su hija.

-¡Aislinn! ¿Por qué me traicionaste? Por lo menos, teníamos una posibilidad de vengamos...

-¡Basta de charla! -interrumpió Aislinn, irritada-, Y escucha bien mis palabras. Hasta tu mente confundida debería encontrarles sentido, aunque me temo que tu locura es mucho tu propia obra.

Maida miró a su alrededor como buscando una vía de escape, y hubiera querido negar las palabras de su hija.

Aislinn se descubrió la cabeza y echó su capucha atrás con un movimiento de furia.

-¡Escúchame! —Su voz sonó firme y autoritaria.- Ten quieta tu lengua y escúchame. -Continuó hablando, pero ahora con más suavidad.- Si llegaras a tener éxito y matases a un caballero normando para vengar a mi padre, y especialmente a Wulfgar, porque él es amigo de Guillermo, sólo conseguirías atraer sobre nosotros la ira de los normandos. ¿Cuál piensas que es el castigo de los normandos para aquellos que matan a sus caballeros mientras duermen?

"Si anoche hubieses tenido éxito con tu puñal, habrías conseguido que me clavasen desnuda en la puerta de Darkenwald. Y en cuanto a ti, habrías danzado en el extremo de una cuerda para que todo Londres te viese. No pensaste en esto, sólo pensaste en tu venganza."

Maida meneó la cabeza, se retorció las manos e hizo ademán de hablar, pero Aislinn se acercó, la tomó de los hombros y la sacudió hasta que los ojos de su madre se dilataron de miedo.

-Escúchame, porque golpearé con mis palabras hasta alcanzar la poca cordura que te quede. -Los ojos de Aislinn se llenaron de lágrimas, y un ruego desesperado crispó sus labios hermosos.- Dejarás de hostigar a los normandos a partir de este momento. Guillermo es rey y toda Inglaterra le pertenece. Por cualquier cosa que hagas en el futuro; en contra de los normandos, todo sajón está comprometido, por su honor, a darte caza.

Aislinn aflojó las manos y Maida se desplomó sobre la cama y miró el rostro airado de su hija. Aislinn se inclinó más cerca de ella y cada palabra que pronunció salió dura y clara.

-Si eso no te importa, entonces presta mucha atención a esto. Wulfgar es mi marido, por votos formulados ante un hombre de Dios. Si llegas a hacerle algún daño, yo te haré lo mismo a ti. Si lo matas, habrás matado a mi elegido y yo me ocuparé de que mi madre sea azotada y colgada de la muralla del castillo. Cubriré mi cabeza con ceniza y vestiré para siempre mi cuerpo con harapos, para que todos vean mi dolor. Yo lo amo.

Los ojos de Aislinn se agrandaron por sus propias palabras. Ella se irguió, asombrada, y entonces las repitió con más ternura.

-¡Sí! ¡Lo amo! Sé que en cierta forma él me ama. No plenamente, aún, pero eso llegará. -Se inclinó nuevamente sobre su madre y su voz se endureció una vez más.- Tienes un nieto que está creciendo en mi seno. No dejaré que lo conviertas en huérfano. Cuando vea que nuevamente te conduces razonablemente, te recibiré con los brazos abiertos, pero hasta entonces no amenaces la seguridad de Wulfgar o haré que te arrojen al rincón más remoto de esta tierra. ¿Has comprendido mis palabras?

Miró colérica a Maida. Maida bajó la cabeza y asintió lentamente.

Aislinn se suavizó.

-Bien -dijo.

Hizo una pausa, deseosa de aliviar la carga de su madre, pero sabía bien que la dureza de su advertencia daría más frutos.

-Me seguiré ocupando de tu comodidad. Desde ahora, cuídate y aliméntate bien.

Con un profundo suspiro, se volvió y salió de la cabaña, preguntándose qué habría deducido de todo esto la mente torturada de Maida. Entró en el salón y fue junto a Wulfgar, quien estaba cerca del hogar, observando la partida de ajedrez. Él le dio la bienvenida con una sonrisa, la rodeó con un brazo y volvió su atención a la partida.

La primavera estalló sobre la tierra y de sus miríadas de capullos Aislinn era el más hermoso. Ella floreció en un glorioso color de espíritu que dejaba atónito hasta a Wulfgar. Se regocijaba en su nueva posición de esposa de Wulfgar y lady de la casa señorial, y no eludía sus responsabilidades ni vacilaba en ejercer su autoridad cuando era necesario, especialmente en las ocasiones en que Gwyneth acusaba a alguien injustamente. Tenía una fortaleza de espíritu que hacía que hasta los hombres de la aldea la buscasen para pedirle consejos. Bolsgar se maravillaba de su sensatez y cuando lo comentó, Kerwick se limitó a asentir y

sonreír, pues sabía bien de qué hablaba el otro. Ella intercedía continuamente por su gente ante ese fiero caballero normando cuyo severo continente ellos todavía temían, pero cuando era necesaria la justicia de Wulfgar, ella daba un paso atrás y no interfería. Atendía las heridas y enfermedades de las gentes de Darkenwald y muchas veces cabalgaba con Wulfgar hasta Cregan, cuando sus habilidades eran necesarias allí. La gente al verla al lado de su esposo normando y notar el respeto que ella le tenía, empezó a perder el temor y a confiar en él. Dejaron de temblar cuando lo veían llegar y unos pocos valientes hasta se atrevieron a conversar con él y se sorprendieron al enterarse de que Wulfgar sabía comprender a los campesinos y tenía compasión por sus necesidades. Dejaron de verlo como a un enemigo conquistador y empezaron a considerarlo un lord razonable.

Wulfgar fue el primero en comprender las ventajas que le deparaba el haber desposado a Aislinn, y no sólo en los tratos con la gente. Se sorprendía de la diferencia en ella después de haber pronunciado unos pocos votos, porque ahora, al toque más suave de su mano, ella se volvía a él tierna y sonriente, y se le entregaba sin ninguna reserva. Cada día se demoraba menos en el salón después de la comida de la noche y trataba de retirarse temprano a su habitación. Disfrutaba de los momentos tranquilos con ella tanto como de los momentos de pasión. A menudo, en aquellas ocasiones, se contentaba con mirarla. El espectáculo de ella, sentada frente a él, trabajando con sus hábiles dedos cosiendo una prenda para él o para el niño, era extrañamente reconfortante.

Marzo se acercaba a su fin y era época de arar, plantar y esquilar; época de construir. Kerwick se veía muy exigido por su nueva profesión y anotaba en sus libros, como le había pedido Wulfgar, el nacimiento de cada cabrito, cordero y niño, además de la ocupación de cada habitante de la aldea y el tiempo que cada hombre dedicaba al castillo, tiempo que le era descontado de sus tributos.

Wulfgar ordenó que dos días de cada hombre le pertenecían y se reclutaron muchachos de los campos para ayudar a los recién llegados albañiles. Un profundo foso fue cavado en la base de la alta colina y un único puente lo cruzaría, guardado por una torre de piedra. La cima de la colina fue emparejada y una muralla de piedra empezó a formar una corona alrededor del terreno llano así formado. En el medio, empezó a elevarse un alto castillo.

Fue durante esta época que llegó la noticia de que Guillermo retomaría a Normandía para la Pascua. Wulfgar sabía que el príncipe Edgar y muchos nobles ingleses irían con él como rehenes de guerra, pero no se lo comunicó a Aislinn pues comprendió que a ella la información no le agradaría. En su viaje, Guillermo pasaría cerca de Darkenwald a fin de poder comprobar los progresos de la construcción del castillo. En los días siguientes de recibirse la noticia, hubo mucho trabajo en la casa señorial y sus alrededores, y cada rincón fue limpiado y preparado para la visita del rey. Pasó casi una semana antes que un vigía gritara desde la torre que se acercaba al estandarte del rey, y Wulfgar salió a recibirlo a caballo.

Guillermo llegó con alrededor de cincuenta hombres armados, y Wulfgar vio, sorprendido, que Ragnor venía con él. Wulfgar se puso ceñudo al ver al otro caballero pero guardó silencio y se tranquilizó al pensar que Ragnor regresaría a Normandía con el rey. Guillermo saludó a Wulfgar con la calidez de la amistad, y cuando la procesión continuó la marcha, Wulfgar señaló el terreno y habló de planes para su defensa, mientras Guillermo escuchaba y asentía dando su aprobación. A lo largo del camino, los campesinos interrumpieron sus labores en los cultivos para mirar asombrados y boquiabiertos al rey y su comitiva. Finalmente el cortejo se detuvo frente a la casa señorial de Darkenwald y Guillermo ordenó a sus hombres que se apearan y descansaran, porque él permanecería unos momentos allí.

Cuando Guillermo y Wulfgar entraron en el salón, Gwyneth y Aislinn se inclinaron en profundas reverencias, y Bolsgar, Sweyn y los demás presentes rindieron homenaje al rey. Los ojos de Guillermo se posaron en Aislinn cuando ella se incorporó, y al ver que estaba encinta, dirigió una mirada inquisitiva a Wulfgar y siguió mirándolo sin decir palabra, hasta que Wulfgar respondió:

-No será bastardo, sire. Ella es mi esposa, ahora.

Gwyneth observó fríamente cómo el rey saludaba a Aislinn con familiaridad, y cómo rió con ella de la broma que hizo acerca de que había engrosado desde la última vez que la viera. Gwyneth hirvió de celos pero contuvo su lengua viperina en presencia de Guillermo. Cuando él y Wulfgar se marcharon de la casa para cabalgar hasta el lugar donde se estaba construyendo el castillo, ella giró colérica y huyó a su habitación, sin saber que Ragnor estaba allí cerca, fuera de la casa.

Deseosa de brindar la hospitalidad de Darkenwald, Aislinn ordenó a Ham, Miderd, Hlynn y Haylan que la ayudaran a servir a los hombres que aguardaban un poco de ale que había estado enfriándose en la profundidad del pozo de agua. Era un día agradable, porque los tibios vientos del sur alejaban el frío y Aislinn salió de la casa sin ponerse una capa pues no la necesitaba. Los hombres aceptaron agradecidos la bebida y cuando comentaron, en francés, la belleza de esta sajona, Aislinn sonrió y aceptó el cumplido en silencio, sin revelar que ella ahora hablaba fluidamente esa lengua. Se detuvo junto a un hombre con indumentaria de noble que estaba sentado con otros similarmente ataviados. Aquí no hubo sonrisas para saludarla sino algunas muecas despectivas. Intrigada por sus actitudes, Aislinn arrugó la frente y estaba por alejarse cuando el caballero se puso de pie y se disculpó, en una voz que no tenía trazas de acento extranjero.

-¿Sabéis quiénes somos? -preguntó el hombre.

-No -respondió Aislinn y se encogió de hombros-. ¿Cómo puedo saberlo si no os he visto antes?

-Somos ingleses cautivos del rey. Nos llevan a Normandía.

La boca de Aislinn se abrió en un silencioso "Oh" y sus ojos fueron a los otros.

-Lo siento —murmuró ella.

-Lo sentís -replicó uno de los de más edad, con un resoplido y miró despectivamente el vientre de ella-. Parece que no perdéis tiempo para acostaros con el enemigo.

Aislinn se irguió con dignidad.

-Me juzgáis sin conocer las circunstancias -dijo-. Pero eso poco me importa. No pido que me escuchéis. Mi marido es normando y a él le he dado mi lealtad, aunque mi padre era sajón y murió por la espada de un normando. Si he aceptado a Guillermo como mi rey ha sido porque no veo ninguna utilidad en una lucha desesperada que sólo traería más muertes y derrotas para los ingleses. Quizá porque soy mujer no veo ningún futuro en seguir esforzándose por poner a un inglés en el trono. Pienso que debemos aguardar el momento apropiado y dar a Guillermo su oportunidad. Quizá él traiga algún bien sobre Inglaterra. Nada podréis hacer con solamente muertos que os sigan con sus huesos. ¿Querríais vernos muertos a todos para comprender la verdad? Yo diría que Guillermo hace bien en teneros bajo custodia a fin de asegurar la paz para Inglaterra.

Se volvió sin decir más y caminó sobre el césped hasta la tumba de su padre, donde vio a un caballero normando, sentado solo debajo de un árbol, con la espalda hacia los demás. El se había quitado el yelmo, tenía un brazo apoyado en una rodilla y miraba hacia el bosque, en sereno reposo. Aislinn estuvo a su lado antes de reconocerlo y entonces retrocedió sorprendida. Ragnor se volvió al oír su exclamación y levantó la mirada hacia esos grandes ojos de color violeta, mientras a sus labios asomaba una lenta sonrisa.

-Ah, paloma, te eché de menos -murmuró él, se levantó y le hizo una reverencia. Cuando se irguió y la miró de cuerpo entero, su sorpresa se reflejó claramente en su cara-. No me lo dijiste, Aislinn.

Ella levantó el mentón y enfrentó la tierna mirada de él con una mirada glacial.

-No lo creí necesario —replicó con altanería-. La criatura es de Wulfgar.

Él apoyó un hombro en el árbol y sus ojos bailaron cínicamente.

-¿De veras?

Aislinn casi pudo verlo contar mentalmente los meses, y su temperamento se inflamó.

-No llevo ningún hijo vuestro, Ragnor.

Él rió con despreocupación, como si no tomara en serio sus palabras.

-Sería una justa recompensa si fuera mío —dijo—. Sí, yo mismo no lo habría planeado mejor. No es probable que el bastardo reclame a mi cachorro, pero por otra parte, nunca podrá saber quién es el verdadero padre. -Dio un paso hacia ella y la miró a los ojos. Se puso serio.- El no se casará contigo, Aislinn -murmuró-. Nunca fue hombre de estar mucho tiempo con una mujer. Tal vez, ya has notado que su interés empieza a disminuir. ¡Estoy dispuesto a llevarte de aquí! Ven conmigo a Normandía ahora, Aislinn. No lo lamentarás.

-Al contrario, lo lamentaría mucho -replicó ella-. Aquí tengo todo lo que deseo.

-Yo puedo darte más. Mucho, mucho más. Ven conmigo. Vachel comparte mi tienda pero no tendrá problemas en encontrar otro lugar para su reposo. Sólo tengo que pedírselo y él obedecerá. -Su voz se hizo más alegre cuando se sintió alentado por el silencio de ella.- Debemos ocultamos del rey, pero conozco formas de disimular tu hermosa apariencia y él no lo advertirá. Creerá que he encontrado un muchachito para que sea mi lacayo.

Ella rió desdeñosamente y siguió el juego un momento más.

-Wulfgar os perseguiría.

Él le tomó la cara entre las manos y le deslizó los dedos por el cabello.

-No, paloma. Él encontrará a otra. ¿Por qué vendría cuando tú llevas un bastardo en tu seno?

Se inclinó para besarla en la boca, pero ella murmuró, quedamente:

—Porque soy su esposa.

Ragnor se echó atrás sorprendido y la risa desdeñosa de ella le llenó los oídos.

-Perra —dijo, con los dientes apretados.

-¿No me amáis, Ragnor? -preguntó ella en tono burlón-. Pobre de mí, siempre descartada. -Cesó de reír y adoptó una actitud despectiva.- ¡Vos, asesinasteis a mi padre y a mi madre le robasteis su cordura! ¿Crees que alguna vez podré perdonaros? ¡Que el cielo me condene si lo hago! Preferiría veros en el infierno.

Ragnor la miró con odio.

-Te tendré, perra, y te tomaré a mi placer. Wulfgar o no, serás mía. Nada significa el matrimonio para mí. Y menos la vida de Wulfgar. Aguarda, paloma, aguarda y verás.

Se puso el yelmo, dio media vuelta y caminó furiosamente hasta la casa. Abrió la puerta y entró con paso decidido. Temblando, Aislinn se apoyó en el árbol para sostenerse y lloró silenciosamente, al sentir el temor, que la angustiaba a menudo, de que el niño naciera con la piel y el cabello oscuros de Ragnor.

El salón estaba vacío y Ragnor subió la escalera sin ser molestado. De un golpe, abrió la puerta de la pequeña habitación de Gwyneth, la cerró de un portazo y se encontró con la mirada sobresaltada de ella, quien estaba sentada en la cama, con los ojos enrojecidos.

-¡Ragnor!

Quedóse mirándolo boquiabierta y después hizo ademán de ir hacia él, pero él fue hasta la cama, se quitó el casco y la cota de mallas y se tendió a su lado. Ella ahogó una exclamación cuando él se le arrojó encima y le quemó la boca con besos salvajes, pero se agarró a él, deleitada con el fiero ardor del hombre. Poco importó que él le hiciera daño, hasta obtuvo placer del dolor. Su espíritu se animó porque él parecía desearla tanto como para dejar de lado toda precaución y buscarla donde había tantos peligros de ser descubierto. La excitación del peligro, sumada a la de la violenta pasión, la enardecieron.

Ragnor la tomó sin nada de ternura en su corazón. Su lascivia y su furia no se combinaron con compasión por su víctima. Pero en su mente, él no pudo dejar de comparar este cuerpo flaco y enjuto con el más hermosamente proporcionado, aunque menos dispuesto, de Aislinn; y con la mente llena de imágenes de ella, no le resultó difícil desahogarse con esta otra.

Saciados sus deseos, Ragnor pudo fingir una vez más afecto hacia Gwyneth y hasta simuló cierta ternura. Ella quedó en sus brazos, acariciando los músculos duros y elásticos del pecho de él. Ragnor se inclinó y la besó suavemente en los labios.

-Llévame contigo a Normandía, Ragnor —susurró ella contra la boca de él-. Por favor, amor, no me dejes aquí.

-No puedo —dijo él—. Viajo con el rey y no tengo una tienda para mí solo. Pero no temas. Hay tiempo de sobra y regresaré por ti quizá en una forma más de tu agrado. Espérame, y siempre está prevenida contra las mentiras que se digan de mí. A nadie escuches sino solamente a mis labios.

Nuevamente la besó, larga y apasionadamente, pero con su hambre saciada, Ragnor estaba ansioso por marcharse, se excusó, se levantó de su lado y tomó sus ropas. Dejó la habitación con más cuidado que con el que había entrado, y al no ver a nadie en las cercanías, bajó apresuradamente la escalera y abandonó la casa.

Wulfgar frenó su montura detrás del poderoso caballo del' rey y se apeó. Miró a su alrededor y vio los hombres que descansaban bajo los árboles. Cuando divisó a Ragnor reposando a la sombra de un roble de extensas ramas, sintióse un poco más tranquilo, aunque su mirada siguió buscando hasta que encontró a Aislinn, quien estaba llenando una copa que le tendía un joven arquero.

Siguiendo con esa hospitalaria tarea, ella se acercó a ellos con una amable sonrisa y Ragnor, desde donde estaba, observó a la pareja con los ojos entrecerrados, fingiéndose dormido.

Vachel había ido con el grupo que visitó el castillo y ahora se acercó a su primo, pero Ragnor le prestó poca atención mientras contemplaba el abrazo despreocupado de Wulfgar y Aislinn.

-Parece que la paloma ha domado al lobo —murmuró Ragnor a su primo-. Wulfgar ha desposado a la muchacha.

Vachel se sentó a su lado.

-Podrá haberse casado con ella, pero por eso no es menos normando -dijo-. Construye ese castillo como si esperase contener a toda Inglaterra dentro de sus murallas.

Ragnor hizo una mueca de desprecio.

-Seguramente el bastardo espera conservar a la dama, pero llegará un momento...

-No juzgues su habilidad tan a la ligera como en el torneo –le advirtió Vachel—. Él es inteligente y posee una fuerza enorme para llevar a cabo sus empresas.

Ragnor sonrió.

-Tendré cuidado —dijo.

22

Era pleno verano y el niño en el vientre de Aislinn crecía juntamente con el castillo. La gente observaba las dos cosas, el aspecto radiante de ella, que parecía vivificar con energía el aire a su alrededor, y el castillo, con la sensación de seguridad que contenía la promesa de Wulfgar de protegerlos.

Sin embargo, apareció una nueva amenaza. Hasta los siervos y los campesinos encontraron bajo la guía de Wulfgar una riqueza que nunca habían conocido y poco después una banda asesina de malandrines y ladrones descubrió las riquezas de estas tierras florecientes.

Wulfgar puso patrullas para que recorriesen los caminos y advirtiesen a los extraños, pero hasta esto resultó inútil y varias veces las familias se vieron obligadas a huir hacia la casa mientras sus hogares eran saqueados y destruidos.

Fue por casualidad que Wulfgar encontró un método más rápido de dar la alarma.

Aislinn se había retirado al fresco refugio de sus habitaciones después de la comida del mediodía, para descansar un poco del bochornoso calor del día de finales de junio. Se quitó su vestido y quedó solamente con la liviana camisa de lino. Sintiéndose un poco desaliñada por el intenso calor, empezó a mejorar su apariencia. Se salpicó agua sobre la cara y la frescura del líquido la reconfortó. Tomó el espejo de plata que Beaufonte había comprado para ella en la feria de Londres y empezó a peinar sus cabellos, pero al oír la voz de Wulfgar abajo en el patio, fue hasta la ventana y se asomó.

Los tres caballeros y Sweyn estaban con él y los cinco vestían su equipo de batalla, pues no querían ser tomados por sorpresa si llegaba otra alarma. Habían regresado de Cregan poco antes de mediodía y ahora descansaban a la sombra de un árbol, antes de partir otra vez para hacer una amplia recorrida por la campiña.

Aislinn llamó varias veces a su marido pero las voces de los otros se imponían a la de ella y él no la oyó. Por fin, frustrada, dio un paso atrás, pero los rayos del sol dieron en la superficie pulida del espejo que ella tenía en la mano y el haz de luz se reflejó y llegó hasta los hombres que estaban abajo. Wulfgar se puso inmediatamente de pie, miró hacia la fuente del resplandor protegiéndose los ojos con la mano y vio a su esposa en la ventana. Aislinn bajó el espejo y rió, contenta de haber llamado por fin su atención, y lo saludó con la mano pues no tenía nada importante que decirle. Con una sonrisa, él respondió el saludo y estaba sentándose una vez más contra el árbol cuando se irguió otra vez y se puso de pie de un salto. Aislinn lo miró intrigada. Él corrió hacia la casa y pronto ella oyó sus pisadas en la escalera. Instantes después, él estuvo a su lado y le arrebató el espejo de la mano.

Wulfgar fue hasta la misma ventana donde había estado ella, experimentó con el espejo y pronto atrajo la atención del grupo de abajo. Rió satisfecho, hizo girar el objeto en sus manos y fue hasta su esposa para besarla en la boca. Como ella pareció sorprendida, él rió por lo bajo y explicó.

—Señora, creo que te has ganado el día. No más patrullas que cansan a los hombres y los caballos por igual. -Levantó el espejo como si fuera un tesoro.— Sólo unos pocos muchachos en las cimas de las colinas con objetos como éste, y tendremos a los ladrones.

Rió y otra vez la besó con ardor antes de salir apresuradamente por la puerta, dejándola desconcertada pero feliz.

Casi una semana después, un grito desde la cima de la torre del castillo hizo que los caballeros se equiparan completamente para la batalla y la aldea quedó casi vacía, mientras los hombres corrían a tomar sus armas. Una señal con un espejo de uno de los vigías había advertido de la proximidad de un grupo de incursores.

Wulfgar salió con su pequeño ejército, muchos de a dos y hasta de a tres en cualquier cabalgadura que pudieron encontrar. Tomaron el sendero que iba hacia el sur, hacia Cregan, que estaba a una hora de marcha al paso y a media hora de galope desde Darkenwald.

La trampa fue montada en una curva encajonada, donde la carga de Wulfgar sería cuesta abajo y tendría así más peso. Los hombres se ocultaron cuidadosamente entre los arbustos y en las laderas para atacar a los incursores con piedras y flechas, y la bien entrenada banda de arqueros de Wulfgar cerrarían la retirada. Así quedó preparada la emboscada.

Wulfgar, Sweyn y los caballeros mantuvieron sus caballos quietos, a buena distancia de la curva. Pronto se oyeron risas y gritos de los bandidos que se acercaban, sin sospechar que su presencia había sido

descubierta y el camino bien guardado. Aparecieron los líderes, hablando en voz alta y luciendo el botín de su último ataque. Súbitamente se detuvieron al ver a los cuatro caballeros y al gigantesco nórdico delante de ellos. Sus risas se les congelaron en las gargantas, y detrás de ellos, los otros se acercaron para ver qué sucedía. Wulfgar bajó su lanza y se inclinó hacia adelante sobre su silla. El camino tembló bajo los cascos de los cinco caballos. Los ladrones gritaron y trataron de huir, y el camino se convirtió en una maraña de cuerpos que tropezaban.

Un ladrón, más valiente que el resto, clavó la contera de su lanza en la tierra y sostuvo la punta en alto para recibir la carga, pero la gran hacha de Sweyn silbó y seccionó el brazo del hombre, y la lanza no pudo causar ningún daño. El ladrón gritó y se agarró el muñón con la otra mano; poco después murió cuando la lanza del vikingo le atravesó el pecho. La lanza de Wulfgar atravesó a otro y lo clavó en el suelo. Entonces la larga espada se elevó y dejó una huella de sangre por donde pagaron los cascos del gran caballo.

Todo terminó enseguida. Algunos habían tratado de escapar y ahora yacían en tierra, atravesados por las flechas. Un moribundo dijo que el campamento de los ladrones estaba ubicado profundamente en el pantano, y allí Wulfgar llevó a sus hombres cuando los cadáveres hubieron sido despojados del botín y las armas y arrastrados fuera del camino.

Wulfgar encontró la miserable guarida en medio de turberas. Los ocupantes del campamento habían sido avisados y huyeron internándose más profundamente en el pantano, dejando atrás sus posesiones. Cuatro esclavos desnudos, encadenados al aire libre, habían sido maltratados para diversión de los ladrones. Sus costillas sobresalían por el hambre que habían pasado. Cuando fueron liberados y alimentados, se arrodillaron y agradecieron humildemente. Uno de los esclavos liberados era una muchachita que no había huido lo suficientemente rápido de los ladrones. Otro era un caballero normando, quien había caído herido lejos de allí; los otros dos eran siervos y habían sido secuestrados de una pequeña aldea al oeste de Londres.

Wulfgar y sus hombres sólo se demoraron lo suficiente para registrar las chozas y sacar las pocas cosas de valor que pudieron hallar. Montaron a los cuatro liberados en caballos capturados y enseguida pusieron fuego a todo el lugar, como advertencia a otros ladrones que quisieran ocultarse allí.

La muchacha fue devuelta a su familia entre gritos, de alegría y los otros se quedaron en la casa señorial hasta que recuperaron sus fuerzas para regresar a sus lugares de origen. Darkenwald volvió a dedicarse pacíficamente a sus labores.

Sin embargo, había quienes parecían no poder adaptarse a la vida de allí. Gwyneth se sentía frustrada y llena de rencor, pues se percataba de que era poco más que una huésped y que tenía que vivir de la caridad del lord y la lady de la mansión. Hasta Haylan había cesado de prestarle atención y empezaba a apartarse. Como ya no encontraba más caridad en Gwyneth, la joven viuda se ocupaba de su bienestar y del de su hijo y no se hacía tiempo para conversar y conspirar con la otra mujer. Gwyneth sentíase muy solitaria, pero pronto comprobó que, sin enfrentar directamente a Aislinn, podía obtener algo de venganza llevando a Maida historias muy adornadas sobre la crueldad de Wulfgar para con su esposa, y en cada oportunidad que se le presentaba, se dedicaba a debilitar la cordura ya amenazada de la mujer. Ver a Maida huyendo apresuradamente del camino de Wulfgar producía placer a Gwyneth, y sus ojos claros refulgían cuando una y otra vez atormentaba a la pobre mujer con temores acerca de su única hija. Una buena mentira valía el desgaste de un año y corroía la confianza de la mujer, y con este fin, Gwyneth se afanaba en buscar la compañía de Maida.

Maida vigilaba atentamente a su hija cuando ella venía a la cabaña para atenderla y cuando la veía en las cercanías, buscando señales delatoras de malos tratos. En cambio, la radiante felicidad de Aislinn no hacía más que sumirla en una confusión más profunda.

Los días calurosos de julio transcurrían con lentitud y Aislinn perdió la última traza de esbeltez. Ahora caminaba lentamente y con mucho cuidado, porque los movimientos rápidos no estaban dentro de sus capacidades. De noche se acurrucaba junto a la espalda de Wulfgar y muchas veces los dos fueron despertados por los fuertes movimientos de la criatura. Ella nunca podía ver el rostro de su marido en la oscuridad de su habitación. Con el calor de julio, no había necesidad de encender fuego en el hogar; por lo tanto, ella no podía adivinar el humor de él y se preocupaba pues creía que lo molestaba demasiado, pero los besos de él calmaban sus temores y acallaban sus disculpas. El se mostraba amable con ella y muchas veces su brazo la ayudaba en sus desplazamientos.

En pocos días más, su carga descendió, y ahora hasta sentarse le costaba trabajo. Cuando tomaba las comidas, continuamente debía acomodar su peso para calmar el dolor de su cintura, y apenas picoteaba los alimentos y escuchaba a medias la conversación que flotaba a su alrededor, sin intervenir verbalmente en ella, sólo asintiendo o sonriendo cuando una pregunta o una afirmación le era dirigida.

Ahora, sentada junto a Wulfgar, súbitamente ahogó una exclamación y se llevó una mano a su vientre tenso y redondo, sorprendida por el vigor con que se movía el niño. Wulfgar la tomó del brazo y la miró preocupado, pero ella le respondió con una sonrisa tranquilizadora.

—No es nada, mi amor -murmuró suavemente—. Es sólo que el niño se mueve. —Rió animada.— Se mueve con toda la fuerza de su padre.

Había empezado a pensar más y más en que Wulfgar era el padre de su hijo, incapaz de soportar la idea de que, en cambio, pudiera ser Ragnor, pero supo que había empleado las palabras equivocadas pues Gwyneth hizo una mueca maliciosa.

—A menos que sepas algo que nosotros ignoramos, Aislinn, parece que la sangre de tu hijo está muy en duda. En realidad, podría ser completamente sajón.

Dirigió una mirada perversa a Kerwick, quien la miró sorprendido y enseguida enrojeció al comprender la intención de ella, y en su prisa por tranquilizar a Wulfgar, tartamudeó una lastimosa negativa.

—No, milord, no ha sido así. Quiero decir... —Miró desconsolado a Aislinn y se volvió a Gwyneth, encendido de cólera.- ¡Una mentira! ¡Vos mentís!

Wulfgar sonrió aunque su tono no sugirió buen humor cuando se dirigió a su hermana.

—Con tu encanto habitual, has lanzado otra conjetura para nuestro entretenimiento, Gwyneth. Creo recordar que el villano fue Ragnor, y no este pobre muchacho.

La cólera de Gwyneth salió a la superficie cuando replicó, con una mueca de desprecio.

—Te pido que lo pienses bien, Wulfgar. Sólo tenemos la palabra de tu esposa y las vagas afirmaciones de algunos tontos borrachos para apoyar la historia que ella contó, de que Ragnor le puso una mano encima alguna vez. Ciertamente, yo dudo que sir Ragnor la haya siquiera tocado o que pudiera actuar en la forma en que ella lo acusa.

Mientras Aislinn ahogaba una exclamación ante el retorcido razonamiento, Kerwick se atragantó y se puso de pie.

—Maida vio personalmente que su hija era arrastrada por esa escalera —dijo—. ¿Vais a decir que él no le hizo nada?

El rostro de Wulfgar se había puesto duro, y cuando Gwyneth replicó, él la miró sombríamente ceñudo.

—¡Maida! ¡Ja! —exclamó Gwyneth, y levantó una mano con expresión de disgusto—. Esa loca estúpida no es de confiar.

Aislinn se obligó a conservar la calma y murmuró suavemente:

—A su debido tiempo, Gwyneth, se sabrá la verdad. En cuanto a Kerwick, él o yo estuvimos encadenados más allá de la época en que él hubiera podido ser el padre. Eso deja solamente a dos y yo niego al primero, como le niego los buenos modales con que algunas lo tratan.

Gwyneth se volvió furiosa y la miró con odio, pero Aislinn continuó en tono sereno.

-Y yo ruego, Dios mediante, que el tiempo demuestre que Wulfgar es el padre. En cuanto a lo que dices acerca de que el amable Ragnor no sería capaz de maltratar así a una dama, te pido que recuerdes, buena Gwyneth. —Se inclinó hacia adelante y pronunció cuidadosamente cada palabra.— El mismo Ragnor afirmó que él había sido el primero.

La furia de Gwyneth no se calmó con su derrota. Sin pensarlo, aferró un tazón y lo levantó, como si fuera a arrojárselo a Aislinn. Pero Wulfgar, con un fuerte rugido, se puso de pie de un salto y golpeó la mesa con ambas manos. Su cólera paralizó a su hermana.

-Ten cuidado, Gwyneth -dijo casi gritando-. Estás sentada a mi mesa y no permitiré que vuelvas a cuestionar la paternidad del niño. Es mío porque yo lo hice. Te ordeno que procedas con cuidado si quieres seguir viviendo aquí.

La furia de Gwyneth dejó lugar a una amarga frustración. Los ojos se le llenaron de lágrimas y ella se sacudió con los sollozos, pero volvió a dejar el tazón sobre la mesa.

-Wulfgar, lamentarás el día en que pusiste sobre mí a esta zorra sajona y me negaste el poco honor que me quedaba.

Con una última mirada de rencoroso desprecio hacia Aislinn, se puso de pie y subió a su habitación.

Su reserva la abandonó cuando cerró la puerta tras de sí y se arrojó sobre la cama para desahogarse con estremecidos sollozos. Su mente era una confusión de pensamientos atropellados, pero se centraba en un tema candente. Era un destino cruel que su hermano, bastardo normando como era, tuviera que ser quien la despojara de su merecida posición y tomara por esposa a una perra sajona. Pero Ragnor... tembló al recordar su contacto. Ragnor le había prometido mucho más. ¿Aunque era él, en verdad, el padre del hijo de Aislinn? Le quemó el cerebro la idea de que Aislinn estuviese gestando en su seno el fruto de ese bien nacido caballero y que ese hijo pudiera crecer moreno y esbelto, con el rostro de halcón, o tener los ojos negros y soñadores de su amante. Juró silenciosamente que cuando Ragnor regresara, como tenía que hacerlo para sacarla a ella de esta pocilga, se ocuparía de que Wulfgar conociera y sintiera todo el peso de su disgusto.

En el salón, la comida terminó en tenso silencio y cuando Haylan recogía la mesa, Aislinn se puso trabajosamente de pie y enrojeció levemente bajo la mirada divertida de la mujer, que parecía centrada en su abultado vientre. Se volvió avergonzada y rogó a Wulfgar que le permitiera retirarse a su habitación.

-Parece que últimamente me canso con facilidad —murmuró ella.

El se levantó y la tomó del brazo.

-Yo te ayudaré, querida mía.

Lentamente la llevó hasta la escalera y la habitación, donde ella empezó a desvestirse para acostarse. Cuando desprendía su camisa, él se detuvo ante ella y estiró una mano para acariciarle el brillante cabello. Aislinn suspiró, se apoyó en él y Wulfgar se inclinó y la besó detrás de la oreja, donde la piel era suave, blanca y fragante.

-¿En qué estás pensando? -preguntó Wulfgar.

Aislinn se encogió de hombros y se puso un brazo sobre el vientre.

-Oh, sólo que tienes motivos para odiar a las mujeres -respondió.

Él rió suavemente y le mordió la oreja.

-A algunas mujeres no puedo soportarlas, pero hay otra –cruzó los brazos sobre el vientre redondeado de ella- sin la cual no podría vivir.

Su camisa se abrió y sus pechos llenos, redondeados, se unieron hasta que el profundo valle entre ellos pareció implorar que él lo explorase. Él metió las manos debajo de la prenda y sintió un hambre tremenda en las ingles mientras acariciaba esas curvas suaves y cálidas. Le costó trabajo separarse y dejarla tranquila, y en su interior crecieron dolorosamente sus ansias por que llegara el día en que pudiera satisfacer sus deseos.

Bolsgar había ocupado su sillón acostumbrado frente al hogar y Sweyn se le acercó, mientras el anciano miraba pensativo el fuego mortecino. Kerwick y los demás se retiraron, incómodos por lo que había pasado y ansiosos por marcharse. Sweyn conocía a Wulfgar pero también conocía a Bolsgar y adivinaba su estado de ánimo. La irascible disposición de Gwyneth amargaba profundamente a su padre, quien no sabía cómo tratarla.

Desde arriba llegó el ruido de una puerta al abrirse y cerrarse. Bolsgar levantó la vista y el nórdico lo miró a los ojos y rió mientras intercambiaban un pensamiento silencioso. Wulfgar había preparado su cama con la ansiosa lujuria de un soltero y ahora, bien alimentado, encontraba ese mismo colchón incómodo y nada de su agrado. Los dos contuvieron su hilaridad y levantaron la vista cuando Wulfgar apareció en la cima de la escalera, con expresión ceñuda pero con movimientos retozones y animados. Sin preocuparse de los dos, Wulfgar fue hasta el barril, se sirvió una copa de ale, la vació de un golpe y se sirvió otra. Después fue a sentarse junto a Bolsgar y los tres quedaron largo rato mirando el fuego hasta que Wulfgar murmuró dentro de su copa y Sweyn lo miró intrigado.

-¿Hablasteis, Wulfgar?

Wulfgar bajó la copa y la golpeó sobre el brazo del sillón.

-Sí, dije que este casamiento es un asunto infernal. Si hubiera desposado a una mujer flaca y sosa como Gwyneth, entonces no tendría que preocuparme por no poder dar rienda suelta a mis impulsos.

Bolsgar sonrió por encima de su hombro.

-¿Qué decís vos, Sweyn? ¿Creéis que el ciervo correrá en busca de otra cervatilla?

-Quizá, mi lord -dijo el nórdico, y rió por lo bajo-. El atractivo de la caza siempre es más fuerte que el llamado del amor verdadero.

-Yo no soy un ciervo en celo -dijo Wulfgar-. Hice mis votos con mi propia boca y por propia voluntad. Sin embargo, siento intensamente la trampa del matrimonio, y con una esposa hermosa, es aún más difícil. Me duelen los riñones cuando la miro y no encuentro forma de calmarme. Buscaría otra, pero mis votos me obligan a otra cosa y debo acostarme a su lado lleno de deseos, pero odiando el mero pensamiento.

Bolsgar se puso serio y trató de calmar las ansias del hombre más joven.

-Ten paciencia, Wulfgar -dijo amablemente-. Así es la vida, y verás que el premio es digno del sacrificio.

-Tus palabras no terminan de convencerme -dijo Wulfgar-. No puedo aceptar que alguien tan hermoso traiga nada más que dolor. Siempre debo desenvainar mi espada para cuidar de su honor. Todo mozalbete con un poco de plumón en sus mejillas queda embobado con la sonrisa de ella. Vaya, hasta Gowain sonríe como un idiota ante la menor atención de ella y aún pienso en Kerwick y los recuerdos que pueda tener.

Bolsgar sintióse picado porque Wulfgar cuestionó el honor de Aislinn, y expuso lo que consideraba la verdad.

-Qué dices, Wulfgar -lo regañó-. Me temo que no trataste bien a la dama. Ella no pidió que ningún caballero normando fuera a golpear a su puerta ni que se apropiara del lecho de su madre, ni a nadie pidió que la encadenasen allí. -Sonrió tristemente.- Oí decir que la encadenaste, ¿es verdad?

Wulfgar se sorprendió de la creciente cólera del otro y hasta Sweyn sintióse decepcionado por haber fracasado en enseñar al joven una aceptación más fácil de las responsabilidades.

-No me reprendas así -estalló Wulfgar-. Por lo menos, ella tiene la tranquilidad de saber quién es la madre, mientras que yo nunca podré estar seguro y quizá tenga que criar a un niño que no es mío.

-Entonces no te pongas en contra de lady Aislinn -replicó Bolsgar secamente.

-Sí -murmuró Sweyn, asintiendo con la cabeza-. Milady no ha tenido oportunidad de decir nada en todo esto y ha pasado por todo con más dignidad que nadie. Si esto volviera a suceder, con mis dientes te mantendría apartado de ella.

Wulfgar rió despreocupado.

—Cuidad de vosotros mismos —dijo, desdeñoso—. Los dos habéis salido tarde en defensa de ella. Ni siquiera los viejos tontos están a salvo de sus encantos. Ella puede seducir a...

Wulfgar sintió que lo tomaban fuertemente de la parte delantera de su túnica. El enorme puño de Bolsgar lo hizo levantarse de su asiento con una rapidez que pocos otros hombres hubieran podido lograr. Vio que el otro hacía su puño hacia atrás y allí lo mantenía. La cólera de Bolsgar desapareció lentamente. Su rostro se aflojó. Su brazo cayó delante de Wulfgar.

—Una vez te golpeé encolerizado —suspiró el anciano—. Y no volveré a hacerlo jamás.

Wulfgar echó la cabeza atrás para reírse de la tristeza del comentario de Bolsgar pero súbitamente todo el salón pareció estallar dentro de su cráneo. El polvo se asentó lentamente alrededor de su largo cuerpo tendido sobre los juncos del suelo. Sweyn se frotó los nudillos y después levantó la vista y vio que Bolsgar lo miraba sorprendido.

—Yo no tengo esos escrúpulos —explicó Sweyn y señaló con un movimiento de cabeza al desmayado—. Esto le hará bien.

Bolsgar se agachó y tomó a Wulfgar de los tobillos, mientras que Sweyn lo levantaba de los hombros. Juntos lo llevaron a su habitación. Bolsgar llamó ligeramente a la puerta y cuando Aislinn respondió semidormida, empujó y abrió. Entraron. Ella se sentó, sorprendida, y se frotó los ojos.

—¿Qué ha sucedido? -tartamudeó Aislinn, con los ojos dilatados y fijos.

—Bebió demasiado -gruñó Sweyn, y arrojó sin ninguna ceremonia a Wulfgar sobre la cama.

Aislinn miró al vikingo con expresión desconcertada.

—¿Vino? ¿Ale? Vaya, hubiera sido menester todo un pellejo y la mitad de la noche para...

—No cuando se lo bebe con una lengua tonta —interrumpió Bolsgar.

Ella se inclinó sobre su esposo, le tocó la cara y sus dedos sintieron rápidamente la hinchazón que aumentaba en un costado del mentón.

Unió las cejas, intrigada.

—¿Quién lo golpeó? —preguntó, encrespada.

Sweyn se frotó los nudillos otra vez y sonrió.

—Fui yo —dijo tímidamente.

Aislinn cambió su expresión de desconcierto por otra más divertida, pero antes que pudiera preguntar más, Bolsgar se inclinó hacia adelante y habló con gentileza.

-Estaba actuando como una criatura y nosotros no pudimos encontrar una vara para castigarlo.

Con eso, el anciano hizo una seña al vikingo y ambos se marcharon, dejando a Aislinn observando confundida a Wulfgar. Finalmente, ella se levantó, le quitó la ropa y lo dejó sobre la cama, desnudo en la tibieza de la noche de verano.

El estallido de un trueno pareció llenar la habitación y Wulfgar se sentó sobresaltado, medio listo para presentar batalla, y miró rápidamente a su alrededor. Entonces comprendió que era solamente una tormenta de verano que llegaba desde el mar y se dirigía tierra adentro. Se tendió de espaldas, cerró los ojos y escuchó los suaves sonidos que siguieron: las primeras grandes gotas sobre las piedras de afuera y enseguida el tamborileo más rápido de la lluvia contra los postigos y la súbita ráfaga que los sacudió. El aliento fresco de la brisa de verano que le acarició el cuerpo desnudo fue un bienvenido respiro después de los días calurosos y húmedos que habían tenido que soportar.

Sintió que un peso se posaba sobre la cama, abrió nuevamente los ojos y vio el rostro preocupado de Aislinn sobre el suyo. El cabello de ella caía como un sedoso torrente de la cabeza y parecía enmarcar ese rostro perfecto. Profundos lagos de color violeta lo atraparon en sus honduras y provocaron una sonrisa pese a su cráneo dolorido. Levantó una mano, la deslizó detrás de los rizos sedosos y atrajo ese rostro para saborear la frescura silvestre de esos labios, mientras la cabellera de Aislinn formaba una cortina de color cobrizo alrededor de los dos.

Aislinn se sentó y sonrió.

-Temí por tu salud, pero veo que te encuentras bien.

Wulfgar puso sus brazos debajo de su cabeza, se estiró como un animal grande y elástico, arqueó su espalda contra la cama y volvió a aflojarse cuando se rozó con los dedos la mandíbula y siguió lentamente el borde de la misma. Arrugó la frente y se incorporó, con un brazo apoyado en una rodilla.

-Sweyn debe de estar envejeciendo -murmuró, y cuando ella lo miró intrigada, se apresuró a explicar:- La última cara que él acarició así quedó casi destrozada.

Ella rió suavemente un breve momento y le trajo una fuente con carnes, pan tibio y miel fresca en panales. Apoyó su cuerpo recargado en el de él, tomó un bocado de la fuente y se lo puso en los labios. Wulfgar vio la ternura de sus atenciones. Ella lo miraba con ojos líquidos y cálidos y él no pudo resistirse. Una vez más la besó en la boca, ahora con la suavidad de una abeja posándose en los pétalos de un capullo para saborear el néctar del interior. Aislinn se tendió en el apoyo que le brindaban el brazo y la rodilla levantada de él y se sintió rodeada por la fuerza de esos tendones de acero. Sin embargo, había en su vientre una tensión que le impedía serenarse y que la hizo preguntarse si le habría llegado el momento.

Wulfgar vio la preocupación en los ojos de ella y su expresión pensativa.

—¿Acaso Satán te atormenta con un recuerdo ingrato? —preguntó suavemente. Le puso una mano sobre el vientre—. Me puso mal pensar que, aunque el niño fuera mío, ha sido engendrado no por amor sino por la brutalidad de mi lujuria cuando te tomé. Quisiera que sepas que estoy dispuesto a aceptarlo como propio, quienquiera que sea el padre. Llevará mi nombre y mis armas y jamás será arrojado de mi casa. Sería lamentable que, pese a todo eso, sintiera la falta del amor maternal.

Ella levantó la mirada hacia él, sonrió amablemente y pensó en la crueldad que él había tenido que sufrir.

—No temas, Wulfgar. Él es el único del todo inocente y yo lo amaré lo mismo. Lo sostendré en mis brazos y lo criaré con el mayor cuidado hasta que sea hombre. —Suspiró profundamente.— Es sólo una duda de mujer a medida que se aproxima el momento. Tantas cosas fuera de mi alcance tendrán influencia en su vida. ¡Pero, sabes, podría ser una hija, no un hijo! -Estiró un brazo que apoyó en el hombro de él y jugó con un rizo de su pelo leonado.

Wulfgar sonrió.

—Lo que Dios quiera, mi amor. Fundaremos una dinastía para que sea dueña de estas tierras, y si es una niña, querría que tuviera tu hechicera belleza para tentar a todos los hombres, como tú me tientas a mí. -Volvió la cabeza y la besó en el brazo.- Has alterado mis costumbres y mi forma de vida. Cuando yo no hubiera formulado ningún voto que atara mi destino, me hiciste cantarlos con mi voz más firme con tal de no perderte. Cuando admití que no me gustaba hacer regalos a las mujeres, vos nada pediste; pero yo me jugaría

la vida para poder calzar tus pies, y lo haría con gusto. -Rió melancólicamente.- Dejé de trazar fronteras para construir mi vida en el interior y ahora me entrego a ti para que guíes tiernamente mis pies errantes y cuides de mi alma indefensa.

—Wulfgar —lo regañó ella—. ¿Qué gran caballero normando se arrodilla y deja que una tonta esclava sajona lo tome de los cabellos y lo sacuda de un lado a otro? Bromeas y te burlas de mi fea cara de bruja.

Pese a sus palabras, se inclinó y apoyó sus pechos hinchados sobre el pecho de él. Lo besó suavemente en los labios donde su boca se demoró un momento, después lo miró a los ojos, como si allí esperase encontrar la respuesta.

—¿Hay algo nacido del amor dentro de mí? -murmuró suavemente Aislinn—. Quiero sentir tus brazos a mi alrededor y deseo que me toques. ¿Qué es esta locura que me ata completamente a ti? Soy más una esclava que una esposa, y sin embargo, no quiero otra cosa. ¿Qué dominio tienes sobre mi voluntad que hasta cuando luchaba contra ti, rogaba que te impusieses y nunca me dejaras sola?

Wulfgar levantó la cabeza y sus ojos grises parecieron casi azules cuando la miró a los ojos.

—No importa, querida. Mientras tú y yo estemos consagrados a un solo propósito, disfrutemos de ese placer. —La miró y arrugó el entrecejo.- Ahora, deja que me levante, o nuevamente me veré obligado, en contra de tu voluntad...

Aislinn rió alegremente y se apartó.

—¿En contra de mi voluntad? No, nunca más. Pero si en el camino encuentras un bebé, sé amable con él a fin de que no se ofenda.

Wulfgar se levantó riendo a carcajadas, se vistió y dejó la habitación, perseguido por la voz cantarina de ella que entonaba una alegre melodía. Sonrió para sí mismo y sintió impaciencia por verla con el niño en brazos, porque ella tenía una voz agradable que calmaba y reconfortaba. Salió de la casa, cruzó el patio lleno de charcos y al levantar la vista hacia el cielo, vio que ya estaba despejado.

El sol estaba alto y era mediodía cuando Wulfgar regresó al salón. Bolsgar y Sweyn estaban sentados a la mesa, y cuando él se les unió, los dos se recostaron en sus asientos y lo miraron, un poco inseguros de su humor. Wulfgar se sentó en su lugar habitual, les devolvió las miradas, se pasó un dedo por la mandíbula y después la movió hacia arriba y abajo y los lados, como para ver si funcionaba.

—Creo que una muchachita me besó con fuerza anoche —comentó secamente—. O quizá un anciano o un niño me golpeó.

Bolsgar rió por lo bajo.

—Un beso gentil, ciertamente. Ni siquiera fuiste capaz de decir buenas noches. ¡Vaya! Te dormiste tan de repente que el pobre Sanhurst trabajó toda la mañana para llenar el agujero en el piso.

El y Sweyn rieron a carcajadas, pero Wulfgar no pareció encontrarlo divertido y suspiró pensativo.

—Es injusto que tenga que soportar a dos caballeros ancianos, quienes en su lejana juventud solían darme de golpes si mis palabras llegaban a irritarlos. No solamente tienen las cabezas reblandecidas, me temo que la fuerza también ha huido de sus brazos.

Wulfgar miró directamente a Sweyn, quien se dio una palmada en el muslo.

—Si queréis pulsear conmigo pese a mi avanzada edad, podría romperos el brazo —replicó el vikingo—. Os golpeé suavemente, mozalbete, para no arruinar la belleza de vuestra cara.

Wulfgar rió porque había conseguido fastidiar al vikingo.

—Temo más a tu lengua que a tu fuerza —dijo—. El golpe estuvo bien dado y yo no tenía motivos para denigrar a mi dama. -Se puso serio, y murmuró:— Como en mi juventud, me gustaría poder recoger las palabras dichas en medio de la cólera, pero eso no puede ser. Os pido perdón a los dos y olvidaré el puñetazo.

Los miró, aguardando alguna señal. Bolsgar intercambió una mirada con Sweyn, después ambos asintieron, le alcanzaron un jarro de ale, levantaron los suyos y los tres bebieron en un brindis no formulado.

Un momento después Wulfgar se volvió y vio que Aislinn bajaba cautelosamente la escalera. Rápidamente se puso de pie y corrió a ayudarla, provocando sonrisas en sus hombres que al verlo recordaron los primeros días de Wulfgar en Darkenwald, cuando todo lo que sucedía entre la pareja eran peleas.

Wulfgar condujo a Aislinn hasta una silla junto a la de él, y a sus ansiosas preguntas ella respondió que se sentía bien. Sin embargo, pronto una sorda presión en su vientre se convirtió en un dolor lacerante que la

tomó de sorpresa y la dejó sin aliento. Esta vez, cuando el rostro preocupado de Wulfgar se volvió hacia ella, asintió y le tendió una mano.

—¿Quieres ayudarme a subir a mi habitación? Me temo que no podría llegar sola.

El se puso de pie, hizo a un lado la mano de ella y la levantó en brazos. Mientras subía con ella la escalera, dio por encima de su hombro una brusca orden que puso en movimiento a los hombres que lo miraban.

—Traed a Miderd a mi habitación. El momento ha llegado.

Entre los caballeros y Kerwick se produjo una alocada agitación, y al ver la confusión, Bolsgar se levantó de su sillón y fue inmediatamente a la tarea. Wulfgar subió la escalera de a dos peldaños por vez, sin que le molestara la carga que llevaba cuidadosamente en brazos. Abrió la puerta de un puntapié y llevó a Aislinn a la cama donde ella misma había nacido. Sus brazos se apartaron lentamente y Aislinn preguntó si la tensión que veía en la cara de él, era causada por el estado de ella o por un pensamiento más profundo sobre el niño y el padre. Le tomó una mano para reconfortarlo, se la llevó a la mejilla y Wulfgar se sentó cuidadosamente junto a ella y la miró con expresión preocupada. Aquí se enfrentaba con una situación para la cual su entrenamiento y experiencia no lo habían preparado, y conoció todo el peso de la impotencia y el desamparo.

La dolorosa contracción volvió y Aislinn apretó con fuerza la mano de él. Wulfgar estaba bien familiarizado con los sufrimientos de la guerra y tenía muchas cicatrices para probar su valor y su despreocupada aceptación del dolor. Pero esta niña delicada le causaba un miedo espantoso por la agonía que ella estaba sufriendo.

-Suavemente, milady -aconsejó Miderd desde la puerta, y fue al lado de Aislinn—. Guardad vuestras fuerzas para lo último. Las necesitaréis entonces. Por las señales, con éste tendréis que trabajar largo rato. El niño encontrará el camino, de modo que descansad y reservaos para luego.

La mujer sonrió y Aislinn respiró más fácilmente, pero la cara de Wulfgar súbitamente se puso desencajada y demacrada. Miderd le habló con amabilidad al notar su desazón.

-Milord, ¿queréis hacer que llamen a Hlynn? Aquí hay mucho que hacer y yo me quedaré con milady. —Miró hacia el hogar, y al verlo apagado, dijo, cuando él se retiraba:- Y decid a Ham y Sanhurst que traigan leña y agua. Hay que llenar la olla.

Así Wulfgar fue despedido de la habitación y no volvió a tener oportunidad de acercarse a su esposa. Permaneció silenciosamente en la puerta, observando cómo las mujeres atendían a Aislinn. Siempre había a mano paños fríos para enjugar la cara de Aislinn, pues el calor de julio, sumado al del mego, se hacía sentir en la habitación. Él observó y aguardó, y Aislinn, en los momentos de descanso, le dirigió una sonrisa ocasional. Cuando llegaron los dolores, quedó empapado de sudor, y a medida que pasaban las horas, empezó a preguntarse si todo andaría bien. Sus preguntas a menudo quedaron sin respuesta pues Miderd y Hlynn estaban dedicadas por completo a los preparativos.

En un momento empezó a atormentarlo una preocupación y sintió miedo de que el niño fuera de piel oscura y de cabellos negros. La visión lo torturó hasta que no pudo soportarlo. Que la hermosa y adorable Aislinn -diera a luz un niño evidentemente de Ragnor le hacía doler el pecho. Recordó haber oído hablar de mujeres muertas durante el parto. Sería un triunfo para Ragnor si el niño era suyo y se llevaba a Aislinn de este mundo para siempre. ¿Pero y si el niño era de él y ella moría? ¿Sería eso mejor? Trató de imaginar su vida sin ella después de todos estos meses de dicha pasados al lado de su esposa y su mente quedó en blanco. Nubes oscuras parecieron impedirle todo razonamiento. El cuarto se volvió sofocante. Cada vez más asustado, huyó.

El gran caballo se sobresaltó cuando Wulfgar le echó la silla sobre el lomo. La bestia resopló y retrocedió cuando le pusieron el freno en la boca y Wulfgar saltó sobre su lomo.

Cabalgando en su gran semental, Wulfgar se lanzó al galope a través de la campiña, sin aminorar la carrera hasta que el viento se llevó los jirones de confusión de su cabeza. Por fin, hombre y bestia se detuvieron sobre una pequeña colina, debajo de la altura donde estaba creciendo el castillo. Mientras el caballo jadeaba ruidosamente, Wulfgar miró la construcción que cada día estaba más alta. Aun ahora, cuando la tarde moría, los hombres se esforzaban por poner unas cuantas piedras más antes que la oscuridad los obligase a detenerse. Él estaba asombrado por la ambición de la gente por verlo terminado. Trabajaban sin protestar y a menudo, después de terminar otras tareas, traían alguna piedra para cortarla y colocarla. Pero

era para la defensa de ellos tanto como para la de él, y él comprendía muy bien esas ganas de trabajar después de la matanza que Ragnor había desencadenado sobre ellos. Todos estaban tan decididos como él a no permitir que eso volviera a suceder. Miró la torre donde un día residirían él y Aislinn. Su construcción progresaba más lentamente que las murallas, pero cuando estuviera terminada sería una fortaleza inatacable en la cual ningún enemigo podría entrar.

Excepto la muerte...

Se volvió, sabiendo que no sería tan agradable sin Aislinn para compartirla con él. Negros pensamientos invadieron su mente y ya no se contentó con estar quieto y meditar. Dio media vuelta con su caballo, agitó las riendas y cabalgó hasta los límites de sus tierras.

¡Sus tierras!

Las palabras resonaron sólidas dentro de su cabeza. Si la otra parte de su vida quedara arrumada, por lo menos tendría ésta. Recordó al caballero anciano y canoso que Aislinn sepultó la primera vez que él la vio. Quizá el anciano ahora hubiera tenido esos sentimientos. Aquí estaba su tierra. Aquí él moriría y yacería junto a esa otra tumba, en la colina. Quizá un lord más poderoso vendría y lo mataría, pero aquí se quedaría él. No más vagabundeos. Que Aislinn le diera lo que quisiera, bastardo o legítimo, varón o niña. Él lo aceptaría como propio, o si sucedía lo peor, los sepultaría debajo del roble sobre la colina. Una extraña paz se apoderó de él y ahora se sintió capaz de enfrentar cualquier cosa que el destino le deparase.

El caballo redujo el paso y su amo se percató de que tenía a Darkenwald delante de él. Había recorrido sus tierras y ahora regresaba mientras el sol se hundía más allá de los páramos del oeste. Se detuvo junto a la tumba de Erland y se apeó. Allí se puso en cuclillas y contempló la aldea más abajo. Cuando la oscuridad tendió sobre él sus alas de cuervo, él siguió allí, conciente de la falta de actividad de la gente.

"Todos ellos", pensó, "dependen ahora de mí. No debo fallarles". Miró pensativo la tumba que tenía -a su lado. "Sé cuáles eran tus pensamientos, anciano. Sé lo que pasó dentro de tu cabeza cuando saliste a enfrentar a Ragnor. Yo habría hedió lo mismo".

Estiró una mano y arrancó una flor silvestre que crecía allí, y la puso junto a las que Aislinn había dejado el día anterior.

"Descansa, anciano. Yo haré todo lo que pueda por ellos, y Aislinn también. Dios mediante, sentirás los pies de muchos nietos pasando por aquí, y cuando yo venga a descansar en este lugar, te tomaré de la mano como un amigo".

Aguardó debajo del árbol, sin ganas de descender y enfrentar las miradas inquisitivas de los demás. Aparecieron las estrellas mientras él contemplaba la casa iluminada allí abajo. La gente entraba y salía, de modo que supo que el acontecimiento aún no había tenido lugar. Las primeras horas de una nueva mañana lo sorprendieron allí. Entonces, un alarido lo hizo ponerse de pie de un salto.

Se le erizaron los pelos de la nuca y un sudor frío le corrió por la espalda.- Quedó paralizado por el temor. ¿Había sido un grito de Aislinn? Oh, Dios, qué tarde había llegado a conocer la ternura de una mujer. ¿Ahora tendría que perderla? Pasaron largos momentos, hasta que oyó los gritos potentes y saludables de un recién nacido.

Esperó un poco más mientras la novedad pasaba de la casa a las cabañas. Vio que Maida se deslizaba entre las sombras hacia su cabaña. Otros se marcharon y por fin la casa quedo a oscuras. Finalmente él se levantó y llevó el cansado caballo hasta el establo. Pasó en silencio por el salón vacío, subió la escalera hasta su habitación. Empujó la puerta y la abrió lentamente. Vio a Miderd sentada ante el hogar, con el bebé en sus brazos. Miró a través de la oscuridad en dirección a la cama, distinguió la silueta de Aislinn. Estaba inmóvil y silenciosa, pero él pudo ver el lento subir y bajar de sus pechos. Duerme, pensó él y sonrió, agradecido.

Suavemente se acercó a Miderd y ella destapó al niño para que él pudiera verlo. Era un muchacho, arrugado, más parecido a un viejo que a un bebé, y sobre su coronilla crecía una mata brillante de cabellos rojos.

No estaba aquí la respuesta. Wulfgar sonrió para sí mismo. Pero, por lo menos, no tenía el pelo negro.

Se volvió, fue hasta la cama y permaneció silenciosamente a su lado, tratando de ver la cara de Aislinn. Cuando se inclinó, advirtió que ella tenía los ojos abiertos y lo observaba atentamente. El se sentó a su lado y cuando ella levantó una mano, la tomó entre las suyas. Así permaneció un momento, pensando que nunca le había visto los ojos tan cálidos y tiernos. Su cabello se extendía sobre la almohada y le cubría los hombros en espléndido desorden. Una sonrisa asomaba a los bordes de su boca, aunque su cara estaba pálida y

demacrada. La lucha por traer al niño al mundo había dejado sus huellas sobre las hermosas facciones, pero las mismas brillaban debajo de una serena fortaleza que hizo que él se sintiera orgulloso. Ciertamente, ella era una esposa capaz de ponerse junto a un hombre y enfrentar cualquier cosa que la vida pudiera depararles.

Se inclinó y la besó tiernamente, y pensó pedirle perdón. Se incorporó apoyándose en sus brazos para que ella pudiera mirarlo mientras él hablaba, pero cuando se separó, ella suspiró y cerró los ojos, mientras una serena sonrisa se extendía lentamente sobre su cara. Él guardó silencio y Aislinn se durmió bajo la mirada de él. Ella había esperado hasta que lo vio, entonces el agotamiento la venció y se entregó a un merecido descanso. El se inclinó nuevamente y la besó otra vez en los labios. Enseguida, abandonó la habitación.

Wulfgar se dirigió a los establos y se improvisó una cama en el heno de dulce aroma. El caballo resopló disgustado por la intromisión. El guerrero normando miró por sobre su hombro a su poderoso semental y le ordenó silencio.

—Será sólo por esta noche —le aseguró, y se durmió.

23

El niño fue bautizado Bryce y Aislinn conoció la felicidad, porque el pequeño era despierto y alegre. Un fuerte llanto cuando el hambre le agitaba la barriguita y rápidamente las lágrimas se convertían en murmullos de deleite cuando se prendía vorazmente a su pecho.

Wulfgar no encontraba paz en sus dudas cuando miraba los rizos que rápidamente se volvieron de un color dorado rojizo, o en los ojos profundos y azules del bebé. Maida había presenciado el nacimiento, y durante las primeras semanas no se acercó, pero ahora, cada vez que el niño estaba por ahí, Aislinn sabía que su madre no andaba lejos. No entraba en la casa a menos que así se lo pidieran Aislinn o Wulfgar, pero si el día era templado, ella se ponía en cuclillas junto a la puerta y lo observaba mientras él yacía sobre una piel, frente al hogar. En esas ocasiones, Maida se mostraba retraída y parecía entregada a viejos recuerdos. Sabía que el niño era de su sangre y no podía dejar de considerarlo su nieto. Años atrás, ella había contemplado a su vivaz hijita de cabellos rojos jugando en este mismo salón. Ahora recordaba los tiempos felices, el amor, los momentos de dicha, y Aislinn esperó que, con el paso del tiempo, las cosas malas que habían visto los ojos de su madre se esfumarían y desaparecerían.

Los días largos y calientes del verano se acortaron y septiembre trajo al aire de la noche el primer frío de invierno. Los campesinos miraban cómo maduraban los campos. Bajo la guía de Wulfgar, los sembrados habían sido debidamente cuidados y muchachitos provistos de largas varas se habían encargado de espantar a los pájaros y alimañas. La cosecha prometía ser más abundante que nunca. Kerwick, en sus recorridas, llevaba un registro completo en sus libros, y el espectáculo del joven llegando a caballo con sus libros atados en la silla detrás de él era una cosa común. La gente hasta lo buscaba para que él midiera sus riquezas antes de guardarlas en las despensas o graneros.

Bueyes andaban en círculos para mover las piedras de molino de Darkenwald. La gente venía a este pueblo y trocaba mercaderías que le serviría para soportar el frío del invierno o compraba en la herrería de Gavin las herramientas para preparar los campos para la siembra de la primavera siguiente. Se acercaba el final de la primera cosecha y los últimos sembrados todavía maduraban al sol. Ya los graneros rebosaban y las despensas se llenaban, mientras que trozos de diversas carnes secas y ahumadas y grandes ristras de salchichas colgaban de las vigas. Wulfgar exigía de todo la parte del lord y los grandes depósitos debajo de la casa empezaron a llenarse. Jóvenes criadas recogían uvas y otras frutas para hacer vinos y golosinas, que eran guardados con el resto de las provisiones. Enormes panales de miel eran fundidos en jarras de terracota y la cera que subía era retirada y convertida en velas. Cuando una jarra estaba llena, la última capa de cera era dejada para que se endureciera y sellase el recipiente, que era guardado en las frescas profundidades del sótano. En la casa había una constante actividad, y cuando los rebaños fueron sacrificados y sólo se reservaron los mejores animales para el apareamiento del año siguiente, los olores a matadero y a curtiembre se sumaron a los otros olores del lugar. El ahumadero estaba siempre lleno y la sal era traída laboriosamente a través del pantano con el propósito de hacer salmuera para conservar las carnes.

La mano de Haylan estaba siempre presente y sus habilidades para ahumar y curar conservas tenían mucha demanda, y ella estaba contenta de que su hijo, Miles, hubiese encontrado un amigo en Sweyn. Este buen individuo podía enseñar muchas de las cosas que un muchacho necesitaba saber. En los días que pasaban juntos, Sweyn le enseñaba al jovencito las costumbres de los gansos y otras aves de caza, y cómo lanzar una flecha y cazarlos; de ciervos y venados y dónde podía encontrárselos en el bosque; de zorros y de lobos y cómo armar una trampa, despellejar a los animales y convertir el pellejo peludo en una piel suave y abrigada. Siempre se los veía juntos, y donde iba el nórdico, el muchacho lo seguía.

Los árboles empezaban a mostrar tonos rojizos, cuando una helada precoz e intensa cayó sobre el sur de Inglaterra. Este día, el jovencito había echado de menos a su amigo, porque el vikingo había ido a Cregan por un asunto. Así fue que el joven Miles se aventuró solo para revisar las trampas que había montado y volver a armarlas. Sir Gowain lo vio partir y perderse de vista dentro del pantano. Haylan no notó su ausencia hasta que estuvo servida la comida del mediodía. Fue a los establos y allí le dijeron que Sweyn estaba ausente. Fue a la casa y Gowain, que comía allí, oyó sus preguntas y dijo que había visto al muchacho internarse en el pantano. Kerwick interrumpió su trabajo, y con el caballero normando, salieron para seguir la huella de pisadas en el suelo helado. Lo encontraron donde un pesado tronco había sido preparado para

atrapar a un zorro o lobo desprevenido, arrastrarlo hasta un arroyo cercano y retenerlo allí. El muchacho estaba hundido en el agua helada hasta las axilas, temblaba, y ya tenía los labios de color azul. Varias horas llevaba allí, aferrado a una rama para evitar ser arrastrado por la corriente. Había gritado hasta desgañitarse pero no lo oyeron. Cuando lo sacaron del agua helada, el muchacho graznó roncamente:

—Lo siento, Gowain. Resbalé.

Lo envolvieron bien y lo llevaron a toda prisa hasta la cabaña de su madre, pero aun arropado con las gruesas pieles y puesto delante de un fuego crepitante, siguió temblando sin parar. Kerwick quiso llamar a Aislinn, pero Haylan lo tomó de un brazo y le dijo que no.

—Esa es una bruja —chilló-. Lanzará un hechizo sobre él. No, yo misma lo cuidaré.

Pasaron las horas y la frente del muchacho se puso caliente y su respiración se convirtió en un ruido sibilante dentro de su pecho, mientras al pobrecito cada aspiración le costaba más trabajo. Pero Haylan, aún así, no quiso que la dama de la casa señorial viniera a su cabaña, y se opuso terminantemente a los otros, en actitud abiertamente desafiante.

Ya estaba oscuro cuando regresó Sweyn, quien al enterarse de la noticia, corrió con su caballo hasta la cabaña de Haylan, se lanzó de la silla, abrió violentamente la rústica puerta y se agachó junto al muchacho. Tomó la mano del jovencito entre las suyas y sintió la fiebre que aquejaba al enfermo. Se detuvo apenas un momento y se volvió hacia Gowain, quien lo había seguido hasta aquí.

—Trae a Aislinn —ordenó.

—¡No, no lo permitiré! -gritó Haylan, afligida y desesperada, pero todavía movida por la sed de venganza-. ¡Ella es una bruja! -Con más vehemencia, continuó:— Ella lanzó un hechizo sobre vuestro Wulfgar para atarlo a sus faldas, para que ninguna otra le llamara la atención. Digo que es una bruja. No quiero que venga aquí.

Sweyn se volvió, medio agachado, y su voz salió enérgica, con una especie de gruñido.

—Haylan, vos denigráis a una santa por vuestra causa perdida, pero os perdono eso. Conozco a este muchacho y he visto morir a otros como él a menos que sean bien atendidos. Hay una que tiene la capacidad para hacerlo y haré que venga aquí. Vos poco me importáis, pero a este muchacho voy a salvarlo y no puedo verlo morir mientras vos condenáis a otra. Si intentaseis detenerme, os enviaré al infierno montada en mi hacha. Ahora, haceos a un lado.

El se levantó, Haylan lo miró a los ojos y lo dejó pasar.

Aislinn estaba jugando con Bryce frente al hogar de su habitación mientras que Wulfgar contemplaba desde su sillón cómo el niño saltaba a horcajadas en la esbelta cintura de su madre. El cabello de ella se derramaba en brillante despliegue sobre la piel de lobo, y Wulfgar sintió un fuerte deseo de tocarlo.

Fuertes golpes en la puerta hicieron que Bryce dilatara los ojos y se mordiera el labio. Su madre lo abrazó tiernamente, y cuando Wulfgar respondió al llamado, la puerta se abrió violentamente e irrumpió Sweyn.

-Lady Aislinn, perdonadme -tronó él-. El muchacho, Miles, cayó al agua y ahora tiene fiebre y escalofríos. Respira con dificultad y temo por su vida. ¿Nos ayudaréis?

-Naturalmente, Sweyn.

Se volvió y se detuvo confundida, con Bryce todavía en sus brazos. Giró hacia Wulfgar, quien se había puesto de pie, y le puso al hijo en los brazos.

-Wulfgar, tómalo, por favor. No puedo llevármelo conmigo. Atiéndelo bien, y si llora, llama a Miderd.

No le dejó alternativa y su voz sonó más autoritaria que la de Guillermo. Se echó la capa sobre los hombros, tomó su bandeja de pociones y un saquito con hierbas y en un abrir y cerrar de ojos se marchó con Sweyn.

Wulfgar quedó mirándolos, sosteniendo al hijo que no pudo aceptar ni rechazar. Bajó la vista hacia el niño quien le devolvió la mirada con una seriedad e intensidad que hizo sonreír a Wulfgar. Trató de hacerlo jugar sobre su pecho como había hecho Aislinn, pero la amplitud de su pecho y su vientre plano y duro no eran tan confortables y sólo consiguió hacer lloriquear al chiquillo. Wulfgar suspiró, se sentó en su silla y puso al regordete querubín sobre su regazo. Allí el niño pareció contento. Aferró las mangas de la camisa y pronto estuvo trepado sobre el pecho de Wulfgar sin demostrar temor por el salvaje caballero normando, mientras tironeaba de las cintas que ataban la camisa a la altura del cuello.

Aislinn abrió la puerta de la cabaña y encontró su camino bloqueado por Haylan, quien agitaba una rama de muérdago, como si quisiera espantar a una bruja. Sin detenerse, Aislinn la hizo a un lado y fue rápidamente junto al muchacho. Haylan recuperó el equilibrio y se adelantó para protegerlo, pero Sweyn entró en ese momento en la habitación y una vez más la empujó a un lado. Esta vez, quedó sentada donde cayó y miró atontada, mientras Aislinn empezaba a moverse por la habitación.

Aislinn se apoderó de una olla poco profunda, revolvió el fuego y llenó a medias el recipiente con ascuas ardientes; después lo puso cerca de la cama, con una olla más pequeña, llena de agua, sobre las brasas de la primera. Cuando se elevaron los primeros vapores, sacó varias hierbas de su saquito, las aplastó entre sus manos y las echó dentro de la olla con agua, a la que añadió una sustancia blanca y espesa que traía en una botella. Inmediatamente la habitación se llenó de un olor denso y picante que producía escozor en los ojos y la nariz. Preparó una mezcla de miel con varias pizcas de un polvo amarillo y un poco de la infusión de la olla que hervía, después levantó en su brazo la cabeza del muchacho, le echó un poco de la mixtura en la boca y le masajeó la garganta hasta que él tragó. Después lo recostó delicadamente, mojó un paño en agua fría y le enjugó la frente afiebrada.

Así fue pasando la noche. Cuando la frente de Miles se ponía caliente, Aislinn la refrescaba con un paño frío. Cuando su respiración sé volvía difícil y áspera, ella tomaba la sustancia lechosa y se la frotaba en el pecho y el cuello. De tanto en tanto, tomaba una cuchara y le metía en la boca un poco de la infusión hirviente. Dormitaba de a ratos, pero despertaba cuando el muchacho jadeaba o se movía.

Rompía el alba cuando Miles empezó a estremecerse y temblar. Aislinn lo arropó con todas las pieles y mantas que encontró en la casa y ordenó a Sweyn que avivara el fuego al máximo, hasta que todos quedaron brillantes de sudor. El muchacho se puso rojo y congestionado, pero siguió temblando tanto que apenas podía respirar.

Haylan no se había movido de su lugar y de tanto en tanto musitaba una oración. La voz de Aislinn también susurraba una plegaria, implorando la ayuda de un poder más grande que ella. Pasó una hora. Ahora amanecía. Cada uno velaba a su modo.

Entonces, Aislinn se detuvo y miró fijamente. Había un asomo de transpiración en el labio superior de Miles y una gota de sudor en su frente. Aislinn lo tocó y vio que tenía el pecho mojado. Pronto el muchacho estuvo empapado en sudor. El temblor cesó. Su respiración todavía era entrecortada y áspera pero a cada momento se hacía más regular. Su color se aclaró hasta un tono normal, y por primera vez desde que Aislinn entró en la cabaña, el enfermo durmió pacíficamente.

Aislinn se levantó, suspiró y se frotó la espalda dolorida. Reunió sus pociones y hierbas y se detuvo frente a Haylan, quien la miró con ojos enrojecidos y con un temblor en los labios.

-Ahora tendrás nuevamente a tu Miles -murmuró Aislinn-. Yo me marcharé para atender al mío, porque hace tiempo que ha pasado su hora de comer.

Aislinn fue hasta la puerta y se llevó una mano a los ojos para protegerlos del resplandor del sol. Sweyn la tomó del brazo y la llevó de regreso a la casa señorial. El no habló ni tampoco ella, pero supo que tenía un amigo en este nórdico enorme y robusto.

Entró en el dormitorio y encontró a Wulfgar y a Bryce tendidos sobre la cama, todavía dormidos. La mano del bebé estaba enredada en el pelo de Wulfgar y sus piernecitas atravesadas sobre su robusto brazo; Aislinn se quitó las ropas y las dejó donde cayeron. Después, estirándose por encima de Wulfgar, atrajo hacia ella a su pequeño hijo. Sonrió a su marido que despertaba, y antes de poder hablar, cerró los ojos y pronto se quedó dormida.

Fue casi una semana después que Haylan se acercó a Aislinn en el salón, donde ella estaba alimentando silenciosamente a su hijo. Era un momento tranquilo porque los hombres estaban afuera en sus ocupaciones y las mujeres se encontraban solas en el salón.

—Milady -dijo Haylan, tímidamente.

Aislinn levantó su mirada desde su hijo.

—Milady -empezó otra vez Haylan. Se detuvo, aspiró profundamente y continuó con precipitación—. He comprendido que he estado desacertada y he sido injusta con vos. Creí las palabras maliciosas que otra me dijo, hasta llegar a creer que erais una bruja, y traté de apartar de vos a vuestro lord. —Se detuvo, se retorció las manos y las lágrimas temblaron en los ángulos de sus ojos.— ¿Puedo rogaros que me perdonéis? ¿Perdonaréis mi locura y disculparéis mi estupidez? Os debo mucho que no podré pagaros.

Aislinn tendió una mano y atrajo a la joven viuda hacia una silla al lado de la suya, sonriendo amablemente.

—No, Haylan, nada tengo que perdonar —la consoló—. Tú nada me hiciste ni perjudicaste mi causa. - Se encogió de hombros y rió suavemente.- De modo que no temas. Yo comprendo muy bien tu situación y sé que no fue culpa tuya. De modo que seamos amigas y no nos lamentemos por lo que ya ha quedado atrás.

La viuda sonrió agradecida y admiró al regordete bebé que mamaba con voracidad del pecho de su madre. Hubiera hablado de su hijo cuando tenía esa edad, pero Wulfgar entró, sin aliento por una dura cabalgata.

Haylan se levantó y se marchó. Wulfgar fue hasta su esposa, miró desconfiado a la viuda y después echó a Aislinn una mirada inquisitiva.

—¿Está todo bien, mi amor?

Aislinn lo miró a la cara y vio su preocupación. Rió ligeramente.

—Por supuesto, Wulfgar. ¿Qué crees que pueda sucederme? Estoy muy bien.

Él ocupó la silla junto a ella, estiró hacia adelante sus largas piernas y las apoyó en un taburete bajo.

—Parece que en este salón a menudo hay palabras duras —dijo pensativo, acariciándose la mejilla—. Gwyneth siempre pasa por alto cualquier amabilidad que podamos demostrarle y trata de hacernos encolerizar. Es un misterio para mí por qué se aísla de nuestra compañía y sé recluye interminablemente en su habitación. ¿Por qué actúa de ese modo, cuando si se mostrara más amable, nosotros también lo seríamos con ella?

Aislinn sonrió y lo miró con ojos llenos de amor.

—Hoy estás muy pensativo, milord. Raramente te interesas en el alma de una mujer.

El se volvió hacia ella y su mirada se animó al contemplar la belleza serena de su esposa.

—Últimamente veo que una mujer es algo más que pechos sonrosados y caderas provocativas. —Sonrió lentamente, sus ojos la recorrieron con pasión de pies a cabeza, y su mano se apoyó atrevidamente en el muslo de ella.- Pero de las dos cosas, del amia y del cuerpo, juro que el último contiene más placer para un hombre.

Aislinn rió regocijada y enseguida contuvo el aliento cuando él la besó cálidamente en el cuello, poniendo fuego en todos sus nervios.

—El niño... —susurró ella, sin aliento, pero él la silenció con un beso en la boca y ella se sintió demasiado débil para resistirse. Un ruido fuera de la puerta los hizo separarse bruscamente, y Aislinn, con las mejillas encendidas, se levantó para poner su hijito dormido en la cuna junto al hogar. Wulfgar se puso de pie y se acercó al fuego, como si quisiera calentarse las manos. Entró Bolsgar, trayendo al hombro un saco con codornices para el festín que estaba planeado para el día siguiente. Los saludó calurosamente y fue a entregar las aves a Haylan, mientras Wulfgar lo miraba, fastidiado por la interrupción. Últimamente, parecía que siempre había alguien que exigiera la atención de Aislinn o la de él. Se había tomado un tiempo después del nacimiento del niño, no queriendo insistir demasiado, pero ahora parecía que cada momento que pasaba trabajaba contra él. Si no era el niño que lloraba para que le dieran de comer, algún siervo venía en busca de Aislinn para que lo curase o a consultar algún asunto con el lord. Después, cuando por fin parecía llegado el momento y ellos quedaban solos en sus habitaciones, él veía los hombros de ella caídos por el cansancio y sabía que tendría que aguardar un poco más.

Por sobre su hombro la vio moverse, siguió con la vista el suave meneo de sus caderas y sus ojos adquirieron una expresión hambrienta. Ella se había puesto esbelta como antes, pensó, pero tenía ahora una plenitud que hablaba de una mujer y ya no más de una muchacha.

¿Esta tenía que ser su suerte? ¿Tenerla siempre al alcance de la mano y, sin embargo, nunca más disfrutar con ella la intimidad que antes compartían? ¿Esto era el matrimonio? ¿Tener más a menudo entre ellos a un bebé que encontrar un momento para compartir las pasiones penosamente contenidas? Suspiró y dirigió la vista al fuego. Viene el invierno, pensó. Ella no podía estar con el bebé para siempre. Primero, él la había tomado en un rápido, lascivo momento. No podía confiar en que haría lo mismo otra vez.

Aislinn levantó los ojos y vio a Maida de pie en la puerta, espiando tímidamente el interior. Notó que su madre estaba bien lavada, que se había peinado y que tenía ropas limpias. Se sintió feliz pensando que su madre podría amar a su nieto y que así abandonaría sus enloquecidos sueños de venganza. No podía imaginar un remedio mejor que un niño pequeñito.

Aislinn levantó una mano para llamar a su madre, y con una rápida mirada en dirección a la espalda de Wulfgar, la mujer entró y fue a acurrucarse junto a la cuna, tratando de hacerse lo más pequeña posible para escapar al ojo del normando. Wulfgar le prestó poca atención. En cambio, su mirada siguió a Aislinn que cruzó el salón y fue a buscar a Haylan por un asunto relacionado con la comida del día siguiente.

Se había planeado un día de fiesta y regocijo para celebrar las buenas cosechas. Una cacería de jabalí vería a los caballeros y a sus damas a caballo al mediodía, para matar o arrojar a las bestias de los campos. Sería un acontecimiento divertido y todos lo esperaban impacientes.

Mientras Wulfgar seguía ante el hogar, los caballeros y Sweyn entraron a servirse un cuerno de ale y brindar por el día siguiente. Sin otra cosa en qué ocuparse, Wulfgar se les unió, y cuando regresó Bolsgar, se formó un grupo muy alegre. Pasó la tarde, llegó la noche y después la madrugada y sus voces todavía se oían en el salón mientras Aislinn se revolvía sobre la cama de su habitación, fastidiada por la tardanza de Wulfgar. Ella no podía saber que cada vez que él quería separarse de los hombres, una mano lo hacía volver y otra le llenaba nuevamente la copa.

Los sonidos que hacía Bryce pidiendo su desayuno despertaron a Aislinn. Abrió los ojos y comprobó que Wulfgar ya estaba levantado y vistiéndose nuevamente para el día. Quedó un momento admirando su cuerpo musculoso y su pelo leonado, pero los gritos del niño se hicieron insistentes y no tuvo alternativa. Se levantó, se puso una camisa suelta y fue a sentarse frente al hogar para alimentar a la criatura. Bryce se calmó con el pecho de ella y ella levantó los ojos para encontrar los de su marido y sonrió con cierta picardía.

-Milord, ¿es que encuentras la bebida más de tu gusto que antes? Juro que el gallo cantó antes que vinieras a la cama.

Él sonrió.

-Ciertamente, querida, cantó dos veces antes que la almohada sintiera el peso de mi cabeza cansada, pero no fue porque yo así. Lo quisiera. Mis caballeros siempre me detenían con historias de tiempos idos y yo nada podía hacer salvo quedarme y soportar el dolor.

La vista de ella hizo que la sangre de Wulfgar corriera encendida por sus venas, pero del salón de abajo llegaban fuertes ruidos y pronto sus hombres vendrían a buscarlo si él no se presentaba enseguida. Suspiró, depositó un ligero beso en la frente de Aislinn, se puso su justillo de cuero y salió de la habitación para reunirse con el grupo de abajo.

Cuando Aislinn bajó, le pareció que entraba en un manicomio. Las risas y los gritos llegaban desde todos los rincones. El ruido al principio la ensordeció y ella no pudo encontrarle sentido. Bryce se aferró con fuerza a su madre, algo asustado por el estrépito.

Aislinn tendió una piel cerca del fuego, donde él podría estar abrigado, y ver lo mismo los movimientos a su alrededor. Tuvo cuidado de ponerlo cerca de donde estaba Wulfgar con sus caballeros y los mercaderes de los pueblos, a fin de que ellos pudieran vigilarlo y protegerlo de los perros que solían vagar por el salón. Los perros ladraban y corrían entre las piernas de los presentes, y los olores de cocina llenaban la estancia. Se hacían apuestas sobre caballos, sobre el primer jabalí, el jabalí más grande y quién sería el primero en arrojar su lanza. Gowain, el más joven de los caballeros, sufría muchas pullas por su cara bonita, especialmente cuando Hlynn era presa de accesos de tontas risitas cada vez que se le acercaba. Bromas groseras se lanzaban de un extremo al otro del salón. Los hombres reían y las mujeres chillaban cuando sus traseros eran rozados al pasar. Aislinn hubiera tenido que soportar lo mismo si hubiera sido esposa de cualquier otro que no fuese Wulfgar. Aunque muchos se sentían tentados, los hombres mantenían una distancia respetuosa, sin deseos de probar la punta de la espada de él.

Cerca del hogar, surgieron enérgicas maldiciones del grupo de hombres mientras un gran podenco huía de abajo de sus pies con aullidos de dolor causado por una patada bien aplicada. La voz de Wulfgar se oyó fuerte y clara.

-¿Quién cuida a estos podencos? Invaden el salón sin ser molestados y pueden morder los tobillos de nuestros huéspedes. ¿Quién cuida a estos podencos?

Nadie respondió y su voz se hizo más fuerte.

-¿Kerwick? ¿Dónde está Kerwick administrador de la casa? Ven aquí.

Kerwick enrojeció y fue hasta donde estaba Wulfgar.

-¿Sí, milord?

Wulfgar lo tomó de un hombro, y levantando un cuerno hacia el grupo de hombres que estaban con él, habló en tono cargado de humor.

-Buen Kerwick, tu amistad con los podencos es conocida por todos, y conociéndolos tan bien, tú debes ser nombrado jefe de la jauría. ¿Te crees capacitado para este trabajo?

-Sí, milord -replicó prestamente Kerwick-. En realidad, tengo una cuenta que ajustar. ¿Dónde está el látigo?

Un gran látigo le fue entregado y él lo levantó y lo hizo restallar.

-Creo que ese mestizo colorado fue el que clavó sus dientes en mi muslo. -Se frotó el lugar, recordando la mordedura en una noche fría.- Os juro, milord, que ése hoy cazará bien o sentirá la mordedura de esta excelente arma.

Wulfgar rió satisfecho.

-Entonces, está arreglado, mi buen jefe de la jauría. –Palmeó al joven con fuerza en la espalda.- Sácalos de aquí. Ponles las traillas y ocúpate de que tengan hambre para la cacería. No necesitaremos podencos con las barrigas llenas arrastrándose entre los árboles.

Los hombres rieron y se hizo un brindis. Ciertamente, era sorprendente ver cuánto ale se necesitaba para mantener a estas voces ricas y llenas.

Bryce lloriqueó cerca del hogar y Aislinn apartó a empujones hombros anchos y pechos amplios para llegar hasta él. Wulfgar le abrió camino con una tiesa, decorosa reverencia, doblando su brazo ante él, pero cuando ella se inclinó para levantar a la criatura que lloraba, la mano de él descendió sobre su trasero con una lasciva familiaridad que hizo enderezar a Aislinn con más rapidez de la que había pensado.

-¡Milord! -exclamó y giró con el bebé apretado contra su pecho.

Wulfgar retrocedió y levantó una mano con fingido temor, aumentando las carcajadas de sus compañeros. Aunque irritada por esta caricia en público, ella no pudo contener la risa.

-Milord -dijo ella gentilmente, con los ángulos de la boca levantados en una sonrisa traviesa-. Haylan está en el otro extremo del salón. ¿Quizá confundiste mi cuerpo deforme con el cuerpo más hermoso de ella?

Ante la mención del nombre de la viuda, Wulfgar perdió parte de su alegría y miró inquisitivamente a su esposa. Pero la chispa de humor que vio en los ojos de ella lo tranquilizó.

Levantaron los jarros y bebieron otra vez hasta que Bolsgar se detuvo y quedó boquiabierto. Los otros se volvieron, siguieron la dirección de su mirada y vieron a Gwyneth bajando delicadamente la escalera, completamente ataviada para la inminente cacería. Sé unió al grupo que estaba cerca del hogar. Gwyneth miró de soslayo a Aislinn con el bebé y se dirigió a Kerwick.

—¿Sería demasiado esperar que hicierais preparar un caballo para mí? -le preguntó al joven.

Él inclinó la cabeza y miró a Wulfgar para excusarse, antes de alejarse. Entonces Bolsgar se adelantó e hizo una profunda reverencia delante de su hija.

—¿Acaso milady piensa unirse hoy a los campesinos? —preguntó en tono burlón.

—Por cierto, querido padre, no me perdería esta alegre diversión por todos los tesoros de Inglaterra. Últimamente he estado muy aburrida y quisiera salir para dedicarme a un ejercicio civilizado. Es el primero que veo en este lugar.

Habiendo reprochado así a todos su rusticidad, se volvió, se acercó a la mesa y probó las comidas que allí habían sido preparadas.

El resto de la mañana pasó mayormente entre enloquecidos preparativos para la cacería y también para el festín. Antes del mediodía, Aislinn tomó a su hijo y fue a su habitación donde lo alimentó y lo puso a dormir, dejándolo al cuidado de Hlynn. Cuando se reunió nuevamente con el grupo, llevaba un vestido de colores amarillo y castaño, especialmente confeccionado para el deporte de la caza. Los comensales tomaron en su mayoría la comida y el pan de pie, porque había pocos lugares para que se sentaran. Una banda de juglares viajeros entró al patio para entretener a la gente con música alegre. Fueron sacados los caballos, y Gwyneth encontró pocos motivos para alegrarse, porque el que Kerwick había elegido para ella era la pequeña yegua roana que había llevado a Aislinn a Londres. Era un animal robusto y de buen andar, pero carecía de las piernas largas y gráciles de la rucia moteada de Aislinn.

La partida de caza se puso en movimiento. Kerwick tenía en sus manos tantas traillas como perros lo seguían, y el joven tenía mucho que hacer para tenerlos a raya. Los perros sentían la excitación de la caza y ladraban y se lanzaban dentelladas unos a otros mientras eran llevados detrás de la partida de cazadores.

El día era agradable y todos, con la excepción de Gwyneth, se divertían y bromeaban. Aislinn cabalgaba junto a Wulfgar y reía de su ingenio rápido, cubriéndose los oídos cuando él entonaba una canción obscena. La mano de Gwyneth era pesada con las riendas y la pobre yegua se encabritaba y sufría con el freno. Los cazadores dejaron el camino y pronto subieron una colina y allí, ante ellos, al borde del bosque, pudieron ver un rebaño de cerdos salvajes con varios jabalíes de buen tamaño. Kerwick saltó de su caballo y se apresuró a soltar los perros. Los podencos salieron disparados y sus ladridos fueron señalando su avance. Su misión era acorralar a esas grandes bestias del bosque, malignas, con largos y peligrosos colmillos asomando de sus fauces. Los perros los contendrían hasta que llegaran los jinetes. Este no era un trabajo fácil y requería coraje enfrentar a un jabalí que cargaba. Las lanzas eran cortas, porque gran parte de la caza se hacía entre vegetación espesa, y a una distancia de un brazo detrás de la punta, había una barra cruzada firmemente asegurada, para impedir que el jabalí, siempre un animal difícil de matar, cargara contra el cazador y destrozara la mano que sostenía la lanza.

Cuando entraron en el bosque, Aislinn y Gwyneth quedaron bastante más atrás, Aislinn se rezagó porque no estaba-acostumbrada a esta violenta actividad. Frenó su yegua y se encontró junto a Gwyneth, quien había cortado una gruesa rama y estaba golpeando cruelmente a su montura, a fin de hacerla obedecer las indicaciones de sus riendas. Cuando la pequeña yegua sintió la presencia de Aislinn junto a ella se calmó y Gwyneth cesó de castigarla, comprendiendo que con su actitud estaba traicionándose y revelando su perversidad. Avanzaron un trecho a la par y Aislinn trató de olvidar el mal trato inferido al animal y por fin trató de hacer un comentario ligero. En el aire había una fragilidad otoñal y del suelo se elevaba un fuerte olor a hojas caídas, debajo de los árboles de brillante colorido.

—Es un día maravilloso —suspiró Aislinn.

La respuesta de Gwyneth fue breve.

—Lo sería si yo tuviera una montura adecuada.

Aislinn rió.

—Te ofrecería la mía, pero he llegado a apreciarla demasiado.

Gwyneth hizo una mueca ante la gentil reprimenda.

—Siempre logras quedarte con lo mejor, especialmente cuando se trata de hombres. Sí, ganas dos veces lo que pierdes.

Aislinn sonrió.

—No —dijo—. Diez, o cien veces, se puede decir, puesto que perdí a Ragnor, también.

Fue demasiado. Gwyneth, ya muy picada, montó en cólera.

—Zorra sajona -estalló-. Ten cuidado con el nombre que degradáis.

Levantó la rama y hubiera golpeado con ella a Aislinn, pero ésta se apartó a tiempo y el golpe cayó en el flanco de la yegua. Desacostumbrada a este trato rudo, la rucia moteada se lanzó hacia la densa vegetación de debajo de los árboles. Había corrido unos pocos metros cuando dio contra un arbusto espinoso y se retorció por el súbito dolor de los pinchazos, haciendo que a Aislinn se le escaparan las riendas de las manos. La yegua resbaló, medio cayó y enseguida se alzó sobre las patas traseras, haciendo que Aislinn cayera al suelo.

Aislinn golpeó la tierra y quedó atontada, tratando de sacudirse la niebla de la cabeza. Una forma oscura, recortada por el sol, se detuvo sobre ella y vagamente Aislinn reconoció a Gwyneth sobre su montura. La mujer rió y enseguida espoleó a su montura y se alejó. Pasaron largos momentos hasta que Aislinn se incorporó, pero dio un respingo al sentir el dolor en su muslo. Se lo frotó y comprobó que sólo se trataba de un golpe fuerte. Se puso de pie y salió de entre los espesos arbustos.

Su yegua estaba a cierta distancia, con las riendas colgando de su cabeza. Ella intentó acercársele pero el animal, asustado por el dolor que sentía donde las crueles espinas se habían clavado en su pecho, retrocedió. Aislinn le habló suavemente tratando de tranquilizarla. Cuando estaba a punto de lograrlo, hubo un ruido entre los arbustos, a sus espaldas. La yegua relinchó y huyó como si el mismo diablo la persiguiera pisándole los talones.

Aislinn se volvió y vio a un gran jabalí que se abría paso entre la vegetación, hacia donde ella estaba, resoplando y gruñendo al sentir el olor de quienes recientemente lo habían obligado a correr. Y aquí olió el desamparo y el miedo de alguien a pie. Pareció sentir el dolor de ella y volvió sus ojillos malignos para mirarla, mientras relampagueaban sus largos colmillos. Aislinn retrocedió y miró a su alrededor, buscando

algún refugio. Vio un roble con una rama que ella podía alcanzar y se dirigió hacia allá. El jabalí la siguió con un fulgor vengativo en sus ojos. Pero Aislinn comprobó que no podía levantar su pierna herida lo suficiente para alcanzar la rama. Trató de saltar, pero sus dedos no pudieron aferrarse y ella cayó contra el grueso tronco y quedó allí quieta mientras la bestia se detenía, pues ya no veía movimientos delante de ella. El jabalí bufó y desgarró el suelo con sus colmillos, lanzando al aire grandes trozos de musgo y de hierba. Súbitamente, cuando sacudía su cabeza de lado a lado, vio el color brillante de la capa de ella. Gruñó furioso y empezó a avanzar, lanzando dentelladas contra las ramas que rozaba al pasar y arrancando las hojas.

Aislinn sintió que el pánico la dominaba. No tenía ningún arma, ninguna forma de defenderse. Había visto las largas heridas que esos terribles colmillos dejaban en las piernas de los hombres y en los perros. Retrocedió contra el árbol, buscando el refugio que el mismo pudiera ofrecerle, y cuando el jabalí avanzó hacia ella, no pudo reprimir un grito. Su voz resonó entre los árboles y pareció enfurecer aún más a la bestia. Ella se llevó las manos a la boca para no gritar otra vez.

Hubo un sonido a sus espaldas y el jabalí volvió la cabeza para ver qué cosa nueva lo amenazaba. La voz de Wulfgar sonó baja y suave.

-Aislinn, no te muevas. Si valoras tu vida, no te muevas. Quédate quieta.

Se apeó de su caballo, trayendo la lanza consigo. Se agachó y así avanzó, mientras cada uno de sus movimientos era atentamente observado por el jabalí, que ahora permanecía silencioso, aguardando. Él avanzó hasta que estuvo a la par de Aislinn, pero a varios metros de ella. Aislinn hizo un movimiento y el jabalí volvió la cabeza.

-Quieta, Aislinn -le advirtió nuevamente la voz de Wulfgar-. No hagas ningún movimiento.

Wulfgar siguió adelantándose hasta que la lanza quedó a una distancia del jabalí aproximadamente igual al doble de su longitud.

Entonces, él afirmó la contera en el suelo y puso una rodilla en tierra, manteniendo la punta cuidadosamente apuntada. El jabalí chilló furioso y se encogió sobre sus patas traseras. Nuevamente desgarró la tierra con sus colmillos y empezó a arrojar trozos de barro con sus patas delanteras. Después, se agazapó y enseguida cargó. Wulfgar, con su poderoso grito resonando entre los árboles, sostuvo la punta de su lanza apuntada al hocico. La bestia aulló de dolor cuando la larga, fina cabeza de acero le atravesó el pecho, y quedó empalado en el arma. Casi arrancó la lanza de las manos de Wulfgar, pero él resistió con su peso y los dos lucharon y se revolcaron a través del claro hasta que la sangre vital del gran cerdo se acabó. El animal quedó quieto, dio una sacudida final y murió. Wulfgar, sobre sus manos y rodillas, dejó caer la lanza y quedó un momento arrodillado, jadeando por el esfuerzo de la lucha. Finalmente volvió la cabeza hacia Aislinn y ella, con una exclamación sollozante, trató de mantenerse de pie pero cayó cuan larga era. El se levantó y corrió hacia ella.

-¿Estás herida? ¿Dónde? -preguntó ansiosamente, y se inclinó sobre su esposa.

-No, Wulfgar -lo tranquilizó ella y sonrió-. Pero me caí de mi caballo. La yegua dio contra unos arbustos, se asustó y yo caí. Me golpeé la pierna.

Él le levantó las faldas y sus dedos rozaron suavemente el magullón. Sus ojos se elevaron lentamente hacia los de profundo color violeta. Ella entreabrió los labios y respiró agitadamente. Tendió un brazo y le puso la mano detrás de la nuca para atraerlo hacia ella. Lo rodeó con ambos brazos, él la abrazó, y se perdieron en la violencia de su pasión.

Él la levantó, olvidado del magullón de ella, y la llevó hasta un denso grupo de árboles, donde tendió su capa en un pequeño claro tapizado de hojas. Allí la depositó y se acostó junto a ella.

Fue mucho más tarde, cuando el sol ya estaba bajo en el cielo, que oyeron voces lejanas y ruidos entre la maleza. Poco después aparecieron Sweyn y Gowain. Miraron a su alrededor y descubrieron a Wulfgar y Aislinn acostados juntos debajo del gran roble, descansando como si el día estuviera destinado a los amantes. Wulfgar se incorporó sobre un codo.

-¿Adónde vais? ¿Sweyn? ¿Gowain? ¿Por qué lleváis tanta prisa?

-Milord, perdona. -Gowain tragó con dificultad.- Creímos que lady Aislinn había sufrido un accidente. Encontramos a su yegua...

Otro ruido de cascos y Gwyneth apareció. Miró la escena, luchó para reprimir una mueca de frustración, apretó los labios y se marchó.

-Nada sucedió -dijo Aislinn con una sonrisa-. Sólo me caí de mi montura. Wulfgar me encontró y nosotros... descansamos un poco.

24

Las últimas cosechas estaban siendo recogidas y las frías noches de octubre se habían llevado los brillantes colores del otoño y tendido un manto más oscuro de tonos castaños sobre la foresta. Desde la caza de jabalís, Gwyneth había cesado de lanzar sus constantes dardos contra Aislinn y para sorpresa de todos, contenía cuidadosamente su lengua y a veces casi se mostraba amable. Tomó la costumbre de bajar al salón para las comidas y después se sentaba a coser o hacer tapicería, mientras escuchaba el ligero flujo de conversación a su alrededor.

Kerwick y Haylan eran figuras familiares en la aldea, pero cada vez que se encontraban intercambiaban duras palabras. Parecía como si ninguno de los dos pudiera cruzarse con el otro sin hacer un comentario mordaz. Peleaban constantemente por pequeñeces y su enemistad se hizo tan conocida que los niños venían corriendo cuando oían sus voces airadas para bailar alrededor de los dos e imitar sus ademanes coléricos. Por su habilidad para cocinar, Haylan recibió autoridad sobre la comida y su preparación. En sus momentos libres reunía lana y lino y trabajaba arduamente para aprender las artes más finas del hilado y la costura. Hasta trataba de aprender francés y empezaba a manejarse muy bien con-esa lengua.

Para Aislinn, fue una gran felicidad que Maida ahora se bañase regularmente y usara vestidos limpios y prolijos. Cuando la mujer creía que no había otros por ahí, venía desde su cabaña para jugar con Bryce y siempre le traía juguetes que fabricaba con retazos descartados de tela o de lana. Una vez, hasta llegó junto a Aislinn y se sentó a observar en silencio al bebé que mamaba del pecho de su madre. No hablaba, pero cada día que pasaba era más parecida a la antigua Maida de Darkenwald.

El niño tenía la piel clara de Aislinn y su cabello ahora era de un brillante dorado rojizo. Pero Wulfgar se mantenía alejado del niño y parecía considerarlo como una exigencia necesaria para poder tener la compañía de Aislinn. Sin embargo, la criatura florecía en el amor de su madre y Miderd, Hlynn y hasta Bolsgar se ocupaban de que no le faltaran mimos y cuidados.

Pasaron los días, las noches se hicieron más frías, el producto de la tierra llenaba los graneros y al castillo le faltaba poco para que fuera puesta su última piedra. Sólo la torre central no estaba completa y aquí el trabajo era lento. Los enormes bloques de granito eran arrastrados desde la cantera y medidos cuidadosamente. Se les daba forma en el suelo y se los izaba hasta el lugar definitivo por medio de equipos de caballos que tiraban de gruesos cables.

Entonces, una mañana de principios de noviembre, llegó un mensajero con noticias que hicieron poner ceñudo a Wulfgar. Señores rebeldes de Flandes habían hecho un pacto con los depuestos lores ingleses de Dover y Kent. Habían desembarcado tropas cerca de los grandes y blancos acantilados y marcharon para tomar de los hombres de Guillermo la ciudad de Dover, pero el castillo que el rey había ordenado construir en las alturas los tenía a raya. Guillermo salió de Normandía hacia el norte con una tropa, en dirección a Flandes, para sofocar la rebelión en su fuente, pero el príncipe Edgar había escapado y se había unido a los reyes escoceses en el norte, para causar problemas desde allí.

La peor de las noticias fue que bandas de hombres desgajados de la fuerza invasora flamenca huían tierra adentro y pronto podían venir a arrasar el país, furiosos por su derrota. Guillermo no podía enviar socorros, pero ordenaba a Wulfgar que se preparase para defenderse y si era posible que cerrara los caminos de retirada.

Wulfgar pasó revista a sus recursos y con poca demora puso a todos los hombres a trabajar. El castillo, por el momento, serviría tal como estaba, porque ahora había otros asuntos que atender. La tierra tendría que ser despojada de todo a fin de que cualquier banda que llegase no encontrase provisiones allí. Los rebaños de cabras, cerdos, ovejas y bueyes tendrían que ser traídos cerca de la fortaleza. Los graneros y depósitos debían ser vaciados y todo su contenido traído al castillo para llenar los enormes silos y sótanos construidos a lo largo de la muralla interior y debajo de la torre. Cregan sería la primera en entregar sus provisiones, porque estaba más lejos y era, por lo tanto, más difícil de defender. Después le tocaría a Darkenwald, si el tiempo lo permitía.

Mientras Wulfgar y sus caballeros y soldados patrullaban los caminos de acceso en previsión de ataques hasta que todo estuviera hecho, los hombres de la aldea formarían la guarnición del castillo. Beaufonte y

Bolsgar recibieron el encargo de dirigir estos preparativos en ausencia de Wulfgar. Cuando todo lo de Cregan estuviera en el castillo, los puentes cerca de la aldea serían destruidos para bloquear los caminos.

Así planificadas, empezaron las labores. Todos los carros, carretas muías y caballos fueron destinados a la tarea y Cregan entregó sus depósitos hasta que entre el pueblo y el castillo se formó una corriente interminable que iba y venía. Objetos de valor fueron traídos y registrados en los libros de Kerwick, y después guardados en una bóveda. Las granjas circundantes fueron cerradas y las familias vinieron al castillo. Ellos formaron el primer contingente dentro de las murallas. Las mujeres fueron al pantano y cortaron ramas rectas de sauce y de tejo y las trajeron a los patios, mientras los hombres hacían flechas, dardos, lanzas y arcos con ellas. Grandes barriles del fluido negro y oloroso que rezumaba de pozos en el pantano fueron llevados dentro de las murallas e izados hasta las almenas; la sustancia ardía fácilmente y una vez encendida podía ser arrojada sobre las cabezas de los atacantes. La herrería de Gavin resonaba día y noche mientras él y sus hombres forjaban las puntas para lanzas y flechas y construían espadas rústicas pero efectivas. Todos trabajaban. Todo servía.

Aislinn reunió mantas y sábanas en la torre y consiguió que los telares trabajasen todo el día. Los sótanos y bóvedas del castillo recibieron todas las existencias de los depósitos de Cregan y todavía parecían medio vacíos, pero habían sido construidos para contener el producto de varios años y lo que había en ellos ahora podría mantener a la gente de ambos pueblos durante el invierno y más.

Por fin llegaron los problemas. Una alta columna de humo se elevó cerca de Cregan y Wulfgar sacó a sus hombres del desayuno y partió para enfrentarse con el enemigo. No lejos de Darkenwald, encontró a una columna de gente que se había negado a abandonar su aldea. Ahora bloqueaban el camino y se sentían atontados por haber sido arrojados de sus hogares por este nuevo enemigo. Wulfgar supo que una pequeña banda de caballeros y arqueros había aparecido en la aldea con las primeras luces, y aunque los pobladores trataron de defender la población, pronto fueron puestos en fuga. Los incursores incendiaron las casas y parecían más inclinados a destruir que a obtener botín. Mataron brutalmente a todos los que se pusieron en su camino.

Fray Dunley venía detrás de la procesión, empujando un pequeño carro donde traía su preciado crucifijo y otras reliquias de la iglesia. Se detuvo cuando Wulfgar se le acercó y se secó la frente.

-Han incendiado mi iglesia -dijo, jadeante-. No tienen respeto ni siquiera a las cosas de Dios. Son peores que los vikingos. Aquellos ladrones venían por el botín, pero estos bandidos parecen más interesados en la destrucción lisa y llana.

Wulfgar, mientras hablaba, se protegió los ojos con una mano y miró hacia Cregan.

—Si vuestra iglesia ha sido destruida y nosotros sobrevivimos, señor sacerdote, recibiréis la vieja casa señorial de Darkenwald para vuestro culto. Será un lugar adecuado para celebrar el día del Señor.

El monje murmuró su humilde agradecimiento y se inclinó sobre su carrito. Wulfgar ordenó a Milbourne que tomara unos cuantos hombres y formara una guardia para la gente, a fin de que llegaran a salvo a Darkenwald.

Cuando Wulfgar llegó a Cregan, el pueblo todavía humeaba pero era muy poco más que un montón de escombros. Había unos cuantos cadáveres dispersos, los de quienes trataron de defender sus hogares o no huyeron a tiempo. Cuando Wulfgar miró a su alrededor, recordó otro día en que había visto otra escena de matanza y otra aldea sembrada de muertos. Su ceño se acentuó y su corazón se endureció. Quien había arrasado esta aldea sufriría por su crimen, así él tuviera que perseguir a los culpables hasta los confines más lejanos de Inglaterra.

Con el corazón acongojado, ordenó a sus hombres que lo siguieran y regresó a Darkenwald. Entró en la casa y encontró a Aislinn y Bolsgar aguardando su regreso. En voz baja, respondió las preguntas no formuladas que leyó en sus ojos.

—No encontramos a los rebeldes, pero creo que esto no ha terminado y que volveremos a verlos. De Cregan consiguieron poco y uno de sus caballeros fue muerto con su caballo y ambos estaban flacos y hambreados. Los incursores no irán lejos, sólo hasta donde encuentren un poco de comida para ellos y forraje para sus caballos.

Bolsgar asintió.

-Aja, aguardarán y dejarán que sus caballos coman en nuestras ricas tierras y después cazarán para comer ellos, hasta que se hayan repuesto y puedan continuar. Debemos mantenernos vigilantes a fin de que no encuentren una presa fácil en nuestros rebaños.

Aislinn pidió que trajeran comida. Wulfgar ocupó su lugar en la mesa y Bolsgar se sentó cerca de él para continuar la discusión. Haylan llegó con una bandeja enorme de carne y pan y volvió para buscar jarras de espumante ale. Una ráfaga helada los envolvió cuando entró Sweyn y se acercó a la mesa. No hizo comentarios, se apoderó de una costilla de cordero y se llenó la boca. Suspiró al saborear la comida, y se dedicó a masticar, feliz, ayudándose con un cuerno de ale. La brisa de la entrada de Sweyn no había pasado cuando la puerta se abrió nuevamente y tres caballeros entraron en el salón. Estos atacaron los restos de la comida y se dedicaron a devorarla con deleite, acompañándola con grandes cantidades de ale. Wulfgar quedó mirando la fuente vacía que tenía adelante, con una expresión casi divertida.

-Si yo fuera el rey, amigos míos, me temo que pasaría hambre con ustedes como compañeros.

Los hombres rieron a carcajadas y Aislinn se les unió y ordenó que trajeran más comida. El sonido de las risotadas atrajo a Gwyneth, quien bajó y se reunió con ellos, aunque había comido más temprano, Se sentó silenciosamente ante su tapicería, como era su costumbre desde hacía poco tiempo, y pareció disfrutar de la compañía. Kerwick también se les unió, con aspecto un poco cansado y demacrado. Se quejó de la confusión que este asunto significaba para sus registros y levantó una mano con los dedos tiesos y crispados, como si los tuviera deformes.

-¡Mirad! -exclamó-. Tengo calambres por haber sostenido mi pluma todo el día, haciendo cambios y correcciones en el libro.

Hubo una tormenta de carcajadas y cuando se hizo un poco de silencio, él se volvió hacia Wulfgar, con expresión seria.

-Fue con mucho dolor que anoté las muertes de ocho pobladores de Cregan -dijo tristemente.

El salón quedó silencioso cuando el horror del día fue traído a la mente de todos los que estaban sentados a la mesa.

-Los conocía a todos -continuó el joven-. Eran amigos. Me gustaría dejar a un lado los libros por un tiempo y unirme a vosotros para perseguir a los vándalos.

-Quédate tranquilo, Kerwick -le dijo Wulfgar-. Los llevaremos a la justicia. Tú vales mucho más quedándote aquí para poner un poco de orden en esta confusión.

Se dirigió a los otros y habló firmemente, exponiendo sus planes.

-Serán puestos vigías, como antes. -Se volvió y dirigió sus palabras a Bolsgar.- Escoge los hombres que conocen las señales, haz que se oculten bien en los bosques y las colinas. Tendrán que salir esta noche, a fin de que estén listos para las primeras luces de mañana.

Miró a los caballeros.

-Nosotros estaremos preparados por si los rebeldes se presentan otra vez y haremos señales al castillo sobre nuestra ruta. Además, seremos informados sobre los incursores y sus movimientos. Beaufonte, tú te quedarás y seguirás preparando el castillo para un posible ataque. ¿Todo ha ido bien aquí hoy?

Beaufonte asintió pero se puso ceñudo cuando dio su informe.

-El castillo está siendo armado y los hombres instruidos en la defensa de las murallas. Pero hay un asunto que deseo plantear. –Hizo una pausa, inseguro, y continuó.- La gente de Cregan se ha visto muy amontonada en el patio exterior y construyó chozas fuera de las murallas. Serían una molestia si se produjera un ataque.

-Aja -admitió Wulfgar-. Mañana haz que se trasladen dentro del foso inferior. Con los vigías alertados, tendremos tiempo suficiente para hacerlos venir dentro de las murallas.

Miró inquisitivamente a los otros y no encontró más problemas.

-Entonces, está hecho. -Levantó en alto su copa.- Por el día de mañana. Que a todos podamos enviarlos a su Creador.

Todos se unieron al brindis con excepción de Gwyneth. Como ella estaba un poco apartada, nadie le ofreció una copa.

Sin que nadie, salvo uno, la viera, Haylan entró y trajo vino para llenar las copas y nuevas bandejas con carnes humeantes, pan y un gran tazón de jugo caliente para mojar en él los trozos de pan. Kerwick aferró atrevidamente un trozo de carne y cuando lo probó, arrugó la nariz.

-¡Aj! Hay demasiada sal en esta carne —se quejó.

Su voz sonó más fuerte de lo necesario para que lo oyeran los demás. Todos lo miraron, mientras él tomaba otro trozo de carne y también lo probaba. Enseguida lo arrojó al suelo, con fingido disgusto.

-Y éste no tiene suficiente sal. Qué pena, Wulfgar. Por lo menos, podríais buscar alguien que supiera condimentar la carne.

Rió de su propia chuscada y se volvió para hablar con Aislinn, mientras al mismo tiempo estiraba la mano para tomar un trozo de pan. Haylan se inclinó sobre la mesa y cambió la fuente, de modo que el jugo humeante quedó debajo de la mano del distraído. Kerwick aulló de dolor cuando metió sus dedos en el líquido caliente, los retiró enseguida y se los metió en la boca para calmar el dolor.

-¿Esa carne está condimentada más de acuerdo con vuestro gusto? -preguntó inocentemente Haylan—. Quizá necesita más sal.

Levantó un pequeño salero, invitándolo, y las risas estallaron alrededor de la mesa. Hasta Gwyneth sonrió.

A la mañana siguiente, un joven siervo que había salido para recoger lo último de su cosecha despertó a la casa con fuertes golpes en la puerta. Cuando Wulfgar le abrió, el campesino relató jadeando su historia mientras su señor se vestía apresuradamente.

La noche anterior, bastante tarde, un grupo de caballeros se había acercado a su granja. Él estaba precavido contra los extraños y huyó a ocultarse en un bosque cercano. Después de quemar la casa y dispersar el grano que él tanto había trabajado para reunir, se retiraron e hicieron campamento a corta distancia, cerca de un arroyo.

Cuando el muchacho hubo terminado su relato, le sirvieron una abundante comida mientras Wulfgar y sus hombres montaban y salían en pos de los incursores. Se acercaron al campamento desde una garganta protegida pero sólo encontraron las huellas donde habían estado las fogatas. Los restos de un ternero, separado de uno de los rebaños, estaban cerca del campamento. Los rebeldes sólo habían tomado las partes más escogidas y dejado el resto que se pudriese. Wulfgar meneó la cabeza mientras observaba la osamenta. Gowain se le acercó y quedó desconcertado por el interés que mostraba Wulfgar por el animal muerto.

-¿Qué te preocupa, milord? -preguntó-. Mataron un animal para comérselo. Es simple.

-No tanto -replicó Wulfgar-. No se llevaron nada para curar o ahumar, sino que tomaron apenas lo suficiente para llenarse las barrigas por el momento. Deben de tener otros planes para conseguir provisiones para su jornada y me temo que nosotros somos parte de esos planes.

Miró hacia las desoladas crestas de las colmas que los rodeaban y se le erizaron los pelos de la nuca. Gowain vio su expresión preocupada.

-Sí, Wulfgar. -El joven caballero también miró a su alrededor.- Yo también siento que aquí hay algo raro. Estos hombres se deslizan cautelosamente por la noche, no como soldados sino como bestias sigilosas.

Regresaron a Darkenwald, nuevamente sin una victoria, y se encontraron con la noticia de que mientras ellos cabalgaban hacia el sur, una granja había sido incendiada en el norte y sacrificado un pequeño rebaño de cabras. De estos animales no habían sacado carne. Los habían dejado donde cayeron, para las aves de rapiña. Parecía algo sin sentido, como si la banda solamente quisiera destruir todo lo que pudiera.

Wulfgar se encolerizó ante su propio descuido. Empezó a caminar de un extremo a otro del salón, furioso por haberse dejado engañar, mientras el enemigo arrasaba sus posesiones. Aislinn se sorprendió de su mal genio, porque sabía que él era más severo consigo mismo que con los demás, pero contuvo su lengua. El se calmó después de una comida ligera, y entonces pareció nuevamente tranquilo. Se quitó la pesada cota de mallas, dejándose la túnica de cuero que usaba debajo, y se sentó ante el hogar, para discutir los hechos del día con Bolsgar y Sweyn.

—Los ladrones estuvieron en Cregan y después en el norte y hoy en el sur. Mañana saldremos con las primeras luces del día y cabalgaremos hacia el oeste. Quizá podamos interceptarlos en sus correrías.

A los otros no se les ocurrió un plan mejor. Confiarían en las señales para descubrir a los incursores, en la esperanza de poder sorprenderlos antes que hicieran más daño.

Gwyneth descargó su mal humor con todos ellos durante la noche, echándoles en cara su incapacidad para encontrar a los rebeldes. Ahora, cuando ella empezó otra vez, Aislinn miró hacia donde Bryce jugaba sobre una piel, cerca del hogar, y emitió un suspiro para descargar su exasperación.

—Tengo miedo de estar entre estas paredes ruinosas que difícilmente podrían detener el paso de una flecha —dijo Gwyneth, mirando las viejas vigas de madera del techo del salón—. ¿Qué has hecho para garantizar nuestra seguridad, Wulfgar?

El no respondió y clavó la vista en el fuego.

—Sí —continuó ella—, gastáis los cascos de vuestros caballos recorriendo el campo, pero todavía no habéis atrapado a uno solo de esos ladrones. No. Ellos todavía siguen tan libres como el viento. Ciertamente, por la mañana tendré que tomar una espada para defenderme mientras vosotros recorréis los caminos.

Wulfgar se volvió, y la miró, como deseando que las palabras de ella se hicieran realidad.

Bolsgar gruñó y su voz salió amarga de su boca.

—Deja la espada, hija mía. Atácalos, en cambio, con tu lengua. Es mucho más filosa, y puesto que hiere tanto a tus protectores, seguramente será eficaz contra nuestros enemigos. ¿Quién podría soportarla? Seguramente, atravesaría al más sólido de los escudos y partiría en dos al atacado.

Aislinn se ahogó y tosió ante el comentario de Bolsgar, tratando de contener la risa, y en el proceso se ganó una mirada asesina de Gwyneth. Fingió atarearse con su huso de hilar, y separó una larga hebra de lana de la pelota que tenía sobre su regazo.

—Mi buen padre bromea mientras los ladrones incendian y saquean y nos obligan a ocultarnos detrás de estas paredes —replicó Gwyneth-. No puedo ni salir a cabalgar para tranquilizar mi espíritu.

Sweyn rió por lo bajo.

—Gracias a Dios —dijo el vikingo—. Por lo menos, no tenemos que temer por nuestros caballos.

Bolsgar se unió a las carcajadas del nórdico.

-Si pudiéramos enseñarle a hacerlos dar la vuelta. Ella siempre sale a caballo pero regresa andando.

Gwyneth dejó su costura, se volvió con los brazos en jarras y los miró con odio.

-Reíd, cuervos graznadores -estalló, dirigiéndose a los dos hombres-. Yo no me subo a la torre para observar tontos reflejos desde las colinas, ni me atiborro de comida, ni bebo ale como un cerdo.

-Aja, ¿pero qué haces? -la interrumpió Bolsgar, y fue recompensado con otra mirada llena de odio.

-Lo que le corresponde a una dama -replicó ella, mirando de soslayo a Aislinn-. Me ocupo de mi costura y nada más, como me ordenó milord Wulfgar. Tengo cuidado de no herir el sensible orgullo de otras personas.

Se detuvo al oír un lloriqueo a sus espaldas. Se volvió, y vio que Bryce había encontrado su costura, donde ella la había dejado, y estaba jugando con ella. Ahora luchaba por desenredarse de los hilos anudados. Gwyneth chilló, se inclinó y le arrebató la costura de sus bracitos.

-¡Malcriado! -gritó, y lo golpeó en un brazo, donde quedó una marca rojiza.

El niño apretó los labios y aspiró profundamente, como para echarse a llorar.

-¡Malcriado! -gritó ella nuevamente-, ¡Yo te enseñaré...!

Hubo un ruido sordo y ella quedó firmemente sentada sobre el suelo polvoriento. Aislinn le había hecho una zancadilla. Los ojos de Gwyneth relampaguearon de furia y enseguida se dilataron de miedo cuando levantó la vista y vio a Aislinn que la miraba con ira. En su mano, empuñaba el huso como si fuera un dardo que estuviera por arrojar. Aislinn abrió los labios y sus palabras salieron sin aliento, pero duras.

-Lo que me hagas a mí, Gwyneth, puedo soportarlo. Soy una mujer crecida. -Avanzó, y el huso se movió amenazador.- Pero normando o inglés, rubio, moreno, rojo o verde, el niño es mío... y si vuelves a ponerle una mano encima, será mejor que busques una espada, porque yo te destrozaré, te haré pedazos. -Aislinn hizo una pausa y preguntó:- ¿Me has oído?

Boquiabierta, Gwyneth asintió lentamente. Aislinn se apartó de ella, tomó a Bryce en brazos y trató de consolarlo. Gwyneth se levantó, sacudió el polvo de su falda y levantó su costura. Enseguida, incapaz de mirar a los hombres que sonreían, se marchó a su habitación.

Más tarde, en su cuarto, Wulfgar observaba cómo Aislinn ponía al niño frente al hogar. Le maravilló que ella pudiera ser una mujer salvajemente enfurecida cuando su hijito era amenazado, y después, otra vez la agraciada ninfa que hacía la lenta, hipnótica danza de una esposa ante él, mientras se ocupaba de sus tareas en la habitación. Cada uno de sus movimientos era una exhibición de ritmo y de gracia. La blanca camisa que llevaba flotaba a su alrededor cuando ella se desplazaba, enseñando ahora un pecho, o una curvada cadera, y la cintura fina y delicada. Wulfgar sintió el deseo que empezaba a nacer en su interior, y cuando ella se le acercó, la atrajo con un brazo e intentó besarla, pero un grito de Bryce lo interrumpió.

—Aguarda a que el niño se haya dormido —susurró ella—. Entonces daremos satisfacción a tu lascivia.

—¿Lascivia? -gruñó él, decepcionado—. ¿Y quién es la zorra que menea sus caderas y me provoca en público hasta que yo no puedo seguir conteniéndome?

La besó otra vez, suavemente, antes de repantigarse en su sillón, y con los ojos entrecerrados empezó a observarla atentamente. Ella se inclinó para recoger unos ovillos de lana y le ofreció una visión de sus pechos llenos, que asomaban por la parte delantera de la camisa abierta.

—Cuidado, amor mío —murmuró él suavemente—. O yo podría sobresaltar al niño.

Ella se incorporó rápidamente.

—Cuida al niño un momento —le pidió Aislinn suavemente-, Debo ver a Miderd por unas cosas y disponer la comida para mañana.

Se echó un chal sobre los hombros y lo dejó cuidando al niño. Wulfgar cerró un momento los ojos y se aflojó, sintiendo la sensación de paz que parecía inundarlo con el calor del fuego. Abrió nuevamente los ojos al sentir un tirón en el tobillo y vio que Bryce había rodado hacia él y ahora trataba de sentarse, aterrándole la pierna. El niño lo logró y quedóse mirando a Wulfgar con esos ojos azules grandes e inquisitivos. No demostraba temor al enorme señor normando sino que lo miraba con ojos sonrientes. Agitó regocijado los bracitos, rió y abruptamente cayó de costado. Levantó los ojos, ahora tristes, y su mentón tembló mientras gruesas lágrimas empezaban a caer por su cara. Siempre sensible al llanto de otros, Wulfgar se inclinó y subió al niño sobre su regazo.

Los ojitos instantáneamente quedaron secos y el niño rió, feliz en su nueva posición en el mundo, y tiró con sus dedos del cuello de la camisa de Wulfgar. Se estiró sobre el pecho ancho y duro y exploró la boca sonriente de la cara que tenía ante él. Wulfgar se inclinó, y levantó una muñeca de lana y madera que puso en las manos del niño. Después de un momento, el niño bostezó, cansado del juguete, y lo dejó caer. Se movió hasta que se sintió cómodo en el regazo de Wulfgar, suspiró y se quedó dormido.

Wulfgar permaneció largo tiempo sin moverse, temeroso de despertar al niño. Había una extraña calidez que crecía dentro de él mientras comprendía que este ser diminuto, indefenso, confiaba enteramente en él. El pequeño pecho subía y bajaba con la respiración suave y rápida del sueño de un niño. ¿Podía esta criatura haber salido de sus riñones, y de la lascivia que él había descargado sobre una joven y hermosa cautiva?

"Este niño se entrega al sueño confiado, sobre mi pecho" pensó Wulfgar. "Sin embargo, yo rehuyo su amor. ¿Cuál es el motivo de que se me entregue así, aunque yo no lo haya llamado?".

La mente de Wulfgar estaba en confusión, pero lentamente comprendió que estaba atado por algo más que los votos matrimoniales. Había otros lazos que clavaban sus suaves garfios en el corazón de un hombre y de los cuales era imposible liberarse sin producir heridas profundas en el alma. Los votos del matrimonio eran una promesa, cuyo cumplimiento encadenaba más firmemente que las palabras.

Bajó la vista hacia el inocente rostro dormido y supo que la paternidad no hacía ninguna diferencia. En adelante, este niño sería su hijo.

El fiero caballero normando se inclinó y besó suavemente la cabecita que descansaba sobre su pecho. Sintió una presencia a su lado, levantó la vista y se encontró con la mirada de Aislinn. Ella miró al hombre que sostenía a su hijo y sintió un amor abrumador por los dos.

Amaneció el nuevo día y Wulfgar partió con sus hombres, dirigiéndose al oeste, como estaba planeado. No mucho después, un reflejo desde una colina les avisó de un ataque al este de Darkenwald. Wulfgar juró, dio media vuelta y partió con sus hombres a toda velocidad, mientras uno se quedaba lo suficiente para avisar de la dirección que llevaban. Habían pasado por el castillo cuando uno de los arqueros gritó y señaló la torre, donde otro vigía hacía señales. La banda se había dividido y ahora estaba quemando cabañas al norte y al sur. La cólera y la frustración de Wulfgar aumentaron peligrosamente. A una orden suya, su hombre hizo señales indicando que irían tras ellos, divididos. Apenas se había separado de Gowain y Milbourne para dirigirse al norte, cuando llegó el aviso de que la banda había vuelto a reunirse y estaba poniendo fuego a un campo al oeste de su posición. El rostro de Wulfgar se ensombreció. El y sus hombres habían estado allí hacía unas pocas horas. ¿Cómo podían los flamencos conocer sus movimientos a fin de eludirlo tan bien?

Rugió una orden y un mensaje fue enviado a Gowain y Milbourne, para que lo esperasen cerca de Darkenwald.

Así transcurrió el agitado día. Nada vio de los invasores; dondequiera que fueran, ellos estaban saqueando e incendiando en otra parte. Antes que se pusiera el sol, dejaron de llegar noticias de los incursores y Wulfgar dedujo que se habrían ocultado en alguno de los muchos lugares adecuados de los bosques o el pantano, donde sería imposible encontrarlos. Maldijo su mala suerte, y con sus hombres semidormidos y exhaustos en sus sillas de montar, regresaron a Darkenwald.

Wulfgar entró en el salón presa de gran agitación y al abrir violentamente la puerta, asustó a Bryce, quien estaba sobre una piel, frente al hogar. Los labios del niñito temblaron y pronto su cara fue una caricatura de infantil desazón. Aislinn dejó su meca, lo levantó y lo acunó para calmar sus temores. Siguió a Wulfgar con la mirada, mientras él iba hasta quedar frente al hogar y se golpeaba el muslo con sus guanteletes.

—Es como si ellos conocieran todos mis movimientos antes que yo los realice —estalló—. Si pudieran leer mis pensamientos, no lograrían escapar mejor.

Se detuvo súbitamente y miró a su esposa.

—¿Cómo pueden saberlo, a menos...? -Meneó la cabeza, como confuso con el pensamiento.— ¿Quién podría decírselo? —Se alejó unos pasos y volvió frente a Aislinn.- ¿Quién, de aquí, se alejó del pueblo?

Ella se encogió de hombros.

—No miré con atención —dijo—, pero la gente se mantuvo cerca del castillo y la mayoría andaba a pie.

Wulfgar insistió con la pregunta.

—¿Kerwick, quizá? ¿O Maida?

Aislinn negó vehementemente con la cabeza.

—No. Kerwick estuvo todo el día con Beaufonte en el castillo y Maida estuvo aquí, con Bryce.

—Fue solamente una idea —suspiró Wulfgar, aunque Aislinn supo que el asunto seguía preocupándolo.

Llamó a Sanhurst para ordenarle que buscara a Bolsgar y a Sweyn. Cuando ellos llegaron, subió con ellos hasta la cima de la torre, donde podían estar a salvo de ojos y oídos indiscretos. Wulfgar extendió las manos.

—Poseo esta pequeña propiedad —dijo— y sin embargo veo que no puedo protegerla de unos pocos soldados descarriados. Ni siquiera los vigías nos sirven de nada.

Bolsgar lo miró y supo que estaba preocupado.

—Ellos informan solamente de bandas de hombres —dijo lentamente—, Si los incursores flamencos se dividen de a uno o en parejas y usan ropas de normando, pueden pasar inadvertidos, y cuando se reúnan, sería demasiado tarde para que podamos detenerlos.

—Es verdad —admitió Wulfgar—. Entonces, que los vigías avisen de la presencia de todos los jinetes, y la dirección que llevan. Serán necesarias unas cuantas señales más, pero tú puedes ocuparte de ello, Bolsgar.

—Wulfgar -dijo Sweyn-. Hay algo que me hace pensar. Vos siempre habláis de vuestras intenciones y no encontramos a nuestros enemigos cuando vamos hacia allí. Pienso que hay un traidor entre nosotros. No informemos a nadie y veamos qué sucede.

—Tienes razón, Sweyn, y me atormenta no poder poner un nombre a ese Judas. —Wulfgar golpeó la barandilla con el puño.— O quizá, alguien lee nuestras señales tan bien como nosotros. Aunque si eso fuera verdad, sería sencillo matar a los vigías. Mañana haremos como dices. De esto, no digas una palabra a nadie. Se dirigió a Bolsgar.- No dejes que ningún vigía pase una señal sobre la dirección que llevamos. Entonces veremos.

Entonces, veremos.

Bolsgar fue a ocuparse de su tarea y cuando todo estuvo dispuesto para el día siguiente, se reunieron en el salón e hicieron justicia a la comida de Haylan. Terminada la cena, Wulfgar tomó a Bryce de los brazos de su madre y subió la escalera hacia la habitación, con Aislinn a su lado. Bolsgar y Sweyn intercambiaron miradas sobre este acontecimiento desusado y brindaron silenciosamente por el día.

Bryce reía regocijado mientras Wulfgar jugaba con él sobre una piel tendida ante el hogar. Cuando el niño se cansó de los juegos y bostezó, Aislinn lo puso en la cuna. Después, sirvió una copa de vino para su marido, se la tendió, y se sentó junto a él con las piernas cruzadas, mientras él bebía. Él la miró, dejó la copa

a un lado y la atrajo hacia sí. La besó larga y tiernamente en la boca. Ella suspiró y le pasó un dedo por la mejilla.

—Estás cansado, milord.

—Hay un elixir de juventud que tú añades a mi copa —susurró él, acariciándole la mejilla con los labios-. Me hace sentir como si el día aún estuviera por comenzar. -Desató los lazos de la camisa de ella hasta que el pecho quedó expuesto ante sus ojos.

Ella le echó los brazos al cuello y sus bocas se unieron en un beso. Bryce dormía pacíficamente en su cuna.

A la mañana siguiente, poco después de la salida del sol, Wulfgar y sus hombres partieron y aguardaron en un bosquecillo hasta que los vigías avisaron de los primeros movimientos de la banda. Partieron a toda velocidad. La primera cabaña apenas había sido incendiada cuando ellos llegaron. Las pilas de heno estaban desparramadas, como aguardando ser incendiadas, y las señales indicaban que los incursores se habían marchado deprisa. Apagaron las llamas y salvaron la mayor parte del edificio.

En una colina parpadeó un reflejo y Wulfgar reunió a sus hombres para partir nuevamente. Esta vez la cabaña no estaba en llamas, pero en el patio ardía un pequeño fuego para encender las antorchas. Nuevamente los incursores se dispersaron en el bosque, pero en su prisa por huir dejaron una huella. Ahora el calor de la caza y la proximidad del éxito se apoderaron de los perseguidores normandos. Una nueva señal y tomaron hacia el sur, esta vez para ver los colores de Flandes mientras la banda de incursores se reunía y enseguida se disponía a huir. La presa escapó otra vez y los hombres de Wulfgar se dispersaron para revisar los posibles escondrijos.

Llegó una nueva señal, y a una orden de Wulfgar, sus hombres se reunieron para partir hacia el norte. Subieron la cima de una colina justamente cuando los incursores se reagrupaban, y la caza recomenzó. Los ladrones huyeron hacia el borde del pantano y se dispersaron una vez más. Los hombres de Wulfgar los siguieron y encontraron a dos flamencos. Cuando éstos levantaron sus espadas, fueron muertos por las flechas que atravesaron sus túnicas de cuero. Wulfgar confirmó que eran flamencos, pero no tenían escudo de armas que indicara quién era su jefe.

Los otros eludieron la persecución y Wulfgar aguardó a que sus vigías le dieran nuevas noticias, mientras él y sus hombres daban descanso a sus monturas y tomaban una comida ligera. La caza los llevó aún más cerca de los invasores y así se llenó el día, hasta que llegó la noche y no se vieron más señales.

Regresaron a la casa señorial. Wulfgar se sentía seguro. Los incursores no habían tenido descanso, no habían encontrado comida y se verían en apuros para satisfacer sus necesidades, por lo menos hasta el amanecer. Juró que acosaría a los invasores hasta que se rindieran o huyeran de sus tierras. Y con ese otro propósito, su mente ya había trazado un plan, aunque no podía decir quién era el que trabajaba en contra de él en su propia casa y debió descartar varias posibilidades.

Mucho más tarde, esa noche, salió con Aislinn y Bolsgar a caminar iluminados por la luz de la luna llena.

-Hay uno que nos traiciona aquí, y tenemos que descubrirlo -les dijo—. Mi plan es que mis hombres salgan de a dos antes de las primeras luces y esperen más allá de la colina. Yo iré con Sweyn y Gowain como para buscar señales de los invasores.

Aislinn no aprobó el plan y se le aferró al brazo.

-Pero Wulfgar, habrá peligro si vas con tan poca compañía. Es una temeridad. Ellos todavía son muchos.

-No, amor mío, escúchame —dijo él-. Yo me reuniré con mis hombres y avanzaré lentamente hacia Cregan, donde dejamos a los incursores. Ellos tienen que haber acampado cerca de allí. Tú y Bolsgar vigilarán la casa y el pueblo. Si alguien se aleja para traicionamos, vosotros le veréis y me enviaréis un jinete. Una vez que sepamos que ellos han sido advertidos, apuraremos el paso para dispersarlos antes que hayan hecho más daño. Quizá podamos matar a unos cuantos, y con el informante descubierto, seguramente ganaremos el día.

Bolsgar estuvo de acuerdo y cuando le aseguraron que Wulfgar no correría ningún peligro, Aislinn finalmente asintió. Wulfgar le puso un brazo sobre los hombros.

-Buena muchacha. Verás que los derrotamos -dijo.

Wulfgar se levantó de la cama mucho antes que amaneciera y miró desde la ventana de su habitación cuando los hombres se marchaban, de a dos y de a tres, tratando de hacerlo inadvertidos en las sombras, y en el mayor silencio posible. Cuando todos hubieron partido y las primeras luces del alba borraron las estrellas del cielo oriental, él se vistió, y con su cota de mallas en el brazo, bajó con Aislinn a desayunar. Bolsgar y Sweyn se le unieron y pronto apareció Beaufonte. Gwyneth bajó semidormida, frotándose los ojos y bostezando, como si el ruido de los hombres la hubiera despertado. Cuando Wulfgar tuvo la seguridad de que todos podían escucharlo, se levantó.

-Ven, Sweyn. Los ladrones no esperarán. Busquemos a Gowain y veamos si podemos atrapar a los rebeldes.

Sweyn se levantó murmurando con la boca llena mientras Wulfgar se ponía su cota y su yelmo. El vikingo levantó su espada y su hacha de batalla y probó el filo de esta última con un fulgor en sus ojos azul claro.

-Hoy parece ansiosa de golpear —dijo riendo-. Quizá encontremos dos o tres cráneos para partir en dos.

Gwyneth hizo una mueca.

-Esperemos que hoy las cosas os vayan mejor que en los últimos días. Ciertamente, tendré que atrancar las puertas de Darkenwald para protegerme de quienes pudieran atentar contra mi doncellez.

Wulfgar la miró con una sonrisa burlona.

-No temas, hermana -dijo-. Ese peligro parece muy lejano y yo diría que no tienes de qué preocuparte.

Gwyneth le echó una mirada asesina. Sweyn rió a carcajadas, y rugió:

-No, Wulfgar. Ella no se inquieta.. Sólo está contando los momentos que faltan para que vengan.

Con eso, Sweyn salió del salón, seguido de Wulfgar. Gowain se les unió y con los ojos bien abiertos, tomaron el camino hacia el oeste.

Bolsgar quedó en la torre de la casa con el hombre encargado de hacer las señales, y se puso a vigilar atentamente la aldea que se extendía debajo. Beaufonte quedó cerca del castillo y Aislinn se sentó ante la ventana de su habitación, con los postigos apenas entreabiertos a fin de poder vigilar el extremo inferior del pueblo y el sendero que llevaba al pantano y al bosque. No podía ver la cabaña de Maida, oculta por los sauces, pero la preocupó pensar que su madre podía haber encontrado una forma de vengarse de Wulfgar sin que su hija lo supiera. Aislinn volvió su costura sobre su regazo, incapaz de prestarle atención. La inquietaba que algo pudiera salir mal y que Wulfgar cayera en una trampa. No podía soportar la idea de perderlo y se puso más ansiosa con cada momento que pasaba.

Súbitamente su corazón dio un salto, porque vio un movimiento entre los densos arbustos que crecían al borde del pantano. Observó atentamente y vio una figura de mujer que se deslizaba en las sombras. Un miedo helado empezó a crecer dentro de su pecho cuando pensó nuevamente en Maida y sus ojos se esforzaron por distinguir algún amaneramiento familiar que le revelara la identidad de la persona. Una capa oscura ocultaba a la figura de pies a cabeza, impidiéndole reconocerla. Su mente giraba aceleradamente. Quizá era otra. ¿Haylan, tal vez? ¿Había encontrado un amante en algún señor de Flandes?

La figura pasó por un punto descubierto y ella vio que no era su madre, porque se movía con una agilidad y rapidez que la anciana no hubiera podido igualar. Ahora la figura se detuvo y se volvió para mirar hacia atrás. Aun desde esa distancia y en las sombras, Aislinn reconoció, inmediatamente, la cara flaca y huesuda de Gwyneth.

Aislinn vio que la mujer se internaba entre los sauces, y con esfuerzo, alcanzó a ver la silueta de un hombre, vestido como campesino, que la esperaba entre las sombras. Intercambiaron unas palabras hasta que el hombre volvió a desaparecer entre los árboles. Gwyneth esperó en las sombras unos instantes, antes de emprender el regreso a la casa.

Aislinn miró por sobre su hombro para ver a Bryce, quien dormía profundamente, y se apresuró a llamar a Bolsgar, quien estaba en la torre. Mientras lo esperaba, empezó a caminar nerviosamente delante del hogar, preguntándose cómo haría para hablarle con suavidad de lo que acababa de descubrir acerca de su hija.

-¿Qué sucede, muchacha? —preguntó él cuando la vio—. Es importante que yo esté vigilando al traidor, y no confío del todo en el vigía.

Aislinn aspiró profundamente.

—Conozco al traidor, buen Bolsgar. La vi... —habló rápidamente-... era Gwyneth. La vi encontrarse con un hombre junto al pantano.

Él la miró fijamente, con expresión de dolor. Buscó en el rostro una señal de mentira y sólo encontró compasión y simpatía por él.

—Gwyneth —dijo en voz baja—. Por supuesto. Tenía que ser ella.

—Ella pronto estará aquí —le advirtió Aislinn.

El padre asintió y su rostro adquirió una expresión de lejanía. Después fue junto al fuego, con sus anchos hombros encorvados, y clavó la vista en las llamas.

Gwyneth abrió la puerta y entró, tarareando una melodía, como si estuviera de muy buen humor. Tenía las mejillas sorprendentemente sonrosadas y su cabello claro le caía desordenadamente sobre su pequeño pecho. Bolsgar giró y miró ceñudo a su hija.

—¿Qué te sucede, padre? —gorjeó Gwyneth alegremente—. ¿No te ha caído bien el desayuno?

—No, hija —gruñó él—. Otro asunto corroe mi corazón. El de una traidora que traiciona a los de su propia sangre.

Gwyneth dilató los ojos y giró hacia Aislinn.

—¿Con qué mentiras le has llenado ahora la cabeza, perra? —estalló.

— ¡Ninguna mentira! —rugió Bolsgar, y continuó en tono más calmado—. Te conozco mejor que nadie y sé que en tu vida jamás pensaste en otra cosa que no fueran tus propios fines. ¡Sí! ¡Traidora! ¿Pero por qué? —Le volvió la espalda, porque sus ojos no podían soportar mirarla.— ¿Por qué ayudas a una causa que sólo traerá miserias a nuestra propia tierra? ¿Qué amigos escoges? Primero ese canalla de Ragnor, ¡y ahora los flamencos!

Ante la mención del nombre de Ragnor, Aislinn vio que la otra levantaba el mentón y adoptaba una actitud orgullosa. Inmediatamente todo pareció ocupar su lugar y todas las preguntas de Aislinn tuvieron respuesta y ella supo el motivo de las acciones de Gwyneth. Saltó de su silla con un grito.

— ¡Es Ragnor! ¡Él dirige a los incursores! ¿Quién si no él conoce tan bien esta tierra y la ubicación de cada cabaña? Ella nos está traicionando con Ragnor.

Bolsgar giró y miró ceñudo a su hija.

—Por Dios —dijo—, juro que has hecho que éste sea el día más negro de mi vida.

—¿Más negro que el día en que supiste que tu precioso hijo es un bastardo? —replicó ella despectivamente, y su cara remilgada adquirió una expresión de orgullo—. Tú, él y esta zorra sajona me habéis privado del último orgullo que me quedaba. ¿Qué era yo aquí sino una nada, en una casa donde hubiera debido ser la señora? Se me negó el derecho a responder a las mentiras y calumnias que otras hacían circular. Mi propio padre balbuceaba como un niño idiota mientras yo era privada de todo

La mano de Bolsgar la golpeó en la boca y la fuerza del golpe hizo tambalear a Gwyneth hasta que se apoyó en la mesa.

-No vuelvas a llamarme tu padre -dijo él-. Desmiento el hecho y niego que seas hija mía.

Gwyneth apoyó sus brazos detrás de ella, sobre la mesa, y lo miró con ojos cargados de odio.

-¿Tanto amas a Wulfgar pese a que el mundo lo llama bastardo? -Se frotó la mejilla dolorida.- Entonces, aprovecha este día todo lo que puedas, porque por la noche lo verás muerto.

Aislinn ahogó una exclamación.

-Han montado una trampa para él -dijo-, ¡Oh, Bolsgar, lo atraerán y lo matarán!

Se acercó a Gwyneth, con los ojos entrecerrados y la mano apoyada en la pequeña daga de su cinturón.

-¿Dónde, perra? -preguntó, desaparecida toda huella de la suave Aislinn-. Di dónde, o esculpiré tu cuello con mi daga hasta que el viento pase silbando entre tus tendones.

Gwyneth parpadeó, insegura mientras miraba a la otra, y recordó muy bien la cólera de Aislinn.

-Es demasiado tarde para ayudar a mi pariente bastardo, de modo que te diré el lugar. Ahora mismo él puede yacer en el bosque, fuera de Cregan.

Bajó la mirada de los dos pares de ojos que la observaban, se sentó en una silla y cruzó las manos sobre su regazo. Aislinn siguió interrogándola mientras Bolsgar miraba a su hija con incredulidad. Como Gwyneth no dijo nada más, Aislinn se dirigió a él.

-Id a avisarle, Bolsgar -imploró ella, con los ojos llenos de lágrimas—, Cabalgad deprisa y avisadle. Aún hay tiempo, pues él avanza lentamente, esperando que le avisemos.

Sin otra mirada a su hija, Bolsgar tomó su capa y su yelmo y se marchó a toda prisa.

Wulfgar había partido desde la casa hasta perderse de vista hacia el oeste. Después, dio media vuelta y se reunió con sus hombres. No corría mucha prisa y él desplegó a los jinetes para que cuidaran los flancos y vigilaran ante una posible emboscada. Se demoraba y se detenía a menudo para observar las colinas y el camino que iban dejando atrás.

El primer indicio de un jinete fue una nubecilla de polvo que se elevaba a retaguardia. Se detuvieron a esperar. Wulfgar enarcó las cejas sorprendido, cuando vio que era Bolsgar quien se les acercaba. El anciano frenó su caballo junto a él.

-Ragnor dirige a los vándalos -dijo, jadeante-. Y fue Gwyneth quien nos traicionó. Los flamencos te han preparado una trampa en Cregan - Cabalguemos y yo te daré las noticias mientras avanzamos.

Wulfgar espoleó su caballo y Bolsgar empezó a relatar los acontecimientos de Darkenwald. El hombre más joven adquirió una expresión sombría y ahora, cuando Bolsgar terminó su relato cabalgo en silencio, pensando en la traición de Gwyneth. Una columna de humo empezó a elevarse desde más allá del bosque y dio más peso a la advertencia de Bolsgar. Cuando llegaron al borde de la arboleda, Wulfgar hizo detener a sus hombres. Sus órdenes salieron en rápida sucesión.

-¡Bolsgar ¡Sweyn! Quedaos conmigo. Preparad vuestras armas. ¡Gowain! ¡Milbourne! Tomad la mitad de los hombres e internaos profundamente en el bosque. Colocaos detrás del lugar y cuando oigáis mi llamado, cargad con lanza y espada. Nosotros los llevaremos a lugar abierto y allí presentaremos batalla.

El bosque estaba silencioso y misterioso. Parecía que el sonido más leve resonaba desde cada árbol. Grandes robles con troncos festoneados de musgo se levantaban a cada lado. Árboles caídos bloqueaban cada tanto el camino, pero sobre todo, los animales habían huido. No se veían liebres huyendo, no se oían pájaros cantando ni algún ciervo sobresaltado salía huyendo con saltos graciosos. Sólo había el silencio y los hombres.

La fuerza de Wulfgar salió del sendero y se internó en las sombras donde sólo algunos puntos de luz interrumpían las tinieblas de tanto en tanto. Ahora siguieron un curso paralelo al sendero, hasta que pudieron ver la luz del otro lado y las ruinas de Cregan entre aberturas en el follaje. Nuevamente doblaron y avanzaron hasta que oyeron murmullos de voces más adelante. La primera carga se haría con todos los hombres a caballo, y una vez que el enemigo estuviera en terreno abierto, los arqueros se apearían y lanzarían sus flechas contra el enemigo.

Aguardaron. Los nervios se pusieron tensos. Wulfgar decidió que los otros ya habían tenido tiempo suficiente para tomar posición, y su espeluznante grito de guerra resonó entre los árboles. Todos a una, los hombres se inclinaron hacia adelante y espolearon a sus caballos.

Siguió el caos enloquecido de la batalla, y entre la maraña de follaje, pareció que cargaban un mular de hombres. Las sombras aumentaban la confusión mientras los hombres a caballo aparecían en todas partes, desde todos lados. Los flamencos, al ver lo desesperado de su situación si se quedaban allí, huyeron al campo abierto, ante la aldea en ruinas.

El caballero que los dirigía les ordenó que se detuviesen y levantaran sus escudos para formar una pared. A unos cuantos los puso dentro del círculo para que usaran sus arcos y dieran algo de protección. Sus caballos habían quedado en el bosque y ahora los incursores quedaban peligrosamente expuestos.

Wulfgar hizo apearse a sus arqueros en el borde del bosque, donde podían buscar protección. Sacó a la vista a sus cuatro caballeros, Bolsgar a su izquierda, Sweyn a la derecha y Gowain y Milbourne uno en cada extremo. Levantó su lanza con su estandarte y habló en alta voz

-Rendios -ofreció—. Estáis derrotados.

El caballero que dirigía a los otros respondió.

-No. Hemos oído hablar de la severidad con que Guillermo castiga a los incursores. Preferimos morir aquí que bajo el hacha del verdugo. -El caballero levantó su escudo y su espada y los agitó.- Venid a la matanza, normando.

Wulfgar miró a su izquierda y enseguida a su derecha. Bajó su lanza, y una lluvia de flechas cayó sobre el enemigo. Espoleó a su caballo y cargó. Su lanza era más larga que la del hombre que tenía adelante y lo derribó al suelo, abriendo la pared de escudos. El caballero enemigo trató de reorganizar a sus hombres, pero Wulfgar y los suyos lo impidieron. Esta vez él golpeó no en el centro sino en un ángulo del cuadrado. Hizo retroceder a los enemigos y abrió el camino para los otros. Dejó su lanza, sacó su larga espada y fue

abriéndose camino, mientras su caballo no dejaba de avanzar. La mitad de los arqueros normandos desenvainaron sus espadas y se unieron a la batalla. Los otros quedaron más atrás y lanzaban sus flechas cuando veían una abertura o cuando un enemigo trataba de escapar.

El campo quedó en silencio excepto los gemidos de uno que otro moribundo, y sólo el caballero se mantenía en pie. Cuando Wulfgar hizo retroceder a sus hombres, el caballero apoyó los brazos en el puño de su espada, con la punta clavada en el suelo. Sin una palabra, Wulfgar se apeó, y con escudo y espada, lo enfrentó en combate singular. No tuvo dificultad en salir vencedor, pero el otro caballero murió con honor.

Sweyn y Bolsgar buscaron a Ragnor entre los caídos, o a Vachel, pero no los encontraron. Tres de los normandos estaban muertos, y seis heridos, pero en condiciones de cabalgar. Los flamencos fueron despojados de sus armas y armaduras y allí quedaron, esperando sepultura. Wulfgar recorrió el horizonte con la vista y contuvo a su nervioso caballo, preguntándose dónde estarían Ragnor y Vachel.

Aislinn se paseaba por el salón, con la mente en gran confusión. Wulfgar estaba en peligro y todo a causa de la locura de una mujer. Giró violentamente hacia Gwyneth, con la intención de echárselo en cara, pero encontró los ojos de la otra clavados fijamente en la puerta. Aislinn siguió esa mirada pero no pudo ver nada. Volvió a mirar a Gwyneth, quien ahora estaba mirándose las manos que tenía cruzadas sobre el regazo. Aislinn la miró intrigada, fue a sentarse con su costura y de tanto en tanto miró a la otra. Gwyneth permanecía en silencio, pero continuamente sus ojos iban hacia la puerta, como si ella estuviera aguardando algo.

-Sabíamos que había un traidor en la casa, Gwyneth -dijo Aislinn, con deliberado cuidado—. Wulfgar avanza lentamente y aguarda noticias de nosotros. Es mucho más probable que tu Ragnor sea quien encuentre su fin en el día de hoy.

Gwyneth sólo se agitó apenas y replicó:

-Ragnor no morirá.

-Los hombres partieron temprano, pero sólo para esperar a Wulfgar más allá de la colina -agregó Aislinn, sin dejar de vigilar cuidadosamente las reacciones de Gwyneth. Pero no vio nada, sólo las palabras calmosamente pronunciadas.

-Ragnor no morirá.

Aislinn aferró los brazos de su sillón, se puso abruptamente de pie e hizo que Gwyneth la mirase fijamente.

-Ragnor no morirá -repitió Aislinn- ¡porque viene hacia aquí!

Por la expresión de triunfo de la cara de Gwyneth, Aislinn supo que había acertado. No perdió tiempo, llamó al centinela de la torre y le ordenó que trajera a Beaufonte y a todos los hombres que pudiera reunir. El hombre partió a hacer lo ordenado y ella volvió a vigilar a Gwyneth, con la mano apoyada en su pequeña daga. Afuera sonaron cascos de caballo y Aislinn desenvainó su hoja, lista para presentar batalla si Ragnor irrumpía en el salón. Con gran alivio, vio que entraba Beaufonte, con un hombre pisándole los talones. El caballero miró a su alrededor y al no ver nada desusado, volvió sus ojos inquisitivos a Aislinn.

-¿Milady?

Se volvieron cuando Kerwick entró corriendo en el salón seguido del jadeante vigía. Ahora los hombres la miraron fijamente.

-Ragnor viene hacia aquí -dijo ella- mientras sus hombres tratan de tender una emboscada a Wulfgar. Debemos asegurar la casa contra él.

Todos corrieron a cerrar puertas y postigos y a atrancarlos. Beaufonte puso la pesada barra que aseguraba la puerta principal. Aislinn recordó muy bien la noche en que llegó Ragnor y casi pudo oír los golpes de un pesado ariete contra la puerta. Afortunadamente su madre estaba en su choza, porque su mente no hubiera podido soportar una repetición de aquella noche horrible. Aislinn se inquietó, preguntándose qué podía hacer para estar más seguros, cuando pensó en lo más obvio.

-¡ Beaufonte, los vigías! ¡Enviad a Wulfgar una señal para que regrese a Darkenwald y reguemos que reciba el mensaje!

El caballero se acercó al pie de la torre, llamó, y el vigía descendió. Estaban discutiendo el mensaje cuando hubo un fuerte golpe en la puerta y la voz de Ragnor pidió que lo dejaran pasar. Antes que nadie pudiera detenerla, Gwyneth saltó hacia la puerta y arrojó la barra al suelo. El grueso panel de roble se abrió violentamente y dos desconocidos entraron, seguidos por Ragnor. Todos vestían como normandos, pero

Beaufonte desenvainó su espada y les hizo frente. Uno de los hombres detrás de Ragnor lanzó un dardo y el vigía murió con el pecho atravesado. El hombre de Beaufonte se le unió, y los dos lucharon valientemente, pero Vachel atravesó a ese hombre con su espada y lo mató. Beaufonte quedó solo y enfrentó a Ragnor y los otros, mientras Kerwick empujaba a Aislinn escalera arriba, hacia su habitación. Vachel se hizo a un lado y se puso detrás de Beaufonte. Tomó su espada con ambas manos y la clavó en la espalda del valiente caballero. Beaufonte cayó con un grito de advertencia, se desplomó y se quedó mirando las enormes vigas del techo mientras la visión se le debilitaba y su respiración cesaba.

Kerwick metió a Aislinn en la habitación, cerró la puerta y tomó un escudo y una espada de la pared. Se dispuso a enfrentar firmemente al enemigo y a demorarlo el mayor tiempo posible. Dos de los incursores se acercaron, seguidos de Ragnor.

-Perro sajón, basta con este juego —dijo Ragnor, con una sonrisa de confianza-, ¿Qué tenéis que ganar defendiendo a la dama? De todos modos, me la llevaré cuando estéis muerto.

Kerwick se mantuvo firme.

-Si es mi vida todo lo que tengo para dar por ella, que así sea. Venid, Ragnor, he estado aguardando este momento desde que vos tomasteis por primera vez a mi prometida.

-¿Vos también, sajón? -Dijo Ragnor en tono burlón—. ¿Todo el mundo está hechizado por esa mujer?

Kerwick esquivó una flecha que le lanzaron y clavó su espada en el vientre de uno de los hombres. Este cayó, pero la espada de Ragnor dio contra la de Kerwick y se la arrebató. El golpe siguiente cayó sobre el escudo, pero la lanza del otro invasor dio en el brazo del sajón. Ragnor golpeó otra vez, atravesó la guardia de Kerwick y lo derribó. El joven, con la cabeza manando sangre, cayó a los pies del otro, mientras Ragnor abría la puerta de la habitación.

Aislinn giró con una exclamación y Ragnor avanzó hacia ella, sonriendo.

-He dicho que te tendría, paloma -rió él-. Y el momento ha llegado.

Los ojos de Aislinn relampaguearon pero ella no dio, señales de miedo. Un movimiento en la cuna hizo que Ragnor se acercara al niño, con la espada en alto. Con un grito, Aislinn se le arrojó encima, pero Ragnor la empujó con su mano libre y la derribó al suelo, contra los pies de la cama. Ella se incorporó en un instante, con sangre saliendo de un ángulo de su boca.

-¿Matarías a vuestro propio hijo? -dijo ella.

-Existe esa posibilidad, pero también hay ciertas dudas –replicó calmosamente él—. Mejor muerto que de Wulfgar.

Se volvió y levantó nuevamente la espada.

-¡No! —gritó Aislinn.

Hubo algo en la voz de ella que lo hizo detenerse y mirarla. Aislinn tenía su daga apoyada en su propio pecho y en sus ojos él vio la amenaza.

-Tocad al niño y me mataré. Conocéis a Wulfgar y sabéis que no habrá rincón del infierno donde puedas ocultaros si yo muero.

Él rió cruelmente.

-El bastardo no me preocupa. Ahora mismo mis hombres están echando tierra sobre su tumba.

-Ten cuidado, amor mío —dijo Gwyneth desde la puerta. Venía en busca de él pues no deseaba dejarlo mucho tiempo a solas con Aislinn-. Wulfgar ha sido avisado. Ellos me descubrieron y mi padre fue a advertirle. Sabían que alguien aquí los traicionaba y montaron su propia trampa.

Ragnor envainó su espada y por un momento pareció perdido en sus pensamientos.

-Esto es una mala noticia para nosotros —dijo, como si reflexionara en alta voz-. Si conozco la suerte del bastardo, él sobrevivirá, y si bien yo había pensado tener a los demás a raya con la esposa como rehén, ahora me temo que debemos huir. Empleé los pocos hombres que tenía para conseguir su muerte.

Miró a Aislinn, quien sostenía a Bryce en sus brazos, y supo que ahora no podría separarlos mientras que los minutos se hacían preciosos.

Se dirigió a Gwyneth.

-Trae comida de los sótanos. Buscaremos a Edgar, con los escoceses del norte, y nos refugiaremos allí. |Deprisa, cariño. El tiempo se acaba. -Se volvió hacia Aislinn.- ¡Trae al crío! Él servirá como rehén tanto como tú, aunque dudo que para Wulfgar sea algo más que un estorbo. —Entonces, habló en tono

autoritario.— Pero te advierto, paloma, que si quieres ver al niño con vida, no debes hacer nada para demorar nuestra huida o para dejar marcadas nuestras huellas.

Ella lo miró despectivamente como respuesta.

—Vos dejaréis marcada vuestra huella dondequiera que huyáis. Mi niño no será un estorbo. Sin embargo, podría dejarlo aquí. Vendrán otros. —Trató de hablar despreocupadamente.— Wulfgar cree que el niño es vuestro y no lo aprecia mucho, aunque se ocupará de que sea bien atendido.

Ragnor la miró fijamente.

—La querida Gwyneth dice otra cosa, dice que él dio su nombre al niño y que últimamente le demuestra mucho afecto. Creo que también lo llevaré conmigo.

—Esa perra se ha ocupado de vuestro bien —siseó Aislinn.

—No hables duramente de ella, mi amor. Me ha servido fielmente —replicó Ragnor.

—Sí —dijo Aislinn, ahogada por la cólera—. Pero no ha servido a nadie más y creo que tampoco se ha servido a sí misma.

—Ella tendrá el mundo a sus pies -rió él-. ¿Y quién podría negarle nada a ese tierno capullo? -El tono de su voz desmintió a sus palabras, y ahora él se irguió y habló con dureza.— Basta de perder tiempo. Trae lo que quieras, pero date prisa. Estoy cansándome de tanta charla.

Aislinn hizo un lío con ropas para Bryce y tomó su capa forrada de pieles para abrigarse ella y el niño.

—Eso es todo —ordenó él—. Con eso tiene que bastaros.

La siguió fuera de la habitación y la empujó cuando ella quiso arrodillarse junto a Kerwick. La llevó fuera de la casa y tampoco le permitió que se detuviera junto a Beaufonte.

Gwyneth ya estaba a caballo sobre la yegua rucia moteada de Aislinn. Lucía un buen vestido que por fin había comprado con el dinero que Wulfgar le había dejado para ella y su padre cuando marchara a reunirse con Guillermo. Aislinn debió contentarse con la pequeña jaca y Ragnor la puso sobre el lomo del animal, mientras ella estrechaba al niño contra su pecho. Gwyneth miró con recelo mientras Ragnor ayudaba a Aislinn a montar. Él miró a Aislinn a los ojos.

—Recuérdalo bien, paloma. Mataré al niño si me das motivos.

Aislinn tragó con dificultad y asintió. Él montó en su propio caballo. Gwyneth demoró la partida por un gesto más de mezquindad. Se quitó de los hombros su capa de lana e hizo que Aislinn le diera la forrada de pieles. Ragnor, ya montado, observó distraídamente, divertido con el cambio. Gwyneth se puso al lado de él y sonrió.

-¿No tengo mejor aspecto ahora, mi amor? -pregunto Gwyneth con coquetería.

Cuando partieron, Ragnor rió pero por encima de la cabeza de Gwyneth, sus ojos siguieron clavados en Aislinn.

25

Wulfgar recorrió nuevamente las colmas con su mirada y fue como si oyera voces en el fondo de su mente. Inclinó la cabeza para escuchar mejor, y las palabras surgieron claramente. ¡Ragnor! ¡Aislinn! ¡ Bryce! ¡Darkenwald! Los nombres salieron juntos y él supo súbitamente dónde se encontraba Ragnor.

El caballo resopló sorprendido cuando él sacudió las riendas haciéndolo dar la vuelta. Le gritó a Bolsgar.

-Quédate aquí y ocúpate de que estos hombres sean sepultados. Lucharon valientemente. Milbourne, quédate con él y retén a diez aquí para cavar. El resto de quienes puedan cabalgar, venid conmigo.

Sweyn, Gowain y quince o más jinetes, algunos de ellos heridos, montaron. Todos estaban ansiosos. Cabalgaron deprisa, sin dar descanso a sus monturas, hasta que entraron en el patio y detuvieron sus caballos frente a la casa. Wulfgar notó rápidamente que de la torre no había salido ningún grito para anunciar su arribo, y que Aislinn no estaba esperándolo. Rechazó sus peores temores, saltó de su silla y le entregó las riendas a Sweyn. Entró corriendo a la casa y la escena que encontró estuvo lejos de lo que él esperaba.

A Wulfgar se le heló la sangre cuando vio los daños. El salón principal estaba en completo desorden y el vigía yacía muerto en la puerta de la torre. Beaufonte estaba tendido en un charco de sangre, mirando al techo con sus ojos que no veían. Sentado en una silla, donde Haylan le atendía cuidadosamente una herida que le corría por el costado de la cabeza hasta el mentón, estaba Kerwick. Todavía empuñaba en la mano el puño quebrado de una espada antigua. Un desconocido yacía cerca de la cima de la escalera con la otra parte de la espada clavada en la barriga. Miderd se retorcía las manos y Maida gemía, agazapada, en un rincón oscuro.

-¡Fue Gwyneth! -medio gritó Haylan-. Esa perra, Gwyneth, les abrió la puerta. Y ahora se ha marchado con ellos. -Un sollozo de ira la estremeció.- Se llevaron a lady Aislinn y a Bryce.

Wulfgar se mostró calmo, hasta tranquilo. Pero su piel se puso pálida y sus ojos adquirieron un tono de acero pulido. Hasta Maida, acurrucada junto a la cuna vacía, vio la muerte en esa mirada.

Haylan siguió hablando, medio gritando y medio sollozando.

-Se llevaron al niño y yo les oí decir que lo matarían si ella les causaba algún problema.

La voz de Wulfgar sonó suave, casi amable cuando habló.

-¿Quién, Haylan? ¿Quién fue el que habló?

Ella lo miró un momento sorprendida y después respondió.

-El que vino con el rey. Ragnor. Estaba con otro caballero y con cuatro soldados. Beaufonte mató a uno antes que lo mataran y el otro fue muerto por la espada de Kerwick. Los demás se llevaron a lady Aislinn y al niño y huyeron.

Haylan se volvió y aplicó cuidadosamente un paño limpio sobre la herida de Kerwick. Mientras tanto, Maida se mecía sobre los talones, gemía y se mesaba los cabellos junto a la cuna. Wulfgar se acercó a Haylan y miró a su herido administrador.

-¿Kerwick?

El joven abrió los ojos y sonrió débilmente.

-Lo intenté, milord, pero ellos eran demasiados. Lo intenté...

-Tranquilízate, Kerwick -murmuró Wulfgar y le apoyó una mano en el hombro-. Has sido castigado dos veces por defender a milady.

Sweyn irrumpió blandiendo su hacha y con una mueca feroz en la cara.

-Mataron al muchacho del establo. Un muchachito desarmado. Le rebanaron la garganta.

Sus ojos se agrandaron cuando vio a Beaufonte, murmuró un juramento y se sintió estremecido de furia. Wulfgar apretó la mandíbula y miró nuevamente a su caballero muerto, pero no dio respiro a Sweyn y emitió sus órdenes con un gruñido.

-Alimenta y frota a mi caballo y al tuyo. -Después de pensar un instante, agregó:- Para la cabalgata, no llevaremos armaduras ni impedimenta. Tenemos que viajar deprisa, livianos.

El vikingo asintió, giró sobre sus talones y se marchó. Wulfgar se volvió hacia Miderd.

-Ve a la despensa -le ordenó-. Corta tiras largas de venado seco. Trae dos sacos pequeños de comida y dos pellejos de agua.

Antes que ella pudiera moverse, él subió la escalera hasta su habitación. Cuando regresó momentos después, no llevaba cota de mallas ni yelmo sino una blanda túnica de piel de ciervo, más un grueso justillo de piel de lobo sostenido por un cinturón del que colgaba su espadón y una daga bien filosa. Sobre sus botas de piel de ciervo, llevaba polainas de lobo, con correas al estilo vikingo. Pasó junto a Haylan y Kerwick, se sentó y después de un momento habló con voz grave y dura.

—Esta es una cosa que yo he demorado demasiado y ahora me golpea dolorosamente. Hasta mi regreso, Kerwick, cuida de esta casa. Bolsgar y mis caballeros te ayudarán.

Miderd se acercó con los alimentos pedidos, que él tomó. Sin decir nada más, se marchó apresuradamente. En los establos, dividió las provisiones con Sweyn y asintió con aprobación al ver que el vikingo estaba vestido como él y que había incluido un buen saco de cebada para cada caballo. Los dos montaron y pronto se perdieron de vista.

Bolsgar había terminado su labor y el campo de batalla quedó en paz. Las tumbas fueron marcadas y él dejó unos veinte caballos, cargados de botín, en los establos y fue corriendo a la casa, donde encontró a Kerwick sentado a la mesa, todavía pálido y demacrado. Haylan estaba atando un vendaje alrededor de su cabeza. Después se le sentó al lado y le tomó una mano.

El anciano sajón escuchó el relato de Kerwick y su rostro se ensombreció de cólera y vergüenza.

—Gwyneth ha sido engendrada por mí y yo tengo que poner fin a esto —murmuró, a medias para sí mismo—. Wulfgar puede perdonar a su hermana, pero yo no. Lo seguiré, y si él vacilara, yo me ocuparé de poner fin a su vida de traidora.

Fue tristemente a su habitación y regresó poco después. Sólo eligió un saco de sal y un fuerte arco para añadir a su espada. Poco después, él también se marchó a Darkenwald.

Ragnor cabalgaba como si Satanás fuera pisándole los talones y se enfurecía con cada demora.. Aislinn luchaba por sostener a Bryce. Sostenerlo quieto en sus brazos y guiar al mismo tiempo a la yegua era una dura prueba para su habilidad. Se quejó amargamente cuando Ragnor castigó a su montura para hacerla galopar, pero supo que él, en su furia, no vacilaría en valerse de su espada si ella le daba motivos.

Siguieron avanzando, dieron un rodeo para evitar a Londres y a posibles patrullas normandas y descansaron sólo unas pocas horas cuando llegó la noche. Se levantaron con las primeras luces, comieron apresuradamente carne fría y un potaje helado y volvieron a montar. Aunque ello le daba poco respiro para descansar, Aislinn se alegró por la brevedad de las detenciones. Los ojos de Ragnor se posaban en ella cada vez más hambrientos y ella conocía los pensamientos de él. De noche no podía escapar a su mirada, aunque Gwyneth se mantenía muy cerca, y al amanecer, cuando ella alimentaba al niño, él siempre encontraba pretextos para acercársele.

Bryce dormía la mayor parte del tiempo en brazos de ella, permitiéndole descansar de a ratos, pero cuando despertaba, lloraba con renovado vigor por esta obligada inactividad. Ragnor se mostraba más salvaje con cada hora que pasaba y hasta Gwyneth, quien había cabalgado en silencio estos muchos kilómetros, empezó a sentir los dardos de la lengua de él. Aislinn se hacía preguntas acerca del hombre. Él podía tener éxito en su plan de llegar a las colinas del norte y llevar allí una vida dura en las tierras desoladas, robando a otros para vivir o uniéndose al príncipe Edgar y sus partidarios, pero todavía estaría Wulfgar.

Con el nombre de él en su mente, los ojos se le llenaron de lagrimas. Sólo le quedaba esperar que él pudiera salvarla o rescatarla. Ciertamente, sólo podía esperar que Bolsgar hubiese podido llegar a tiempo para advertirle de la trampa que le habían preparado, y que él siguiera con vida. No podía tolerar la forma en que Ragnor se jactaba de las trampas que había preparado para Wulfgar y sentía un miedo profundo pensando que su marido podía haber muerto.

El sol subió y el camino se puso polvoriento. Bryce despertó y comió nervioso, después lloriqueó cuando su madre no lo acostó para que hiciera una siesta.

Ragnor se volvió en su silla.

-¡Que ese bastardo cese de lloriquear! -gritó.

Aislinn acunó y cantó suavemente a su hijo en sus brazos, hasta que el niño por fin se calmó y se dispuso a hacer su siesta. Habían dejado las tierras bajas de los ríos y entrado en las colmas onduladas, cubiertas de brezos. Pasaron por las ruinas de una pequeña aldea de cabañas derruidas y sin techos. Cuando trotaban lentamente a través de lo que debía de haber sido una plaza, una vieja esquelética salió de las

sombras. Había perdido un ojo y el brazo derecho le colgaba paralizado e inútil, mientras con la mano izquierda sostenía un rústico tazón de madera que tendió hacia Ragnor.

-¿Un cobre, vuestra señoría? -dijo la mujer, con una sonrisa crispada-. Un cobre para una pobre vieja...

Ragnor le lanzo un puntapié y ella lo eludió, con sorprendente agilidad para su aspecto famélico. Aislinn se detuvo y la vieja renovó sus pedidos.

-Un cobre, un bocado, vuestra señoría.

Compadecida, Aislinn le arrojó los restos de un trozo reseco de pan, comprendiendo que al hacerlo estaba privándose de comida para ella. Ragnor hizo una mueca burlona y le ordenó que siguiera avanzando. Pero súbitamente, en el borde de la plaza, se detuvo, desenvainó su espada y se volvió hacia Aislinn.

-Ese crío está demorándonos y yo no tengo necesidad de dos rehenes.

Aislinn estrechó con fuerza a Bryce y habló con la determinación de una madre.

-Os lo he advertido, Ragnor. Para matarlo, tendríais que matarme primero a mí y entonces, cuando llegue Wulfgar, no tendrías ningún rehén.

Su mano salió de abajo de la capa de lana, aferrando desesperadamente la pequeña daga. Los otros hombres se apartaron y Ragnor maldijo su estupidez de no haberle quitado antes el arma. Vachel apoyó el brazo en el arzón de su silla y sonrió.

-¿Qué dices, primo? ¿Dejarás que la zorra orgullosa se quite la vida?

Gwyneth conocía mejor a Aislinn y al ver una oportunidad, azuzó a su montura hasta hacerla chocar con la de Aislinn, y le arrebató la daga cuando la otra trató de mantener el equilibrio y aferró temerosa a su hijo. Recobrado el control de su cabalgadura, Aislinn volvió sus ojos furiosos hacia la hermana de Wulfgar.

-¡Traidora! -siseó—. Siempre traidora. Pobre Gwyneth.

Ragnor rió y envainó su espada.

-Ah, paloma mía, ¿nunca te rindes? Yo puedo matar a quien se me dé la gana y tú nada podrías cambiar de eso. Pero he dado mi palabra y a menos que me obligues, no tengo intención de hacer daño al crío. En cambio, lo dejaré con esa vieja y le daré a ella dinero y comida por sus molestias.

-¡No! -exclamó Aislinn-. ¡No podéis hacer eso!

-En aquel bosquecillo hay cabras —dijo él—. A la vieja no le faltará leche. Y si como tú dices, Wulfgar, Sweyn u otros nos siguen, seguramente encontrarán al niño y lo llevarán a su casa.

Aislinn encontró cierta esperanza en esta última afirmación y comprendió que así tendría más posibilidad de escapar, sin la carga del niño. Finalmente, con un profundo sollozo y las lágrimas cayéndole por la cara, entregó su hijo a Gwyneth, quien tomó al crío y lo llevó adonde la vieja estaba, en cuclillas, masticando su trozo de pan. Bryce empezó a gritar con fuerza sorprendente para un ser tan pequeño y aún desde lejos, Gwyneth pareció contenta de dejarlo en brazos de la vieja mendiga. Se la vio reír y regatear, después contó unas monedas, entregó un pequeño odre de vino y una porción de sus provisiones. Volvió a montar y regresó deprisa, mientras la anciana los miraba intrigada.

Ahora el viaje se hizo más rápido. Ragnor exigía a su pandilla como nunca lo había hecho. Pronto los caballos empezaron a resollar y jadear. Se detuvieron en un lugar sombreado, quitaron las sillas a los caballos cansados y las pusieron sobre los de refresco, que Ragnor había tomado de los establos de Wulfgar.

Mientras descansaban, Ragnor y Gwyneth se apartaron un poco y se los pudo ver riendo y hablando, como si estuvieran intercambiando bromas. Cuando los nuevos caballos estuvieron listos y ensillados, Aislinn montó otra vez y observó, con ojos tristes, cómo su yegua rucia moteada era dejada en libertad y se alejaba al trote lento. Ragnor se le acercó a caballo y con una extraña sonrisa, le quitó las riendas de las manos.

-Yo conduciré, paloma mía, por si se te ocurre emprender el regreso sin avisarme.

Partieron lentamente. Gwyneth, Vachel y los otros hombres quedaron más adelantados. Después de unos momentos, él rió en alta voz y se puso a la par de Aislinn.

-Parece que Gwyneth nos ha hecho un bien a los dos -dijo, con una risita. Aislinn lo miró intrigada y él explicó:- Convenció a la vieja de que pronto necesitará a alguien que mendigue para ella y que un muchachito bien entrenado podrá serle de gran ayuda.

Aislinn ahogó una exclamación y sintió un vacío helado en el estómago, pero Ragnor continuó:

-Y antes de dejarla, Gwyneth advirtió a la vieja contra un malvado caballero normando que posiblemente venga en busca del crío.

Rió con ganas y antes que Aislinn pudiera recobrarse, espoleó a su caballo, arrastrándola en pos de él. Ella se aferró a la silla para no caer y cuando estuvieron cerca de los otros, él gritó por encima de su hombro:

-No pienses en saltar, Aislinn. Seguramente te romperías un hueso, y si eso no llegara a suceder, yo te ataría a la silla y eso, paloma mía, sería un poco injurioso para tu dignidad.

Aislinn nada dijo y con los ojos bajos, llenos de temor, vio cómo los cascos de su caballo seguían devorando la distancia que la alejaba cada vez más de Bryce.

Esa noche apenas pudo pasar bocado. La amarraron a un árbol de las muñecas y pronto se hundió en un estupor causado por la fatiga.

Wulfgar y Sweyn cabalgaban lado a lado. Los dos grandes caballos, sin el peso de armaduras y cadenas, galopaban resueltamente. No hablaban salvo en caso de absoluta necesidad, para hacer breves preguntas en aldeas y granjas, y así seguían la huella de los fugitivos. Un observador hubiera podido pensar que la gran hacha jamás abandonaba la mano del nórdico y que el puño del espadón era acariciado constantemente por el caballero normando.

Había en los dos una mortal determinación y una fuerza de voluntad que no hubieran podido negarse. Cuando tenían que detenerse, daban un doble puñado de cebada a los enormes caballos y después bebían y descansaban mientras los hombres masticaban correosos trozos de carne seca y hacían breves siestas al sol.

Bien pasada la medianoche, un campesino inquieto se preguntó por el ruido de cascos de caballo pasando frente a su cabaña. Wulfgar no conocía la fatiga. Estaba bien entrenado para las incomodidades exigidas por la vocación marcial. Cabalgaba suelto en su silla, aunque sus pensamientos corrían precediéndolo. Quizá ahora Aislinn y el niño ya estuviesen muertos. Su mente retrocedía ante la idea, tratando de imaginar la vida sin la risa alegre de Aislinn sonando en sus oídos, y en sus pensamientos sólo encontraba un profundo y negro temor. Como un sol que saliera en mitad de la noche, tuvo conciencia de que amaba a Aislinn más que a su vida. Aceptó el hecho y en ello encontró un poco de solaz.

Sonrió para sí mismo en la oscuridad y habló con el vikingo que cabalgaba a su lado. Aunque su voz fue suave, hubo en la misma un tono de muerte que hizo que Sweyn tratase de verle la cara en las tinieblas.

—¡ Ragnor es mío! Suceda lo que suceda, Ragnor es mío.

Pronto tuvieron un rastro que seguir, los restos fríos de un fuego, la hierba aplastada donde podía haber descansado una mujer. La ansiedad de los dos se hizo más intensa y empezaron a cruzarse sin detenerse con viajeros que venían en sentido contrario y los miraban intrigados.

Entonces, en las tierras quebradas de la costa norte, cerca de Escocia, subieron a una colina y en una loma lejana vieron a un grupo de seis jinetes, con un caballo que era llevado de la brida. Los grandes caballos de guerra parecieron contagiarse de la fiebre de sus amos, y aunque cansados, tensaron sus poderosos tendones un poco más.

En el grupo que iba delante, tres redujeron ligeramente la marcha y se quedaron algo atrás, mientras un caballero y dos mujeres huían. Se acortó la distancia, y los tres vieron una ventaja en el hecho de que los perseguidores eran solamente dos. A un grito de Vachel se detuvieron, desenvainaron las espadas y se prepararon para enfrentar a esos dos.

Cuando los cazadores vieron así a su presa, un grito de guerra largo, ondulante, salido de la garganta de Wulfgar, terminó en una nota que hizo erizar los pelos de un zorro que andaba por allí y lo envió corriendo a su guarida. La gran espada relampagueó en lo alto y zumbó en el viento, el hacha de guerra trazó un círculo sobre la cabeza del vikingo. Al oír el espeluznante grito, Ragnor frenó su caballo y maldijo su suerte pues conocía el alarido de Wulfgar y, peor aún, conocía a Wulfgar.

Los dos guerreros corrieron, sin detenerse, hacia los tres que los aguardaban. Ambos se afirmaron en sus sillas y se inclinaron hacia adelante. Wulfgar apretó fuertemente con sus rodillas los flancos de su caballo, a la distancia de una lanza corta tiró de las riendas y su montura se levantó sobre sus patas delanteras y aplastó al infortunado jinete bajo su propio escudo. Su espada cayó, y el otro perdió la mitad de su brazo antes de poder defenderse. Otro golpe, y su vida terminó.

Con un salto, el caballo se liberó del enredo y giró, pero no fue necesario que lo hiciera, pues Vachel había caído con su pierna destrozada y se arrodilló sobre el polvo, mirando con odio a Sweyn.

—¡Por Beaufonte! —gritó Sweyn, y su hacha cayó. Vachel se desplomó lentamente sobre el polvo y entregó su vida, por su lealtad hacia Ragnor.

Sweyn arrancó su hacha del yelmo de Vachel y gritó su agradecimiento a Odín, pero demasiado pronto. Su gran caballo cayó lentamente de rodillas, con la espada de Vachel clavada hasta la empuñadura entre sus costillas. Sweyn saltó de su silla mientras el animal se retorcía en terrible agonía. El rostro del vikingo reflejó fielmente el dolor que veía. Su hacha subió y cayó, y el leal caballo quedó muerto allí mismo.

Wulfgar se apeó y limpió su espada en la capa del que había caído. Con el pie, puso a Vachel boca arriba. La cara del muerto lo miró con ojos que no veían, marcada por hilillos de sangre que caían desde su frente hasta la mandíbula. La mirada de Wulfgar fue ahora hacia las figuras que se alejaban.

—Tengo que seguir —dijo, y miró a Sweyn en los ojos—. Ocúpate de esto y regresa a Darkenwald. Dios mediante, allí me reuniré contigo, acompañado de Aislinn y el niño.

Sweyn asintió y le hizo una última advertencia.

—Cuidad vuestra espalda.

Se estrecharon las manos, Wulfgar subió a su silla y partió a toda velocidad.

Ragnor había perdido poco tiempo. Cuando el grito de batalla de Wulfgar se apagó, partió nuevamente con las mujeres a toda la velocidad que le permitieron los cansados caballos, a través de las empinadas colmas. Aislinn lo seguía, extrañamente serena. Segura ahora de que Wulfgar vivía, sentía dentro de su pecho una cálida tranquilidad y sus labios se entreabrían en una sonrisa confiada. Ragnor la miró por sobre su hombro y encontró pocos motivos para serenarse en la expresión que vio en la cara de ella.

La tarde transcurría y ellos seguían huyendo a la carrera, los caballos tropezando y jadeando y con los flancos cubiertos de sudor, pero siempre fustigados para que continuaran. Los tres jinetes siguieron, al paso, a lo largo de un acantilado sobre un amplio y sereno brazo de mar que brillaba con reflejos plateados en las sombras que se alargaban. Llegaron a una fractura en la empinada muralla y empezaron un lento y cuidadoso descenso. Ante ellos se extendía un delgado banco de arena que llevaba hasta una isla baja, donde quedaban las ruinas de una antigua fortaleza de los pictos, el antiguo pueblo de Gran Bretaña arrojado hacia Escocia por los británicos y los normandos. El aliento se congelaba y se arremolinaba alrededor de ellos. Las manos de Aislinn, que aferraban las crines de su caballo, quedaron entumecidas por el frío, aunque ella no se atrevió a aflojarlas por temor a caer en el rocoso precipicio.

Por la fractura del acantilado, Ragnor las condujo por el banco de arena hasta las ruinas. Se detuvieron en un gran patio, bordeado en tres lados por una muralla baja de piedra y por el lado del mar por los restos más altos de un templo. En el antiguo patio, levantábase un bloque de piedra con rústicas anillas en sus ángulos, posiblemente un altar donde se ofrecían en la antigüedad sacrificios humanos dentro de los cultos de los paganos.

Ragnor arrebató a Aislinn de la silla y la llevó hasta la piedra, dejando que Gwyneth se apeara sola y atara su yegua con los otros dos caballos. Ragnor ató las dos muñecas de Aislinn a una de las anillas con correas de cuero, y como ella se estremeció de frío, se quitó su capa y la cubrió. Se demoró un momento junto a ella y miró sus facciones con una extraña mezcla de lascivia y respeto, preguntándose cómo hubiera podido ser la vida con esta mujer, si se hubiesen conocido en circunstancias diferentes. Quizá el mundo hubiese sido un lugar fácil de conquistar, con ella a su lado. Sus pensamientos lo llevaron hasta aquella noche lamentable en que la viera por primera vez. ¿Cómo hubiese podido saber él, en aquel entonces, que sus esfuerzos por tenerla iban a llevarlo a la ruina? Ahora Wulfgar, si había logrado escapar a Vachel y los otros, estaría sobre su rastro, como un lobo siguiendo una pista de sangre.

Wulfgar exigió a su caballo hasta el límite de la resistencia del animal y cuando > la bestia se detuvo, jadeante, supo que ya no podía seguir. Se apeó, dio al caballo el resto de la cebada y lo frotó con el saco vacío. Puso el caballo en dirección a Sweyn, le dio una palmada en el anca y el fiel animal partió entre un tronar de cascos. Wulfgar empezó a caminar, masticando mientras tanto un bocado de carne seca y cebada. Se quitó el cinturón y se colgó el espadón de un hombro, de modo que la hoja quedó paralela a su columna vertebral, con la empuñadura bien al alcance, justamente detrás de su cuello. Ahora empezó a andar al trote, siguiendo las pisadas que veía en el terreno endurecido. Ya oscurecía cuando llegó al borde de un acantilado y vio la isla y en ella el resplandor de una hoguera. La marea subía y el banco de arena era angosto. Cuando llegó al mismo, había oscurecido completamente y unos treinta centímetros de agua cubrían la franja de arena. Ragnor lo había planeado bien, pensó. Ahora, sería imposible acercarse en silencio.

Wulfgar se retiró a una roca aguardando la salida de la luna, masticando otro bocado de carne seca mientras miraba cómo la bruma se elevaba desde el agua en la gélida noche. Las negras colmas alrededor del lago parecían sostener con sus hombros encorvados la creciente oscuridad. Trepó al acantilado a fin de poder mirar hacia la plaza y desde allí divisó a las tres figuras a la luz de la fogata. Gwyneth moviéndose cerca del fuego, Ragnor de pie desde donde podía observar el banco de arena, y Aislinn acurrucada bajo los pliegues de una capa, junto a un gran bloque de piedra. Y el niño... ¿dónde estaba?

Lentamente, la noche fue iluminándose y una gran luna anaranjada se elevó para colgarse sobre un páramo. Wulfgar supo que había llegado la hora y sonrió. Echó la cabeza atrás y emitió su grito de guerra, un gemido largo y espeluznante que se elevó en el viento de la noche y rebotó en los acantilados, para terminar en un aullido de furia.

Abajo, en las ruinas, Ragnor se sobresaltó y levantó la cabeza. El grito aullante que resonaba a través del lago lo paralizó, como si sólo pudiera oír el anuncio de muerte que contenía. Aislinn, junto a la piedra, levantó la vista para clavarla en las tinieblas, más allá del fuego. Conocía el grito de batalla de Wulfgar, pero ese gemido la hizo estremecerse. Le recordó a un gran lobo negro que la había mirado fijamente por encima de otra fogata, con una sabiduría que no parecía propia de su especie.

Gwyneth soltó una exclamación y se volvió hacia Ragnor, con expresión asustada y fantasmagóricamente pálida, pero cuando el último eco del grito de guerra de Wulfgar se apagó, la cara de Ragnor se crispó en una mueca de desprecio. Con pasos largos y furiosos, se acercó a Aislinn y sacó de su cinturón un cuchillo corto. Aislinn contuvo el aliento y lo miró en abierto desafío, esperando sentir esa hoja afilada clavándosele en el pecho, pero Ragnor, con un rápido movimiento, cortó la correa que sujetaba una muñeca y le liberó una mano. Ella levantó la vista hacia él, preguntándose qué seguiría a continuación, pero él le echó una sonrisa cruel, envainó el cuchillo y la hizo ponerse de pie. La estrechó contra su pecho cubierto por la cota de mallas y sus ojos oscuros se clavaron hondamente en los de ella. Sus manos se movieron lentamente, acariciándole la mejilla, como si estuviera en un momento de trance, hechizado por la belleza de ella. Aislinn no ofreció resistencia sino que permaneció flácida en los brazos de él. Ragnor la tomó del mentón. Sin consideración hacia Gwyneth, quien los miraba boquiabierta, besó a Aislinn en la boca y la obligó a entreabrir los labios. Ella levantó una mano, con intención de apartarlo, pero él no la soltó. Sus labios se demoraron sobre los de ella, como si no quisieran separarse.

—El no te tendrá, paloma. Lo juro —murmuró él roncamente-. El no te tendrá.

Gwyneth se le acercó por detrás y su rostro cansado luchó para recomponerse en una sonrisa atrayente.

—Ragnor, amor mío, ¿qué hace que le des a ella tus favores? ¿Tratas de provocar la ira de mi hermano? Ten cuidado, amado mío. Él está suficientemente furioso, para que tengas que acariciar a su perra delante de sus ojos.

Ragnor echó la cabeza atrás y su risa resonó en los acantilados. Lentamente, el sonido murió, dejando sólo silencio sobre la tierra. Se puso a espaldas de Aislinn, la atrajo hacia él y sus ojos recorrieron la oscuridad, más allá del banco de arena.

—Wulfgar, ven a ver a tu compañera —gritó él.

Quitó la capa de los hombros de Aislinn y dejó que la prenda cayera en un montón a sus pies. El fuego proyectó su luz vacilante sobre su esbelto cuerpo envuelto en el vestido de terciopelo, y con deliberada lentitud, que hizo soltar una exclamación a Aislinn, empezó a acariciarle los pechos, como si quisiera torturar al hombre que debía de estar observando desde alguna parte de la oscuridad, en los acantilados.

—Mira, Wulfgar, bastardo de Darkenwald —gritó Ragnor hacia las tinieblas—. Ella ahora es mía, como lo fue antes. Ven a buscarla, si puedes.

Nuevamente le respondió el silencio y Aislinn sólo pudo oír el sonido de la respiración agitada de Ragnor contra su oído. Con un ahogado sollozo de furia, luchó, pero en vano, porque él la sujetaba con salvaje crueldad. Ragnor rió malignamente y sus manos se volvieron a mover, ahora hacia su esbelta cintura, y después, con más atrevimiento, bajando a lo largo de los muslos de ella.

—¡ Ragnor! —La protesta llegó de Gwyneth, quien adivinaba la intención de él y lo miraba dolorida-, ¿También quieres torturarme a mí?

—Quieta —replicó él—. ¡Déjame tranquilo!

Sus caricias se hicieron más audaces y su mano bajó hasta el vientre de Aislinn, mientras ella se retorcía indignada.

—¿Tendré que tomarla delante de tus ojos, bastardo? -gritó, con una carcajada.

No hubo respuesta de Wulfgar, sólo el oprimente silencio. Por un momento, Ragnor siguió con sus lascivas caricias hasta que finalmente comprendió que nada lograría con ello. Wulfgar no permitiría que la furia lo arrastrase a una acción temeraria.

-Acabaré con esto más tarde —dijo burlonamente al oído de Aislinn-. Pero primero, está el asunto de la muerte de tu esposo.

Se apartó un paso de ella y le ató la muñeca a otro ángulo de la piedra donde también había una anilla, de modo que ahora ella quedó de frente al fuego, pero con los brazos separados.

Gwyneth, con voz que quería ser seductora, trató de acercarse amorosamente a Ragnor, pero él la apartó con un gruñido.

-Fuera, perra —exclamó con voz cargada de veneno y mirándola con desprecio—. He saboreado la miel del Paraíso. ¿Crees que me conformaré con los favores de una perra escuálida como tú? Lleva tu cuerpo flaco a las calles, si sientes alguna necesidad.

Las facciones de Gwyneth delataron la desesperación que sentía. Ella lo miró, incapaz de creer en las palabras de él.

-Ragnor, debes pensarlo mejor. Pronto te enfrentarás con Wulfgar y es de mala suerte llevar a la batalla el beso de una mujer mal dispuesta. Déjame que te dé una prenda de buena suerte para que lleves al combate.

Abrió los brazos en su ansioso ruego, pero Ragnor la rechazó, furioso.

-¡Silencio! —ordenó él.

Ragnor fue hasta el fuego y arrojó más leña a las llamas, mientras miraba hacia las colinas, pero Gwyneth sollozó y corrió hacia él, tratando de abrazarlo.

-No, amor mío —lloriqueó ella-. Has encontrado en mí una amante dispuesta. ¿Todavía buscas a esta mujer que es de otro? Llévate mi amor contigo.

Ragnor la apartó disgustado con un empellón, pero ella trató de acercársele otra vez. Con una maldición, él levantó la rama que tenía en la mano y la golpeó en la cabeza. Gwyneth retrocedió tropezando y medio cayó contra la pared, donde su cabeza golpeó con un ruido apagado, ominoso. Una mancha oscura quedó sobre la piedra cuando ella resbaló hacia abajo y cayó sobre manos y rodillas, con la cabeza colgando entre sus brazos. Gimió suavemente y Ragnor arrojó el palo, que rebotó contra la pared y la golpeó en la espalda.

-Márchate, flaca repulsiva —dijo él en tono despectivo—. Ya no tengo necesidad de ti.

Gwyneth se arrastró hasta el portal de piedra y desapareció más allá, en la oscuridad. Ragnor la vio marcharse y lanzó en su dirección una última mueca de desprecio antes de volverse para observar la línea de la costa, en busca de alguna señal de Wulfgar. Como antes, nada vio. Ningún sonido, ningún movimiento que delatara su presencia.

Ragnor empezó a caminar de un lado a otro, deteniéndose de tanto en tanto para mirar a la distancia cuando sentía la proximidad de Wulfgar. Con un juramento, saltó sobre su silla y empezó a hacer una amplia recorrida fuera de las ruinas, inclinándose sobre su caballo a fin de distinguir cualquier huella que su enemigo hubiera podido dejar. Frenó súbitamente su caballo cuando tropezó con un tronco empujado contra la costa y vio una huella mojada que llevaba a un montón de bloques de piedra caídos. Se detuvo un breve momento antes de cargar con su caballo hacia el extremo alejado de la isla.

Una vez más reinó el silencio. Sólo era interrumpido por el nervioso agitarse de los otros dos caballos que estaban atados en la plaza. Aislinn contuvo el aliento mientras trató de oír algún sonido indicador de la presencia de Wulfgar, y entonces, desde la oscuridad a espaldas de ella, oyó que la voz de su marido se elevaba en tono de provocación.

—Ragnor, ladrón de Darkenwald. ¡Ven y prueba mi espada! ¿Tu negro corazón hará para siempre la guerra a las mujeres y los niños? Ven ahora y pelea como un hombre.

El corazón de Aislinn latía aceleradamente.

— ¡Wulfgar! —resonó la voz de Ragnor en la oscuridad—. Muéstrate y yo te enseñaré otra cosa, bastardo. Déjame saber que no estás a mis espaldas.

Aislinn oyó una exclamación de sorpresa de Ragnor cuando

Wulfgar pareció levantarse del suelo y mostrarse como un espectro amenazador en las tinieblas de la noche. Él desenvainó la larga espada y la blandió sobre su cabeza.

—¡Ven, ladrón! -Su voz sonó claramente y él empezó a avanzar al trote—. Ven y prueba mi acero, ¿o debo remover todas las rocas hasta encontrarte?

En respuesta al desafío, el caballo de Ragnor surgió de la oscuridad, más allá del fuego. Aislinn gritó aterrorizada, porque en ese espacio pequeño, el animal parecía venir hacia ella. Luchó con sus ataduras hasta que sangraron sus muñecas, pero se olvidó de su miedo y contuvo sus gritos para no distraer a Wulfgar.

Ragnor blandió una maza en el extremo de una cadena, con púas mortales, cuando cargó contra su enemigo. Debía aprovechar el momento mientras gozara de la superioridad de sus armas. Wulfgar esperó hasta que la maza se elevó para golpear y después se arrojó hacia la derecha, a través de la línea de marcha que llevaba el caballo. La bola con púas silbó en el aire, donde había estado él. Wulfgar cayó golpeando el suelo con su hombro y rodó. Entonces, cuando el caballo pasaba sobre él, lo golpeó en los garrones con su espada. El filo seccionó los tendones y el animal aulló de dolor, cayó y quedó en el suelo, imposibilitado de incorporarse.

Ragnor se apeó y se volvió blandiendo su maza. No era arma para usar contra un enemigo diestro con la espada y la arrojó hacia Wulfgar, quien la eludió fácilmente, pero dio a Ragnor la oportunidad de desenvainar su espada y prepararse para el combate. Sus ojos relampaguearon cargados de odio cuando vio al otro, y ganó confianza al ver que Wulfgar no llevaba armadura y sólo tenía su espadón. El más leve toque de su espada sería mutilante, y Ragnor tuvo la visión del gran Wulfgar mendigando en las calles. Rió, levantó su escudo y se preparó para el encuentro. Ragnor giró, pero Wulfgar se movió rápidamente hacia un lado y dejó una gran melladura en el borde del escudo del caballero moreno.

Ragnor sólo pudo separar las piernas y soportar la fuerza de los golpes de la espada empuñada con ambas manos contra su escudo y golpear cuando Wulfgar se le acercaba. Wulfgar lanzaba una lluvia constante de acero, más para hostigar que para dañar. El peso de la armadura y el escudo empezaban a hacerse sentir en su contrincante. Como en el campo del torneo, Ragnor no podía encontrar una abertura en el frente que le presentaba su enemigo. Sintió el mismo malestar en su vientre y supo que esto no era un torneo sino una batalla a muerte. Disminuyó la velocidad de sus golpes, empapado en sudor debajo de la cota y la túnica de cuero. Wulfgar tomó su espada con ambas manos. Ahora se encontraron frente a frente, a pocos centímetros uno del otro, pero la espada de Ragnor siempre encontraba la hoja de Wulfgar y no podía llegar más allá.

Ragnor vio que Wulfgar empezaba a sufrir tanto como él por el esfuerzo. Wulfgar no llevaba armadura y por lo tanto tenía que parar todos los golpes con su espada y tratar de alcanzar al enemigo. Retrocedió ante el renovado ataque de Ragnor que lo alcanzó en una pierna momentáneamente expuesta. El golpe fue bloqueado en parte, pero atravesó la polaina y la bota y la herida empezó a sangrar. Ragnor rugió, creyendo su éxito cercano, y levantó su espada mientras Wulfgar caía de rodillas. Aislinn se estremeció de terror por su marido, pero Wulfgar vio la intención de Ragnor. Todavía agazapado, levantó la espada de plano sobre su hombro para desviar el golpe. La espada del otro cayó al suelo. El justillo y la túnica de Wulfgar fueron cortados por la fuerza del golpe detenido por su propia espada y de su hombro empezó a manar sangre, pero pudo golpear a su vez y Ragnor se tambaleó hacia atrás, con el brazo abierto hasta el hueso.

Ragnor aulló, se tomó su brazo y saltó sobre el fuego. Soltó un juramento y enseguida se puso pálido cuando vio que Wulfgar se le acercaba con la espada preparada. Vio la muerte ante sus ojos y huyó.

Corrió hacia la abertura de la pared y allí, se detuvo. De su garganta salió un sonido desgarrante. Extendió los brazos para apoyarse en la pared. Aislinn miró inquisitivamente a Wulfgar, quien esperaba, preparado para seguir luchando. El se le acercó rápidamente y le cortó las ligaduras, sin dejar de vigilar al otro, quien seguía apoyado en el portal de piedra.

Ragnor se apoyó en la pared y lentamente se volvió para mirarlos, con la boca abierta por la sorpresa. Las miradas de Wulfgar y Aislinn siguieron la dirección de la de él, donde la empuñadura enjoyada de la daga de Aislinn asomaba sobre su pecho. La hoja, larga y delgada, había penetrado limpiamente entre los eslabones de la cota. Él la tomó con su mano sana, se la arrancó del pecho y un chorro de sangre brotó por la herida. Levantó los ojos hacia ellos, con expresión de incredulidad.

-Ella me mató, la perra -dijo.

Sus rodillas se doblaron lentamente y él cayó hacia delante con la cara contra el suelo, y quedó inmóvil. Un movimiento en la oscuridad, detrás de él, atrajo la atención de los otros. Gwyneth surgió tambaleándose de las tinieblas. Una fea herida se abría en su sien ella tenia el rostro pálido y ceniciento cuando bajó la vista

hacia el cuerpo de Ragnor. Se volvió, y los miro con una máscara macabra. Un hilillo, de sangre le caía de un oído y otro de la nariz. Tenía los ojos en blanco, y su triste expresión parecía implorar que la perdonaran.

-Él dijo que me amaba y tomó todo lo que pude darle, después me arrojó a un lado como a una sucia...

Sollozó y dio un paso hacia ellos, pero tropezó y cayó, para quedar inmóvil, estremecida por profundos sollozos. Aislinn se arrodilló junto a ella y puso la rubia cabeza sobre su regazo.

-Oh, Aislinn, he sido una tonta -suspiró Gwyneth cuando sus ojos se encontraron con los de la otra-. Sólo escuché a mi vanidad y mis deseos. Perdóname, porque te herí cruelmente en mis ansias de tener una posición valiosa y honores. Nunca podría haberlos tenido. ¿Cuál es el destino de una bastarda?

Wulfgar se acercó y miró fijamente a su hermana. Ella levantó la vista hacia él y sonrió tímidamente, como si hubiera hecho una broma de dudoso gusto.

-No podía soportar la idea de caminar a tu zaga y recibir los malos tratos del mundo, aunque tú les supiste enseñar que un bastardo puede ser un hombre de honor. -Tosió, y de sus labios brotó un hilillo rojo.- Nuestra madre habló para herir a tu padre y empezó una mentira interminable, Wulfgar. -Cerró los ojos y aspiró profundamente.- En su lecho de muerte, ella me hizo prometer que yo diría la verdad y pondría las cosas en su lugar, pero no pude hacerlo. Fui una cobarde. De modo que ahora, por fin, lo sabrás. -Abrió mucho los ojos y lo miró una vez mas.- Tú no eres bastardo, Wulfgar, sino hijo legítimo de Bolsgar -Sonrió cuando él la miró sorprendido.- Sí, fuimos yo y nuestro hermano muerto quienes hubiéramos debido llevar ese título. Falsworth y yo fuimos engendrados por el amante de ella cuando Bolsgar libraba batallas por el rey. Perdóname, Wulfgar.

Tosió otra vez.

-Oh, Señor, perdonad mis pecados. Perdonad mi... -Con un largo suspiro, se aflojó y murió.

Wulfgar se arrodilló y la miró en pensativo silencio. Aislinn limpió cuidadosamente la sangre y la tierra del rostro finalmente sereno de Gwyneth. Cuando él habló, su voz sonó ronca y suave.

-Espero que haya encontrado la paz. Que se sepa que yo la perdono. La mayor parte del pecado perteneció a nuestra madre, y en su retorcido deseo de venganza, a todos nos torturó.

La voz de Aislinn sonó más cortante.

-La perdonaré sólo si podemos arreglar esto. Ella dio nuestro hijo a una vieja pordiosera, una que mendigaba entre las ruinas de una aldea.

Wulfgar se levantó, con el rostro crispado por la cólera. Fue hasta donde estaban los dos caballos restantes, tomó una silla del suelo, pero súbitamente recordó las aves de rapiña que llegarían con el amanecer. No podía soportar la idea de que los huesos de su hermana quedaran expuestos y blanqueándose sobre la arena. Dejó nuevamente la silla en el suelo y con un suspiro se dirigió a Aislinn.

-Una noche más no hará ninguna diferencia -dijo.

Extendió las pieles en el suelo, lejos de los dos que yacían cerca del portal, se tendió junto a Aislinn y se tapó con ella con las pieles, para protegerse del viento frío que silbaba entre las piedras derruidas. Aislinn apoyó su cabeza en el hombro de él y encontró consuelo en los brazos fuertes que la rodeaban. Agotados, pronto se quedaron dormidos.

Las primeras luces del alba atravesaron las brumas del este para encontrarlos despiertos, y mientras Aislinn preparaba la comida, Wulfgar cavó dos tumbas poco profundas en la arena endurecida. Sepultó a Ragnor con su silla, su escudo y su espada y a Gwyneth con las manos sosteniendo la pequeña daga que formó una cruz sobre sus pechos, y la capa de pieles cubriéndole los hombros. Las tumbas fueron tapadas y Wulfgar trabajó para poner pesadas piedras sobre cada una, a fin de protegerlas de los lobos. Estuvo largo tiempo buscando palabras, pero no las encontró. Por fin, se volvió, y ahora con prisa, ensilló los caballos. Calmaron su hambre, después él ayudó a montar a Aislinn y saltó sobre la silla del otro caballo. Wulfgar abrió la marcha, vadeando a través del banco de arena.

Cabalgaron sin pensar en ellos mismos, urgiendo a sus monturas a lo largo del camino y a la mayor velocidad posible, hasta que llegaron a la aldea en ruinas. Revisaron bien todo el lugar y encontraron una choza de madera, pero las cenizas del hogar ya estaban frías. No había huellas del rumbo que podía haber tomado la vieja al abandonar el pueblo. Hicieron un recorrido más amplio y se detuvieron en cada aldea, pero aunque algunos conocían a la mendiga, nadie la había visto en los caminos.

Pasó el segundo día y se detuvieron al anochecer, después de haber hecho otra recorrida en círculo completo. Aislinn gimió de desesperación y se desplomó lentamente al suelo, sollozando con tremenda

congoja. Wulfgar se inclinó, tiernamente la levantó y la rodeó con sus fuertes brazos. Los lamentos de ella se apagaron contra las pieles de él. Wulfgar le alisó suavemente el cabello y la besó. De todas las pruebas que Aislinn había conocido, ésta era la única que la quebrantaba. Ya no tenía más espíritu, más voluntad o-deseos de vivir. Había quedado sin fuerzas y ahora estaba flácida en brazos de él, llorando contra su pecho fuerte.

Pasó largo rato hasta que las lágrimas dejaron de brotar. Le dolía el pecho de tanto sollozar y también la garganta. Wulfgar la levantó gentilmente en brazos y la llevó al refugio que ofrecía una pared semiderruida, donde la hizo sentarse. Trabajó hasta que logró encender un pequeño fuego para combatir el frío de la noche que se cernía. El cielo, al oeste, estaba rojo como la sangre, pero sobre sus cabezas se arqueaba y adquiría un color azul profundo, y cuando Wulfgar levantó la mirada, vio que las estrellas frías y brillantes aparecían una por una. Bajó la vista hacia Aislinn, quien estaba sentada, mirando al fuego como atontada. Se arrodilló, le tomó las manos entre las suyas y si hubiera podido le habría dado sus propias fuerzas. Ella lo miró con sus ojos violetas y en ellos él no vio nada más que agonía por la pérdida.

-Mi hijo, Wulfgar -gimió ella-. Quiero a mi hijo.

Un sollozo desgarrado le sacudió los hombros y él se sentó junto a ella y la atrajo sobre su regazo, hasta que ella se calmó en sus brazos. Él estuvo largo rato mirando fijamente el fuego y cuando habló, su voz fue tierna y baja.

-Yo sé poco de amor, Aislinn, pero mucho de cosas perdidas. Nunca pude encontrar la ternura de una madre. El amor de un padre me fue arrancado cruelmente de mis brazos doloridos. He atesorado mi amor con el celo de un avaro, y ahora todo arde en mi interior.

La miró a los ojos que ahora lo observaban atentamente. Sus ojos grises tenían la límpida inocencia de la juventud. Él le alisó un rizo cobrizo que le caía sobre la mejilla.

-Primer amor -susurró suavemente él-. Amor de mi corazón, no me traiciones. Toma lo que puedo darte y hazlo parte de ti. Lleva dentro de ti mi amor, como hiciste con el niño, después tráelo a la vida con un grito de alegría y una vez más lo compartiremos. Te ofrezco mi vida mi amor, mi brazo, mi espada, mis ojos, mi corazón. Tómalos todos. No me dejes la menor porción. Si los rechazas, entonces soy muerto y vagaré por los páramos aullando como una bestia.

Aislinn ahora sonrió y él la besó tiernamente en los labios.

-Habrá otros hijos, quizá una hija, y nadie dudara de quién es el padre.

Aislinn le echó los brazos al cuello, y con un suave sollozo, murmuró:

-Te amo, Wulfgar. Abrázame con fuerza. Abrázame todo el tiempo.

Él le susurró suavemente al oído:

-Te amo, Aislinn. Bebe de mi amor. Deja que mi amor sea tu fuerza.

Ella se apoyó en el brazo de él y le acarició la mejilla.

-Vamos -dijo Aislinn, medio implorando-. No puedo quedarme aquí otra noche. Vamos a casa, a Darkenwald. Tengo necesidad de sentir mis cosas a mí alrededor.

-Sí -dijo él, y se levantó y empezó a apagar el fuego.

Cuando se acercaban a los caballos, Aislinn sonrió tristemente y se frotó las nalgas doloridas.

-Nunca volveré a disfrutar de una cabalgata como antes -murmuró.

Wulfgar se detuvo y la observó pensativo.

-Hay una embarcación que vi cuando calmaba-mi sed. Aja, eso facilitará considerablemente nuestra situación. Ven, no está muy lejos.

La tomó de la mano, tomó las bridas de los caballos y fueron hasta un cercano bosquecillo de sauces. Separó las ramas colgantes y le mostró, debajo de ellos, un bote largo y angosto tallado de un solo tronco. Se inclinó graciosamente.

-Vuestra barca real, milady. -Ella lo miró intrigada y él sonrió.- Esta corriente de agua se une con la que atraviesa el pantano cerca de Darkenwald.

Ella lo miró, aliviada de no tener que sentarse otra vez en la silla de montar. Él asintió y soltó los caballos, después de poner las sillas en la proa del bote. Sentó a Aislinn en el medio, donde ella pudiera reclinarse cómodamente en la silla, y la cubrió con su capa. Empujó la embarcación dentro del agua, subió y se sentó cerca de la popa, después levantó el corto remo y se introdujeron en la rápida corriente.

El tiempo cesó de transcurrir. Aislinn durmió un rato y después despertó brevemente, sintiendo los impulsos regulares que hacían avanzar al bote. Levantó la mirada hacia los sauces que se mecían contra el cielo, como si sollozaran angustiados al mundo. Vio las estrellas entre las ramas desnudas de un roble y la luna que se levantó de color sangre y después dorado, cada vez más pálida a medida que se elevaba sobre el páramo. Nuevamente cayó en un sueño inquieto. Así pasó la noche. Un momento de sueño, otro momento despierta y Wulfgar siempre impulsando al bote por la corriente.

La mente de Wulfgar estaba en blanco. El hijo que estaba empezando a amar ahora estaba perdido para él, y quizá nunca más volvería a ver esos cabellos dorados o a oír esa risa alegre. Sus pensamientos empezaron a atormentarlo y él se esforzó más con el remo en la esperanza de encontrar cierto alivio, hasta que el dolor de sus brazos calmó un poco el dolor de su espíritu.

La primera luz grisácea del amanecer dibujó un roble familiar sobre una colina bien conocida, una aldea dormida y enseguida la gran casa señorial irguiéndose oscura en medio de la niebla, y más allá, en una altura, el castillo de Darkenwald, casi terminado. El bote rozó la arena y Wulfgar entró en el agua para arrastrarlo hasta la costa. Regresó, tomó a Aislinn en brazos y la llevó hasta donde pudiera pisar terreno seco. La tomó de la mano y la condujo por el sendero que serpenteaba entre los árboles. Ahora el sendero le resultaba familiar. En otra mañana de noviembre, más templada quizá, él lo había seguido con su caballo hasta que encontró a una rubia doncella bañándose en el agua fría. Así pasaba el tiempo, con alegrías para curar las heridas, o con el dolor que arrancaba la alegría de sus corazones.

Aislinn suspiró y levantó la vista hacia la luz del amanecer. Sintió un doloroso vacío en su interior. Llegaron a la casa, Wulfgar abrió la puerta y ella entró detrás de él.

Se detuvieron y miraron sorprendidos a su alrededor, atónitos por la luz y el ruido del lugar. Parecía que no faltaba nadie. Bolsgar y Sweyn hablaban en voz alta con Gowain y Milbourne; y Kerwick, sentado en una silla frente al hogar, era cuidadosamente atendido por Haylan. Su pierna y su cabeza estaban vendadas, pero él parecía sentirse muy animado. Cuando sus ojos encontraban a los de Haylan, había un mutuo suavizarse de las miradas. Y en un rincón oscuro, con la espalda vuelta hacia los demás, estaba Maida, quien no se dio por enterada del arribo de Aislinn y Wulfgar.

Toda la escena parecía completamente fuera de lugar para una casa que debía estar silenciosa y de duelo, especialmente a esta hora temprana. Aislinn y Wulfgar no quisieron romper la alegría general con la mala noticia que traían y se acercaron al hogar, hasta que Bolsgar los vio y los saludó con jovialidad.

-De modo que por fin estáis aquí -dijo el anciano-. ¡Bien! ¡Bien! Los vigías os vieron llegar desde la torre. -Volvió su mirada a Aislinn y después de un rápido examen sacó sus propias conclusiones.- Bien, hija, veo que ese bellaco no te ha hecho daño. -Miró a Wulfgar y levantó una ceja.- ¿Lo mataste, espero? He llegado a disfrutar la compañía de esta muchacha y sufriría, mucho si ese bribón volviese a amenazarla.

Wulfgar meneó la cabeza y antes que pudiera explicar, Sweyn se puso de pie.

-¿Qué es esto? -rugió el vikingo-. ¿No puedo dejaros a los jóvenes para que cumpláis una simple hazaña? -Su risa rugió en su garganta y él le dio a Bolsgar una fuerte palmada en la espalda que lo dejó sin aliento.- Voy a pensar que dos deben emprender la caza y terminar con este asunto. Quizá esta vez no encontréis una excusa para demoraros.

Wulfgar miró a uno y a otro, incapaz de comprender, mientras el comentario de Sweyn hacía que en su mente surgiera otra pregunta.

-Aja -dijo Bolsgar con jovial sarcasmo-. Y yo no confiaría en vos para que ayudéis en la matanza, pues parecéis tener la inclinación a no ahorrarme ningún trabajo.

Sweyn intervino:

-Vaya, viejo caballo de guerra sajón. ¿No visteis, que yo tenía las manos ocupadas manteniendo a ese semental en celo lejos de las yeguas que Ragnor dejó en libertad? Cuando os pasé en el camino, nada pude hacer excepto agitar la mano.

El nórdico se volvió hacia Wulfgar y explicó.

-Acampé de noche y el gran caballo me despertó a la madrugada pasándome el morro por la cara. -Rió, miró brevemente a Hlynn quien calentaba algo en el fuego, y continuó en alta voz.- Vaya, al principio soñé que era una hermosa doncella que me acariciaba, pero entonces ese semental maloliente resopló en mi cuello y pareció que lo único que podía hacer era llevarlo de regreso hasta esos animales que encontré a lo largo del camino. -Sweyn rió a carcajadas.- Todos resultaron yeguas y ese bruto caballo tuyo, Wulfgar, casi me mató

en su celo, especialmente cuando encontramos esa rucia moteada de lady Aislinn. -Señaló a Bolsgar.- Ahora, este pícaro sajón dice que yo lo abandoné cuando él estaba en apuros.

-Una mala excusa -gruñó Bolsgar-. Sabíais que yo iba más cargado.

Wulfgar miró inquisitivamente a su padre.

-¿Qué carga llevabais?

El anciano se encogió de hombros.

-Era un poco de equipaje que vosotros dejasteis atrás.

Sweyn interrumpió, sin prestar atención a la curiosidad de Wulfgar.

-¿Pero qué sucedió con ese bellaco Ragnor? ¿Escapó a los climas del norte con Gwyneth?

Wulfgar meneó nuevamente la cabeza.

-No —murmuró—, se mataron uno al otro.

Bolsgar meneó tristemente la cabeza y su voz, cuando habló, sonó más ronca.

-Ah, Gwyneth. Pobre muchacha. Quizá ahora esté en paz.

Un breve silencio llenó la estancia, y Aislinn se apoyó, cansada, en Wulfgar, quien le puso un brazo sobre los hombros. Ella sintió el calor de hogar, pero algo le faltaba. Había en ella un vacío que no armonizaba con la alegría y las risas de los demás. Miró a su alrededor y vio a Haylan y Kerwick en íntima compañía, Miderd y Hlynn que trabajaban con las ollas para preparar el desayuno, y Maida, todavía acurrucada en un rincón.

Sweyn tosió y rompió el silencio.

-Sepultamos al buen Beaufonte.

Gowain se levantó de su silla y asintió.

-Sí, lo sepultamos. Pero nosotros tres y el fraile tuvimos que luchar para impedir que el vikingo lo pusiera en un bote y lo incendiara.

-Ciertamente —rió Milbourne—. Pusimos a nuestro amigo a descansar, pero la forma de observar el duelo de Sweyn parecía bastante peculiar.

-Sí -admitió Bolsgar-. En realidad, todo fue acompañado por grandes cantidades de ale y de vino para combatir el frío del invierno.

-Eso fue para honrar a un querido amigo -murmuró Wulfgar, y miró a Sweyn-. Ahora descansad, porque mañana debemos salir nuevamente a recorrer los caminos con Gowain y Milbourne, en busca de una anciana con un brazo paralizado.

-¿Para qué necesitas a esa vieja? -preguntó Bolsgar-. Te robará hasta el último centavo.

Wulfgar lo miró sorprendido.

-¿Tú la conoces? -preguntó ansiosamente, y notó que Aislinn se había puesto tensa al oír las palabras de su padre. ¿Era esperar demasiado que Bolsgar pudiera llevarlos hasta la mendiga, y quizá también hasta el niño?

-Tuve tratos con ella -replicó Bolsgar-. Ella me vendió un bulto de equipaje a instancias mías y tuve que regatear, porque no quería desprenderse de ese bulto. Pero con un puñado de monedas de plata y enseñándole mi espada, logré persuadirla.

Wulfgar lo miró lleno de sospechas.

-¿De qué equipaje hablas?

Bolsgar llamó por encima de su hombro.

-¡ Maida!

-¡Si! -respondió la otra, un poco picada por haber sido llamada tan rudamente.

-¡Traed el equipaje aquí! Debemos enseñar a estos dos a no ser tan descuidados con su equipaje. ¡Sí, traed a mi nieto!

Aislinn levantó la cabeza y Wulfgar miró sorprendido a su padre. Maida se levantó y los miró de frente, sosteniendo en sus brazos un pequeño envoltorio. Al ver la cabecita adornada con rizos cobrizos, Aislinn dio un grito de felicidad, los ojos se le llenaron de lágrimas y ella corrió hacia su madre para tomar al niño en sus brazos. Lo apretó con fuerza, giró extasiada en círculos y todos la miraron con amplias sonrisas. Wulfgar rió cuando Bryce soltó un grito de protesta por ser abrazado con tanta fuerza.

-Amor mío, ten cuidado. El no puede soportar tantas caricias.

-¡Oh, Wulfgar! ¡Wulfgar! -gritó ella alegremente, se acercó a él y no encontró más palabras para decir.

Wulfgar sonrió tiernamente, sintió como si lo hubiesen aliviado de una pesada carga y tomó al niño de los brazos de su madre y lo levantó en el aire, con gran alegría de Bryce. El crío reía regocijado, pero Maida se acercó, cloqueando como una gallina clueca.

-Este niño lamentará tener un padre como vos. Tened cuidado con mi nieto.

Wulfgar la miró, dudando de la cordura de ella, y sostuvo a Bryce con más cuidado. Pero vio en Maida una nueva firmeza mental y de cuerpo y adivinó la belleza que no había notado antes. Las cicatrices de su cara habían desaparecido y ahora se la veía radiante y saludable. Supo que en su juventud, ella debió de ser casi tan bella como Aislinn.

-¿Por qué estáis segura de que yo soy el padre? -preguntó él.

-Claro que es tu hijo -interrumpió Bolsgar-. Tal como tú eres mi hijo.

Wulfgar lo miró inquisitivamente, pero el anciano estiró un dedo y descubrió una nalga de Bryce, donde se veía una marca rojiza.

-Esta es una marca de nacimiento mía... si aceptas mi palabra, pues no estoy dispuesto a mostrarte mi trasero. Cuando traía al niño hacia aquí, hubo necesidad de cambiarle la ropa y no bien vi la marca, supe que tú eres mi hijo y él es tu hijo.

Wulfgar pareció perplejo.

-Pero yo no tengo esa marca -dijo.

Bolsgar se encogió de hombros.

-Tampoco la tenía mi padre -dijo-, pero su padre sí, lo mismo que cada uno de los nietos.

-Gwyneth nos dio la noticia de que yo soy tu hijo legítimo -murmuró Wulfgar-. Y nuestra madre dijo a Gwyneth en su lecho de muerte, que ella y Falsworth habían sido engendrados por otro.

Bolsgar suspiró profundamente.

-Quizá, si yo hubiese dejado menos sola a tu madre, ella habría estado contenta. Ahora, parece que a todos os fallé lamentablemente.

Wulfgar le puso una mano en un hombro y sonrió.

-He ganado un padre pero he perdido la simpatía de Guillermo. Sin embargo, el cambio me parece muy conveniente.

En brazos de Wulfgar, Bryce miraba con curiosidad a su alrededor mientras se mordía un dedo. Maida se acercó al niño y después miró al padre.

-Nunca hubo dudas de que él salió de vuestra simiente, Wulfgar. ¿No podéis distinguir a una virgen cuando la tenéis?

-¿Qué es esto? -preguntó Wulfgar-. ¿Habéis enloquecido otra vez, mujer? Ragnor...

Maida rió y se volvió para mirar a su hija.

-Este hizo bien lo que Ragnor no supo hacer, ¿eh? Y ese pícaro normando decía tener lo que nunca tuvo, ¿eh, hija?

-Madre —imploró Aislinn.

Maida levantó un pequeño envoltorio que colgaba de su ceñidor y lo agitó ante los ojos de su hija.

-¿Sabes qué es esto?

Aislinn miró un momento el saquito, se sintió un poco perpleja y súbitamente rió.

-Oh, madre, ¿cómo pudiste atreverte?

Sus risas provocaron una expresión de desconcierto en Wulfgar.

-Aislinn, ¿qué tiene ella ahí? -preguntó él.

-Una hierba para dormir, amor mío —sonrió Aislinn, y lo miró con ojos lleno de adoración.

-¡Sí, es verdad! -admitió Maida-. La noche que ella y Ragnor iban a acostarse, yo eché una poción en el vino. ¡Para él! ¡Sólo para él! Pero él hizo que Aislinn también bebiera. Yo estaba en la habitación y él no lo sabía. Él trató de violarla. Le desgarró la ropa y la arrojó a un lado. -Señaló la escalera.- Él cayó sobre ella... sobre la cama. –Maida rió regocijada.- Pero antes que su cuerpo llegara a tocarla, ambos quedaron profundamente dormidos, hasta que por la mañana, yo la desperté con las primeras luces del día, y huimos. -Se encogió de hombros.- Yo lo hubiese matado, pero temí que sus hombres se arrojaran sobre mi hija y la asesinaran.

Wulfgar siguió mirando ceñudo a la mujer.

-Tuvo que haber otras señales -dijo.

-Yo me llevé las pruebas -rió Maida, con los ojos brillantes-, La camisa desgarrada de vuestra noche con ella, con las manchas de la virginidad.

-¡Madre! -interrumpió Aislinn, súbitamente colérica-. ¿Por qué me dejaste todos estos meses con la duda?

Maida se volvió hacia ella y levantó orgullosamente el mentón, mostrando una sombra de la belleza que había sido una vez y que había transmitido a Aislinn.

-Porque él era normando y tú hubieras corrido a darle la noticia. -Se encogió de hombros.- Ahora es solamente medio normando, y la otra parte, sajón.

Wulfgar echó la cabeza atrás y rió a carcajadas. Después de un momento, se calmó y murmuró:

-Pobre Ragnor, nunca lo supo.

Aislinn fue hacia él y Maida tomó el niño de sus brazos Wulfgar abrazó a su esposa. Sus ojos recorrieron el salón, y él sintió la calidez y la amistad del lugar que Aislinn siempre había conocido. Miró a los caballeros, Milbourne y Gowain, quienes habían luchado a su lado en lo más fiero de la batalla; Sweyn, quien lo había criado desde la infancia; Bolsgar un padre recobrado; Maida, Miderd, Hlynn, Ham su sirviente Sanhurst, Haylan y Kerwick, todos amigos. Sonrió y cuando miró a los dos últimos, rió por lo bajo.

-Tienes mi licencia para desposar a la viuda, Kerwick. El castillo estará terminado en pocos días y tendremos un festín y celebraciones. Será buen momento para que os caséis.

Kerwick echó una mirada a Haylan y sonrió.

-Sí, milord, si puedo levantarme y moverme para entonces.

Haylan miró a Wulfgar y a Aislinn.

-Se levantará -murmuró, con los ojos negros brillantes-. Porque si no lo hace, para entonces tendrá otra herida.

Wulfgar rió y llevó a Aislinn hacia el portal. Salieron al fresco aire de la mañana. Ella se estremeció levemente cuando la brisa le levantó la capa y él la abrazó para darle calor. Caminaron juntos cruzando el patio en dirección al castillo. Cuando él la llevó bajo las ramas de un viejo roble, sonrió, la abrazó con fuerza y se apoyó en el grueso tronco. La besó en la mejilla y el cuello.

-Nunca pensé que amaría a una mujer tanto como te amo -suspiró él-. Tienes mi mundo en la palma de tu mano.

Aislinn rió y frotó su cara en la piel de lobo del justillo de él. Se volvió en sus brazos, apoyó la espalda en el pecho de él y miro hacia el castillo, que se levantaba como un gran centinela de la tierra.

-Será un lugar seguro para nuestros hijos -murmuró Wulfgar.

-Sí, para nuestros muchos hijos -dijo ella, y señaló la torre más alta del castillo, donde había sido instalada una veleta-. ¡Mira!

Un enorme lobo de hierro había sido forjado por el martillo de Gavin y ahora giraba con la brisa de la mañana, como buscando una pista de sangre. Wulfgar lo observó un momento.

-Que él busque los vientos de la guerra -dijo suavemente- Yo he encontrado mi paz, aquí contigo. Ya no saldré más en busca de batallas. Yo soy Wulfgar de Darkenwald.

La hizo volverse en sus brazos y sus dos sombras se unieron en una sola, a la luz del nuevo sol.

Darkenwald tenía un lugar para todos.

FIN